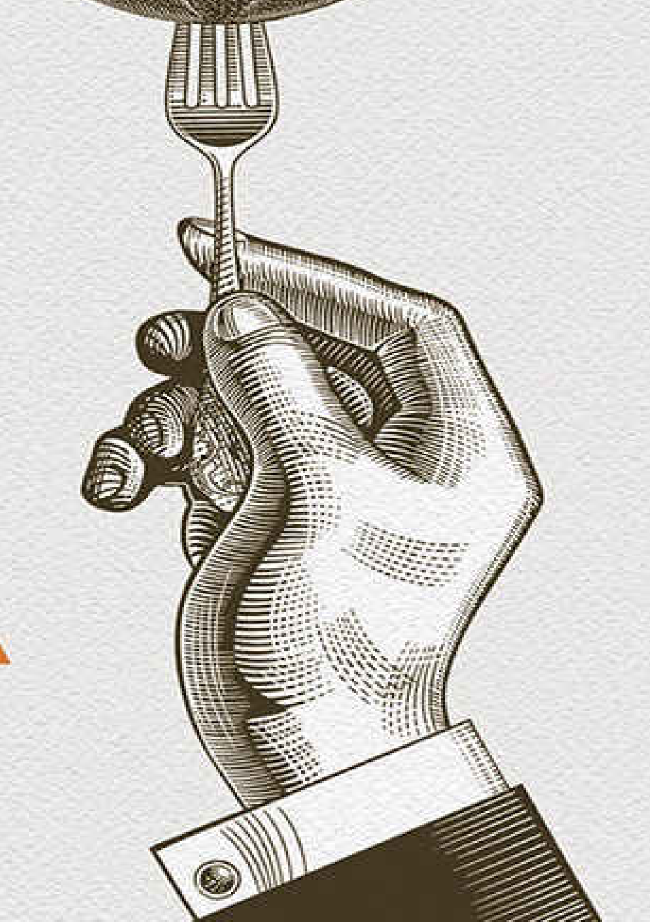
QUINN SLOBODIAN

GLOBALISTAS

El fin de los imperios y el nacimiento del

NEOLIBERALISMO



Capitán Swing

GLOBALISTAS

El fin de los imperios y el nacimiento del

NEOLIBERALISMO

QUINN SLOBODIAN

Traducción de

Paula Zumalacárregui

Capitán Swing

Lista de siglas

AAAA: American-African Affairs Association (Asociación de Asuntos Americano-Africanos)
ARA: American-Rhodesian Association (Asociación AmericanoRodesiana)
CCI: Cámara de Comercio Internacional
CEE: Comunidad Económica Europea
CEI: Conferencia de Estudios Internacionales
CEPAL: Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe
CICI: Comisión Internacional de Cooperación Intelectual
CNUCYD: Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo
CWL: Coloquio Walter Lippmann
ECOSOC: Consejo Económico y Social de la Organización de las Naciones Unidas
EFTA: Asociación Europea de Libre Cambio
FMI: Fondo Monetario Internacional
G-77: Grupo 77
GATT: Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio
IICI: Instituto Internacional de Cooperación Intelectual
LSE: London School of Economics (Escuela de Economía de Londres)
NAM: National Association of Manufacturers (Asociación Nacional de Manufactureros)

NBER: National Bureau of Economic Research (Oficina Nacional de Investigación Económica)
NOEI: Nuevo Orden Económico Internacional
OIC: Organización Internacional del Comercio
OIT: Organización Internacional del Trabajo
OMC: Organización Mundial del Comercio
PAC: Política Agrícola Común
SMP: Sociedad Mont Pèlerin
TLCAN: Tratado de Libre Comercio de América del Norte
TPRC: Trade Policy Research Centre (Centro de Investigación de Políticas Comerciales)
UCT: Universidad de Ciudad del Cabo (por sus siglas en inglés)
UDE: Unión Democrática del Este

Lista de abreviaturas de las notas

FCPI: Fondo Carnegie para la Paz Internacional — Archivos del Centre Européen, Biblioteca de Libros Raros y Manuscritos, bibliotecas de la Universidad de Columbia

Papeles de Davenport: Papeles de John A. Davenport, archivos de la Hoover Institution, Universidad de Stanford

Papeles de Haberler: Papeles de Gottfried Haberler, archivos de la Universidad de Harvard

Papeles de Hayek: Papeles de Friedrich A. von Hayek, archivos de la Hoover Institution, Universidad de Stanford

Papeles de Hayek, Duke: Papeles de F. A. Hayek, archivo de papeles de economistas, Biblioteca de la Universidad Duke

Papeles de Hutt: Papeles de William H. Hutt, archivos de la Hoover Institution, Universidad de Stanford

SDN: Archivo de la Sociedad de Naciones, Ginebra

Papeles de Machlup: Papeles de Fritz Machlup, archivos de la Hoover Institution, Universidad de Stanford

AR: Archivo de Wilhelm Röpke, Instituto de Investigación Económica, Colonia

Archivos de Rockefeller París: Archivos de la Fundación Rockefeller, Rockefeller Archive Center

WWA: Archivo de la Cámara de Comercio de Viena

GLOBALISTAS

El fin de los imperios y el nacimiento del

NEOLIBERALISMO

Para M. y Y.

INTRODUCCIÓN

Pensar en órdenes mundiales

«Un país puede engendrar
sus propios invasores bárbaros».

WILHELM RÖPKE, 1942

A finales del siglo XX era habitual creer que la ideología del libre mercado había conquistado el mundo. En el tira y afloja de la economía mundial, la importancia de los Estados estaba disminuyendo. En 1995, en el Foro Económico Mundial de Davos —un lugar emblemático de aquella época—, Bill Clinton, el presidente de los Estados Unidos, observó que «los mercados de veinticuatro horas pueden responder a una velocidad cegadora y, en ocasiones, con crueldad».[1] El canciller Gerhard Schröder citó las «tormentas de la globalización» al anunciar una importante reforma del sistema de protección social de la Alemania reunificada. Afirmó que había que modernizar la economía social de mercado o esta, de lo contrario, terminaría «modernizada por las fuerzas desenfrenadas del mercado».[2] La política había adoptado la voz pasiva: el único agente era la economía mundial. Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal de los Estados Unidos, lo expresó en 2007 con total franqueza al hacer esta declaración: «Poco importa quién vaya a ser el próximo presidente. El mundo se rige por las fuerzas del mercado».[3] Para sus detractores, aquello parecía un nuevo imperio en el que «la globalización sustituía al colonialismo».[4] A juicio de sus defensores, era un mundo en el que las mercancías y el capital, aunque

no las personas, fluían de acuerdo con la lógica de la oferta y la demanda, lo que generaba prosperidad —o, al menos, oportunidades— para todos.[5] Sus detractores calificaron esa filosofía del gobierno de las fuerzas del mercado como «neoliberalismo». Se nos explicó que los neoliberales creían en la política de no intervención a nivel mundial: mercados autorregulados, Estados reducidos y la restricción de la motivación humana al interés propio, racional y unidimensional del *Homo economicus*. Se afirmaba que los globalistas neoliberales fusionaban el capitalismo de libre mercado con la democracia y fantaseaban con un mercado mundial único sin fronteras.

Mi relato enmienda esa línea argumental. Muestra que los autodenominados neoliberales no creían en los mercados autorregulados como entidades autónomas. Democracia y capitalismo no les parecían sinónimos. No creían que la única motivación de los humanos fuese la racionalidad económica. No buscaban ni la desaparición del Estado ni la de las fronteras. Y no observaban el mundo solo desde el prisma del individuo. De hecho, se puede comparar la percepción neoliberal fundamental con la de John Maynard Keynes y Karl Polanyi: el mercado ni se cuida ni puede cuidarse solo. La esencia de las teorías neoliberales del siglo XX trata sobre lo que llamaron las condiciones metaeconómicas o extraeconómicas capaces de salvaguardar el capitalismo a nivel mundial. En este libro muestro que el proyecto neoliberal estaba centrado en diseñar instituciones que, en vez de liberar los mercados, los aprisionaran, que vacunaran al capitalismo contra la amenaza de la democracia, que crearan una infraestructura que contuviese el comportamiento humano —que a menudo es irracional— y reordenaran el mundo tras el fin del imperialismo como un espacio de Estados rivales en el que las fronteras juegan un papel necesario.

¿Cómo podemos desentrañar el neoliberalismo? Y ¿podemos utilizar ese término, siquiera? Muchos llevan años afirmando que prácticamente carece de significado. «A efectos prácticos», la teoría neoliberal como tal «no existe», aseguró recientemente cierto académico.[6] Sin embargo, en 2016,

el Fondo Monetario Internacional (FMI) acaparó los titulares internacionales al identificar el neoliberalismo como una doctrina coherente y preguntar, además, si no se había «alabado en exceso» el paquete de medidas de privatización, desregulación y liberalización.[7] Por aquel entonces, *Fortune* informó de que «hasta el FMI reconoce ahora el fracaso del neoliberalismo».[8] La revista incurría en una pequeña imprecisión al sugerir que aquello era algo nuevo. Las políticas asociadas al neoliberalismo se venían cuestionando desde hacía dos décadas (al menos, en el plano retórico). Uno de los primeros en expresar sus dudas, tras la crisis financiera asiática de 1997, fue Joseph Stiglitz.[9] Stiglitz, ganador del Premio Nobel de Economía y economista jefe del Banco Mundial entre 1997 y 2000, se convirtió en un crítico acérrimo de la globalización neoliberal. A finales de la década de 1990 surgieron otras voces discrepantes que declararon que el libre mercado mundial no regulado era «la última utopía» y, hasta cierto punto, las instituciones financieras internacionales se mostraron de acuerdo.[10] Cejaron en su doctrinaria oposición a los controles de capital, que era precisamente de lo que trataba el artículo de 2016 publicado en *Fortune*. La Organización Mundial del Comercio (OMC) se sometió a un lavado de cara similar. Después de que las protestas obligaran a suspender la cumbre de 1999, el organismo dio un giro para incidir en el lado humano de la globalización.

Aunque las medidas descritas como neoliberales se venían criticando desde hacía mucho tiempo, la importancia del informe del FMI radicaba en su reconocimiento de la etiqueta «neoliberalismo». Parece que el término estaba listo para saltar a la cultura popular y salió en *The Financial Times*, *The Guardian* y otros periódicos.[11] También en 2016, el Instituto Adam Smith, fundado en 1977, que había servido de guía para Margaret Thatcher, «se declaró neoliberal» —según sus propias palabras— y se deshizo de su calificativo anterior, «libertario».[12] Uno de los principios que se le atribuían era su «perspectiva globalista». En 2017, el director del Instituto

Walter Eucken de Alemania defendió públicamente el honor de lo que llamó el «neoliberalismo clásico», que reivindicaba «un Estado fuerte que se imponga a los intereses de los grupos de presión».[13] Parecía que tanto sus detractores como sus partidarios por fin podían nombrar «el movimiento que no se atrevía a pronunciar su propio nombre».[14] Aquel fue un avance esclarecedor. Ponerle una etiqueta al neoliberalismo nos ayuda a entenderlo como una corriente de pensamiento y un modelo de gobernanza entre muchos otros: como una forma o variedad de regulación en lugar de lo contrario.

En la última década, se han hecho esfuerzos extraordinarios por historiar el neoliberalismo y sus propuestas para la gobernanza mundial, así como por transformar la «palabrota política» o el «eslogan antiliberal» en un tema de investigación archivística rigurosa.[15] Mi relato entreteje dos líneas de estudio que han estado extrañamente desconectadas entre sí. La primera consiste en rastrear la historia intelectual del movimiento neoliberal.[16] La segunda, en el estudio de la teoría globalista neoliberal por parte de los investigadores de ciencias sociales, no de los historiadores.

Los académicos han demostrado que el término «neoliberalismo» se acuñó en 1938 en el Coloquio Walter Lippmann, en París, para describir el deseo de los economistas, sociólogos, periodistas y líderes empresariales allí reunidos de «renovar» el liberalismo.[17] Como sostiene cierto académico, una de las formas más justificables de estudiar el neoliberalismo es como «un grupo organizado de individuos que intercambian ideas dentro de un marco intelectual común».[18] Los historiadores se han centrado, sobre todo, en la Sociedad Mont Pèlerin, fundada en 1947 por, entre otros, F. A. Hayek, como un grupo de intelectuales y legisladores de ideas afines que se reunían periódicamente para debatir sobre asuntos mundiales y sobre la condición contemporánea de la causa política con la que estaban comprometidos. Aquel grupo no estuvo exento de desavenencias internas, como han demostrado las obras citadas. Sin embargo, al margen de la

política monetaria y de la economía del desarrollo, estas historias han descuidado de manera sorprendente la cuestión de la gobernanza internacional y mundial.[19] Aunque aquellos pensadores tuvieran sus diferencias, yo sostengo que en sus textos y en sus actos se aprecian las mimbres de una propuesta coherente de orden mundial. Su proyecto de pensar en órdenes mundiales, que globalizaba el principio ordoliberal de «pensar en órdenes», ofrecía un conjunto de propuestas diseñadas para defender la economía mundial de una democracia que no se volvió global hasta el siglo XX y que planteó una situación y una serie de desafíos que los predecesores de los neoliberales, los liberales clásicos, jamás podrían haber previsto.

Los observadores académicos más perspicaces de la filosofía neoliberal del orden mundial no han sido los historiadores, sino los investigadores de ciencias sociales. Durante los últimos veinte años, los politólogos y los sociólogos han hecho un sofisticado análisis del proyecto neoliberal. Han identificado los intentos de aislar a los agentes del mercado de las presiones democráticas mediante una serie de instituciones que van desde el FMI y el Banco Mundial hasta las autoridades portuarias y bancos centrales de todo el mundo —incluido el Banco Central Europeo—, estructuras de gobierno como la Unión Europea, tratados comerciales —como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN)— y la OMC. También han apreciado intentos de aislamiento ante la expansión del derecho internacional de inversiones, diseñado para proteger a los inversores extranjeros de diversas formas de expropiación y para proporcionar un sistema jurídico mundial paralelo conocido como derecho mercantil transnacional.[20] Han rastreado el surgimiento de un «mundo *offshore*» de paraísos fiscales y la proliferación de zonas de muchos tipos, todas ellas diseñadas para ejercer de puerto seguro para el capital, sin temor a la violación de las medidas de fiscalidad progresiva o de redistribución.[21] El «aislamiento de los mercados» resulta útil como descripción metafórica del

objetivo del neoliberalismo como proyecto específico de construcción de instituciones en lugar de como una «lógica» o «racionalidad» nebulosa. La labor de los investigadores de ciencias sociales en la definición de este aislamiento ha sido rigurosa, pero no ha ocurrido lo mismo con su historia de la teoría neoliberal: a intelectuales como Hayek y Milton Friedman muchas veces no les conceden más que categoría de figurantes.[22] Aunque se dice que las ideas de esas eminencias neoliberales inspiran o «sugieren» ciertas formas de gobernanza mundial y regional, nos terminamos preguntando cómo llegó a fraguarse esa influencia y de dónde surgen esas ideas. El nombre de Hayek, sobre todo, suele operar más como un significante que flota libre que como referencia de un personaje histórico real. Hay quien califica la Unión Europea como una «federación hayekiana», por ejemplo, mientras que otros describen el deseo de abandonar la Unión Europea como la esperanza de «resucitar el sueño de Hayek».[23] ¿Qué era exactamente lo que deseaban pensadores como él? Y ¿dónde y cuándo se originaron las ideas del globalismo neoliberal? Para mí, uno de los puntos de origen fundamentales del pensamiento globalista neoliberal se halla en el histórico cambio de orden que se dio con la caída de los imperios, y sostengo que la descolonización fue clave para el surgimiento del modelo neoliberal de gobernanza mundial.

Aprisionar, no liberar

Uno de los obstáculos para entender a los neoliberales en sus propios términos ha sido la excesiva dependencia de un conjunto de ideas tomadas de Karl Polanyi, el historiador económico húngaro que, como señala cierto académico, se ha convertido «seguramente en el teórico más popular entre los actuales investigadores de ciencias sociales después de Michel Foucault».[24] Entre los numerosos intentos de explicar la globalización neoliberal, destaca la influencia retroactiva de su libro *La gran transformación*, de 1944. Para quienes adaptan el relato de Polanyi, el

«fundamentalismo mercantil» de los neoliberales los llevó a tratar de «desincrustar» de la sociedad el mercado «natural» y hacer así realidad el utópico sueño de un «mercado autorregulado». Se suele señalar que en realidad Polanyi escribía sobre el siglo XIX, pero muchas veces los críticos se atreven a decir que aquello fue una crítica anticipada del neoliberalismo. De la misma naturaleza que el lenguaje polanyiano es la idea de que el objetivo de los neoliberales es liberar o emancipar los mercados. La expresión «sin trabas» —que, por lo demás, es poco común— se suele yuxtaponer a «mercados» como meta neoliberal y supuesta realidad.[25] Frente a la intención de los autores de la teoría neoliberal, esa metáfora condensa el objeto de la crítica: el mercado se convierte en un ente que se puede liberar en vez de ser, como creían los propios neoliberales, un conjunto de relaciones que dependen de un marco institucional.[26]

Las aplicaciones de las categorías de Polanyi han conducido a ideas fundamentales, y yo me baso en los intentos que los académicos llevan haciendo desde el cambio de milenio por concebir el proyecto neoliberal como «un repliegue y, al mismo tiempo, *un despliegue* de las funciones del Estado».[27] Ciertos académicos que han adaptado las ideas de Polanyi han llegado a escribir sobre «neoliberalismo incrustado».[28] Sin embargo, si queremos entender el pensamiento neoliberal en sus propios términos —un primer paso esencial para poder criticarlo—, no debemos dejarnos engañar por la noción de un mercado autorregulado liberado del Estado. Al analizar los textos de los neoliberales sobre el orden mundial, se aprecia la importancia de que fueran contemporáneos de Polanyi. Al igual que él, creían que la Gran Depresión demostraba la inviabilidad del antiguo modelo de capitalismo, así que se pusieron a teorizar sobre las condiciones generales necesarias para su supervivencia. En palabras de cierto académico, tanto a Hayek como a Polanyi les «interesaban las reacciones socio-institucionales al libre mercado».[29] De hecho, Hayek desarrolló su propia idea de «libres mercados de incrustación social».[30] Si hacemos un

hincapié excesivo en la categoría de fundamentalismo mercantil, no repararemos en que las propuestas neoliberales no se centran de verdad en el mercado *per se*, sino en rediseñar los Estados, las leyes y demás instituciones con el fin de proteger el mercado. Los estudiosos del derecho han hablado claramente sobre la creciente «legalización» o «judicialización» del comercio mundial.[31] Centrarnos en Hayek y en sus colaboradores nos permite comprender esto en el marco de la historia intelectual del pensamiento neoliberal.

Un artículo publicado en 2006 en *Ordo*, la revista neoliberal más importante, aclaraba que los fundadores del movimiento neoliberal «añadieron la sílaba “neo”» porque aceptaban la necesidad de establecer «el papel del Estado de una manera más clara y más diferenciada»; entre otras cosas, prestar una mayor atención al «marco jurídico-institucional».[32] En vez de creer en la utopía de que el mercado opera con independencia de la intervención humana, «los neoliberales […] han apuntado a las condiciones extraeconómicas que posibilitan un sistema económico libre».[33] No todo el mundo reconoce que el ordoliberalismo alemán y la economía austriaca no se centraban en la economía como tal, sino en las instituciones que generaban un espacio para la economía.[34] Cuando Hayek mencionaba las «fuerzas autorreguladoras de la economía» —como hizo, por ejemplo, durante la conferencia inaugural que dio al asumir su cargo en Friburgo—, inmediatamente después hablaba de la necesidad de un «marco» para la economía.[35] Su obra se centraba en la cuestión del diseño de lo que en el libro que escribió después de *Camino de servidumbre* llamó los «fundamentos de la libertad».[36]

«Hayek veía con claridad —escribe cierto académico— que el mercado es una institución social que se incrusta en una amplia variedad de instituciones que lo dotan de sentido».[37] El propio Hayek rechazó estar reivindicando un «Estado mínimo».[38] Aunque por su condensación la expresión «Estado fuerte y libre mercado» reviste cierta utilidad para

explicar el neoliberalismo, no está tan claro cómo se define esa fuerza.[39] Un académico ha sostenido que no tiene mucho sentido pensar en el Estado en términos cuantitativos en vez de cualitativos; se debe sustituir la cuestión de «cuánto» Estado por la de «qué clase» de Estado.[40] Los capítulos siguientes ofrecen una exposición diacrónica de la idea neoliberal de que los mercados no son naturales, sino que son producto de la construcción política de las instituciones que los aprisionan. Los mercados apuntalan el repositorio de valores culturales que son una condición necesaria, aunque insuficiente, para que los primeros sigan existiendo.

La escuela de Ginebra, no la escuela de Chicago

En 1983, uno de los alumnos de Hayek, Ernst-Ulrich Petersmann, que era uno de los abogados económicos más importantes a nivel internacional, escribió: «El punto de partida común de la teoría económica neoliberal es la idea de que, en cualquier economía de mercado que funcione como es debido, es necesario complementar la "mano invisible" de la competencia con la "mano visible" del derecho». Enumeró las conocidas escuelas de pensamiento neoliberales: la Escuela de Friburgo, lugar de nacimiento del ordoliberalismo alemán y hogar de Walter Eucken y Franz Böhm; la Escuela de Chicago, que se identifica, entre otros, con Milton Friedman, Aaron Director, Richard Posner, y la Escuela de Colonia de Ludwig Müller-Armack. Luego citó una que era prácticamente desconocida: la Escuela de Ginebra.[41]

¿Quién era o qué era la Escuela de Ginebra? En los capítulos siguientes se ofrece un relato sobre una variante del neoliberalismo que los historiadores han descuidado. Presentaré a un conjunto de pensadores que no han ocupado un lugar central en la bibliografía en lengua inglesa y volveré a poner en contexto a aquellos, como Hayek, que sí han recibido atención. Adoptaré y expandiré la etiqueta «Escuela de Ginebra» para

describir un género de pensamiento neoliberal que abarca desde las aulas de la Viena de finales del siglo XIX hasta los auditorios de la OMC de la Ginebra del fin del segundo milenio. Mi objetivo al introducir el término no es ni dar lugar a discusiones absurdas sobre lo que abarca ni pelearme por la lista de integrantes, sino disipar la confusión que genera el hecho de que el término genérico «neoliberal» englobe a pensadores tan dispares. La Escuela de Ginebra ilustra de manera provisional, aunque útil, aquellos aspectos del pensamiento neoliberal relacionados con el orden mundial que han estado más o menos en la sombra. Este libro propone que la Escuela de Ginebra incluye a pensadores que ocuparon cargos académicos en Ginebra (Suiza), entre los que se encontraban Wilhelm Röpke, Ludwig von Mises y Michael Heilperin; aquellos que desarrollaron o presentaron allí investigaciones fundamentales, entre los que se incluyen Hayek, Lionel Robbins y Gottfried Haberler, y aquellos que trabajaron en el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), como Jan Tumlir, Frieder Roessler y el propio Petersmann. Aunque tenían afinidades con la Escuela de Friburgo, los neoliberales de la Escuela de Ginebra transpusieron la idea ordoliberal de «la constitución económica» —o el conjunto de normas que rigen la vida económica— al nivel supranacional.

En los debates en lengua inglesa, muchas veces se descuidan las distintas contribuciones de la Escuela de Ginebra al pensamiento neoliberal. La mayoría de las historias del movimiento empiezan en la Europa continental con las reuniones de las décadas de 1930 y 1940, pero vuelven la vista hacia los Estados Unidos y el Reino Unido antes de los logros neoliberales de Reagan y Thatcher en los años ochenta. Ese giro se centra de manera inequívoca en la Escuela de Chicago; especialmente, en Friedman. Aunque ahora por fin se está prestando cierta atención a los campos del derecho, la economía y la teoría de la elección pública de James M. Buchanan y otros pensadores de la Escuela de Virginia, por norma general se ha tendido a una interpretación del pensamiento neoliberal propensa a la vertiente

angloamericana.[42] Esa tendencia pasa por alto la importancia de las aportaciones de aquellos que se quedaron en la Europa continental o que, como Hayek, regresaron a Europa. Es fundamental corregir esta omisión, porque fueron los neoliberales europeos quienes más se ocuparon de las cuestiones de orden internacional.

Mi relato expone una concepción del globalismo neoliberal visto desde Europa Central, porque fueron los neoliberales centroeuropeos quienes observaron el mundo en su conjunto de una manera más sistemática. Tanto los pensadores de la Escuela de Chicago como los de la Escuela de Virginia hacían gala de esa cualidad, tan característica de los estadounidenses, de no hacer caso al resto del mundo y al mismo tiempo dar por sentado que los Estados Unidos eran su modelo básico.[43] Los neoliberales europeos no podían permitirse aquel lujo, ya que durante la mayor parte del siglo vivieron bajo la influencia de diferentes niveles de hegemonía estadounidense. No era de extrañar que los neoliberales centroeuropeos fuesen precoces teóricos del orden mundial. Como sus países no gozaban de un enorme mercado interior como el de los Estados Unidos, se veían obligados a estar más pendientes de la cuestión del acceso al mercado mundial, ya fuese mediante el comercio o mediante la anexión. La temprana caída de los imperios en Europa Central tras la Primera Guerra Mundial también les obligó a pensar en estrategias para equilibrar el poder del Estado y la interdependencia económica. Aunque la historia comience en Viena, la capital espiritual del grupo de pensadores que se afanaban por descifrar el enigma del orden posimperial terminó siendo Ginebra, en Suiza (la ciudad a orillas del lago que en el futuro albergaría la sede de la OMC).

La mayoría de los historiadores afirmarían que a principios de siglo la cuestión del orden mundial había quedado más o menos resuelta a favor de la idea de autodeterminación nacional postulada por Vladimir Lenin y Woodrow Wilson y exigida por agentes anticolonialistas de todo el mundo. Desde ese punto de vista, el principio de autodeterminación —frustrado en

Versalles por la renuencia de los imperios de los Estados Unidos y Europa a comportarse de acuerdo con su propia retórica y aplastado por el expansionismo fascista de Italia, Alemania y, más tarde, el control soviético sobre sus Estados satélite— terminó triunfando con la ola de descolonización surgida tras la Segunda Guerra Mundial y, más recientemente, con el fin del *apartheid* en Sudáfrica y el régimen soviético en Europa del Este. Los neoliberales de la Escuela de Ginebra no estaban de acuerdo con ese discurso. En su opinión, las promesas de soberanía y autonomía nacional eran peligrosas si se tomaban en serio. La Escuela de Ginebra criticaba ferozmente la soberanía nacional y creía que, tras la caída de los imperios, las naciones debían seguir incrustadas en un orden institucional internacional que salvaguardase el capital y protegiera el derecho de este a circular por todo el mundo. El pecado capital del siglo XX fue creer en una independencia nacional sin trabas, y el orden mundial neoliberal requería una isonomía ejecutable (o «misma ley», como la llamaría Hayek más tarde) frente a la ilusión de autonomía o de la «propia ley».

Los neoliberales de la Escuela de Ginebra conciliaron la tensión entre la economía mundial y el mundo de las naciones por medio de una geografía propia. Fue Carl Schmitt, antiguo jurista nazi, quien esbozó su imaginario global en 1950. Schmitt propugnó que no había un mundo, sino dos. Uno de los mundos era el que estaba dividido en Estados territoriales delimitados cuyos gobiernos regían a los seres humanos. Empleando el término legal romano, llamó a aquello el mundo del *imperium*. El otro mundo era el de la propiedad, en el que la gente tenía cosas, dinero y tierras desperdigadas por la tierra. Aquel era el mundo del *dominium*. En el siglo XIX, el doble mundo del capitalismo moderno se fusionó. Debido a la ubicuidad de la inversión extranjera, se volvió habitual que hubiera gente que poseyera la totalidad o una parte de sus empresas en países de los que no eran ciudadanos y donde nunca habían puesto el pie. El dinero valía casi en cualquier lugar y podía

cambiarse entre las principales monedas según los tipos de cambio fijos del patrón oro. Mediante códigos de conducta empresarial escritos y no escritos, se obligaba al cumplimiento universal de los contratos. Ni tan siquiera la ocupación militar afectaba a la propiedad privada. A diferencia del expolio de épocas anteriores, tu tierra y tu negocio seguían siendo tuyos tras el paso del ejército enemigo. Para Schmitt, la división entre *dominium* e *imperium* era más relevante que la distinción, puramente política, que había entre exterior e interior. La frontera más importante no partía el mundo por la mitad como una naranja, ni lo dividía en Este y Oeste o en Norte y Sur, sino que conservaba totalidades que se superponían en suspensión, como la piel blanca y la cáscara de una naranja. «Por encima, por debajo y al lado de las fronteras político-estatales de lo que parecía ser un derecho internacional interestatal de naturaleza puramente política se extendía una esfera de economía libre —es decir, no estatal— que lo impregnaba todo: una economía mundial», escribió.[44]

Schmitt hablaba del doble mundo como de algo negativo, una intromisión en el pleno ejercicio de la soberanía nacional. Sin embargo, en opinión de los neoliberales, había dado con la mejor descripción del mundo que ellos querían conservar. Wilhelm Röpke, que dio clase en Ginebra durante casi treinta años, pensaba que el orden mundial liberal se fundamentaría precisamente en esa división. El orden neoliberal ideal mantendría el equilibrio entre las dos esferas mundiales por medio de un derecho mundial ejecutable, lo que crearía un «orden constitucional mínimo» y una «separación entre la esfera pública estatal y el ámbito privado».[45] En una conferencia que dio en 1955 en la Academia de Derecho Internacional de La Haya, Röpke hizo hincapié en la importancia de aquella división sin dejar de señalar su paradoja. «Reducir la soberanía nacional es sin lugar a dudas una de las necesidades acuciantes de nuestro tiempo», sostuvo, si bien «el exceso de soberanía se debería abolir, no transferirse a una unidad política y geográfica superior».[46]

Llevar el gobierno nacional a escala planetaria, crear una gobernanza mundial, no solucionaba nada. El enigma del siglo neoliberal consistió en dar con las instituciones adecuadas para mantener el equilibrio —que a menudo se tensaba— entre el mundo económico y el mundo político. En los relatos de la historia mundial moderna, las consecuencias que tuvo tras la caída de los imperios el doble globo en la reinvención del mundo se despachan con demasiada facilidad como el paso de la subyugación colonial a la independencia nacional. Pocos pensadores hubo que se ocuparan más de las consecuencias de este doble mundo que el grupo de economistas y abogados descrito en estas páginas. Convencidos como estaban desde principios de siglo de que había y no podía haber más que una economía mundial única, se esforzaron por conciliar la interdependencia económica y la autodeterminación política.

En la conferencia que dio en La Haya, Röpke sugirió que la solución se podía encontrar en el espacio que había entre la economía y el derecho.[47] Desde sus inicios, como muestran los capítulos siguientes, el neoliberalismo de la Escuela de Ginebra fue, más que una disciplina de economía, una disciplina de política y derecho. Más que crear mercados, aquellos neoliberales se han centrado en crear ejecutores del mercado. Cuando en 1962 Hayek dejó la Universidad de Chicago para trasladarse a Friburgo, se convirtió en el heredero local de la tradición alemana de derecho y economía del ordoliberalismo, y la mayoría de los académicos lo consideran un aliado, si no un miembro, de la Escuela de Friburgo.[48] La justificación de esa denominación se encuentra en sus libros *Los fundamentos de la libertad*, de 1960, y, sobre todo, su trilogía *Derecho, legislación y libertad*, de los años setenta (escrita durante su estancia en Friburgo), porque se fue centrando cada vez más en dar con una solución jurídica e institucional para los efectos perjudiciales de la democracia en los procesos del mercado. A diferencia de los ordoliberales, que reivindicaban una «constitución económica» a escala nacional, los neoliberales de la

Escuela de Ginebra reclamaban una constitución económica para el mundo entero. Yo sostengo que podemos entender la propuesta de la Escuela de Ginebra como un replanteamiento del ordoliberalismo a escala mundial. Quizá podríamos llamarla ordoglobalismo.[49]

Los neoliberales de la Escuela de Ginebra planteaban un proyecto de globalismo basado en instituciones de gobernanza a múltiples niveles que estuvieran aisladas de la toma de decisiones democráticas y se encargaran de mantener el equilibrio entre el mundo político del *imperium* y el mundo económico del *dominium*. El *dominium* no es un espacio de *laissez-faire* o no intervencionismo, sino un objeto que requiere mantenimiento, litigación, diseño y cuidado constantes. El imaginario de la Escuela de Ginebra se basaba en una concepción de algo que Hayek observó por primera vez en el Imperio de los Habsburgo: el modelo de lo que llamó «un gobierno doble, uno cultural y otro económico».[50] Los neoliberales de la Escuela de Ginebra no proponían ni la destrucción de la política por parte de la economía ni la disolución de los Estados en un mercado mundial, sino un acuerdo entre ambos que estuviera estructurado y regulado con esmero.

Como se ha señalado anteriormente, los investigadores de ciencias sociales han tendido a usar la metáfora del aislamiento para describir la relación entre Estado y mercado en el neoliberalismo. Esa propensión resulta irónica. Como veremos, los neoliberales de las décadas de 1930 a 1970 emplearon una versión geográfica de la metáfora para arremeter contra la creencia en la posibilidad de un «aislamiento económico», en referencia a un grado de autosuficiencia que protegiese a las naciones de los impactos de los cambios en los mercados mundiales. Los neoliberales afirmaban que esa devoción por la autosuficiencia tenía la capacidad de «destruir la sociedad universal» y «hacer el mundo trizas». Sin embargo, al adoptar la metáfora de la electricidad en la década de 1990, se convirtió en una norma neoliberal. Uno de los sucesores de Hayek en Friburgo escribió: «El argumento principal de Hayek consiste en reivindicar un acuerdo

institucional que aísle de manera efectiva a la autoridad legisladora de las exigencias cortoplacistas del gobierno diario».[51] El cambio semántico era síntoma de una transformación más importante de la imaginación económica mundial: se pasó de pensar en la economía mundial en términos de islas (*insulae*) y territorios a imaginarla como un circuito unitario de un mundo conectado mediante cables. Lo que se aísla no es el objetivo final del impacto de la señal de precios, sino el cable que la transmite. Sin embargo, al final hasta esa metáfora se queda corta. El objetivo neoliberal es más absoluto que la amortiguación que implica el aislamiento. Lo que persiguen es una protección completa —no parcial— de los derechos del capital privado, y la capacidad de órganos judiciales supranacionales como el Tribunal de Justicia de la Unión Europea y la OMC para invalidar las legislaciones nacionales que puedan perturbar los derechos mundiales del capital. Por esa razón, propongo la metáfora del aprisionamiento en lugar del simple aislamiento de la economía mundial como el *telos* imaginario del proyecto neoliberal, en el que los Estados desempeñan un papel indispensable.

Este libro ubica el neoliberalismo en la historia. Sigue el rastro del globalismo neoliberal como un proyecto intelectual que nació de las cenizas del Imperio de los Habsburgo y culminó en la creación de la OMC. Muestra que el ordoglobalismo era una forma de sobrellevar el hecho de que el Estado nación se hubiera convertido en un elemento permanente del mundo moderno. Lo que intentó el neoliberalismo a lo largo de las décadas fue aprisionar institucionalmente el mundo de las naciones para evitar infracciones catastróficas de los límites que existían entre *imperium* y *dominium*. Las instituciones, leyes y compromisos vinculantes adecuados salvaguardarían el bienestar del conjunto. Este no es el relato de un triunfo: los balbuceos de la OMC suponen, en el mejor de los casos, una victoria pírrica para la variante específica del globalismo neoliberal que describo en los capítulos siguientes. El libro muestra, más bien, que el neoliberalismo

como corriente de pensamiento surgió claramente a principios del siglo XX, a partir de una crisis sobre cómo organizar la tierra entera.

Globalismo militante, no fundamentalismo mercantil

A lo largo del siglo XX, el ordoglobalismo se obsesionó con dos problemas: el primero, cómo confiar en la democracia dada su capacidad para autodestruirse y el segundo, cómo fiarse de los países, dada la capacidad del nacionalismo para «desintegrar el mundo». Los estudiosos de la Europa moderna están familiarizados con la primera tensión. Es bien sabido que la democracia puede tener consecuencias antiliberales y que hasta puede conducir a su propia aniquilación por medios democráticos. Muchos —sobre todo, en Alemania— opinaban que la experiencia del periodo de entreguerras había demostrado que había que establecer límites a la democracia, que debía estar sujeta a controles y restricciones que frenaran los resultados antiliberales. Los politólogos de la década de 1930 teorizaron sobre la idea de la «democracia militante», que se puso en práctica en la Europa occidental de la posguerra.[52] Los tribunales constitucionales, sobre todo, desempeñaron un papel fundamental en la defensa de los desafíos al orden liberal surgidos a izquierda y a derecha. Muchos pensadores coincidían en que los Estados liberales debían mostrar lo que cierto político socialdemócrata llamó «el coraje de la intolerancia» hacia quienes rechazaran el orden constitucional.[53]

En aquel siglo, el enfrentamiento con la democracia de masas también fue de radical importancia para los neoliberales, que, por un lado, la abrazaron porque les facilitaba una vía de cambio pacífico y un espacio para el descubrimiento evolutivo que resultaba beneficioso para el sistema en general, lo que demuestra el error de quienes afirman que los neoliberales se oponían a la propia democracia. Por otro lado, esta portaba la semilla de la destrucción de la totalidad. Al reflexionar sobre los desafíos

al orden liberal planteados por las exigencias de una clase trabajadora políticamente movilizada, en 1942 Röpke observó que «una nación puede engendrar sus propios invasores bárbaros».[54] Las historias del movimiento neoliberal escritas desde las perspectivas estadounidense y británica —como prehistorias de las administraciones Thatcher y Reagan— pasan por alto el contexto específicamente posfascista de las propuestas neoliberales de organización nacional e internacional.[55] De hecho, los neoliberales fueron indispensables en la articulación de lo que Jan-Werner Müller llama «democracia restringida».[56] Siempre se debatieron entre abogar por la democracia para propiciar un cambio pacífico y condenar su capacidad para alterar el orden de manera drástica.

Además del contexto posfascista, los historiadores ignoran el contexto poscolonial. Rara vez se señala que Hayek dirigió sus primeros esfuerzos hacia el rediseño del gobierno representativo, arriesgándose a que lo acusaran de incongruente, según él mismo admitió, al adoptar una constitución «construida» en lugar de «espontánea», en respuesta a la aparición de «nuevas naciones» tras la descolonización.[57] Insistió en que su constitución ideal no era para el Reino Unido, sino para las «nuevas naciones» y para Estados fascistas como el Portugal de Salazar. Hablando de las nuevas naciones, así como de los países de América del Sur con tradiciones políticas «no del todo adecuadas» para la democracia, escribió: «Creo que limitar los poderes de la democracia en estas nuevas partes del mundo es lo único que se puede hacer para preservarla. Si las democracias no limitan su poder, terminarán destruidas».[58] Los historiadores siempre han pasado por alto el hecho de que el fin de los imperios mundiales fue fundamental para el surgimiento del neoliberalismo como movimiento intelectual.

Además del enfrentamiento con la democracia de masas, para los neoliberales fue igual de esencial la tensión relacionada entre la nación y el mundo. La primera podía tener utilidad, puesto que prestaba servicios de

estabilización (entre los que a menudo se encontraban restricciones a la migración) y cultivaba la legitimidad en la esfera política, pero, al igual que la democracia, también corría el riesgo de caer en el exceso. Por lo tanto, la nación necesitaba restricciones, lo mismo que la democracia. Los neoliberales creían en lo que podría llamarse globalismo militante o, si adaptamos el término de Müller, nacionalismo restringido: la necesidad de un conjunto de salvaguardas institucionales y restricciones jurídicas para evitar que los Estados nación incumplieran sus compromisos con el orden económico mundial. Los neoliberales propugnaban un marco institucional en el que la economía mundial sobreviviera a las amenazas a su integridad holística. El globalismo militante no desplazaría a los Estados nacionales, sino que trabajaría con ellos y los utilizaría para garantizar el adecuado funcionamiento del conjunto.

Como quedará patente en los próximos capítulos, es un error considerar a los neoliberales como críticos del Estado *per se*, pero es un acierto verlos como eternos escépticos con respecto al Estado *nación*. En 1979, Hayek escribió: «Me parece que, por norma general, los intentos que hemos hecho a lo largo de este siglo por crear un gobierno internacional capaz de garantizar la paz se han planteado desde el ángulo equivocado: crear un sinnúmero de autoridades especializadas dirigidas a regulaciones particulares en lugar de a un auténtico derecho internacional que limite el poder de los gobiernos nacionales para perjudicarse entre sí».[59] Aunque lo describió como el «destronamiento de la política», es también, como resulta evidente, el destronamiento de la nación. Del mismo modo que los defensores de la democracia militante sentían la necesidad de restringir la democracia, los defensores del globalismo militante sentían la necesidad de restringir a los Estados nación y limitar el ejercicio de su soberanía.

El globalismo militante se asemeja a lo que en 1933 Hermann Heller llamó «liberalismo autoritario».[60] Al igual que él, los neoliberales hacían hincapié en la necesidad de anular las decisiones populares cuando estas

contradijeran lo que se considera el superior principio del orden general. Los académicos han adaptado el término de Heller para entender la lógica de la Unión Europea.[61] Una ventaja del globalismo militante como categoría explicativa es que se preocupa por la cuestión de la escala, olvidada en muchos enfoques del pensamiento neoliberal. Como muestran los capítulos siguientes, el marco mundial no era secundario con respecto de las propuestas de muchos pensadores neoliberales. Su concepción tampoco estaba particularmente sujeta a una lógica de «variable de las dimensiones». Para los miembros de la Escuela de Ginebra, preocupados por los problemas de la interdependencia sistémica global, solo la escala mundial era suficiente. Para ellos, el capitalismo a escala mundial era la condición *sine qua non* del orden neoliberal normativo.

Yo sostengo que el aprisionamiento del mercado en un espíritu de globalismo militante describe mejor las dimensiones internacionales del proyecto neoliberal que los términos de Polanyi de desincrustar la economía de acuerdo con una doctrina de fundamentalismo mercantil. Las ideas de Polanyi ofrecen una parábola elegante según la cual la economía mundial capitalista elimina de manera progresiva las barreras que entorpecen su funcionamiento, hasta el punto de destruir su propia capacidad de autorreproducción. En este relato, el mercado es omnívoro, y transforma implacable en mercancías la tierra, el trabajo y el dinero hasta que la base de la vida social queda destruida. El capitalismo, según este análisis, necesita una oposición que lo salve de sí mismo. Al hacer frente a los desafíos y absorberlos —desde los seguros de los trabajadores hasta el estado de bienestar—, el capitalismo salvaguarda las condiciones sociales que le permiten perdurar.[62] Como muestran los capítulos siguientes, un aspecto fundamental del proyecto neoliberalista consistió en determinar cómo anticiparse a la oposición mediante la construcción de un marco extraeconómico que garantizase la pervivencia del capitalismo. En lugar de un mercado autorregulado y una economía que se lo come todo, lo que

imaginaban y por lo que luchaban los neoliberales era por un acuerdo regular entre *imperium* y *dominium*, al tiempo que impulsaban medidas para ahondar en el poder de la competencia para dar forma a la vida humana y dirigirla. El mundo normativo neoliberal no es un mercado sin fronteras y sin Estados, sino un doble mundo a salvo de las reivindicaciones colectivas de justicia social e igualdad redistributiva por parte de los guardianes de la constitución económica.

Las tres rupturas del siglo neoliberal

Analizar la historia del siglo XX desde una perspectiva neoliberal es como ofrecer una explicación alternativa de la era moderna. Según una historia liberal del siglo, la descolonización empezó en 1919; hubo a quien el fascismo le pareció prometedor hasta que levantó muros arancelarios; la Guerra Fría tuvo menos importancia que la guerra contra el New Deal mundial; a algunos el fin del *apartheid* les pareció una tragedia, y los países eran entidades secundarias subordinadas a la totalidad del mundo. Es una historia en la que la llamada edad de oro del capitalismo de posguerra fue en realidad una época oscura, regida por delirios keynesianos y erróneas fantasías de igualdad económica mundial. Trata sobre el desarrollo de un planeta vinculado por el dinero, la información y las mercancías en el que el logro emblemático del siglo no fue ni una comunidad internacional, ni una sociedad civil mundial ni la intensificación de la democracia, sino un ente cada vez más integrador llamado economía mundial y las instituciones designadas para aprisionarla.

Los capítulos siguientes relatan la historia del siglo XX a través de los ojos de los neoliberales que no consideraban que el capitalismo y la democracia se reforzaran mutuamente, sino que veían a esta última como un problema. La democracia entrañaba sucesivas oleadas de vociferantes masas exigentes que amenazaban todo el rato con hacer descarrilar la economía de mercado que estaba en funcionamiento. Para los neoliberales,

la amenaza democrática adoptaba muchas formas, desde la clase trabajadora blanca hasta el mundo no europeo que estaba en proceso de descolonización. El siglo estuvo marcado por tres rupturas, cada una de las cuales propició una expansión de lo que en 1932 el ordoliberal alemán Walter Eucken llamó «la democratización del mundo».[63] La primera ruptura, y la más fundamental, fue la Primera Guerra Mundial, cuando los países dejaron de suscribir la condición más importante del comercio y la inversión mundiales: el patrón oro. El periodo de posguerra provocó que se desdibujase de manera decisiva la división entre los mundos político y económico, así como lo que los neoliberales llamaron una «politización» de lo económico, a medida que el sufragio universal se extendía por Occidente y las nuevas naciones de la Europa Central y Oriental confundían el legítimo objetivo de la independencia con el vano proyecto de la autosuficiencia, disolviendo la antigua división regional del trabajo, que en sí misma demostraba una mayor interdependencia del mundo.

La segunda ruptura se produjo con la Gran Depresión, que comenzó en 1929. Los pensadores que se autodenominaron neoliberales después de 1938 creían que era inútil restaurar la unidad perdida de la economía mundial por medio de la investigación académica y la coordinación de expertos internacionales en estadística. No solo era una tarea fundamentalmente política, sino que solo podía ser política. Es bien sabido que muchas de las figuras más emblemáticas del movimiento neoliberal, entre los que se encontraban Mises, Hayek y Haberler, iniciaron su carrera investigando sobre lo que se llamó el ciclo económico o los patrones que provocaban crisis económicas a intervalos regulares. Se señala con menos frecuencia que a finales de la década de 1930 este grupo abandonó las estadísticas y la investigación del ciclo económico. Yo mantengo que llegaron a la conclusión de que la economía mundial era sublime, que escapaba a la representación y a la cuantificación. Esa conclusión los alejó de la documentación y del análisis de la economía como tal y los acercó al

diseño de las instituciones que pudieran apuntalar y proteger el sacrosanto espacio de la economía mundial.

En la década de 1930, Hayek empezó a darse cuenta de que el conocimiento estaba tan sumamente disperso por toda la economía de mercado que era imposible llegar a formarse jamás una visión práctica de conjunto. El impacto de los años treinta les hizo comprender que en el fondo la economía mundial era incognoscible. Cualquier intento de reconstruir la relación entre los dos mundos —el de múltiples naciones y el de una sola economía— tendría que ser un proyecto para rediseñar el Estado y, cada vez más después de 1945, para rediseñar el derecho. La esencia de ese proyecto era la gobernanza de múltiples niveles o el federalismo neoliberal. A raíz de la mistificación de la economía mundial, el ámbito en el que los neoliberales de la Escuela de Ginebra ejercieron una influencia mayor no fue el de la economía como tal, sino el del derecho y la gobernanza internacionales.

La tercera ruptura del siglo no se produjo ni con la Segunda Guerra Mundial ni con la Guerra Fría —pues ninguna de ellas tiene excesiva presencia en el siglo neoliberal—, sino con la rebelión del sur global de la década de 1970. La crisis del petróleo de 1973-1974 hizo que los agentes poscoloniales cobraran protagonismo. Las fuertes exigencias de redistribución económica y estabilización quedaron recogidas en la declaración de un Nuevo Orden Económico Internacional defendido por los países más pobres del mundo y aprobado por la Asamblea General de la ONU en 1974. La Escuela de Ginebra, que en los años setenta se enfrentó tanto al sur global como al auge de los modelos de reforma mundial asistidos por computadora, desarrolló su propia concepción de una economía mundial sin cifras: un mundo de información y de normas. Para la Escuela de Ginebra, el periodo comprendido entre la década de 1970 y la de 1990 consistió en replantearse la economía mundial como un procesador de información, y las instituciones globales, como los calibradores que ese

procesador necesitaba. Las normas comerciales, aplicadas mediante leyes constitucionales de obligado cumplimiento internacional, garantizarían la estabilidad.

El surgimiento del globalismo de la Escuela de Ginebra tuvo poco que ver con el supuesto utopismo de libre mercado o fundamentalismo mercantil del que a menudo se le acusa. Para los intelectuales de la década de 1930 estaba claro que no se trataba de elegir entre una nación gobernada y una economía mundial sin gobernanza. Una de las cosas que puede sorprender de mi relato es ver a pensadores como Hayek y Mises, a quienes se suele describir como libertarios, hablando con realismo sobre la necesidad de diversas formas de gobernanza internacional e incluso global. El debilitamiento de la relativa influencia de los Estados nacionales siempre se acompañaría del correspondiente fortalecimiento de las instituciones supranacionales. El núcleo del ordoglobalismo consiste en su propia versión de lo que Polanyi llamó reincrustar el mercado. La diferencia fundamental entre los neoliberales y él radica en el fin para el que se reincrusta el mercado. Para Polanyi, se trataba de restaurar cierta humanidad y justicia social. Para los neoliberales, de evitar proyectos estatales de redistribución igualitaria y garantizar la competencia, que se definía también como el funcionamiento óptimo del sistema de señalización de precios.

Soluciones verticales para un mundo en proceso de desintegración

Se suele describir el siglo XX como el periodo del triunfo del neoliberalismo. El siglo había demostrado que los neoliberales parecían tener razón. Habían fracasado todos los dioses salvo el capitalismo. El comunismo había terminado con una disolución espectacular. Sin embargo, pese a su aparente victoria, los neoliberales de la Escuela de Ginebra se pasaron el siglo XX obsesionados con la visión de un mundo que se desintegraba. Aunque a veces se los acusaba de creer con engreimiento en

la capacidad de recuperación del capitalismo, en realidad les preocupaba la posibilidad de que las condiciones globales que sustentaban una economía mundial capitalista se vieran intrínsecamente amenazadas. La emoción dominante entre los neoliberales —y sobre la que trata mi relato— no era la soberbia, sino la preocupación. Pusieron todo su empeño en intentar dar con soluciones para estabilizar lo que consideraban un orden precario.

Aunque yo me centro en un número relativamente bajo de personas, no les atribuyo una fuerza o causalidad sobrehumana ni contemplo sus textos como escritos divinos. A partir de la década de 1980, el pensamiento neoliberal no ha tenido una vinculación directa con la realidad. No defiendo que los textos de Hayek ni de ningún otro pensador sean la piedra Rosetta que permita descifrar la lógica interna de una realidad inevitablemente compleja. Las medidas y estrategias retóricas promulgadas desde las victorias de Thatcher y Reagan reflejan fuerzas y circunscripciones diversas que deben analizarse por separado y sobre las que no se puede generalizar con facilidad. No pretendo ni pronunciar la última palabra sobre el neoliberalismo ni enunciar una teoría mágica que resuma décadas de capitalismo global en constante transformación.

Lo que hago es usar las biografías de los neoliberales de la Escuela de Ginebra para entretejer un debate sobre una serie de instituciones diseñadas para aprisionar el mercado mundial con el objetivo de resguardarlo de la interferencia de los gobiernos nacionales. Los capítulos siguientes ofrecen una guía de campo histórica de esas instituciones; los intelectuales neoliberales fueron los artífices originales de algunas de ellas, pero en la mayoría se erigieron como defensores, innovadores o adaptadores. El llamamiento de Hayek a «destronar a la política» no era más que la primera parte de la solución neoliberal. La segunda consistía no en entronizar a la economía, sino en aprisionarla y en encontrar formas institucionales para aplicar la división. Los neoliberales estaban todo el rato buscando soluciones al problema del orden mediante un movimiento vertical. La

solución se encontraba, una y otra vez, en un cambio en la escala de gobernanza, incluida en la Sociedad de Naciones, el derecho internacional de inversiones, los proyectos de federación supranacional, los sistemas de voto ponderado, la legislación europea en materia de competencia y, en última instancia, la propia OMC.

A veces se habla del neoliberalismo como si este hubiera descendido de la cima de una montaña; en particular, el pico suizo del Mont Pèlerin. Los propios neoliberales fomentan la impresión de profesar una objetividad intelectual e idealista al citar a Alexis de Tocqueville, Immanuel Kant, J. S. Mill y lord Acton. Sin embargo, como veremos, en realidad las eminencias neoliberales estaban metidas en una actividad de lo más práctica —la aplicación del conocimiento económico— y se ensuciaban las manos asesorando a empresas, metiendo presión a los gobiernos, elaborando gráficas y recopilando estadísticas. A lo largo del siglo, los neoliberales vieron a diferentes organismos como potenciales ejecutores del mercado mundial. El relato siguiente comienza con el periodo inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial. Los debates sobre la globalización que se mantuvieron antes de la Gran Guerra originaron muchos de los tropos que se repiten en la actualidad. Los economistas hablaban de la muerte de la distancia, de la obsolescencia de las fronteras, de la imposibilidad de una política interior autónoma. Ese periodo también introdujo un conjunto de argumentos fundamentales para la imaginación neoliberal. La economía mundial era «unitaria» y no se podía dividir de manera significativa en naciones o imperios constituyentes. Era «interdependiente», porque los países industriales dependían de los mercados extranjeros tanto para las materias primas como para las ventas, y las fluctuaciones de la oferta y la demanda se percibían en el mundo entero. Era «homogénea en términos infraestructurales»: comprendía una red material de ferrocarriles, líneas telegráficas y barcos de vapor, así como acuerdos estándar de derecho, finanzas y producción. Al mismo tiempo, era

«heterogénea en términos funcionales», porque cada región se especializaba en una actividad económica que se adaptaba a sus recursos particulares, lo que provocaba una mayor división internacional del trabajo y, por lo tanto, un uso más eficiente de los recursos mundiales. Lo más importante era que la economía mundial tenía fuerza «supranacional», capaz de anular los intentos de los gobiernos de influir en ella.

La Cámara de Comercio Internacional (CCI) era un organismo económicamente internacionalista que buscaba documentar y propagar la idea de una economía mundial única. Reunía estadísticas económicas internacionales y abogaba por la eliminación de las barreras comerciales y por la libre circulación de capitales. Justo después de la Primera Guerra Mundial y de la disolución de los Imperios de los Habsburgo y Otomano, Mises y su círculo se dijeron que la CCI parecía un socio adecuado. El propio Mises era delegado de la CCI y la primera generación de neoliberales austriacos trabajaba en la Cámara de Comercio de Viena. Desde el principio, la doctrina del neoliberalismo se entretejió con las necesidades de sus patrocinadores de la comunidad empresarial. El «mundo de muros» (capítulo 1) que surgió tras la Primera Guerra Mundial se convirtió en un contrapunto frente al que los neoliberales imaginaban su economía mundial abierta.

En la década de 1920, a algunos de los futuros neoliberales también les pareció que la Sociedad de Naciones podía ser una autoridad supranacional capaz de garantizar las condiciones del doble mundo del capitalismo. Mises, Hayek, Haberler y Röpke contribuyeron en Ginebra a elaborar los primeros retratos sinópticos de «un mundo de cifras» (capítulo 2) durante su colaboración con la Sociedad. Sin embargo, a finales de la década de 1930, el núcleo de los movimientos neoliberales reaccionó al surgimiento de lo que llamaron nacionalismo económico —especialmente, en Europa Central — negando que la economía pudiera verse lo más mínimo. La postura de Hayek, que afirmaba que la economía no se podía percibir con los sentidos,

contradijo al emergente campo de la macroeconomía, pero también recondujo el proyecto neoliberal: se pasó de hablar de economía a hablar del marco que la aprisionaba.

En las décadas de 1930 y 1940, los neoliberales idearon sus propias estrategias para el orden a gran escala, elaborando planes para la federación internacional en proyectos de doble gobierno que aprisionaran al inefable mercado. En sustitución de los imperios, Robbins, Hayek y Mises propusieron «un mundo de federaciones» (capítulo 3).

Los neoliberales tenían pocas esperanzas de que los Acuerdos de Bretton Woods diseñados en 1944 fuesen a servir para salvaguardar la economía mundial. La solución de las Naciones Unidas al fin de los imperios —otorgar el voto a las proliferantes naciones del mundo no europeo— amenazaba el equilibrio entre *dominium* e *imperium*. Los neoliberales volvieron a colaborar con la CCI y ayudaron a redactar un código de inversión universal y tratados bilaterales de inversión con la esperanza de que protegieran al capital en «un mundo de derechos» (capítulo 4).

La necesidad de defender la economía mundial llevó a algunos neoliberales a buscar aliados aparentemente antiliberales. El caso del Chile de Augusto Pinochet es tristemente célebre, pero la relación neoliberal con el *apartheid* sudafricano está menos estudiada. En ese punto nos encontramos con una escisión en la Escuela de Ginebra. Casi todos los neoliberales mencionados en este libro rechazaron la raza como categoría de análisis —especialmente, a partir de 1945—, pero Wilhelm Röpke destacó por considerar que proteger la economía mundial implicaba defender los principios cristianos occidentales y caucásicos de lo que su colega neoliberal William H. Hutt llamó el «imperialismo negro».[64] La creencia de Röpke durante la posguerra en «un mundo de razas» (capítulo 5) supuso en muchos aspectos un desvío notable de la corriente mayoritaria de los neoliberales de la Escuela de Ginebra. Hubo figuras como Hayek, Friedman y Hutt que también criticaron el aislamiento diplomático de los

gobiernos de las minorías blancas de África meridional, pero lo hicieron movidos por razones que se acercaban más a los asuntos tratados en este libro: los peligros que entrañaba una democracia sin restricciones y la necesidad de aislar el orden económico mundial de las exigencias políticas de justicia social.

Mucho más que las soluciones segregacionistas de África meridional, los neoliberales de la Escuela de Ginebra creyeron que su gran esperanza para implementar la constitución económica durante la posguerra era la Comunidad Económica Europea. Lo que nació en 1957 con el Tratado de Roma fue un acuerdo con la democracia cristiana, los intereses agrícolas y el socialismo, pero algunos neoliberales consideraron que ofrecía el modelo potencial para «un mundo de constituciones» (capítulo 6) que podría triunfar sobre la soberanía nacional en nombre de la competencia. El modelo de múltiples niveles parecía un medio institucional para garantizar los derechos del mercado.

En la década de 1970, los neoliberales de la Escuela de Ginebra ampliaron el ejemplo de Europa para enfrentarse a los países más pobres del mundo, que exigían un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI). Sobre la base de las teorías de Hayek, sus alumnos y discípulos en el GATT elaboraron una contrateoría en reacción al NOEI con la esperanza de evitar que lo que llamaron descolonización económica perturbara el orden mundial desde los márgenes. Los alumnos de Hayek en el GATT entendían la economía global como «un mundo de señales» (capítulo 7) para comunicar los precios que requería de marcos legales constitucionales vinculantes que preservaran las condiciones de previsibilidad y estabilidad para los agentes económicos individuales. Aquella forma de pensar fue una significativa corriente intelectual que desembocó en la creación de la OMC: una victoria decisiva del proyecto neoliberal de encontrar un ejecutor extraeconómico de la economía mundial en el siglo XX.

Cuando en 1977 el GATT se trasladó a la antigua sede de la Organización Internacional del Trabajo, le cambió el nombre al edificio y lo llamó Centro William Rappard, en honor al neoliberal suizo que había ejercido de anfitrión durante la primera reunión de la Sociedad Mont Pèlerin, que en las décadas de 1930 y 1940 congregó en Ginebra a Röpke, Mises, Hayek y Robbins. Cuando se fundó la OMC en 1995, fue en ese edificio. La larga prehistoria intelectual del punto culminante de la Escuela de Neoliberalismo de Ginebra muestra que, en sus orígenes, el neoliberalismo no solo era una filosofía de libres mercados, sino también un proyecto de doble gobierno en el doble mundo del capitalismo. Pese a que abarca casi un siglo entero, es inevitable que mi relato esté incompleto. Se centra en el periodo comprendido entre principios de la década de 1920 y principios de la de 1980, y termina sobre todo antes del avance de las políticas neoliberales de los gobiernos de Reagan y Thatcher. No explora el interesante tema de la conversión del FMI y del Banco Mundial a las políticas que se conocieron como el «Consenso de Washington». También faltan las transformaciones de la gobernanza monetaria internacional, incluido el aumento del monetarismo, el fin de los Acuerdos de Bretton Woods, la introducción del euro y los cambios de las medidas del banco central. Esto implica dejar de lado la importantísima cuestión de las finanzas, que quizá sea la transformación de mayor calado que se ha producido en el capitalismo mundial desde la década de 1970. Uno de los motivos que explican esta omisión es que esos temas los han tratado de manera exhaustiva otros autores, cuyo excelente trabajo se cita en las notas de esta introducción.[65] Otros motivos son las limitaciones de espacio y mi deseo de contar una única historia con el grado de detalle suficiente como para evitar las generalizaciones que infestan la bibliografía de las ciencias sociales.

El relato que aquí se ofrece es una historia bastante contenida —presentada, en gran parte, en términos biográficos— sobre tres generaciones de pensadores, desde el Círculo de Mises de la Viena de 1920 hasta los

abogados económicos internacionales de Ginebra que contribuyeron al diseño teórico de la OMC en la década de 1980. Se centra en la noción específica de una forma de doble gobierno diseñada para aprisionar los respectivos campos de *dominium* e *imperium*. Rastrea los orígenes intelectuales del globalismo neoliberal hasta la reordenación del mundo que llegó tras el final de los imperios y da con las raíces históricas de los paradigmas del derecho económico internacional y del constitucionalismo neoliberal, que normalmente estudian más los politólogos y los sociólogos que los historiadores. Si analizamos el siglo desde Ginebra (en vez de desde Chicago, Washington o Londres), se aprecia una corriente de pensamiento que defendía que, para sobrevivir, la economía mundial necesitaba leyes que limitaran la autonomía de los países. Encontramos una versión del neoliberalismo cuyo valor fundamental no es la libertad de las personas, sino la interdependencia del todo.

Es importante señalar desde el principio que ninguna de las ideas propuestas aquí careció de oposición y que muy pocas gozaban del estatus de sentido común generalizado. El éxito y el fracaso del neoliberalismo como fenómeno histórico no pueden explicarse únicamente por medio del estudio exhaustivo de los textos de sus pensadores más conocidos. Yo no defiendo ni el éxito ni el fracaso del neoliberalismo, pero sí que pretendo arrojar luz sobre una serie de momentos en los que el pensamiento neoliberal se tradujo en medidas o diseño institucional por medio de colaboraciones con políticos, burócratas o empresarios. Como proyecto político, se pueden documentar los numerosos efectos que tuvo el neoliberalismo en el mundo real. Se pueden escribir sus historias. Este libro ofrece una de ellas al situar el proyecto neoliberal en un marco mayor que el que han aportado hasta la fecha otros académicos. Las cuestiones de los imperios, la descolonización y la economía mundial, que ignoran casi por completo las historias existentes, fueron elementos centrales del proyecto neoliberal desde el principio.

El hecho de que la OMC —el producto paradigmático del neoliberalismo de la Escuela de Ginebra— se encuentre dividida por excepciones, infracciones y reglas ignoradas no hace sino demostrar que el choque de ideas económicas está lejos de haber concluido y que la economía mundial sigue en proceso de redefinición.[66] Como señala cierto historiador, uno de los hechos más llamativos sobre el elaborado régimen jurídico instaurado para proteger los derechos de propiedad privada durante la posguerra es que «no funcionó».[67] El comienzo del siglo XXI ha estado marcado por el hecho de que cada vez hay más países que rechazan los tratados de inversión o que se desmarcan de los que ya existen.[68] Cada vez hay más países que optan por no recurrir al FMI para pedir préstamos, escarmentados por los castigos infligidos por los electores después de los anteriores programas de austeridad impuestos por el *diktat*. La idea de la soberanía económica nacional —y las reivindicaciones hechas en su nombre— ha demostrado ser un hueso más duro de roer de lo que creían los teóricos neoliberales más optimistas.

Debería resultar más evidente que nunca que hablar de las ideas neoliberales de orden —sobre todo, a nivel supranacional— no implica reivindicar la omnipotencia neoliberal. Desde la crisis financiera mundial de 2008, los llamados movimientos populistas se han multiplicado a izquierda y a derecha y han arremetido contra muchas de las instituciones descritas en estos capítulos. En el tiempo que he tardado en escribir estas páginas, el propio globalismo pasó de ser un término de análisis académico bastante desconocido a ser objeto del oprobio de la derecha y a ayudar a impulsar la campaña del candidato ganador del cargo más poderoso del mundo. A los globalistas —definidos, si es que se los define, como una combinación cambiante y a menudo borrosa de la élite financiera, política y académica— se los suele utilizar como chivos expiatorios de todos aquellos males que afligen al cuerpo político y se los ve como espectros de una identidad peligrosamente alejada de las preocupaciones de la gente común.

Los capítulos siguientes narran la autopercepción de quienes verían con buenos ojos que se los etiquetara como «globalistas». Ayudan a bajar al neoliberalismo de la nube al mostrar tanto a este como al globalismo no tanto como lógicas históricas, globales y abstractas, sino como proyectos políticos poblados por personas específicas que vivieron en lugares y momentos determinados. Por mucho que sus detractores alternen entre lamentarse y escribir necrológicas y que sus celebrantes se debatan entre la autocomplacencia y la desesperación, el globalismo neoliberal sigue siendo un argumento entre muchos. Las páginas siguientes no narran la historia de una victoria, sino la de una lucha —que se sigue librando— por definir qué principios deben regir la economía mundial y, por extensión, la vida de todos nosotros.

---

[1] Bill Clinton, declaraciones en el Foro Económico Mundial, 26 de enero de 1995, http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=51667.

[2] Regierungserklärung des Bundeskanzlers Gerhard Schröder (SPD), «Mut zum Frieden und zur Veränderung», 14 de marzo de 2003, http://www.documentArchiv.de/brd/2003/rede_schroeder_03-14.html.

[3] Citado en Wolfgang Streeck, *Comprando tiempo: La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Madrid: Katz Editores / Katz Barpal S. L., 2016, traducido por Gabriel Barpal y revisado por Alejandro Katz.

[4] Chakravarthi Raghavan, «Trade: The Empire Strikes Back», *SUNS—South North Development Monitor*, 20 de septiembre de 1999; Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2002, traducido por Alcira Nélida Bixio.

[5] Ver Thomas L. Friedman, *La Tierra es plana: una breve historia del siglo* XXI, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006, traducido por Inés Beláustegui.

[6] Rajesh Venugopal, «Neoliberalism as Concept», *Economy and Society* 44, número 2 (2015): p. 181. Ver también Bill Dunn, «Against Neoliberalism as a Concept», *Capital and Class*, 23 de noviembre de 2016, https://doi.org/10.1177/0309816816678583.

[7] Jonathan D. Ostry, Prakash Loungani y Davide Furceri, «Neoliberalism: Oversold?», *Finance and Development*, junio de 2016, pp. 38-41.

[8] Ben Geier, «Even the IMF Now Admits Neoliberalism Has Failed», *Fortune*, 3 de junio de 2016, http://fortune.com/2016/06/03/imf-neoliberalism-failing/.

[9] Ver Joseph E. Stiglitz, *El malestar en la globalización*, Barcelona: Punto de Lectura, 2003, traducido por Carlos Rodríguez Braun.

[10] Andrew Gamble, «The Last Utopia», *New Left Review*, n.º 236 (julio-agosto de 1999): pp. 117-127. Ver también Alexander E. Kentikelenis, Thomas H. Stubbs y Lawrence P. King, «IMF Conditionality and Development Policy Space, 1985-2014», *Review of International Political Economy* 23 (2016): pp. 543-582.

[11] Shawn Donnan, «IMF Economists Put 'Neoliberalism' under the Spotlight», *The Financial Times*, 26 de mayo de 2016. *The Financial Times* publicó después un editorial que acusaba al neoliberalismo de ser «la crítica generalizada de irreflexivos radicales que carecen de las habilidades de la argumentación empírica». «A Misplaced Mea Culpa for Neoliberalism», *The Financial Times*, 30 de mayo de 2016. Aditya Chakrabortty, «You're Witnessing the Death of Neoliberalism—from Within», *The Guardian*, 31 de mayo de 2016.

[12] Daniel Stedman Jones, *Masters of the Universe: Hayek, Friedman, and the Birth of Neoliberal Politics*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2012, p. 16; Keith Tribe, «Liberalism and Neoliberalism in Britain, 1930-1980», en *The Road from Mont Pèlerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*, editado por Philip Mirowski y Dieter Plehwe, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2009, p. 90; Sam Bowman, «Coming Out as Neoliberals», *Adam Smith Institute Blog*, 11 de octubre de 2016, https://www.adamsmith.org/blog/coming-out-as-neoliberals.

[13] Lars Feld citado en Bert Losse, «Economic Neoliberalism: Philosophy of Freedom», *Handelsblatt Global*, 10 de junio de 2017.

[14] Philip Mirowski, «The Political Movement That Dared Not Speak Its Own Name: The Neoliberal Thought Collective under Erasure», documento de trabajo número 23 del Institute for New Economic Thinking (septiembre de 2014), p. 6.

[15] Oliver Marc Hartwich, «Neoliberalism: The Genesis of a Political Swearword», CIS Occasional Paper 114 (2009), http://www.cis.org.au/app/uploads/2015/07/op114.pdf; Taylor C. Boas y Jordan Gans-Morse, «Neoliberalism: From New Liberal Philosophy to Anti-Liberal Slogan», *Studies in Comparative International Development* 44, n.º 2 (junio de 2009): pp. 137-161.

[16] Para consultar estudios pioneros, ver Richard Cockett, *Thinking the Unthinkable: Think-Tanks and the Economic Counter-Revolution, 1931-1983*, Londres: Harper Collins, 1994; Dieter Haselbach, *Autoritärer Liberalismus und Soziale Marktwirtschaft: Gesellschaft und Politik im Ordoliberalismus*, Baden-Baden: Nomos Verlagsgesellschaft, 1991; Bernhard Walpen, *Die offenen Feinde und ihre Gesellschaft: Eine hegemonietheoretische Studie zur Mont Pelerin Society*, Hamburgo: VSA-Verlag, 2004; Mirowski y Plehwe, *The Road from Mont Pèlerin*. Para consultar obras más recientes, ver Angus Burgin, *The Great Persuasion: Reinventing Free Markets since the Depression*, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2012; Pierre Dardot y Christian Laval, *La nueva razón del mundo: ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona: Gedisa, 2013, traducido por Alfonso Díez; William Davies, *The Limits of Neoliberalism: Authority, Sovereignty and the Logic of Competition*, Los Ángeles: Sage, 2014; Kim Phillips-Fein, *Invisible Hands: The Making of the Conservative Movement from the New Deal to Reagan*, Nueva York: W. W. Norton, 2009; Ralf Ptak, *Vom Ordoliberalismus zur sozialen Marktwirtschaft: Stationen des Neoliberalismus in Deutschland*, Opladen: Leske und Budrich, 2004; Philip Plickert, *Wandlungen des Neoliberalismus: Eine Studie zu Entwicklung und*

Ausstrahlung der "Mont Pelerin Society", Stuttgart: Lucius und Lucius, 2008; Ben Jackson, «Freedom, the Common Good, and the Rule of Law: Lippmann and Hayek on Economic Planning», *Journal of the History of Ideas* 73, n.º 1 (2012): pp. 47-68; Jean Solchany, *Wilhelm Röpke, l'autre Hayek: Aux origines du néolibéralisme*, París: Sorbonne, 2015; Stedman Jones, *Masters of the Universe; Philip Mirowski, Never Let a Serious Crisis Go to Waste: How Neoliberalism Survived the Financial Meltdown*, Nueva York: Verso, 2013; Milene Wegmann, *Früher Neoliberalismus und Europäische Integration: Interdependenz der nationalen, supranationalen und internationalen Ordnung von Wirtschaft und Gesellschaft (1932-1965)*, Baden-Baden: Nomos, 2002. Para estudios más centrados en el análisis textual de los académicos neoliberales, ver Andrew Gamble, *Hayek: The Iron Cage of Liberty*, Londres: Wiley, 1996; Nils Goldschmidt y Jan-Otmar Hesse, «Eucken, Hayek, and the Road to Serfdom», *Freiburg Discussion Papers on Constitutional Economics* (2012); John Gray, *Hayek on Liberty*, Nueva York: Routledge, 1984; Stefan Kolev, «Neoliberale Leitideen zum Staat: Die Rolle des Staates in der Wirtschaftspolitik im Werk von Walter Eucken, Friedrich August von Hayek, Ludwig von Mises und Wilhelm Ropke», tesis doctoral, Universidad de Hamburgo, 2011; Raymond Plant, *The Neoliberal State*, Oxford: Oxford University Press, 2010; Jeremy Shearmur, *Hayek and After: Hayekian Liberalism as a Research Programme*, Londres: Routledge, 1996; Manuel Wörsdörfer, «Die normativen und wirtschaftsethischen Grundlagen des Ordoliberalismus», tesis doctoral, Universidad Goethe de Fráncfort del Meno, 2011. Para consultar las biografías intelectuales más importantes, ver Bruce Caldwell, *Hayek's Challenge: An Intellectual Biography of F.A. Hayek*, Chicago: University of Chicago Press, 2004); Hans Jörg Hennecke, *Friedrich August von Hayek: Die Tradition der Freiheit*, Düsseldorf: Wirtschaft und Finanzen, 2000); Hans Jörg Hennecke, *Wilhelm Röpke: Ein Leben in der Brändung*, Stuttgart: Schäffer-Poeschel Verlag, 2005; Helge Peukert, *Das sozialökonomische Werk Wilhelm Röpkes*, 2 vols., Nueva York: Peter Lang, 1992.

[17] Ver lo que se explica en el capítulo 2. Ver también Serge Audier, *Le colloque Lippmann: Aux origines du néo-libéralisme, précédé de Penser le néo-libéralisme*, segunda edición, París: Éditions Le Bord de l'eau, 2012; Arnaud Brennetot, «The Geographical and Ethical Origins of Neoliberalism: The Walter Lippmann Colloquium and the Foundations of a New Geopolitical Order», *Political Geography*, número 49 (2015): pp. 30-39; Hagen Schulz-Forberg, «Laying the Groundwork: The Semantics of Neoliberalism in the 1930s», en *Re-inventing Western Civilisation: Transnational Reconstructions of liberalism in Europe in the Twentieth Century*, editado por Hagen Schulz-Forberg and Niklas Olsen, 13-40, Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars, 2014.

[18] Mitchell Dean, «Rethinking Neoliberalism», *Journal of Sociology* 50, n.º 2 (2012): p. 2.

[19] Para leer sobre la economía del desarrollo y el gobierno monetario, ver Dieter Plehwe, «The Origins of the Neoliberal Economic Development Discourse», en Mirowski y Plehwe, *The Road from Mont Pèlerin*; Matthias Schmelzer, *Freiheit für Wechselkurse und Kapital: Die Ursprünge neoliberaler Währungspolitik und die Mont Pèlerin Society*, Marburg: Metropolis, 2010. Para leer obras que traten sobre el orden internacional, ver Jennifer Bair, «Taking Aim at the New International Economic Order», en Mirowski y Plehwe, *The Road from Mont Pèlerin*; Jorg

Spieker, «F.A. Hayek and the Reinvention of Liberal Internationalism», *International History Review* 36, n.º 5 (2014): pp. 1-24; Or Rosenboim, «Barbara Wootton, Friedrich Hayek and the Debate on Democratic Federalism in the 1940s», *International History Review* 36, n.º 5 (2014): pp. 894-918; Fabio Masini, «Designing the Institutions of International Liberalism: Some Contributions from the Interwar Period», *Constitutional Political Economy* 23, n.º 1 (2012): pp. 45-65; Jeffrey M. Chwieroth, *Capital Ideas: The IMF and the Rise of Financial Liberalization*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2010; Wegmann, *Früher Neoliberalismus*. Para leer el resumen más exhaustivo de las ideas neoliberales del orden internacional, ver Razeen Sally, *Classical Liberalism and International Economic Order: Studies in Theory and Intellectual History*, Nueva York: Routledge, 1998.

[20] Para leer estudios pioneros de esta perspectiva, ver Stephen Gill, «Economic Globalization and the Internationalization of Authority: Limits and Contradictions», *Geoforum* 23, n.º 2 (1992): pp. 269-283; Gill, «New Constitutionalism, Democratisation and Global Political Economy», *Pacifica Review: Peace, Security and Global Change* 10, n.º 1 (1998): pp. 23-38. Para leer otros estudios fundamentales, ver Sarah Babb, *Behind the Development Banks: Washington Politics, World Poverty, and the Wealth of Nations*, Chicago: University of Chicago Press, 2009; Nitsan Chorev, «The Institutional Project of Neo-Liberal Globalism: The Case of the WTO», *Theory and Society* 34, n.º 3 (2005): pp. 317-355; A. Claire Cutler, *Private Power and Global Authority: Transnational Merchant Law in the Global Political Economy*, Nueva York: Cambridge University Press, 2003; John Gray, *False Dawn: The Delusions of Global Capitalism*, Nueva York: New Press, 1998; David J. Gerber, «Constitutionalizing the Economy: German Neoliberalism, Competition Law and the 'New' Europe», *American Journal of Comparative Law* 42, n.º 1 (invierno de 1994): pp. 25-84; Christian Joerges, «What Is Left of the European Economic Constitution? A Melancholic Eulogy», *European Law Review* 30 (agosto de 2005): 461-489; Adam Harmes, «Neoliberalism and Multilevel Governance», *Review of International Political Economy* 13, n.º 5 (2006): pp. 725-749; Alasdair Roberts, *The Logic of Discipline: Global Capitalism and the Architecture of Government*, Nueva York: Oxford University Press, 2011; Fritz W. Scharpf, «Economic Integration, Democracy and the Welfare State», *Journal of European Public Policy* 4, n.º 1 (marzo de 1997): pp. 18-36; David Schneiderman, *Constitutionalizing Economic Globalization: Investment Rules and Democracy's Promise*, Nueva York: Cambridge University Press, 2008; M. Sornarajah, *The International Law on Foreign Investment*, tercera edición, Nueva York: Cambridge University Press, 2010; Streeck, *Comprando tiempo*.

[21] Ver Keller Easterling, *Extrastatecraft: The Power of Infrastructure Space*, Nueva York: Verso, 2014; Patrick Neveling, «Export Processing Zones, Special Economic Zones and the Long March of Capitalist Development Policies during the Cold War», en *Decolonization and the Cold War: Negotiating Independence*, editado por Leslie James y Elisabeth Leake, pp. 63-84, Londres: Bloomsbury, 2015; Ronen Palan, *The Offshore World: Sovereign Markets, Virtual Places, and Nomad Millionaires*, Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2003.

[22] Ver, por ejemplo, Gill, «New Constitutionalism», 23; Werner Bonefeld, «Authoritarian Liberalism: From Schmitt via Ordoliberalism to the Euro», *Critical Sociology* (2016): p. 13.

[23] Bernard H. Moss, *Monetary Union in Crisis: The European Union as a Neo-Liberal Construction*, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2005, p. 13; Owen Worth, «Reviving Hayek's Dream», *Globalizations* 14, n.º 1 (2017): p. 105.

[24] Johanna Bockman, «Socialism and the Embedded Economy», *Theory and Society* 45, n.º 5 (octubre de 2016): 386.

[25] Ver, por ejemplo, Michael C. Dreiling y Derek Darves, Ag*ents of Neoliberal Globalization: Corporate Networks, State Structures, and Trade Policy*, Nueva York: Cambridge University Press, 2016, p. 14.

[26] Para leer sobre una cuestión relacionada, ver Melinda Cooper y Martijn Konings, «Contingency and Foundation: Rethinking Money, Debt, and Finance after the Crisis», *South Atlantic Quarterly* 114, n.º 2 (abril de 2015): 242.

[27] Jamie Peck, «Neoliberalizing States: Thin Policies / Hard Outcomes», *Progress in Human Geography* 25, n.º 3 (2001): p. 447; en cursiva en el original. La obra sobre Polanyi ha dado ideas propias excepcionales. Ver, por ejemplo, Fred L. Block y Margaret R. Somers, *The Power of Market Fundamentalism: Karl Polanyi's Critique*, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2014; Mark Blyth, *Great Transformations: Economic Ideas and Institutional Change in the Twentieth Century*, Nueva York: Cambridge University Press, 2002; Gareth Dale, *Karl Polanyi: The Limits of the Market*, Malden, Massachusetts: Polity Press, 2010; Kari Polanyi-Levitt, *From the Great Transformation to the Great Financialization: On Karl Polanyi and Other Essays*, Londres: Zed, 2013.

[28] Ver, entre otros, Cornel Ban, *Ruling Ideas: How Global Neoliberalism Goes Local*, Oxford: Oxford University Press, 2016; Dorothee Bohle y Bela Greskovits, «Neoliberalism, Embedded Neoliberalism and Neocorporatism: Towards Transnational Capitalism in Central-Eastern Europe», *West European Politics* 30, n.º 3 (2007): pp. 443-466; Damien Cahill, *The End of Laissez-Faire? On the Durability of Embedded Neoliberalism*, Cheltenham, Reino Unido: Edward Elgar, 2014.

[29] Andrea Migone, «Embedded Markets: A Dialogue between F.A. Hayek and Karl Polanyi», *Review of Austrian Economics* 24 (2011): p. 357.

[30] *Ibid.*, p. 367.

[31] Joost Pauwelyn, «The Transformation of World Trade», *Michigan Law Review* 104, n.º 1 (octubre de 2005): pp. 1-65; Arie Reich, «From Diplomacy to Law: The Juridicization of International Trade Relations», *Northwestern Journal of International Law and Business* 17, n.º 1 (invierno de 1997): pp. 775-849.

[32] Hans Willgerodt, «Der Neoliberalismus—Entstehung, Kampfbegriff und Meinungsstreit», *Ordo* 57 (2006): pp. 54-55.

[33] *Ibid.*, p. 69.

[34] John Foster, «From Simplistic to Complex Systems in Economics», *Cambridge Journal of Economics* 29 (2005): p. 880.

[35] F. A. Hayek, «La economía, la ciencia y la política», en *Nuevos estudios de filosofía, política, economía e historia de las ideas*, editado por F. A. Hayek, Madrid: La Unión, 2007, traducido por Juan Marcos de la Fuente.

[36] F. A. Hayek, *Los fundamentos de la libertad*, Madrid: La Unión, 1998, traducido por José Vicente Torrente. Aquí hay claras resonancias con el proyecto de «economía constitucional» asociado a James M. Buchanan y Gordon Tullock, miembros de la Sociedad Mont Pèlerin. Para leer la visión de conjunto de un académico que se movió entre los mundos del ordoliberalismo y la elección pública de la Escuela de Virginia, ver Viktor Vanberg, *The Constitution of Markets: Essays in Political Economy*, Nueva York: Routledge, 2001. El compromiso es multigeneracional. El hijo de Vanberg, Georg, politólogo, es el actual presidente de la Sociedad de la Elección Pública.

[37] Oliver Kessler, «Sleeping with the Enemy? On Hayek, Constructivist Thought, and the Current Economic Crisis», *Review of International Studies* 38, n.º 2 (2012): p. 290.

[38] F. A. Hayek, *El orden político de un pueblo libre*, volumen 3 de *Derecho, legislación y libertad*, Madrid: La Unión, 1979, traducido por Luis Reig Albiol.

[39] El término tiene la ventaja de haber nacido de los propios pensadores neoliberales. En el mismo texto, Rüstow defendió lo que llamó «intervencionismo liberal». Ver Alexander Rüstow, «Freie Wirtschaft—starker Staat: Die staatspolitischen Voraussetzungen des wirtschaftlichen Liberalismus», *Schriften des Vereins für Sozialpolitik* 187 (1932). Para conocer el uso de los académicos, ver Werner Bonefeld, *The Strong State and the Free Economy*, Londres: Rowman & Littlefield, 2017; Andrew Gamble, «The Free Economy and the Strong State: The Rise of the Social Market Economy», *Socialist Register* 16 (1979): pp. 1-25; Ben Jackson, «At the Origins of Neo-Liberalism: The Free Economy and the Strong State, 1930-1947», *Historical Journal* 53, n.º 1 (2010): pp. 129-151; Mitchell Dean, «Free Economy, Strong State», en *Neoliberalism beyond the Free Market*, editado por Damien Cahill, Lindy Edwards y Frank Stilwell, pp. 69-89, Northampton, Massachusetts: Edward Elgar, 2012.

[40] Kolev, «Neoliberale Leitideen zum Staat», p. 23.

[41] Vale la pena señalar la diferencia de mi definición, que no se limita a indicar el lugar donde ocuparon cargos académicos. E. U. Petersmann, «International Economic Theory and International Economic Law: On the Tasks of a Legal Theory of International Economic Order», en *The Structure and Process of International Law: Essays in Legal Philosophy Doctrine and Theory*, editado por R. St. J. Macdonald y Douglas M. Johnston, La Haya: Martinus Nijhoff, 1983, p. 237.

[42] Ver Steven M. Teles, *The Rise of the Conservative Legal Movement: The Battle for Control of the Law*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2008.

[43] Es digno de mención, por ejemplo, que el debate sobre el federalismo en la Escuela de Virginia en torno a Buchanan se refiera en gran medida a las relaciones entre los estados de los Estados Unidos, mientras que los pensadores que describo en mi relato entienden el federalismo como relaciones entre países.

[44] Carl Schmitt, *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del «Ius publicum europae»*, Granada: Editorial Comares, 2002, traducido por Dora Schilling Thou.

[45] Wilhelm Röpke, «Wirtschaftssystem und internationale Ordnung: Prolegomena», *Ordo* 4 (1951): p. 277. Para leer una reflexión sobre el orden moderno basado en el retorno de la división entre

dominium e *imperium*, ver Janet McLean, «The Transnational Corporation in History: Lessons for Today?», *Indiana Law Journal* 79 (2003): pp. 373-376.

[46] Wilhelm Röpke, *Economic Order and International Law*, Leiden: A. W. Sijthoff, 1955, p. 250.

[47] *Ibid.*, pp. 210-214.

[48] Ver Stefan Kolev, «F. A. Hayek as an Ordo-Liberal», *Hamburg Institute of International Economics Research Paper* 5-1 (2010); Viktor J. Vanberg, «Friedrich A. Hayek und die Freiburger Schule», *Ordo* 54 (2003): pp. 3-20. Para leer opiniones discordantes, ver Keith Tribe, *Strategies of Economic Order: German Economic Discourse, 1750–1950*, Nueva York: Cambridge University Press, 1995, p. 208; Manuel Wörsdörfer, «Von Hayek and Ordoliberalism on Justice», *Journal of the History of Economic Thought* 35, n.º 3 (2013): p. 309.

[49] Wolfgang Streeck plantea un argumento similar: «Tras la victoria o cuasivictoria del neoliberalismo, el capitalismo hayekiano posdemocrático de hoy —o, mejor tal vez, ademocrático— puede considerarse como una versión históricamente actualizada del ordoliberalismo». Streeck, «Heller, Schmitt and the Euro», *European Law Journal* 21, n.º 3 (mayo de 2015): p. 365.

[50] «Nobel-Prize Winning Economist», entrevista de historia oral con F. A. Hayek, Oral History Program, UCLA, 1983, 46, https://archive.org/details/nobelprizewinnin00haye.

[51] Vanberg, *The Constitution of Markets*, p. 88.

[52] Ver Jan-Werner Müller, «Militant Democracy», en *The Oxford Handbook of Comparative Constitutional Law*, editado por Michel Rosenfeld y András Sajó, Oxford: Oxford University Press, 2012, pp. 1253-1269; Udi Greenberg, «Militant Democracy and Human Rights», *New German Critique* 42, n.º 3 (noviembre de 2015): pp. 169-195.

[53] La cita es de Carlo Schmid, líder del Partido Socialdemócrata de Alemania, en Jeremy Varon, *Bringing the War Home: The Weather Underground, the Red Army Faction, and Revolutionary Violence in the Sixties and Seventies*, Berkeley: University of California Press, 2004, p. 277.

[54] Wilhelm Röpke, *International Economic Disintegration*, Londres: William Hodge and Co., 1942, p. 241.

[55] Ver, por ejemplo, Burgin, *The Great Persuasion*; Stedman Jones, *Masters of the Universe*. Para conocer un enfoque contextualizado, ver Anthony James Nicholls, *Freedom with Responsibility: The Social Market Economy in Germany, 1918-1963*, Nueva York: Oxford University Press, 1994; Ptak, *Vom Ordoliberalismus zur sozialen Marktwirtschaft*.

[56] Jan-Werner Müller, *Contesting Democracy: Political Thought in Twentieth-Century Europe*, New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2011, p. 5.

[57] F. A. Hayek, «New Nations and the Problem of Power», *The Listener*, 10 de noviembre de 1960, p. 819. Para leer su declaración de que esa era la primera vez que proponía «la reconstrucción de las asambleas representativas», ver Hayek, *The Political Order*, p. 192.

[58] Hayek, «New Nations», p. 821.

[59] Hayek, *The Political Order*, p. 149.

[60] Ver Haselbach, *Autoritärer Liberalismus*.

[61] Ver, por ejemplo, el número especial de mayo de 2015 del *European Law Journal* dedicado al liberalismo autoritario de Herman Heller Bonefeld, «Authoritarian Liberalism»; Joerges, «What

Is Left?», p. 467; Michael A. Wilkinson, «The Specter of Authoritarian Liberalism: Reflections on the Constitutional Crisis of the European Union», *German Law Journal* 14, n.º 5 (2013): pp. 527-560.

[62] Para leer una declaración contundente y elocuente de esta postura, ver Wolfgang Streeck, *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid: Traficantes de Sueños, 2017, cap. 1, traducido por Juanmari Madariaga y Ethel Odriozola.

[63] Walter Eucken, «Staatliche Strukturwandlungen und die Krisis des Kapitalismus», *Weltwirtschaftliches Archiv* 36 (1932): p. 311.

[64] «Apartheid in South Africa and Its Foreign Critics», sin datar [1963], caja 31, papeles de William H. Hutt, archivos de la Hoover Institution, Universidad de Stanford.

[65] Ver Greta R. Krippner, *Capitalizing on Crisis: The Political Origins of the Rise of Finance*, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2012; Schmelzer, *Freiheit für Wechselkurse und Kapital*; Carol Connell, *Reforming the World Monetary System: Fritz Machlup and the Bellagio Group*, Londres: Pickering and Chatto, 2013; Chwieroth, *Capital Ideas*; Richard Peet, *Unholy Trinity: The IMF, World Bank and WTO*, segunda edición, Londres: Zed Books, 2009; Kim Phillips-Fein, *Fear City: New York City's Fiscal Crisis and the Rise of Austerity Politics*, Nueva York: Metropolitan, 2017.

[66] Ver Kristen Hopewell, *Breaking the WTO: How Emerging Powers Disrupted the Neoliberal Project*, Stanford, California: Stanford University Press, 2016.

[67] Vanessa Ogle, «State Rights against Private Capital: The 'New International Economic Order' and the Struggle over Aid, Trade, and Foreign Investment, 1962-1981», *Humanity: An International Journal of Human Rights, Humanitarianism, and Development* 5, n.º 2 (verano de 2014): p. 220.

[68] M. Sornarajah, *Resistance and Change in the International Law on Foreign Investment*, Nueva York: Cambridge University Press, 2015, p. 1.

01

Un mundo de muros

«Para los liberales, el mundo no termina en las fronteras del Estado. Para ellos, la importancia de las fronteras nacionales es meramente fortuita y secundaria. Su pensamiento político abarca a toda la humanidad».

LUDWIG VON MISES, 1927

El final de la Primera Guerra Mundial asestó el primer golpe al mundo de los imperios. El Imperio austrohúngaro, que otrora se extendía por la mayor parte de Europa del Este, quedó reducido a una sombra de lo que había sido. Austria tenía una cuarta parte de sus dimensiones anteriores y albergaba una quinta parte de su antigua población. Hungría había perdido dos tercios de su territorio y dos quintos de su población. El Imperio otomano, que había resistido más de seis siglos y que en sus mejores tiempos se extendía por Europa, Oriente Próximo y África septentrional, se contrajo en la península de Turquía, con presencia a ambos lados del Bósforo. Las autoridades francesas y británicas asumieron el control de los territorios otomanos, que incluían Siria, Irak y Palestina, y aseguraron —al menos, en teoría— que los prepararían para el autogobierno. Las colonias alemanas de África y del Pacífico Sur se repartieron entre los vencedores (Sudáfrica se apropió de África del Sudoeste). Esas antiguas colonias pasaron a llamarse mandatos y se pospuso su independencia. Aunque la Sociedad de Naciones comenzó su andadura como una «sociedad de imperios», terminó ofreciendo un espacio para nuevas reivindicaciones

desde los márgenes globales.[69] Aunque las potencias mundiales europeas no estuvieran preparadas ni por asomo para renunciar a sus territorios de ultramar, en el mapa de Europa del Este se veía —y se oía en los discursos de Woodrow Wilson, V. I. Lenin e intelectuales anticolonialistas como Jawaharlal Nehru y Mao Zedong— que un nuevo principio de autodeterminación nacional estaba adquiriendo carácter global y tendiendo una emboscada al viejo lenguaje de los imperios.[70]

A medida que en la década de 1920 se fue propagando el concepto de nación, se extendió asimismo el concepto de mundo. El término «economía mundial» entró en el inglés en la década del «surgimiento de la sociedad internacional».[71] Vino acompañado de muchas otras expresiones referidas al «mundo», como «historia mundial», «literatura mundial», «asuntos mundiales» y, por supuesto, «guerra mundial». Como pasa con los miembros de una familia y el aire respirable, cuando más se habló de la economía mundial fue tras su desaparición. Para muchos, el fin de la Primera Guerra Mundial pareció ser el fin de la economía mundial. En 1922, el economista austriaco Ludwig von Mises escribió que «poco antes de la guerra mundial estábamos cerca de cumplir el sueño de una sociedad ecuménica. ¿Se ha limitado la guerra a interrumpir este avance durante un breve periodo de tiempo o lo ha destruido por completo? ¿Puede ocurrir que cese este avance, que retroceda la sociedad?».[72] «¿Quién reconstruiría, entonces, este mundo hecho trizas?», se preguntó.[73] Los liberales se encontraron en la curiosa tesitura de tener que reconstruir algo que, hasta cierto punto, había funcionado porque se asumía como natural. Con la guerra, se volvió evidente que el progreso no era unilateral: la economía mundial podía retroceder. Los economistas, los Estados y los empresarios tendrían que trabajar codo con codo para reconstruir el mundo hecho trizas del capitalismo global.

Una de las principales rupturas del relato neoliberal del siglo XX fue la Primera Guerra Mundial. Los académicos han observado que en el curso de

esa guerra todas las potencias beligerantes «se movieron en la dirección del capitalismo organizado y el colectivismo de guerra».[74] Se incautaron de propiedades extranjeras; reemplazaron las economías dirigidas con la oferta y la demanda del mercado; sustituyeron los regímenes centralizados de racionamiento y de asignación de recursos por el mecanismo de precios, y los gobiernos nacionales y las juntas de planificación derribaron los muros del secreto empresarial, accedieron a cuentas privadas y asuntos de negocios para recabar datos sobre producción y distribución y crearon lo que algunos llamaron «socialismo de guerra» y lo que el estadista y empresario alemán Walther Rathenau denominó *Großwirtschaft* o «gran economía».[75]

En el curso de la guerra, la naturaleza sagrada de la propiedad privada se violó a nivel internacional; se profanó el espacio de los capitalistas particulares. El Estado pasó a tener conocimiento de las cuentas privadas, que se convirtieron en aportaciones a un plan integral para distribuir los recursos del país. Donde más catastrófico resultó el colapso de la división entre lo público y lo privado fue en los países donde habían prosperado las revoluciones socialistas: la Unión Soviética en 1917, la República Soviética de Baviera de 1918 y la revolución húngara con Bela Kun. Sin embargo, en la época posterior a la Primera Guerra Mundial se produjo en todas partes una gran revelación de secretos empresariales: había que hacer visibles a las empresas, por su propio bien.

Desde la perspectiva liberal, hubo tres factores que, tras la guerra, fortalecieron el ámbito de la política por encima del de la economía. En primer lugar, se reforzó la soberanía popular con la generalización del sufragio universal masculino en Europa y América del Norte, lo que dificultó el mantenimiento del patrón oro por medio de ajustes internos soportados por la gente corriente.[76] En segundo lugar, la guerra dejó en herencia lo que los liberales vieron como una confianza equivocada en el poder de los gobiernos para distribuir los recursos. No es casualidad que

uno de los antagonistas más importantes de Hayek y Mises en Viena fuera Otto Neurath, que había creado un plan sin dinero para la República de Baviera. Desde la guerra, que la economía estuviera dirigida por las autoridades centrales parecía una alternativa viable. En tercer lugar, la resolución de la guerra en los tratados de paz de Versalles y Saint-Germain-en-Laye dio validez a la idea de que la nación era la categoría más importante para organizar los asuntos humanos. Para el grupo que habría de convertirse en el de los neoliberales, la época posterior a 1918 estuvo marcada por un intento de restablecer lo que, a su juicio, era el equilibrio correcto entre el mundo público del gobierno y el mundo privado de la propiedad y el contrato. Aquello se tradujo de manera específica en una serie de proyectos de internacionalismo capitalista. El respeto por la propiedad privada debía prevalecer sobre el derecho nacional. Las inversiones tenían que poder cruzar las fronteras sin temor a los obstáculos o a la expropiación. El capital tenía que volver a hacerse cosmopolita.

En este capítulo me centraré en los liberales austriacos de la Viena de la década de 1920 y en las instituciones donde desempeñaron su oficio por primera vez y donde encontraron su cosmovisión política. Los dos organismos económicos internacionales más importantes de la época fueron la Cámara de Comercio Internacional (CCI) y la Sociedad de Naciones. Esas dos instituciones organizaron la Conferencia Económica Mundial de 1927, la primera reunión económica que versó sobre el mundo entero, que codificó una oposición internacional a las trabas al comercio y que popularizó la metáfora del «muro arancelario». En esa época los Estados Unidos se refugiaron en un relativo aislamiento diplomático, pero la Sociedad de Naciones tomó la iniciativa en la redacción de proyectos para la gobernanza económica mundial, una serie de conversaciones en las que tuvieron una implicación directa Ludwig von Mises, Gottfried Haberler, Wilhelm Röpke, Lionel Robbins y F. A. Hayek, quienes más tarde serían los neoliberales.

Uno de los desafíos de las instituciones fue la restauración del libre comercio; el otro, el obstáculo interno que suponían los sindicatos. El mismo año de la Conferencia Económica Mundial, Mises estuvo presente en el levantamiento de los trabajadores de Viena, que terminó con cerca de cien muertos y el Palacio de Justicia en llamas. En opinión de los liberales, los muros arancelarios y las reivindicaciones salariales de los trabajadores eran dos tipos de barricadas en el mercado. Para alcanzar el ideal liberal se necesitaba un Estado que pudiera eliminar las trabas al comercio y al ajuste salarial, lo que implicaba ejercer una oposición militante —y, cuando fuese necesario, militarizada— a las estrategias de los sindicatos para proteger sus salarios y los derechos que les otorgaba el Estado. La sangrienta represión de los disturbios de 1927 convenció a Mises de que el Estado estaba dispuesto a usar —y capacitado para hacerlo— todos los medios necesarios para evitar que los trabajadores propiciaran condiciones políticas que favorecieran sus propios objetivos.

El liberalismo militante en la Ringstrasse

Si el neoliberalismo organizado tiene un lugar de nacimiento, ese es Stubenring 8-10, en el extremo oriental del gran bulevar de la Ringstrasse de Viena. En esa dirección, en 1907, la Cámara de Comercio e Industria de la Baja Austria (la que más tarde sería la Cámara de Comercio de Viena) abrió su nuevo edificio, una enorme estructura de seis plantas diseñada por Ludwig Baumann en un estilo que combinaba el neoclasicismo con el modernismo *Jugendstil* y en cuya esquina se alzaba el águila bicéfala de la monarquía dual, con los fasces atados sobre un escudo. Se entraba en el edificio por entre cuatro columnas de mármol y luego se subía por una escalinata central flanqueada por esculturas de bronce a tamaño natural de acólitos egipcios con el torso descubierto que sostenían en alto cuencos votivos. Las esculturas estaban enmarcadas por una matriz geométrica de

vidrieras azules y verdes. Ludwig Mises empezó a trabajar allí en 1909, a los veintisiete años, y se pasó los siguientes veinticinco subiendo esa escalinata todos los días laborables. En 1921, F. A. Hayek empezó a trabajar allí —aquel fue su primer empleo— y estuvo dieciocho meses trabajando con Mises como funcionario en una comisión relacionada con el Tratado de Saint-Germain-en-Laye.[77] Después de mediados de la década de 1920, Hayek volvió a reunirse con Mises junto con otro protegido, Gottfried Haberler, y Mises les consiguió trabajo a ambos en el Instituto Austriaco para la Investigación del Ciclo Económico, que estaba en el mismo edificio. El despacho de Mises —que se encontraba en el segundo piso, frente a la Ringstrasse— era también el lugar donde se congregaba su seminario privado, en el que participaba Fritz Machlup y que recibía las visitas de Lionel Robbins, Frank Knight y John Van Sickle, y que se convirtió en parte de la «formación intelectual cosmopolita extraacadémica» que en 1947 se transformaría en la neoliberal Sociedad Mont Pèlerin.[78]

Comenzar la historia del neoliberalismo con la Stubenring en la década de 1920 en lugar de con Mont Pèlerin en 1947 desinfla el discurso de autoexaltación que los tacha de intelectuales solitarios y atribulados, y refleja el mundo en el que los futuros neoliberales configuraron sus principios. También muestra que sus textos comenzaron con cuestiones relacionadas estrictamente con las políticas y no con la contemplación abstracta. Aunque Mises afirmó que «ninguna otra vocación resultaba más deseable para mí que la de profesor universitario», en muchos sentidos la Cámara de Comercio siguió siendo su entorno más característico y sus sugerencias en materia de políticas demostraron una consistencia notable.[79] Mises inició su carrera en Austria en los últimos años del Imperio de los Habsburgo defendiendo de manera enérgica la reducción de los impuestos de sociedades a la industria y la terminó en los últimos años de la Primera República de Austria peleando por lo mismo. Mises, que asumió el cargo de secretario de la Cámara en 1918, se vio obligado a asesorar al gobierno y a

redactar evaluaciones periciales de las nuevas leyes durante el periodo de entreguerras, un deber que culminó en 1930 liderando una Comisión Económica formada por tres personas.[80] Aunque se lo recuerde por su trabajo en filosofía social y en teorías del dinero y el crédito, durante gran parte de su edad adulta Mises se ganó la vida defendiendo con franqueza las necesidades empresariales ante la Cámara de Comercio en las décadas de 1920 y 1930, y ante la Asociación Nacional de Manufactureros (NAM, por sus siglas en inglés) y la Fundación para la Educación Económica tras emigrar a los Estados Unidos, entre otras instituciones.[81]

La ubicación de la Cámara de Comercio de Viena en la Ringstrasse estaba cargada de simbolismo y ayuda a ilustrar el ambiente en el que surgió la variante austriaca del neoliberalismo. Los bulevares se construyeron a raíz de las revoluciones de 1848 en el terreno baldío donde antes se alzaban las murallas de la ciudad medieval. En su clásico estudio de la Viena de fin de siglo, Carl Schorske explica que, al construir el parlamento y el ayuntamiento junto a los teatros y la universidad, el gobierno liberal de la ciudad utilizó la Ringstrasse para reflejar su concepción del orden social.[82] Aquellos desarrollos urbanísticos se hacían eco de los que se estaban llevando a cabo en París bajo la dirección del barón George-Eugène Haussmann. Ambos proyectos de renovación urbana crearon arterias de comercio y de transporte en ciudades medievales mediante la construcción de calles anchas que podían funcionar simultáneamente como espacios de enriquecimiento cultural gracias a sus óperas y sus museos, como expresiones del poder estatal gracias a sus monumentos y como espacios de consumo gracias a los escaparates y los cafés de las aceras.[83] Las calles anchas también pondrían más difícil a futuros insurgentes levantar las barricadas que habían caracterizado las revoluciones de 1848. Ambos diseños incluían arsenales y cuarteles para facilitar el despliegue de tropas que sofocaran las amenazas internas.[84] Los bulevares de la Ringstrasse y de Haussmann transformaron Viena y París en

ciudades modernas, en centros de comercio capaces de albergar —y de vigilar— a una población cada vez más numerosa y diversa.

El barrio de Stuben se construyó al final de la Ringstrasse en la primera década del siglo XX, «al término de la era liberal».[85] Desde la Cámara de Comercio se veía el descomunal Ministerio de Guerra, de siete pisos de altura, diseñado por el mismo arquitecto y cuya construcción concluyó en 1913. Ese edificio estaba coronado por un águila de Habsburgo de bronce de dieciséis metros de envergadura, que requirió la construcción de un piso más para afianzarla. Debajo había un lema: «Si quiere la paz, prepárese para la guerra». Después del conflicto bélico, el edificio se convirtió en un cuartel para el ejército austriaco. El águila se quedó allí —aunque se la descoronó en sentido literal— y el lema se eliminó. El tercer edificio del conjunto permaneció inalterado: la sede de la Casa de Ahorros Postal, un edificio también enorme diseñado por Otto Wagner que se había inaugurado en 1906 como uno de los edificios más famosos al estilo del *Jugendstil* y del modernismo temprano, construido con hormigón armado y una fachada audazmente austera.

Mises observó los acontecimientos de la década y se formó su concepción del orden económico desde la posición privilegiada del barrio de Stuben. El edificio del Ministerio de Guerra, que estaba enfrente de la Cámara de Comercio de Viena, parecía encarnar el «gobierno omnipotente» al que Mises se opondría más tarde.[86] Sin embargo, su versión del neoliberalismo nunca rechazó al Estado como tal.[87] La «Estadofobia» que Michel Foucault atribuyó a los neoliberales austriacos es un malentendido; sobre todo, si se tiene en cuenta la carrera de Mises como defensor del uso de impuestos gubernamentales para financiar intereses comerciales.[88] Mises se convertiría en un santo patrón para los libertarios estadounidenses, pero no solo trabajó a nivel profesional como asesor del Gobierno a cuenta del Estado, sino que también creía que el Estado desempeñaba un importante papel en la protección de la propiedad y el mantenimiento de la

paz. En una reveladora frase de 1922, describió al Estado como «un productor de seguridad».[89] Para Mises, la valoración de la acción estatal dependía del campo de actuación. El Estado imperial en sí mismo no le preocupaba. A lo que temía era al gobierno intervencionista que apelaba al «pueblo» para legitimarse. Su Estado no podría legitimarse más que en la defensa de la santidad de la propiedad privada y de las fuerzas de la competencia.

En el capítulo 3 veremos que Mises no tuvo reparos en usar el poder militar del gobierno para abrir y proteger mercados extranjeros. E incluso aunque condenase lo que llamaba «estatismo» —la intervención estatal en la producción y suministro de mercancías—, criticó al Estado por no enfrentarse con mayor agresividad a los sindicatos.[90] Mantener la seguridad a menudo implicaba reprimir las manifestaciones de los trabajadores, que a su juicio eran violencia criminal al margen de la ley. Aquellas tareas no eran ni podían ser las funciones de un Estado pequeño. En ese sentido, también la transformación después de 1920 del antiguo Ministerio de Guerra en un cuartel para el nuevo ejército austriaco debería verse como un componente necesario y adecuado del modelo neoliberal de Mises.

Schorske afirmó que el comienzo del siglo XX fue el final de la era liberal. Quizá fuese así en cuanto a la política de partidos, pero 1907 fue también el año en el que se alcanzó el sufragio universal masculino, una de las exigencias fundamentales del liberalismo para lograr la soberanía popular. Lo que lo propició, en parte, fue la acción directa —incluidas las manifestaciones de 1907—, y eso afectó profundamente a Mises, que describió las manifestaciones públicas como tácticas de «terror e intimidación». «Sin oposición alguna —escribió en sus memorias— los socialdemócratas se arrogaron el “derecho a tomar las calles”».[91] Las calles de Viena, la Ringstrasse en particular, eran más que un espacio simbólico. Eran el foro donde se expresaban las reivindicaciones populares,

que a veces se concedían y otras, se reprimían. Cuando se producían revueltas, las multitudes se convertían en símbolo del pueblo mismo, y quienes recelaban de la democracia a menudo usaban tales manifestaciones para justificar su resistencia al cambio. La ciudad no fue un mero telón de fondo para el surgimiento de un conjunto particular de ideas: los pensadores neoliberales configuraron sus ideas en reacción al mundo que veían a su alrededor. La cuestión de la democracia se volvió más apremiante en la era del sufragio universal en Austria. Se podría argumentar que el «fin de la era liberal» —como el avance de un nuevo paradigma de liberalismo militarizado, que más tarde se llamaría neoliberalismo— se desarrolló precisamente en respuesta al crecimiento de la democracia de masas. Ese nuevo paradigma no se centraba en el parlamento ni en la universidad, sino en el triunvirato compuesto por seguridad, finanzas y comercio ubicado en el barrio de Stuben. Los símbolos de la ideología que estaba tomando forma eran un Estado bien armado y una moneda sólida flanqueada por el comercio.

La invención del muro arancelario

Después de la Primera Guerra Mundial, Mises y su círculo encontraron aliados institucionales al margen de la nación y de los imperios. Una institución fundamental para la reconstrucción de lo que Mises llamó el «mundo hecho trizas» de la economía global fue la CCI, fundada en 1920 en París. Es sorprendente el poco interés que las numerosas historias recientes de la sociedad civil internacional han profesado por la esfera pública global de los capitalistas, la coordinación internacional de los empresarios. Solo se han escrito dos libros sobre la CCI, su organización más paradigmática: una tesis doctoral en alemán y un libro encargado por la propia Cámara en los años treinta, cuyo título, *Merchants of Peace* (Comerciantes de la paz), denota sesgo interno.[92] La CCI se convertiría en una importante colaboradora institucional de los neoliberales austriacos.

La CCI surgió como una amalgama de dos avances de finales del siglo XIX: consorcios y asociaciones estadísticas internacionales. Los consorcios eran agrupaciones de empresarios especializados en el mismo sector que fijaban precios y garantizaban la rentabilidad colectiva. Los precursores directos de la CCI fueron las federaciones internacionales de negocios que aparecieron en la década anterior a la Primera Guerra Mundial: hicieron públicos los debates de los consorcios, que hasta entonces eran secretos, e incorporaron a su funcionamiento cierto grado de relaciones públicas.[93] Las asociaciones estadísticas internacionales empezaron con el Instituto Internacional de Estadística, formado en 1885, que fue la primera entidad en recopilar estadísticas mundiales. El Instituto estaba supervisado por dos economistas de la Universidad de Viena que también fueron profesores de Mises: Franz Neumann-Spallart y Franz Juraschek. Como abuelo de F. A. Hayek, Juraschek tenía un vínculo familiar con el círculo neoliberal.[94]

Al carecer de asiento en la Sociedad de Naciones, los internacionalistas económicos estadounidenses recurrían muchas veces a la CCI para que transmitiera su postura. En la reunión celebrada en 1919 en Atlantic City que conduciría a la formación de la CCI, los organizadores explicaron que sería dificilísimo restablecer el comercio mundial después de la guerra. La postura aislacionista del Gobierno de los Estados Unidos ya había provocado una curiosa inversión. Los líderes empresariales europeos habían tenido que acudir al rescate de los estadounidenses. Alfred C. Bedford, el presidente de la conferencia de Atlantic City, dijo a los cincuenta empresarios europeos que asistieron: «Es como si fueran ustedes una fuerza de socorro que hubiera venido a ayudarnos a levantar un bloqueo. Pues sobre los Estados Unidos —tanto como sobre Europa— pesa, por la confusión de la guerra, la amenaza inminente de un bloqueo de ese mecanismo altamente sensible del comercio mundial». Los líderes empresariales allí reunidos imaginaron un mundo que debía y necesitaba verse libre de muros que obstruyeran la circulación de mercancías y capital.

Como afirmó Bedford, «no solo la comodidad física y el bienestar, sino la vida misma de millones de personas depende de la restauración de este mecanismo moderno de comercio internacional, del derribo de las barreras erigidas tras la guerra, para que se puedan reabrir los canales del comercio y que las mercancías de las que depende la existencia humana fluyan con desenfreno desde donde más abundan hasta donde más se necesitan».[95] Bedford evocó la visión de la economía mundial como un paisaje hidráulico. Las mercancías discurrían por los «canales de comercio» creados por la infraestructura del transporte y los ferrocarriles, y supuestamente ayudadas por el libre flujo de información en las redes de comunicación. Aquella era una economía mundial en red sin control centralizado, donde las leyes de la oferta y la demanda dictaban la distribución de los recursos mundiales y sus productos manufacturados.

Para hacer realidad esa visión se necesitaba de colaboración humana y estatal. Sin embargo, en función de un imaginario liberal clásico más antiguo, se describía el proceso como natural, como si se derivara de las leyes de la física, tal vez incluso de la gravedad. Bedford condenó las «barreras» erigidas durante la guerra, en referencia a las medidas proteccionistas diseñadas en todo el mundo para salvaguardar la producción y la autosuficiencia nacional. Los empresarios allí reunidos las calificaron de impedimentos artificiales para un Estado natural. Las metáforas reflejaban el lenguaje de Woodrow Wilson en los Catorce Puntos, uno de los cuales reivindicaba «la eliminación, hasta donde fuera posible, de todas las barreras económicas, así como el establecimiento de una igualdad de condiciones comerciales entre todos los países que acepten la paz y se asocien para su mantenimiento».[96]

En su sesión constitutiva, los miembros de la CCI declararon que «un país no es una unidad económica independiente. Los datos demuestran a diario la interdependencia de todos los países en la esfera económica».[97] En 1921, en su primer congreso, la CCI ya incluía a representantes de la

derrotada Austria y, a partir de 1923, de Alemania, junto con delegados de treinta y tres países.[98] Para 1927, la CCI contaba con más de 2.300 miembros, casi la mitad de los cuales pertenecía al sector de la industria y, aproximadamente una cuarta parte, a la banca y el comercio.[99] Mises fue el representante austriaco de la CCI a partir de 1925. Ese mismo año viajó a Bruselas para asistir al tercer congreso y, en 1926, por primera vez, a los Estados Unidos. En calidad de representante austriaco, viajó mucho y se encargó de organizar y de desarrollar el séptimo congreso de la CCI, que se celebró en Viena entre mayo y junio de 1933.[100]

La Sociedad de Naciones también defendía el liberalismo a escala mundial, pero seguía entregada al principio de autodeterminación política. Un periódico alemán se refirió a la CCI como la «Sociedad Económica de Naciones», con la ventaja de que los Estados Unidos formaban parte de ella (de la Sociedad no eran miembros).[101] En la CCI se organizaban empresarios y banqueros estadounidenses que creían en la interdependencia. Entre los miembros activos se encontraban, por ejemplo, Charles Dawes, de General Electric, y el banquero estadounidense Owen D. Young, quienes participaron en planes para reprogramar y aliviar las deudas de guerra en 1924 y 1929.[102] Willis H. Booth calificó el Plan Dawes como el «producto» de la CCI.[103] Norman H. Davis, ex subsecretario de Estado, hablando con Dawes y Young en 1925 antes de viajar a Bruselas para asistir a la quinta reunión de la CCI, expresó el pragmatismo con respecto a la interdependencia: «Nos guste o no, ya no podemos ignorar los asuntos mundiales. Nuestra posición como país acreedor, con una creciente necesidad de mercados, nos impone un deber y una obligación».[104]

Hasta 1926, el grupo de la CCI se ocupaba principalmente de una tarea que describieron como reconstrucción económica; a partir de 1926 cambiaron el enfoque para oponerse a las barreras arancelarias y no arancelarias al comercio.[105] Contaron con el apoyo activo del grupo de la Stubenring. Richard Riedl, economista de la Cámara de Comercio de Viena,

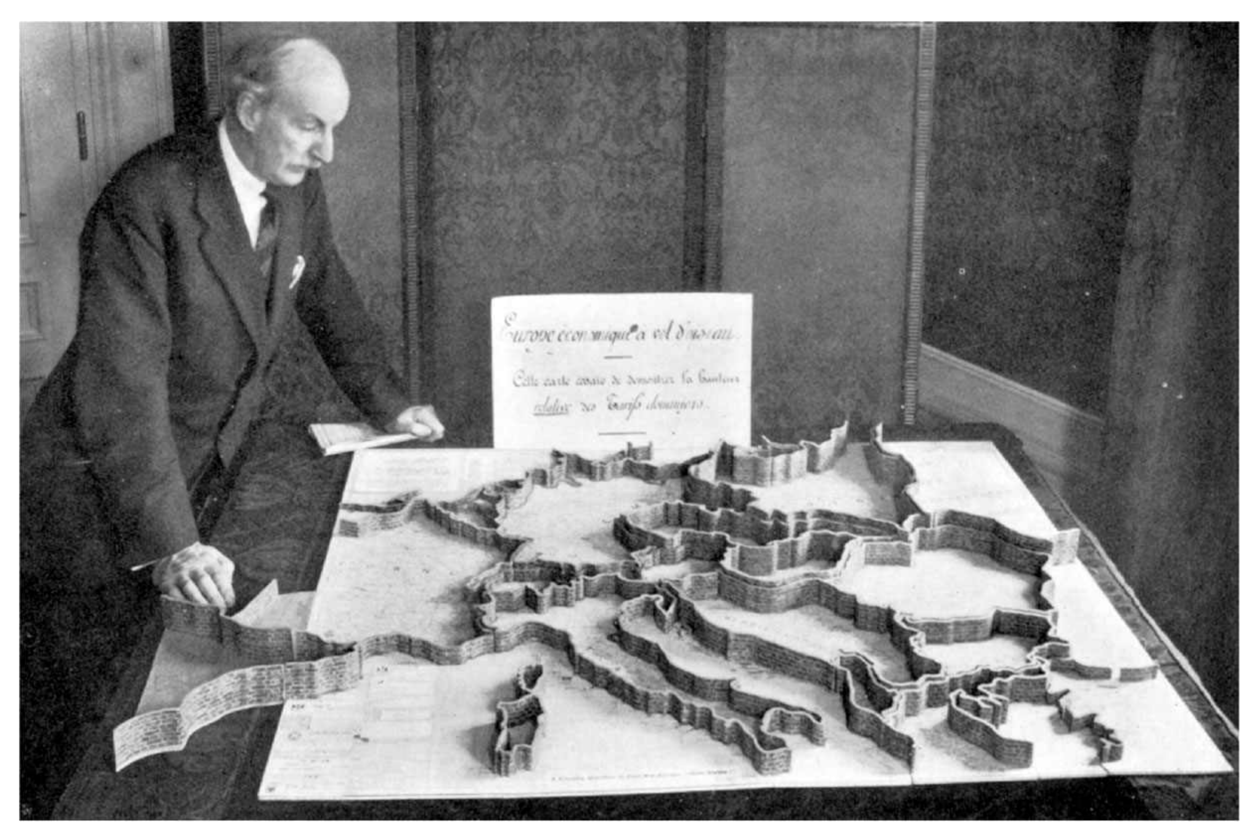
preparó para la CCI uno de los informes más minuciosos con dos publicaciones que exigían el hundimiento de los aranceles.[106] En aquella época, fue el mayor intento por calcular el índice arancelario; sus cálculos abarcaron cuatrocientos dos productos y catorce países.[107] Cuando en 1920 la Sociedad de Naciones asumió la tarea de recopilar estadísticas económicas internacionales —lo que terminarían haciendo con un grado de exhaustividad sin precedentes—, la CCI era uno de los miembros.[108]

Arthur Salter, jefe de la Sección Económica y Financiera de la Sociedad de Naciones, describió el informe de la CCI sobre la reducción de las barreras comerciales como la base de la Conferencia Económica Internacional de 1927.[109] Salter planteó la división del trabajo entre ambas organizaciones, dado que la CCI tenía «experiencia directa en los efectos prácticos de la acción administrativa» y la Sociedad gozaba de «acceso directo y oficial a los consejos de gobierno y a la acción de departamentos de la que carece la Cámara por ser una institución privada». «Si bien la Sociedad puede aportar la maquinaria con la que implementar la reforma administrativa, debe recurrir a ustedes para recabar gran parte de la fuerza motriz», explicó Salter en un discurso dirigido a los miembros de la CCI. El objetivo principal era el objetivo negativo de eliminar las barreras. «Casi todas las tareas en las que estamos colaborando consisten en tratar de modificar políticas o métodos administrativos que obstaculizan el comercio».[110]

En esos meses, los internacionalistas de los negocios encontraron el símbolo más duradero de su campaña contra los obstáculos. La historia del muro arancelario es un caso práctico revelador sobre cómo las metáforas se transforman en políticas económicas. Comienza en 1926, después de que Clive Morrison-Bell, miembro del Parlamento británico y exsecretario privado parlamentario de Winston Churchill, escuchara un informe de radio sobre políticas proteccionistas que lo convenció de que los «países europeos se estaban suicidando lentamente» y resolvió encontrar un medio visual de

representar las relaciones económicas para mostrar que Europa era «una gran comunidad, cuyos miembros se hundirían o nadarían juntos».[111]

Morrison-Bell encargó a un carpintero local que fabricara un mapa de Europa del tamaño de una mesa en el que todos los países estuvieran rodeados por muros en miniatura hechos de ladrillo rojo. La altura de cada muro debía corresponderse con el nivel medio de los aranceles del país, pero, para su sorpresa, Morrison-Bell descubrió que ni el propio Gobierno disponía de aquellos datos. Tuvo que recurrir a la Sociedad de Naciones, que le proporcionó las cifras que el organismo había comenzado a recabar a principios de aquella década. En una versión posterior del mapa figuraba, en negrita, el título siguiente: «Visualice la idea». ¿Qué idea representaba el mapa? La primera impresión que producen los muros, pintados de rojo en la versión tamaño mesa, es que los países europeos estaban encerrados en sí mismos de una manera peligrosa y anacrónica. En el prólogo del libro *Tariff Walls*, de Morrison-Bell, el vizconde D’Abernon escribió que el continente representado en el mapa «se parece enormemente a un conjunto de campamentos medievales fortificados diseñados para obstaculizar el progreso».[112]



Una Europa de muros. Clive Morrison-Bell en la Cámara de Comercio de Viena. Clive Morrison-Bell, *Tariff Walls*: A European Crusade, Londres: John Murray Press, un sello de Hodder & Stoughton, 1930.

Esa era precisamente la situación que Morrison-Bell quería que representara su mapa. Se vio a sí mismo usando «las líneas elementales de la psicología de masas de las que depende la mejor esperanza de cualquier progreso, por moderado que sea, y no puede haber un método más simple para propagar esta idea, mediante esta novedosa forma de cartografía, que el ojo».[113] Morrison-Bell explicó que la metáfora visual de los ladrillos del muro arancelario visibilizaba lo económico, y se dio cuenta de que la idea no tardaba en captarse. Quién habría hablado, preguntó,

> de poner una hilada de ladrillos en un muro arancelario hace unos años. Habría sido necesario dar largas explicaciones sobre este sencillo símil. Por lo tanto, puede resultar útil haber logrado aunque solo sea esto, puesto que, en cuanto la gente de otros países entienda […] que se les está impidiendo disfrutar al máximo de las cosas básicas de la vida porque viven cercados como por un muro de ladrillo, podría comenzar a calar otra idea más, a saber, que

> mediante un esfuerzo concertado quizá no resulte excesivamente difícil derribar algunos de los ladrillos de la parte superior de estos muros.[114]

El mapa abogaba de manera visual por la eliminación de las barreras comerciales.

El itinerario de los viajes que hizo Morrison-Bell con el mapa sigue la pista de los sitios donde en la década de 1920 se defendió el mundo nivelado. Morrison-Bell empezó con el Banco de Inglaterra, donde Montagu Norman vio el mapa con buenos ojos y lo expuso en 1926.[115] Luego Morrison-Bell lo exhibió en la Bolsa de Londres y, más tarde, en una reunión en la sede parisina de la CCI, donde se colocó en el despacho del presidente. Más tarde lo mostró en la reunión preparatoria de la Conferencia Económica Internacional de 1927 en el Palacio de las Naciones, en un vestíbulo donde todos los delegados lo verían al entrar. *Sir* Arthur Balfour, el presidente de la Comisión Real de Comercio, viajó a Berlín y a Copenhague con el mapa desmontado y lo montó en destino.[116] Nicholas Murray Butler, el presidente tanto de la Universidad de Columbia como del Fondo Carnegie para la Paz Internacional, envió fotografías del mapa a mil quinientos periódicos estadounidenses.[117] Morrison-Bell afirmó, y seguramente tenía razón, que su maqueta introdujo el término metafórico «muros arancelarios» en el debate público como sinónimo de «barreras arancelarias» u «obstáculos comerciales».[118] A finales de 1926 se publicó en *The New York Times* una imagen del mapa, que ocupaba todo el ancho de una página, junto con la leyenda «“Muros” arancelarios».[119]

En marzo de 1927, Morrison-Bell expuso su maqueta en la sala de presupuesto del parlamento austriaco y luego ante la Cámara de Comercio en la Stubenring, que, tal y como observó, «es distinta de otras instituciones británicas similares: parece ser un organismo semioficial vinculado estrechamente con el Gobierno».[120] Los miembros de la Cámara se quedaron tan fascinados que pidieron que les hicieran un mapa, y Morrison-Bell se lo entregó en 1929 para que lo utilizaran como un instrumento

pedagógico itinerante en la «lucha por la mejora de las condiciones comerciales en Europa Central».[121]

La exposición más prominente tuvo lugar en la propia Conferencia Económica Internacional de 1927. Morrison-Bell planeó de antemano agrandar considerablemente el mapa para que ocupase más de dieciséis metros cuadrados a orillas del lago de Ginebra.[122] En aquel gran formato, sería fácil reconocer desde arriba los contornos de los países con aranceles bajos, mientras que otros se verían deformados, dado que las barreras distorsionarían los contornos. Era deliberado que el perfil familiar de Europa se viese extraño. Para la portada de su libro, Morrison-Bell reimprimió una caricatura holandesa de la Conferencia Económica Internacional de 1927 en la que salía una altísima pila de «muros arancelarios europeos» que desorientaba y sobrecogía a la pequeña figura que aparecía en primer plano.[123]

Después de sufrir imprevistos con la construcción del mapa a gran escala, Morrison-Bell instaló en Ginebra una maqueta a menor escala en un edificio construido para tal fin a orillas del lago. Estando allí, recibió una copia de un informe de la Cámara de Comercio de Viena preparado por Riedl que incluía un mapa sombreado en función de los niveles arancelarios relativos. Los cálculos eran mucho más minuciosos que los datos anteriores de los que disponía Morrison-Bell. Mientras que la Sociedad de Naciones estaba recopilando datos de precios de solo setenta y ocho productos, la rama austriaca de la CCI en la Stubenring estaba recabando datos sobre cuatrocientos dos.[124] Morrison-Bell expuso ese mapa al lado del suyo. Al entrelazarse, los imaginarios de los liberales austriacos e ingleses creaban un lenguaje visual común para sus reivindicaciones de libre comercio.

La oposición a las barreras comerciales fue un aspecto fundamental del mensaje tanto de la Conferencia Económica Internacional de mayo de 1927 como de la Conferencia de Estocolmo de la CCI celebrada en julio. William Rappard señaló más tarde la importancia de que «estas recomendaciones se

hicieran según la autoridad no solo de unos pocos profesores liberales ignorantes, sino de un gran conjunto de representantes, entre los que había incluso hombres de negocios estadounidenses, a los que nadie podía acusar de ser internacionalistas visionarios».[125] La participación de la comunidad empresarial era síntoma de una voluntad creciente de asumir un papel público activo. Como es lógico, también tenían ganas de incluir los conocimientos académicos en la formulación de sus opiniones. El presidente de la CCI hizo la afirmación siguiente: «El mundo cada vez recurre más a nosotros cuando necesita verificar las opiniones de los hombres de negocios. Grandes instituciones internacionales de agricultura, comunicaciones y el tránsito, siguiendo el ejemplo de la Sociedad de Naciones, nos piden una vez tras otra que les asesoremos en su labor. Hemos reclamado la responsabilidad de representar a las empresas, y ahora todas las partes aceptan esa reivindicación. No debemos defraudar a quienes han depositado sus esperanzas en nosotros. Nobleza obliga y, si me permiten decirlo, nos lo exige nuestro propio interés».[126] El internacionalismo empresarial, con la ayuda de expertos en economía, estaba ayudando a homogeneizar la nueva norma sobre el funcionamiento de la economía mundial.

Una fotografía de la época muestra a Clive Morrison-Bell junto a su mapa en la Cámara de Comercio de Viena. El letrero, en francés, dice así: «Una vista panorámica de la Europa económica». Al igual que ocurría con los arquitectos modernos o los urbanistas, que a menudo sentían la tentación de producir simetrías que resultaban atractivas vistas desde arriba, el mapa arancelario moldeaba sus propias soluciones: fomentaba la materialización de un mundo sin muros. El mapa no hizo que los hombres de negocios liberales adoptaran aquella postura, pero sí la materializó y, como intuyó Morrison-Bell que pasaría, la popularizó de manera que el argumento resultara más convincente tanto para la gente corriente como para los críticos, con independencia del efecto real que tuviera en su vida.

La metáfora tenía sus implicaciones. Gottfried Haberler, el protegido de Mises en la Cámara de Comercio, advirtió de la prestidigitación que se requería para dar con una cifra única para la «altura» (las comillas son suyas) de los muros arancelarios. Al margen de que variasen de un producto a otro, normalmente los aranceles también se acordaban en los tratados bilaterales entre países, lo que significa que el mapa tendría un aspecto diferente en función de la perspectiva desde la que uno lo viera.[127] La noción del muro arancelario único llevaba implícita la idea del modelo de la nación más favorecida, es decir, de que la reducción de un arancel hacia un país implicaría reducir de manera automática los de todos los demás países. Esa norma se consagró en la Conferencia Económica Internacional de 1927 en contra de los aranceles estadounidenses; la norma se abandonó en la década de 1930, caracterizada por el proteccionismo, y se recuperó con la creación del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) tras la Segunda Guerra Mundial.[128]

Barricadas en la ciudad, julio de 1927

En aquella maqueta de una Europa con murallas internas, el mapa de los muros arancelarios expresaba de manera implícita una visión normativa de la libre circulación. Sin embargo, llama la atención que el mapa refleje mercancías, no personas. Haberler escribió que «el lenguaje militar, que contiene expresiones como “frente económico” y “posiciones defensivas”, resulta especialmente inapropiado para analizar los problemas del comercio internacional y de la división del trabajo entre países. Sugiere que siempre hay un “frente” de conflicto económico entre dos países, cuando en realidad el conflicto se produce entre grupos *de un mismo país* con intereses diferentes».[129] Mientras que uno de los aspectos de la visión de Mises consistía en eliminar las barricadas de las mercancías para permitir la convergencia de precios, el otro tenía que ver con la necesidad de eliminar los obstáculos a la convergencia salarial. El mayor desafío en este sentido

en la Austria de la década de 1920 lo plantearon los sindicatos. En 1906, en una de sus primeras obras publicadas, Mises, que por entonces era un joven estudiante, preguntaba si «los trabajadores ingleses y alemanes podrían tener que adaptarse al bajo nivel de vida de los hindúes y los culis para competir con ellos».[130] En 1919 dio una respuesta contradictoria: por un lado, en la economía mundial imaginaba que, efectivamente, los trabajadores europeos ganarían un salario inferior al que estaban acostumbrados; por otro lado, los «hindúes y culis» del mundo ganarían más. Una vez se abandonaba la extraña reticencia de David Ricardo a expandir el alcance de la división espacial del trabajo, escribió Mises, «se ve prevalecer por toda la tierra una tendencia hacia la igualación de la tasa de rendimiento del capital y del salario del trabajo. Al final, entonces, ya no hay países más pobres que otros: solamente países con distintos niveles de densidad de población y de educación».[131]

El problema principal era el más evidente: la negativa de los trabajadores europeos a aceptar salarios más bajos por la superior ley del liberalismo o, como afirma Mises, en beneficio de un remoto trabajador extranjero que seguramente no sería blanco. Muchos de los desafíos a los que se enfrentó el liberalismo en la década de 1920 se derivan de aquel obstáculo. Aunque Mises pensara a nivel global, tenía que actuar a nivel local, en una ciudad en la que, como ya se sabe, gobernaban los socialistas. Las realidades de la Viena Roja dificultaron que se materializara la visión de los integrantes del grupo de quienes se convertirían en neoliberales, y el conflicto con la ciudad gobernada por los socialistas inspiró sus ideas.

Las propuestas en materia de políticas que hizo Mises en la década de 1920 tuvieron siempre dos vertientes: abrirse al mercado mundial y hacer los ajustes internos necesarios para competir a nivel internacional. Todo ello requería dos medidas fundamentales: recortar los salarios y reducir los impuestos a la industria. En sus textos posteriores a 1918, Mises repitió que un país pequeño como Austria no tenía capacidad para ser autosuficiente.

Se podría mantener una fantasía semejante —al menos, durante un tiempo — en países con mercados internos enormes, como los Estados Unidos, Inglaterra con su imperio y sus dominios o incluso Alemania, pero el Tratado de Saint-Germain-en-Laye había provocado que Austria, un país de poco más de seis millones de habitantes, dependiera enormemente del mercado extranjero para la obtención de materias primas. En palabras de cierto periodista estadounidense, había quedado reducido a un «torso mutilado».[132] El fin del Imperio austriaco, que presagiaba muchos de los dilemas a los que se enfrentarían los países a partir de 1945, con la descolonización, suponía una mayor dependencia del acceso a una economía mundial abierta.

Mises planteó el problema de manera sistemática en un plan de medidas redactado en febrero de 1921 a petición de cierto político: «Austria necesita libre comercio». Además de levantar las prohibiciones a las importaciones y a los puertos, Mises sugirió privatizar las empresas públicas, eliminar los subsidios alimentarios y, de acuerdo con su creencia en la libre circulación, levantar las restricciones de entrada y de residencia para los extranjeros.[133] Tras 1920, la Cámara de Comercio asumió la tarea de evaluar por escrito las leyes para el Gobierno.[134] En una declaración de intenciones, Mises reiteró que «el futuro de Austria depende del libre comercio» y que para que sus mercancías pudieran «competir en el extranjero» los salarios tendrían que caer «muy por debajo del nivel anterior a la guerra».[135]

La lucha por la justicia de clase estalló en la Ringstrasse a mediados de julio de 1927. El acontecimiento que la precipitó se había producido seis meses antes, cuando miembros de la milicia derechista Frontkämpfer desfilaron por una zona con amplia presencia socialdemócrata. Hostigada por miembros de la milicia socialdemócrata, la Frontkämpfer disparó contra la multitud y mató a un trabajador y a un niño. Seis meses después, el juicio —que se había seguido muy de cerca— terminó en absolución total, lo que enfureció a los trabajadores, que lo vieron como un caso de falta de

objetividad. El Partido Socialdemócrata, dirigido por el moderado Otto Bauer, desaconsejó una reacción violenta, pero los trabajadores de las bases no se mostraron de acuerdo. A las ocho de la mañana del día siguiente, los trabajadores eléctricos detuvieron los tranvías, lo que impidió que la mano de obra pudiera atravesar la ciudad y marcó el llamamiento a una huelga general.[136] Los trabajadores organizaron una manifestación que salió de la Cámara de Comercio y llegó al Parlamento, al otro lado de la Ringstrasse. El Palacio de Justicia se convirtió en el blanco de su ira tras el veredicto del tribunal: una parte de la multitud asaltó el edificio y le prendió fuego mientras otros manifestantes bloqueaban a los camiones de bomberos, cortaban las mangueras y abrían otras tomas para reducir la presión del agua, obstaculizando desafiantes el funcionamiento de la ciudad.[137]

Las autoridades se vieron presionadas a adoptar una solución radical, así que el jefe de policía asumió poderes especiales, suspendió el Estado de derecho y dio la orden de disparar contra los manifestantes. La policía los mató a golpe de fusil en pleno centro de la ciudad; luego se acercaron a los bloques de viviendas de los trabajadores, en las afueras, y mataron a más gente. En el plazo de tres días, murieron ochenta y nueve personas y resultaron heridas más de mil.[138] El movimiento de los trabajadores quedó mutilado permanentemente. El Partido Socialdemócrata no pudo volver a amenazar de manera eficaz con la movilización colectiva, y, lo que quizá fuese más perjudicial, aquellos días habían demostrado que ni los policías que en teoría eran socialistas iban a tener reparos en disparar contra trabajadores como ellos.

La revuelta del 15 de julio de 1927 fue la crisis más profunda que sufrió Viena antes de la guerra civil de 1934. La visión del Palacio de Justicia en llamas conmocionó profundamente a Elias Canetti, autor y crítico cultural, y lo motivó a dedicar su vida a comprender la relación que había entre las multitudes y el poder.[139] Para Mises, el acontecimiento no fue ningún trauma, sino que supuso un gran alivio. Se encontraba en Viena en aquel

momento y escribió a un amigo diciéndole: «El golpe del viernes ha limpiado la atmósfera como una tormenta eléctrica. El Partido Socialdemócrata ha utilizado todos los medios del poder y, aun así, ha perdido la partida. La pelea callejera terminó con la victoria integral de la policía. Todas las tropas son leales al Gobierno».[140] «Las amenazas mediante las cuales el Partido Socialdemócrata ha tratado de intimidar hasta ahora al Gobierno y a la ciudadanía de manera permanente —continuó Mises— han demostrado ser mucho menos peligrosas de lo que se creía».[141] Como describe su biógrafo, Mises se mostró «sorprendido y encantado por el fracaso de la huelga general».[142] Pareció aceptar con naturalidad los métodos utilizados para la represión, lo que en aquel entonces supuso un duro golpe para mucha gente. Mises veía con buenos ojos el derecho a matar con impunidad mediante poderes especiales.

Al igual que para los otros neoliberales que encontraremos en estas páginas, para Mises la democracia no era un valor absoluto. La admiraba porque le parecía el sistema que tenía una probabilidad mayor de producir un resultado que favoreciera la estabilidad y una atmósfera que propiciara el libre intercambio económico. Expresó dudas acerca de que la democracia forjase líderes mejores que los de la autocracia o la aristocracia, pero afirmó que esa no era la cuestión: «La importancia de la forma de constitución democrática es algo muy diferente de todo esto. Su función es conciliar, evitar revoluciones violentas».[143] Si la población sentía que su voz y su opinión tenían un impacto en la composición del Gobierno, recurrirían a medios violentos con menor frecuencia. Sin embargo, la definición de igualdad debía seguir siendo minimalista y ceñirse a la igualdad ante la ley. Intentar imponer otro tipo de igualdad era negar el hecho fundamental de que «la naturaleza dota a los hombres de manera diferente».[144] Por lo tanto, un complemento fundamental para la democracia de los votantes era lo que más tarde llamaría «la democracia del consumidor», expresada en función de las compras y las inversiones en el mercado. «Es cierto que en

esta democracia no hay igualdad de voto —hay quienes tienen voto plural —, pero el mayor poder de voto que implica disponer de unos ingresos más elevados solo puede adquirirse y mantenerse mediante la prueba de la elección». La riqueza, escribió, era «siempre el resultado de un plebiscito de los consumidores».[145] De la definición funcional de la democracia que hacía Mises se deducía sin lugar a dudas una conclusión: si la democracia dejase de ser eficaz, es decir, si dejase de garantizar la estabilidad, no habría ninguna razón para mantenerla.

En 1927, la democracia había dejado de cumplir su función principal. No impedía la revolución. En ese caso, creía Mises, era perfectamente legítimo suspenderla e imponer el orden por otros medios. Durante el levantamiento también quedó claro el vínculo estructural que había entre el naciente estado de bienestar y la ley de emergencia. Durante la huelga, la única concesión que pudieron conseguir los socialdemócratas en el transcurso de las negociaciones fue que el gobierno no usara sus poderes de emergencia para abolir las prestaciones por desempleo y los programas de vivienda social.[146] Sin embargo, eso era precisamente lo que Mises creía que hacía falta para que la industria austriaca volviera a ser competitiva. En febrero de 1930, la Cámara de Comercio, cuyo asesor principal era Mises, recomendó recortar las prestaciones por desempleo y el seguro de enfermedad y accidentes. Si los trabajadores querían que hubiera indemnización por despido, esta tendría que salir de las cuotas sindicales, no de la empresa ni del Estado.[147] Mises, que en 1930 era el miembro más influyente de una comisión económica integrada por tres personas, adujo que los términos del comercio, el tipo de interés y los precios de muchos productos estaban sujetos a las condiciones económicas mundiales y que, por lo tanto, escapaban al control de las autoridades austriacas. Lo único que podían modificar eran los salarios y los impuestos. Había que recortar en ambas cosas para rebajar los costes de producción.[148] La táctica de la Cámara de Comercio consistió en ilegalizar los sindicatos, de manera que no pudiesen

exigir la protección de la ley y tendieran a la desaparición. La Cámara promovió la aprobación de una «ley antiterrorista» que se utilizaría en contra de los trabajadores que hicieran huelga.[149] Se utilizó una versión similar en la guerra civil de 1934, cuando las viviendas donde la policía había disparado contra los manifestantes volvieron a sufrir ataques y terminaron siendo sometidas.

Las medidas adoptadas por la Cámara de Comercio fueron denominadas «guerra de clases desde arriba» por sus detractores, que afirmaron que la ley antiterrorista mostraba que «como siempre, la violencia es el único método que a quienes están en el poder se les ocurre emplear contra los trabajadores y empleados».[150] La recomendación de la Cámara de Comercio mostraba el modelo de Mises en acción. Entendida en términos funcionales, la democracia podría suspenderse cuando fuera necesario para la estabilidad del mercado. El *Neue Freie Presse*, para el que Mises escribía artículos, reivindicó la «despolitización real de lo económico» (*wirklichen Entpolitisierung des Ökonomischen*).[151] Huelga decir que esa forma de «despolitización» era de lo más política y conllevaba una drástica aplicación del poder ejecutivo. La competencia extranjera —y, por extensión, el arma retórica de invocar a la economía mundial— era el arma con la que se repelían los avances de las políticas sociales en cuanto a seguros de los trabajadores, indemnizaciones por despido y prestaciones por desempleo.

Tanto Mises como Hayek creían que el desplome de 1929 lo habían causado una política monetaria laxa y un exceso de inversión, y que el desplome había desembocado en una depresión por culpa de los sindicatos. El desempleo era voluntario. «El desempleo es un problema de salarios, no de trabajo […]. Lo que hace que el paro sea un fenómeno permanente son las prestaciones por desempleo».[152] En 1931, en una conferencia titulada «Las causas de la crisis económica mundial» que dio ante empresarios industriales alemanes, Mises condenó a los Gobiernos que se habían

«rendido ante los sindicatos», que persiguen sus objetivos «mediante el uso de la violencia». «Si prosiguiera como de costumbre e interfiriera con los delincuentes que abusan de las personas que buscan trabajo y que destrozan las máquinas y otras cosas de los empresarios, las circunstancias serían diferentes».[153] En aquel preciso momento, Mises estaba en Inglaterra en calidad de representante oficial de la CCI buscando inversiones extranjeras para Austria. La lucha de los sindicatos en contra de la reducción salarial dificultaba aquella empresa. Las necesidades de la economía mundial chocaban con las de los trabajadores organizados.

En el París del Segundo Imperio, el gigantesco proyecto de Haussmann de abrir sendas para el comercio y el consumo había llenado la ciudad de trabajadores de la construcción y el servicio. Estos, marginados y empobrecidos, se apoderaron del espacio urbano en la Comuna de París, lo que duró varios meses y terminó con la llamada Semana Sangrienta, en la que murieron 20.000 comuneros. Se podría aducir que en la década de 1920 los internacionalistas liberales como Mises imaginaron la haussmanización del mundo mediante la demolición de los muros de ladrillo que obstaculizaban el comercio para facilitar un uso más productivo de los recursos de la tierra. Su visión requería que las mercancías y el capital estuvieran en movimiento, en busca de ganancias y nuevos espacios de productividad.

La Viena Roja dio forma a la cosmovisión de los austriacos que integrarían el movimiento neoliberal y consolidó la idea de una tregua en el enfrentamiento armado entre los trabajadores y el capital. En sus memorias, Mises señaló la naturaleza drástica de la situación. El partido «podía paralizar toda la vida económica en cualquier momento» con una huelga. Y, lo que era más importante, los socialdemócratas controlaban al ejército, que estaba «equipado con rifles y ametralladoras, artillería ligera, copiosas municiones y al menos tres veces más efectivos de los que disponía el Gobierno».[154] Más tarde, Mises describió la negociación colectiva como el

«arma que había debajo de la mesa». Aunque quizá lo dijera en sentido metafórico, en Viena no era ninguna metáfora.

Para 1927, había una red de fuerzas pronegocios, bien definida y organizada a nivel internacional, que se dedicaba a recopilar información económica en pos de un objetivo común de integración global negativa: el restablecimiento de una economía mundial abierta. Era una idea de la Cámara de Comercio: dar a los empresarios el poder de regir sus propios asuntos e interferir lo menos posible. Sin embargo, oculto en la movilización había un tercer agente que intercedía entre las empresas y el Estado: el productor de conocimiento económico. Incluso aunque el objetivo fuera dejar que gobernase la economía mundial, los empresarios no podían hacerlo por sí solos. Precisaban de estadistas y economistas. Cuando Morrison-Bell quiso construir aquel mapa, comenzó con estadísticas de la Sociedad de Naciones. En contraste con el típico economista de finales del siglo XIX, centrado en las políticas, que habría sido un reformador social interesado en contrarrestar y aplacar los efectos del capitalismo, en el periodo de entreguerras surgió una generación de economistas que deseaba poner sus conocimientos al servicio del capital.

Ver las cosas como productos básicos

Haberler, Hayek y Machlup trabaron amistad en el seminario privado de Mises, que se reunía en su despacho de la Cámara de Comercio en la Stubenring. Cada dos semanas, a las siete de la tarde, una bandada de jóvenes intelectuales de entre veinte y treinta años pasaba bajo el vidrio de plomo de la entrada, subía las escaleras y dejaba atrás las cariátides modernistas para entrar en el despacho de Mises, que tomaba asiento detrás de su escritorio y en torno al cual se congregaban alrededor de veinticinco personas.[155] El debate se prolongaba hasta las diez de la noche, continuaba en un restaurante italiano cercano e incluso seguía en el café Künstler.

Haberler recuerda que Mises era de los que más aguante tenía: nunca se iba antes de la una de la madrugada.[156]

La Cámara funcionaba como una especie de universidad alternativa. Pasaron por ella economistas de reputación internacional entre los que se encontraban Lionel Robbins, Ragnar Nurkse y Howard S. Ellis.[157] Mises se jactaba de que su biblioteca contenía material del que no disponía ni la Universidad de Viena.[158] Las oficinas gubernamentales consultaban de vez en cuando el material estadístico de la Cámara, que era superior a su colección. Los debates del seminario privado eran muy variados y se volvieron legendarios para los participantes. Uno de ellos escribió unos poemas muy cursis que más tarde se incluyeron en la publicación de la Sociedad Mont Pèlerin, lo que denota el poder sentimental que tenían para muchos miembros. Por ejemplo, una de las estrofas decía así: «Voy esta noche donde Mises porque allí es donde me gusta estar, no hay sitio mejor en Viena para hablar de economía, verdad y sociedad».[159]

Lo que estaba en juego para el círculo de Mises era la pregunta que en 1928 planteó uno de sus integrantes: ¿es posible «tender un puente entre la teoría económica y la política económica»?[160] Para los liberales austriacos, la pregunta de finales de la década de 1920 era la siguiente: ¿qué clase de información económica era fiable y cuál tenía utilidad política? El mes posterior al incendio del Palacio de Justicia, Gottfried Haberler abordó esa cuestión en la Stubenring al terminar su libro sobre «el significado de los números índices».[161] Haberler había nacido en 1900 en el seno de una familia de funcionarios acomodados en Purkersdorf, una boscosa zona residencial a las afueras de Viena que era conocida por albergar el sanatorio diseñado por Josef Hoffmann, arquitecto de la Secesión. En el sanatorio, construido cuando Haberler era un niño, se reunían eminencias como Gustav Mahler, Arnold Schönberg y Arthur Schnitzler. Las líneas blancas y limpias y la geometría del edificio reflejaban la visión artística de la Secesión, encarnada aún más en ese edificio del centro de Viena que tenía

un frondoso globo dorado. El objetivo de aquellos arquitectos era la *Gesamtkunstwerk*, la obra de arte total. El arte debía traer a la tierra armonía y perfección.

Aunque pueda parecer enorme la distancia entre las formas sinuosas de Klimt y Schiele y los áridos textos de los economistas, Haberler y sus colegas liberales austriacos se ocupaban de algo parecido. Sus preguntas eran básicas y, hasta cierto punto, también estéticas: ¿cómo deberíamos medir el «complicado entramado de los actos económicos individuales» y cómo podemos representarlo visualmente?[162] ¿Qué rostro de las acciones económicas deberíamos presentar ante el público? En 1927, Haberler escribió que la economía no solo estaba relacionada con acciones externas, sino también con motivaciones internas, asuntos de la «psique» y el «espíritu» o *Geist*. Por esa razón, afirmó, la economía era una de las humanidades o *Geisteswissenschaften*, una «ciencia del espíritu».[163]

Pero ¿cómo se ponía en marcha una ciencia que tendía a la abstracción? Mises, Haberler y otros economistas trabajaron codo con codo con líderes empresariales para aportar datos y conceptos que respaldaran el sueño de un mundo de comercio sin muros. El primer artículo notable de Haberler versaba sobre la teoría de los costes comparativos, que empezó como una presentación en Viena.[164] Su objetivo consistía en crear una defensa del libre comercio que funcionara no solo en la teoría, sino también en las circunstancias políticas de la vida real del mundo tras la Primera Guerra Mundial. Su pregunta principal tenía que ver con la libre migración. El argumento principal en favor del libre comercio era la división internacional del trabajo, pero «la libertad de migración no existe, no ha existido nunca y probablemente nunca llegue a existir». No sería deseable ni aunque fuera posible. El valle del Ruhr se abarrotaría espantosamente y los Alpes se vaciarían por completo: «No hace falta ser nacionalista para encontrar indeseables tales cosas». Haberler afirmó que podía probar que «el libre comercio es beneficioso para todos, incluso aunque no exista libertad de

migración y los pueblos se queden firmemente arraigados en sus países».[165]

Lo hizo recuperando la idea de ventaja comparativa de David Ricardo, pero la reformuló sin la desacreditada teoría del valor laboral. En su versión, no hacía falta que los trabajadores tuvieran libertad de movimiento entre un país y otro, siempre y cuando la tuvieran los precios. Si los precios reflejaran en los mercados con precisión la oferta y la demanda relativas, servirían de guía para que los empresarios usaran sus recursos de la manera más eficiente posible. Sin embargo, para que los precios cumplieran su función no debían encontrar resistencia, y Haberler puso el ejemplo específico de los trabajadores: «En este caso, el mecanismo de precios está parcialmente desconectado y pueden producirse auténticas pérdidas por fricción en forma de huelgas y desempleo». Por fortuna, señaló, «los trabajadores eran el factor de la producción más diverso y con mayor libertad de movimiento que hay».[166] Aunque las cifras de desempleo se mantuvieran constantes, el volumen real de parados oscilaba ligeramente a medida que las personas pasaban de un puesto a otro. Al reivindicar el «funcionamiento impecable del mecanismo de precios», Haberler evocó una imagen que recordaba a un enorme mecanismo de relojería o equipo fabril que transportaba componentes de un lugar a otro. Citó a pensadores anteriores, como Bastiat, que defendían que el libre comercio funcionaba como un invento en el que el panorama de la producción se reorganizaba constantemente y en el que se enviaba a los trabajadores a nuevos puestos de trabajo cuando uno se veía excluido o expulsado por la competencia extranjera.

Los propios trabajadores eran contenedores neutrales del atributo del trabajo, capaces de reubicarse como una fracción del capital de inversión o una carretada de carbón. Haberler expresó el concepto en una geografía evocadora: «En realidad, las instalaciones de producción inactivas no son testigo de la destrucción del capital, de pérdidas que se deben cotejar con las ventajas de la división del trabajo, sino que son, más bien, hitos del

progreso económico producido por la división internacional del trabajo».[167] A pesar de la vinculación emocional que sienta la gente con el trabajo y el lugar, la fábrica clausurada no era la lápida de una forma de vida perdida, sino un monumento al avance del mercado.

Haberler pensaba que para restaurar la competitividad debían rebajarse los salarios de la posguerra austriaca. Lo expresó claramente en un artículo periodístico publicado en Viena en 1933: «El desmantelamiento de los aranceles acarreará dificultades a una serie de sectores económicos […], pero las dificultades de la transición no durarán mucho y, definitivamente, tampoco serán peores que la infelicidad en la que nos han sumido años de adicción a los aranceles».[168] Haberler formuló la pregunta siguiente: «¿Cómo puede una economía que esté peor equipada en casi todos los aspectos soportar la competencia de una industria y una agricultura que funcionen con mejores condiciones de producción sin protegerse con aranceles más elevados de lo normal?». La respuesta era sencilla: «La economía pobre puede competir con la rica si los salarios y todas las demás formas de ingresos son proporcionalmente inferiores». Lo expresó sin rodeos: «Cuando nos hayamos enfrentado del todo a las consecuencias necesarias, cuando se haya rebajado lo bastante el nivel de vida, cuando hayan caído lo suficiente los ingresos, la economía podrá progresar con normalidad. Cuando los trabajadores cualificados de la industria de la exportación se hayan reubicado en las minas de carbón, quizá también en la agricultura y en otros sectores económicos —cuyos productos puedan intercambiarse mejor por mercancías de exportación cualificadas— y el resto de ellos, en la medida de lo posible, haya emigrado, quizá vuelvan a tener trabajo todos, aunque, por supuesto, disfruten de un nivel de vida sustancialmente más bajo».[169] Para Haberler, Austria era un caso paradigmático de Estado pequeño en las tormentas de la globalización. Como había escrito unos años antes, los países grandes, como los Estados Unidos y el «imperio mundial» británico, podrían implementar políticas

para estabilizar el nivel de precios interno, pero los países pequeños debían continuar resultando atractivos para la inversión extranjera y, por lo tanto, debían concentrarse en estabilizar su moneda.[170] No había forma de escapar del castigo de la economía mundial.

Era fundamental que los legisladores no cedieran a las exigencias populares. Un ejemplo de ello fue la demanda de estabilización de los precios de los productos básicos a raíz de la caída del mercado de valores. En 1931, Haberler escribió en contra de la idea de estabilizar el nivel de precios de ciertos productos. Reconoció que con un sistema de precios estables «la fricción social es menor, ya que al trabajador se le puede ofrecer un aumento salarial y una mayor participación —a expensas de los rentistas— en el producto social», pero provocaría inflación. Afirmó que él preferiría arriesgarse a que «aumentara la fricción social» antes que la inflación.[171] En ese aspecto opinaba como Mises, su mentor, que se quejaba de que los gobiernos habían estado presos de «la opinión pública, que busca la salvación en las bajas tasas de interés y en el aumento de los precios». Como el mundo empresarial deseaba créditos baratos, los gobiernos animaron a los bancos a que imprimieran dinero, pero los beneficios a corto plazo «provocarán a la larga, inevitablemente, una situación de crisis y de depresión».[172] Los bancos, alertados por los economistas sobre las consecuencias de sus acciones, debían resistir la presión pública. Solo así se podría preservar el comercio internacional basado en un patrón monetario fiable.

Ante el imperfecto mundo de las huelgas, los aranceles y la presión democrática sobre los bancos por la laxitud de los créditos, Haberler recurrió a un tipo ideal para defender su propuesta de libre comercio. En sus textos de la década de 1930, empezó a desarrollar el modelo de lo que llamó una «economía cerrada sin espacio que abarca el mundo entero» y presentó «una a una las circunstancias que dividen y desintegran esa economía».[173] Explicó que utilizaba la categoría de «países» entre comillas porque la

distribución de los recursos relevantes para un modelo de integración económica mundial no tenía por qué coincidir con las «fronteras políticas».[174] Esa perspectiva colocaba lo político entre paréntesis y creaba una visión del mundo que era prenacional o posnacional, en función de cómo se mirara. La tierra entera era un contenedor de recursos naturales reivindicadas por las distintas comunidades políticas. Las medidas ideales de Haberler harían que la realidad se pareciera más al modelo de una economía mundial «sin espacio», donde ni las trabas artificiales ni las geográficas entorpecieran la asignación más eficiente de los recursos de la tierra mediante los mecanismos del libre mercado. En la década de 1930, imaginar un mundo sin espacio no era pura fantasía. En algunos casos había estado a punto de hacerse realidad. Haberler señaló que las conexiones telefónicas y telegráficas facilitaban que los mercados de divisas, de acciones y de productos básicos reaccionaran casi en conjunto.[175] Los precios locales y los mundiales se movían al unísono.[176] Había muchas mercancías que eran «internacionales», en el sentido de que resultaba más rentable importarlas del extranjero que producirlas en el propio país. El transporte perseguía a la comunicación. Ambos tendían a la desaparición de la distancia.

Haberler veía el mundo como una unidad hipotética y procedió a enumerar los obstáculos que perturbaban esa unidad. Se estaban salvando poco a poco las distancias. Persistían los obstáculos legales, artificiales, sobre los impuestos aduaneros y los aranceles. Escribió que la «elevación de los muros arancelarios» tenía «exactamente las mismas consecuencias que los cambios en el coste del transporte», es decir, creaba una distancia vertical, en lugar de horizontal, que los productos tenían que salvar.[177] Haberler no hacía sino repetir lo que todo el mundo sabía en la Sociedad de Naciones. En 1932, Salter escribió que «está clarísimo el lugar que ocupan en la economía mundial los aranceles protectores y, consideradas en términos globales, sus inevitables consecuencias. Son como los obstáculos

naturales de una cordillera u otras obstrucciones al transporte, que aumentan el precio que se paga por los beneficios y las economías derivadas del intercambio de productos de regiones sumamente divididas».[178] La geografía liberal de los economistas de la Sociedad consideraba los aranceles como barreras metafóricas cuya altura había que remontar.

Sin embargo, los obstáculos más animosos eran los que entorpecían la libre circulación del producto más importante: la mano de obra humana. A Haberler los trabajadores le parecían complicados, pero muy versátiles cuando se les obligaba a moverse. Los elogiaba por su capacidad de adaptación, pero los reprobaba por no querer desplazarse. El peligro radicaba en que los trabajadores ganaban aliados que actuaban como anclas. Haberler culpaba a los sindicatos y a la «intervención estatal en cuestiones laborales relacionadas con el seguro y la prestación por desempleo» de reducir la «movilidad y adaptabilidad» de los trabajadores.[179] Los sindicatos no solo eran anclas. Para Haberler, al igual que para Mises, eran como muros. Haberler describió a los sindicatos como «obstáculos artificiales para el acceso a ciertas ocupaciones»: barreras sustentadas por el «poder monopolístico» que se alzaban sobre la mercancía del gasto humano del esfuerzo.[180] Para que funcionara el libre comercio, debían caer las barreras del sindicalismo. El contenedor de mano de obra del Estado nación solo podría permanecer intacto si se sometía a la atracción y al rechazo de la demanda en el marco del propio Estado nación.

Tras la Primera Guerra Mundial, los liberales austriacos, como Mises y Haberler, creyeron que había que reconstruir el mundo hecho trizas mediante un proceso de demolición metafórica y literal. Los trabajadores en huelga y los aranceles para proteger a las industrias internas se definieron como muros que había que derribar. De manera paradójica, los liberales austriacos contemplaron esa demolición como un proceso puramente negativo, como si no se tratara más que de hacer sitio, cuando volver a tejer el espacio comercial fue un proceso muy activo. El grupo central del

movimiento intelectual neoliberal que se había fusionado en Viena había encontrado a sus colaboradores más cercanos en la Businessman’s International de la CCI y en la Sociedad de Naciones. Ambos organismos parecían ser socios capaces de restablecer los límites de los dos mundos del capitalismo. El capital, las mercancías y los salarios debían ser libres, con independencia de las fronteras nacionales. En la teoría de Haberler fue novedoso el rescate del Estado nación como contenedor de la mano de obra. Su teoría de los costes comparativos sugería que el libre comercio podía compensar la ausencia de migración internacional de trabajadores siempre y cuando se derribaran las barreras internas erigidas por los sindicatos. La visión de Haberler revelaba que la Europa de las fortalezas era una manera de ver las cosas como productos básicos. Los muros que separaban a los países debían caer para dejar paso a las mercancías, pero no a las personas.

Como veremos en el capítulo 2, la constitución económica del mundo sufrió un segundo batacazo existencial con la Gran Depresión de la década de 1930. El escenario cambió de Viena a Ginebra con la huida de los liberales de la ola fascista que se avecinaba, y la visión negativa de los liberales de hacer sitio o eliminar obstáculos dio paso a un productivo programa neoliberal para encontrar nuevas condiciones extraeconómicas mediante las que proteger la economía mundial. En 1934, Mises consiguió una cátedra en Ginebra, y los miembros de su seminario despidieron a su maestro con el deseo de que «la fortaleza de su espíritu guíe los pasos de la Sociedad de Naciones».[181]

---

[69] Ver Susan Pedersen, *The Guardians: The League of Nations and the Crisis of Empire*, Nueva York: Oxford University Press, 2015.

[70] Erez Manela, *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Nueva York: Oxford University Press, 2007; Pankaj Mishra, *De las ruinas de los imperios: La rebelión contra Occidente y la metamorfosis de Asia*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2014, traducido por Alejandro Pradera Sánchez.

[71] Daniel Gorman, *The Emergence of International Society in the 1920s*, Cambridge: Cambridge University Press, 2012. Ver también Quinn Slobodian, «How to See the World Economy:

Statistics, Maps, and Sºchumpeter's Camera in the First Age of Globalization», *Journal of Global History* 10, n.º 2 (2015): p. 308.

[72] Ludwig von Mises, *Die Gemeinwirtschaft*, Jena: Fischer, 1922, p. 294.

[73] Ludwig von Mises, *Socialismo: un análisis económico y sociológico*, Madrid: La Unión, 2003, traducido por Luis Montes de Oca.

[74] Mary Nolan, *The Transatlantic Century: Europe and America, 1890–2010*, Nueva York: Cambridge University Press, 2012, p. 57.

[75] Ver J. Adam Tooze, *Statistics and the German State, 1900–1945: The Making of Modern Economic Knowledge*, Nueva York: Cambridge University Press, 2001, pp. 63-71.

[76] Barry Eichengreen, *La globalización del capital. Historia del sistema monetario internacional*, Barcelona: Antoni Bosch Editor, 2000, traducido por Esther Rabasco Espáriz.

[77] G. R. Steele, *Keynes and Hayek: The Money Economy*, Nueva York: Routledge, 2001, p. 8.

[78] Dieter Plehwe, introducción a *The Road from Mont Pèlerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*, editado por Philip Mirowski y Dieter Plehw, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2009, p. 11.

[79] Ludwig Mises, *Autobiografía de un liberal: la gran Viena contra el estatismo*, Madrid: La Unión, 2001, traducido por Juan Marcos de la Fuente.

[80] Alexander Hörtlehner, «Ludwig von Mises und die österreichische Handelskammerorganisation», *Wirtschaftspolitische Blätter* 28, n.º 4 (1981): p. 142.

[81] Jörg Guido Hülsmann, *Mises: The Last Knight of Liberalism*, Auburn, Alabama: Ludwig von Mises Institute, 2007, pp. 822-824; Kim Phillips-Fein, *Invisible Hands: The Making of the Conservative Movement from the New Deal to Reagan*, Nueva York: W. W. Norton, 2009, pp. 43, 55. Mises trabajó en la Comisión de Principios Económicos de la Asociación Nacional de Manufactureros de 1943 a 1954. Murray N. Rothbard, *Ludwig von Mises: Scholar, Creator, Hero*, Auburn, Alabama: Ludwig von Mises Institute, 1988, p. 47.

[82] Carl E. Schorske, *La Viena de fin de siglo: política y cultura*, Buenos Aires: Editorial Siglo XXI, 2011, traducido por Iris Menéndez.

[83] Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire: La experiencia de la modernidad*, Madrid: Siglo XXI de España editores S. A., traducido por Andrea Morales Vidal; David Harvey, *París, capital de la modernidad*, Madrid: Akal, 2008, cap. 4, traducido por José María Amoroto Salido.

[84] Schorske, *La Viena de fin de siglo*.

[85] *Ibid.*

[86] Ludwig Mises, *Gobierno omnipotente: en nombre del estado*, Madrid: La Unión, 2002, traducido por Pedro Elgoibar.

[87] Ver Volker Berghahn y Brigitte Young, «Reflections on Werner Bonefeld's 'Freedom and the Strong State: On German Ordoliberalism' and the Continuing Importance of the Ideas of Ordoliberalism to Understand Germany's (Contested) Role in Resolving the Eurozone Crisis», *New Political Economy* 18, n.º 5 (2013): pp. 768-778; Werner Bonefeld, «Freedom and the Strong State: On German Ordoliberalism», *New Political Economy* 17, n.º 5 (2012): pp. 633-656; Pierre Dardot y Christian Laval, *La nueva razón del mundo: ensayo sobre la sociedad neoliberal*,

Barcelona: Gedisa, 2013, cap. 5, traducido por Alfonso Díez; Ben Jackson, «At the Origins of Neo-Liberalism: The Free Economy and the Strong State, 1930–1947», *Historical Journal* 53, n.º 1 (2010): pp. 129-151.

[88] Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica: curso del Collège de France (1978-1979)*, Madrid: Akal, 2008, traducido por Horacio Pons.

[89] Mises, *Socialismo*.

[90] Citado en Hülsmann, *Mises*, pp. 620-621.

[91] Mises, *Autobiografía de un liberal*.

[92] George L. Ridgeway, *Merchants of Peace: The History of the International Chamber of Commerce*, Boston: Little, Brown, 1959; Monika Rosengarten, *Die Internationale Handelskammer: Wirtschaftspolitische Empfehlungen in der Zeit der Weltwirtschaftskrise, 1929-1939*, Berlín: Duncker und Humblot, 2001.

[93] Bob Reinalda, *Routledge History of International Organizations: From 1815 to the Present Day*, Nueva York: Routledge, 2009, p. 143.

[94] Ver Slobodian, «How to See», pp. 313-314; Nico Randeraad, «The International Statistical Congress (1853–1876): Knowledge Transfers and their Limits», *European History Quarterly* 41, n.º 1 (2011): pp. 50-65.

[95] Cámara de Comercio de los Estados Unidos de América, *International Trade Conference*, sin lugar de publicación: sin editorial, 1919, p. 21.

[96] «8 January 1918: President Woodrow Wilson's Fourteen Points», http://avalon.law.yale.edu/20th_century/wilson14.asp.

[97] Citado en Rosengarten, *Die Internationale Handelskammer*, p. 33.

[98] *Ibid.*, p. 17.

[99] *Ibid.*, p. 41.

[100] Hörtlehner, «Ludwig von Mises», p. 145; Margít Von Mises, *My Years with Ludwig von Mises*, New Rochelle, Nueva York: Arlington House, 1976, p. 30.

[101] Citado en Rosengarten, *Die Internationale Handelskammer*, p. 17.

[102] *Ibid.*, p. 50.

[103] *Ibid.*, p. 126.

[104] «Predict Revival of World Trade», *The New York Times*, 20 de mayo de 1925.

[105] Rosengarten, *Die Internationale Handelskammer*, p. 124.

[106] *Ibid.*, p. 123.

[107] Clive Morrison-Bell, *Tariff Walls: A European Crusad*, Londres: J. Murray, 1930, p. 116.

[108] Charles K. Nichols, «The Statistical Work of the League of Nations in Economic, Financial and Related Fields», *Journal of the American Statistical Association* 37, n.º 219 (septiembre de 1942): p. 338.

[109] *Sir* Arthur Salter, discurso pronunciado durante el congreso de la CCI en Estocolmo el 1 de julio de 1927, fondos de la Sociedad de Naciones, Ginebra (de ahora en adelante citado como SDN), R390, dos. 24789, doc. 62851, página 3.

[110] *Ibid.*, p. 2.

[111] *Ibid.*, p. 9.

[112] Morrison-Bell, *Tariff Walls*, vii.

[113] *Ibid.*, p. 103.

[114] *Ibid.*

[115] *Ibid.*, p. 26.

[116] *Ibid.*, p. 77.

[117] *Ibid.*, p. 160.

[118] Según el Google Ngram Viewer, la presencia de los términos *tariff walls* y *Zollmauern* («muros arancelarios») en las publicaciones se incrementó a gran velocidad a partir de mediados de la década de 1920 (https://books.google.com/ngrams). El término no llegó a asentarse en francés: la expresión más habitual siguió siendo *barrière douanière*.

[119] Alfred Pearce Dennis, «Tariff Walls Block Europe's Recovery», *The New York Times*, 31 de octubre de 1926.

[120] Morrison-Bell, *Tariff Walls*, pp. 42, 61.

[121] *Ibid.*, p. 65.

[122] *Ibid.*, p. 48.

[123] *Ibid.*, portada.

[124] Gottfried Haberler, *The Theory of International Trade with Its Applications to Commercial Policy*, Londres: W. Hodge, 1936, p. 357.

[125] William E. Rappard, «Post-War Efforts for Freer Trade», *Geneva Special Studies* 9, n.º 2 (marzo de 1938): p. 26.

[126] CCI, 25.ª reunión del Consejo, 24 de octubre de 1927, SDN, R390, dos. 24789, doc. 62851, pág. 2.

[127] Haberler, *The Theory of International Trade*, p. 355.

[128] Patricia Clavin, *Securing the World Economy: The Reinvention of the League of Nations, 1920-1946*, Nueva York: Oxford University Press, 2013, p. 44.

[129] Haberler, *The Theory of International Trade*, p. 384; en cursiva en el original.

[130] Ludwig Mises, «Die Rückwirkung der Entwicklung der Weltwirtschaft auf die Ausgestaltung der Sozialpolitik», *Statistische Monatsschrift* 10 (1905): p. 949.

[131] Ludwig Mises, *Nación, estado y economía. Contribuciones a la política y a la historia de nuestro tiempo*, Madrid: La Unión, 2010, traducido por Juan Marcos de la Fuente.

[132] Dennis, «Tariff Walls Block Europe's Recovery».

[133] «How Can Austria Be Saved? An Economic Policy Program for Austria», *Die Börse*, 17 de febrero de 1921, en Richard Ebeling, *Selected Writings of Ludwig von Mises*, vol. 2, Indianápolis: Liberty Fund, 2002, pp. 248-250.

[134] Hörtlehner, «Ludwig von Mises», p. 142.

[135] «The Restoration of Austria's Economic Situation» position statement for the Austrian Chamber of Commerce, presentado el 28 de agosto de 1922, en Ebeling, *Selected Writings of Ludwig von Mises*, pp. 267, 69.

[136] Douglas D. Alder, «Decision-Making amid Public Violence; The Vienna Riots, July 15, 1927», *Austrian History Yearbook* 19-20 (1983-1984): p. 245.

[137] *Ibid.*, p. 251.

[138] *Ibid.*, p. 254.

[139] Irene Stocksieker Di Maio, «Space in Elias Canetti's Autobiographical Trilogy», en *A Companion to the Works of Elias Canetti*, editado por Dagmar C. G. Lorenz, Rochester, Nueva York: Camden House, 2004, p. 183.

[140] Citado en Hülsmann, *Mises*, p. 580.

[141] Citado en *ibid.*, p. 581.

[142] *Ibid.*, p. 606.

[143] Mises, *Socialismo*.

[144] *Ibid.*

[145] Prólogo (1934), en *ibid*, p. 20.

[146] Alder, «Decision-Making», p. 256.

[147] Grandner y Traxler, «Sozialpartnerschaft», p. 83.

[148] *Ibid.*, pp. 94-95.

[149] *Ibid.*, p. 90.

[150] Citado en *ibid.*, p. 90.

[151] *Ibid.*, p. 91.

[152] Mises, *Socialismo*.

[153] Citado en Hülsmann, *Mises*, pp. 620-621.

[154] Mises, *Autobiografía de un liberal*.

[155] *Ibid.*

[156] Gottfried Haberler, «Mises' Private Seminar», *Mont Pèlerin Quarterly* 3, n.º 3 (octubre de 1961): p. 21.

[157] *Ibid.*, p. 20.

[158] Mises, *Autobiografía de un liberal*.

[159] Felix Kaufmann, «Miseskreis Lied», *Mont Pèlerin Quarterly* 3, n.º 3 (octubre de 1961): p. 23.

[160] Richard Strigl, «Wirtschaftstheorie im Dienste der Wirtschaftspolitik», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* 60 (1928): p. 354.

[161] Gottfried Haberler, *Der Sinn der Indexzahlen: Eine Untersuchung über den Begriff des Preisniveaus und die Methoden seiner Messung*, Tübingen: Mohr, 1927.

[162] *Ibid.*, p. 103.

[163] *Ibid.*, p. 70.

[164] Harald Hagemann, «The Austrian School in the Interwar Period», en *Austrian Economics in Transition: From Carl Menger to Friedrich Hayek*, editado por Harald Hagemann, Yukihiro Ikeda y Tamotsu Nishizawa, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2010, p. 189.

[165] Gottfried Haberler, «Die Theorie der komparativen Kosten und ihre Auswertung für die Begründung des Freihandels», *Weltwirtschaftliches Archiv* 32 (1930): p. 350.

[166] *Ibid.*, p. 369.

[167] *Ibid.*, p. 368.

[168] *Ibid.*, p. 370.

[169] Gottfried Haberler, «Einfuhrbeschränkungen, Zahlungsbilanz und Schillingskurs (Tagblatt, 22 January 1933)», en *Machlup, Morgenstern, Haberler, Hayek: Wirtschaftspublizistische Beiträge*

in kritischer Zeit (1911-1934), editado por Hansjörg Klausinger, Marburg: Metropolis, 2005, p. 171.

[170] Haberler, *Der Sinn der Indexzahlen*, p. 104.

[171] Gottfried Haberler, «The Different Meanings Attached to the Term 'Fluctuations in the Purchasing Power of Gold' and the Best Instrument or Instruments for Measuring Such Fluctuations», 9 de marzo de 1931, SDN, R 2961, dos. 4346, doc. 20721, pág. 47.

[172] Mises, «The Suitability of Methods of Ascertaining Changes in Purchasing Power for the Guidance of International Currency or Banking Policy», Gold Delegation of the Financial Committee, Sociedad de Naciones, 10 de octubre de 1930, SDN, R 2961, dos. 4346, doc. 20721, pág. 13.

[173] Gottfried Haberler, *Prosperity and Depression: A Theoretical Analysis of Cyclical Movements*, Ginebra: Sociedad de Naciones, 1937, p. 303.

[174] *Ibid.*, p. 304.

[175] Haberler, *The Theory of International Trade*, pp. 22, 33.

[176] *Ibid.*, p. 35.

[177] *Ibid.*, p. 309.

[178] Arthur Salter, *Recovery: The Second Effort*, Londres: G. Bell and Sons, 1932, p. 171.

[179] Haberler, *The Theory of International Trade*, p. 194.

[180] *Ibid.*, pp. 196-197.

[181] Felix Kaufmann, «Abschied von Professor Mises», *Mont Pèlerin Quarterly* 3, n.º 3 (octubre de 1961): p. 26.

02

Un mundo de cifras

«No es ninguna exageración afirmar
que la era de la decadencia de la economía mundial
fue al mismo tiempo la era de las conferencias
económicas internacionales».

WILHELM RÖPKE

En 1929, el sueño de una economía mundial nivelada se convirtió en una pesadilla. El colapso del mercado de valores de Wall Street desencadenó una serie de acontecimientos que condujeron a la Gran Depresión o, como se la conoce en alemán, «la crisis económica mundial» (*Weltwirtschaftskrise*). Cierto historiador se refiere a la década de 1930 como el «fin de la globalización».[182] Después de haberse recuperado de manera sorprendente tras la Primera Guerra Mundial, el comercio internacional se volvió a desacelerar a medida que los Gobiernos nacionales parapetaban la producción nacional detrás de muros arancelarios de una altura sin precedentes. En el mundo del dinero, en 1931 los Estados Unidos suspendieron la convertibilidad de los dólares en oro, y lo mismo ocurrió poco después con la libra esterlina. El fin del patrón oro supuso que ya no se pudiese dar por sentado que una inversión hecha hoy fuese a tener el mismo valor en oro mañana, ni aunque estuviera denominada en libras, la celebrada moneda mundial. En la mente de los liberales, aquello fue un ataque no solo a la inviolabilidad del dinero, sino a la inviolabilidad de los

contratos. Cierto liberal alemán afirmó que era eso, más que ninguna otra cosa, lo que había «roto la unidad económica del mundo».[183]

A medida que se diluía el patrón oro, el principio del imperio —que había sufrido un duro batacazo tras el fin del Imperio de los Habsburgo y del Imperio otomano— revivió debido a la dependencia de las potencias europeas de sus colonias y de la mancomunidad para la obtención de materias primas con las que se comercializaba en bloques imperiales tras los muros arancelarios. Para el espectador liberal, en la década de 1930 el mundo estaba segmentado. Las barricadas representadas en el mapa de muros arancelarios de Clive Morrison-Bell se extendieron hacia el sur desde Europa y aprisionaron territorios extranjeros como India, Argelia, Gold Coast (Australia) y Sudáfrica. La economía mundial se presentaba como un panal de muros construido a partir de «fortificaciones arancelarias».[184]

Para los liberales, era una dolorosa ironía que la economía mundial tomara forma como una totalidad en las estadísticas en el preciso momento en que parecía desaparecer en la vida real. La crisis económica mundial condujo a propuestas de soluciones económicas mundiales lideradas por la Sociedad de Naciones. En palabras de cierto historiador, la orden de la década de 1930 era «mirar al mundo».[185] Proliferaron los datos económicos. En 1937, el secretario general de la Cámara de Comercio Internacional (CCI) comentó que «hay esparcidas por todo el mundo tantas fuentes y centros de información diferentes desconectados entre sí que los empresarios y los economistas están a punto de ahogarse en un auténtico mar de folletos, informes estadísticos, reseñas y artículos».[186] Los planos de la Exposición Universal de París de 1937 reflejaban el espíritu de la década: se proyectaba construir un Faro del Mundo que fuese el doble de alto que la Torre Eiffel. Los visitantes subirían con su propio automóvil por las rampas en espiral que rodeaban la estructura de hormigón de ochocientos metros de altura; de acuerdo con una ilustración de fantasía que

acompañaba a los planos, los visitantes avistarían Bélgica, España e Inglaterra.[187]

Aunque el Congreso Mundial de Documentación Universal se celebró durante la Exposición de París, el auténtico hogar de la idea global era la pintoresca ciudad de Ginebra, cuyo sobrio y clasicista Palacio de las Naciones se alzaba como un templo secular de la idea de lo internacional.[188] Los inquilinos de un solo edificio, el palacio Wilson, inaugurado en 1937 a orillas del lago de Ginebra, sugerían la diversidad de enfoques sobre el mundo. Entre las treinta organizaciones que albergaba el antiguo hotel se encontraban el Fondo Carnegie para la Paz Internacional, el New Commonwealth Institute (Nuevo Instituto de la Commonwealth), la Organización Internacional del Trabajo, la World Alliance for Promoting International Friendship through the Churches (Alianza Mundial para el Fomento de la Amistad Internacional por medio de las Iglesias), el Consejo Internacional de Mujeres, la Oficina Internacional de Educación, el International Migration Service (Servicio de Migración Internacional), la World Association for Reform of the Calendar (Asociación Mundial para la Reforma del Calendario), la World Narcotic Defence Association (Asociación Mundial de Defensa de los Narcóticos) y la Asociación Universal de Esperanto.[189] En las décadas de 1920 y 1930, Ginebra afrontaba no solo los problemas del mundo como preocupaciones individuales, sino también la cuestión del propio mundo: cómo gestionar el mundo en su conjunto. «Es muy probable que el famoso "espíritu de Ginebra" —dijo en 1931 un observador— termine siendo el germen de un futuro patriotismo mundial».[190] La ciudad parecía ser la única candidata a convertirse en la capital del Estado mundial que H. G. Wells bautizó como Cosmópolis.

La economía mundial surgió en Ginebra en la década de 1930, sobre el papel y en cifras gracias a los esfuerzos de los economistas por comprender las causas de la Gran Depresión y buscarle solución. Arthur Salter, que era

el jefe de la sección económica de la Sociedad de Naciones (y que más tarde se unió a la Sociedad Mont Pèlerin), escribió en 1932 que la Depresión «ha logrado al menos una cosa que quizás en el futuro resulte de gran valor. Ha revelado la anatomía de la estructura económica mundial». [191] En la década de 1930, el grupo central del futuro movimiento neoliberal o bien se trasladó a Ginebra o bien visitó la ciudad suiza. En los años veinte y treinta, todos ellos participaron en proyectos que elaboraban descripciones estadísticas de las economías nacionales y mundiales o que intentaban comprender su ascenso y caída cíclicos. En 1927, Mises y Hayek ampliaron su colaboración con la CCI para fundar un Business Cycle Research Institute (Instituto para la Investigación del Ciclo Económico) en las oficinas de la Stubenring, en Viena. Ese trabajo llevó a Hayek hasta Ginebra, al centro de la investigación económica mundial. La Sociedad contrató a Gottfried Haberler, colega de Mises y Hayek, para que elaborase un importante estudio sobre la economía mundial, que Haberler inició en 1934. En 1937, se mudó también a Ginebra Wilhelm Röpke, una figura indispensable del movimiento neoliberal, a quien contrataron para la elaboración de un estudio global sobre los efectos de los cambios en el comercio y la producción mundiales. Los historiadores se refieren al famoso Coloquio Walter Lippmann de 1938 en París como la «cuna del neoliberalismo».[192] Sin embargo, casi nunca señalan que ese no fue más que un episodio de una década en la que se solaparon los proyectos dedicados al estudio de las condiciones de «la gran sociedad», no a nivel nacional, sino a escala mundial.

El neoliberalismo surgió de proyectos de observación mundial, recopilación de estadísticas globales e investigaciones internacionales del ciclo económico. ¿Por qué los historiadores pasan por alto este hecho tantas veces? En parte, porque la conclusión a la que terminaron llegando los neoliberales acerca de la Gran Depresión y sus consecuencias fue que las cifras no bastaban. Aunque a finales de la década de 1930 las técnicas de

planificación ganaron fuerza tanto en Ginebra como en la corriente dominante de la profesión económica, los neoliberales apoyaban la creencia de que ni las estadísticas, ni la teoría con base matemática ni la emergente ciencia de la econometría bastarían para predecir o prevenir crisis futuras. Pensaban, incluso, que la creciente sofisticación de aquellos enfoques podía aumentar paradójicamente la probabilidad de otra crisis, al fomentar la falsa creencia de que la ciencia podía proteger de las crisis a la economía mundial.

Como escribieron Röpke y Alexander Rüstow durante su intervención en el Coloquio Walter Lippmann de 1938, «los últimos avances en el análisis puramente económico nos han ayudado mucho a comprender mejor la mecánica de las oscilaciones económicas. Pero en este caso, de nuevo, se ha alcanzado el refinamiento en el detalle a cambio de la ceguera con respecto de los contextos extraeconómicos que constituyen el problema de la realidad».[193] Quizá la conclusión más radical fuese la que extrajo Hayek en esa década tomando como punto de partida la antigua desconfianza de las estadísticas cultivada en los debates vieneses: que, al estar inevitablemente diseminado entre todos los miembros de la sociedad, el propio conocimiento integral eludiría siempre a los economistas, y así es como debía ser. Para Hayek, escalar el Faro del Mundo en busca de una visión sinóptica desde la cual dirigir y planificar no era más que el preludio a una larga caída.

A finales de la década de 1930, los neoliberales de la Escuela de Ginebra estaban de acuerdo en que los pilares más importantes de la integración no podían representarse o entenderse por medio de gráficas, cuadros, tablas, mapas o fórmulas. Redirigieron su atención a los lazos culturales y sociales, pero también al marco de la tradición y al Estado de derecho, que a su juicio se estaban desintegrando en la década de 1930. Alejarse de las estadísticas y de la investigación del ciclo económico llevó a los neoliberales a, según afirmaron ellos mismos, pensar en términos de

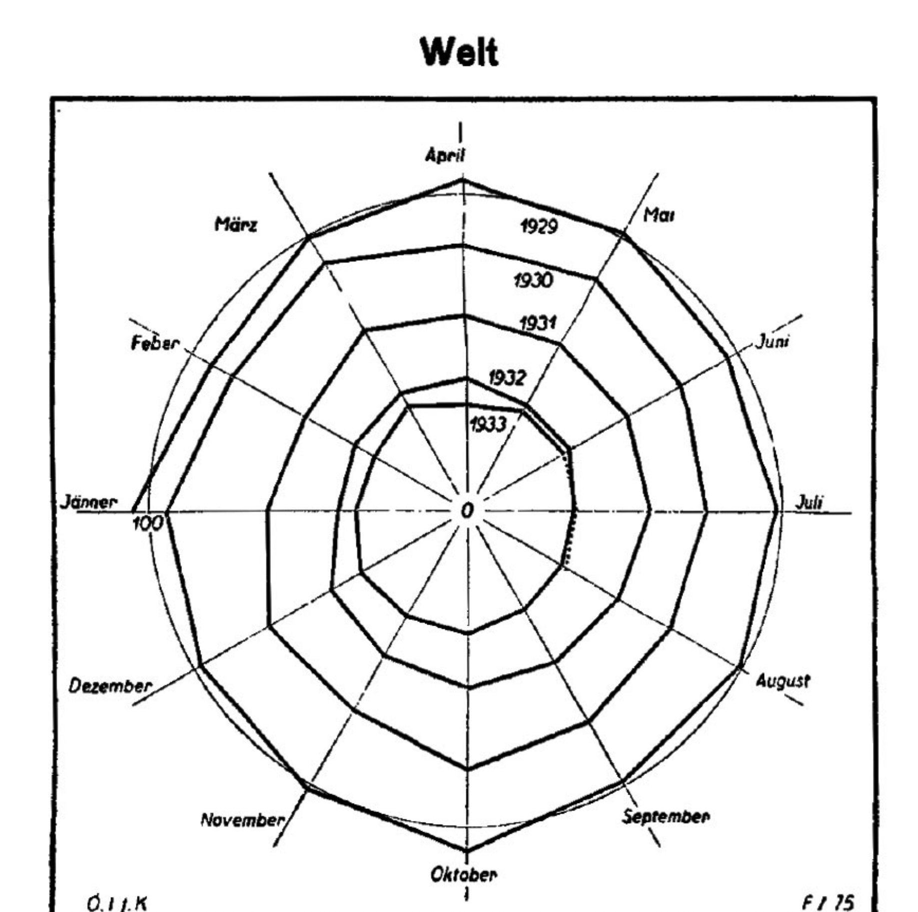
órdenes. A partir de ese momento, se centraron en diseñar instituciones que salvaguardaran mejor el mercado. Había que defender la economía mundial, y el neoliberalismo de la Escuela de Ginebra se caracterizaría por la búsqueda de modalidades estatales y legales que estuvieran a la altura de la tarea no solo a nivel estatal, sino también, lo que es más importante, a nivel mundial.

El surgimiento de la visión barométrica

Una de las imágenes más famosas de entre las que se utilizan para ilustrar la Gran Depresión es la espiral de Kindleberger,[194] una llamativa gráfica circular que rastrea la implacable disminución del volumen del comercio mundial entre enero de 1929 y junio de 1933. Aunque se lo conoce por el nombre del historiador económico estadounidense que la hizo famosa, sería más preciso llamar al diagrama espiral de Morgenstern (por el economista austriaco que creó su forma de representación) o espiral de Condliffe (por el primer creador de una versión que llegó a hacerse popular). Su origen y sus peregrinaciones reflejan las redes internacionales de colaboración de la época. En abril de 1933, Oskar Morgenstern utilizó la espiral por primera vez para mostrar el declive del comercio exterior austriaco.[195] Luego la espiral salió ampliada a escala mundial en un anuncio de periódico sobre la Conferencia Económica Mundial de Londres creado por la Swiss Bank Corporation, y poco después apareció en Ginebra como la imagen principal del segundo Estudio Económico Mundial de la Sociedad de Naciones elaborado por J. B. Condliffe.[196] En noviembre, la espiral globalizada reapareció en Viena.[197]

La publicación vienesa en la que apareció la espiral fue el informe mensual del Instituto Austriaco para la Investigación del Ciclo Económico, fundado por Mises y Hayek a finales de 1926, que estaba ubicado en el edificio de la Cámara de Comercio de Viena. En 1931, Morgenstern relevó a Hayek en la dirección. La comprensión del ciclo económico fue el

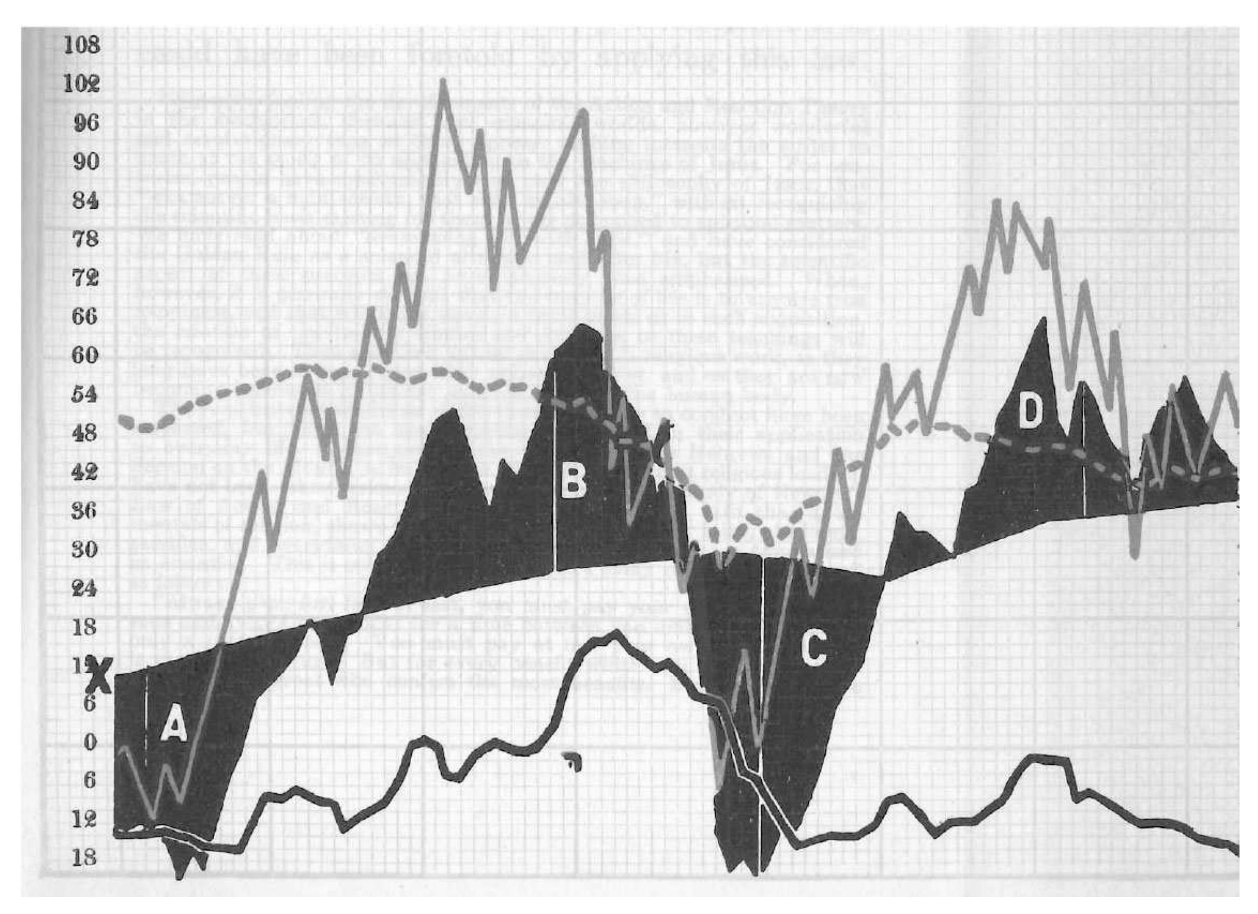
principal desafío intelectual de los economistas en las décadas de 1920 y 1930. A principios de los años treinta, Ginebra era el núcleo de aquella empresa, y sus radios se extendían no solo hacia Viena, sino por toda Europa Central, cruzaban el Canal de la Mancha y surcaban el Atlántico. La pregunta que se planteaban era la de si resultaba posible predecir el futuro. Si se hallaban los aspectos correctos de la vida económica y se reflejaban y recopilaban mediante cifras, ¿sería posible no solo comprender, sino también predecir lo que Wesley Clair Mitchell, economista de la Universidad de Columbia, llamó en su fundacional obra de 1913 «los complicados procesos en función de los cuales se suceden en el mundo moderno épocas de prosperidad, crisis, depresión y recuperación económica»?[198] Aunque la investigación sobre el ciclo económico hubiera comenzado antes de la Primera Guerra Mundial, su auge se produjo después la guerra. El Gobierno de los Estados Unidos financió su estudio, así que se fundaron institutos de investigación del ciclo económico por toda Europa y en la Unión Soviética.[199]



La espiral de la disminución del comercio mundial. *Informe mensual del Instituto Austriaco para la Investigación del Ciclo Económico*, noviembre de 1933.

Una de las obsesiones de los investigadores era cómo expresar el ciclo económico en términos visuales: cómo hacer visible el mercado invisible. Las técnicas para ilustrar el ciclo económico se habían originado con los servicios privados para inversores. Como el mercado bursátil se había disparado en la década de 1920 y la riqueza de cada vez más estadounidenses estaba vinculada a las finanzas, había demanda de un asesoramiento que pudiera ofrecer una ventaja en este sentido. Las gráficas y los diagramas aportaban información sobre la dirección de la actividad económica que podía consumirse de un vistazo. Mediante aquellas visualizaciones, argumenta cierto académico, los informes populares, como los de Roger Babson, daban a los lectores una visión «de “la economía”

como un sistema complejo pero unificado que operaba de acuerdo con su propia lógica interna».[200] Por ejemplo, había una gráfica de «condiciones fundamentales» que juntaba una variedad de datos en una sola línea que subía y bajaba, convirtiendo el tiempo en una topografía de simas y picos económicos.[201]



Las simas y picos económicos de Babson. Roger W. Babson, *Business Barometers Used in the Accumulation of Money: A Text Book on Applied Economics for Merchants, Bankers and Investors*, cuarta ed., Wellesley Hills, Massachusetts: Babson's Compiling Offices, 1911.

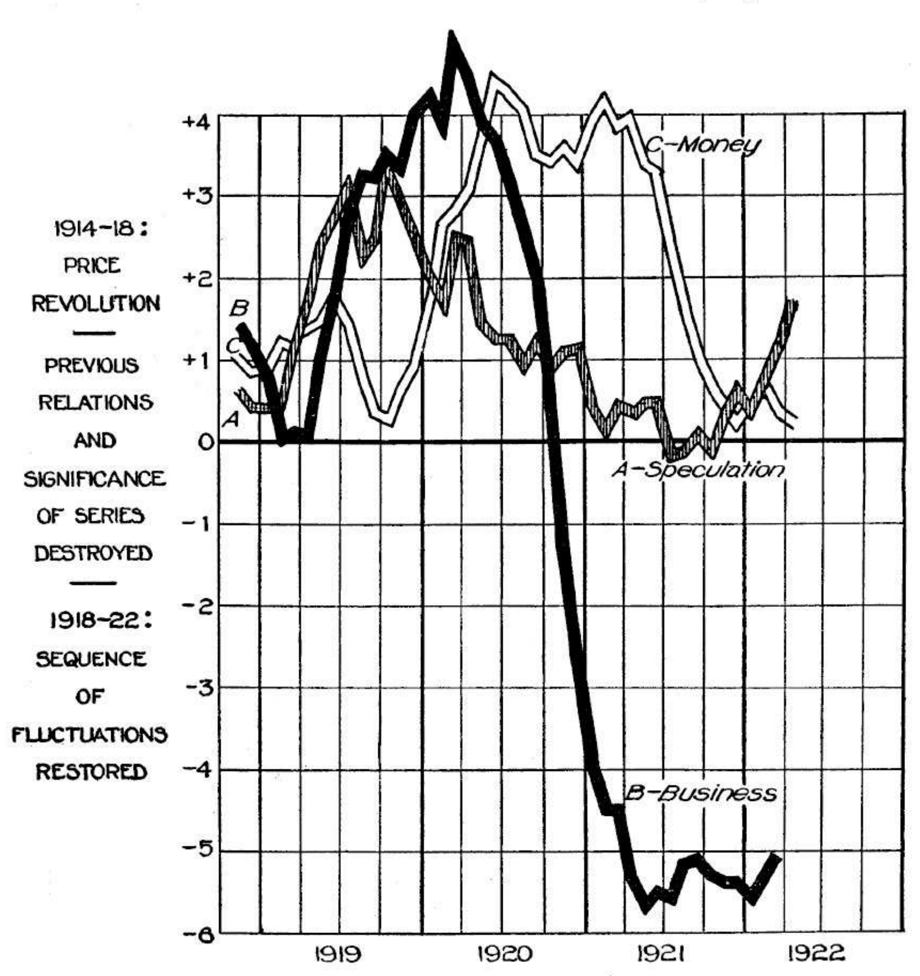
Las predicciones sobre el futuro económico que se apoyaban en la recopilación de estadísticas (representadas de manera visual) se denominaron colectivamente «barómetros económicos». En la década de 1920, el líder del sector era el barómetro de «tres ciclos» del Harvard Committee on Economic Research (Comité de Investigación Económica de

Harvard). Las curvas A, B y C del barómetro de Harvard representaban «especulación, negocios y dinero», extraídas a grandes rasgos del movimiento en el precio de las acciones, los productos básicos y los préstamos y créditos de los bancos más importantes. Los lectores del barómetro creían que, si observaban los retrasos recurrentes entre aquellos tres indicadores, con el tiempo podrían llegar a predecir el cambio en las condiciones económicas.[202]

La metáfora del barómetro daba a entender que la economía era como el tiempo atmosférico, una esfera que escapaba al control humano directo. Se podía adaptar la famosa metáfora de la mano invisible de Adam Smith para hablar del «viento» invisible del mercado, reflejado en tablas y gráficas. Las condiciones económicas representadas en tres líneas se percibían como una unidad, aunque en realidad estaban compuestas por innumerables y minúsculos procesos orgánicos, cuyos efectos solo podíamos percibir en la suma total. La metáfora del barómetro iba en dos direcciones. Como señaló Hayek en 1927, en teoría hacía que el futuro fuese legible para la gente corriente. Sin embargo, «lo único que hace es dar la sensación al lego en la materia de que predice el tiempo atmosférico, cuando en realidad solo mide la altura de la presión atmosférica actual», lo que no sugiere más que una probabilidad. Los meteorólogos —o los economistas— tenían acceso al contexto más amplio, de modo que «la simple observación de un barómetro económico nunca puede reemplazar la valoración de una situación concreta que se sustente en el conocimiento de las relaciones causales entre todos los hechos disponibles».[203] La «ola» que reflejaba la gráfica «solo puede explicarse mediante las leyes autónomas de la vida económica», y, según insistía Hayek, únicamente los economistas entendían esas leyes.[204]

El objetivo de lo que se podría llamar visión barométrica fue, como lo expresó el estadístico austriaco Karl Pribram, «el descubrimiento de las leyes relacionadas con la secuencia de fluctuaciones económicas».[205] La metáfora del barómetro ayudaba a reforzar la autoridad de los economistas,

como si fuera equiparable a la de los científicos, al transmitir los fenómenos del mundo de una forma digerible para la gente corriente y preservar, al mismo tiempo, el monopolio de los economistas sobre los secretos de la causalidad. En 1932, Fritz Machlup, miembro del círculo de Mises, expresó en una columna en prensa la idea del economista como científico y escribió que «las leyes de la economía se aplican incluso aunque no las conozcan o las reconozcan el ministro, el banquero y el parlamentario, del mismo modo que no influye en las leyes de la física el hecho de que un especialista técnico determinado las obedezca o no».[206] El barómetro revelaba y, al mismo tiempo, ocultaba la verdad de la vida económica.



Las tres líneas del Barómetro del Servicio Económico de Harvard. Warren M. Persons, *Interpretation of the Index of General Business Conditions*, Cambridge, Massachusetts: Harvard Economic Service, 1922.

Resulta significativo que la visión barométrica contemplara el mundo a escala nacional. La economía nacional era objeto de observación y sujeto de acción. Una metáfora relacionada de aquella época, que nació con el economista británico William Beveridge (que más tarde fue artífice del estado de bienestar), hablaba de las representaciones gráficas del ciclo como del «pulso de la nación».[207] En 1924 el investigador holandés Willem Einthoven había recibido el Premio Nobel de Medicina por su pionero desarrollo de la electrocardiografía, un método para medir el pulso del corazón humano en una gráfica de líneas en el tiempo.[208] La investigación del ciclo económico —y la técnica visual del barómetro económico— ayudó a equiparar a los economistas con los médicos como maestros de una esotérica rama del conocimiento que se podía representar de manera que resultara comprensible para la gente corriente. Como ha observado cierto historiador, la década de 1920 fue una época en la que se empezó a entender la economía como un campo de conocimientos técnicos que estaban al margen de la política.[209] Las gráficas contribuyeron a ese cambio. El sufrimiento y el florecimiento de la economía nacional adquirían visibilidad en la línea de la gráfica, en la que se podía ver también el origen del dolor o la prosperidad de la gente.

La investigación sobre el ciclo económico y el Estado moderno

Los institutos responsables del estudio del ciclo económico se convirtieron en características habituales del Estado moderno durante el periodo de entreguerras. Para la época de la Gran Depresión, la mayoría de los Estados europeos contaba con un instituto para el ciclo económico, y los académicos han demostrado que la Sociedad comenzó a exportar ese

modelo de investigación a Asia en la década de 1930.[210] Uno de los centros más importantes de todo el mundo fue la Oficina Nacional de Investigación Económica de los Estados Unidos (NBER por sus siglas en inglés), que asumió un papel especial en la prestación de asesoramiento económico durante la administración de Herbert Hoover. La NBER era producto del intercambio transatlántico. Su primer presidente, de 1920 a 1933, fue Edwin Gay, que había pasado doce años estudiando economía en Alemania antes de trasladarse a Harvard en 1902.[211] Durante el año que pasó en los Estados Unidos a principios de la década de 1920, Hayek visitó la NBER y a Wesley Clair Mitchell, su influyente director de investigación. También conoció a Charles Bullock, el director del Servicio Económico de Harvard, quien más tarde recordó que el joven Hayek le había causado una grata impresión.[212] Hayek se llevó consigo a Austria la idea de la investigación del ciclo económico.[213] Como explicó, había importado «de los Estados Unidos una idea nueva de grandes predicciones».[214] En 1926 le confió a Mitchell en una carta que su trabajo encarnaba «algunos de los frutos de maduración lenta de mi estancia en los Estados Unidos».[215]

Mises y Hayek lideraron la campaña para acoger la investigación del ciclo económico en Viena de manera permanente. «En una época en la que todo el mundo civilizado toma decisiones y llega a acuerdos en función del conocimiento de los institutos del ciclo económico y comercial —escribieron— [Austria] demostraría al mundo, bien un retraso vergonzoso e indolente que la perjudicaría, bien una sinceridad y un secretismo que inspirarían desconfianza y que seguramente pondrían en cuestión la solvencia del país».[216] Según escribieron, manifestarse en contra del instituto equivaldría a hacerlo «en contra del progreso». En ese sentido, como en otros, Mises y Hayek defendían la crucial importancia de los economistas en la gestión del Estado moderno. El conocimiento económico era un elemento permanente fundamental de la modernidad. Un Estado que

no dispusiera de investigación económica estaba condenado a quedarse rezagado en la carrera de las naciones.

Puesto que tomar el pulso de la nación colocaba a los economistas en la posición de científicos o médicos, desde ese punto de vista tenían potestad para acceder de manera privilegiada al funcionamiento interno de las empresas privadas. El primer desafío para tratar de comprender el ciclo económico era conseguir acceder a los datos. Mises y Hayek adujeron que era necesario «superar el secretismo de las empresas y organizaciones austriacas, que podía llegar a tener consecuencias fatales». En opinión de Mises y Hayek, no existía la propiedad privada del conocimiento económico. Había que hacer que las operaciones internas de las empresas privadas resultaran transparentes a la mirada de los economistas. Ser un buen ciudadano económico —para la futura prosperidad de uno mismo— requería la revelación de operaciones internas.

Si la gente fue capaz de contemplar siquiera la exigencia de libre acceso fue debido a la ruptura que supuso la Primera Guerra Mundial. Una de las figuras fundamentales de Europa Central fue Walther Rathenau, el presidente de AEG, la empresa de ingeniería eléctrica que había ostentado el título oficial de «dictador de materias primas» de la Alemania imperial durante la Primera Guerra Mundial. Hayek atribuyó el inicio de su propio «interés por la economía» a Rathenau y a «sus ideas sobre cómo reorganizarla».[217] El logro de Rathenau consistió en derribar el muro entre el Estado y las empresas, lo que estaba ocurriendo en Rusia casi exactamente al mismo tiempo durante la Revolución. Sin embargo, quizá Rathenau tuviera más influencia a largo plazo al mantener intacta la institución de la propiedad privada. Rathenau instauró la transparencia en las actividades de los capitalistas sin necesidad de expropiarles. El núcleo de la propiedad privada quedó a salvo. Aunque los mandatos de la economía de guerra eran extremos, en todos los países que habían sufrido la Primera Guerra Mundial la pérdida de la inviolabilidad de la información

comercial se transmitió a la era pos-Rathenau. En ambos bandos del conflicto, la guerra total requirió que las energías de todo el país se subordinaran a la movilización. En el caso de la cooperación entre Aliados, también supuso colaborar al margen de la nación. Durante la Gran Guerra, la planificación económica a gran escala y la recopilación de estadísticas se incorporaron al repertorio del moderno arte de gobernar.

Como se ha mencionado en el capítulo 1, la idea de que los hombres de negocios abrieran sus libros de cuentas a personas ajenas a la empresa supuso un cambio con respecto de la visión liberal clásica. La intimidad de los empresarios ya no era sagrada. En la investigación del ciclo económico se aplicaron al mercado las ciencias sociales, aunque no para paliar los efectos perjudiciales que tenía el capitalismo en la gente trabajadora corriente, como había ocurrido con los movimientos de «reforma social» y progresismo. «Lo social» o la «sociedad» se habían concebido de muchas maneras, paralelas pero opuestas a «la economía», como un dominio de valores y propiedades no comerciales que debía protegerse de los efectos potencialmente corrosivos de la empresa privada no regulada. (Esa insinuación se conserva de una forma mucho más clara en alemán, lengua en la que el término *sozial* tiene una ventaja normativa, puesto que implica reforma social en oposición a *gesellschaftlich*, una categoría más neutral). El «Verein für Sozialpolitik» es el caso arquetípico de esta forma de política *sozial*, ejemplo que siguieron desde Japón hasta Irlanda o los Estados Unidos. La mayor parte de la investigación del ciclo económico de la década de 1920 fue otra cosa. Aquí el conocimiento económico se desarrollaba, por lo general, para maximizar la efectividad y el alcance del mercado en lugar de para moderarlos. Los institutos para la investigación del ciclo económico eran los «ojos» que observarían las actividades de las empresas para ayudarlas a que ellas, a su vez, se pudieran ver mejor a sí mismas. Hayek se refirió a los institutos como «servicios de observación del ciclo económico» y a la recopilación de datos estadísticos, como un

«nuevo método de observación».[218] Las gráficas serían espejos que facilitarían una comprensión más profunda de uno mismo.

Como sugieren las metáforas, el aspecto visual era de suma importancia. Mises y Hayek escribieron que la información debía ser rápida y que había que mostrarla de tal modo que pudiera entenderse fácilmente.[219] Describieron que lo más importante era el «valor pedagógico de hacer referencia de manera constante a la naturaleza cíclica de los movimientos del ciclo económico que aportan los informes regulares de los ciclos. Eso permite planificar la distribución de inversiones durante un largo periodo de tiempo, así como seleccionar el momento determinado para las obras públicas».[220] El instituto de investigación debía aportar conocimiento útil mediante datos sobre el pulso de la economía, de manera que pudiera prestar asesoramiento tanto al sector privado como al público sobre cómo coordinar su actividad. Tanto los empresarios como los estadistas necesitaban que se les enseñara a entender el ciclo.

Los desvelos de Mises y Hayek dieron sus frutos a finales de 1926. El Instituto Austriaco para la Investigación del Ciclo Económico se constituyó oficialmente el 15 de diciembre de 1926. Hayek se convirtió en su director en enero de 1927, y la única otra empleada era una secretaria.[221] Los liberales austriacos se apresuraron a vincular su trabajo a los círculos internacionales. En noviembre de 1926, Mises habló con Alexander Loveday, jefe de la sección económica de la Sociedad de Naciones, que vio con buenos ojos la creación del nuevo instituto y prometió introducirlo en el circuito de distribución de los proyectos internacionales organizados desde Ginebra.[222] En enero de 1927, Hayek y Richard Reisch escribieron a la Sociedad para hablarles sobre el nuevo instituto y explicaron que su investigación sería tanto histórica como actual. Crearían una serie cronológica que se remontaría a mucho antes de la guerra y también continuarían recopilando datos en colaboración con países vecinos.[223]

El Instituto Austriaco utilizaba el «barómetro de tres ciclos» del Servicio Económico de Harvard. Al igual que otros barómetros, esbozaba retratos del país en cifras y en el tiempo. En su primer informe, elaboraron una gráfica del barómetro de tres ciclos de Austria que abarcaba hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial.[224] En otra gráfica ofrecida como «ejemplo de los métodos de representación utilizados en los informes», el Instituto Austriaco resumió la salud económica del país en una sola línea. Explicaron que la curva «representa la media del movimiento de las cifras más importantes que caracterizan el desarrollo de los negocios en Austria».[225] Las huelgas y la escasez de mano de obra explican las caídas, mientras que los picos reflejan los acontecimientos locales e internacionales. Para un empresario o para un ciudadano al que le interesase, la línea única trazaba el curso de la historia desde la perspectiva de los datos económicos: la política se subordinaba al sube y baja de un clima de mercado ensimismado.

El marco nacional de los barómetros económicos tenía sentido para los Estados Unidos, la patria de la investigación del ciclo económico, que tenían la mayor economía del mundo, pero a mediados de la década de 1920 la importancia de los acontecimientos mundiales llevó al Servicio Económico de Harvard a internacionalizar también allí su investigación. El primer encuentro de Hayek con John Maynard Keynes tuvo lugar en junio de 1928, en una reunión de analistas coordinados por el Servicio Económico de Harvard en la London School of Economics (LSE, por sus siglas en inglés).[226] Por su parte, Hayek no tardó en darse cuenta de que el marco del Estado nación no se trasladaba bien a países más pequeños. Austria, así como otros Estados sucesores poscoloniales de Europa Central, dependía mucho más de los ciclos económicos de los países vecinos que los países o imperios más grandes. La precariedad de la posición del disuelto Imperio de los Habsburgo hacía que tuvieran más peso las economías extranjeras. En 1927, Hayek escribió en una revista de la industria que, por mucho que los países pequeños pudieran tener unas economías muy

diferentes de las que los rodeaban, eran, no obstante, interdependientes.[227] Ningún país podía permitirse ignorar a su vecino, a menos que tuviera un amplio mercado interior o un vasto imperio en el extranjero.

Hayek quiso coordinarse con otros países de Europa Central, así que comenzó a pensar, en términos más teóricos, sobre cómo se podría empezar a crear de manera práctica un retrato estadístico sintético de la región. En marzo de 1928 organizó una conferencia de institutos de investigación del ciclo económico de Europa Central a la que acudieron representantes de Hungría, Polonia y Checoslovaquia, así como Adolph Löwe, del Instituto Kiel para la Economía Mundial, y Paul Rosenstein-Rodan, uno de los futuros fundadores de la economía del desarrollo.[228] En su invitación, Hayek señaló que «seguramente sea tan importante fijarse en el desarrollo económico de los Estados vecinos como en la situación económica del propio país».[229] Citó la conclusión de una reunión de expertos, celebrada en Ginebra en 1926: «En un país que dependa en gran medida de los mercados externos —sobre todo, en el caso de ciertos Estados europeos—, es muy probable que un barómetro basado solamente en datos referidos a fenómenos nacionales no sirva para predecir la tendencia de la vida económica, puesto que los negocios de ese país tenderán a seguir las variaciones en la prosperidad del mercado del que depende».[230] En la búsqueda de ese retrato de la salud económica más allá del nivel nacional, Hayek pidió que los Estados de Europa Central intercambiasen información económica con regularidad para esbozar una «imagen completa de la situación económica de la región de mayor tamaño e investigar la interdependencia de las áreas económicas de menor tamaño».[231] La propia condición periférica de países como la Austria posimperial imponía la preocupación por el conjunto. Se propuso eficazmente la información económica como una forma de resolver los problemas surgidos tras la caída de los imperios. Hayek y los demás establecieron vínculos con economistas de los Estados sucesores para volver a unir el antiguo espacio de los

Habsburgo mediante el intercambio de datos, lo que permitiría restaurar las relaciones de mercado. En ausencia de la unidad política del imperio, los expertos económicos propusieron una red de información.

Después del colapso que sufrió el mercado bursátil en 1929 y del inicio de la Depresión, la financiación de los Estados Unidos ayudó a materializar la visión de una Europa Central interconectada por flujos de información. En 1929, Edmund E. Day, estadístico y economista, asumió el cargo de director de la Fundación Rockefeller y convirtió la «investigación científica en el ámbito de los riesgos industriales y la estabilización económica» en el foco principal de financiación.[232] En los cinco años posteriores al crac, la Fundación Rockefeller destinó cerca de dieciocho millones de dólares a la investigación en ciencias sociales, una descomunal inversión en el poder del conocimiento para resolver problemas sociales y económicos.[233] El de Viena fue el primer instituto del ciclo económico de Europa que recibió fondos de Rockefeller: la subvención de veinte mil dólares que les concedieron en 1931 fue dinero caído del cielo para Austria, sumida en la depresión económica.[234] La visión de Hayek de una red de intercambio de información en Europa Central estuvo cerca de hacerse realidad gracias a la financiación de institutos de investigación económica en Bulgaria, Rumanía, Hungría y Polonia.[235]

La Conferencia de Estudios Internacionales patrocinada por la Sociedad de Naciones y el Fondo Carnegie para la Paz Internacional empezó a investigar sobre la región del Danubio a finales de la década de 1930. El estudio del disuelto Imperio de los Habsburgo arrojó una primera versión de una disciplina que tras la Segunda Guerra Mundial recibiría el nombre de estudios de área, que analizaba una región de Estados formalmente independientes como una unidad económica interdependiente. Las colaboraciones de Hayek fueron un paso importante para empezar a pensar en el ciclo y el barómetro económicos más allá de la escala de cada país por separado. La delicada situación de la Austria posimperial dirigió la atención

hacia las naciones vecinas y hacia el resto del mundo. El pulso del país no era suficiente. Lo que hacía falta, dejó bien claro Hayek, eran el pulso de la región y el del mundo.

El pulso del mundo

Su trabajo en el Instituto Austriaco para la Investigación del Ciclo Económico hizo que F. A. Hayek entrara en contacto con el centro de investigación económica mundial de Ginebra. En 1928, Alexander Loveday apoyó los esfuerzos de Hayek por crear una red de investigación del ciclo económico de Europa Central.[236] A principios de 1931, Loveday invitó a Hayek a Ginebra como representante del Instituto de Viena para asistir a la primera reunión internacional de economistas que iba a analizar el estado del mundo tras el crac del mercado bursátil.[237] Loveday tenía a Hayek en muy alta estima. En marzo de 1931, le confió a Morgenstern en una carta, hablando sobre los orígenes y las causas de la Depresión, que «no hay nadie tan cualificado en Europa para analizar estas cuestiones como el doctor Hayek y usted».[238] Para ese año, las instituciones ya estaban en proceso de desintegración. Cuando Hayek salió de Viena hacia Ginebra, el venerable banco Creditanstalt se estaba desmoronando; en mayo se declararía en quiebra, lo que desencadenaría una serie de quiebras bancarias que aceleraron la entrada de Europa Central en la depresión. La reunión de Ginebra no fue un cónclave informal de académicos, sino que tenía la urgencia de un protocolo de intervención económica. Como afirmó Loveday, fue un intento de «superar el abismo del futuro inmediato y analizar los peligros indefinidos de un horizonte más remoto».[239]

Quien había convocado la reunión era el economista sueco Bertil Ohlin, que había recopilado informes de los economistas invitados sobre los ciclos económicos de sus respectivos países. Esa coordinación internacional se consideraba necesaria porque «mientras que varias de las depresiones anteriores a la guerra se habían ceñido a un área relativamente limitada, hoy

en día sus repercusiones se perciben en todo el mundo». «El problema mundial —concluyeron los expertos— debía estudiarse a nivel mundial».[240] Aunque se expresara de manera diferente, el objetivo era el mismo que el que había propuesto en 1928 el estadístico chileno-alemán Ernst Wagemann: investigar si había «un ciclo económico mundial además de nacional».[241] La conclusión de los economistas reunidos en 1931 fue unánime: incluso aunque no hubieran dado todavía con las soluciones, había que buscarlas a escala mundial.[242]

El primer paso para abordar el «problema mundial» fue hacer que se pudieran comparar los datos. Tras la Primera Guerra Mundial, la Sociedad de Naciones había comenzado a estandarizar las estadísticas económicas mundiales, y en 1920 creó una Comisión Internacional de Estadística integrada por miembros del Instituto Internacional de Estadística, el Instituto Internacional de Agricultura y la Cámara de Comercio Internacional. En 1927 comenzó a publicarse el *Statistical Year Book* o anuario estadístico.[243] En 1928, los delegados de cuarenta países asistieron a una reunión convocada para ratificar un convenio internacional sobre estadísticas económicas y crearon un comité de expertos en estadística.[244] El proceso de estandarización y recopilación de estadísticas mundiales condujo a la creación de un nuevo tipo de visión global. Condliffe, uno de los expertos a cargo del proceso, escribió que «los economistas que lo desarrollan son internacionales no solo por tener nacionalidades distintas, sino también porque son capaces de interpretar los datos desde un punto de vista no nacional o, más bien, se sienten obligados a hacerlo». La creación de estadísticas era globalizadora, en el sentido de que estaba generando una imagen mundial única y cambiando la mentalidad de los propios economistas. «Como los datos de un país encajan con los de otro —escribió Condliffe—, ven el mundo como un organismo económico en desarrollo».[245]

En 1928, Mises escribió que «para los liberales, el mundo no termina en las fronteras del Estado […]. Su pensamiento político abarca a toda la

humanidad».[246] El globalismo estadístico de la Sociedad de Naciones le dio a esta visión una tangibilidad numérica. El informe de Ohlin tras la reunión de 1931 reforzó la idea de lo que llamó «interdependencias» internacionales y la incapacidad de los Estados para escapar del empuje y la atracción de las fuerzas económicas mundiales.[247] En 1932, Arthur Salter se refirió al «trabajo de laboratorio colectivo» sobre el problema del ciclo económico y comparó a los economistas con los naturalistas, que trabajan en un problema que tendría una solución definitiva.[248] Ese mismo año, Condliffe supervisó la publicación del nuevo *World Economic Survey* (Estudio económico mundial), de carácter anual, que describió como una «secuela natural» del proyecto internacional de colaboración emprendido por Ohlin.[249] El segundo estudio incluía la espiral adaptada del comercio mundial de Morgenstern; el Instituto de Viena formó parte del proyecto de hacer que la economía mundial resultara visible y se conociera como un espacio de procesos unificados. Estaban contribuyendo a crear una economía mundial de cifras.

Los vínculos entre el círculo de Mises y Ginebra se estrecharon cuando en mayo de 1934, por recomendación de Hayek, se designó a Haberler para escribir la continuación del volumen de Ohlin sobre las teorías de los ciclos económicos y la Depresión.[250] Como vimos en el capítulo 1, Haberler usó el modelo del mundo sin espacio para elaborar su análisis y comparó los aranceles, las distancias y las acciones de los sindicatos con obstáculos que entorpecían la óptima distribución de los recursos mundiales. Aunque no lograra demostrarlo científicamente, Haberler veía con claridad que los ciclos económicos se podían internacionalizar. «Durante cien años o más —escribió— se han estrechado tanto los lazos económicos entre la mayoría de los países del mundo, tanto los países industrializados como los países productores de materias primas y agrícolas, y el comercio internacional se ha vuelto tan importante para los diversos sistemas económicos nacionales que es de esperar que haya un vínculo más estrecho entre los altibajos del

ciclo económico de diferentes países». El «bacilo de la bonanza o la depresión», escribió, transita a su antojo «entre un país y otro».[251]

Incluso aunque la causalidad siguiera resultando opaca, la Gran Depresión había hecho que la interconexión de la actividad económica mundial resultara lógica en los círculos de expertos. En la reunión de la Conferencia Económica Estadounidense celebrada en marzo de 1931, Ernest Minor Patterson afirmó lo siguiente: «Hoy en día resulta exasperantemente trivial observar que el mundo es una unidad económica. Todas las áreas y grupos económicos dependen más que nunca del resto y todas las irregularidades en el funcionamiento de cualquier parte de la máquina económica mundial tiene consecuencias a nivel general». Sin embargo, a pesar de ello, «los economistas han adoptado, en gran medida, un enfoque nacional». Las excepciones que mencionó eran la Cámara de Comercio Internacional y la Sociedad de Naciones.[252] Reconocer que existía una economía mundial interconectada era una cosa, pero saber qué hacer al respecto era otra bien distinta. En 1936, Loveday reunió a un augusto grupo de economistas para comentar el primer borrador del informe de Haberler. A la reunión asistieron figuras que serían fundamentales para el movimiento intelectual neoliberal, como Lionel Robbins, Wilhelm Röpke y Charles Rist.[253] Hayek no pudo asistir, dado que Robbins acudió en representación de la LSE.[254]

En su forma, el estudio de Haberler y la conferencia convocada para debatir sobre él inauguraron lo que Robbins llamó el «método estilo Haberler»,[255] que consistía en una investigación grupal sobre «un gran tema» seguida de una reunión con más expertos para evaluar los resultados. El método Haberler estableció un sistema internacional de colaboración y recopilación de datos, a mitad de camino entre la economía abstracta y las estadísticas empíricas, cuyo objeto era nada menos que la economía mundial. El grupo era orgánico y no estaba vinculado a ninguna institución, sino que se reunía cada cierto tiempo para analizar e intercambiar los

resultados de las investigaciones. Las similitudes del método Haberler con el formato de la Sociedad Mont Pèlerin de la posguerra no eran casuales. Parte del experimento de Ginebra tenía que ver con la creencia en el punto de encuentro entre la teorización y la preparación del terreno mediante la recopilación y la estandarización de datos.

Cuando en 1936 intervino en el Instituto Internacional de Estadística, Karl Pribram —el viejo conocido de Mises de Viena que se había convertido en una figura destacada de la Organización Internacional del Trabajo (OIT)— siguió la trayectoria del descenso de los economistas de las nubes a la tierra. Los economistas habían comenzado con nociones abstractas de un «sistema económico universal mundial», pero los acontecimientos los habían obligado a «bajar de la idealista teoría a las realidades esenciales de la vida económica».[256] Pelearse con el problema de la Gran Depresión hizo que la unión entre los estadísticos y los economistas adquiriese profundidad. Como afirmó en una carta que le mandó a Loveday, Haberler compartía el objetivo de Mitchell y el NBER: «acercar las teorías y los datos».[257] El método Haberler consistía en expandir la esfera de los economistas en la vida pública y ampliar su alcance al ámbito del gobierno. Lo mismo que los institutos de investigación del ciclo económico intentaban traspasar los muros que rodeaban el secreto corporativo, la actividad de instituciones internacionales como la Sociedad estaba dirigida a obtener información de los Gobiernos nacionales.

¿Existe la economía mundial?

El método Haberler tuvo una segunda aplicación inmediata en 1936, tras la conferencia inicial celebrada para debatir el informe de la Sociedad sobre las depresiones económicas. Una semana después de su finalización, automóviles repletos de economistas circularon durante una hora hasta llegar a Annecy, en el sur de Francia, a orillas de otro lago. La conferencia,

celebrada en el hotel Imperial Palace, corrió por cuenta de la Fundación Rockefeller.[258] Entre los asistentes se encontraban Mises, Morgenstern, Alvin Hansen, Ohlin, Robbins y Röpke.[259] La conferencia se celebró justo antes de una reunión planificada para que Viena debatiera sobre la coordinación entre los institutos de investigación.[260] Antes de los informes de Ohlin y Haberler sobre la Gran Depresión, la mayoría de las investigaciones sobre el ciclo económico habían tenido básicamente alcance nacional. La pregunta que planteó la Fundación Rockefeller a los economistas de Annecy era fundamental: ¿existía la economía mundial? Como rezaba el texto de la invitación, «¿Es lo suficientemente real el concepto de "economía mundial" como para que esté justificado el someterlo a un estudio continuo?».[261]

El orden del día redactado por Oskar Anderson, estadístico nacido en Rusia y residente en Sofía, lo expresaba de una manera un poco más detallada: «¿Podemos decir que estas fuerzas poseen una cierta unidad orgánica que garantiza la conclusión de que existe una "economía mundial"? O ¿acaso no son más que una suma física de fuerzas no relacionadas y desarticuladas que derivan de muchos programas y políticas nacionales opuestas?».[262] La cuestión inmediata para los economistas reunidos en Annecy era cómo medir la economía mundial: «Si se concluye que existe un acuerdo razonable con respecto de la identidad de estas fuerzas, parecería lógico preguntarse con qué grado de efectividad las estamos captando, registrando y analizando». ¿Cómo se capta y se representa la economía mundial? Y ¿debería haber un «instituto central especial» que lo hiciera? Los economistas de la conferencia coincidieron en la necesidad de una investigación internacional sobre los efectos del proteccionismo agrícola en los Estados industriales y los efectos del proteccionismo industrial en los Estados agrícolas. Aquello era relevante porque alteraba un aspecto indispensable del globalismo liberal: la división internacional del trabajo. Los asistentes propusieron que el estudio se

convirtiera con el tiempo en una «agencia internacional para la investigación del ciclo económico […] puesta en marcha para cooperar con los diversos institutos nacionales del ciclo económico y facilitar el acceso a sus conclusiones».[263]

La persona nominada para dirigir esa futura agencia de observación internacional fue Wilhelm Röpke, a quien propusieron sobre todo William Rappard y Robbins.[264] A Röpke se lo consideraría uno de los padres intelectuales de la «economía social de mercado» de la posguerra en Alemania Occidental. También fue crucial para la organización del movimiento intelectual neoliberal transnacional, y será una figura fundamental en los capítulos siguientes, sobre todo por su perspectiva decididamente globalista y su énfasis en los requisitos extraeconómicos para la sociedad de mercado; entre ellos, los temas de la raza y la cultura. Nacido en la ciudad alemana de Schwarmstedt, cerca de Hannover, en 1899, Röpke terminó sus estudios de Economía en Marburgo en 1921, y en 1929 regresó como profesor titular. En 1933 fue expulsado de la universidad por su oposición liberal al nuevo gobierno nacionalsocialista y luego emigró para trabajar en la Universidad de Estambul.[265] Röpke estaba intentando volver a los círculos académicos europeos y el estudio parecía prometedor.

Rappard sugirió que Röpke coordinara el estudio multinacional desde Ginebra, ciudad que más tarde Jacques Polak describió como «quizás el principal centro de economía aplicada de Europa» en la década de 1930.[266] La base institucional sería el Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales de Rappard. Aunque este es más conocido por haber sido el director de las secciones de mandatos de la Sociedad, también fue fundamental para convertir su Instituto Universitario en un hogar académico para el grupo neoliberal en los años treinta: en 1934 invitó a la facultad a Mises; en 1935, a Michael Heilperin, y en 1937, a Röpke, y

también organizó y publicó importantes series de conferencias de Hayek y Robbins.[267]

La propia biografía de Rappard se movió entre el mundo académico, el empresarial y las organizaciones internacionales a ambos lados del Atlántico. Rappard nació en 1883 en el centro de Manhattan y a los quince años regresó a Suiza con la doble nacionalidad para establecerse en Ginebra con su familia.[268] Empezó la universidad en 1901 y, gracias a los viajes académicos que hizo antes de la Primera Guerra Mundial, entró en contacto con las figuras más importantes de la economía: en Berlín y Múnich, Gustav von Schmoller, Adolph Wagner y Lujo Brentano; en Harvard, Edwin Francis Gay, Frank Taussig y Charles J. Bullock, y en Viena, Eugen Böhm-Bawerk, Eugen Philippovich y Carl Grünberg.[269] A través de sus profesores vieneses, en 1910 Rappard consiguió su primer puesto en una institución internacional como uno de los diez empleados de la Oficina Internacional del Trabajo en Basilea, Suiza, una sección de la Asociación Internacional para la Legislación Laboral y precursora de la OIT fundada en 1900.[270] En 1911, Rappard volvió a Harvard para impartir una asignatura e hizo contactos en la Cámara de Comercio de Boston, que le financió un viaje a Sudamérica.[271] Después de la Primera Guerra Mundial, Rappard utilizó sus contactos estadounidenses para conseguir que lo nombraran director de la Comisión de Mandatos.

En 1925, Rappard empezó a fantasear con un Instituto Universitario para aprovechar el profundo pozo de conocimientos de Ginebra y consolidar los lazos transatlánticos. Con la idea de que pudiera llamarse Instituto Wilson, Rappard lo concibió como una escuela para futuros diplomáticos estadounidenses y solicitó financiación a Beardsley Ruml, de la Fundación Rockefeller.[272] En junio de 1926, Ruml le comunicó que el fondo en memoria de Laura Spelman Rockefeller había aprobado cien mil dólares de financiación durante cinco años para el Instituto de Ginebra.[273]

El instituto de Rappard fue un importante núcleo institucional para los futuros neoliberales. En el capítulo 3 veremos que el modelo de mandatos que representó Rappard en la Sociedad se superpuso de manera significativa a ciertas ideas de la federación neoliberal. Rappard, siempre preocupado por conseguir un flujo continuo de financiación, debió de alegrarse en 1936 de que la Fundación Rockefeller estuviera interesada en utilizar como caso piloto el estudio de Röpke, ya que era, como afirmó su director, «un interesante experimento en la organización de este tipo de investigaciones».[274] La región del Danubio sería una maqueta a escala para el estudio del mundo de Röpke.[275] Este recibió con los brazos abiertos el estudio como punto de partida de lo que a menudo se llamaba «Danubia», pero también afirmó que había que hacer más desde un «punto de vista “global”».[276] Denominó «simplismo económico» el deseo de los países de tener su propia agricultura y su propia industria.[277] Su proyecto trataba sobre cómo disuadir a los países de perseguir la autosuficiencia y convencerlos de los beneficios generalizados que puede reportar formar parte de un todo más grande.

Al asumir su cargo en Ginebra en marzo de 1938, Röpke describió que lo que hacía era usar lo que llamó el «método Haberler» para llegar a «comprender mejor la crisis estructural de la economía mundial».[278] Rescatado de su exilio turco, en Suiza ostentó lo que el patrocinador de Rockefeller llamó un «puesto de observación económica internacional».[279] Irónicamente, como veremos, aunque Röpke tenía toda la intención de convertir su privilegiada posición en un Faro del Mundo desde el que observar la tierra y traducirla a estadísticas significativas, su regreso a Europa fue el primer paso del camino que lo llevaría a apartarse del mundo de las cifras.

El Coloquio Walter Lippmann como proyecto mundial

Röpke regresó a Turquía después de la conferencia de Annecy para terminar su contrato y desde la distancia mantuvo el contacto con la red de liberales. En febrero de 1937 le escribió a Lionel Robbins diciéndole que no solo le habían concedido una cátedra en Ginebra, sino que también lo habían nombrado «relator internacional» de un «amplio programa de investigación».[280] En el verano de 1937, Hayek le dio a Röpke las correcciones de un nuevo libro, *An Inquiry into the Principles of the Good Society* (Una investigación sobre los principios de la buena sociedad), del periodista estadounidense Walter Lippmann. Muy emocionado, Röpke escribió a Lippmann para hablarle sobre su propio «estudio cooperativo mundial sobre "desintegración económica internacional", que, por supuesto, me acercará a cada momento a las cuestiones tratadas en su libro». Röpke afirmó que, de una forma u otra, debía haber «un debate entre las pocas personas del mundo cuyos pensamientos sobre estos asuntos han alcanzado el grado necesario de madurez».[281] Transmitió a Robbins que «debía organizarse de inmediato un exhaustivo debate sobre los temas principales tratados en el libro de Lippmann».[282]

Este encuentro tuvo lugar en París, en agosto de 1938, gracias a Hayek, a Röpke y al anfitrión, Louis Rougier, que en 1935 había publicado un libro en el sello de Rappard.[283] El llamado Coloquio Walter Lippmann (CWL) coincidió con dos importantes proyectos para analizar el mundo, cada uno de los cuales contenía su propio conjunto de instituciones (y siglas). Uno fue el proyecto de desintegración económica internacional de Röpke surgido en Ginebra y Annecy, financiado por Rockefeller y estrechamente relacionado con la Sociedad de Naciones, con la investigación del ciclo económico y con el séquito vienés de Haberler, Hayek y Mises. El segundo fue la Conferencia de Estudios Internacionales (ISC, por sus siglas en inglés), la primera institución cooperativa internacional de la incipiente disciplina de las relaciones internacionales, que empezó a celebrarse anualmente a partir de 1928.[284] Las conferencias las organizó el Instituto

Internacional de Cooperación Intelectual (IIIC, por sus siglas en inglés), que, aunque en origen formaba parte del Gobierno francés, en 1926 se había fusionado con el Comité Internacional de Cooperación Intelectual (ICIC, por sus siglas en inglés) de la Sociedad.[285] El IIIC sobrevivió a la guerra y se transformó en la UNESCO. Más cercanas al CWL en formato y en espíritu quizá fueran las Conferencias de Estudios Internacionales anuales, inspiradas en una variación del método Haberler, que se reunieron durante dos años en torno a un único tema centrado en el intercambio de información sobre estrategias para gestionar un planeta interdependiente. Las conferencias ofrecieron un espacio donde pensar en los problemas del mundo en todas las disciplinas. En 1935 y 1936, el tema fue la seguridad colectiva. En 1937 y 1938, el cambio pacífico. En 1939, tuvo que ver con la cuestión de Röpke sobre la desintegración económica internacional: políticas económicas relacionadas con la paz mundial.[286] El parecido no era casual, ya que había mucho movimiento entre Ginebra y las conferencias. En 1937, Condliffe, el primer recopilador del Estudio Económico Mundial, dejó la Sociedad de Naciones para convertirse en el relator de la Conferencia de Estudios Internacionales.[287]

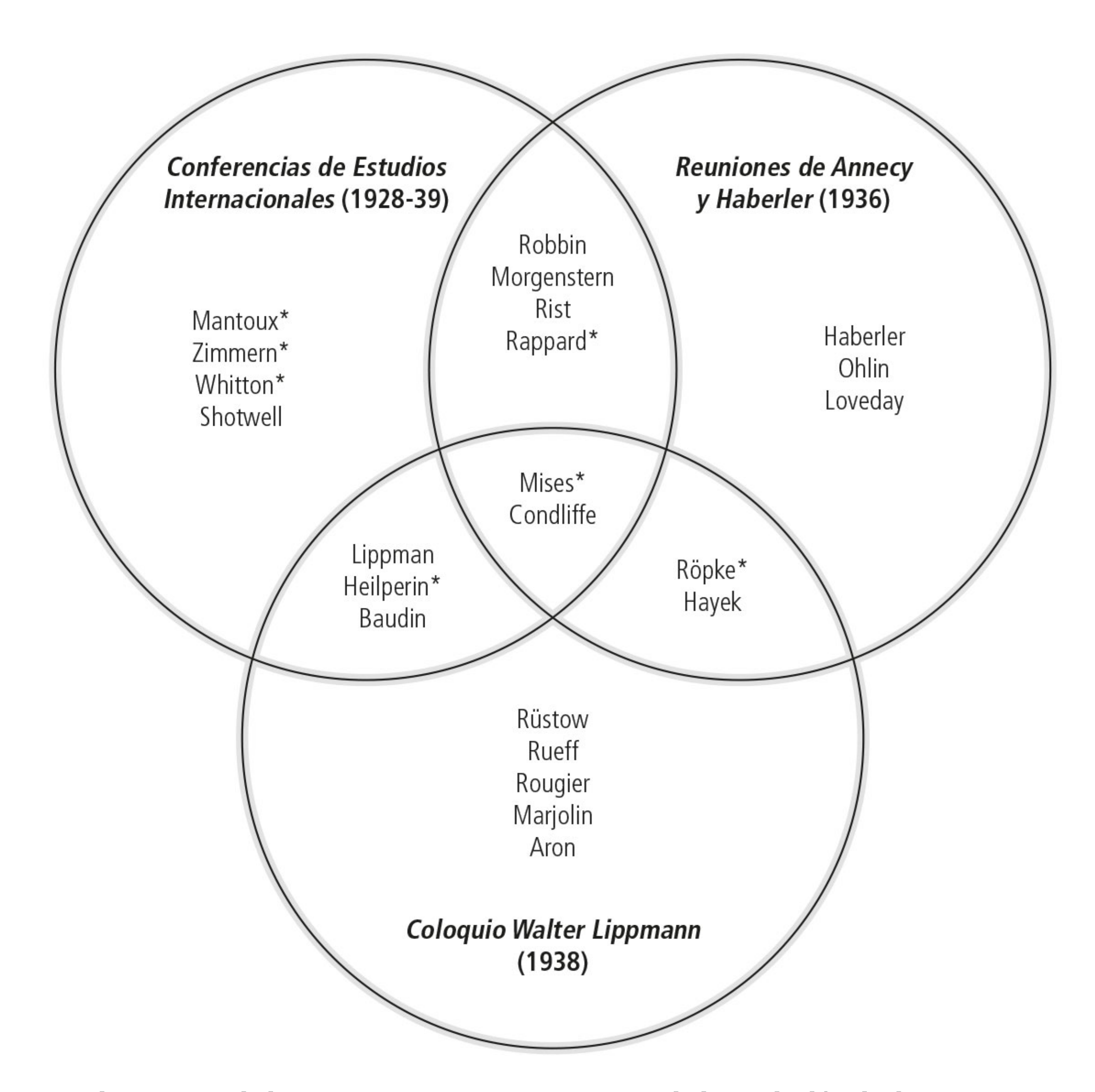
Hubo solapamientos importantes entre el CWL y esos grupos de expertos económicos liberales que estaban interconectados a nivel mundial. Condliffe, por ejemplo, estuvo en París en 1938. Hagen Schulz-Forberg ha señalado la importancia de ese contexto: Mises intervino en la Conferencia de Estudios Internacionales de 1936 con un estudio sobre materias primas y Michael Heilperin escribió y distribuyó textos para las reuniones de 1937 y 1939.[288] Mises asistió en calidad de representante del Instituto Universitario a la reunión de la Conferencia de Estudios Internacionales celebrada en Madrid en mayo de 1936.[289] Röpke había intentado asistir a la Conferencia de Estudios Internacionales de 1936, pero no había podido porque tenía pasaporte alemán.[290] También la figura del propio Lippmann fue significativa. El comité de coordinación estadounidense para la

Conferencia de Estudios Internacionales fue el consejo de relaciones exteriores, y en el grupo para la conferencia de 1937 celebrada en París —financiada también por Rockefeller— estaban Lippmann, John Foster Dulles (el futuro secretario de Estado) y Philip C. Jessup (experto en derecho internacional).[291] El Coloquio Walter Lippmann, en este sentido, no fue una reunión anómala, sino muy de su tiempo, la continuación de un espíritu de investigación colaborativo liberal de carácter internacional financiado por la CCI, la Sociedad de Naciones y las fundaciones filantrópicas de los Estados Unidos.

El coloquio Walter Lippmann duró cuatro días y concluyó con la decisión de crear en París un centro internacional de estudios para la renovación del liberalismo con puestos remotos en Suiza, Inglaterra y los Estados Unidos, supervisados, respectivamente, por Röpke, Hayek y Lippmann.[292] Por sugerencia del industrial francés Louis Marlio, que en la década de 1920 jugó un papel fundamental en la creación de un consorcio del aluminio, la etiqueta que los pensadores asistentes acordaron poner a su ideología compartida fue «neoliberalismo».[293] El centro francés del nuevo movimiento se alojaría en el Musée social, un edificio que en principio se había construido para albergar los documentos de la exposición de economía social de la Exposición de París de 1889. Puede que el edificio, descrito como un «laboratorio social para la Francia moderna», parezca una sede improbable para el recién nacido movimiento neoliberal.[294] Sin embargo, como han señalado los académicos, los debates del CWL se adecuaban poco a una caricatura del fundamentalismo mercantil.[295] Los participantes, más bien, tenían posturas muy variadas, muchas de las cuales se agrupaban en torno a la idea de contemplar alguna forma de intervención y un estado de bienestar.

El texto de Lippmann se prestaba a tal apropiación. El periodista estadounidense habló con mordacidad de lo que llamó la «falacia de la política de no intervención», según la cual los liberales clásicos terminaban

defendiendo el *statu quo* de forma poco estimulante.[296] En ese sentido, Lippmann reflejaba el espíritu del tiempo de entreguerras. Como es bien sabido, Keynes ya había declarado en 1924 «el fin de la política de no intervención» y sugerido que era necesario replantearse el Estado para salvaguardar el mercado.[297] Desde el punto de vista de Lippmann, al rechazar la necesidad de un Estado fuerte —y, especialmente, un marco legal— para preservar las condiciones del mercado, lo que habían hecho en realidad los liberales del siglo XIX era dar su aprobación a las cualesquiera condiciones que terminaran prevaleciendo. En la frase que se añadió al centro fundado gracias a él, Lippmann reivindicó una «renovación del liberalismo» que no solo reconociera la necesidad de las instituciones para la preservación del mercado, sino que aprobara también una gama de medidas sorprendentemente amplia relacionadas con el estado de bienestar: desde la eugenesia y la educación hasta obras públicas e instalaciones de recreo urbano.[298] Esos servicios se financiarían mediante impuestos a los ricos, a los que se despojaría de lo que llamó «capital excedente».[299]



Solapamiento de los participantes en proyectos mundiales en la década de 1930. Los asteriscos señalan a los profesores del Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales de Ginebra.

Lo más llamativo del libro de Lippman y del coloquio organizado en torno a él fue el hecho de que pensadores como Röpke y Hayek —que, por lo demás, recelaban de esas formas de intervención y redistribución— se mostraran tan entusiastas. Se podría conjeturar que lo más liberador del libro no fue solo la atención pública que concitó —lo que planteó la posibilidad de que se volviera a popularizar la causa liberal—, sino también lo mucho que se apartaba de la jerga técnica de la Sociedad de Naciones y

de los esotéricos detalles de la investigación del ciclo económico en la que muchos de ellos se habían atrincherado a finales de la década de 1920 y principios de 1930. Para finales de los años treinta, como muy tarde, ya era indiscutible que ni siquiera todos los datos estadísticos posibles podían conducir a la reparación del mundo hecho trizas que había identificado Mises en los años veinte.

Antes de la conferencia, Röpke y su coautor, el sociólogo alemán Alexander Rüstow, hablaron de la cuestión con la mayor de las franquezas y observaron que «los hombres y los medios se han movilizado durante los últimos diez años a una escala sin precedentes. Se han acumulado montones ingentes de datos, se ha celebrado una procesión interminable de conferencias, el análisis económico ha alcanzado un nivel cada vez más elevado de refinamiento (y, por cierto, un nivel cada vez más alto de irrealidad), se están elaborando programas de investigación amplios y detallados, se están creando complejas maquinarias de ciencia institucionalizada y se están enviando cuestionarios a casi todos los países y a todos los sectores de la población», y, aun así, las naciones estaban cada vez menos unidas.[300] Más tarde, en una triste frase que sirve como epígrafe de este capítulo, Röpke hizo el comentario siguiente: «No es ninguna exageración afirmar que la era de la decadencia de la economía mundial fue al mismo tiempo la era de las conferencias económicas internacionales».[301]

En esa atmósfera de exceso de información e ineficaz sobrecarga de datos, lo que seguramente resultara innovador del libro de Lippmann fue el énfasis que hizo no en los aspectos fácticos y económicos, sino en los aspectos políticos y sociológicos del liberalismo. Aunque se ocupaba en todo momento de los asuntos económicos, no se describía la economía como un espacio de cifras y ciclos, sino de valores y orden. De hecho, uno de los argumentos fundamentales del libro de Lippmann, adoptado en gran medida a partir de sus lecturas de Mises y Hayek, fue que resultaba ingenuo

y dañino tratar de que una «autoridad inteligente» ejerciera lo que llamó el «control general» de la economía.[302] Se basó ampliamente en los pensadores austriacos para criticar lo que denominó «la ilusión de control» en la vida social y económica. Se burló del intento de captar y comprender completamente la vasta coordinación de las energías humanas desarrollada —en gran medida, sin planificación— por gente a quien no movía más que la libre circulación de precios. Ningún conjunto de «estadísticas, censos, informes», escribió, podría aunar el conocimiento suficiente como para planificar el proceso desde arriba.[303] En lo que podría leerse como una crítica velada tanto a la planificación socialista como a los intentos por comprender la totalidad de la vida económica por medio de la investigación del ciclo económico, Lippmann escribió que «para los datos de la experiencia social, la mente es como un farol espasmódico que proyecta tenues círculos de luz sobre parcelas de tierra que resultan vagamente familiares en un paraje inexplorado».[304] Evocó lo divino. «El control social —escribió— no puede entenderse nunca ni siquiera como una aproximación al tipo de control que los hombres han atribuido a Dios como creador y gobernante del universo».[305]

¿Qué se hace ante un «sistema social» en el que hay «innumerables elementos que son interdependientes e interactúan»?[306] Lippmann no desesperó ante la ingobernabilidad inherente de una sociedad capitalista liberal, sino que dio el paso que definiría gran parte del neoliberalismo organizado: pasó de lo económico a lo jurídico. «A medida que los asuntos se vuelven más intrincados, más dilatados en el tiempo y el espacio, más enredados e interrelacionados —escribió—, la dirección superior […] tiene que ceder […] al control social mediante el derecho consuetudinario».[307] Aunque «la misión histórica del liberalismo [fuese] descubrir la importancia de la división del trabajo, su tarea inacabada es mostrar cuál es la mejor forma de que el derecho y las políticas públicas puedan adaptarse a este modo de producción».[308] El papel del derecho no se limitaba al Estado

nación. A lo largo del libro, Lippmann utilizó la categoría de «la gran sociedad» —que tomó prestada de Graham Wallas, economista de la LSE— para connotar un espacio de intercambio interconectado que en la era moderna tenía alcance global.[309] El derecho compartido debía extenderse por la gran sociedad mundial. Lo expuso con contundencia: «La necesidad de leyes comunes en toda la economía mundial es la necesidad de todas las multitudes de la humanidad en todas sus transacciones diarias, y su fuerza total es invencible».[310]

Lippmann, inspirándose en Mises y en Hayek, sugirió que tanto el socialismo como el liberalismo se enfrentaban a un problema de conocimiento que solamente podía resolver el sistema de precios libres. Lippmann fue más allá de lo que decían Mises y Hayek e incidió en el hecho de que los precios solo funcionaban dentro de la estructura uniforme del derecho. Ben Jackson señala que ese giro hacia el derecho anticipó el renovado interés que mostró Hayek a partir de la década de 1940 por el Estado de derecho.[311] También Hayek y Mises adoptaron el término «la gran sociedad» y lo usaron a lo largo de sus carreras. El hecho de que Lyndon B. Johnson empleara la misma expresión para describir su conjunto de programas nacionales de bienestar social a finales de la década de 1960 hace que resulte fácil malinterpretar la escala que tenía el término para Hayek, Mises, Lippmann y hasta Adam Smith antes que ellos. Para todos esos pensadores, el término se refería al alcance total del ámbito del intercambio mercantil; la gran sociedad, como afirmó Mises en 1944, abarcaba a «todos los seres humanos».[312]

La obra de Lippmann fue una síntesis de la perspectiva austriaca sobre la subjetividad del valor que se interesaba por el Estado de derecho. Para Hayek, encajaba con su reciente interés por la cuestión del conocimiento, que precedía incluso al Coloquio Walter Lippmann. Aunque se enfrascaran en proyectos de investigación estadística, los economistas vieneses que rodeaban a Mises siempre se habían mostrado cautelosos con respecto de

los límites de los hechos puramente descriptivos y la posibilidad de la predicción.[313] El *Methodenstreit* de finales del siglo XIX entre los economistas históricos y los marginalistas asociados a Carl Menger había girado, en parte, en torno al escepticismo sobre la posibilidad de plasmar la totalidad de una economía nacional, por no hablar de la del mundo. Los economistas del círculo de Mises albergaban sus dudas acerca de los esfuerzos de Ernst Wagemann en Berlín como la extensión del proyecto de la escuela histórica.[314] Hasta la década de 1930, ese problema se había resuelto más mediante enfoques teóricos. Sin embargo, en los años treinta, Hayek retomó el llamado debate sobre el cálculo para reevaluar su propia fe en el papel mismo del conocimiento.[315]

En el discurso presidencial que pronunció en 1937 en el London Economic Club (Club Económico de Londres), titulado «Economía y conocimiento», Hayek recordó al público que, según la definición latina, *datum* significaba «algo dado». Pero la cuestión era, afirmó, «a quién se supone que deben facilitarse los datos».[316] A su juicio, los economistas habían falseado la diferencia entre las cosas que sabían (o afirmaban saber) y las cosas que de verdad sabían los agentes económicos corrientes del mundo. Su trabajo en el Instituto Austriaco para la Investigación del Ciclo Económico se basaba en la noción de pedagogía económica —la idea de que podía reducirse la brecha entre el mercado, los economistas y los agentes económicos—, pero después Hayek puso en cuestión toda esa posibilidad. Señaló que los modelos de equilibrio se fundamentaban tanto en el conocimiento perfecto entre todos los agentes involucrados como en lo que él consideraba esencialmente la categoría zombi del *Homo economicus*: «el “hombre económico” al que hemos exorcizado mediante la oración y el ayuno ha regresado de manera ilegítima».[317] No por última vez, Hayek hizo una cosa de la que se les suele acusar a los neoliberales: sugirió que los economistas confunden sus modelos con el mundo real.

Para Hayek, en la realidad no existían los mercados perfectos. No podían existir porque el conocimiento perfecto es imposible. Lo que había que hacer era partir de la aceptación de lo que, citando a Mises, llamó la «división del conocimiento», análoga a la división del trabajo.[318] Hayek rechazaba la idea, defendida por los economistas, de que «lo único» que se necesitaba era el «conocimiento de precios». Aquello supuso un alejamiento claro tanto de la visión barométrica como del papel de la pedagogía pública del instituto de investigación vienés y de la idea del ciclo como el foco de la investigación. Fue en 1937 cuando Hayek señaló por primera vez lo que cierto académico ha identificado como una característica definitoria de su filosofía: la utilidad de la ignorancia.[319] Hayek sugirió que el equilibrio existe «únicamente porque algunas personas no tienen acceso a datos que les llevarían a alterar sus planes si los conocieran».[320] Concluyó no solo que el conocimiento perfecto era una vanidad tautológica del modelo imposible de aplicar a la realidad, sino que pasaba por alto la cuestión fundamental de que lo que generaba equilibrio en forma de orden económico era el conocimiento imperfecto, no el perfecto. Como afirmó más tarde, en la segunda mitad de la década de 1930 se dio cuenta de que «la función básica de las ciencias económicas era explicar el proceso mediante el cual la actividad humana se adaptaba a los datos *de los que carecía de información alguna*».[321]

Si los humanos reaccionaban de manera inconsciente a los estímulos del mercado, se deducía que la función de los economistas ya no consistía en ilustrar a los ciudadanos. El diagrama del ciclo económico era de verdad el pulso de la nación, en el sentido de que registraba el sistema nervioso autónomo en lugar de la mente pensante. Hacer referencia a ese registro de actividad autónoma no sería un medio para garantizar una mayor estabilidad en el tiempo. De hecho, suponer que la gráfica aportaba a los legisladores conocimientos procesables era el error más seductor de todos, y condujo a lo que Lippmann llamó la «ilusión de control». Como escribió

Hayek más tarde, incluso «hablar de una economía nacional, social o mundial […] es una de las principales fuentes del más socialista de los intentos por transformar el orden espontáneo del mercado en una organización dirigida de manera deliberada al servicio de un sistema fijado de fines comunes».[322] Por ampliar la metáfora: la solución de Hayek consistía en desconectar al paciente del electrocardiógrafo y centrarse en la atención preventiva. Había un nuevo objetivo: no se trataba de curar mediante la acción directa las enfermedades que se originaran, sino de diseñar un mundo donde los pacientes nunca llegaran a enfermar. El ideal de la imaginación no era el tratamiento, sino la profilaxis.

El énfasis que hacía el libro de Lippmann en las instituciones y en el Estado de derecho complementaba a la perfección la conclusión de Hayek sobre el conocimiento limitado, que permitió que se apartaran de los intentos de plasmar la economía mediante cifras o modelos teóricos y se acercaran a proyectos relacionados con el derecho y el gobierno. Lippmann elogió la importancia del conocimiento selectivo al evocar un nuevo papel para los liberales como arquitectos del orden: «El pensador, cuando está en su estudio dibujando sus planos para la dirección de la sociedad, no puede pensar a menos que su desayuno se haya producido mediante un proceso social que escapa a su minuciosa comprensión. Sabe que su desayuno depende de los trabajadores de los cafetales de Brasil, los naranjales de Florida, las plantaciones de azúcar de Cuba, los cultivos de trigo de las Dakotas, las lecherías de Nueva York; que ha sido reunido por barcos, ferrocarriles y camiones, ha sido cocinado con carbón de Pennsylvania en utensilios de aluminio, porcelana, acero y vidrio. Pero la complejidad de un desayuno, si cada proceso que lo llevara a la mesa tuviera que ser planeado de manera deliberada, escaparía a la comprensión de cualquier mente». A diferencia de aquellos economistas —entre ellos, el famoso caso posterior de Milton Friedman y su lápiz— que adoptaron el momento del encuentro fenomenológico como un punto de entrada para comprender la economía

mundial, Lippmann lo propuso como un momento para olvidarse de ella. «Solo porque cuenta con un sistema infinitamente complejo de operaciones laborales —escribió— puede un hombre desayunar para después pensar en un nuevo orden social».[323] La tarea de los intelectuales liberales no consistía en tratar de rastrear los rasgos distintivos de la economía mundial, sino en tomar cierta distancia y contemplar las principales condiciones que facilitan el propio orden. La economía mundial era incognoscible, pero aquel no era un callejón sin salida, sino el punto de partida para diseñar el orden en el que la economía mundial pudiera prosperar. Esa idea fue fundamental para el surgimiento de la Escuela de Neoliberalismo de Ginebra.

Los segundos en apartarse de la senda de las cifras en la década de 1930 fueron Röpke y Rüstow. En el coloquio, Röpke avanzó una teoría que le había planteado a Robbins en una carta dos años antes: que «la desintegración de la función moral de nuestro sistema es el aspecto más importante y más siniestro del proceso de la actual desintegración».[324] Escribió que lo que el liberalismo tenía que «aprender del conservadurismo» era a fijarse en «los imponderables, el elemento vital o humano o comoquiera que llamemos a estos elementos esquivos».[325] Al igual que Lippmann, Röpke y Rüstow sostenían que el error de creer en la política de no intervención había desencadenado efectos sociales adversos, que se expresaban mejor en la «enfermedad llamada "proletariado"». Una «concepción económica rígida» de la humanidad se había olvidado de sus necesidades «extraeconómicas».[326]

Prefigurando el análisis que hizo Karl Polanyi del fundamentalismo mercantil en *La gran transformación*, Rüstow afirmó en el Coloquio Walter Lippmann que «el mercado se había convertido en un ámbito de atomización» y que la creencia de que «opera por su cuenta» era un «error teológico-racional».[327] Centrarse de manera unilateral en la eficiencia, las ganancias y la productividad había conducido, a medida que las personas se

separaban del resto de la comunidad, al aislamiento —que resultaba dañino en términos sociológicos— y a la degeneración de la moralidad. En una cruel paradoja, la experiencia de ver rotos todos los lazos sociales y vagar a la deriva en el mundo «parece, desde el punto de vista de la economía de mercado, como la liberación de la fricción y el arrastre extraeconómico».[328] Sin usar el término «incrustación», Rüstow y Röpke defendieron, de hecho, que la economía se volviera a incrustar en la sociedad. Las personas debían redescubrir las relaciones comunitarias significativas, entre las que se encontraban la familia, la religión y, de ser posible, una conexión con el entorno rural.

Hayek y Mises se opusieron abiertamente a Röpke y Rüstow en el coloquio. Mises acusó a Rüstow de romantizar la vida rural, y Hayek argumentó que la propuesta de una «escala de calificación» de «valores vitales» era incongruente con los principios del liberalismo.[329] Esa discrepancia resurgiría en relación con la raza, como mostrará el capítulo 5. Sin embargo, en lo que coincidieron todos fue, primero, en la creencia en el internacionalismo y, segundo, en el escepticismo acerca del valor de las cifras y los modelos para revelar la verdad sobre el mundo. Röpke menospreció el hecho de que las ciencias sociales hubieran quedado reducidas a «una máquina para consignar datos» y exigió más trabajo de colaboración sintética: menos como la recopilación de estadísticas de los institutos de investigación del ciclo económico y más como las investigaciones de relaciones internacionales de la Conferencia de Estudios Internacionales y la filosofía social de Lippmann.[330]

Quizás el ataque más estridente a las estadísticas provino del polaco Michael Heilperin, economista y profesor del Instituto Universitario de Rappard, en un libro que terminó en Ginebra un mes después del Coloquio Walter Lippmann y que luego resumió para su intervención en la Conferencia de Estudios Internacionales en 1939. En las primeras páginas del libro, Heilperin advirtió sobre «conceptos pseudocuantitativos» y criticó

el uso de «construcciones estadísticas» para comprender «la heterogénea realidad que se supone que representan». Se quejó de que «nuestro conocimiento de la realidad económica tiende a convertirse en un conocimiento de número índice».[331] Las estadísticas ofrecían «una cómoda huida de la desconcertante multiplicidad y heterogeneidad que presenta el mundo económico […], pero la multiplicidad existe y, al ignorarla, se incurre en declaraciones erróneas o sin sentido sobre el mundo y sobre los procesos económicos».[332] Aunque se los había considerado como el mejor camino para el conocimiento de la economía mundial, los proyectos estadísticos habían desembocado en un callejón sin salida.

Los neoliberales más importantes empezaron la década de 1930 con una fe elemental en las cifras, pero terminaron la década aborreciéndolas. Hasta los austriacos, que recelaban de antemano de las estadísticas descriptivas, habían estado dispuestos a promover la investigación del ciclo económico con una función pedagógica pública. Sin embargo, a finales de la década, Hayek decía que para las relaciones económicas era necesario no saber. ¿A qué responde el cambio colectivo? Como sugería la condena de la «ilusión de control», en la década de 1930 el uso de las cifras se había asociado con aquellos que creían en la acción estatal para estabilizar el nivel de precios, así como con izquierdistas como Otto Neurath y Harold Laski, a quienes Lippmann acusó de perseguir un «superestado planetario» por medio de la «planificación económica mundial».[333] Fue una distinción fundamental para el nuevo grupo de autodenominados neoliberales que no compartían la creencia de sus oponentes izquierdistas de que la economía podía verse y contarse y, por lo tanto, ajustarse y perfeccionarse. En respuesta a lo que contemplaron como la mutilación y la «degeneración» del sistema de precios operativo, los neoliberales apostaron con firmeza por la invisibilidad de la economía. Lo que no se podía ver no se podía manipular.

Si la economía escapaba a la representación, lo que había que hacer era encontrar un marco para contenerla y protegerla. El Coloquio Walter

Lippmann de 1938 arrojó una visión normativa del mundo en la que el medio de intervención más relevante no era ni la medición, ni la observación ni la vigilancia, sino el establecimiento de un derecho común aplicable y un sistema para satisfacer las necesidades vitales de la humanidad que no proporcionaba el mercado. Al situar a la economía fuera del espacio de representación —y, para Hayek, incluso de la razón—, el neoliberalismo nació a finales de la década de 1930 como un proyecto de ciencia social sintética en el que, por sorprendente que parezca, el enfoque disciplinario menos importante era el de la propia economía.

Aunque nació de proyectos de estadísticas mundiales y recopilación de datos, el proyecto del neoliberalismo de la Escuela de Ginebra no aspiraría a ver la economía mundial, sino a declarar su invisibilidad; no a medirla, sino a presentarla como sublime e imposible de captar; no a analizar su funcionamiento, sino a teorizar acerca de él como un orden espontáneo que escapa a la comprensión. El neoliberalismo de la Escuela de Ginebra sería una teología negativa. Su programa consistía en diseñar las instituciones adecuadas para aprisionar la economía mundial sin describirla. Sería un proyecto de derecho, Estado y organizaciones a nivel mundial. Resulta significativo que Mises, en su última intervención en el Coloquio Walter Lippmann, sugiriese el estudio de la Sociedad de Naciones.[334] Lejos de ser un paleoliberal que creyera en un mercado mágico y autoorganizado, Mises, como todos los neoliberales, opinaba que el proyecto intelectual consistía en dar con el Estado y el derecho propicios para el orden de mercado.

* * *

En 1933, H. G. Wells publicó *The Shape of Things to Come* (La forma de las cosas por venir), una novela que afirmaba ser el diario de sueños del doctor Philip Raven, un economista que trabajaba en la Sociedad de Naciones y que «moría de manera inesperada» en noviembre de 1930. Raven había estado soñando con el futuro, y su diario predecía la visión

futura de la Sociedad. Hablaba de una oficina central de observación, una «organización compleja de debate, cálculo, crítica y pronóstico», y del «establecimiento de una enciclopedia mundial» en la «ciudad madre del pensamiento», que sin lugar a dudas representaba a Ginebra. Era una versión del futuro en la que el conocimiento científico era completo y los acontecimientos venideros, un libro abierto. Los economistas se afanaban registrando «irregularidades y elaborando planes de ajuste». Raven anotó que el primer avance de aquella visión de futuro había sido la Gran Guerra, después de la cual la idea del «orden mundial» se había convertido para muchos en una «convicción básica», pero que realmente había quedado establecida tras las «tormentas financieras de los años 1928 y 1929», que dotaron a «los profetas del Estado mundial del coraje de su convicción»: «habían llegado a la conclusión de que la sociedad humana se había convertido en un sistema económico indivisible».[335]

La espiral global de la Gran Depresión había demostrado sin lugar a dudas la existencia de una entidad interdependiente llamada economía mundial. En una reunión de la CCI celebrada en julio de 1931, a la que asistió Mises, se resumió aquella idea con la declaración siguiente: «El desarrollo de la crisis mundial ha demostrado con claridad la interdependencia económica y financiera de todos los países».[336] Los neoliberales habían llegado a la misma conclusión que el economista ficticio de Wells y que la CCI. Sin embargo, su camino no condujo ni a la oficina central de observación ni a la enciclopedia mundial. No terminaron la década soñando con la sinopsis. De hecho, entendían que las fantasías de Raven —y de Wells— revelaban la raíz misma de la catástrofe que había desencadenado la Depresión. Desde el New Deal de Roosevelt hasta el Nuevo Orden de Hitler y el Plan Quinquenal de Stalin, los neoliberales opinaban que los gobiernos se estaban permitiendo albergar ilusiones de control e incurrir en el error de creer que el conocimiento científico aplicado podía hacer que las economías nacionales fueran transparentes

para una «autoridad inteligente» desde arriba, permitiendo el desarrollo de planes mediante los cuales las economías nacionales podrían continuar en aislamiento y autonomía.

A finales de la década de 1930, cada vez más pensadores sugirieron que si la economía solo se podía ver correctamente, tal y como escribió Raven, los «planes de ajuste» podrían prevenir futuras depresiones. Como es bien sabido hoy en día, la idea de «la economía» en sí misma como un objeto que se puede observar, moldear y manipular solo surgió con las herramientas de la contabilidad de la renta nacional y con la creación de la disciplina macroeconómica.[337] El propio Röpke señaló en 1937 que la macroeconomía alentaba el marco nacional de políticas, incluida la que él llamó la «teoría de la renta nacional autónoma».[338] El Estado nación era el supuesto contenedor —si no el contenedor explícito— de proyectos de planificación y posterior distribución de los servicios y los beneficios sociales del estado de bienestar. Los neoliberales de la Escuela de Ginebra opinaban que esa confianza se había depositado en el lugar equivocado y que rodeaba la nación con un círculo cuando el marco de análisis tendría que haber abarcado el mundo entero. En 1937, en una conferencia en el Instituto Rappard de Ginebra, Hayek dijo que la idea de estabilizar el nivel de precios «se basa en gran medida en una ilusión, fundamentada en la casualidad de que la medida estadística de los movimientos de precios suele construirse para los países como tales».[339] En un libro que terminó en Ginebra, Mises escribió que las estadísticas eran una manera de consignar la historia, no de desarrollar la teoría, y que «no tenían nada que ver con la economía».[340] El mundo de las cifras y de los ciclos proyectaba una falsa impresión de visión total que encubría los efectos secundarios de la intervención. En la conferencia inaugural que pronunció ese mismo año en el Instituto, Röpke sugirió que «el mundo ha llegado a creer de verdad que, si recibe la guía adecuada, el sistema económico puede resistir a los ciclos», pero se preguntó si «esas economías resistentes a los ciclos demostrarán ser

ilusiones ópticas, en las que las inevitables disonancias económicas no se manifestarán en su lugar de origen, sino que se verán empujadas a la periferia del sistema económico».[341]

Los neoliberales comenzaron los años treinta estudiando el ciclo económico. A finales de la década, la creencia generalizada de que el ciclo económico se podía domar y controlar hizo que lo vieran como una de las principales causas de la «desintegración económica internacional».[342] Röpke, en el Coloquio Walter Lippmann, afirmó: «El mayor peligro es la nueva política del ciclo económico: la política de autonomía económica, la política del nacionalismo económico, combinada con la economía planificada y la autarquía».[343] Ver la economía por medio de estadísticas y ciclos había fomentado fantasías de gestión a escala nacional que amenazaban con allanar el camino al desorden global.

La década de 1930 transformó el pensamiento liberal sobre la economía mundial. Según la premisa de los años veinte, restaurar la economía global hecha trizas era un proceso negativo. Si caían los muros de las demandas salariales erigidos por los sindicatos y los muros de los aranceles levantados por los grupos de interés, el libre mercado tomaría las riendas. El segundo y catastrófico desplome de la economía mundial en la misma generación hizo que muchos intelectuales se replantearan la cuestión. La esencia del proyecto del *neo*liberalismo era que defender la economía mundial no podía limitarse a ser un proyecto negativo, sino que tenía que ser proactivo. El derecho y el Estado debían jugar un papel renovado. En lo que los neoliberales fueron pioneros en la década de 1930 fue en la idea de pensar en órdenes y en ver la cuestión de liberalismo contra socialismo como un tema que requería una perspectiva de «sistema total».

En una década en la que la mayoría de las soluciones inspiradas en Keynes, Moscú y Schacht eran nacionales y la planificación era inminente, Röpke y sus colaboradores de París, Ginebra y Europa del Este pensaban a escala mundial. Sus debates surgieron del mismo entorno que la disciplina

de las relaciones internacionales. Aunque hoy en día globalismo es casi sinónimo de poder estadounidense, la década de 1930 fue radicalmente diferente. El globalismo no era una ideología que emanara de los Estados Unidos sin más. La mayoría de los proyectos centrados en el mundo estaban en París, Ginebra y Londres, no en Washington ni Nueva York. Las historias de las relaciones internacionales tienden a eludir sus orígenes europeos en el periodo de entreguerras, eclipsado como estuvo este por el paradigma de la posguerra. Sin embargo, el neoliberalismo formó parte de las cuestiones planteadas en los albores de las relaciones internacionales. Los capítulos siguientes siguen el rastro de la serie de proyectos institucionales —a menudo, fallidos— en los que participaron los neoliberales para proteger la economía mundial. El capítulo 3 describe algunos de los ejemplos más explícitos, ya que los planes neoliberales para la federación proponían un doble gobierno para dirigir el mundo doble del capitalismo.

---

[182] Harold James, *El fin de la globalización: lecciones de la gran depresión*, Barcelona: Turner, 2003, traducido por Eduardo Stupia.

[183] Moritz J. Bonn, *Wandering Scholar*, Nueva York: John Day Co., 1948, p. 319.

[184] La metáfora procede de Wilhelm Röpke, *German Commercial Policy*, Londres: Longmans, Green and Co., 1934, p. 23.

[185] *Look at the world* es el título del libro sobre la década de 1930 que está escribiendo ahora mismo David Ekbladh.

[186] Pierre Vasseur, «Economic Information: Essential Factor in Modern Business Organization», *World Trade*, junio de 1937, p. 69.

[187] «Pleasure-Tower Half Mile High», *Modern Mechanix*, julio de 1933, p. 45.

[188] Congreso Mundial de Documentación Universal, del 16 al 21 de agosto de 1937, programa, Fondo Carnegie para la Paz Internacional — archivos del Centre Européen, biblioteca de libros raros y manuscritos, bibliotecas de la Universidad de Columbia (citado en adelante como FCPI), caja 129.3.

[189] El Centro Internacional de Ginebra en el palacio Wilson, crónica de la ceremonia inaugural celebrada el 27 de septiembre de 1937 (1938), FCPI, caja 130.

[190] William E. Rappard, «The Beginnings of World Government», in *Problems of Peace: Fifth Series, ed. Geneva Institute of International Relations*, Londres: Oxford University Press, 1931, p. 20.

[191] Arthur Salter, *Recovery: The Second Effort*, Londres: G. Bell and Sons, 1932, p. 173.

[192] Ver, por ejemplo, Stefan Kolev, «Ordoliberalism and the Austrian School», en *The Oxford Handbook of Austrian Economics*, ed. Peter J. Boettke y Christopher J. Coyne, Nueva York: Oxford University Press, 2015, p. 423.

[193] Reproducido en Wilhelm Röpke, *International Economic Disintegration*, Londres: William Hodge and Company, 1942, p. 4.

[194] Ver Charles P. Kindleberger, *La crisis económica: 1929-1939*, Madrid: Capitán Swing, 2009, traducido por Lluís Argemí d'Abadal.

[195] «Österreich», *Monatsberichte des österreichischen Institutes für Konjunkturforschung* 7, n.º 4 (1933): p. 63.

[196] Sociedad de Naciones, encuesta económica mundial, 1932-33, Ginebra: Sociedad de Naciones, 1933, p. 8. Mi agradecimiento a Martin Bemmann por el material de archivo. Como señala, la imagen de Schweizer Bankverein se puede encontrar en el Archivo Federal Alemán de Berlín, R 8034II / 5885, 158. Para tener una visión general del trabajo de la Sociedad de Naciones en la década de 1920, ver Martin Bemmann, «Das Chaos beseitigen: Die internationale Standardisierung forst- und holzwirtschaftlicher Statistiken in den 1920er und 1930er Jahren und der Völkerbund», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte* 57, n.º 2 (2016): pp. 545-588.

[197] «Österreich», p. 183.

[198] Wesley Clair Mitchell, *Business Cycles*, Berkeley: University of California Press, 1913, vii.

[199] Mary S. Morgan, *The History of Econometric Ideas*, Nueva York: Cambridge University Press, 1990, p. 64.

[200] Walter A. Friedman, *Fortune Tellers: The Story of America's First Economic Forecasters*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2014, p. 13.

[201] Para leer sobre la historia de la cronología ilustrada, incluidas las pioneras aproximaciones de William Playfair, ver Daniel Rosenberg y Anthony Grafton, *Cartographies of Time*, Nueva York: Princeton Architectural Press, 2010, p. 136.

[202] Marcel Boumans, *How Economists Model the World into Numbers*, Nueva York: Routledge, 2005, p. 33.

[203] «Die Methoden der Konjunkturforschung und ihre Anwendung in Österreich», *Monatsberichte des österreichischen Institutes für Konjunkturforschung* 1, n.º 1 (1927): p. 11.

[204] *Ibid.*, p. 2.

[205] International Labour Office, «Economic Barometers», Ginebra, 1924, archivo de la Sociedad de Naciones, Ginebra (en adelante citado como SDN), R406, dos. 30796, doc. 35557.

[206] Fritz Machlup, «Kontingentverträge? Ein Beitrag zur wirtschaflichen Vernunft», *Tagblatt*, 6 de febrero de 1932, reproducido en *Machlup, Morgenstern, Haberler, Hayek: Wirtschaftspublizistische Beiträge in kritischer Zeit (1911-1934)*, ed. Hansjörg Klausinger, Marburg: Metropolis, 2005, p. 71.

[207] Para leer sobre uno de los primeros usos de esta expresión al describir una gráfica de datos económicos, ver William Beveridge, *Unemployment*, Nueva York: Longmans, Green, and Co., 1909, 44.

[208] James K. Cooper, «Electrocardiography 100 Years Ago», *New England Journal of Medicine* 315, n.º 7 (1986): p. 461.

[209] Charles S. Maier, *Recasting Bourgeois Europe: Stabilization in France, Germany, and Italy in the Decade after World War I*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1975.

[210] Ver Jamie Martin, «Experts of the World Economy: European Stabilization and the Transformation of Global Capitalism in the Era of Total War», tesis doctoral, Universidad de Harvard, 2016.

[211] Earlene Craver y Axel Leijonhufiud, «Economics in America: The Continental Influence», *History of Political Economy* 19, n.º 2 (1987): p. 176.

[212] Charles J. Bullock a Edmund E. Day, 15 de mayo de 1930, carpeta 36, caja 4, ser. 705.S, RG 1.1, oficinas locales, París, FA395, registros de la Fundación Rockefeller, Rockefeller Archive Center (en adelante citado como archivos Rockefeller de París). Para más información sobre el Servicio Económico de Harvard, ver Walter A. Friedman, «The Harvard Economic Service and the Problems of Forecasting», *History of Political Economy* 41, n.º 1 (2009): pp. 57-88.

[213] Craver y Leijonhufiud, «Economics in America», p. 179.

[214] Stephen Kresge y Leif Wenar, eds., *Hayek on Hayek: An Autobiographical Dialogue*, Londres: Routledge, 1994, p. 58.

[215] Citado en Alan O. Ebenstein, *Hayek's Journey: The Mind of Friedrich Hayek*, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2003, p. 53.

[216] Entstehungsgründe des Instituts in Österreich, archivo de la Wirtschaftskammer Wien (Cámara de Comercio de Viena) (en adelante citado como AWW), 2627 / 10 / 262701, carpeta de 1926.

[217] «Nobel-Prize Winning Economist», entrevista de historia oral con F. A. Hayek, Oral History Program, UCLA, 1983, p. 11, https://archive.org/details/nobelprize
winnin00haye.

[218] «Geschichte: Institute in europäischen Staaten», AWW, 2627 / 10 / 262701, carpeta de 1926.

[219] «Entstehungsgründe des österr. Instituts: Zur Vermeidung der 'Verdunkelungsgefahr' für Österr. im Ausland», AWW, 2627 / 10 / 262701, carpeta de 1926.

[220] «Entstehungsgründe des Instituts: Praktischer Vorteil», AWW, 2627 / 10 / 262701, carpeta de 1926.

[221] Hansjörg Klausinger, «Hayek on Practical Business Cycle Research: A Note», en *Austrian Economics in Transition: From Carl Menger to Friedrich Hayek*, ed. Harald Hagemann, Yukihiro Ikeda y Tamotsu Nishizawa, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2010.

[222] Loveday a Mises, 30 de noviembre de 1926, LON, R408, dos. 30796, doc. 55747.

[223] Reisch y Hayek a la secretaría de la Comisión de Expertos en Barómetros Económicos, Sociedad de Naciones, 20 de enero de 1927, LON, R476, dos. 56987, doc. 56473.

[224] «Die Methoden der Konjunkturforschung», p. 14.

[225] Das Österreichische Institut für Konjunkturforschung, enero de 1931, LON, R2625, dos. 11377, doc. 172.

[226] Friedman, *Fortune Tellers*, p. 151.

[227] F. A. Hayek, «Konjunkturforschung in Österreich», *Die Industrie*, 22 de julio de 1927, p. 5.

[228] Verhandlungsschrift: Konferenz der mitteleuropäischen Konjunkturinstitute, 23 / 24 de marzo de 1928, AWW, 2627 / 10 / 262701, carpeta de 1927.

[229] «Einleitende Bemerkungen zu der am 23 März 1928 zusammentretenden Konferenz der Vertreter der mitteleuropäischen Konjunkturforschungsinstitute», 8 de marzo de 1928, LON, R2815, dos. 2539, doc. 2539, p. 1.

[230] *Ibid.*, p. 5.

[231] *Ibid.*, p. 4.

[232] Earlene Craver, «Patronage and the Directions of Research in Economics: The Rockefeller Foundation in Europe, 1924-1938», *Minerva* 24, n.º 2 / 3 (1986): pp. 210-211.

[233] *Ibid.*, p. 214.

[234] *Ibid.*, p. 213.

[235] *Ibid.*

[236] Loveday a Hayek, 21 de enero de 1928, LON, R2815, dos. 2539, doc. 2539.

[237] Hayek a Ohlin, 10 de junio de 1931, SDN, R2889, dos. 23630, doc. 24135.

[238] Loveday a Morgenstern, 11 marzo de 1931, SDN, R2889, dos. 23630, doc. 24135.

[239] Alexander Loveday, «The League of Nations and Business Cycle Research», *Review of Economics and Statistics* 18, n.º 4 (1936): p. 157.

[240] Apéndice, *League of Nations Official Journal* 12, n.º 12 (diciembre de 1931): p. 2403.

[241] Wagemann a Loveday, 17 de noviembre de 1926, SDN, R451, dos. 5186, doc. 52192.

[242] A. M. Endres y Grant A. Fleming, *International Organizations and the Analysis of Economic Policy, 1919-1950*, Nueva York: Cambridge University Press, 2002, p. 18.

[243] Charles K. Nichols, «The Statistical Work of the League of Nations in Economic, Financial and Related Fields», *Journal of the American Statistical Association* 37, n.º 219 (septiembre de 1942): p. 339.

[244] *Ibid.*, p. 3º38.

[245] J. B. Condliffe, «A World Economic Survey», en *Geneva and the Drift to War*, ed. Norman Angell *et al.*, Londres: Allen and Unwin, 1938, p. 98.

[246] Ludwig Mises, *Liberalismo*, quinta ed., Madrid: La Unión, 2008, traducido por Joaquín Reig Albiol y Juan Marcos de la Fuente.

[247] Patricia Clavin, *Securing the World Economy: The Reinvention of the League of Nations, 1920-1946*, Nueva York: Oxford University Press, 2013, p. 76.

[248] Salter, *Recovery*, p. 27.

[249] Sociedad de Naciones, *World Economic Survey, 1931-1932*, Ginebra: Sociedad de Naciones, 1932, p. 7.

[250] Annexes, *League of Nations Official Journal* 15, n.º 6 (June 1934): p. 524; Mauro Boianovsky y Hans-Michael Trautwein, «Haberler, the League of Nations, and the Quest for Consensus in Business Cycle Theory in the 1930s», *History of Political Economy* 38, n.º 1 (2006): p. 46.

[251] Gottfried Haberler, «Systematic Analysis of the Theories of the Business Cycle», Servicio de Inteligencia Económica, agosto de 1934, SDN, R4539, dos. 12653, doc. 12653, p. 3.

[252] Ernest Minor Patterson, «An Approach to World Economics», *American Economic Review* 21, n.º 1 (marzo de 1931): p. 147.

[253] Boianovsky y Trautwein, «Haberler», p. 62.

[254] *Ibid.*, p. 63.

[255] Clavin, *Securing the World Economy*, p. 205.

[256] Karl Pribram, «How to Ascertain the Definition of Some Notions Which Are Fundamental to Business Cycle Analysis?», *Revue de l'Institut International de Statistique / Análisis del Instituto Internacional de Estadística* 4, n.º 2 (1936): p. 215.

[257] Haberler a Loveday, agosto de 22 de 1936, SDN, R4539, dos. 12809, doc. 12653.

[258] Kittredge a Condliffe, mayo de 18 de 1936, SDN, R4539, dos. 12653, doc. 21852.

[259] Para consultar la investigación pionera de esta conferencia, ver Neil de Marchi y Peter Dohlman, «League of Nations Economists and the Ideal of Peaceful Change in the Decade of the Thirties», en *Economics and National Security: A History of Their Interaction*, ed. C. D. W. Goodwin, Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, 1991, p. 149. Los autores se equivocan al situar a Wesley Mitchell en la conferencia. Aunque estaba invitado, no asistió. Kittredge a Loveday, 11 de junio de 1936, SDN, R4539, dos. 12653, doc. 21852.

[260] Kittredge a Loveday, 29 de febrero de 1936, SDN, R4539, dos. 12653, doc. 21852.

[261] Kittredge a Haberler, 16 de marzo de 1936, SDN, R4539, dos. 12653, doc. 21852.

[262] Borrador de orden del día de la conferencia, s. f., SDN, R4539, dos. 12653, doc. 21852.

[263] Rappard, «Investigation into Post-War Agrarian and Industrial Protectionism», enero de 1937, carpeta 942, caja 104, ser. 100, RG 1.1, oficinas locales, París, FA395, archivo Rockefeller de París.

[264] Victor Monnier, *William E. Rappard: Défenseur des libertés, serviteur de son pays et de la communauté internationale*, Ginebra: Slatkine, 1995, p. 497.

[265] Como oficialmente más que despedirlo lo habían «jubilado», Röpke continuó recibiendo una pensión del Gobierno alemán hasta 1939, cuando estalló la guerra. Hennecke, *Wilhelm Röpke: Ein Leben in der Brändung*, Stuttgart: Schäffer-Poeschel Verlag, 2005, pp. 89-95, 125.

[266] Extracto del memorándum de T. B. Kittredge a JVS [John Van Sickle] y SHW [Sydnor H. Walker], 16 de diciembre de 1936, carpeta 942, caja 104, ser. 100, RG 1.1, archivo Rockefeller de París; Jacques J. Polak, «The Contribution of the International Monetary Fund», History of Political Economy 28, suppl. (1996): pp. 214.

[267] Susan Pedersen, «The Meaning of the Mandates System: An Argument», *Geschichte und Gesellschaft* 32, n.º 4 (2006): p. 562.

[268] Monnier, *William E. Rappard*, pp. 6, 10.

[269] *Ibid.*, pp. 28, 31-34, 43.

[270] *Ibid.*, p. 46; Charles Howard Ellis, *The Origin, Structure and Working of the League of Nations*, Londres: Allen and Unwin, 1928, pp. 210-212.

[271] Monnier, *William E. Rappard*, p. 51.

[272] *Ibid.*, p. 356.

[273] *Ibid.*, p. 364.

[274] Extracto del memorándum de T. B. Kittredge a JVS [John Van Sickle] y SHW [Sydnor H. Walker].

[275] Kittredge a Röpke, 31 de marzo de 1937, carpeta 942, caja 104, ser. 100, RG 1.1, archivo Rockefeller de París.

[276] Röpke, investigación sobre el proteccionismo agrario e industrial de posguerra: bosquejo del primer programa especial de investigación, noviembre de 1937, carpeta 944, caja 104, ser. 100, RG 1.1, archivo Rockefeller de París.

[277] Röpke a Fleming, 2 de marzo de 1937, carpeta 942, caja 104, ser. 100, RG 1.1, archivo Rockefeller de París.

[278] Investigación sobre el proteccionismo agrario e industrial de posguerra: informe sobre la organización y las exigencias financieras, febrero de 1938, carpeta 944, caja 104, ser. 100, RG 1.1, archivo Rockefeller de París.

[279] Kittredge a Van Sickle, 28 de enero de 1937, carpeta 942, caja 104, ser. 100, RG 1.1, archivo Rockefeller de París.

[280] Röpke a Robbins, 13 de febrero de 1937, archivo de Wilhelm Röpke, Instituto de Investigaciones Económicas, Colonia (en adelante citado como AR), Panzerschrank, p. 416.

[281] Röpke a Lippmann, 14 de septiembre de 1937, AR, Panzerschrank, pp. 423-424.

[282] Röpke a Robbins, 17 de noviembre de 1937, AR, Panzerschrank, p. 429.

[283] Louis Rougier, *Les mystiques politiques contemporaines et leurs incidences internationales*, Publications de l'Institut universitaire de hautes études internationales, Ginebra, París: Librairie du Recueil Sirey, 1935.

[284] David Long, «Who Killed the International Studies Conference?», *Review of International Studies* 32, n.º 4 (2006): p. 603.

[285] Daniel Gorman, *The Emergence of International Society in the 1920s*, Cambridge: Cambridge University Press, 2012, p. 204.

[286] International Institute of Intellectual Cooperation, *Economic Policies in Relation to World Peace: International Studies Conference, Twelfth Session*, París: Sociedad de Naciones, 1940.

[287] De Marchi y Dohlman, «League of Nations Economists», p. 151.

[288] Hagen Schulz-Forberg, «Laying the Groundwork: The Semantics of Neoliberalism in the 1930s», en *Re-inventing Western Civilisation: Transnational Reconstructions of Liberalism in Europe in the Twentieth Century*, ed. Hagen Schulz-Forberg y Niklas Olsen, Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars, 2014, p. 16.

[289] Ludwig Mises, «A Draft of Guidelines for the Reconstruction of Austria (May 1940)», en *Selected Writings of Ludwig von Mises*, ed. Richard Ebeling, Indianápolis: Liberty Fund, 2000, p. 158.

[290] Röpke a Haberler, 25 de febrero de 1936, AR, Panzerschrank, p. 462.

[291] Frederick Sherwood Dunn, *Peaceful Change: A Study of International Procedures*, Nueva York: Council on Foreign Relations, 1937, v.

[292] Colloque Walter Lippmann, *Compte-Rendu des séances du Colloque Walter Lippmann* (26-30 de agosto de 1938), vol. 1 de *Travaux du centre international d'études pour la renovation du libéralisme*, París: Libraire de Médicis, 1938, p. 110.

[293] *Ibid.*, p. 102.

[294] Janet R. Horne, *A Social Laboratory for Modern France: The Musée Social and the Rise of the Welfare State*, Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, 2002.

[295] Ver Serge Audier, *Le colloque Lippmann: Aux origines du néo-libéralisme, précédé de Penser le néo-libéralisme*, segunda ed., París: Éditions Le Bord de l'eau, 2012; François Denord, «French Neoliberalism and Its Divisions: From the Colloque Walter Lippmann to the Fifth Republic», en *The Road from Mont Pèlerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*, ed. Philip Mirowski y Dieter Plehwe, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2009, p. 50.

[296] Walter Lippmann, *An Inquiry into the Principles of the Good Society*, Boston: Little, Brown, 1937, p. 201.

[297] John Maynard Keynes, «The End of Laissez-Faire», en *The History of Economic Thought: A Reader*, ed. Steven G. Medema y Warren J. Samuels, Nueva York: Routledge, 2003.

[298] *Ibid.*, p. 232.

[299] Rüstow y Röpke, «A Note on the Urgent Necessity of Reorientation in Social Science», carpeta 944, caja 104, ser. 100, RG 1.1, archivo Rockefeller de París.

[300] Rüstow y Röpke, «A Note on the Urgent Necessity of Reorientation in Social Science», carpeta 944, caja 104, ser. 100, RG 1.1, archivo Rockefeller de París.

[301] Wilhelm Röpke, *International Order and Economic Integration*, Dordrecht: Reidel, 1959, p. 14. Para leer más sobre este periodo, ver Patricia Clavin, *The Failure of Economic Diplomacy: Britain, France, Germany and ºthe United States, 1931–1936*, Nueva York: Palgrave Macmillan, 1996.

[302] Lippmann, *An Inquiry into the Principles of the Good Society*, pp. 173, 365.

[303] *Ibid.*, p. 33.

[304] *Ibid.*, p. 31.

[305] *Ibid.*, p. 32.

[306] *Ibid.*

[307] *Ibid.*, p. 35.

[308] *Ibid.*, p. 174.

[309] Ver Graham Wallas, *The Great Society: A Psychological Analysis*, Nueva York: Macmillan, 1914, pp. 3-4. Wallas dedicó ese libro a Lippmann.

[310] Lippmann, *An Inquiry into the Principles of the Good Society*, p. 319.

[311] Ben Jackson, «Freedom, the Common Good, and the Rule of Law: Lippmann and Hayek on Economic Planning», *Journal of the History of Ideas* 73, n.º 1 (2012): p. 60.

[312] Ludwig Mises, *Gobierno omnipotente: en nombre del estado*, Madrid: La Unión, 2002, traducido por Pedro Elgoibar.

[313] Hansjörg Klausinger, introducción a *The Collected Works of F. A. Hayek*, vol. 7: *Business Cycles, Part I*, ed. Hansjörg Klausinger, Londres: Routledge, 2009, p. 7.

[314] *Ibid.*

[315] F. A. Hayek, «Economics and Knowledge», *Economica* 4, n.º 13 (1937): pp. 33-54. Hayek también revitalizó la conversación sobre el debate del cálculo socialista por medio de la publicación de traducciones de algunos de los ensayos clave. Ver F. A. Hayek, ed., *Collectivist Economic Planning*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1935. Para leer una reconstrucción

meticulosa del ensayo «Economics and Knowledge», ver Bruce Caldwell, *Hayek's Challenge: An Intellectual Biography of F. A. Hayek*, Chicago: University of Chicago Press, 2004, pp. 206-230.

[316] F. A. Hayek, «Economics and Knowledge (1937)», en *Individualism and Economic Order*, ed. F. A. Hayek, Chicago: University of Chicago Press, 1948, p. 39.

[317] *Ibid.*, p. 46.

[318] *Ibid.*, p. 50.

[319] Philip Mirowski, *Never Let a Serious Crisis Go to Waste: How Neoliberalism Survived the Financial Meltdown*, Nueva York: Verso, 2013, cap. 4.

[320] Hayek, «Economics and Knowledge (1937)», p. 53.

[321] Citado en Ebenstein, *Hayek's Journey*, p. 237.

[322] F. A. Hayek, «The Principles of a Liberal Social Order (1966)», en *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, ed. F. A. Hayek, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1967, p. 164.

[323] Lippmann, *An Inquiry into the Principles of the Good Society*, p. 30.

[324] Röpke a Robbins, 6 de mayo de 1936, AR, Panzerschrank, p. 421.

[325] Röpke to Robbins, February 13, 1937, RA, Panzerschrank, p. 414.

[326] Rüstow y Röpke, «A Note on the Urgent Necessity of Reorientation».

[327] Colloquio Walter Lippmann, *Compte-Rendu des séances*, pp. 80-81.

[328] *Ibid.*, 81.

[329] *Ibid.*, 91.

[330] Rüstow y Röpke, «A Note on the Urgent Necessity of Reorientation».

[331] Michael Heilperin, *International Monetary Economics*, Londres: Longmans, Green and Co., 1939, viii.

[332] *Ibid.*, p. 267.

[333] Lippmann, *An Inquiry into the Principles of the Good Society*, p. 314. Ver las contribuciones de Neurath al International Industrial Relations Institute (Instituto de Relaciones Industriales Internacionales), *World Social Economic Planning*, Nueva York: International Industrial Relations Institute, 1932.

[334] Coloquio Walter Lippmann, *Compte-Rendu des séances*, p. 109.

[335] H. G. Wells, *The Shape of Things to Come*, Nueva York: Macmillan, 1933, p. 24.

[336] «Urge World Effort to End Depression», *The New York Times*, 31 de julio de 1931.

[337] Timothy Mitchell, «Fixing the Economy», *Cultural Studies* 12, n.º 1 (1998): pp. 82-101. Ver también Daniel Speich Chassé, *Die Erfindung des Bruttosozialprodukts: Globale Ungleichheit in der Wissensgeschichte der Ökonomie*, Göttingen: Vandenhock und Ruprecht, 2013.

[338] Wilhelm Röpke, *Economics of the Free Society*, Chicago: Regnery, 1963, p. 125.

[339] F. A. Hayek, *Monetary Nationalism and International Stability*, Londres: Longmans, Green and Co., 1937, p. 7.

[340] Ludwig von Mises, *Nationalökonomie: Theorie des Handelns und Wirtschaftens*, Ginebra: Editions Union Genf, 1940, p. 313.

[341] Wilhelm Röpke, «International Economics in a Changing World», en *The World Crisis*, ed. Geneva Graduate Institute of International Studies, Londres: Longmans, Green and Co., 1938, p. 285.

[342] *Ibid.*

[343] Coloquio Walter Lippmann, *Compte-Rendu des séances*, p. 59.

03

Un mundo de federaciones

«“Las minas para los mineros” y “Papúa para los papúes” son lemas similares en términos analíticos».

LIONEL ROBBINS, 1937

«Me opongo rotundamente a un gobierno mundial», sentenció Hayek en una entrevista de 1983. Cuando el entrevistador insistió al preguntar si «del tipo que sea», Hayek lo confirmó: «Del tipo que sea».[344] Si hoy en día hay alguna certeza sobre la postura «austriaca» en los Estados Unidos, sería la desconfianza en el gobierno a todos los niveles, pero sobre todo en el gobierno mundial. Una colección de 2002 sobre el pensamiento neoliberal y la globalización planteó la dicotomía siguiente: «¿Qué dominará el mercado internacional? ¿La libertad o el gobierno mundial?».[345] Lo más habitual es que se ignore el tema sin contemplaciones. Entre los treinta y cuatro capítulos del *Oxford Handbook of Austrian Economics* (Manual de Oxford sobre economía austriaca), que tiene casi ochocientas páginas, no hay ni uno solo sobre el orden internacional.[346] Sin embargo, tanto esa interpretación como la de Hayek son una negación consciente o una amnesia selectiva respecto de una posición anterior. En la década de 1930 y principios de la de 1940, los neoliberales no dudaban de que el gobierno supranacional fuese factible, y los austriacos se encontraban entre sus más elocuentes defensores.

Quizá no había nada que pudiera sorprender más a los libertarios que la aparición de Ludwig von Mises en un artículo de 1941, publicado en *The New York Times,* que describe la «convención del gobierno mundial» de World Fellowship Inc., celebrada en el World Fellowship Center, que estaba situado en un pequeño pueblo de New Hampshire. El orador principal fue Irving Fisher, el famoso economista neoclásico estadounidense. Al hablar de la «enfermedad de guerra» del «hitlerismo», Fisher dijo que «la cura es la misma que ha funcionado con anterioridad y la única que jamás ha funcionado: más gobierno». Después de citar el «plan detallado para un gobierno mundial» del ya olvidado periodista Clarence Streit, que fue uno de los intelectuales más influyentes del mundo durante un breve periodo de tiempo en la década de 1940, Fisher aludió a Mises, «que al plan de Streit para reunir a las democracias sumaría una unión de Europa Central que abarcase una amplia franja entre Alemania y Rusia y dejaría el gobierno mundial para más adelante».[347] ¿Qué hacía el héroe del movimiento libertario de aquella época en compañía de los artífices de la unión y el gobierno mundiales? ¿Lo habían citado mal? ¿Se habían distorsionado sus ideas? De ninguna manera. Como veremos, Mises, Hayek, Robbins y otros neoliberales escribieron ampliamente sobre la necesidad de fuertes federaciones supranacionales.

¿Cómo explicar la incongruencia de que los supuestos profetas del pequeño Estado defendieran, en realidad, variedades de gobierno supranacional? El capítulo 2 mostraba que el movimiento neoliberal había nacido de la convicción de que no bastaba con los ciclos y las cifras. La causa del liberalismo —y la defensa de la primacía de la economía mundial— era demasiado importante como para dejarla en manos de la disciplina económica. Como afirmó Röpke en una conferencia que dio en el Instituto Universitario de Ginebra, «la economía y la política mundiales no son compartimentos estancos». Dado que su «desintegración» estaba interrelacionada, «también debemos combatirlas de manera simultánea».

[348] En Europa, el neoliberalismo surgió en la década de 1930 más como un proyecto de políticas y de derecho que como un proyecto económico. Se seguían buscando modelos de gobernanza, a escalas que iban de lo local a lo global, que aprisionaran y protegieran mejor el espacio de la economía mundial. Los neoliberales lo describieron como una campaña en contra del «intervencionismo», pero era claramente intervencionista por derecho propio. Michel Foucault acertó al describir el neoliberalismo como un proyecto de «intervencionismo legal».[349] Aquella no era una visión minimalista del gobierno, sino activista, movilizada para hacer retroceder el incipiente poder de las masas autorizadas por la democracia y de aquellos grupos de interés —incluidos los sindicatos y los consorcios— que pretendían obstruir la libre circulación de la competencia y de la división internacional del trabajo.

En las décadas de 1930 y 1940, los neoliberales bautizaron al enemigo como «nacionalismo económico». El término, que hoy en día es de lo más normal, se refiere a los Gobiernos que promulgan políticas que bloquean o ralentizan el comercio, y a menudo los defensores verbales del libre comercio del norte se lo atribuyen a los países del sur global, a los que, ya sea de manera justa o injusta, no se ve más que como reacios participantes en la economía global. Entre las políticas en cuestión, podía haber aranceles —impuestos a las importaciones— y barreras no arancelarias al comercio, así como normas de salud y seguridad, cuotas u otras restricciones voluntarias. No fue en el sur global donde se diagnosticó por primera vez el nacionalismo económico, sino en la Europa del Este poscolonial. Los neoliberales lo identificaron al examinar los fragmentos de los antiguos territorios de los Habsburgo. Como veremos, ese fue uno de los Otros que caracterizaron el surgimiento del neoliberalismo: era el reflejo invertido de cómo veían sus propias políticas.

Frente a la doctrina enemiga del nacionalismo económico, los neoliberales plantearon lo que Michael Heilperin, en su intervención en la

Conferencia de Estudios Internacionales de 1939, llamó «internacionalismo económico». Lo definió como «una política cuyo objetivo es evitar que las fronteras políticas perjudiquen las relaciones económicas entre zonas que se encuentren a un lado y otro de la frontera».[350] El internacionalismo económico pretendía que las fronteras políticas fuesen meras líneas en el mapa que no tuvieran ningún efecto sobre la circulación de mercancías y de capitales. Por el contrario, el nacionalismo económico cometía el error de perseguir los objetivos de autosuficiencia nacional, autarquía, «aislamiento» y «autonomía»; Heilperin puso entre comillas las dos últimas categorías para señalar su escepticismo.[351] Los neoliberales veían el nacionalismo económico como una sublevación en contra de la interdependencia que no podía abocar más que al hambre o a guerras de expansión. La globalización no se podía deshacer. Proteger una economía nacional de las fuerzas de la competencia mundial de la manera que fuese era una muestra de secesión de la comunidad internacional.

Los neoliberales consideraban que el origen del problema radicaba en la tensión entre los dos principios wilsonianos de autodeterminación nacional y libre comercio económico. Después de la Gran Guerra, el mundo se había dividido en unidades políticas cada vez más pequeñas, aunque la tecnología y el intercambio iban «en la dirección de un sistema económico mundial unificado».[352] Louis Marlio, el industrial francés que acuñó el término «neoliberalismo», expresó el problema en el Coloquio Walter Lippmann: «Lo que ha roto el orden liberal es el contraste entre la reducción de los territorios políticos y las necesidades cada vez mayores de los mercados económicos».[353] El desafío para los neoliberales consistía en ajustar la realidad del nacionalismo al requisito permanente de un orden económico supranacional.

Reflexionar sobre el mundo posterior a los imperios requería hacer, en primer lugar, un balance de los propios imperios. Los neoliberales albergaban sentimientos contradictorios. Por un lado, condenaban el tipo de

imperio que combinaba la administración de un territorio de ultramar con el acceso preferente a sus recursos, ya que era una variedad insidiosa de nacionalismo económico. Por otro lado, recordaban con nostalgia el Imperio de los Habsburgo, que, en teoría, equilibraba las exigencias de múltiples nacionalidades manteniendo al mismo tiempo un territorio económico libre a nivel interno. También elogiaban al Imperio británico del siglo XIX por preservar el libre comercio en sus mercados coloniales para todos los interesados. El loable modelo de imperio de libre comercio se había promovido en la Conferencia de Berlín de 1884-1885, cuando las potencias europeas allí reunidas prometieron cooperar para preservar el libre comercio en el continente africano y mantener lo que en 1919 Mises calificó como «la puerta abierta para la actividad económica de todos los países» en la cuenca del Congo.[354] El espíritu del Imperio de puertas abiertas pervivió en el sistema de mandatos de la Sociedad de Naciones, que defendía que las colonias se fueran acercando gradualmente a la autodeterminación bajo la atenta mirada de las autoridades supranacionales.[355]

El director (1920-1924) y posterior miembro de la Comisión de Mandatos (1924-1939) fue William Rappard, el gerente del neoliberalismo temprano, director del Instituto Universitario de Estudios Internacionales, que en la década de 1930 había llevado a Mises y a Röpke a Ginebra y que en la misma década había acogido una serie de conferencias fundamentales de Hayek y Lionel Robbins. Como hemos visto en el capítulo 2, el neoliberalismo nació de lo que en 1931 Rappard llamó el «experimento de Ginebra», que creía que el principio de «unidad mundial» debía prevalecer sobre «la infame locura de la doctrina de la soberanía nacional absoluta».[356] Los neoliberales compartían con los líderes de la Sociedad de Naciones la creencia en la necesidad de medios extraeconómicos para proteger la economía mundial liberal. Arthur Salter, jefe de la sección de economía y finanzas de la Sociedad, inauguró la Conferencia de Estudios Internacionales de 1934 diciendo que la Gran Depresión había acarreado la

constatación de que el comercio mundial no era natural, sino que «depende de la existencia, el mantenimiento, el crecimiento y la adaptación de una estructura mundial de política, derecho, finanzas y crédito y sistema monetario».[357] Rappard opinaba que las semillas del futuro gobierno mundial liberal de Ginebra durante la guerra habían sido pioneras en la vigilancia de la Sociedad de Naciones de las finanzas austriacas y en la supervisión del mandato de los territorios coloniales africanos y asiáticos. En sus propias variaciones sobre este tema, los neoliberales imaginaron el fin de los imperios administrados por un Estado supranacional que pudiera anular la soberanía nacional para proteger el libre comercio mundial y la libre circulación de capitales.

Para los neoliberales, la revelación de la década de 1930 fue que el mercado autorregulado era un mito. Los fundamentos del orden económico mundial —el patrón oro, los tratados comerciales y las políticas de puertas abiertas del Imperio británico— brillaban por su ausencia. La economía mundial no iba a reproducirse sin un esfuerzo político concertado. Sin embargo, en lugar de imaginar un retorno a los imperios, los neoliberales reconocieron que la era de la nación era irreversible. El secreto era cómo mantener la nación y desgastarla al mismo tiempo. ¿Cómo se podía debilitar el poder de los países para trastocar la economía mundial? Soñaban con la descolonización, pero sin el destructivo deseo de la autonomía económica. Mientras que el economista liberal Moritz Bonn, de la London School of Economics, daba una visión sorprendente de la «desintegración de la economía mundial» tras el «derrumbe de los imperios», la propuesta de sus colegas Hayek y Lionel Robbins de un doble gobierno mundial aportaba la visión más desarrollada del gobierno supranacional neoliberal. Hayek y Robbins proponían federaciones amplias pero libres constituidas por naciones que, aunque controlaran la política cultural, estarían obligadas a mantener el libre comercio y la libre circulación de capitales entre los países. Confiaban en que su solución

satisficiera las exigencias generalizadas de autorrepresentación y, al mismo tiempo, preservase la división internacional del trabajo y la búsqueda libre de mercados rentables. También albergaban la esperanza expresa de que su esquema federal redujera las posibilidades tanto de la administración gubernamental de la industria como de la redistribución material popular. Por diseño, la forma estatal desnacionalizada propuesta por los neoliberales sería demasiado grande como para someterla a planificación.

La contracolonización y la economía mundial

Tras los imperios, Moritz Bonn fue uno de los más precoces teóricos de la economía mundial. No formaba parte del grupo que terminaría encabezando el movimiento intelectual neoliberal, sino que fue una figura destacada del liberalismo económico de la década de 1930. En octubre de 1933 dio su primera conferencia en la London School of Economics (LSE). Quienes lo invitaron a la Escuela fueron, entre otros, Robbins, el economista socialista Harold Laski y William Beveridge, que era el director de la LSE y luego uno de los artífices del estado de bienestar británico. Los nazis habían echado a Bonn, que era judío, de su puesto académico —una expulsión que ocupó la primera plana de los periódicos británicos y estadounidenses— y el salario que Bonn percibió de la LSE se tuvo que costear mediante donaciones.[358] Bonn se había formado durante el imperialismo. Había desarrollado su primera investigación en la década de 1890 en Irlanda, adonde había ido, como recordó más tarde, para «estudiar la vida económica subdesarrollada en el único país occidental donde se conservaba».[359] Viajó a África meridional antes de la Primera Guerra Mundial y, al volver a Alemania, se convirtió en uno de los más destacados defensores de la reforma colonial: se pronunció junto a Bernhard Dernburg, secretario colonial, no en contra del imperialismo, sino a favor de un nuevo tipo de imperio, en contra del *métissage* (mestizaje) y las poblaciones ingobernables que este, a su parecer, producía, y a favor de un pequeño

funcionariado, blanco en su totalidad, que protegiese los intereses de los nativos y los guiara en la transición al mundo moderno del trabajo y la empresa libres.[360] La Basutolandia británica fue el ejemplo positivo con el que comparó la África del Sudoeste Alemana.[361]

En 1933, en un auditorio abarrotado, Bonn describió lo que a su juicio era un fenómeno profundamente preocupante —pero, en última instancia, inevitable— con un término que más tarde podría reivindicar haber acuñado: «descolonización».[362] Observó que la Gran Guerra había desencadenado dos procesos históricos mundiales. El primero había sido el fin de los imperios; el segundo, la planificación. Opinaba que la «planificación moderna» había nacido durante la guerra, cuando «la escasez de productos básicos y mano de obra condujeron a un intento de sustituir la soberanía de los consumidores por el control del Estado central sobre la producción y el consumo». La planificación era una fe secular, no socialista. «[Sus] padres no eran la ley de guerra total y de la defensa del reino, sino Marx y Engels».[363] Al igual que muchos historiadores recientes, Bonn defendió que la planificación de la guerra había ampliado de manera permanente el horizonte de posibilidades de los Gobiernos y había provocado lo que cierto académico ha llamado *Machbarkeitswahn* o una embriagadora y hasta delirante sensación de «factibilidad».[364]

Después de 1918, la conveniencia del tiempo de guerra se transformó en la expectativa del tiempo de paz. Que la mano del Estado guiara los asuntos económicos se convirtió en la norma tanto en los Estados capitalistas como socialistas. Proliferaron las variedades del corporativismo.[365] En los Estados Unidos, meses antes del discurso de Bonn, se habían lanzado la Autoridad del Valle de Tennessee y la Ley de Recuperación de la Industria Nacional, y en la Unión Soviética acababa de completarse el primer Plan Quinquenal, que parecía haber tenido éxito. Nacían países nuevos en un ambiente en el que los Estados coordinaban las empresas y asumían esa labor como algo natural. «La protección de las industrias nacientes, que los

Gobiernos se habían visto obligados a asumir durante la guerra —a veces, de manera involuntaria—, se ha convertido en el objetivo económico de muchos Estados nacionales atrasados y de todos los que se acaban de organizar —afirmó Bonn—. En un mundo ya sobreindustrializado se consolida la industrialización con fervor».[366]

Para Bonn, la descolonización era «un movimiento que rechazaba la dependencia política» y que oscilaba entre el formato imperial y el nacional, pero, lo que era más importante, también «rechazaba la dependencia económica», puesto que se apartaba de lo que llamó «interdependencia económica internacional» para acercarse a la autarquía.[367] La distinción que hacía Bonn entre los ámbitos político y económico era fundamental. Las naciones podían tener soberanía formal sin dejar de estar profundamente conectadas en términos económicos. De hecho, hasta se las podía dotar de autonomía política formal con la condición de que redujeran su autonomía económica. Citó los ejemplos de Grecia y China, que habían sido admitidos como iguales en la Sociedad de Naciones siempre y cuando «se ejerciera algún tipo de control sobre [sus] finanzas», y la supervisión financiera de Austria y Hungría, que seguía el mismo patrón.[368] La igualdad política nacional fragmentada, en otras palabras, podía coexistir en el marco de lo que Bonn llamó el «imperio económico invisible» del comercio y el intercambio, que era mundial.[369] Un mundo político de fronteras podía coexistir y había coexistido (en la imaginación liberal, aunque no en la realidad) en el marco de una economía mundial sin fronteras.

Bonn creía que la descolonización y la planificación eran dos caras de una confusión relacionada con la escala y el formato de lo que funcionaba en un mundo interdependiente. Sin embargo, el gran traidor al modelo de una sola economía mundial y muchas políticas no surgió de la periferia, sino del núcleo. La condición habilitadora central del imperio económico invisible había sido la previsibilidad del valor de la moneda y la confianza

en los contratos, la letra de cambio y el préstamo que creaba. Esa fe se había desvanecido en un solo día el 20 de septiembre de 1931, cuando el Reino Unido abandonó el patrón oro. Con esa jugada, escribió Bonn, el Reino Unido «había roto la unidad económica del mundo» y acelerado el movimiento hacia un mundo de sistemas gubernamentales cada vez más fragmentados, cada uno de los cuales estaba equipado con una instalación industrial que era ineficiente por necesidad, al creer erróneamente, como defendió en 1933 John Maynard Keynes, que la autosuficiencia nacional era un objetivo loable.[370] «Hasta el 21 de septiembre —escribió Bonn—, el universalismo económico, como gran tradición británica, coincidía con el nacionalismo económico británico. Ese día se escindieron».[371]

La idea de la que habló Bonn ese día de 1933 en Londres era compartida por los neoliberales, entre los que se encontraban sus colegas Robbins y Hayek, de la LSE, y Röpke, que elogió a Bonn y probablemente se inspiró en él en 1942 para titular su libro *International Economic Disintegration* (Desintegración económica internacional), a partir del subtítulo de la monografía de Bonn de 1938 *The Crumbling of Empire: The Disintegration of World Economy* (El desmoronamiento de los imperios: la desintegración de la economía mundial).[372] Al igual que Bonn, los neoliberales tenían una actitud distinta hacia los imperios. Apreciaban un abismo entre, por un lado, los numerosos imperios perjudiciales que protegían su comercio colonial y que veían la economía mundial como un contenedor de recursos finitos de suma cero y, por otro, el único imperio benéfico, el de los británicos, que promovía el libre comercio y la moneda sólida. Para ellos, el Imperio británico era la estrella que había guiado el rumbo durante la primera era de la globalización entre 1870 y 1914. La creencia de que a partir de 1931 los británicos habían traicionado el universalismo económico bajo las presiones de clase de los sindicatos y las seducciones intelectuales del keynesianismo hizo que los neoliberales reflexionaran mucho sobre cuál podía ser el nuevo principio y la fuerza organizadora tras el imperio de libre comercio bajo el

gobierno indirecto de la City de Londres. ¿Qué se podía hacer tras la desaparición del imperio que, a su juicio, había tenido tan presente la separación entre *imperium* y *dominium*?

La solución a la que llegaron los neoliberales fue la federación supranacional. Al aceptar que las fronteras políticas no se podían eliminar y que el nacionalismo era una fuerza que apelaba a la gente de una manera imposible de erradicar, buscaron lo que Bonn llamó la «esterilización de las fronteras». «Si las fronteras dejaran de obstaculizar el intercambio económico internacional —escribió—, perderían parte de su siniestro significado».[373] La idea era reconstituir el imperio económico invisible de intercambio y comercio a través de una red de unidades políticas llamadas naciones que estuvieran delimitadas a nivel externo. Su radical propuesta durante la década de 1930 consistió en preguntar: ¿qué pasaría si cayeran los imperios… y diese lo mismo?

Robbins y la idea de la desplanificación

En 1935, un año y medio después de la conferencia de Bonn, Lionel Robbins viajó a Suiza en automóvil para dar una serie de conferencias en torno al tema de la planificación económica internacional. Mises le dio alojamiento durante su estancia; Robbins atravesó la Alemania gobernada por los nazis y vio pancartas con lemas antisemitas en lo que llamó «agradables aldeas bávaras donde uno pensaría que no habría penetrado ni una sola onda de estas convulsiones políticas».[374] Quien lo había invitado a dar las conferencias era Rappard, que en la década de 1930 había convertido su Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales en una especie de laboratorio de ideas neoliberal: en 1935 había invitado a Mises a hacer una estancia de investigación y docencia; a Röpke, en 1937, y también a Haberler, Hayek y Jacob Viner. Las conversaciones de Robbins de Ginebra, publicadas en 1937 bajo el título de *Economic Planning and International Order* (Planificación económica y orden internacional),

fueron descritas como un «manifiesto» por *The Economist*.[375] Abordaban lo que Robbins llamó «la gran panacea de nuestra época» —la planificación —, un Dios falso al que consideraba responsable, entre otras cosas, del nazismo que acababa de ver con sus propios ojos. También ofrecían el primer borrador de un modelo de federación neoliberal a partir del cual Hayek desarrollaría sus propias ideas.

Al igual que Bonn, Robbins consideraba que la descolonización y la planificación eran homólogas a nivel formal y reforzadoras a nivel estructural. La disolución de los imperios estaba provocando una confusión de las categorías de gobierno y propiedad: «“las minas para los mineros” y “Papúa para los papúes” son lemas similares en términos analíticos», aseveró.[376] En el Coloquio Walter Lippmann, en la misma línea, Mises había comentado que «a menudo, el uso ambiguo de los pronombres posesivos dificulta la comprensión. ¿A santo de qué un ciudadano británico que no sea propietario de ninguna mina describe los yacimientos de carbón británicos como “nuestros” y los del Ruhr como de los “extranjeros”? Como comprador de carbón, está obligado a pagar en cada caso el precio de mercado, ya sea carbón británico o extranjero».[377] Robbins buscaba una forma de organización social humana que aclarase la distinción entre los ámbitos político y económico y que disolviera el colectivo de identificación mutua, pequeño y separado —los mineros o los papúes—, en una unidad mayor. Al igual que Bonn, opinaba que hasta 1931 los británicos habían aportado ese marco transnacional. La «política de puertas abiertas» implicaba «que aquellas partes del Imperio que se administraban desde casa se gestionaran como si estuvieran en fideicomiso para el mundo entero —escribió—. Mientras que se admitieran libremente las mercancías y la inversión extranjera y no se discriminara a los asentamientos extranjeros, la situación económica de los ingleses no sería mejor que la de los extranjeros por el hecho de que su país tuviera numerosas posesiones […]. La

administración del Imperio del libre comercio no es uno de esos episodios de la historia del que los ingleses deban avergonzarse», afirmó.[378]

Para Robbins y Bonn, la economía mundial ofrecía un espacio de universalismo, una escena de actividad compartida para toda la humanidad supervisada por el gobierno protector del Imperio británico. Lo que hacía falta era una forma política que llenase el vacío que se había generado cuando los británicos abdicaron de ese papel, especialmente tras los Acuerdos de Ottawa de 1932, que otorgaban al Reino Unido acceso preferente a sus colonias y a su mancomunidad. Rappard condenó los acuerdos en la Conferencia de Estudios Internacionales de 1933. La mejor justificación del gobierno imperial, afirmaba, era «que se debe gobernar a la población primitiva en función de sus propios intereses […] y también en función del interés del resto del mundo». El imperio de puertas abiertas había «garantizado la igualdad de los nativos en sus relaciones con el resto del mundo y había provisto al mundo de sucursales para sus productos industriales y de fuentes de suministro gratuitas».[379] Los británicos habían roto el orden liberal en 1931 al abandonar el patrón oro, y lo volvieron a hacer un año más tarde, al transformar las fronteras coloniales en muros económicos.

Las propuestas neoliberales de federación surgieron de debates de una amplitud insólita —ya olvidados, en gran medida— que giraban en torno al sistema político que podía adoptarse para reformar, revitalizar o reemplazar al del imperio. Los debates transatlánticos sobre la federación se centraban en la publicación en 1939 de *Union Now*, del periodista estadounidense Clarence Streit, pero habían comenzado en serio en 1932 en las páginas del *New Commonwealth Quarterly* y en las publicaciones del Round Table Group (Grupo de la Mesa Redonda), más o menos por la misma época.[380] Las variaciones más comunes proponían la federación y la unión como configuraciones atlánticas, anglosajonas o de Europa occidental que podían

reconducir a los aislacionistas Estados Unidos a la comunidad occidental y actuar como bastión contra las fuerzas del fascismo y el comunismo.

Para la mayoría, el enfoque de la federación era moral, racial, civilizador o político. Para Robbins, era económico. «El objetivo de una federación mundial liberal —explicó— sería crear el máximo alcance para la división internacional del trabajo, y cualquier restricción comercial entre áreas gubernamentales sería totalmente ajena a su intención».[381] El papel principal de los Estados nación sería la seguridad y la garantía de que «se unificara en todo el mundo el derecho de propiedad y contratos y se administrara según principios uniformes».[382] Si se estableciera el orden mundial de libre comercio y propiedad privada, los imperios serían insignificantes. Dado que «es imposible distribuir la superficie de la tierra de forma que resulte satisfactoria de manera permanente», la única solución duradera sería hacer que todo el mundo tuviese acceso a los recursos mundiales.[383] Utiliza el ejemplo del siglo XIX, cuando «la materia prima más importante de la industria británica […], el algodón crudo, se compraba fuera del Imperio. Se compre en Carolina o se compre en Sudán, hay que pagarlo. Siempre y cuando los contratos sean aplicables en ambos sitios, resulta indiferente si tienen el mismo color en el mapa o no lo tienen».[384]

La genialidad del modelo de la federación mundial radicaba en que, por su propio poder, iniciaría una dinámica de lo que Robbins llamó «desplanificación».[385] La herramienta más importante del planificador en el comercio internacional, el arancel, sería tabú, lo que pondría fin a la protección de la industria naciente o la agricultura nacional. Más aún, supondría también el desmantelamiento de los servicios sociales. Como afirmó, «la planificación nacional no implica únicamente la suspensión del *laissez faire* en lo que respecta a la circulación del comercio y la inversión, sino también la suspensión del *laissez passer* en lo relativo a los movimientos de los hombres».[386] La prestación de ayudas por parte del Estado, observó, implicaba la restricción de la libre circulación para

controlar quién obtenía las ayudas. Esa era una de las razones por las cuales la promesa de igualdad resultaba corrosiva en sí misma. «Debemos reconocer», afirmó, que «el sistema implicaría cierta desigualdad de ingresos».[387] La creación de igualdad económica a escala nacional no hacía más que generar una percepción equivocada del origen de la prosperidad. La contingencia del bienestar individual en los flujos de la economía mundial debía seguir siendo una realidad palpable para los ciudadanos nacionales. La planificación amortiguaba los vigorizantes sonidos de lo global. Siempre debía caber la posibilidad de que, tal y como lo expresó Robbins en 1934, el comerciante pudiese «clausurar sus obras en Lancashire para iniciar operaciones en Japón».[388] La precariedad compartida podría y debería ser la base de la unidad mundial.

La federación neoliberal de Hayek

Al igual que Robbins, Hayek era miembro de la Unión Federal, una organización fundada en 1938 que reivindicaba la federación y que en 1940 contaba con más de 12.000 miembros; Robbins y él también formaron parte del comité de economistas de la Unión Federal.[389] Inspirado por el trabajo de su íntimo amigo y colega, Hayek elaboró el imaginario de la federación mundial de libre comercio en su forma más completa en un artículo de 1939 del *New Commonwealth Quarterly*, donde describió un modelo político que debilitaría la «solidaridad de intereses» que concurrían de manera natural cuando había grupos de personas con los mismos intereses económicos.[390] En realidad, la descolonización podía servir para desligar lo político y lo económico. La correspondencia entre soberanía política y económica inspiraba aquello que Hayek veía como el preocupante sentimiento de propiedad que los ciudadanos de un país profesaban por los productos de su territorio nacional. «En el Estado nacional, las ideologías actuales hacen que resulte relativamente fácil convencer al resto de la comunidad de que les interesa proteger de lo que sea “su” industria del hierro o “su”

producción de trigo».[391] El objetivo de la federación era romper el vínculo entre ciudadanía política y propiedad económica.

La apertura de las fronteras económicas significaría que las constelaciones de intereses nunca serían permanentes ni se «identificarían de forma duradera con los habitantes de una región en particular». Al igual que Robbins, Hayek explicó que la libre circulación de mercancías e inversiones alejaría a las economías de la intervención y la planificación. Como el capital se moverá para encontrar unas tasas de interés mejores y las mercancías provendrán de lugares con precios más bajos, «todo el arsenal de juntas de comercialización y otras formas de organización monopolística de industrias individuales dejará de estar a disposición de los Gobiernos estatales».[392] El gobierno mundial se centraría, por fuerza, en la tarea de aprisionar el mercado en lugar de en asignar recursos de acuerdo con una lógica de igualdad o justicia social. La federación laxa gobernaría de manera restrictiva pero intensiva y garantizaría que el efecto disciplinario de los flujos económicos determinara la asignación de recursos. La legislación social se regiría por un tipo de lógica reguladora de la nación más favorecida, según la cual cada vez habría menos aspectos de la vida social que estuvieran sujetos a planificación o regulación. «Tendremos que resignarnos a carecer de legislación en un ámbito determinado antes que tener una legislación estatal, que desarticularía la unidad económica de la federación».[393]

La economía mundial abierta protegida por la federación política podía ser el antídoto para la planificación y la solución para la descolonización. Hayek y Robbins estaban de acuerdo en que la gente no toleraría aranceles ni políticas redistributivas que beneficiaran a personas que estuviesen lejos de ellos en términos geográficos. Hayek preguntó: «¿Qué probabilidad hay de que los campesinos franceses estén dispuestos a pagar más por el fertilizante para ayudar a la industria química británica? ¿Estarán dispuestos los trabajadores suecos a pagar más por las naranjas con el fin de ayudar a

los agricultores californianos? […] ¿O están dispuestos los mineros sudafricanos a pagar más por las sardinas para ayudar a los pescadores noruegos?».[394] Con más agudeza si cabe, Robbins observó: «Si parte de los servicios de los habitantes de, pongamos, Escandinavia se invierten en proporcionar recursos para aumentar la productividad de los habitantes de China, por ejemplo, eso significa, como en el caso de la homogeneización salarial, que para que otros puedan obtener más ellos obtienen menos de lo que podrían».[395] Revirtieron la hipotética pregunta de Adam Smith de cuánto dolor occidental se evitaría con la muerte de un chino para preguntar cuánto esfuerzo occidental se invertiría en beneficio de un chino, y concluyeron que la respuesta sería que muy poco.[396]

Robbins escribió: «El liberalismo internacional no nos exige que queramos a la humanidad […]: no es más que el plan de un mecanismo más eficiente que el mundo de países independientes».[397] La antiplanificación podía presentarse como antiimperialista al tachar al imperio de irrelevante y proponer sustituirlo por una federación laxa vinculada por los flujos del comercio y el capital. La federación mundial resolvía, descentrándolo, el problema de la descolonización, haciendo que la disolución de los imperios fuera secundaria con respecto de una visión más amplia de restaurar el orden económico internacional liberal abandonado por los británicos tras 1931. La federación neoliberal proponía un resultado alternativo a la «dialéctica de la descolonización» descrita por el historiador Frederick Cooper.[398] Mientras que Cooper opinaba que las exigencias de la mano de obra colonial de África Occidental, cada vez más empoderada, estaban acelerando el fin de los imperios en un mundo posterior a 1945 —en el que la «ciudadanía social» había comenzado a tener un significado mayor—, Robbins y Hayek concibieron una nueva vuelta de tuerca en la que las medidas de planificación internas quedaban anuladas mediante un acuerdo en el que la libre circulación de capitales y mercancías debilitaba a las «comunidades de interés» que las sustentaban.[399] En la década de 1930, el

Estado socialdemócrata aún no había nacido, así que resulta sorprendente comprobar que los neoliberales ya estaban ideando una estrategia para contrarrestarlo. Según su versión de la federación, la disciplina de la economía mundial debilitaría la planificación y limitaría el Estado nación al ámbito de lo político.

Mises y los orígenes del doble gobierno en los Habsburgo

No hace falta ahondar en el breve artículo que escribió Hayek en 1939 para vislumbrar su idea del orden mundial. Hayek dedicó todo el capítulo final de *Camino de servidumbre*, su superventas de 1944, a repetir sus planes para la federación internacional. Expresó de manera categórica que la economía mundial no se podía defender más que por la vía política. «Lejos de ser cierto —escribió— que, como se cree ahora de manera generalizada, necesitamos una autoridad económica internacional sin que los Estados renuncien a su ilimitada soberanía política, ocurre casi exactamente lo contrario. Lo que necesitamos y ansiamos lograr no es que las irresponsables autoridades económicas internacionales tengan más poder, sino, más bien, que haya un poder político superior que pueda refrenar los intereses económicos».[400] Hayek defendía que solo una «autoridad supranacional» con semejante «poder» podría evitar que el mandato de los Estados individuales se expandiese y menoscabara la prosperidad del conjunto. La autoridad mundial antiplanificación sería un agente de lo que otros liberales llamaron «desnacionalismo», que supervisaría a los Estados miembro de una federación internacional y haría cumplir los estándares de libre comercio y libre inversión.[401] La federación era un medio para alcanzar los objetivos del globalismo y la democracia militantes: no es «más que la aplicación de la democracia a los asuntos internacionales, el único método de cambio pacífico que ha inventado el hombre —escribió—, aunque se trata de una democracia con poderes, sin duda, limitados».[402]

Las propuestas de Hayek para la gobernanza mundial habían pasado desapercibidas hasta que hace poco los académicos redescubrieron en sus propuestas para el federalismo la «reinvención del internacionalismo liberal» y la inspiración implícita —e incluso explícita— de la integración económica europea.[403] Wolfgang Streeck escribe que la obra de Hayek «se entiende como un anteproyecto de la actual Unión Europea» en su diseño de instituciones que vinculan la «internacionalización» y la «desnacionalización» con una liberalización implacable.[404] El capítulo 6 analiza la supuesta inspiración hayekiana de la integración europea y el capítulo 7, la influencia que ejerció el pensador en los artífices de la Organización Mundial del Comercio.

Sin embargo, lo reseñable es que incluso aquellos académicos que siguen el rastro hacia el futuro del internacionalismo de Hayek no lo siguen hacia el pasado, hacia el Imperio de los Habsburgo de su juventud. En 1978, Hayek reflexionó y escribió lo siguiente: «Creo que el primer artículo que escribí […] era sobre algo que ya se me había ocurrido en los últimos días en el ejército y que sugería que se podía tener un doble gobierno: un gobierno cultural y otro económico». Explicó que aquello se le había ocurrido como una forma de resolver «el conflicto entre las nacionalidades del Imperio austrohúngaro». Se preguntó si «sería posible separar ambas cuestiones en las funciones gubernamentales: permitir que las nacionalidades tuvieran sus propias organizaciones culturales y, al mismo tiempo, dejar que el gobierno central estableciese el marco de un sistema económico común».[405] Esa idea, «lo primero que escribí», según Hayek, denota la influencia que tuvo el Imperio de los Habsburgo en las propuestas neoliberales de orden y federación internacionales, algo que se ha pasado por alto.

El hecho de que los pensadores neoliberales fundamentales provinieran del antiguo Imperio de los Habsburgo no era ninguna casualidad. Como señala John Gray, Hayek veía el desaparecido imperio como «un régimen

liberal modélico en ciertos sentidos».[406] Para muchos intelectuales criados en Viena, el Imperio de los Habsburgo era un objeto de identificación perdido. El filósofo Karl Popper, uno de los amigos de Hayek, lo recordaba de manera idealizada y veía el imperio como el espacio de una «comunidad científica cosmopolita que trabaja para propiciar el progreso humano».[407] Incluso cuando aún seguía en pie, muchos pensaban con cariño que el imperio representaba «el orden internacional de la humanidad en miniatura».[408] Para los neoliberales, el cosmopolitismo del imperio dio forma a un mundo futuro y lo prefiguró. En retrospectiva, uno de los aspectos más cautivadores del Imperio de los Habsburgo fue su separación entre economía y política. El principio multinacional había hecho del imperio un espacio económico único que carecía de una lengua o cultura homogéneas. A Mises le fascinaba que en la monarquía de los Habsburgo «no hubiera concordancia entre Estado y nación». A diferencia de las repúblicas francesas o de las entelequias de Alemania, Italia o Polonia posteriores a 1848, el «fundamento ideológico» de la Austria de los Habsburgo carecía del «principio de nacionalidad».[409] Un Estado multinacional suponía que cualquier intento de intervención amenazaba con desbaratar el equilibrio diplomático, porque parecería estar satisfaciendo a los grupos de interés.

Aunque en la realidad se estaba satisfaciendo todo el tiempo a aquellos grupos de interés, Mises se aferró a la idea de un Estado que en su propia concepción estuviera desnacionalizado y que, por lo tanto, fuese inmune a las exigencias formuladas en el idioma de la nación. Para Mises y Hayek, la no identidad de las unidades políticas y económicas en el Imperio de los Habsburgo ofrecía un modelo para el mundo. La visión neoliberal austriaca de un mundo que tras 1945 estaba en proceso de descolonización se basaría en su propia experiencia y observación de la descolonización interior. Por irónico que resulte, el desaparecido Imperio de los Habsburgo se convirtió, tras el imperialismo, en un modelo para la economía mundial.

Las propuestas de Mises para la federación internacional se ceñían mucho más que las de Hayek al ejemplo de los Habsburgo. De hecho, las propuestas más explícitas de Mises para una federación supranacional se acercaban mucho a las fronteras del antiguo imperio, y Mises hablaba con escepticismo de un «gobierno mundial democrático» a mayor escala o de una federación que abarcara continentes.[410] Comprender sus ideas requiere una breve descripción de la geografía política y económica que apuntala la obra de Mises. Desde sus primeras publicaciones, Mises manejaba la oposición dicotómica entre un mundo organizado de acuerdo con el «principio de nacionalidad» y la autodeterminación y otro, organizado de acuerdo con la división internacional del trabajo, indiferente a la nacionalidad, que se extendía por «toda la superficie habitada de la tierra».[411] La organización del mundo en países contradecía los principios económicos, porque no optimizaba a las personas y otros elementos de producción. Con el tiempo, idealmente, las leyes económicas prevalecerían sobre las políticas. «La superficie de la tierra se divide entre las naciones, pero esta división es el resultado de procesos históricos pasados. No se corresponde con las actuales condiciones de producción y población. Bajo la libre circulación de personas y mercancías, hay países cuya superficie estaría más densamente poblada y otros que tendrían una densidad de población menor. Esta relativa superpoblación se debe diluir mediante los movimientos migratorios».[412] En la visión normativa de Mises de una economía vaciada de política, las poblaciones crecerían y se reducirían con el paso del tiempo, y las nacionalidades, en algunos casos, se perderían o quedarían absorbidas por medio de la asimilación.

No se suele advertir que Mises organizó el famoso debate de cálculo socialista del periodo de entreguerras no a escala nacional, sino mundial.[413] Afirmó que un hipotético «director general de la economía mundial» resultaría redundante, porque «lo que sucedería bajo el socialismo mundial ideal por orden del director general de la economía mundial se consigue en

el ideal de la libre economía mundial mediante el mandato de la competencia».[414] En un sistema de mercado, las empresas, el capital y los trabajadores migraban por voluntad propia en pos de condiciones más favorables. No migrar supondría un fracaso y, en última instancia, morir de inanición. Mises reconocía, no sin cierta jovialidad, que su comprensión del mundo concordaba en muchos sentidos con la de Karl Marx. Creía que Marx era producto de su tiempo, la década de 1860, cuando el libre comercio reinaba en Europa occidental y parecía plausible hablar de un gobierno mundial venidero. Después de todo, señaló, tanto el liberalismo como el socialismo marxista eran cosmopolitas.[415] Y la burguesía, al igual que el proletariado, era inherentemente «internacional».[416] En lo que diferían era en el diagnóstico del resultado. Mientras que Marx apreciaba un creciente empobrecimiento económico, Mises opinaba que el camino de la prosperidad se había visto bruscamente interrumpido por las guerras arancelarias de la década de 1870 surgidas como reacción a la primera Gran Depresión, por el estallido de la Gran Guerra y por el regreso de los subsiguientes obstáculos comerciales.

Mises veía la tierra como un amplio territorio de diversos recursos naturales que había que explotar de la manera más exhaustiva posible mediante la movilidad del capital, los trabajadores y el comercio. El impulso hacia la productividad era axiomático. Lo denominó la «ley social fundamental» del capitalismo «para conducir al mayor número de seres humanos posible a la división personal del trabajo; y a la superficie entera de la tierra, a la división geográfica del trabajo».[417] La vida bajo «el mandato de la competencia» dejaba poco espacio para las maniobras individuales.[418] De los empresarios escribió lo siguiente: «El mercado los controla con una severidad y un rigor mayores que cualquier Gobierno o institución social».[419] Sobre los trabajadores decía lo mismo: «Como productor […] un hombre no es más que el agente de la comunidad y, como tal, tiene que obedecer».[420] Las personas podían actuar a discreción en

tanto que consumidores. La sociedad capitalista, afirmó, haciendo una analogía que seguiría usando durante el resto de su vida, era una «democracia del consumidor […] en la que cada centavo representa una papeleta electoral».[421]

Mises veía la división internacional del trabajo como un proceso que —al menos, hipotéticamente— podría llegar a completarse algún día: era, afirmó, «finito. Cuando todos los hombres de la tierra formen un sistema unitario de división del trabajo, habrá alcanzado su objetivo».[422] El resultado final de ese proceso sería la aparición de lo que bautizó como «sociedad ecuménica», que vendría inevitablemente acompañada de un superestado mundial que, al separarse del impracticable principio de autodeterminación nacional y asumir el limitado pero intensivo papel que le correspondía en la protección del comercio, la inversión y la migración, cumpliría la promesa fallida de la Sociedad de Naciones.[423] Para Mises, las exigencias de la economía mundial prevalecían sobre todas las demás reivindicaciones políticas. Al hablar de colonialismo, por ejemplo, hizo hincapié en que «ningún capítulo de la historia está más teñido de sangre que la historia del colonialismo», pero, aun así, cuando Europa empezó a depender de los imperios para la obtención de materias primas insistió en que mantener las colonias era prioritario.[424] Se podía concebir la autodeterminación, pero solo bajo el control de un superestado potente que pudiera garantizar la continuidad del libre comercio.

Para Mises, las cuestiones políticas siempre estaban supeditadas a la piedra angular de la productividad económica mundial. Del mismo modo, su preferencia por la democracia sobre la dictadura y el trabajo libre sobre la esclavitud era puramente práctica. Permitir votar a la gente reducía el número de revoluciones, y dejarles trabajar a cambio de un sueldo incrementaba su nivel de productividad en comparación con cuando se los consideraba propiedades personales.[425] El mandato de la competencia combinaba de manera óptima el trabajo humano con los recursos naturales

de la tierra. Las instituciones políticas debían proteger las rutas que acercaban los factores de producción móviles a los inmóviles, sin tratar de «organizarlos».[426] Mises albergaba la firme creencia de que los principios económicos eran el fundamento más racional para la organización humana del mundo, sin dejar de ser profundamente consciente del poder de lo que entendía como su adversaria: la organización política nacional. Para él, la auténtica guerra no era la que se libraba entre países o imperios individuales, sino entre la economía mundial y la nación como formas de organización humana.

Si la lucha se libraba entre el principio de la economía mundial y la nación, Mises creía que el resultado de la Gran Guerra había reforzado la posición de esta última. La disolución del Imperio de los Habsburgo había redibujado el mapa regional. Bulgaria y Rumanía expandieron ampliamente su territorio, y Austria y Hungría, los antiguos líderes imperiales, se convirtieron en Estados nación independientes. Polonia, Checoslovaquia y el Estado de eslovenos, croatas y serbios se crearon de la nada. Este último, tras fusionarse con Serbia en 1922, se convirtió en el nuevo Estado (multinacional) de Yugoslavia. Como afirmó cierto economista en 1929, la reorganización de la posguerra había «troceado en segmentos el organismo económico que existía con los Habsburgo».[427] Austria se vio completamente aislada del interior del país y repleta de funcionarios germanoparlantes de las provincias.[428]

La resolución de la cuestión de las nacionalidades tras 1918 enfureció a Mises. En lugar de dársele respuesta, se había complicado el problema aún más. El principio de la autodeterminación nacional se había leído en términos económicos, lo que había acarreado consecuencias desastrosas. En 1927, Mises observó amargamente que «el principio de la autarquía nacional suma partidarios a cada día que pasa. Incluso países con apenas unos pocos millones de habitantes, como Hungría y Checoslovaquia, se afanan por independizarse del resto del mundo mediante una política

arancelaria alta y prohibiciones a las importaciones».[429] Lo que se había perdido era la complementariedad del Imperio de los Habsburgo como prototipo de una división del trabajo entre poblaciones humanas diversas. Los contemporáneos calificaron esa pérdida de la unidad política y económica del imperio como «el enigma del Danubio», que consistía en lo siguiente: ¿cómo se podían mantener vínculos mutuamente beneficiosos de interdependencia económica tras el fin de los imperios? Algunos incluso preguntaron «si no era más deseable dejar intacto el Estado austrohúngaro en lugar de destruirlo».[430]

En una conferencia que dio en el Instituto Universitario de Rappard, el propio Robbins describió el fin del Imperio de los Habsburgo como un ejemplo negativo de descolonización y un relato aleccionador para el Reino Unido. «La organización económica de la Austria anterior a la guerra, especialmente de Viena, satisfacía con entusiasmo las necesidades de la amplia superficie del antiguo Imperio austriaco. De repente, como de la noche a la mañana, la mayor parte de ese mercado se encontró aislada por culpa de aranceles casi prohibitivos. La división territorial del trabajo de la cuenca del Danubio quedó destruida por el particularismo nacionalista». Una posible solución habría consistido, sugirió, en «alguna forma de constitución federal que hubiese evitado la desintegración presagiada».[431]

Mises empezó a redactar aquella constitución federal en 1938, y en 1940 se puso a trabajar en ella a fondo. Esperaba que su propuesta contrarrestara lo que veía como el fracaso institucional del mundo tras Versalles, Saint-Germain-en-Laye y Trianón. Escribía desde su nuevo hogar en la ciudad de Nueva York, un apartamento de alquiler controlado en la Calle 96 y la Avenida West End en el Upper West Side, donde pasaría el resto de su vida.[432] Su trabajo se centró en Europa Central Oriental. Al ver la «anarquía» desencadenada a raíz de la disolución de los Imperios de los Habsburgo y otomano, propuso una nueva Unión Democrática del Este (UDE), que abarcaría una enorme franja de territorio, desde el Báltico hasta el

Adriático, el Egeo y el mar Negro, desde las fronteras orientales de Suiza e Italia hasta las fronteras occidentales de Rusia. La UDE comprendería a todas las naciones independizadas tras la Primera Guerra Mundial, desde Letonia hasta Yugoslavia, así como a partes multinacionales de los Estados alemanes e italianos, como Silesia y Fiume. En total, «incluiría aproximadamente 1.800.000 kilómetros cuadrados con en torno a 120 millones de personas que se comunicaban en 17 idiomas diferentes».[433]

El principio fundamental de la UDE era la separación de las políticas económica y cultural. La gente tendría total libertad de circulación, comercio y empleo dentro del territorio, gobernado desde un parlamento centralizado en Viena con un «presidente electo o un gobernante hereditario». Evocando las prácticas tutelares de la Comisión de Mandatos, la Sociedad de Naciones nombraría al presidente y al gabinete iniciales, que más tarde se reemplazarían mediante una votación basada en el sufragio universal. Una versión de la propuesta que Mises escribió en 1938 recordaba aún más tanto al modelo de mandato como a la forma de supervisión financiera que practicaba la Sociedad en Austria; Mises sugirió que «ingleses y franceses» ocupasen con carácter permanente ciertos puestos administrativos y que el idioma oficial fuera el inglés o el francés.[434] En la década de 1920, Mises dio el visto bueno al modelo de mandatos, escribió que «a la Sociedad de Naciones se le debe conferir autoridad suprema en lo que respecta a la administración de todos los territorios de ultramar en los que no exista un sistema de gobierno parlamentario» y pidió que todas las colonias se convirtieran en mandatos a modo de transición a la autodeterminación.[435]

Mises no se oponía a la intervención supranacional, siempre y cuando esta sirviera para preservar un orden capitalista mundial fundamentado en el libre comercio y la propiedad privada. Cuando en 1932 Austria se vio obligada a aceptar que la Sociedad de Naciones le hiciera un préstamo con condiciones punitivas, Mises subrayó su potencial pedagógico: «Las duras

condiciones del préstamo pueden contribuir a que el conjunto de la población entienda que la política económica que se ha venido practicando en los últimos años nos ha abocado a una situación en la que realmente no vemos más salida que aceptar la clase de subyugación que nos impone este préstamo».[436] En aquel caso, la Sociedad era el mecanismo de una inquebrantable racionalidad económica que, al parecer, burlaban las políticas de la Viena Roja. Con el reparo de la condicionalidad de la Sociedad, «se deben poner en práctica lo antes posible las medidas de frugalidad que siempre se han retrasado o saboteado aunque hace mucho tiempo que la economía las necesita».[437] En 1944 Mises fue aún más franco al escribir que el pacto para renovar la Sociedad «debía recoger una rígida limitación a los derechos soberanos de cada país». Las medidas que afectan a las deudas, los sistemas monetarios, los impuestos y otros asuntos de importancia tienen que ser administradas por tribunales internacionales, y sin una fuerza policial internacional, no se podría llevar a cabo ese plan. Para que los deudores paguen se debe emplear la fuerza».[438] Para Mises, la Sociedad debía tener la capacidad de funcionar como un guante de hierro para la mano invisible del mercado.

La propuesta de Mises sobre la UDE pretendía materializar una versión sólida del sueño de la Sociedad para la mitad oriental de Europa mediante la radical reducción de lo que Rappard llamó el «dogma de la soberanía nacional».[439] Su solución al problema de la nacionalidad era novedosa. Mises permitía la persistencia de todos los avíos de la nación, como banderas, himnos, sellos postales y «monedas de cada Estado miembro, acuñadas con los símbolos nacionales».[440] La gente tendría libertad para desarrollar su propia cultura nacional y representarla en el extranjero. El espinoso problema de la educación, que había sido importante en el antiguo Imperio de los Habsburgo, se solucionaría mediante un programa que anticipara directamente las exigencias de los neoliberales y conservadores estadounidenses de la época. Todos los colegios serían privados y los

ciudadanos recibirían un pago único, en forma de lo que ahora se llaman cupones, para gastar en educación.[441] Los grupos lingüísticos podrían fundar una escuela en cualquier parte del territorio donde hubiera masa crítica para crearla.

La UDE de Mises, que este incluyó como el capítulo culminante de su libro *Gobierno omnipotente*, de 1944, daba forma institucional a su concepción de las naciones, que para él eran proteicas y no estaban ancladas a ningún territorio en particular.[442] Además, a su juicio, resolvía el problema de las minorías, que había atormentado a la Sociedad de Naciones. Lo más llamativo de su modelo es la cuestión de la visibilidad. Las naciones constituyentes de la unión portarían todas las marcas externas de la soberanía, pero esta sería ornamental y estaría absolutamente debilitada por la autoridad del gobierno central. Quien visitara el territorio vería la superficie, pero no la unión económica subyacente. «Ni verán la UDE —escribió Mises— ni podrán conocer a sus agentes».[443] De acuerdo con esa idea de un ámbito económico invisible que se ha analizado en el capítulo 2, el gobierno de la economía abierta no resultaría visible para la gente. Únicamente se vería a los representantes de la política nacional, pintorescos pero carentes de autoridad. Un doble gobierno serviría como prototipo de federación supranacional. Era fundamental que existieran el libre comercio y la libre circulación de trabajadores supervisados por un Estado central fuerte, pues permitiría un panorama cambiante de instituciones nacionales y culturales descentralizadas que seguirían siendo secundarias. El Imperio de los Habsburgo de Mises renacido para el siglo XX era, en primer lugar, un gobierno invisible de la economía y, en segundo lugar, un gobierno visible de naciones castradas.

En 1945, Hayek respaldó la idea de Mises. Expresó «algunas reservas sobre si la división del [Imperio de los Habsburgo] en nueve Estados nacionales independientes era una solución del todo afortunada» y propuso, en su lugar, agrupar a las naciones en una federación en la que «se limitara

el poder de los Estados nacionales en beneficio de alguna organización central». Con el tiempo podría traspasarse el poder, lo que conduciría, en el más optimista de los casos, a «algo similar a una Suiza de Europa del Este».[444] De acuerdo con el principio de nacionalismo restringido de la Escuela de Ginebra, la clave era la limitación de la soberanía nacional. No se debía permitir que el Estado nación fuese completamente independiente.

Röpke, *dominium* e *imperium*

Hayek, Robbins y Mises fueron quienes en las décadas de 1930 y 1940 ofrecieron las concepciones más radicales de la federación neoliberal. Sus diseños dotaban de protección institucional a lo que Bonn llamaba el imperio económico invisible del libre comercio y la libre circulación de capitales. Aunque Röpke, colaborador suyo, no entraba en tantos detalles, en 1942 escribió de manera similar sobre «la necesidad de una auténtica unión mundial, cuya estructura debe ser federal de verdad, es decir, debe estar compuesta por subgrupos regionales y continentales».[445] Extrapoló a la escala global el caso de Suiza, a la que admiraba desde hacía poco, para imaginar un mundo en el que los Estados nación funcionaran como «cantones».[446] En la primavera de 1945, Röpke retomó la idea de la federación en un libro cuyas páginas finales sugerían que la solución a la cuestión alemana era la descentralización del Estado de Bismarck en una estructura federal.[447] Hayek elogió la propuesta de Röpke en la introducción del libro. Señaló que una federación de libre comercio negaría a Alemania la «autosuficiencia industrial y agrícola en la que descansaba su potencial de guerra económico» y abocaría al país «a un alto grado de especialización en aquellos sectores desde los que más podía contribuir a la prosperidad del mundo y, al mismo tiempo, volverse dependiente del intercambio constante con otros países en beneficio de su propia prosperidad». Mientras se garantizase el libre comercio, la demanda del mercado mundial funcionaría como «el único tipo de control que no se

podía eludir en secreto».[448] Se volvía a respaldar la federación como el corolario político de la fuerza de orden disciplinaria económica, supuestamente anónima, de los flujos de comercio y capital.

Aunque en 1939 Röpke propuso en Ginebra un curso titulado «Economía de la Federación Internacional», antes de 1945 no trazó planes supranacionales tan concretos como los de Mises, Robbins o Hayek.[449] Incluso en el punto álgido del entusiasmo intelectual por los planes de reordenación internacional, Röpke hacía desdeñosos comentarios al margen sobre los «nobles planes para una comunidad mundial de Estados que se están trazando por todas partes».[450] Al mismo tiempo, sus textos anteriores a 1945 aportan ideas fundamentales sobre la imaginación neoliberal del mundo posimperial. En su libro de 1942, *International Economic Disintegration* (Desintegración económica internacional), que fue la culminación del proyecto iniciado en 1936 en Annecy, Röpke expuso una dinámica que recuerda a Robbins y Hayek, porque defendía que el orden internacional se había visto debilitado por las tergiversadoras reivindicaciones de grupos de interés a los que había otorgado poder la democracia popular. Röpke resumió esa cuestión en el Coloquio Walter Lippmann diciendo: «No basta con decir que el nacionalismo económico es el resultado de la falta de inteligencia de los líderes: son los intereses económicos y los grupos profesionales los que desarrollan las políticas nacionalistas, son los grupos de interés los que disuelven el Estado».[451]

Anticipándose varias décadas a la teoría de la elección pública, Röpke se inspiró en el trabajo contemporáneo de los ordoliberales alemanes Walter Eucken y Franz Böhm al explicar el nacionalismo económico como el resultado de una estrategia política según la cual los funcionarios electos abrazaban el pluralismo para comprar votos con sus políticas: subsidios prometedores, empleos, aumentos salariales, beneficios fiscales y aranceles para los grupos de interés a cambio de su apoyo político. La difusión del sufragio masculino universal tras la Primera Guerra Mundial disparó esa

dinámica y convirtió a los Estados en un «botín» (*Beute*) que había que repartir entre los vociferantes grupos de interés. Asediadas por las exigencias de protección comercial, salarios altos y prestaciones sociales, las economías nacionales se volvieron lentas e inmunes al empuje y atracción de la demanda mundial. Bajo las condiciones de la democracia de masas, el Estado se debilitó y se dividió a nivel interno al tratar de complacer simultáneamente a todos los grupos nacionales. Los Gobiernos intentaron contrarrestar de manera excesiva aquella situación con ideas de autarquía y autosuficiencia, así como con salvajes promesas de pleno empleo. Los países industriales protegieron la agricultura, y los países agrícolas estimularon la industria; así, los Estados se alejaron aún más de aquello que mejor hacían desde el punto de vista económico.

Röpke creía que los grupos de interés y las masas se valían de los Estados nacionales como armas con las que destruir la unidad de la economía mundial y debilitar los fundamentos de la prosperidad humana. En su conferencia inaugural en el Instituto Universitario de Ginebra, expuso su tesis de que «la planificación a escala nacional y el desorden a escala internacional no solo son fenómenos paralelos, sino que están conectados a nivel causal».[452] El principio de la economía mundial chocaba frontalmente con el de la nacional. Röpke se inspiró en Eucken al referirse a las exigencias de los grupos de interés de favores económicos como la «politización» (*Politisierung*) de la esfera económica.[453] Robbins usó el término alemán para describir el efecto que tenía la planificación nacional en las relaciones económicas internacionales.[454] Ya en 1932 Eucken había usado la palabra para hablar de que el Estado se estaba convirtiendo poco a poco en un «Estado económico […] cuyas acciones se vuelven dependientes de la voluntad de los grupos económicos que lo utilizan poco más o menos que como una herramienta».[455] Tanto Eucken como Röpke hicieron referencia a una «degeneración» de la relación entre economía y Estado. Eucken escribió que, bajo la presión de «la democratización del

mundo, que había provocado que se desaten en las naciones fuerzas demoniacas», la política económica «se disuelve en una masa de medidas, cada una de las cuales está vinculada a los deseos de varios grupos de poder económicos y pone de manifiesto una ausencia total de sistema (*Systemlosigkeit*), en lugar de un pensamiento o voluntad unificadora».[456]

De acuerdo con Eucken y Röpke, el nacionalismo económico no era una histeria irracional o un artefacto de manipulación psicológica, sino un intento racional por parte de los diversos grupos que integraban una nación de usar su influencia política —ya sea electoral o de otro tipo— para garantizar que el Estado les conceda las mayores ventajas económicas posibles. Esa presión no se lograría contrarrestar mediante la mera persuasión o con una argumentación superior. Requeriría un acto de voluntad estatal. En 1942, Röpke, valiéndose de una metáfora marcial para describir la tarea, escribió que «la fortaleza de la política proteccionista estadounidense solo se puede conquistar tras haber conquistado la del New Deal, tras la supresión de todas las teorías de la "economía madura", del "gasto deficitario" y el "pleno empleo", y una vez se haya refrenado el monstruoso mal uso que hacen del poder los grandes grupos de interés, entre los que se encuentran los agricultores y los sindicatos».[457] Para contrarrestar los efectos del nacionalismo económico —y refrenar el poder de los agricultores y de los sindicatos— había que volver a arrebatarles el Estado a las masas. Como veremos en el capítulo 6, Eucken y su colaborador Franz Böhm se refirieron a esto como la necesidad de crear una «constitución económica». Tomaron la frase directamente del jurista conservador Carl Schmitt y describieron la constitución económica como una «decisión política total sobre el ordenamiento de la vida económica nacional».[458]

Eucken y Böhm, ordoliberales, no se fijaban apenas en la escala internacional, pero Röpke, ampliando la escala de sus ideas en dirección ascendente, afirmó que lo que se necesitaba para salvar el orden económico

mundial tras el fin de los imperios era un Estado fuerte. Durante un debate sobre el colonialismo que tuvo lugar en el Coloquio Walter Lippmann, Röpke, en términos algo crípticos, afirmó: «Debemos estudiar la verdadera relación que existe entre la política imperialista y el papel de la empresa privada, y plantearnos si la cuestión fundamental es si, para que existiera un sistema bien ordenado, no se podría reemplazar la gestión extensiva por una gestión intensiva».[459] Lo que podría haber querido decir con esa contraposición se entiende con mayor claridad en una carta que escribió a Marcel Van Zeeland, que también había asistido al coloquio:

> Es posible que, en mi opinión del «Estado fuerte» (*le gouvernment qui gouverne*), yo sea incluso «más fascista» [*faschistischer*] que usted, porque, de hecho, me gustaría que todas las decisiones de política económica se concentrasen en manos de un Estado totalmente independiente y vigoroso al que no debilite ninguna autoridad pluralista de tipo corporativista […]. Ansío que la fuerza del Estado estribe en la *intensidad* de sus políticas económicas, no en su *amplitud*. Cómo debe diseñarse la estructura jurídica constitucional de tal Estado es una cuestión para la que no tengo una propuesta patentada que ofrecer. Coincido con usted en que las viejas fórmulas de democracia parlamentaria han demostrado ser inútiles. La gente debe acostumbrarse al hecho de que existe también una democracia presidencial, autoritaria y, sí, incluso —*horribile dictum* [horrible de decir]— dictatorial.[460]

Röpke planteaba aquí la posibilidad de que pudieran ser necesarias —o resultar, al menos, concebibles— formas de gobierno autoritario para contrarrestar la degeneración de la política económica provocada por la democracia de masas. Como opinaban Robbins y Hayek, solo una autoridad así de poderosa, que estuviera al margen de la influencia de los grupos de interés, podría proteger las condiciones del libre intercambio mundial que hasta 1914 habían favorecido el sistema de imperios y el patrón oro.

Como hemos visto en la introducción, Röpke ofrecía categorías del derecho romano que resultaban útiles para explicar el orden que el Estado fuerte necesitaba restablecer. En un breve artículo de 1934 que defendía que el propio capitalismo era antiimperialista si se entendía de la manera correcta, sostuvo que la doctrina de la geopolítica solía confundir los principios de *imperium* y *dominium*.[461] Desarrolló esta idea en 1942,

diciendo que una de las controversias del nacionalismo económico era que «la dominación política (*imperium*) es necesaria para la explotación económica (*dominium*)».[462] En las categorías de *dominium* —o lo que cierto académico llama «el gobierno de las cosas»— e *imperium* —«el gobierno de las personas»—, Röpke aportaba conceptos legales para la cosmovisión liberal.[463] «*Imperium* y *dominium* son dos entidades separadas —continuó—, pero únicamente en un mundo liberal. En un mundo como ese, las fronteras políticas apenas revisten importancia económica, ya que el mercado mundial es más o menos uniforme y las oportunidades de compra-venta que ofrece son prácticamente iguales para todos, con independencia de las fronteras y la nacionalidad».[464] De esa manera, Röpke explicitó aquello que Eucken describía como «la separación liberal de las esferas del Estado y de la economía», que la Primera Guerra Mundial y el posterior nacionalismo económico habían destruido.[465]

Las categorías de Röpke sugerían que el capitalismo engendraba un doble mundo. El orden neoliberal ideal mantendría el equilibrio entre esas dos esferas mundiales. Aquellas categorías dotaban de sustancia a lo invisible. La delimitación del doble mundo se correspondía con el doble gobierno imaginado por los neoliberales: coexistirían un mundo de economía y propiedad y un mundo de naciones. En el mundo liberal ideal, nadie confundiría las líneas del mapa con marcas significativas en el mundo del *dominium*. Para salvaguardar la constitución económica del mundo haría falta un Estado fuerte, que fuese inmune a las presiones de la influencia democrática.

* * *

En 1937, Walter Lippmann escribió que «la buena sociedad carece de diseño arquitectónico. No tiene planos».[466] Se inspiró ampliamente en el trabajo de Mises y Hayek, que dos años antes habían escrito que «no estamos equipados en términos intelectuales para mejorar mediante la

“planificación” el funcionamiento de nuestro sistema económico».[467] Por irónico que resulte, la respuesta de los neoliberales a esa idea fue ponerse de inmediato a elaborar diseños, anteproyectos y planes, no a escala nacional, sino a escala regional y mundial. Los planes de federación de Hayek, Robbins y Mises se diseñaron como profilaxis, y se utilizaron las instituciones para contener de manera deliberada el surgimiento de las exigencias de los grupos de interés. Uno de los grupos de interés más críticos que había que contener era la propia nación.

En este capítulo he defendido que el neoliberalismo nació, en parte, como una crítica a la soberanía nacional. Para los neoliberales, las naciones eran cambiantes, provisionales y no podían reivindicar ningún pedazo de tierra. Las identificaciones políticas que inspiraban las naciones alteraban el equilibrio entre la esfera económica y la política, puesto que quienes participaban en las democracias tenían la imprudencia de transformar presupuestos gubernamentales en depósitos de enriquecimiento personal. En el capítulo 2 he sostenido que el neoliberalismo fue una crítica a la arrogancia de creer en la omnipotencia. En este he defendido que fue asimismo una crítica de lo que veían como un nuevo acto de descomunal arrogancia humana: la creencia de que las sociedades pueden desarrollar sus propias leyes.

¿Qué proponían los neoliberales frente a la nación? No solo la economía mundial, sino también a las personas. William H. Hutt, economista de la LSE, acuñó en 1931 el término «soberanía del consumidor». Hayek lo adoptó en 1935 y Bonn lo empleó en 1933. En opinión de Hutt, planteaba una solución a las reivindicaciones de soberanía nacional. Como daba a entender el término, lo que era soberano no era el Estado nación representado por las legislaturas, sino la gente que vivía en él. Hayek escribió que los socialistas, que distribuían los recursos desde arriba, exigían la «abolición de la soberanía del consumidor».[468] Como Carl Menger, su antecesor austriaco, opinaba que la auténtica fuerza creativa de

la economía radicaba en aquellos que aceptan o rechazan un precio y que, al rechazarlo, generan uno nuevo. En una época en que los Estados nación reivindicaban cada vez más algo llamado «soberanía», Hayek se apropió del término y lo trasladó de la nación al consumidor. Cuando la autodeterminación nacional se estaba convirtiendo en la expresión de moda en el mundo entero, Hayek reafirmó la noción de autodeterminación individual del consumidor.

Sin embargo, la aparente disolución del Estado al nivel fragmentado del consumidor soberano siempre fue una ilusión. Para Hayek, la soberanía del consumidor individual solo era posible gracias a la superestructura de la federación. Atacar el nacionalismo económico y monetario no transfería el poder a la gente, sino que dividía la soberanía entre el consumidor y el superestado. En las décadas de 1930 y 1940, los intelectuales neoliberales persiguieron la desnacionalización como un programa, algo que reemplazara al imperialismo y refrenara las perturbadoras fuerzas de la nación, que estaba en auge. La solución con la que dieron los neoliberales para resolver los problemas conjuntos de la democracia de masas, la proletarización y el nacionalismo económico fue la desnacionalización del gobierno. En variaciones sobre el debate generalizado sobre el gobierno mundial y el federalismo, Hayek, Robbins y Mises propusieron lo que en ocasiones denominaron «doble gobierno», según el cual la gestión de los asuntos económicos se separaría de la de los culturales, y la economía se despolitizaría mediante una forma de Estado supranacional.

Aunque se diseñara con escasas —e incluso nulas— aportaciones de los propios neoliberales, el orden internacional de la posguerra materializó algunas de las exigencias del doble gobierno. Pese al triunfo del principio de la soberanía nacional (en ocasiones, tras largas luchas de descolonización), la mayor parte del mundo se ciñó a un marco económico supervisado por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT). El FMI, creado

en 1944 junto con el Banco Mundial, contribuía a garantizar tipos de cambio relativamente estables y la posibilidad de convertir dinero de una moneda a otra. El GATT, firmado en 1947, trabajaba en pro de la idea de libre comercio y, en palabras del acuerdo, de la «reducción de aranceles y otras barreras comerciales, así como de la eliminación del trato discriminatorio en el comercio internacional». Al mismo tiempo, esa apariencia de gobierno económico mundial dejaba mucho que desear desde un punto de vista neoliberal. El acuerdo GATT empezaba declarando que su objetivo era «garantizar el pleno empleo», una de las principales pesadillas de los neoliberales. Y, aunque el FMI estaba diseñado, en parte, para exponer a las naciones a la disciplina del mercado mundial, su innovación consistió en permitir a los países aislarse de los caprichos de la especulación internacional y de los llamados flujos de dinero caliente. La autonomía para la adopción de políticas —la capacidad de adaptar la política económica en favor del estado de bienestar— fue el sello distintivo de los denominados Acuerdos de Bretton Woods.

Los Acuerdos de Bretton Woods hicieron realidad algunas partes del sueño neoliberal, aunque en otros sentidos se apartaban de él de forma radical. Causa de mayor preocupación fue la transformación de la Sociedad de Naciones, la autoridad mundial predominante, en la Organización de las Naciones Unidas. La ONU, que se basa en el principio de «un país, un voto», marcaría precisamente el comienzo de la politización de la actividad económica que se afanaban por evitar las concepciones neoliberales de la federación. Los grupos de interés del norte global y más aún del sur global, donde los nuevos países buscaban la autodeterminación al margen del modelo de mandato de supervisión, arruinarían la fantasía del renacimiento del Imperio británico de puertas abiertas en una federación mundial de puertas abiertas. Una de las aportaciones más perjudiciales para al lenguaje del gobierno mundial tras 1945 fue la difusión de la idea de los derechos humanos. Como veremos, los neoliberales se sumaron a la campaña para

refrenar las exigencias de derechos sociales y económicos, institucionalizando un régimen global paralelo en el que los sujetos paradigmáticos con derechos fuesen los inversores y las empresas, en lugar de los ciudadanos o los refugiados.

---

[344] «Nobel-Prize Winning Economist», entrevista de historia oral con F. A. Hayek, Oral History Program, UCLA, 1983,º https://archive.org/details/nobelprizewinnin
00haye.

[345] Richard M. Ebeling, ed., *Globalization: Will Freedom or Global Government Dominate the International Marketplace?*, Hillsdale, Michigan: Hillsdale College Press, 2002.

[346] Peter J. Boettke y Christopher J. Coyne, eds., *The Oxford Handbook of Austrian Economics*, Nueva York: Oxford University Press, 2015.

[347] «Fisher Appeals for World Union», *The New York Times*, 1 de septiembre de 1941.

[348] Wilhelm Röpke, *German Commercial Policy*, Londres: Longmans, Green and Co., 1934, pp. 83-84.

[349] Michel Foucault, *The Birth of Biopolitics: Lectures at the Collège de France, 1978-79*, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2008, p. 167.

[350] Michael A. Heilperin, *International Monetary Organisation*, París: League of Nations International Institute of Intellectual Cooperation, 1939, p. 16.

[351] *Ibid.*

[352] Eugene Staley, *World Economy in Transition*, Nueva York: Council on Foreign Relations, 1939, p. 35.

[353] Coloquio Walter Lippmann, *Compte-Rendu des séances du Colloque Walter Lippmann*, del 26 al 30 de agosto de 1938), vol. 1 de *Travaux du centre international d'études pour la renovation du libéralisme*, París: Libraire de Médicis, 1938, p. 64.

[354] Ludwig Mises, *Nación, estado y economía. Contribuciones a la política y a la historia de nuestro* tiempo, Madrid: La Unión, 2010, traducido por Juan Marcos de la Fuente.

[355] Para leer una historia fiable de los mandatos, ver Susan Pedersen, *The Guardians: The League of Nations and the Crisis of Empire*, Nueva York: Oxford University Press, 2015. Para leer un análisis perspicaz que describe los mandatos como la «economización del gobierno», ver Antony Anghie, *Imperialism*, *Sovereignty, and the Making of International Law*, Nueva York: Cambridge University Press, 2007, cap. 3.

[356] William E. Rappard, *The Geneva Experiment*, Londres: Oxford University Press, 1931; William E. Rappard, «The Beginnings of World Government», en *Problems of Peace: Fifth Series*, ed. Geneva Institute of International Relations, Londres: Oxford University Press, 1931, p. 3.

[357] Sociedad de Naciones, *The State and Economic Life: A Record of a Second Study Conference Held in London from May 29 to June 2, 1933*, París: International Institute of Intellectual Cooperation, 1934, p. 16.

[358] Para más detalles, ver Susan Howson, *Lionel Robbins*, Nueva York: Cambridge University Press, 2011, pp. 237-244; Patricia Clavin, «'A Wandering Scholar' in Britain and the USA, 1933-45: The Life and Work of Moritz Bonn», en *Refugees from the Third Reich in Britain (Yearbook of the Research Centre for German and Austrian Exile Studies)*, ed. Anthony Grenville, Ámsterdam: Editions Rodopi B.V., 2003, p. 27.

[359] Moritz J. Bonn, *Wandering Scholar*, Nueva York: John Day Co., 1948, p. 82.

[360] Sobre el foco desarrollista de Dernburg en las empresas e infraestructuras, ver Bradley D. Naranch, «'Colonized Body,' 'Oriental Machine': Debating Race, Railroads and the Politics of Reconstruction in Germany and East Africa, 1906-1910», *Central European History* 33, n.º3 (2000): pp. 299-338.

[361] Bonn, *Wandering Scholar*, p. 117; ver Moritz Julius Bonn, *Nationale kolonialpolitik*, Múnich: Rieger, 1910.

[362] Para más detalles, ver Stuart Ward, «The European Provenance of Decolonization», *Past and Present* 230, n.º 1 (2016): pp. 233-246. Todd Shepard cita precedentes, pero reconoce que «la que caló fue la reintroducción del término en inglés de Bonn». Todd Shepard, *The Invention of Decolonization: The Algerian War and the Remaking of France*, Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2006, p. 5. La conferencia de Bonn se publicó como «The Age of Counter-Colonisation» (La era de la contracolonización), *International Affairs* 13, n.º 6 (1934): pp. 845–847.

[363] Moritz J. Bonn, «Union Now?», *World Affairs*, julio de 1948, p. 251.

[364] Detlev Peukert, *Max Webers Diagnose der Moderne*, Göttingen: Vandenhoeck und Ruprecht, 1989, p. 112.

[365] Mary Nolan, *The Transatlantic Century: Europe and America, 1890–2010*, Nueva York: Cambridge University Press, 2012, pp. 118-142.

[366] Bonn, «The Age of Counter-Colonisation», p. 846.

[367] Moritz J. Bonn, «International Economic Interdependence», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 175 (1934): pp. 156-165.

[368] Moritz J. Bonn, *The Crumbling of Empire: The Disintegration of World Economy*, Londres: Allen and Unwin, 1938, p. 203.

[369] Bonn, «International Economic Interdependence», p. 156.

[370] Bonn, *Wandering Scholar*, p. 319. Ver John Maynard Keynes, «National Self-Sufficiency», *Yale Review* 22, n.º 4 (junio de 1933): pp. 755-769.

[371] Bonn, *The Crumbling of Empire*, p. 8.

[372] Wilhelm Röpke, *International Economic Disintegration*, Londres: William Hodge and Co., 1942, p. 13.

[373] Moritz J. Bonn, «Planning for Peace», *American Economic Review* 30, n.º 1 (1940): p. 276.

[374] Citado en Howson, *Lionel Robbins*, p. 279.

[375] «An Economist's Manifesto», *The Economist*, 15 de mayo de 1937.

[376] Lionel Robbins, *Economic Planning and International Order*, Londres: Macmillan, 1937, p. 67.

[377] Coloquio Walter Lippmann, *Compte-Rendu des séances*, p. 60.

[378] Robbins, *Economic Planning*, p. 126.

[379] Sociedad de Naciones, *The State and Economic Life*, p. 90.

[380] Clarence K. Streit, *Union Now: A Proposal for a Federal Union of the Democracies of the North Atlantic*, Nueva York: Harper and Bros., 1939. *The New Commonwealth Quarterly* se creó en 1932 para debatir modelos alternativos de federación y unión. Ver David Davies, *New Commonwealth versus the Round Table*, Londres: New Commonwealth, 1935. Para leer un resumen enciclopédico de esos debates, ver Joseph Preston Baratta, *The Politics of World Federation*, 2 vols., Westport, Connecticut: Praeger, 2004.

[381] Robbins, *Economic Planning*, p. 247.

[382] *Ibid.*

[383] *Ibid.*, p. 128.

[384] *Ibid.*, p. 124.

[385] *Ibid.*, p. 248.

[386] *Ibid.*, p. 37.

[387] *Ibid.*, p. 262.

[388] *Ibid.*, p. 210.

[389] Or Rosenboim, «Barbara Wootton, Friedrich Hayek and the Debate on Democratic Federalism in the 1940s», *International History Review* 36, n.º 5 (2014): pp. 903, 906.

[390] F. A. Hayek, «Economic Conditions of Inter-state Federalism», *New Commonwealth Quarterly* 5 (1939): p. 133.

[391] *Ibid.*, p. 139.

[392] *Ibid.*, p. 135.

[393] *Ibid.*, p. 143.

[394] *Ibid.*, p. 139.

[395] Robbins, *Economic Planning*, p. 217.

[396] Para leer sobre la historia de esta alegoría, ver Eric Hayot, *The Hypothetical Mandarin: Sympathy, Modernity, and Chinese Pain*, Nueva York: Oxford University Press, 2009.

[397] Robbins, *Economic Planning*, p. 326.

[398] Frederick Cooper, «The Dialectics of Decolonization: Nationalism and Labor Movements in Post-War French Africa», en *Tensions of Empire: Colonial Cultures in a Bourgeois World*, ed. Frederick Cooper y Laura Ann Stoler, Berkeley: University of California Press, 1997, pp. 406-435.

[399] Frederick Cooper, «Alternatives to Nationalism in French Africa, 1945-1960», en *Elites and Decolonization in the Twentieth Century*, ed. Jost Dülffer y Marc Frey, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2011, p. 116.

[400] F. A. Hayek, *Camino de servidumbre*, Madrid: Editoriales de Derecho Reunidas, S.A., 1950, traducido por José Vergara Doncel.

[401] Michael A. Heilperin, «Review: World Economic Development by Eugene Staley», *American Political Science Review* 39, n.º 1 (1945): p. 190.

[402] Hayek, *Camino de servidumbre*.

[403] La palabra «federación» no aparece ni en Bruce Caldwell, *Hayek's Challenge: An Intellectual Biography of FA Hayek*, Chicago: University of Chicago Press, 2004, ni en Alan O. Ebenstein,

Hayek's Journey: The Mind of Friedrich Hayek, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2003 ni en Edward Feser, ed., *The Cambridge companion to Hayek*, Nueva York: Cambridge University Press, 2006. Tampoco aparece en dos resúmenes recientes del movimiento intelectual neoliberal: ni en Angus Burgin, *The Great Persuasion: Reinventing Free Markets since the Depression*, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2012 ni en Daniel Stedman Jones, *Masters of the Universe: Hayek, Friedman, and the Birth of Neoliberal Politics*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2012. Solamente se menciona en una nota al pie en Alan O. Ebenstein, *Friedrich Hayek: A Biography*, Chicago: University of Chicago Press, 2001, p. 393. Para consultar textos recientes que revisen las ideas supranacionales de Hayek, ver Jorg Spieker, «F. A. Hayek and the Reinvention of Liberal Internationalism», *International History Review* 36, n.º 5 (2014): pp. 1-24; John Gillingham, *European Integration, 1950–2003*: *Superstate or New Market Economy?*, Nueva York: Cambridge University Press, 2003; Or Rosenboim, *The Emergence of Globalism: Visions of World Order in Britain and the United States, 1939-1950*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2017, cap. 5.

[404] Wolfgang Streeck, *Comprando tiempo: La crisis pospuesta del capitalismo democráti*co, Madrid: Katz Editores / Katz Barpal S. L., 2016, traducido por Gabriel Barpal y revisado por Alejandro Katz.

[405] «Nobel-Prize Winning Economist», 46.

[406] John Gray, *Black Mass: How Religion Led the World into Crisis*, Toronto: Anchor Canada, 2008, p. 177.

[407] Malachi Haim Hacohen, *Karl Popper, the Formative Years, 1902-1945: Politics and Philosophy in Interwar Vienna*, Nueva York: Cambridge University Press, 2000, p. 6.

[408] Paul Silverman, «Law and Economics in Interwar Vienna: Kelsen, Mises, and the Regeneration of Austrian Liberalism», tesis doctoral, Universidad de Chicago, 1984, p. 25.

[409] Ludwig Mises, *Erinnerungen*, Stuttgart: Gustav Fischer Verlag, 1978.

[410] Ludwig Mises, «Economic Nationalism and Peaceful Economic Cooperation (1943)», en *Money, Method, and the Market Process, ed. Richard Ebeling*, Norwell, Massachusetts: Kluwer Academic, 1990, pp. 161-164.

[411] Ludwig Mises, «Vom Ziel der Handelspolitik», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* 42, n.º 2 (1916): p. 580.

[412] *Ibid.*, 566.

[413] Ludwig Mises, *Socialismo: un análisis económico y sociológico*, Madrid: La Unión, 2003, traducido por Luis Montes de Oca.

[414] Ludwig Mises, *Nación, estado y economía*.

[415] *Ibid.*

[416] *Ibid.*

[417] Ludwig Mises, *Socialismo*.

[418] Ludwig Mises, *Nación, estado y economía*.

[419] *Ibid.*

[420] *Ibid.*

[421] *Ibid.*

[422] *Ibid.*

[423] Ludwig Mises, *Liberalismo*, quinta ed., Madrid: La Unión, 2008, traducido por Joaquín Reig Albiol y Juan Marcos de la Fuente.

[424] *Ibid.*

[425] *Ibid.*

[426] Mises, *Socialismo*.

[427] Benjamin H. Williams, «Review: Leo Pasvolsky, Economic Nationalism of the Danubian States», *American Journal of International Law* 23, n.º 2 (1929): p. 492.

[428] Kari Polanyi-Levitt, *From the Great Transformation to the Great Financialization: On Karl Polanyi and Other Essays*, Londres: Zed, 2013, pp. 27-28.

[429] Mises, *Liberalismo*.

[430] Max Sylvius Handman, «Review: Leo Pasvolsky, Economic Nationalism of the Danubian States», *Journal of Political Economy* 38, n.º 4 (1930): p. 488.

[431] Lionel Robbins, *The Economic Causes of War*, Londres: J. Cape, 1939, p. 79.

[432] Jörg Guido Hülsmann, *Mises: The Last Knight of Liberalism*, Auburn, Alabama: Ludwig von Mises Institute, 2007, p. 808.

[433] Ludwig Mises, «An Eastern Democratic Union: A Proposal for the Establishment of a Durable Peace in Eastern Europe (October 1941)», en *Selected Writings of Ludwig von Mises*, ed. Richard Ebeling, Indianápolis: Liberty Fund, 2000, p. 193.

[434] Ludwig Mises, «Guidelines for a New Order of Relationships in the Danube Region (1938)», en Ebeling, *Selected Writings of Ludwig von Mises*, p. 318.

[435] Mises, *Liberalismo*.

[436] Ludwig Mises, «An International Loan as the ‘Breathing Room’ for Austrian Economic Reform», en Ebeling, *Selected Writings of Ludwig von Mises*, p. 270.

[437] *Ibid.*, p. 268.

[438] «Letters from Citizen Readers», *Ottawa Citizen*, 19 de agosto de 1944.

[439] Rappard, *The Geneva Experiment*, p. 66.

[440] Mises, «An Eastern Democratic Union», p. 197.

[441] *Ibid.*, p. 196.

[442] Ludwig Mises, *Gobierno omnipotente: en nombre del estado*, Madrid: La Unión, 2002, traducido por Pedro Elgoibar.

[443] Mises, «An Eastern Democratic Union», p. 197.

[444] F. A. Hayek, «Nationalities and States in Central Europe», *Central European Trade Review* 3, n.º 3 (1945): pp. 49-52.

[445] Wilhelm Röpke, *The Social Crisis of Our Time*, Chicago: University of Chicago Press, 1950, p. 242. El libro se publicó originalmente como *Die Gesellschaftskrise der Gegenwart*, Zúrich: Eugen Rentsch Verlag, 1942.

[446] *Ibid.*, p. 236.

[447] Wilhelm Röpke, *The German Question*, Londres: Allen and Unwin, 1946, pp. 198-205.

[448] Hayek, en la introducción a Röpke, *The German Question*, p. 13.

[449] Wilhelm Röpke, «The Economics of International Federation (1939)», en *40ème anniversaire 1927-1967*, ed. Institut Universitaire de Hautes Etudes Internationales, Ginebra: Institut Universitaire de Hautes Etudes Internationales, 1967, pp. 95-96.

[450] Wilhelm Röpke, «Die internationale Wirtschaftsordnung der Zukunft: Pläne und Probleme», *Schweizer Monatshefte* 22, n.º 7 (octubre de 1942): p. 375.

[451] Coloquio Walter Lippmann, *Compte-Rendu des séances*, p. 65.

[452] Wilhelm Röpke, «International Economics in a Changing World», en *The World Crisis*, ed. Geneva Graduate Institute of International Studies, Londres: Longmans, Green and Co., 1938, p. 278.

[453] Wilhelm Röpke, «Wirtschaftssystem und internationale Ordnung: Prolegomena», *Ordo* 4 (1951): p. 275.

[454] Robbins, *Economic Planning*, p. 91.

[455] Walter Eucken, «Staatliche Strukturwandlungen und die Krisis des Kapitalismus», *Weltwirtschaftliches Archiv* 36 (1932): p. 307.

[456] *Ibid.*, pp. 307, 314.

[457] Röpke, «Die internationale Wirtschaftsordnung der Zukunft», p. 382.

[458] Walter Eucken, Franz Böhm y Hans Großmann-Doerth, prólogo a Franz Böhm, *Die Ordnung der Wirtschaft als geschichtliche Aufgabe und rechtschöpferische Leistung*, Stuttgart: W. Kohlhammer, 1937, xix.

[459] Coloquio Walter Lippmann, *Compte-Rendu des séances*, p. 58.

[460] Röpke a Marcel van Zeeland, archivo de Röpke, Instituto de Investigación Económica, Colonia, exp. 7; en cursiva en el original.

[461] Wilhelm Röpke, «Kapitalismus und Imperialismus», *Zeitschrift für schweizerische Statistik und Volkswirtschaft*, n.º 3 (1934): p. 384.

[462] Röpke, *International Economic Disintegration*, p. 96.

[463] Timothy Mitchell, *Rule of Experts: Egypt, Techno-Politics, Modernity*, Berkeley: University of California Press, 2002, p. 70.

[464] Röpke, *International Economic Disintegration*, p. 96.

[465] Eucken, «Staatliche Strukturwandlungen», p. 314.

[466] Walter Lippmann, *An Inquiry into the Principles of the Good Society*, Boston: Little, Brown and Co., 1937, p. 364.

[467] F. A. Hayek, «The Present State of the Debate», en *Collectivist Economic Planning*, ed. F. A. Hayek, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1935, p. 241.

[468] *Ibid.*

04

Un mundo de derechos

«El control de divisas en tiempos de paz debe considerarse en el derecho internacional un acto de agresión y una violación de los derechos humanos».

PHILIP CORTNEY, 1949

Hacia la mitad de *Camino de servidumbre*, el libro publicado en 1944 que le hizo famoso, F. A. Hayek incluyó una reflexión sobre los derechos humanos. Su objetivo era específicamente la extensa «Declaración de derechos», publicada en 1939 por el popular autor e intelectual H. G. Wells, una lista de once artículos entre los que se encontraban el derecho a la educación, a la alimentación, a la atención médica y al empleo.[469] Hayek no se oponía especialmente a los suministros materiales: su propuesta recogía algunos elementos de una red básica de seguridad social e incluso cierto gasto público contracíclico.[470] Como se lamentaron más tarde los libertarios, *Camino de servidumbre* defendía «la seguridad de unos ingresos mínimos» y «un sistema integral de seguridad social».[471] Lo que irritó a Hayek fue que Wells combinara el lenguaje de los derechos con un programa de toma de decisiones económicas centralizadas. Para Hayek, el debate sobre los derechos no podía funcionar junto a la gestión estatal de la producción y el trabajo. Si había categorías nebulosas como «el bienestar común» que pudieran anular la elección de empleo de la gente, los derechos individuales no podían existir.[472] Hayek defendía el lenguaje de los derechos individuales, siempre y cuando fuesen negativos: la libertad de

trasladar el trabajo y el capital adonde cada cual considerase conveniente. La lógica no se fundamentaba en el derecho natural, sino en el utilitarismo: las elecciones individuales motivadas por la competencia resolverían el enigma de la complejidad del mercado y garantizarían la mejor división posible del trabajo y la asignación de recursos.

En la década de 1930, Hayek y Wells se movieron en los mismos círculos británicos, una élite académica y cultural que se sentía obligada a reconsiderar los cimientos del mundo de la posguerra. Todos participaban del mismo sentido del deber en las élites austriacas, como Hayek, Mises, Hans Kelsen y Hersch Lauterpacht, educados para servir a un imperio que había desaparecido, y en las élites británicas, como John Maynard Keynes, Lionel Robbins, Edwin Cannan y James Meade, que querían reformar un imperio que aún vivía. Sus vínculos eran estrechos. Una de las redactoras de la declaración de Wells fue Barbara Wootton, amiga y colega de Hayek en el comité de economistas de la Unión Federal, cuyo artículo se inspiraba en el ahora famoso texto de Hayek sobre «federalismo interestatal» publicado en 1939, el *New Commonwealth Quarterly*.[473] Wells publicaba en la misma revista.[474] En los años anteriores y durante la guerra, Hayek participó en el intento general de los intelectuales públicos de Occidente de conceptualizar lo que en 1940 Wells llamó «el nuevo orden mundial» que se instauraría tras el conflicto global.[475] Cuando en 1947 Hayek convocó en Suiza a un grupo de intelectuales para formar la Sociedad Mont Pèlerin e inaugurar el movimiento intelectual neoliberal de la posguerra, operaba según ese mismo espíritu de globalismo visionario.[476]

Aunque los académicos suelen señalar que Hayek incluyó en su orden nacional normativo una red de seguridad, no miran más allá —ni más arriba — de la nación.[477] Como hemos visto en el capítulo 3, el plan de Hayek para el orden mundial descrito al final de *Camino de servidumbre* propone la federación internacional no como un complemento, sino como un antídoto para el estado de bienestar, que se estaba extendiendo. Su visión

nacional equilibraba los deberes estatales con los derechos negativos, pero su orden global se concentraba exclusivamente en estos últimos. Los poderes de una autoridad internacional, escribió, «deben ser capaces, ante todo, de decir "no"»: no a las trabas a la circulación de mercancías, capitales y personas y, por lo tanto, no a las protecciones a las industrias nacientes, al aumento de los impuestos para el gasto público y al aislamiento de los mercados laborales.[478] Resulta revelador que las dos transgresiones de los derechos individuales que cita Hayek estén relacionadas con las relaciones transnacionales. La primera era la expropiación de empresas de Europa Central, donde los propietarios se convirtieron de pronto en «minorías» extranjeras en las naciones sucesoras del desmoronado Imperio de los Habsburgo.[479] La segunda era el control del cambio de dinero de un tipo de moneda a otro y su traslado entre países, que Hayek llamó, con sorprendente vehemencia, «el avance decisivo en el camino hacia el totalitarismo y la supresión de la libertad individual».[480]

El lenguaje de Hayek sobre los derechos negativos y el poder de decir que no pueden dar la falsa impresión de que en su orden normativo global el Estado adopta una actitud pasiva o inactiva. Sin embargo, elaborar y garantizar un acuerdo de ese tipo requería un compromiso proactivo. El propio Hayek afirmó de manera explícita que el poder internacional necesitaba «una autoridad capaz de hacer cumplir [las] normas».[481] Aunque tras la guerra Hayek se desvinculó del orden internacional, no fue el caso de otros neoliberales. Como veremos, estos protestaron en contra de añadir los derechos sociales y económicos a la lista básica de derechos negativos, aunque sí que defendieran sus derechos económicos; sobre todo, el derecho a garantizar la seguridad de las inversiones extranjeras y mover el capital libremente de un país a otro. Al igual que Hayek, se centraron en que las principales infracciones de derechos eran la expropiación de la propiedad extranjera y los controles sobre la circulación de capitales.

Ayudaron a diseñar instituciones que protegiesen los «derechos negativos» del derecho a la no expropiación y al control del capital.

Para describir el particular sistema de derechos promovido por los neoliberales, tomo prestado un término de Hayek y los llamo «derechos *xénoi*». En su último libro publicado, Hayek habló de los *xénoi* o huéspedes-amigos de la época arcaica griega, «a quienes se garantizaba la admisión y protección individual dentro de un territorio extranjero». Hayek sugiere que esa práctica implicaba que «el comercio debía de haberse desarrollado en gran medida como una cuestión de relaciones personales».[482] En otra parte escribió que «se requieren normas que permitan determinar en cada momento el límite del ámbito protegido de cada cual y distinguir, así, entre el *meum* [lo que es mío] y el *tuum* [lo que es tuyo]».[483] La categoría de derechos *xénoi* nos ayuda a pensar en que la gente tiene derechos protegidos de paso y posesión segura de su propiedad y de su capital, con independencia del territorio. Es un derecho inherente al espacio económico unitario del *dominium*, en lugar de al espacio estatal fragmentado del *imperium*; sin embargo, precisa de la garantía de las instituciones políticas del *imperium*.

Para los neoliberales, el problema de la época de la posguerra era el mismo que asolaba a los Estados tras la Primera Guerra Mundial: la expansión desenfrenada de la democracia. En 1932, el ordoliberal Walter Eucken denunció «la democratización del mundo». Con aquello se refería al sufragio universal masculino de las naciones industrializadas, que acercaba la política a «la gente y sus pasiones, los grupos de interés y los caóticos poderes de las masas».[484] La era de 1945 propagó a nivel mundial lo que Wilhelm Röpke llamó la «rabia democrática».[485] A medida que las primeras colonias se independizaban de sus amos imperiales, las instituciones internacionales —y las Naciones Unidas, en particular— se convirtieron en espacios donde hacer reivindicaciones políticas.[486] Cuando el lema de «un hombre, un voto» se convirtió en «un país, un voto», las

naciones del sur global encontraron portavoces entre los mismos economistas socialdemócratas con quienes los neoliberales habían mantenido enfrentamientos en la década de 1930. Los liberales como Haberler y Alexander Loveday habían llevado la batuta en la primera Sociedad de Naciones, pero quienes reinaban en la joven ONU eran socialdemócratas como el sueco Gunnar Myrdal y los húngaros Nicholas Kaldor y Thomas Balogh. El nuevo lenguaje sobre «desarrollo» y el subcampo de la «economía del desarrollo» ayudaron a legitimar las exigencias mundiales de pleno empleo, los controles de capital y el derecho a nacionalizar los activos y recursos de propiedad extranjera. Como afirmó Röpke con sarcasmo, «entre los "derechos humanos" de hoy, tal y como los formula la ONU, se encuentra el derecho sagrado del Estado a expropiar una central eléctrica».[487]

Durante los primeros años de la posguerra, los neoliberales opinaban que habían ganado la guerra, pero que estaban perdiendo la paz. Cuando en 1947 se reunieron en Mont Pèlerin para hacer balance y debatir estrategias, Hayek sugirió que siguieran el ejemplo de los socialistas. Izquierdistas como los fabianos, con los que Hayek había cooperado en la Unión Federal y como profesor de la London School of Economics —fundada por miembros de la Sociedad Fabiana—, habían logrado cambiar los debates con el paso del tiempo, plasmando así la opinión y el poder públicos y materializando su visión. Los académicos han señalado que en la época de la posguerra los neoliberales comenzaron una «guerra de posiciones a largo plazo» según esa comprensión del poder de las ideas.[488]

Aunque se estuvieran preparando para una larga lucha, los neoliberales también participaron en «guerras de movimientos» a corto plazo. Este capítulo se centra en un caso específico y poco conocido del papel que jugaron los intelectuales neoliberales para ayudar a derrotar a la Organización Internacional de Comercio (OIT), la institución que debía completar los Acuerdos de Bretton Woods y que también contribuyó a la

redacción de los primeros borradores del derecho internacional de inversiones de la posguerra. Las piezas clave fueron Michael Heilperin, Philip Cortney y Ludwig Erhard. Los neoliberales de la Escuela de Ginebra plantearon su concepción de un mundo de derechos. Frente a los derechos humanos, propusieron los derechos humanos del capital. Frente a los apátridas, propusieron a los inversores. Frente a la soberanía y la autonomía, propusieron la economía mundial y la división internacional del trabajo. Su «nacional» se refería tanto a las personas como a las empresas. Como portavoces de los dos grupos de interés de mayor tamaño de las grandes empresas, Heilperin y Cortney articularon una visión polémica y alternativa de los derechos humanos, con la que sentaron un precedente duradero para el derecho internacional y materializaron la reivindicación que había hecho Hayek en 1949 de una utopía liberal.

El peligro de la democracia económica

Las instituciones de Bretton Woods nacieron incompletas. El Fondo Monetario Internacional (FMI) se encargaba del dinero del mundo. Ayudaba a mantener la estabilidad de los valores monetarios al conceder préstamos a corto plazo a países que estuvieran atravesando dificultades y permitir a los Estados ajustar sus tipos de cambio cuando lo necesitasen. El Banco Mundial se encargaba de la reconstrucción y el desarrollo. Concedía préstamos a largo plazo a bajo interés y garantías de préstamos para contribuir a la creación de infraestructuras y capacidad industrial, primero en Europa Occidental y más tarde en el sur global. Lo que faltaba era un organismo que se encargara de supervisar el comercio. La entidad que debía desempeñar esa función era la Organización Internacional del Comercio (OIC), que completaría el trío de Bretton Woods. Al igual que el FMI y el Banco Mundial, se alojaría en la Organización de las Naciones Unidas y proporcionaría un marco jurídico para el libre comercio internacional. Los Estados Unidos lo propusieron por primera vez en 1945, y en febrero de

1946 el Consejo Económico y Social de la Organización de las Naciones Unidas (ECOSOC, por sus siglas en inglés) resolvió convocar una conferencia internacional sobre comercio y empleo para redactar una carta sobre el comercio mundial.[489]

Los autores originales de la carta serían un grupo compuesto por quince de las principales naciones del norte global, con la incorporación de India y China. Quizás esa asignación de la capacidad de toma de decisiones reflejara la relativa participación del comercio en la economía mundial, pero era menos que representativa, si se tiene en cuenta que para 1946 el mundo contaba con setenta y un países independientes. Un principio democrático tan limitado habría reproducido la naturaleza de la gobernanza de dos niveles en la ONU, donde un pequeño Consejo de Seguridad tenía poder de veto sobre una gran Asamblea General. También habría seguido el modelo del FMI y el Banco Mundial, donde los votos eran proporcionales a la participación de cada país en el comercio mundial. Con el tiempo, alentado por la ONU, el grupo de planificación de la OIC se fue expandiendo: primero incorporó a Chile, Líbano y Noruega, y más tarde a otras naciones.[490] La cifra de los países que participaron en las negociaciones durante las tres reuniones —en Londres en 1946, en Ginebra en 1947 y en La Habana en 1948— era aún más alta. La incorporación de las naciones del sur global terminó siendo fundamental, porque los delegados latinoamericanos y asiáticos desviaron la agenda de la ortodoxia del libre comercio. Sin desacreditar el valor del comercio internacional, esas naciones pretendían consagrar un derecho paralelo a desviarse de las reglas ortodoxas del libre comercio para proteger a las industrias nacientes frente a la competencia extranjera, así como para perseguir el desarrollo interno y el pleno empleo.[491]

La expansión del principio democrático en la planificación de la OIC supuso un episodio de rebelión frente a los imaginarios compartidos de la Sociedad de Naciones y de la Cámara de Comercio Internacional (CCI),

según se habían expresado en la Conferencia Económica Mundial de 1927. Ya no prevalecería el sencillo principio de integración negativa. Los muros arancelarios no existían solo para que se los desmantelara, sino también para albergar a las aspirantes a industrias nacientes. El negociador jefe de los Estados Unidos en la OIC recordó una «manifestación de denuncias» de las «naciones subdesarrolladas», que se opusieron a principios uniformes en aras de la necesidad de tratamiento especial en la causa del desarrollo.[492] La más importante forma de expresión de aquello fue el principio rector. A diferencia del FMI y el Banco Mundial, la OIC debía organizarse según el principio de «un país, un voto». Había que llevar la democracia al escenario de la gobernanza económica mundial.

El movimiento neoliberal de la posguerra nació en mitad del drama de la OIC, en el que algunos de sus miembros desempeñaron un papel protagonista. Cuando en la primavera de 1947 los delegados se reunieron en Ginebra para redactar la carta del comercio mundial, un grupo de intelectuales se congregó en la orilla opuesta del lago, al pie del Mont Pèlerin. La Sociedad Mont Pèlerin (SMP), cuya ubicación inspiró su nombre, se convirtió en el germen de lo que Hayek, su organizador, llamó «el movimiento neoliberal».[493] Entre los asistentes estaban Mises, Röpke, Robbins y Milton Friedman y George Stigler, futuros ganadores del Premio Nobel. La SMP dio continuidad a los proyectos de colaboración internacional «estilo Haberler» de la década de 1930, entre los que se encontraban el Coloquio Walter Lippmann, el taller sobre el estudio de la depresión de Haberler y el taller de Annecy sobre la economía mundial.

En palabras de Hayek, la intención de la SMP era facilitar el «contacto personal entre los defensores del neoliberalismo», «erigir una estructura coherente de […] pensamiento neoliberal y desarrollar su aplicación práctica a los problemas de los distintos países». Aquello implicaba el contacto personal, así como la traducción y distribución de textos fundamentales para estimular el «flujo de ideas neoliberales».[494] Al igual

que las reuniones mantenidas en Ginebra y París en la década de 1930, la SMP fue global tanto en su mandato como en su objeto de estudio. Hayek creía que los socialistas llevaban demasiado tiempo monopolizando el lenguaje del internacionalismo. Los neoliberales necesitaban poseer el coraje de sus convicciones y mostrar el atrevimiento de hacer lo que los socialistas llevaban haciendo medio siglo: soñar con una utopía. Tenían que imaginar el mundo que querían ver, aunque pareciera poco práctico o verosímil.[495]

Ya hemos visto que tampoco se puede decir que antes de 1945 los socialistas ostentaran el monopolio del pensamiento globalista. Durante el periodo de entreguerras, los liberales económicos de Ginebra, tanto en el marco de la Sociedad de Naciones como fuera de ella, habían soñado a lo grande tratando de reimaginar y reconstruir lo que consideraban la era dorada perdida del capitalismo mundial. En muchos sentidos, la SMP fue una continuación del espíritu de la Sociedad. Muchas de las figuras presentes en el Mont Pèlerin —Mises, Röpke, Hayek, Robbins, Maurice Allais y Rappard, entre otros— habían trabajado en Ginebra o presentado su trabajo en el Instituto Universitario de William Rappard. Para septiembre de 1939, el mes en que estalló la guerra, Röpke había planeado en Ginebra una reunión para congregar a muchas de las mismas figuras. La primera reunión del Mont Pèlerin supuso la materialización de la reunión internacional pospuesta.

Dado el pedigrí de Ginebra, no sorprende que la declaración de objetivos de la SMP tuviera perspectiva mundial. Estaba redactada por Robbins y comenzaba observando que «en grandes extensiones de la superficie de la tierra han desaparecido ya las condiciones esenciales de la dignidad y libertad humanas. En otras, están bajo amenaza constante por culpa del desarrollo de las tendencias actuales en materia de políticas». Eso no hacía referencia solo al comunismo, sino también a las tendencias hacia la socialdemocracia, como la ola de nacionalizaciones que estaba

implementando el Partido Laborista que había resultado elegido en el Reino Unido recientemente. La declaración concluía abogando por el estudio de «la creación de un orden internacional que conduzca a la salvaguarda de la paz y la libertad, y que permita la instauración de relaciones económicas internacionales armoniosas».

Las amplias —y algo vagas— opiniones de la declaración de la SMP se materializaron unas semanas más tarde, cuando quinientos empresarios de treinta países distintos se congregaron en Montreux, a menos de veinte kilómetros del Mont Pèlerin, en la primera reunión de la Cámara de Comercio Internacional desde el estallido de la guerra. Como se describe en el capítulo 1, Hayek, Mises, Haberler y Machlup compartían —y adoptaron parcialmente— la perspectiva global de la CCI, que les había dado trabajo durante la década de 1920 y principios de la de 1930; Mises había representado a Austria en más de una reunión de la CCI durante el periodo de entreguerras. Más recientemente, el mayor financiador individual de la primera reunión de la SMP fue el industrial y diplomático suizo Hans Sulzer, que había pertenecido al consejo del comité ejecutivo de la CCI en la década de 1930 y había sido uno de sus vicepresidentes tras 1945.[496] Después de la guerra, Sulzer —uno de los principales patrocinadores de la SMP y, más tarde, miembro de la Sociedad, que estaba en la lista negra de los británicos por comerciar presuntamente con los nazis— contribuyó a intentar que le dieran a Hayek una cátedra en la Universidad de Zúrich.[497] También fue miembro del Comité Conjunto de la CCI y el Fondo Carnegie para la Paz Internacional, que había patrocinado importantes investigaciones de los principales economistas del mundo (entre otros, de Mises) sobre la reconstrucción económica internacional en la década de 1930.[498]

Si los intelectuales neoliberales hablaban desde la cumbre, la CCI era el pie de la montaña. En Montreux, Michael Angelo Heilperin, economista polacoestadounidense de treinta y ocho años y miembro de la SMP, que

desempeñaría un importante papel en los debates monetarios de la década de 1960, presentó el análisis oficial de la Carta de La Habana de la IOC a los empresarios allí reunidos. Heilperin era miembro por excelencia de la Escuela de Ginebra. Nacido en Varsovia en 1909, se había licenciado y había cursado un posgrado en la Universidad de Ginebra en 1929 y 1931. Su tesis (escrita en francés) trataba sobre los problemas monetarios provocados por el desmoronamiento del Imperio de los Habsburgo. En 1934, Heilperin había despertado un gran interés en la Fundación Rockefeller para que financiasen la creación de un Instituto Monetario Internacional en Ginebra.[499] Heilperin, que había sido alumno de Rappard, aceptó un puesto en el Instituto Universitario de Estudios Internacionales de Ginebra en 1935, un año después que Mises.[500] Durante tres años trabajó «en contacto casi diario» con Mises y también con Röpke, que llegó al instituto en 1937.[501] En 1938, Heilperin intervino sobre cuestiones monetarias en el Coloquio Walter Lippmann.[502] Fue miembro vocal de la SMP después de la guerra, así como editor asociado de la revista *Fortune*, y participó en las reuniones de Bilderberg y en las del grupo Bellagio, que ayudaron a poner fin al sistema de los Acuerdos de Bretton Woods de tipos de cambio fijos pero ajustables.[503]

Heilperin entró en contacto por primera vez con los círculos empresariales internacionales en 1943, cuando se tomó una excedencia de su puesto en el Hamilton College para trabajar como asesor en la compañía farmacéutica y cosmética Bristol-Meyers, cuyos laxantes y pastas de dientes eran emblemáticos y que había conseguido un importante contrato para suministrar penicilina a los soldados de los Aliados durante la guerra.[504] En la Conferencia Internacional de Negocios de 1944, que reunió, entre otros, a la CCI y a la Asociación Nacional de Manufactureros, Heilperin fue el relator de la sección sobre relaciones monetarias internacionales.[505] La CCI, que ostentaba la posición consultiva más elevada en el Consejo Económico y Social de la ONU, participó en todas las etapas del intento de

creación de la OIC.[506] Como asesor de la CCI, Heilperin fue uno de los pocos estadounidenses que asistieron a las conferencias de Ginebra y La Habana en calidad extraoficial.[507] Cuando en 1950, Lee H. Bristol, el presidente de Bristol-Myers, compareció ante el Congreso de los Estados Unidos para rechazar la carta de la OIC, se llevó consigo a Heilperin, se centró exclusivamente en el análisis de este y delegó en él durante la sesión para que aportara detalles que él no podía proporcionar.[508]

La declaración de oposición de Heilperin a la Carta de La Habana en Montreux fue una copia casi idéntica de la postura que defendieron la CCI y la Sociedad de Naciones en la Conferencia Económica Mundial de 1927, un acontecimiento que, según Heilperin, fue «el punto culminante del esfuerzo internacional» y del que salió «el informe de su clase más completo, un documento bien razonado», pero que, por desgracia, no incluía ningún mecanismo de cumplimiento o compromiso.[509] Al igual que el informe de 1927, Heilperin exigía una integración negativa. Para el «crecimiento general de la productividad, el comercio, la inversión y los niveles de vida *en el mundo entero*», se necesitaba un sistema «que permitiera la circulación de mercancías, capitales y hombres y en el que se intercambiasen servicios de un país a otro con la mayor libertad posible».[510]

Heilperin se opuso a la propuesta de la OIC utilizando el término de la crítica que se empleaba en la década de 1930: «nacionalismo económico». Según Heilperin, el número de excepciones, cláusulas de emergencia y exclusiones voluntarias de la Carta de La Habana la convertía en «la primera carta internacional de nacionalismo económico redactada en la larga historia del mundo civilizado».[511] Para Heilperin y la CCI, la carta de la OIC era un «documento peligroso»; sobre todo, en su transposición de la democracia a las relaciones internacionales. Al declarar ante el Congreso de los Estados Unidos, Bristol afirmó que «el procedimiento de votación de "un país, un voto" resulta inaceptable». Amenazaba con provocar una situación en la que «quienes establecen las normas del comercio

internacional son un gran número de países que tienen una participación menor en el comercio internacional y, a menudo, muy poca experiencia en la gestión de políticas comerciales».[512]

Heilperin amplió su crítica de la OIC a observaciones generales sobre el mundo desde el final de la Primera Guerra Mundial. Señaló que el periodo había estado marcado por una paradoja: las barreras para el comercio internacional y el intercambio se multiplicaban mientras aumentaba la conciencia de la interdependencia económica global.[513] Aquello había hecho albergar una serie de esperanzas quijotescas, como el «aislamiento» promovido por Keynes, que tantos otros consideraban fundamental para el orden de la posguerra. La esencia del objetivo de la «autonomía política» era que una nación debía tener libertad para incumplir las reglas del juego cuando así lo decidiera. La Conferencia de La Habana, pensada como una representación de internacionalismo, se convirtió en un «seminario muy esclarecedor e iluminador del nacionalismo actual».[514] Para Heilperin, la OIC era un caso notable de la falta de reconocimiento de la necesidad de un doble gobierno para el *imperium* y el *dominium*.

En su intervención durante otra reunión de industriales, Heilperin afirmó que una OIC «buena» «prohibiría» cualquier forma de bloquear el capital y las mercancías, así como otras maneras más sutiles de distorsionar el mercado por medio de subsidios a la producción.[515] Heilperin entrecomillaba la palabra «soberanía», dando a entender que el término no tenía un significado intrínseco cuando se aplicaba a asuntos económicos.[516] En un artículo basado en una conferencia que dio en el Instituto Universitario de Ginebra hizo lo mismo con «autonomía», desacreditando esa noción de una manera similar.[517] De acuerdo con la lectura que hacía Heilperin, el ejercicio de la soberanía y la autonomía económicas no era simplemente desaconsejable: era imposible.

Heilperin formuló parte de su crítica en términos de lo que he llamado el doble mundo del capitalismo. Uno de los estratos del mundo era el de los

recursos naturales de la tierra y el espacio de producción, distribución y propiedad. El otro era el mundo político de las naciones y los Estados. El error categórico de la reivindicación de la soberanía radicaba en la exigencia de control político sobre el mundo de la naturaleza y la economía. Heilperin desarrolló esa idea en 1952. En términos físicos, afirmó, «el planeta es una unidad que no puede subdividirse en partes equivalentes o autosuficientes. A nivel político, sin embargo, se divide en una multitud de Estados separados que se empeñan en ser independientes y que a menudo persiguen como mínimo la autosuficiencia económica parcial».[518] Los recursos de la tierra —los climas, los mares y el núcleo interno de la tierra, entre otros— «no favorecen el tipo de divisiones políticas que predominan en nuestro planeta». «Es imposible —escribió— conciliar la división política del planeta con su estructura física distribuyendo de una manera u otra la superficie y los recursos del planeta entre todos los Estados. La alternativa es reducir la importancia de las divisiones políticas en lo que respecta a las relaciones económicas».[519]

La visión del orden de Heilperin era multilateral, pero también unilateral: no toleraba desviaciones de las restricciones al libre comercio. No es solo que Heilperin rechazase las quejas sobre la violación de la soberanía. De acuerdo con la postura del globalismo militante de la Escuela de Ginebra desarrollada a partir de la década de 1930, la cuestión consistía precisamente en reducir la soberanía. Heilperin escribió con franqueza que había que «subordinar» los objetivos nacionales al orden internacional.[520] Recogía la visión federalista de Mises, Robbins y Hayek al argumentar que «se debe reducir de manera radical y drástica […] la importancia de las fronteras nacionales». Debían convertirse en «meras líneas de demarcación administrativa», y los Gobiernos nacionales debían «tener poder limitado sobre la población».[521] En su forma fuerte, aquello requeriría lo que Heilperin llamó «geopolítica inversa»: rediseñar las fronteras nacionales para *reducir* activamente su capacidad de autosuficiencia.[522]

Las exigencias de Heilperin de una OIC potente que sometiera a los países al libre comercio y que potencialmente los contrajera para aumentar la dependencia del comercio mundial fue el primer ejemplo de una utopía neoliberal de posguerra estructurada de principio a fin. Además, se desarrolló en el seno del grupo de defensa empresarial más importante del mundo. La solución era radical y, sin duda, habría sido rechazada por los empleadores de Heilperin dentro de la «internacional capitalista». Heilperin reconoció que había muy pocos países —entre otros, los Estados Unidos— que estuvieran dispuestos a firmar un documento como aquel. Teniendo eso en cuenta, merece la pena señalar las demostrables consecuencias que tuvo su activismo, junto con el de sus compañeros neoliberales, en el hundimiento de la OIC.

La oposición de la CCI a la OIC fue una sorpresa. La organización había estado próxima al Departamento de Estado de los Estados Unidos durante la guerra y en la época inmediatamente posterior. Estaba de acuerdo con que Cordell Hull, secretario de Estado, impulsara el libre comercio, y el Consejo Estadounidense de la CCI había sido una de «las piedras angulares del apoyo bipartito» al programa de Cordell.[523] Cuando hubo que alcanzar una resolución sobre la Carta de La Habana, la tendencia instintiva de muchos miembros de la CCI fue firmarla, siguiendo la pauta de apoyo al Departamento de Estado de los Estados Unidos. Sin embargo, como relata la historia oficial de la CCI (escrita por uno de sus exmiembros), Heilperin encontró un aliado fundamental para su oposición en Philip Cortney, un conocido de Mises que se unió a la SMP en 1953.[524] Cortney lideró la oposición y logró convencer al comité ejecutivo de la CCI de que se opusiera por primera vez al Departamento de Estado en un tema importante. La situación se repitió en la reunión internacional, cuando Cortney volvió a liderar la oposición a la OIC en contra del comité británico, que estaba dispuesto a firmar el acuerdo. El momento decisivo llegó cuando Ernest Mercier, el presidente del comité, un industrial francés que había asistido al

Coloquio Walter Lippmann y que también era miembro de la SMP, aseguró que presentaría su dimisión antes que aceptar la resolución, que fracasó en ese mismo momento.[525]

Al aliarse con Cortney y Heilperin, Mercier redujo el apoyo de la CCI a la OIC. Un observador bautizó al grupo formado en torno a Heilperin como «los perfeccionistas» y sugirió la «interesante posibilidad» de que «en este caso los "idealistas sin remedio" eran los empresarios, mientras que los "realistas" eran los burócratas y profesores universitarios que apoyaban la Carta, aunque no les encantara».[526] En referencia a una declaración redactada por Heilperin, afirmó que «no siempre es fácil saber cuándo estas declaraciones exponen ideales utópicos y cuándo describen una situación que, en opinión de los grupos empresariales, se podría llegar a alcanzar».[527] Tales críticas no alcanzaban a ver que el utopismo no era fortuito, sino deliberado. En 1947 Heilperin escribió: «Debemos convenir superar las racionalizaciones estériles y complacientes del presente (en nombre de lo que a menudo se llama "realismo") y perseguir objetivos que puedan parecer inalcanzables […] hasta que se hayan alcanzado».[528] Heilperin y Cortney cumplieron al pie de la letra el deseo que Hayek llevaba albergando desde 1949 al proponer una «utopía liberal […] que no sea práctica en exceso y que no se limite a lo que parece posible en términos políticos hoy en día». Era precisamente la extralimitación de las declaraciones lo que los hacía susceptibles al programa neoliberal, que dictaba que la polémica era un medio para convertir el liberalismo en «una aventura intelectual, un acto de coraje».[529] Quizás, en otras palabras, lo que los observadores veían como un fracaso fuese precisamente el objetivo de Heilperin y Cortney: rechazar la diplomacia y el pragmatismo y llevar la lucha a los defensores de la autonomía económica nacional. Las declaraciones de principios de la CCI no eran solo documentos de políticas, sino lo que los alemanes llaman *Kampfschriften* o documentos de lucha. Como afirmó Heilperin, las fallidas conferencias mundiales del periodo de entreguerras habían puesto de relieve

que «para contrarrestar una tendencia poderosa es necesario golpearla y, además, hacerlo con contundencia».[530]

En términos generales, la pelea a propósito de la OIC enfrentó al norte global contra el sur global. Sin embargo, la exhibición oficial de transigencia por parte de los Estados Unidos para impulsar la Carta de La Habana muestra que es importante no dar por sentado que «Occidente» era un agente unitario en la época de la posguerra.[531] Lejos de ser intransigentes, los representantes oficiales de los Estados Unidos durante el periodo inmediatamente posterior a la guerra mostraron una disposición excepcional a satisfacer las exigencias de los países del sur global. Echar la culpa de que los Estados Unidos no ratificaran la OIC a la falta de voluntad de las grandes empresas de renunciar a su soberanía olvida que la postura oficial de la CCI no era que los Estados Unidos fuesen a perder demasiada soberanía al participar en la OIC, sino que la OIC no violaría *lo suficiente* la soberanía de los firmantes. Los neoliberales de la Escuela de Ginebra, utilizando la «internacional empresarial» para amplificar una visión radical que recordaba al federalismo de Robbins y Hayek de la década de 1930, burlaron la postura oficial del Gobierno y contribuyeron a condenar al fracaso a una organización comprometida con cierto grado de paridad con los países más pobres del mundo en lo respectivo a la toma de decisiones.[532]

El derecho humano a la fuga de capitales

El aliado más cercano de Heilperin en su oposición a la OIC había sido Philip Cortney, que estaba implicado tanto en el Consejo Estadounidense de la CCI como en la Asociación Nacional de Manufactureros (NAM, por sus siglas en inglés). Cierto historiador se refiere a Cortney como «el principal portavoz de los puristas» que se oponían a la Carta de La Habana.[533] Cortney, que había nacido en Rumanía en 1895 como Philippe Cotnareanu, emigró a los Estados Unidos después de licenciarse en Ingeniería en

Francia. En 1946 adoptó la ciudadanía estadounidense y se convirtió en presidente de Coty, una empresa de perfumes francesa. Cortney era miembro del comité ejecutivo del Consejo de los Estados Unidos de la CCI y se convertiría en su presidente en 1957.[534] También formaba parte del Comité de Relaciones Internacionales de la NAM, un grupo de defensa empresarial cercano a los neoliberales europeos.[535] El presidente del comité era Noel Sargent, que había contratado a Mises para que trabajase para la NAM como consultor tanto remunerado como no remunerado entre 1943 y 1948, que fue cuando Cortney conoció a Mises.[536] En 1949, Cortney publicó su crítica a la OIC bajo el título *The Economic Munich* (La Múnich económica), en la que establecía una polémica analogía entre la Carta y el apaciguamiento que hizo Neville Chamberlain con respecto a Adolf Hitler. Los elogios de Mises fueron extravagantes: afirmó que el libro «se leería y releería como un clásico de la libertad económica, al igual que las obras de Cobden y Bastiat».[537]

Por lo que más destacó *The Economic Munich* fue por su compromiso con el lenguaje de los derechos humanos. Cortney no rechazaba los derechos humanos en sentido estricto. Elogiaba la Declaración Universal de los Derechos Humanos de la ONU como un «hito en la lucha del hombre por la libertad y la dignidad humana».[538] Con lo que no estaba de acuerdo era con la elección de los derechos. Apoyándose ampliamente en la declaración que había hecho Heilperin en Montreux, condenó la forma en que la Carta de La Habana convertía el «pleno empleo» en una «especie de derecho humano sagrado».[539] En lugar de desestimar por corrupto el lenguaje de los derechos humanos, Cortney planteó otro. En una contundente declaración, propuso que «el control de divisas en tiempos de paz debería considerarse un acto de agresión y una violación de los derechos humanos en el derecho internacional».[540] Por control de divisas, Cortney se refería a lo que se suele conocer como controles del capital: el derecho a cambiar dinero de una moneda a otra, específicamente con el

objetivo de transferir el dinero de un país a otro. El derecho a usar controles del capital se incluyó en la estructura del FMI en Bretton Woods, algo que Heilperin condenó como uno de sus fracasos fundamentales. Aunque muchos observadores opinaban que el flujo de «dinero caliente» invertido en la década de 1920 por los especuladores de un lado a otro del Atlántico había ayudado a precipitar el crac, Heilperin le dio la vuelta al problema. «Lo que está "caliente" no es el dinero —afirmó—, sino el lugar del que se fuga».[541] Si se eliminaban los controles del capital, los países que habían atraído a los inversores tendrían que establecer condiciones lo suficientemente hospitalarias como para convencer al capital extranjero de que se quedara.

La maniobra retórica de Cortney consistió en reformular la cuestión económica como una cuestión de derechos humanos. Relacionó el control de capitales con el derecho a salir de un país como tal. Ya que «el derecho a salir de un país, a todos los efectos, carece de sentido a menos que uno tenga derecho a llevarse sus pertenencias», argumentó que se debía permitir intercambiar y exportar capital bajo cualquier circunstancia.[542] Cortney describió el derecho a emigrar como el «fundamento de todos los demás derechos humanos» y señaló que estaba recogido en la Declaración Universal de los Derechos Humanos (artículo 13), pero sugirió que aquello se debería haber llevado más allá, vinculándolo con su requisito previo necesario: el derecho a la libre circulación de capitales.[543] Lo que proponía Cortney realmente era el derecho humano a la fuga de capitales.

En un clima de posguerra en el que existía la preocupación de que los refugiados y solicitantes de asilo tuvieran derecho a quedarse tras escapar del peligro, Cortney destacó por vincular su reivindicación del derecho humano a la circulación de capitales con el derecho a marcharse. Su reivindicación no era ni espuria ni inexacta. Cortney fue miembro vitalicio de la Sociedad Estadounidense de Derecho Internacional, y Philip Jessup, uno de los fundadores del derecho transnacional, citó al propio Cortney al

señalar que el control de divisas puede «destruir realmente» el derecho a emigrar.[544] La habilidad de Cortney radicaba en convertir algo que no pretendía ser un derecho económico en un aspecto de la constitución económica del mundo, considerando el dinero como un elemento de propiedad de la esfera económica que trasciende la jurisdicción política. De acuerdo con su interpretación, el capital precisa de la protección de los derechos universales. En consonancia con el ordoglobalismo, Cortney defendió la constitucionalización de los principios de libre mercado y exigió que «las constituciones nacionales prohibieran los controles de cambio».[545]

Lo que parece un ejercicio de cinismo por parte de Cortney en realidad concuerda con el enfoque neoliberal de la Escuela de Ginebra sobre la cuestión de los derechos humanos en los años posteriores a 1945. En lugar de rechazar los derechos humanos, la tendencia neoliberal ha consistido en desautorizar las interpretaciones socialdemócratas de los derechos humanos y del derecho internacional y, al mismo tiempo, apropiarse de ellas para incluir prerrogativas claramente capitalistas. Sería un error afirmar que aquello fue (o es) una crítica a los «derechos sociales y económicos», dado que la libre circulación de capitales, mercancías y trabajadores era un derecho social y económico, lo mismo que la reivindicación de seguridad social, empleo o alimentación. De hecho, como veremos en el capítulo 6, los llamados derechos de mercado consagrados en el tratado de la Comunidad Económica Europea fueron fundamentales para la concepción neoliberal de Europa. Frente a las cuatro libertades de Roosevelt —la libertad de expresión, la libertad religiosa, la libertad de vivir sin miedo y la libertad de vivir sin penuria—, los neoliberales propusieron las cuatro libertades siguientes: de capital, de mercancías, de servicios y de trabajadores.

La carta magnacapitalista

Heilperin ejerció dos papeles distintos en la conferencia de Montreux de 1947. El primero, como representante de la CCI en la mesa para las negociaciones de la OIC. El segundo, como principal autor del Código Internacional para la Protección de las Inversiones Extranjeras de la CCI. Este último documento funcionaba en el imaginario de Cortney vinculando las exigencias comerciales con el lenguaje de los derechos. En la conferencia, Heilperin anunció la necesidad de «un código de prácticas justas en el ámbito de las inversiones internacionales».[546] El borrador del código surgió del Comité de Inversiones Extranjeras, para el que Heilperin ejercía de relator, y se basaba en los intentos acometidos en 1929 por la Sociedad de Naciones en una Conferencia sobre el Trato a los Extranjeros y en una propuesta de 1939 de la CCI sobre el «tratamiento legal de las empresas extranjeras».[547] La propuesta, que retomaba cuestiones de la época anterior a la guerra, fue el germen de lo que más tarde se convertiría en el actual régimen del derecho internacional de inversiones.

Al trabajar en colaboración con la ONU en vez de en su contra, Heilperin y la CCI consideraron que el código de derechos de los inversores debía servir como complemento a la Declaración Universal de los Derechos Humanos. La CCI encargó al ECOSOC que convirtiera el código en «una convención universal» para su posterior adopción.[548] El preámbulo —probablemente redactado por Heilperin— apuntaba directamente al informe de una subcomisión de la ONU presentado en diciembre de 1947 por Uruguay que criticaba el «peligro especial que suponen las inversiones extranjeras que interfieren en los asuntos políticos y económicos de esos países».[549] Por el contrario, el código de la CCI hizo un llamamiento a los nacionales (que definió como «no solo personas físicas, sino también asociaciones constituidas o no constituidas») para que ejercieran los derechos civiles no del Estado anfitrión, sino de su propio Estado, aunque aquello pudiera otorgarles una posición «preferente».[550] En su libro de 1947, Heilperin ya había señalado que la protección de los inversores

extranjeros tenía que exceder a la de los ciudadanos. En caso de aplicar a estos los controles del capital, por ejemplo, no se debía permitir que se aplicasen a los extranjeros. No basta la «igualdad de trato», afirmó.[551] En una clásica exigencia de derechos *xénoi*, los inversionistas extranjeros debían tener más derechos que los ciudadanos.

En 1947, el interés de los neoliberales y las grandes empresas por los derechos de los inversores estaba motivado por la percibida precariedad de la propiedad privada durante la Segunda Guerra Mundial y después de ella. El deterioro había comenzado durante la Primera Guerra Mundial, cuando, como señaló Röpke, «se había normalizado entre los beligerantes el desprecio a la propiedad privada del enemigo».[552] La expropiación de propiedades por parte de la Unión Soviética tras 1917 había supuesto una ruptura notable, a la que había seguido lo que un asesor del Departamento de Estado de los Estados Unidos llamó una «deprimente sucesión de apropiaciones similares durante el periodo de entreguerras».[553] De lo que Hayek se quejaba en *Camino de servidumbre* fue de aquellos actos de expropiación de propiedades extranjeras o de lo que en la Europa central posimperial se llamó «nostrificación», cuando se cedían las propiedades a ciudadanos particulares.[554] Aunque en todas partes se compensaba a los propietarios extranjeros por esas nacionalizaciones con un precio por encima de mercado, los observadores solían citar ciertos casos, como la nacionalización petrolera de México en 1938, como pruebas de la erosión mundial de los derechos de propiedad.[555]

Los neoliberales consideraban que la falta de respeto a lo que se llamaban «derechos exteriores» y «derechos extranjeros» de los capitalistas había continuado durante la posguerra. A veces los detonantes específicos de su indignación resultaban sorprendentes. El contexto cercano al llamamiento de Cortney para designar el control de divisas como una «violación de los derechos humanos», por ejemplo, fue la cooperación entre los gobiernos de los Estados Unidos y Europa occidental para repatriar

activos ocultos de Europa occidental en el marco del Plan Marshall. Según Cortney, al colocar activos europeos en cuentas bancarias estadounidenses, los Estados Unidos asumían «el papel de una Gestapo».[556] Röpke criticó de manera similar la confiscación de activos alemanes en Suiza tras la Segunda Guerra Mundial y afirmó que socavaba «el principio de la separación entre soberanía y propiedad en caso de guerra».[557]

Teniendo en cuenta los horrores de la guerra, resulta llamativo que hubiera intelectuales para quienes el mayor escándalo fuese que los ciudadanos del país agresor perdieran sus propiedades extranjeras. Sin embargo, para Röpke y Cortney aquellos no eran agravios aislados, sino síntomas de una enfermedad más delicada. Al exigir una constitución económica del mundo, los neoliberales de la Escuela de Ginebra insistían en que gobernar un territorio no significaba poseer las propiedades que hubiera en él. La campaña de la CCI y sus asesores neoliberales consistió en crear un marco jurídico para proteger la distinción entre el *imperium* del gobierno y el *dominium* de la propiedad. Los neoliberales recurrieron al arsenal del derecho para reconstruir la distinción entre propiedad y territorio.

La propuesta de la CCI fue adoptada por el ECOSOC, que se solidarizaba más con las reivindicaciones socialdemócratas, basadas en la nación, que con los doctrinarios derechos empresariales globalistas. En las décadas de la posguerra, la Asamblea General de la ONU se convirtió en la «partera» del principio de «soberanía nacional permanente sobre los recursos naturales».[558] A raíz de una propuesta de Uruguay y Bolivia, en 1952 la Asamblea General de la ONU aprobó la primera de muchas resoluciones en las que declaraba que «el derecho de los pueblos a disponer libremente de sus riquezas y recursos naturales es inherente a su soberanía».[559] La Sociedad Alemana para la Protección de la Inversión Extranjera, en respuesta a una tendencia hacia la nacionalización que contaba con el respaldo de la ONU, revivió el código de la CCI de Heilperin como base para su propio proyecto

de convenio. En la reunión inaugural de la Sociedad celebrada en 1956, Ludwig Erhard, miembro de la SMP, declaró que «especialmente en el mundo occidental, las infracciones contra la propiedad privada están cada vez más extendidas, como un veneno furtivo».[560] El hecho de que Erhard ubicara en Occidente el riesgo para la propiedad concordaba con la interpretación neoliberal, que sostenía que en el norte global la socialdemocracia se había aliado con las tendencias nacionalizadoras del sur global para poner en peligro la inviolabilidad de la propiedad. En una reunión de la SMP celebrada en 1957, Arthur Shenfield afirmó que «si quedara claro que solo aquellos que respetaran los derechos del capital podrían obtener el capital de Occidente, se ejercería una influencia muy saludable en la gestión interna de los asuntos en los potenciales países prestatarios. Pero para eso, por supuesto, Occidente debe aprender de nuevo a comprender y respetar los derechos de los propietarios de capitales».[561]

En 1952, Mises señaló la ironía de la simetría que negaban que existiese entre el sur y el norte global: «Si los británicos pueden nacionalizar las minas de carbón británicas, no puede estar mal que los iraníes nacionalicen la industria petrolera iraní. Si el señor Attlee fuera coherente, habría felicitado a los iraníes por su gran logro socialista».[562] Un año después, Röpke escribió que «los Mossadeq apelan a los Attlee y a los Bevan, que les han infundido la idea de la nacionalización».[563] De hecho, el proceso británico en contra de la expropiación del petróleo angloiraní fue una de las señales más importantes para la comunidad empresarial internacional de que se necesitaban nuevos estándares para una protección más sólida de la propiedad extranjera. El presidente de la Sociedad Alemana y jefe del Deutsche Bank, Hermann Josef Abs, que había supervisado la expropiación de propiedades judías durante el Tercer Reich, se erigió en la segunda mitad de la década de 1950 como portavoz internacional de los derechos de propiedad. Después de que la Sociedad redactara un «convenio internacional para la protección mutua de los derechos de propiedad privada

en países extranjeros», Abs lo defendió en 1956 ante la Sociedad Estadounidense de Derecho Internacional y, lo que tuvo un impacto mayor, en el discurso que dio en San Francisco el 15 de octubre de 1957 durante la Conferencia Internacional de Desarrollo Industrial, en el que citó la declaración de la CCI. La revista *Time*, en un número en cuya portada aparecía Ludwig Erhard, recogió el discurso «The Safety of Capital» (La seguridad del capital) bajo el titular «A Capitalist Magna Carta» (Una carta magna capitalista).

La propuesta de Abs inspiró un debate internacional sobre los derechos de los inversionistas.[564] Su «carta magna capitalista» obligaría a los firmantes a abstenerse de «interferencias ilegales directas o indirectas» en el «capital extranjero» y crearía una Corte Internacional de Arbitraje para juzgar las infracciones. Los inversores podían recurrir primero al tribunal externo en vez de a los tribunales locales.[565] Para subrayar la necesidad de su código, Abs mencionó los casos recientes de expropiación de la Anglo-Iranian Oil Company, la United Fruit Company de Guatemala, el canal de Suez, los territorios holandeses de Indonesia y las centrales eléctricas de propiedad extranjera de Argentina.[566] Para Abs, al aprobar resoluciones que apoyaban la idea de que «se permiten las expropiaciones en cualquier momento sin compensación», la ONU se había convertido, al igual que la CCI, en cómplice de los ladrones de propiedades.[567]

Era una incongruencia que alguien que había gestionado activamente la expropiación de las propiedades de los judíos alemanes hiciera más tarde una enérgica defensa de la propiedad, pero Abs no actuaba movido ni por la amnesia ni por el arrepentimiento. En el discurso que dio en San Francisco trató de plantear la cuestión, que atormentaba a Cortney y Röpke, sobre los propietarios extranjeros de cuentas en bancos alemanes que «todavía estaban esperando un acuerdo justo».[568] Fue Abs quien en 1953 firmó el documento que perdonaba la descomunal deuda de guerra de Alemania, y se sabe que lo hizo porque creía que no era un perdón como tal, sino un

ajuste de cuentas por los activos alemanes incautados en el extranjero. La campaña de Abs para la protección de los inversores fue una continuación del testarudo compromiso con la constitución económica que separaba el mundo público de los Estados del mundo privado de la propiedad. Parte de su propuesta original, descrita como «idealista» por cierto observador, habría hecho que la propiedad extranjera fuera inmune a la confiscación en tiempos de guerra.[569]

La carta magna capitalista despertó interés en los Estados Unidos. Emmanuel Celler, presidente del comité judicial de Nueva York, declaró la urgencia de la carta magna de Abs, para lo cual recordó la existencia de un monumento en un bulevar de la Ciudad de México que conmemoraba la nacionalización del petróleo y habló con hostilidad de «la ley de la jungla» que prevalecía en Indonesia, donde los activos holandeses habían sido expropiados por «hombres salvajes obcecados con la venganza».[570] «De hecho, sería un gran logro que Alemania Occidental pudiera abrir la vía para la creación de una carta magna de este tipo bajo el liderazgo de Abs y Erhard», afirmó.[571] A finales de la década de 1950, la lucha contra la expropiación estaba adoptando un lenguaje racializado de Estado de derecho contra estado de la selva que enfrentaba al Occidente racional contra el sur global, que tenía un compromiso «emocional» con la soberanía.[572]

En combinación con el trabajo de un grupo de abogados británicos bajo el mando de *sir* Hartley Shawcross, en 1959 Abs distribuyó, para comentarlo, un «proyecto de convenio sobre inversiones en el extranjero». El documento trataba de principio a fin de la protección de la propiedad de los «nacionales», que no se definían como personas, sino (siguiendo el código de la CCI) como «empresas», entre las que se encontraban «tanto personas jurídicas, reconocidas como tales por el derecho de una de las partes, como asociaciones, aunque carecieran de personalidad jurídica».[573] Los expertos legales que hicieron comentarios sobre el convenio no se

mostraron alentadores. Uno de ellos señaló que el preámbulo se presentaba como una «reformulación de principios», pero «en varios aspectos resulta evidente que va mucho más allá».[574] Consideraron que el convenio no tenía precedentes en la protección que proporcionaba a los inversores extranjeros.[575] En todos los casos favorecía a los inversores: desestimaba el «interés público» como causa de expropiación, permitía a los inversores recurrir a un tribunal internacional antes que a los tribunales nacionales y rompía con la práctica habitual al obligar a que se compensara al inversor en su propia moneda, todo lo cual hacía que el principal objeto de protección fuesen las empresas en vez de las personas.[576]

Al referirse tanto a la expropiación «directa» como a la «indirecta», la convención Abs-Shawcross llegó a anticipar la posterior inclusión de la «expropiación reglamentaria» en los códigos internacionales. Cierto crítico de la época señaló: «Resulta difícil establecer dónde termina la privación indirecta de la propiedad y dónde comienzan, por ejemplo, los impuestos, la legislación urbanística o la reforma de la ley de propiedad».[577] Un exasesor legal del Departamento de Estado señaló con severidad la asimetría del convenio. Se preguntó si la propuesta consistiría en «garantizar el compromiso de que los países estuvieran dispuestos a quitarle la comida de la boca a la gente para pagar una compensación en divisas extrajeras por propiedades arrebatadas en el ejercicio de su poder del derecho de expropiación». Se planteó si aquello llegaría a ser «un esfuerzo por priorizar los "derechos de propiedad" sobre el "derecho humano" a comer».[578]

Para demostrar cuán lejos de la realidad estaba ese convenio, cierto abogado señaló que los Estados Unidos solamente habían sido capaces de firmar tratados de protección de inversiones comerciales «diluidos» con un puñado de países del sur global, y que no habían tenido ningún éxito ni con países que se hubieran descolonizado hacía poco ni con naciones sudamericanas, que eran destinos importantes para el capital extranjero.[579]

Una posible interpretación era que el convenio Abs-Shawcross, al igual que el código de la CCI, no era una propuesta seria. Era un documento polémico, que describía un mundo de ensueño en el que el capital no solo circulaba sin trabas a nivel mundial, sino que estaba aprisionado al mismo nivel tanto por los Estados de origen como por las instituciones supranacionales externas de arbitraje. Lo que está claro es que ninguno de ellos supuso un intento por llegar a un acuerdo con los países en vías de desarrollo. Más bien eran golpes dirigidos contra el sur global. Resulta sintomático, como señalaron los críticos, que ni la CCI ni el convenio Abs-Shawcross reconocieran siquiera las propuestas de protección de la inversión provenientes del sur global, entre las que había una de Malasia, en particular, que pretendía equilibrar las necesidades de los países importadores y exportadores de capital.[580] Los códigos eran en sí mismos amenazas cifradas, que buscaban castigar lo que sus autores y defensores veían como extralimitaciones por parte del tercer mundo.

El acuerdo bilateral

Dada la naturaleza utópica de los códigos de inversión internacional que se propusieron, que esos códigos se hicieran realidad con el tiempo supone una sorprendente aceptación de la derrota a largo plazo de la capacidad de negociación del sur global. Los tratados modernos de inversión internacional se parecen mucho al «borrador» de Abs-Shawcross.[581] Sin embargo, hubo una diferencia importante entre las propuestas de Heilperin y lo que más tarde entraría en vigor: se pasó del enfoque multilateral al bilateral. En 1958, James G. Fulton (R-PA), el representante estadounidense, uno de los principales negociadores de la OIC, elogió la idea de la carta magna capitalista, pero reconoció que la carta mundial había puesto de relieve la dificultad de la demanda universal y sugirió en su lugar la utilización de tratados bilaterales.[582] La CCI había indicado desde el comienzo que era preferible un código universal, pero su documento

también serviría como base para las relaciones bilaterales.[583] De hecho, del Congreso de Montreux había surgido también un modelo de acuerdo bilateral basado en plantillas de la época de entreguerras.[584] El propio Heilperin anunció el fracaso de «“abordar de manera universalista” el problema de devolver la salud a la economía mundial».[585] Cuando en 1952 salió una segunda edición de su libro *The Trade of Nations* (El comercio de las naciones), de 1947, Heilperin declaró que durante aquellos años su opinión había cambiado y que apreciaba la calidad del tratado bilateral. De hecho, los tratados entre Estados, como los tratados de libertad de comercio y navegación que estuvieron en vigor en los Estados Unidos hasta la década de 1980, estaban mucho más extendidos.[586]

El tratado bilateral de inversión terminó trazando el recorrido de los derechos de los inversores desde la utopía hasta la realidad. En ese punto también hay que tener en cuenta el papel de la SMP. En 1959, *The New York Times* informó de que Pakistán «se había embarcado en un programa radical de rehabilitación económica diseñado por los hombres responsables de la notable recuperación de Alemania Occidental después de la guerra». Ludwig Erhard, ministro de Economía de Alemania Occidental y miembro de la SMP, visitó Pakistán a finales de 1958 y el general Mohammad Ayub Khan, tras acceder al poder mediante un golpe de Estado, adoptó «en su totalidad» el consejo que le dio el primero en materia de políticas. El consejo en cuestión consistía en detener la campaña de industrialización del país y centrarse en la agricultura para comenzar una «campaña de exportación total» de los cultivos alimentarios.[587] En 1959, Egon Sohmen, otro miembro de la SMP, hizo referencia en la principal revista de economía estadounidense a la «exhaustiva reevaluación que ha hecho Pakistán de su planificación del desarrollo según parámetros neoliberales».[588] La estrategia concordaba con el discurso de desarrollo de la SMP, que criticaba una potencial «sobreindustrialización» de la periferia y animaba al sur

global a asegurarse una posición en la división internacional del trabajo por medio de la producción agrícola.[589]

Una parte de la reforma de Pakistán consistió en la firma de lo que se convirtió en la plantilla para todos los futuros tratados bilaterales de inversión. En 1961, Erhard presentó ante el Bundestag el «tratado para la promoción y protección de las inversiones», firmado por los Gobiernos de Alemania Occidental y Pakistán en noviembre de 1959.[590] El lenguaje del tratado estaba extraído directamente del código de la CCI y el convenio Abs-Shawcross, incluida la cláusula sobre compensación en la moneda del extranjero y la definición ampliada de «nacional» para englobar a «cualquier otra empresa o asociación, con o sin personalidad jurídica».[591] Allí donde había fracasado el enfoque universal, triunfó el enfoque particular, que transformó en derecho vinculante las condiciones aparentemente radicales de la protección de los inversores internacionales.

* * *

Hayek empezó uno de sus libros comparando el derecho con un cuchillo. «Lo mismo que un hombre, al emprender una excursión, se llevará la navaja metida en el bolsillo, no para un uso previsto en particular, sino para estar equipado para diversas contingencias posibles o para poder hacer frente a las situaciones que se puedan presentar —escribió—, las normas de conducta desarrolladas por un grupo determinado no son medios para propósitos particulares conocidos, sino adaptaciones a distintos tipos de situación que, según ha demostrado la experiencia, se repiten en la clase de mundo en el que vivimos».[592] Los neoliberales retomaron el cuchillo del derecho en los años posteriores a 1945, con la esperanza de que proporcionara una estructura para el mercado. Se vieron obligados a hacerlo por la misma razón por la que Hayek, a lo largo de su vida, fue depositando cada vez más fe en el derecho: el ejercicio temerario y la expansión

geográfica de la democracia estaban carcomiendo los principios que separaban la política de la economía.

En la época de la descolonización, los neoliberales veían como enemigas del orden económico mundial a las organizaciones internacionales que se fundamentaban en el principio de «un país, un voto». Eran candidatas poco propicias para lo que Hayek llamaba una potencia internacional con autoridad para decir que no. Para los neoliberales, la Ginebra globalista de la década de 1930 era un Edén perdido. En 1960, Heilperin añoraba la Sociedad, «inspirada en la filosofía del liberalismo», que «hacía todo lo que estaba en su poder para promover la reactivación del comercio, pagos más libres y relaciones monetarias más estables entre naciones». La época de la posguerra dio lugar a «las Naciones Unidas, que se dedicaba en gran medida a lo contrario», una organización que «hasta la fecha ha demostrado una singular ineficacia a la hora de ayudar a reconstruir una economía internacional viable».[593] En muchos sentidos, los neoliberales eran «casos perdidos» de la Sociedad de Naciones y a la institución de Ginebra se la tenía como la mejor versión de organización internacional. Los neoliberales de la Escuela de Ginebra no criticaban a la ONU por que fuera un gobierno mundial, sino porque no era el tipo de gobierno mundial deseable. Resulta irónico que aquella Sociedad edénica, al igual que su edénico Imperio de los Habsburgo, fuera en gran medida una quimera, una construcción fantasiosa de sus propias teorías. De hecho, en 1945 la Sociedad se había convertido en la principal defensora de la política expansionista a nivel mundial.[594]

Una de las preguntas constantes sobre el neoliberalismo es si se trata de un proyecto para restaurar el poder de clase o de una ideología coherente. Como hemos visto, era ambas cosas. En los años posteriores a 1945, los neoliberales trabajaron en estrecha colaboración con la Cámara de Comercio Internacional para defender los privilegios amenazados de una clase determinada. Sin embargo, su imaginación trascendía a la de sus

socios. Su radicalismo siempre albergó el potencial de cobrar vida propia. Aunque colaboraban con organizaciones que se fundamentaban en el *internacionalismo*, el *globalismo* de los neoliberales solía tender a un objetivo que tal vez sus anfitriones (y patrocinadores) no compartían.

Cuando en los años posteriores a 1945 los neoliberales propusieron una OIC «buena» que restringiera la soberanía nacional y reforzara los derechos de los inversores frente a los derechos civiles, los tacharon de dinosaurios o soñadores. Sin embargo, lo que en la década de 1950 se condenó como una «falacia del siglo XIX» —creer que se podía retroceder a una era anterior— se ha convertido en parte de la realidad del siglo XXI.[595] En la década de 1990, el número de tratados bilaterales de inversión, basados en el acuerdo original entre Alemania Occidental y Pakistán, se quintuplicó a casi dos mil.[596] Esos tratados y organismos buscaban consagrar lo que cierto académico llama la «protección constitucional del capitalismo», según el principio de considerar «los derechos humanos como derechos comerciales».[597] Los académicos consideran la década de 1970 como la época del avance de «los derechos humanos del capital».[598] Como hemos visto aquí, ese movimiento tiene su recorrido.

La defensa de los derechos de los inversores fue una de las primeras luchas —y, además, de importancia— para los intelectuales neoliberales, en la que se embarcaron con sus socios de la CCI de la década de 1920. Aunque se planteaba como una campaña por la inviolabilidad de los derechos de propiedad, resulta más preciso decir que era una lucha por la inviolabilidad de la circulación de capitales. No luchaban por el derecho a tener posesiones y a quedarse, sino por el derecho a vender y a marcharse. A raíz de la Segunda Guerra Mundial, a medida que se reconsideraba el derecho internacional para dar cabida al problema de los apátridas y los refugiados, el derecho económico internacional se iba formulando para proteger los derechos de lo que cierto contemporáneo llamó el «dinero de los refugiados» y el derecho humano a la fuga de capitales.[599] Si, como

defienden los historiadores, nadie pensaba que los derechos humanos de la década de 1940 debieran ser exigibles a costa de la soberanía estatal, sorprende que muchos creyeran que los derechos privados del capital pudieran ser exigibles precisamente de esa manera. Aunque la práctica real del derecho internacional de inversiones no haya sido para nada perfecta, la historia de su origen en la posguerra es un caso ejemplar del activismo político de los neoliberales en su afán por aprisionar la economía mundial.

---

[469] F. A. Hayek, *Camino de servidumbre*, Madrid: Editoriales de Derecho Reunidas, S.A., 1950, traducido por José Vergara Doncel. Ver también Roger Normand y Sarah Zaidi, *Human Rights at the UN: The Political History of Universal Justice*, Bloomington: Indiana University Press, 2008, p. 77.

[470] Ver, por ejemplo, Hans-Hermann Hoppe, que escribe que «la opinión de Hayek sobre el papel del mercado y el Estado no se puede diferenciar con sistematicidad de la de un socialdemócrata». Hans-Hermann Hoppe, «F. A. Hayek on Government and Social Evolution: A Critique», *Review of Austrian Economics* 7, n.º 1, 1994, p. 67.

[471] Hayek, *Camino de servidumbre*.

[472] *Ibid.* Ver también Normand y Zaidi, *Human Rights at the UN*, p. 77.

[473] Barbara Wootton, «Economic Problems of Federal Union», *New Commonwealth Quarterly* 5, n.º 2, septiembre de 1939, pp. 150-156; Jan Herman Burgers, «The Road to San Francisco: The Revival of the Human Rights Idea in the Twentieth Century», *Human Rights Quarterly* 14, n.º 4, noviembre de 1992, p. 465; Or Rosenboim, «Barbara Wootton, Friedrich Hayek and the ºDebate on Democratic Federalism in the 1940s», *International History Review* 36, n.º 5 (2014), p. 910.

[474] H. G. Wells, «The Survival of Homo sapiens», *New Commonwealth Quarterly* 7, n.º 3 (enero de 1942), pp. 163-171.

[475] Burgers, «The Road to San Francisco», p. 466.

[476] Para esta cuestión, ver Manfred B. Steger, *The Rise of the Global Imaginary: Political Ideologies from the French Revolution to the Global War on Terror*, Nueva York: Oxford University Press, 2008, p. 168.

[477] Angus Burgin, *The Great Persuasion: Reinventing Free Markets since the Depression*, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2012, p. 90; Ben Jackson, «At the Origins of Neo-Liberalism: The Free Economy and the Strong State, 1930-1947», *Historical Journal* 53, n.º 1 (2010), p. 145; Jeremy Shearmur, *Hayek and After: Hayekian Liberalism as a Research Programme*, Londres: Routledge, 1996, pp. 140-141. Para leer sobre derechos negativos, ver F. A. Hayek, *El espejismo de la justiciar social*, vol. 2 de *Derecho, legislación y libertad*, Madrid: La Unión, 1979, traducido por Luis Reig Albiol.

[478] Hayek, *Camino de servidumbre*.

[479] *Ibid.*

[480] *Ibid.*

[481] *Ibid.*

[482] F. A. Hayek, *La fatal arrogancia: los errores del socialismo*, Madrid: La Unión, 1990, traducido por Luis Reig Albiol.

[483] F. A. Hayek, *Rules and Order*, vol. 1 de *Law, Legislation and Liberty*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1973, p. 132.

[484] Walter Eucken, «Staatliche Strukturwandlungen und die Krisis des Kapitalismus», *Weltwirtschaftliches Archiv* 36 (1932), pp. 297-321.

[485] Röpke a Hanna Seiler, 13 de noviembre de 1965, archivo de Wilhelm Röpke, Instituto de Investigaciones Económicas, Colonia (en adelante citado como AR), exp. 23, p. 9.

[486] Aquello ocurrió a pesar de las intenciones conservadoras de los legisladores de la ONU. Ver Mark Mazower, *No Enchanted Palace: The End of Empire and the Ideological Origins of the United Nations*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2009.

[487] Röpke a Hanna Seiler, 13 de noviembre de 1965, AR, exp. 23.

[488] Jamie Peck, *Constructions of Neoliberal Reason*, Nueva York: Oxford University Press, 2010, p. 49.

[489] Rorden Wilkinson, *Multilateralism and the World Trade Organisation: The Architecture and Extension of International Trade Regulation*, Nueva York: Routledge, 2000, p. 16.

[490] Douglas A. Irwin, Petros C. Mavroidis y A. O. Sykes, *The Genesis of the GATT*, Nueva York: Cambridge University Press, 2008, pp. 72-73.

[491] *Ibid.*, pp. 76-78.

[492] Citado en *ibid.*, p. 95.

[493] F. A. Hayek, «A Rebirth of Liberalism», *The Freeman*, 28 de julio de 1952, p. 731.

[494] *Ibid.º*

[495] F. A. Hayek, «The Intellectuals and Socialism (1949)», en *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, ed. F. A. Hayek, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1967.

[496] Cámara de Comercio Internacional, resoluciones adoptadas por el duodécimo congreso de la Cámara de Comercio Internacional, Quebec, del 13 al 17 de junio de 1949, París: Cámara de Comercio Internacional, 1949.

[497] Olivier Longchamp e Yves Steiner, «Comment les banquiers et industriels suisses ont financé le renouveau libéral», *L'Économie politique* 4, n.º 44 (2009): p. 79; Jean Solchany, «Wilhelm Röpke et la Suisse: La dimension helvétique d'un parcours transnational», *Traverse: Zeitschrift für Geschichte* (2010): p. 32.

[498] Comité Conjunto, Fondo Carnegie para la Paz Internacional-Cámara de Comercio Internacional, *The Improvement of Commercial Relations between Nations and the Problems of Monetary Stabilization*, París: Cámara de Comercio Internacional, 1936, p. 4. Para consultar la importante publicación dirigida por Bertil Ohlin, Theodore Gregory y J. B. Condliffe, ver *Joint Committee of the Carnegie Endowment for International Peace and the International Chamber of Commerce, International Economic Reconstruction: An Economists' and Businessmen's Survey of the Main Problems of Today*, París: Cámara de Comercio Internacional, 1936.

[499] Conversación de JVS [John Van Sickle] y Dr. Michael Heilperin, profesor polaco, 25 de octubre de 1934, carpeta 482, caja 12, ser. 100, RG 1.1, diarios de los funcionarios, FA 118, archivos de la Fundación Rockefeller, Rockefeller Archive Center.

[500] Victor Monnier, *William E. Rappard: Défenseur des libertés, serviteur de son pays et de la communauté internationale*, Ginebra: Slatkine, 1995, p. 491.

[501] Citado en Joseph T. Salerno, «Gold and the International Monetary System: The Contribution of Michael A. Heilperin», en *The Gold Standard: An Austrian Perspective*, ed. Llewellyn H. Rockwell, Lexington, Massachusetts: Lexington Books, 1985, p. 108.

[502] Coloquio Walter Lippmann, *Compte-Rendu des séances du Colloque Walter Lippmann* (del 26 al 30 de agosto de 1938), vol. 1 de *Travaux du centre international d'études pour la renovation du libéralisme*, París: Libraire de Médicis, 1938.

[503] El propio Heilperin defendía el regreso al patrón oro. Ver Anthony M. Endres, *Great Architects of International Finance: The Bretton Woods Era*, Londres: Routledge, 2005, pp. 162-73. Para conocer el papel que desempeñó el grupo Bellagio en la defensa de la adopción de los tipos de interés flotantes, ver Carol Connell, *Reforming the World Monetary System: Fritz Machlup and the Bellagio Group*, Londres: Pickering and Chatto, 2013; Matthias Schmelzer, Fr*eiheit für Wechselkurse und Kapital: Die Ursprünge neoliberaler Währungspolitik und die Mont Pèlerin Society*, Marburg: Metropolis, 2010.

[504] Jim Cox, *Sold on Radio: Advertisers in the Golden Age of Broadcasting*, Jefferson, Carolina del Norte: McFarland, 2008, p. 96.

[505] Informes finales de la Conferencia Internacional de Negocios, Nueva York: International Business Conference, 1944, p. 17.

[506] «Big Business at Montreux», *Economist*, 21 de junio de 1947, p. 985.

[507] Afiliación y participación de los Estados Unidos en la Organización Internacional del Comercio: audiencias ante el Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de los Estados Unidos, octogésimo primer congreso, segunda sesión, del 19 al 21 y del 25 al 27 de abril, y del 1 al 5 y del 9 al 12 de mayo de 1950, Washington, D. C.: U.S. GPO, 1950, p. 561.

[508] *Ibid.*, p. 570.

[509] Michael A. Heilperin, *The Trade of Nations*, segunda ed., Nueva York: Knopf, 1952, p. 151.

[510] Citado en «Big Business at Montreux». En cursiva en el original.

[511] Michael A. Heilperin, «Elephant Traps in the World Trade Charter», *American Affairs*, julio de 1950, p. 50.

[512] Afiliación y participación de los Estados Unidos en la Organización Internacional del Comercio, p. 569.

[513] Michael Heilperin, «An Economist's Views on International Organization (1950)», en *Studies in Economic Nationalism*, Ginebra: E. Droz, 1960, p. 181.

[514] *Ibid.*, p. 184.

[515] «Chemical Mºakers Hear I.T.O. Attack», *The New York Times*, 9 de febrero de 1950.

[516] Heilperin, *The Trade of Nations*, p. 3.

[517] Michael Heilperin, *Studies in Economic Nationalism*, Ginebra: E. Droz, 1960, p. 27.

[518] Heilperin, «Economic Nationalism as an Obstacle to Free World Unity (1952)», en *Studies in Economic Nationalism*, p. 214.

[519] *Ibid.*, p. 215.

[520] Heilperin, *The Trade of Nations*, p. 133.

[521] Heilperin, «An Economist's Views on International Organization», p. 184.

[522] Heilperin, *The Trade of Nations*, p. 175.

[523] George L. Ridgeway, *Merchants of Peace: the History of the International Chamber of Commerce*, Boston: Little, Brown and Co., 1959, p. 193.

[524] Jörg Guido Hülsmann, *Mises: The Last Knight of Liberalism*, Auburn, Alabama: Ludwig von Mises Institute, 2007, p. 1005.

[525] Ridgeway, *Merchants of Peace*, pp. 194-195.

[526] Willliam Diebold Jr., «The End of the I.T.O.», *Essays in International Finance*, n.º 16 (octubre de 1952): p. 22.

[527] *Ibid.*, 21.

[528] Heilperin, *The Trade of Nations*, p. 19.

[529] Hayek, «The Intellectuals and Socialism», p. 194.

[530] Heilperin, *The Trade of Nations*, p. 151.

[531] La tendencia a entender «Occidente» como una categoría homogénea es uno de los escasos defectos del magistral libro de Antony Anghie *Imperialism, Sovereignty, and the Making of International Law*, Nueva York: Cambridge University Press, 2007, p. 210.

[532] Para más información sobre la visión alternativa del orden que representaba la Carta de La Habana, ver Martin Daunton, «Presidential Address: Britain and Globalisation since 1850: III. Creating the World of Bretton Woods, 1939-1958», *Transactions of the Royal Historical Society*, sexta ser., 18 (2008): pp. 14-18.

[533] Thomas W. Zeiler, *Free Trade, Free World: The Advent of GATT*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999, p. 151.

[534] «Philip Cortney, Ex-head of Coty», *The New York Times*, 16 de junio de 1971; «Cortney, Philip», en *Current Biography*, Nueva York: H. W. Wilson, 1958, p. 4.

[535] Sobre la NAM, ver Kim Phillips-Fein, *Invisible Hands: The Making of the Conservative Movement from the New Deal to Reagan*, Nueva York: W. W. Norton, 2009.

[536] Hülsmann, *Mises*, pp. 822-825, p. 829.

[537] Ludwig Mises, «Government vs. Liberty», *The Freeman*, mayo de 1955, p. 396.

[538] Philip Cortney, *The Economic Munich*, Nueva York: Philosophical Library, 1949, p. 131.

[539] *Ibid.*, pp. 27, 50.

[540] *Ibid.*, xvii.

[541] Heilperin, *The Trade of Nations*, p. 264.

[542] Cortney, *The Economic Munich*, p. 132.

[543] *Ibid.*, p. 71.

[544] Philip C. Jessup, *A Modern Law of Nations: An Introduction*, Nueva York: Macmillan, 1948, p. 79. Ver también Hersch Lauterpacht, *An International Bill of the Rights of Man*, Oxford: Oxford University Press, 2013, pp. 129-133.

[545] Cortney, *The Economic Munich*, p. 132.

[546] «Capital Is Urged to Return Abroad», *The New York Times*, 6 de junio de 1947.

[547] E. Wyndham White, «Report by the Committee of the International Chamber of Commerce on the Legal Treatment of Foreign Companies», *Modern Law Review* 3, n.º 1 (1939): p. 55.

[548] International Chamber of Commerce, International Code of Fair Treatment for Foreign Investments, París: Cámara Internacional de Comercio, 1949, p. 6.

[549] *Ibid.*, p. 9.

[550] *Ibid.*, p. 14.

[551] Heilperin, *The Trade of Nations*, p. 26.

[552] Wilhelm Röpke, *International Order and Economic Integration*, Dordrecht: D. Reidel, 1959, p. 79.

[553] Loftus Becker, «Just Compensation in Expropriation Cases: Decline and Partial Recovery», *Department of State Bulletin*, 1 de junio de 1959, p. 785.

[554] Para más información sobre la nostrificación, ver Leo Pasvolsky, *Economic Nationalism of the Danubian* States, Nueva York: Macmillan, 1928, p. 73.

[555] Noel Maurer, *The Empire Trap: The Rise and Fall of U.S. Intervention to Protect American Property Overseas, 1893–2013*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2013, p. 22.

[556] Cortney, *The Economic Munich*, p. 135.

[557] Wilhelm Röpke, «Wirtschaftssystem und internationale Ordnung: Prolegomena», *Ordo* 4 (1951): p. 277.

[558] Nico Schrijver, *Sovereignty over Natural Resources: Balancing Rights and Duties*, Nueva York: Cambridge University Press, 1997, p. 31.

[559] Resolución 626 (VII) de la Asamblea General de la ONU, «Right to Exploit Freely Natural Wealth and Resources», 411.ª reunión plenaria, 21 de diciembre de 1952, https://daccess-ods.un.org/TMP/5805275.44021606.html.

[560] «Vermögensschutz», *Die Zeit*, 5 de abril de 1956.

[561] A. A. Shenfield, «Liberalism and Colonialism», procedimientos de la SMP, 1957, caja 82, papeles de Friedrich A. von Hayek, archivos de la Hoover Institution. Ver también la crítica de Henry Hazlitt, miembro de la SMP, a la ayuda extranjera de los Estados Unidos a partir de 1950: «La auténtica barrera hoy en día para los préstamos internacionales no es la ausencia de posibles fondos privados de inversión estadounidenses, sino la falta de garantías adecuadas para su seguridad por parte de los Gobiernos de los países extranjeros que desean recibir préstamos». Henry Hazlitt, *Illusions of Point Four*, Irvington-on-Hudson, Nueva York: Foundation for Economic Education, 1950, p. 46.

[562] Ludwig Von Mises, «The Plight of the Underdeveloped Nations (1952)», en *Money, Method, and the Market Process: Essays*, ed. Richard Ebeling, Auburn, Alabama: Praxeology Press of the Ludwig von Mises Institute, 1990, p. 167.

[563] Wilhelm Röpke, «Unentwickelte Länder», *Ordo* 5 (1953): p. 69.

[564] «The Capitalist Magna Carta», *Time*, 28 de octubre de 1957, p. 67.

[565] Michael Brandon, «An International Investment Code: Current Plans», *Journal of Business Law* 3, n.º 7 (1959): p. 14.

[566] Hermann J. Abs, «The Safety of Capital», en *Private Investment: The Key to International Industrial Development*, ed. James Daniel, Nueva York: McGraw-Hill, 1958, p. 72.

[567] *Ibid.*, 73.

[568] *Ibid.*, 75.

[569] Becker, «Just Compensation», p. 789.

[570] «Statement Issued by Celler in Chicago on Dec 9 Prior to Returning to Nueva York» y «Statements Read at Press Conference Held by Celler, Amerika Haus, Frankfurt, November 21, 1957», 104 Reg. Con. 727 (21 de enero de 1958), pp. 727-729.

[571] «Statements Read at Press Conference Held by Celler», p. 729.

[572] Stanley D. Metzger, «Multilateral Conventions for the Protection of Private Foreign Investment», *Journal of Public Law* 9, n.º 1 (1960): p. 144.

[573] «Draft Convention on Investments Abroad», *Journal of Public Law* 9, n.º 1 (1960): p. 117.

[574] Richard N. Gardner, «International Measures for the Promotion and Protection of Foreign Investment», *Proceedings of the American Society of International Law at Its Annual Meeting* (1921-1969) 53 (1959): p. 259.

[575] Metzger, «Multilateral Conventions», p. 133.

[576] Georg Schwarzenberger, «The Abs-Shawcross Draft Convention on Investments Abroad: A Critical Commentary», *Journal of Public Law* 9, n.º 1 (1960): pp. 151-157.

[577] *Ibid.*, p. 157.

[578] Metzger, «Multilateral Conventions», p. 142.

[579] Gardner, «International Measures», p. 260.

[580] Brandon, «An International Investment Code», p. 8.

[581] Stephan Schill, *The Multilateralization of International Investment Law*, Nueva York: Cambridge University Press, 2009, p. 36.

[582] 104 Reg. Cong. 9959 (1958), 2 de junio de 1958, 9959-9960.

[583] Cámara de Comercio Internacional, *Intelligent International Investment*, Nueva York: Cámara de Comercio Internacional, 1949, p. 9.

[584] Cámara de Comercio Internacional, *Resolutions adopted by the Twelfth Congress*, p. 26.

[585] Heilperin, «Elephant Traps», p. 152.

[586] Para saber más sobre la historia anterior de la protección a los inversores, ver Kate Miles, *The Origins of International Investment Law: Empire, Environment and the Safeguarding of Capital*, Nueva York: Cambridge University Press, 2013; A. Claire Cutler, «Artifice, Ideology and Paradox: The Public / Private Distinction in International Law», *Review of International Political Economy* 4, n.º 2 (1997): pp. 261-285.

[587] «Bonn Economics Buoys Pakistan», *The New York Times*, 26 de febrero de 1959.

[588] Egon Sohmen, «Competition and Growth: The Lesson of West Germany», *American Economic Review* 49, n.º 5 (diciembre de 1959): p. 1000.

[589] Ver Röpke, «Unentwickelte Länder», p. 89.

[590] Erhard al president del Bundestag alemán, 15 de febrero de 1961, Deutscher Bundestag 3, Wahlperiode, Drucksache 2495.

[591] N.º 6575, Pakistán y República Federal de Alemania, Tratado para la Promoción y Protección de Inversiones (con protocolo e intercambio de notas), firmado en Bonn el 25 de noviembre de 1959, https://www.iisd.org/pdf/2006/investment_pakistan_germany.pdf.

[592] Hayek, *El espejismo de la justiciar social*.

[593] Heilperin, *Studies in Economic Nationalism*, p. 43.

[594] Ver Patricia Clavin, *Securing the World Economy: The Reinvention of the League of Nations, 1920-1946*, Nueva York: Oxford University Press, 2013.

[595] Arthur S. Miller, «Protection of Private Foreign Investment by Multilateral Convention», *American Journal of International Law* 53 (1959): p. 376.

[596] Enrique Prieto-Rios, «Neoliberal Market Rationality: The Driver of International Investment Law», *Birkbeck Law Review* 3, n.º 1 (mayo de 2015): p. 59.

[597] Danny Nicol, *The Constitutional Protection of Capitalism*, Londres: Bloomsbury, 2010; Danny Nicol, «Business Rights as Human Rights», en *The Legal Protection of Human Rights: Sceptical Essays*, ed. Tom Campbell, K. D. Ewing y Adam Tomkins, pp. 229-243, Nueva York: Oxford University Press, 2011.

[598] Frederick Cooper, «Afterword: Social Rights and Human Rights in the Time of Decolonization», *Humanity* 3, n.º 3 (invierno de 2012): p. 487.

[599] Citado en Eric Helleiner, *States and the Reemergence of Global Finance: From Bretton Woods to the 1990s*, Ithaca, Nueva York: Coºrnell University Press, 1994, p. 59.

05

Un mundo de razas

«Permítanme recordar la máxima de Mill que afirma que no puede haber libertad para los «salvajes». Reemplacen esta dura palabra por «personas inmaduras en términos políticos e intelectuales» y reflexionen sobre la propuesta de que quizá la democracia plena no sea el sistema de gobierno más adecuado para esa gente; de que, por ejemplo, el derecho ilimitado a votar y elegir a los hombres que vayan a gobernar el país puede abocar a la destrucción de muchas otras libertades y también de cualquier posibilidad real de desarrollo económico».

FRITZ MACHLUP, 1969

Después de 1945, los neoliberales argumentaron que los imperios podían terminar, pero solo si se garantizaban los derechos del capital y se evitaba que los Estados nacionales impidieran la libre circulación de capitales y de mercancías. Pero ¿cómo se podía garantizar ese resultado en una época de descolonización cuando la liberación, la autodeterminación y la soberanía se pregonaban como los rasgos definitorios del Estado? En una reunión de la Sociedad Mont Pèlerin (SMP) celebrada en 1957 en Saint Moritz, Suiza, el economista británico Arthur Shenfield, que más tarde sería el presidente de la SMP, presentó la paradoja en dos partes: en primer lugar, «los liberales no tienen por qué ser demócratas, pero les resulta harto difícil no serlo». En segundo lugar, «no tienen por qué acatar la reivindicación de los pueblos dependientes de gobernarse a sí mismos de manera incorrecta, pero no les resulta fácil no hacerlo».[600] Fritz Machlup, miembro de la SMP, hizo un comentario similar en una carta que le escribió a Gottfried Haberler una década más tarde, en la que observó que «el coste de la democracia es

altísimo. Hace que resulte imposible hacer lo que se debe hacer y obliga a hacer lo que no se debe hacer en nombre del interés público».[601]

Para los neoliberales, los principios de la democracia de masas y la autodeterminación nacional eran controvertidos. Resultaban útiles y no se podían anular con facilidad, pero también tenían el potencial de alterar la economía mundial. En los años de la posguerra, la postura neoliberal parecía estar perdiendo. Al igual que los sucesores de los Habsburgo antes que ellos, los nuevos países de África y Asia, junto con las naciones en vías desarrollo más antiguas de América Latina, intentaban levantar su propia industria y protegerse de la competencia global. Las teorías económicas dominantes favorecían las aspiraciones de los nuevos países. Los académicos y los legisladores de los Estados Unidos, animados por el optimismo de la posguerra y decididos a contrarrestar el atractivo del comunismo, establecieron una epistemología que sancionaba el objetivo político de lo que Elizabeth Borgwardt llama «un New Deal para el mundo», que se completaba con pleno empleo, sindicalismo transnacional y oportunidades tanto para las grandes empresas como para el gobierno democrático.[602] La llamada teoría de la modernización allanó el camino para que las economías nacionales pasaran de la producción agrícola al «despegue» cuando las nuevas tecnologías incrementaran la productividad y elevaran en términos generales el nivel de vida.[603] Llegar tarde al desarrollo no era un obstáculo, sino una bendición, sostenían los economistas. Los países en vías de desarrollo podrían disfrutar de las «ventajas del atraso» al incorporar avances tecnológicos que ya se hubieran desarrollado en otros sitios. Un senador de Nebraska reflejó el espíritu de la época en su memorable promesa de «llevar Shanghái a lo más alto, hasta que sea igualita que Kansas City».[604]

Sin embargo, la teoría de la modernización nunca fue tan hegemónica como parece en ocasiones. Los críticos neoliberales cuestionaron desde el principio la visión de un New Deal para el mundo. Los miembros de la

SMP fueron de los primeros en recelar de la ayuda exterior y contemplaban los sueños poscoloniales de una rápida industrialización como la última variante del nacionalismo económico.[605] Hayek describió como una «ingenua falacia» que la industrialización fuera la única vía de desarrollo.[606] Los neoliberales veían los Acuerdos de Bretton Woods, denominados por los académicos como liberalismo incrustado, como un camino hacia el aislamiento que alimentaba los delirios de autonomía nacional.[607] La crítica neoliberal a las principales teorías del desarrollo empezó con la convicción de que la industrialización de áreas anteriormente agrícolas (como las antiguas colonias) y la protección de la agricultura en áreas que eran sobre todo industriales (como Europa occidental) distorsionaba la división internacional del trabajo y llevaba a que los países se especializaran en ramas de producción para las que sus recursos naturales no resultaban adecuados. Una economía mundial verdaderamente liberal, en la que se intercambiaran con libertad el capital y las mercancías, redundaría en el uso más eficiente de los recursos de la tierra. La integración en el mercado mundial era un proceso pedagógico. Lejos de que se les permitiera protegerse del empuje y la atracción de la competencia, las fuerzas de la economía mundial debían instruir a los países de la economía poscolonial para responder correctamente a la orientación de la demanda del mercado. La desaparición de los imperios supuso un nuevo papel para lo que Ludwig von Mises llamó el reinado de la competencia.

Las contrapropuestas neoliberales para el orden económico mundial descritas en los capítulos anteriores tuvieron poco éxito a corto plazo. Las utopías de desplanificación se rechazaron a causa de la mancomunación de riesgos del estado de bienestar. Los regímenes de libre comercio de la posguerra estaban plagados de excepciones, y los controles de capital estaban sancionados por el Fondo Monetario Internacional (FMI). Los códigos universales de inversión encallaban en las rocas de la soberanía nacional. Parte del problema parecía radicar en la incapacidad de reconocer

que el mundo había cambiado. La exigencia hayekiana de derechos *xénoi* se parecía mucho al principio de extraterritorialidad del siglo XIX: la inmunidad de los agentes extranjeros frente a las leyes nacionales. En 1953, el propio Hayek sugirió que el Gobierno de los Estados Unidos asegurara a los inversores estadounidenses en el extranjero contra la expropiación o la repatriación bloqueada de fondos. Los países receptores, afirmó, deberían «permitir que las instituciones financieras estadounidenses operen sin trabas dentro de su territorio».[608] Pero ¿quién iba a obligarlos a que lo hicieran y por qué se iba a aceptar semejante prepotencia? Ludwig von Mises había señalado el problema en 1943: «Es una ilusión creer que se podrían resolver tales conflictos mediante arbitraje por parte de tribunales imparciales. Un tribunal solamente puede administrar justicia de acuerdo con los artículos de un código, pero lo que se impugna es precisamente esas propuestas y esas normas».[609]

Röpke, que fue uno de los primeros críticos de la ayuda exterior, también se mostró poco optimista ese mismo año con respecto de la viabilidad de reavivar la extraterritorialidad tras la época imperial. Escribió que los antiguos poderes coloniales carecían tanto de la voluntad como del poder para restablecer tales derechos.[610] Un código de inversión resultaría útil en cierta medida para crear «normas que resultaría peligroso ignorar abiertamente e incómodo eludir», pero creer que la solución no consistía más que en una cuestión de ingeniería jurídica sugería «juridicismo», «falso internacionalismo» y, lo que recordaba a los fracasos de la diplomacia económica en la década de 1930, un delirante «conferencismo».[611] ¿Quién litigaría las infracciones?, se preguntaba Röpke. ¿La ONU? ¿Esa organización que «la sabiduría del Estado occidental había construido de tal modo que apenas se escuchaba la voz de Europa en comparación con la de los países en vías de desarrollo»? ¿La Corte Penal Internacional de La Haya? «El mero hecho de formular esas preguntas», aseveró, refleja «el más amargo sarcasmo».[612] Para Röpke, el sistema internacional de la

posguerra era una construcción defectuosa. Inspirarse en él para imponer una conducta justa para el capitalismo global tendría consecuencias garrafales.

Para Röpke, el obstáculo principal no tenía que ver con el diseño, sino con la cultura, que era más inextricable. Röpke defendía que en las naciones receptoras simplemente no se daban las condiciones morales que garantizasen la seguridad del capital, y que ni siquiera existirían en un futuro «tan distante que no pudiera vislumbrarse ni con los ojos de un profeta».[613] Frente a lo que veía como el materialismo de la idea del desarrollo económico, Röpke planteó la importancia de la «infraestructura moral».[614] Algunas poblaciones, argumentó, contaban con las cualidades necesarias para triunfar en un sistema de capitalismo global y otras no, y poco se podía hacer para cambiar ese hecho.

Hasta el momento, mi relato se ha centrado en las formas en que el derecho y la economía se complementaban en sus intentos por diseñar un mundo seguro para el capitalismo. Ahora destacaré un tercer término —la variable de la raza— mediante el ejemplo, al que no se suele dar la debida importancia, de la relación de los neoliberales con África meridional. Sudáfrica y Rodesia se veían como casos límite en la reorganización del mundo tras la Segunda Guerra Mundial. Reafirmaban la jerarquía racial como una estrategia formal de gobierno, pese a que esa estrategia estuviera perdiendo fuerza a nivel mundial. Tras la introducción del *apartheid* en 1948, en 1961 Sudáfrica abandonó la Commonwealth británica y recibió aprobación casi universal, especialmente de las Naciones Unidas.[615] En 1965 Rodesia anunció una declaración unilateral de independencia y se separó bajo el gobierno de los blancos. Ambos países operaban mediante acuerdos institucionales que discriminaban a la población no blanca en estructuras de sufragio y regulaciones cotidianas.

Aunque las organizaciones internacionales y la opinión pública mundial la condenaran, la versión alternativa de la descolonización que pusieron en

práctica Sudáfrica y Rodesia contó con algunos defensores en el movimiento neoliberal. En este punto se aprecia una división en el seno de la SMP. Por un lado, el defensor más notorio de la Sudáfrica blanca a principios de la década de 1960 fue uno de los fundadores del movimiento neoliberal: el mismísimo Röpke. Su camino hacia la estridente defensa del *apartheid* sudafricano fue un viaje idiosincrásico que se había iniciado en la década de 1930, cuando Alexander Rüstow y él defendieron la necesidad de un marco extraeconómico como sustrato para el liberalismo. En medio del cada vez más profundo pesimismo sobre las probabilidades de restaurar el orden económico global en la época de la descolonización, Röpke encontró una explicación en las características supuestamente integrales de la raza y reevaluó el imperialismo, del que antes había renegado.

La postura de Röpke con respecto del *apartheid* genera incomodidad en sus numerosos simpatizantes. Salvo una excepción, los últimos trabajos académicos sobre Röpke evitan hacer referencia a su vehemente defensa de Sudáfrica; hay una biografía que ni siquiera lo menciona, cuando por lo demás es exhaustiva.[616] Su retórica tampoco encaja con la historia intelectual del movimiento neoliberal desde la década de 1920 hasta la de 1980, en la que las defensas sin ambages de la jerarquía racial representan un papel mínimo. La postura de Röpke sobre el *apartheid* lo alejó de pensadores como Hayek, Mises y Heilperin, y lo acercó a los conservadores tradicionalistas de la nueva derecha estadounidense, especialmente William F. Buckley, que también veía los movimientos anticoloniales y las movilizaciones afroamericanas por los derechos civiles de los Estados Unidos como un ataque a los principios de la civilización occidental.[617] A principios de la década de 1960, Röpke llegó a ver África meridional como el símbolo más importante del frente mundial ante el desorden económico. Según su personal fusión del neoliberalismo y el conservadurismo tradicionalista, la supremacía blanca en África meridional era una

característica esencial del marco extraeconómico que protegía la economía mundial.

Ningún otro neoliberal defendió el *apartheid* exactamente igual que Röpke, que para cuando hizo sus declaraciones más contundentes había dimitido de la SMP. Sin embargo, hubo otros pensadores neoliberales que distinguieron entre el *apartheid* como sistema integral de segregación racial y la cuestión separada del sufragio para la población negra. Adujeron, como hace Machlup en el epígrafe de este capítulo, que quizás hubiera que restringir la democracia para ciertos pueblos en aras de salvaguardar la estabilidad y la prosperidad.[618] En algunas circunstancias era necesario restringir la libertad política, como se entiende normalmente, para preservar la libertad económica. Algunos destacados neoliberales —como Milton Friedman, John Davenport y el propio Shenfield— se oponían al sufragio universal en África meridional de acuerdo con esta lógica.

El crítico más importante de la igualdad del derecho de voto fue, aunque pueda sorprender, alguien reconocido en el movimiento libertario como uno de «los detractores originales y más apasionados del *apartheid* sudafricano»: el economista británico William H. Hutt, que era miembro de la SMP desde 1948 y había estudiado en la London School of Economics (LSE).[619] La reputación de Hutt se fundamenta en su libro de 1964 *The Economics of the Color Bar* (La economía de la segregación racial).[620] Aunque el libro abogaba por que no se discriminase en los mercados laborales, también proponía una revisión del sufragio —inspirada explícitamente por Hayek— para inmunizar al mercado en contra de los efectos perjudiciales de una población empoderada. Desde la década de 1940 hasta su muerte, en la década de 1980, Hutt promovió un modelo de voto ponderado para Sudáfrica y Rodesia con el fin de contrarrestar los efectos negativos de la democracia. Hutt, que para su interpretación se valió del apoyo de otros neoliberales, promovió un mercado sin discriminación

racial, pero solo junto a unas urnas que primero distinguían entre blanco y negro y luego otorgaban derechos de voto diferentes a ricos y pobres.

La última reacción acerca de Sudáfrica que sopesaremos aquí es la del propio Hayek, que, tras visitar el país en dos ocasiones, denunció pública e inequívocamente el *apartheid* como «una injusticia y un error».[621] Sin embargo, dedicó palabras aún más duras a los intentos de las organizaciones internacionales de aplicar sanciones y prohibiciones contra el *apartheid* sudafricano para forzarlo a modificar sus políticas internas. Las respuestas de Hutt y Hayek al *apartheid* reflejaban mejor la forma neoliberal de gobernanza mundial que la evocación de Röpke de un mundo de razas. Hutt proponía restricciones a la democracia diseñadas para disminuir la probabilidad de proteccionismo económico y redistribución, mientras que el globalismo militante de Hayek afirmaba que la totalidad debía resistir a las ruinosas exigencias de una moral globalizada.

Röpke y la línea Zambeze

A medida que la descolonización se extendía por todo el mundo, Sudáfrica, al ser un país gobernado por una minoría blanca, se vio sometida a un creciente escrutinio internacional. Después de la masacre que tuvo lugar en 1960 en Sharpeville, en la región sudafricana de Transvaal, en la que la policía mató a sesenta y nueve personas que se habían estado manifestando en contra de las leyes segregacionistas, y de la posterior prohibición de todos los grupos anti-*apartheid* en Sudáfrica, cada vez resultaba más difícil defender que el país no era un Estado policial racista.[622] Los Estados Unidos criticaron formalmente el régimen a partir de 1958, cuando, por primera vez, la administración de Eisenhower firmó en la ONU una resolución anti-*apartheid*.[623] Los académicos han seguido el rastro de la ambivalente postura del Gobierno de los Estados Unidos, que intentó aplacar la opinión africana y asiática mediante acciones simbólicas en contra de Sudáfrica —entre otras, un embargo parcial de armas en 1963—,

sin poner en peligro los lazos económicos y las relaciones políticas, sobre todo porque dependía de Sudáfrica para el suministro de uranio y otros minerales estratégicos.[624]

Fue en ese ambiente en el que Röpke escribió en 1964 lo que llamó «un intento de evaluación positiva» de Sudáfrica. En el panfleto, señaló que «el negro sudafricano no solo es un hombre de una raza completamente distinta, sino que, al mismo tiempo, proviene de un tipo y un nivel de civilización completamente diferentes».[625] Röpke describió Sudáfrica como «una de las naciones más prósperas y, en ciertos aspectos, más insustituibles de la economía mundial», y elogió «las extraordinarias cualidades de su población blanca, que vive en condiciones climáticas inusualmente favorables y posee un espíritu pionero que solo es comparable con el que se halla en los Estados Unidos».[626] Las características más reseñables del país eran su atractivo para los turistas, su «estructura fiscal relativamente favorable» y los elevados rendimientos que ofrecía a la inversión extranjera.[627]

La política del *apartheid* no era tiránica, argumentaba Röpke, sino que era «la forma específica en la que Sudáfrica perseguía las medidas de “descolonización” y “ayuda al desarrollo” correspondientes a las necesidades de ese país».[628] Era necesaria porque los sudafricanos no blancos se encontraban «en una etapa de desarrollo incompatible con la auténtica integración espiritual y política con los blancos, altamente civilizados, y en la actualidad son tan numerosos que amenazan con aplastar a estos últimos, que son quienes en estos momentos defienden el orden político, cultural y económico».[629] Röpke estableció un paralelismo con Israel y escribió que, como ocurría con la relación de la población judía con los árabes, proporcionar igualdad política total a la población negra equivaldría a cometer un «suicidio nacional».[630]

Después de los textos que escribió en las décadas de 1930 y 1940, en los que la raza desempeñaba un papel insignificante como categoría de análisis

—y dado que, por principios, se oponía al antisemitismo que lo había obligado a emigrar de la Alemania nazi—, resulta sorprendente ver a Röpke elogiar a Sudáfrica en su geografía política como un baluarte blanco en la década de 1960.[631] Para evitar que el país se convirtiera en «otro Congo o Indonesia», defendió que se trazara «una línea Zambeze» para «dividir la parte norte del continente, controlada por los negros, y la parte sur, controlada por los blancos».[632] Röpke opinaba que en Sudáfrica debía persistir la supremacía blanca a causa de las diferencias raciales, la economía y la *realpolitik*.

El Gobierno sudafricano agradeció la munición retórica y pidió tres traducciones y dieciséis mil ejemplares del libro en el que iba a aparecer el artículo.[633] Al año siguiente, ordenaron la distribución de veinte mil copias del artículo en los Estados Unidos.[634] Los defensores del *apartheid* citaban el trabajo de Röpke en sus propios panfletos.[635] Röpke no podía contar con sus aliados europeos habituales para el tema de Sudáfrica, ya que discrepaba de la postura defendida por aquellos. Los directores del periódico económico liberal suizo *Neue Zürcher Zeitung*, con quienes llevaba tres décadas trabajado, no compartían su entusiasmo por el régimen de Hendrik Verwoerd.[636] Cuando Röpke pronunció el discurso que dio en Zúrich en julio de 1964 como parte de una serie de conferencias sobre África, el periódico publicó una declaración de protesta de estudiantes extranjeros.[637] «Estos intelectuales del *NZZ* no cejarán hasta que permitan hablar a un auténtico caníbal», escribió Röpke a Albert Hunold, empresario suizo y exsecretario europeo de la SMP, su principal colaborador a mediados de la década de 1960 y el encargado de organizar la serie de conferencias.[638] El propio Röpke dio su apoyo a que en aquellas conferencias apareciese otro orador, el historiador colonial alemán Wahrhold Drascher, que tuvo que soportar críticas cuando se supo que había publicado una monografía de supremacía blanca en el Tercer Reich titulada *The Ascendancy of the White Race* (La ascendencia de la raza

blanca), además de otros textos posteriores en los que hacía apología del colonialismo occidental en la posguerra.[639] En su correspondencia personal, Drascher calificó el artículo de Röpke sobre Sudáfrica como «sobresaliente».[640]

Röpke y Hunold eran conscientes de estar apartándose del núcleo del grupo de la SMP con el tema de Sudáfrica. Hunold escribió a Röpke desde el país diciéndole que su antiguo socio neoliberal, Hayek, «defiende ahora el "un hombre, un voto" y el mestizaje». «De Hayek ya nada me sorprende», concluyó con desprecio.[641] Los principales aliados de Röpke y Hunold en la cuestión del *apartheid* no pertenecían al ambiente neoliberal europeo, sino a los círculos —que en parte se superponían— de la nueva derecha estadounidense, una comunidad que solía estar más dispuesta a defender el principio del gobierno blanco.[642] En la década de 1950, Röpke fue una fuente constante de información para el movimiento conservador emergente de los Estados Unidos en lo relativo a cuestiones como la integración europea, la reconstrucción tras la guerra y la economía mundial. Buckley y Russell T. Kirk, los representantes del movimiento, mantuvieron correspondencia y colaboraron ampliamente con Röpke, cuyo nombre apareció en 1955 en la cabecera de los primeros números de la *National Review* y *Modern Age*, las publicaciones emblemáticas de la nueva derecha.[643] En 1956, Buckley se declaró «discípulo» de Röpke.[644] En sus cartas, Kirk aseguró hallarse en deuda con la influencia de Röpke y lo calificó como la mejor esperanza para «humanizar el pensamiento económico».[645] Tras la publicación en Sudáfrica del artículo de Röpke, Lawrence Fertig, columnista libertario, le escribió para felicitarlo y alabó su «valentía» y «gran integridad» al escribirlo, lo que, como reconocía, había «contribuido sobremanera» a su pensamiento.[646] Karl Brandt, economista agrícola de la Universidad de Stanford emigrado de Alemania, que había propuesto el nombre de la SMP, calificó el texto como una «exposición muy refinada y, al mismo tiempo, fortísima de la filosofía de la libertad».[647] Después de

que Buckley publicara un artículo en defensa del Gobierno de Verwoerd, escribió que estaba «orgullosísimo» por los elogios que Röpke le había dispensado al texto.[648]

¿Cómo se concilia el racismo de Röpke con el discurso neoliberal del orden mundial, que aceptaba la autodeterminación democrática siempre y cuando se garantizaran el libre comercio y la libre circulación de capitales? Como se ha mencionado en el capítulo 2, las reflexiones de Röpke sobre la Gran Depresión en la década de 1930 lo llevaron a pensar que los factores extraeconómicos eran fundamentales para la preservación de la economía mundial. Opinaba que la adhesión al patrón oro y la libre circulación de capitales y mercancías había ejercido antes de 1914 como «una especie de *ordre public international* no escrito, una Res Publica Christiana secularizada, que por esa razón se había extendido por todo el mundo», lo que había dado como resultado una «integración política y moral del mundo».[649] Como señala cierto académico, el sistema se basaba tanto en «restricciones informales, es decir, estándares extralegales, convenciones y códigos de conducta morales» como en leyes nacionales.[650] En opinión de Röpke, formar parte de la sociedad internacional equivalía a ser un agente responsable en el libre mercado. El orden mundial liberal, el heredero de un orden cristiano, se definía como un sistema de expectativas económicas y modos de interacción sin gobierno formal: era una comunidad de valores, a la que cada economía podía unirse y de la que podía desvincularse, pero cuya existencia no podían legislar las instituciones supranacionales.

El hecho de que el siglo XIX hubiera sido también la época del alto imperialismo, cuando gran parte del territorio de la tierra estaba dividido entre las potencias europeas, era secundario a la descripción que hacía Röpke de la época anterior a 1914 como el «glorioso día soleado del mundo occidental».[651] Así pues, ¿qué debía hacerse en el mundo de la posguerra, cuando los fundamentos religiosos de la sociedad internacional se habían perdido y la comunidad de «Occidente» se encontraba fragmentada a causa

de la descolonización? Muchos otros conservadores —entre ellos, de hecho, los centristas— compartían el dilema al que hubo de enfrentarse Röpke en la década de 1950: ¿cómo podían concluir los imperios sin perder el control del mundo no blanco?[652] Röpke rechazaba la propuesta de un gobierno mundial democrático que aceptase como iguales a las naciones poscoloniales, porque le parecía un impulso suicida por parte de Occidente; no se podía esperar, escribió, que «el mundo libre se suicidara».[653]

Una de las propuestas concretas de Röpke consistía en una forma de federación similar a la iniciada por Robbins y Hayek en la década de 1930: las naciones debían tener soberanía política formal, pero una autonomía económica reducida que estuviera regulada por la libre circulación de capitales y la inversión entre países.[654] Röpke recomendó que la Alemania Occidental reconstruida se orientara a la exportación, en parte porque la susceptibilidad a los cambios en el mercado mundial limitaría los intentos de planificación a gran escala y a largo plazo.[655] Su visión global concordaba con el «federalismo rearticulado», que Bernhard Walpen veía como una característica básica del pensamiento neoliberal y que exigía la descentralización de la autoridad con el objetivo de eliminar la capacidad de toma de decisiones colectiva para el «diseño emancipatorio de la sociedad en su conjunto».[656] Como en la visión de Robbins y Hayek, una federación mundial laxa contribuiría a evitar que se materializasen las expectativas populares colectivas, porque la amenaza constante de la fuga de capitales frenaría las campañas de políticas sociales expansionistas. Los agentes económicos que votan con los pies —y con los activos— serían los correctivos más infalibles en los proyectos de construcción de estados de bienestar domésticos.[657]

Röpke predijo que la función disciplinaria de la economía mundial abierta vendría acompañada del atrincheramiento de los bloques de la civilización en respuesta a lo que llamó «Aníbal a las puertas», evocando un momento anterior en el que Occidente estuvo amenazado.[658] El Aníbal de

Röpke no era tanto la Unión Soviética, a la que a menudo se caracteriza como asiática en el discurso conservador alemán, sino, más bien, el mundo que estaba en proceso de descolonización. «Cuanto más emergen las grandes potencias no europeas —escribió— y las civilizaciones de otros continentes empiezan a mirarnos con condescendiente confianza en sí mismos, más natural y necesario se vuelve que aumente poderosamente el sentimiento de homogeneidad espiritual y moral entre los europeos».[659] Las fronteras de la comunidad sitiada se desplegaban sobre el océano. Röpke afirmó que «la integración espiritual y política de Europa […] únicamente tiene sentido como parte constituyente de una combinación y organización mayor del potencial de resistencia de *todo* el mundo occidental a ambos lados del Atlántico».[660] Una Fortaleza Occidente, reforzada en términos morales, se erigiría como una defensa necesaria frente a las envalentonadas poblaciones no occidentales, desvinculadas de la comunidad moral que unía a Occidente.[661]

La concepción normativa de Occidente de Röpke y su preocupación por los cambios en el orden racial mundial se solapaban de manera considerable con el atlantismo que los historiadores han rastreado desde principios de siglo, con las demandas para la formación de una unión angloamericana y, hasta las décadas de 1930 y 1940, con las ideas de Clarence Streit para la fusión federalista de los Estados Unidos con el Reino Unido y Europa occidental.[662] Como veremos en el capítulo 6, Röpke se opuso a la creación de la Comunidad Económica Europea aduciendo que incrementaría la burocracia y potenciaría las tendencias socialistas de la Europa occidental.[663] Abogaba, en su lugar, por un Área Europea de Libre Comercio que acogiera al Reino Unido y que, de acuerdo con su visión federalista, incluyera libre comercio y divisas convertibles, pero no organismos de planificación supranacionales.[664] Como ha observado cierto académico, Röpke y Ludwig Erhard también creían que la integración no debía producirse «a expensas de la comunidad atlántica» y

fundamentaban su visión en el «concepto occidental que subrayaba las similitudes políticas, sociales e históricas de Occidente».[665]

Europa occidental y América del Norte, vinculadas por su patrimonio cristiano común, tenían la responsabilidad, en opinión de Röpke, de restaurar el orden económico internacional liberal que se había perdido tras 1914. Otros pensadores neoliberales minimizaron la centralidad de la cultura y la raza después de 1945, pero Röpke insistió en su importancia. El «fanatismo racial —escribió en 1965— no justifica negar la existencia de algo llamado *ethnos*, raza, que tiene una importancia primordial».[666] Los textos que anotó defendían con severidad el esencialismo biológico jerárquico. Entre sus recomendaciones para el campo de la «etnopsicología» se encontraba un estudio que concluía que «la capacidad mental tiende a ser aceptable entre los pueblos y las razas adaptadas a climas fríos y templados, pero inaceptable entre aquellos adecuados a climas cálidos», y advirtió sobre el «poder letal en manos de Estados nación dominados por poblaciones incapaces de pensamiento racional».[667] En una época en la que la raza biológica, bien se marginalizaba, bien se recodificaba en muchas de las ciencias sociales, Röpke la colocó en el centro de su análisis.

En contra del New Deal mundial

Los Estados Unidos desempeñaron un papel fundamental en la visión de Röpke de un Occidente reconstruido. Sin embargo, para la década de 1950 Röpke opinaba que ese gobierno estaba haciendo todo lo posible por acelerar la desintegración del orden mundial. Los problemas habían empezado con el New Deal. Los sindicatos, el proteccionismo y la planificación habían «politizado» los procesos económicos y minado los cimientos de las relaciones económicas internacionales liberales.[668] El Estado intervencionista era el adversario de la economía mundial liberal porque buscaba dotar de poder a las poblaciones trabajadoras y elevar el

nivel de vida dentro del espacio nacional-territorial. En la época de la posguerra, el Gobierno de los Estados Unidos exportaba aquellas expectativas, primero a Europa occidental y después al mundo que estaba en proceso de descolonización. La política estadounidense estaba erosionando la constitución económica del mundo, una división firme entre el mundo de los Estados y la economía mundial.

En uno de los primeros artículos que escribió para *The Freeman*, la publicación conservadora estadounidense, Röpke la emprendió contra la visión para el periodo de guerra recogida en el New Deal para el mundo. Citando la promesa socioeconómica de las cuatro libertades de Roosevelt de 1941, comentó: «Es poco probable que los auténticos liberales se enreden con frases tan simplistas como la “libertad de vivir sin penuria”, según la cual la esencia de la libertad se somete al colectivismo».[669] Desde el anuncio de la Carta del Atlántico, Röpke había temido que «la otra cara de la guerra total», como afirma cierto académico, fuese la «expectativa generalizada de que hubiera un estado de bienestar entre los movilizados para la guerra».[670] Para ganar la guerra, Roosevelt había dado rienda suelta a lo que Röpke llamó «igualitarismo», e iba a costar dar marcha atrás. Cargar la categoría de democracia de contenido económico tendría consecuencias desestabilizadoras hasta niveles catastróficos.

La primera consecuencia de la internacionalización del New Deal fue la diversa experimentación con la planificación que surgió en la Europa occidental de la posguerra.[671] En un ataque a la ayuda del Plan Marshall para el Reino Unido y Francia en 1950, un senador de Missouri citó la observación de Röpke sobre la ironía que suponía que «el Plan Marshall, que tendría que haber sacado a Europa occidental del fango de la política económica nacionalista y colectivista, ha amenazado con crear un nuevo supercolectivismo a la escala del superestado».[672] Röpke acuñó para la ocasión términos extravagantes y denunció el apoyo de los Estados Unidos a los organismos de planificación de la Comunidad Económica Europea

(CEE) como «vulgar gigantolatría y tecnolatría».[673] Las organizaciones internacionales amenazaban con expandir los efectos perniciosos de la planificación a una escala aún mayor. En 1952, la American Enterprise Association (posteriormente, el American Enterprise Institute) publicó la crítica de Röpke al «Report on National and International Measures for Full Employment» (Informe sobre medidas nacionales e internacionales para el pleno empleo) de la ONU de 1949, redactado principalmente por keynesianos británicos y franceses.[674] Röpke escribió que «no hay otro asunto económico que parezca tan atractivo y, sin embargo, pueda resultar tan peligroso como el que se fundamenta en este engañoso y amargamente discutido concepto» de pleno empleo, y advirtió de que el informe marcaba el peligroso cambio de la «planificación nacional» a la «planificación internacional».[675]

En 1961, con el lanzamiento del programa New Frontier (Nueva Frontera) de Kennedy, Röpke se encontró con otra entidad «nueva» que colocar en el punto de mira de la crítica. En abril de 1963 publicó un editorial de media página en *The Wall Street Journal* titulado «Washington's Economics: A German Scholar Sees Nation Moving into Fiscal Socialism» (La economía de Washington: un académico alemán ve al país dar un giro hacia el socialismo fiscal). La andanada empezaba vinculando el New Deal y la New Frontier: «Hace treinta años, publiqué un artículo en el que criticaba con dureza las políticas económicas que el presidente Roosevelt estaba aplicando en nombre de un "New Deal"». La «New Frontier» del Presidente Kennedy, continuaba Röpke, resultaba no menos preocupante. «La similitud entre el "New Deal" y la "New Frontier" halla expresión no solo en la reducción general de la confianza empresarial —escribió—, sino en una insolente glorificación del "gran gobierno" y en la megalomanía fiscal que se presta a este cuestionable ideal». Ambos programas se rendían a las crecientes exigencias salariales de los sindicatos y compartían una política inflacionaria de expansión monetaria que expresaba «la tendencia

del Estado actual, cada vez más centralizado, a rodear como una enredadera parasítica tanto a la sociedad como a la economía».[676]

El particular peligro que representaba la New Frontier era que se trataba literalmente de un New Deal mundial. Si ampliamos la metáfora de Röpke, se podría decir que las enredaderas del Estado estaban creciendo hacia fuera por medio de un programa de ayuda exterior de préstamos gubernamentales, que se estaba extendiendo y que para 1960 había arrastrado al socio de Alemania Occidental, así como con la utilización más agresiva de los sindicatos, entre otras cosas, mediante la fundación del American Institute of Free Labor Development (Instituto Estadounidense de Desarrollo del Libre Trabajo) como parte de la Alianza para el Progreso de Kennedy. Röpke decía que la ayuda exterior era «la gran acción mediante la cual se llevan a la economía mundial las ideas y los métodos de las políticas colectivistas», y señaló al economista Gunnar Myrdal, que proponía «transponer» el moderno estado de bienestar occidental a lo que Röpke llamó el «mundo no desarrollado» (evitando de manera consciente el término normativo «subdesarrollado»).[677]

En su artículo, Röpke atacó por su nombre a John Kenneth Galbraith y a Walt Whitman Rostow, dos autores del modelo de crecimiento keynesiano y la teoría de la modernización, y sostuvo que el último predicaba una «nueva versión del ilusionismo rooseveltiano disfrazado de determinismo económico […] que no está tan alejado del de Marx como parece pensar el profesor Rostow». De hecho, al fomentar lo que Röpke llamó «nivel de vida-ísmo», la promesa de la uniformidad económica mundial incluida en la teoría de la modernización «jugaba un papel más importante en el avance del comunismo hasta su poder actual que toda la colección de tanques, cohetes y divisiones comunistas».[678] Röpke condenaba, en otras palabras, la característica que hacía que en la década de 1950 el desarrollo tuviera consenso internacional: que se centraba en aumentar la producción sin

incurrir en un exceso de normatividad acerca de la vía empleada para alcanzar el objetivo.[679]

Röpke opinaba que el «economismo unilateral» que exportaba al sur global criterios materialistas de progreso junto con una obsesión por la industrialización provocaría inflación a nivel mundial, la erosión del suministro mundial de alimentos y la creación de un proletariado urbano mundial alejado de sus tradiciones propias.[680] Röpke creía que un mundo igualitario en términos económicos quizá fuese sencillamente imposible y que los países en vías de desarrollo tendrían que seguir subdesarrollados para evitar una posible «sobreindustrialización y subagriculturalización del mundo».[681] Al margen del desequilibrio estructural que plantearía un mundo completamente industrializado, agregó, en el tercer mundo no se daban las condiciones necesarias para la industrialización. Röpke, que explicaba la disparidad mundial de riqueza mediante el esencialismo cultural, escribió que «los países "ricos" de ahora son ricos porque, junto con los requisitos previos necesarios de la tecnología moderna y su uso industrial, tienen una forma particular de organización económica que responde a su espíritu [*Geist*]».[682] Era un «hecho incómodo» pero verdadero que ese espíritu solo se podía encontrar en «áreas muy restringidas […], a saber, los países industrializados completamente desarrollados del mundo libre».[683] Como escribe cierto académico, Röpke creía que «la falta de puntualidad, de fiabilidad y de tendencia a ahorrar y a crear» del sur global implicaba que sus esquemas de industrialización estaban «abocados al fracaso».[684]

Razeen Sally describe el modelo de Röpke como un «liberalismo» internacional «desde abajo», basado en prácticas conductuales extralegales. Aunque en eso tiene razón, Sally no contempla las restricciones culturales intrínsecas del modelo.[685] Para Röpke, algunas vías hacia el desarrollo para las naciones poscoloniales —y, por lo tanto, futuros posibles— estaban descalificadas desde el principio. En su opinión, el derecho a la igualdad

recogido en el espíritu del estado de bienestar resultaba tan inviable e imprudente a escala global como a escala nacional. La desigualdad debía asumirse como una característica inevitable de la sociedad capitalista. Mientras que la «promesa de igualdad» se ha considerado como uno de los mayores atractivos de la teoría de la modernización, el modelo de Röpke contemplaba la desigualdad como el inevitable *statu quo* crónico de una división internacional del trabajo.[686]

Hubo tres congresistas que, el mismo día de 1963, incluyeron la polémica anti-Kennedy de Röpke en el Registro del Congreso, y un cuarto hizo lo propio en las semanas siguientes.[687] Un archiconservador se basó en Röpke al describir la New Frontier como «la continuación del plan maestro del New Deal». En referencia a Rostow y a Galbraith, preguntó: «¿Se levantará nuestro pueblo contra los diseños de estos artífices del socialismo, de la esclavitud, lo suficiente como para reorientar nuestro rumbo hacia el capitalismo o no?».[688] También hubo un republicano moderado que usó el artículo de Röpke para criticar a Kennedy y las «gastadas, poco imaginativas e inviables teorías del New Deal».[689] La incendiaria crítica que hizo Röpke de Kennedy y de sus políticas en el extranjero dieron munición a los legisladores republicanos para librar a nivel mundial la guerra retórica contra el New Deal.

El economista-oráculo de la otra Europa

El artículo de Röpke apareció en un momento en el que se estaba intensificando la actividad a favor del movimiento conservador estadounidense. Los académicos han demostrado que los conservadores empresariales que en la década de 1930 se habían organizado en contra del New Deal entraron en una fase más pública de su campaña tras la reelección de Eisenhower y su adopción en 1958 del keynesianismo bajo el apodo de «republicanismo moderno».[690] Barry Goldwater, senador de Arizona, que recibiría el asesoramiento de una camarilla de economistas

exiliados de habla alemana durante su candidatura presidencial de 1964, estuvo en el foco de las miradas del país ese año por sus ataques al nuevo presupuesto de Eisenhower.[691] El mismo Röpke redactó una declaración sobre Goldwater, a quien describió como «una fuerza que está cambiando el panorama completo de la política estadounidense».[692] Ese otoño se formó la Sociedad John Birch, y la SMP se reunió por primera vez en los Estados Unidos en la Universidad de Princeton, con la financiación de empresas como United Fruit y U.S. Steel.[693] Esa red de críticos derechistas compartía la voluntad de tachar a Eisenhower de «socialista» —si no como «comunista»— por acercarse a las herramientas keynesianas en materia de políticas. La elección de Kennedy en 1960 no hizo más que amplificar la retórica, tal y como ilustra la referencia que hizo Röpke al «socialismo fiscal» en el artículo publicado en *The Wall Street Journal*.

Asimismo, por aquel entonces los conservadores estadounidenses, aterrorizados, consideraban a Europa occidental como el bastión del conformismo mercantil. Para los nuevos derechistas, muchos de los cuales tenían una fuerte identificación afectiva con la alta cultura europea, los neoliberales como Röpke representaban la «otra Europa», encarnada en las políticas de Ludwig Erhard, ministro de Economía de Alemania Occidental, Luigi Einaudi, presidente italiano, y Jacques Rueff, asesor de De Gaulle en Francia (todos ellos, miembros de la SMP), que creían en los mecanismos del mercado y recelaban más de la gestión de la demanda keynesiana que la mayoría de los legisladores estadounidenses.[694] Aquellos individuos aislados se erigían como valientes baluartes; Buckley afirmó que era «la tenaz fe de Röpke en el sistema de libre empresa [la] responsable en gran medida de la recuperación de Europa occidental».[695] En un artículo publicado en 1963 en *The Wall Street Journal*, William Henry Chamberlin, periodista conservador y miembro de la SMP, incluyó a Röpke entre «los líderes de la tendencia neoliberal en el pensamiento económico que más ha contribuido a apartar a los Gobiernos europeos de los objetivos y métodos

del colectivismo y la economía planificada».[696] En una dinámica que se revertiría tras la década de 1970, a los miembros de la nueva derecha estadounidense los Estados Unidos les parecían más «socialistas» a principios de los años sesenta que algunas partes de Europa —sobre todo, Alemania Occidental y Suiza—, y el mérito de ello corresponde a un grupito de eminencias de la economía.[697]

Röpke y otros economistas de habla alemana se beneficiaron de su percibida objetividad y de su separación de la melé de la política estadounidense. Una carta al director, publicada tras la polémica protagonizada por Röpke en 1963, señalaba que «su mensaje es más contundente porque se lanza desde una cómoda distancia que permite evaluar la situación sin apresuramiento».[698] Cuando un servicio de información comercial envió el artículo a sus suscriptores, incluyó la siguiente nota biográfica: «Röpke, que abandonó de manera voluntaria la Alemania nazi, está considerado como uno de los economistas y filósofos económicos más importantes o quizás el más importante de Europa, si no de nuestro tiempo. También lleva muchos años sumamente implicado en el tema de los Estados Unidos. Como es evidente, no tiene ningún interés personal: vive en Ginebra, no tiene ambiciones políticas en ningún lado y es un auténtico cosmopolita».[699] Europa —y, para Röpke, Suiza en particular — representaba en términos espaciales el reducto retórico del que hablaban los conservadores acosados a principios de la década de 1960. Aquello era literal en el caso de la SMP, cuyo nombre provenía del pico suizo de aquella primera reunión: la «montaña donde habitan los pensadores», como la llamaría en 1972 *The Wall Street Journal*.[700]

Röpke asumió de buen grado el papel de emisario de la «otra Europa» y de representante de los «otros liberales» que defendían los principios de propiedad privada y competencia en lugar de la redistribución y la justicia social. Tres años después se describió a sí mismo como un «economista del centro de Europa […] para quien resultaba evidente que, después de todas

las experiencias y consideraciones de las últimas décadas, no se podía hablar de economías planificadas, políticas de pleno empleo, nacionalización y estado de bienestar más que en tono sarcástico».[701] Los estadounidenses le informaron de que estaban acostumbrados a oír que «los presidentes de las cámaras de comercio y directores de bancos […] estaban comprometidos con la economía de mercado y la crítica al socialismo», pero que Röpke había demostrado que «se puede ser “conservador” sin ser necesariamente vulgar o ignorante en términos intelectuales, y que se puede defender esa postura de una forma digna de un intelectual».[702] Cierto académico sostiene que identificarse con pensadores europeos relativamente desconocidos como Röpke ayudó al movimiento conservador estadounidense a legitimarse en las décadas de 1950 y 1960 como un movimiento intelectual.[703]

Röpke tenía su propia teoría sobre la escasez de intelectuales estadounidenses capaces de defender la causa del liberalismo clásico. Opinaba que la raíz del problema radicaba en la «economía competitiva dinámica» de los Estados Unidos, que producía riqueza a tal velocidad que los académicos, rezagados, habían perdido «prestigio social» y expresaban su resentimiento mediante opiniones anticapitalistas. Röpke observó que las nuevas élites económicas se estaban creando con tanta rapidez que una broma que contó sobre los nuevos ricos durante los años de inflación de Weimar no alcanzó a concitar más que miradas ausentes del público, integrado por empresarios ricos que desconocían el término.[704] Röpke, resuelto a cerrar la brecha entre el «mundo empresarial y el de la vida intelectual», se postuló como el filósofo de los nuevos ricos.

Röpke se convirtió en parte de la ofensiva comercial conservadora de relaciones públicas mediante su obra escrita y sus actos públicos.[705] Por medio de esas redes accedió al consejo asesor internacional, encargado de diseñar un plan para crear un «salón de la libre empresa» para la Feria Mundial de Nueva York de 1964; sus organizadores afirmaron que sería «la

primera vez que se reúna de forma simple y visual la totalidad de una economía libre».[706] El salón era una representación paradigmática del economista como fuente infalible y neutral de información. Su característica fundamental era una computadora que imprimía en trozos de papel las respuestas a las preguntas que escribían los visitantes. Según informó *The New Republic*, «esta máquina posee una especie de infalibilidad oracular que la hace más impresionante que un experto de carne y hueso. Un grupo de visitantes asombrados la pulsaba y leía las respuestas. Parecían creer que lo que decía era verdad, porque, al fin y al cabo, las máquinas son justas e imparciales».[707]

Se podría argumentar que los economistas de habla alemana se beneficiaron de un aura parecida de «infalibilidad oracular» en aquella época crítica de la década de 1960, cuando la aplicación ambiciosa del keynesianismo a nivel mundial chocó con una reacción conservadora antikeynesiana.[708] Uno de los corresponsales de Venezuela de Röpke, que había estudiado con Haberler en Harvard y luego había trabajado en la CEE, afirmó que el primero era un «profeta».[709] Cierto periódico lo describió como «uno de los sumos sacerdotes de la libre empresa» y otro lo comparó con «una cualificada autoridad médica».[710] Los «hombres sabios» que asesoraban a las instituciones financieras internacionales y que más tarde ayudaron a dirigir los programas de adaptación estructural gozaban de un estatus similar y, debido a su pericia, alcanzaban una especie de imparcialidad sobrehumana. En 1960, se conocía como los «tres reyes magos» a los banqueros más importantes de Alemania Occidental, los Estados Unidos y el Reino Unido, a quienes el Banco Mundial había enviado a la India para asesorar al país sobre su plan quinquenal.[711] Al Consejo de Expertos Económicos de Alemania Occidental (*Sachverständigenrat*), creado en 1963, se lo conocía como los cinco reyes magos (*Fünf Weisen*).[712] Los académicos han señalado el particular prestigio del que gozaban los expertos económicos durante la que cierto

libro publicado en 1968 denominó «la era de los economistas».[713] Aunque a primera vista pueda parecer extraño juntar la computadora y el entrecano intelectual europeo, ambos afirmaban generar conocimiento en un espacio que parecía trascender la política.

Llevar el frente hacia el sur

A principios de la década de 1960, el frente atlántico de la resistencia conservadora a la exportación de las políticas del New Deal se extendió hacia el sur en un intento por construir un bloque alternativo a la Alianza para el Progreso. Röpke encontró aliados entre quienes publicaban sus textos en periódicos locales y traducían sus libros y folletos, así como entre algunos antiguos alumnos que ostentaban puestos de poder, como Pedro Beltrán, ministro de Economía peruano.[714] En 1963, Röpke escribió a su contacto mexicano, Gustavo Velasco, miembro de la SMP, que se alegraba de que su «anti-kennedyismo» se hubiera hecho conocido en su país.[715] El editorial que había publicado en *The Wall Street Journal* apareció traducido al español en Venezuela un mes después de su publicación original. Su editor mexicano, Nicomedas Zuloaga, del Instituto de Análisis Económico y Social, escribió: «Ahora nos enfrentamos a un gran peligro en nuestro país a causa de la política exterior de los Estados Unidos en relación con América Latina. Creemos que toda esa política se basa en los textos del señor Raúl Prebisch de la CEPAL [Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina]».[716] Los enemigos comunes eran la ONU y la economía igualitaria a la que esta dotaba de espacio y recursos.

Hunold, estrecho colaborador y patrocinador de Röpke, se convenció de la necesidad de formalizar el emergente bloque transatlántico después de que la Cámara de Comercio peruana comprara dos mil copias del discurso que dio en 1962 durante una gira de conferencias en Sudamérica.[717] Röpke y él comenzaron a hacer campaña a favor de una organización que llamaron Forum Atlanticum. Esperaban que el nuevo organismo

reemplazara a la SMP, de la cual se habían desvinculado ambos tras un largo conflicto con Hayek; en 1963, Röpke afirmó que la sociedad estaba llena de «intelectuales arribistas e intrigantes».[718] Se distinguían tanto del consenso socialdemócrata como del neoliberalismo organizado existente y pretendían que el foro representara con mayor exclusividad la tensión del conservadurismo que estaba surgiendo en torno a Kirk y Buckley —que «fusionaba» los principios del libre mercado y el cristianismo—, en lugar de las filosofías de Hayek y Mises, para quienes la religión era periférica e incluso inexistente. Al tratar de concitar apoyo para el foro, desacreditaron a los austriacos como posibles socios, afirmando que sus teorías no tenían «filosofía de sociedad» y excluían «por completo a los humanos».[719]

Probablemente, Röpke y Hunold confiaban en ganar de mano a la SMP apelando a las élites católicas. Entre los miembros propuestos, Hunold incluyó primero a latinoamericanos, como profesores de economía de Colombia, Venezuela y México. Rafael Lincoln Díaz-Balart, empresario exiliado cubano y fundador de la primera organización anticastrista, prometió unirse, contribuir y recaudar fondos para el proyecto en América Latina, porque sin duda estaba desilusionado por el fracaso de la administración de Kennedy en la bahía de Cochinos.[720] Las conversaciones con el senador y profesor universitario chileno Pedro Ibáñez Ojeda sobre la amenaza de la Alianza para el Progreso fortalecieron la resolución de Hunold de fundar la nueva organización.[721] Ibáñez era jefe del Comité Interamericano de Comercio y Protección, que dotaba en Chile de «infraestructura y red de conexiones» a los economistas educados en Chicago en la década de 1960, antes de los logros que cosecharon tras el golpe de Estado de Pinochet.[722] Además de Ibáñez, Kirk, Buckley, Thomas Molnar, Velasco, gente de Venezuela y Colombia y de Alice Widener (la directora de *U.S.A. magazine*), entre los otros miembros propuestos para el foro en los Estados Unidos se encontraba Brandt, de Stanford, que, igual que Friedman, en 1964 se convertiría en uno de los

asesores económicos de Goldwater.[723] Hunold también confiaba en reclutar a un «representante africano» durante un viaje a Sudáfrica.[724]

Al ofrecer a Kirk la presidencia del futuro Forum Atlanticum, Röpke expuso su idea de «que las buenas mentes de Europa y de ambas Américas deberían […] aunar fuerzas para presentar y poner de relieve el patrimonio común de nuestra civilización occidental, así como analizar y criticar con franqueza las tendencias hostiles que corroen y desintegran esta civilización».[725] Ello era necesario, según había escrito con anterioridad, «para instruir a los europeos, que cada vez estaban más americanizados y "sinistrizados", sobre las obsesiones ideológicas de los intelectuales estadounidenses, necesarias para entender las estúpidas políticas de Kennedy».[726] Erhard, su antiguo aliado, que había sido ministro de Economía de Alemania Occidental y que en aquel momento era canciller, no comprendía, afirmó Röpke, la amenaza que representaba Kennedy; Erhard veía la política mundial «como un *boy scout*» y se había «metido en la estafa de los países subdesarrollados» al reivindicar su «supuesta necesidad de industrialización».[727] Röpke describió a Kennedy como un «Hamlet vano y neojacobino, un asno inteligente, un germanófobo declarado […] que estaba rodeado de asnos aún mayores, un hombre sin voluntad política», y afirmó que las medidas de Washington «eran poco más o menos lo mismo que si se propusieran conseguir que el mundo se hiciera comunista antes de que uno pudiera darse cuenta siquiera».[728] En 1962 Röpke escribió que Europa vivía bajo el «terrorismo de Kennedy».[729]

En 1964 el Forum Atlanticum recibió señales alentadoras. Hunold y Kirk se reunieron con los donantes estadounidenses John Lynn, de la Lilly Endowment, y Pierre Goodrich, un abogado de Indianápolis que era miembro de la SMP, y ambos parecieron apoyarlo.[730] La dificultad estribaba en la búsqueda de presidente. En enero de 1962, justo cuando se estaba desvinculando de la SMP, Röpke había sufrido su segundo ataque al corazón, así que debido al deterioro de su salud era un candidato

improbable.[731] Kirk se brindó a «asumir la presidencia inicialmente», pero solo en caso de que «no se logre encontrar a alguien más adecuado». Además, objetó que estaba «tan empeñado en atacar a los descreídos con fuego y acero que quizá fuese más conveniente contar con un presidente algo menos feroz», y también aludió a su falta de base institucional y a su «incesante vagabundeo».[732] En su lugar propuso a Brandt, que en 1962 había abandonado la SMP para solidarizarse con Röpke.[733] Sin embargo, Brandt había sido asesor de Goldwater y, sin duda, estaría afectado por el catastrófico fracaso de su candidato en noviembre de 1964 y se mostraría precavido acerca de embarcarse en nuevos proyectos. En diciembre de ese año, Brandt escribió a Röpke para decirle que los miembros de la SMP (incluido Antony Fisher, fundador del Instituto de Asuntos Económicos) lo estaban animando a que se uniera a la sociedad y que él se lo estaba planteando seriamente.[734] Asumir la presidencia de lo que, a todos los efectos, era una organización rival podría apartarlo de manera permanente de la sociedad que había ayudado a fundar en 1947.[735]

La evasiva respuesta de los aspirantes a líderes entre los conservadores estadounidenses puso en peligro los planes para la creación del Forum Atlanticum.[736] Hunold sugirió que hicieran acopio de fuerzas y lo volvieran a intentar a principios de 1966, pero Röpke siguió empeorando y murió en febrero de ese año.[737] A pesar del fracaso de la organización, en los nodos de la red que propuso podemos ver la forma en que Röpke abordó la búsqueda de su «otra América» entre los expertos conservadores de América del Norte y las élites proempresariales de América Latina, del mismo modo que ellos hallaron su «otra Europa» en los economistas neoliberales de habla alemana. Cierto académico señala que Röpke se centró de manera más clara en reclutar para la nueva organización a los conservadores estadounidenses en torno a la *National Review*.[738] El Forum Atlanticum representaba la posible internacionalización del proyecto, al fusionar el liberalismo de libre mercado con el conservadurismo

tradicionalista, a cuyos más efectivos defensores Röpke vio en los Estados Unidos. Al aliarse con los tradicionalistas de la nueva derecha, Röpke confió en escapar de lo que llamó el «gueto económico» de los libertarios atraídos por Mises, Hayek y Friedman.[739] Pese a todas sus críticas a los Estados Unidos, Röpke profesaba una admiración implícita por la capacidad de la nueva derecha estadounidense para lo que, en el título de su organización conservadora de la posguerra, J. Howard Pew llamó «Spiritual Mobilization» (Movilización Espiritual).[740]

La teoría de la civilización de la tasa de interés

En 1964, cuando estaba de gira por el medio oeste de los Estados Unidos dando conferencias, Hunold escribió a Röpke para decirle que en Peoria, Illinois, iba a tener que cambiar el nombre de una de sus conferencias. El título, «European Economic Integration» (Integración económica europea), había llevado al director de la cadena de televisión local a preguntar: «¿También tienen ustedes allí un problema racial?». Hunold señaló que lo que más le preocupaba a la gente en los Estados Unidos era «la integración y la segregación».[741] De hecho, la intersección de las cuestiones de raza y orden económico fue durante aquel periodo una de las principales inquietudes de Röpke. El economista se enorgullecía de adoptar posturas poco populares y de ir «a contracorriente» (ese fue el título que recibieron sus memorias cuando Henry Regnery las publicó en inglés).[742] Sobre el tema de Sudáfrica era verdad. Desde 1964 hasta su muerte en 1966, las inquietudes de Röpke sobre la ayuda exterior y la «civilización occidental» fueron a converger en África meridional.[743]

Los historiadores han demostrado que a finales de la década de 1950 la *National Review* dio un giro a la derecha en cuestiones raciales, proceso que culminó en 1957 con el editorial en el que Buckley se oponía a la eliminación de la segregación aduciendo que los blancos eran «la raza

avanzada» y que la ciencia demostraba «la superioridad cultural media de blancos sobre negros».[744] Sin embargo, rara vez señalan que el editorial de Buckley se formulaba en términos de una defensa del colonialismo europeo en África. Buckley defendía las acciones británicas para mantener el control colonial en Kenia (que se mantuvo hasta 1964) como un ejemplo para el sur de los Estados Unidos de que «las reivindicaciones de la civilización prevalecen sobre las del sufragio universal», y concluía con un argumento abiertamente antidemocrático en favor de la supremacía blanca: «Para cualquier comunidad *de cualquier parte del mundo* es más importante refrendar los estándares civilizados y vivir en función de ellos que plegarse a las exigencias de la mayoría numérica».[745] Las opiniones raciales de Buckley «no se quedaban en casa», como señala cierto académico. Durante la década de 1960 Buckley visitó Sudáfrica en misiones de investigación remuneradas y distribuyó publicaciones en apoyo al gobierno del *apartheid*.[746] La exhortación de Buckley de que «debe prevalecer el sur» también significaba que en el sur global tenían que prevalecer los blancos.

La frustración que provocaba en Röpke la tolerancia para con las afirmaciones que los agentes no blancos estaban haciendo en el escenario mundial se convertía con frecuencia en fuertes críticas. En 1963 afirmó sentir «repugnancia» al ver a los políticos estadounidenses «rebajarse ante los jefes negros sobre el tema de Sudáfrica». «Reivindicar la “igualdad” de los negros en Sudáfrica es una petición de suicidio». «Es triste que tan poca gente haya reparado en eso».[747] Tras su muerte, el nombre de Röpke continuó dotando de esplendor intelectual europeo a la campaña de los defensores del *apartheid*. Por ejemplo, en 1967 John M. Ashbrook, congresista estadounidense (R-Ohio) y líder del movimiento para nominar a Goldwater, consignó en el Registro del Congreso una serie de documentos acerca de Sudáfrica de la ultraconservadora American-African Affairs Association (Asociación de Asuntos Americano-Africanos, AAAA). La AAAA, fundada por William Rusher, director de la *National Review*, y por

el excomunista afroamericano Max Yergan con el objetivo de defender el gobierno blanco en África meridional, comprendía al grupo central de eminencias de la nueva derecha con las que Röpke había estado en contacto desde la década de 1940; entre otros, Kirk, Regnery, Chamberlin y Henry Hazlitt.[748] Según Ashbrook, Röpke, «el respetado economista», había afirmado que Sudáfrica «no era “ni estúpida ni malvada”».[749] Ashbrook también llamó la atención sobre las consecuencias económicas de presionar a la Sudáfrica del *apartheid* y afirmó que «la ONU no parece haber reflexionado mucho sobre el desastre económico que sufrirían todos los africanos negros si el sector más avanzado y productivo del continente se interrumpiera por culpa de sanciones o de la guerra, lo que, por cierto, aplastaría al mismo tiempo la economía británica y terminaría con su sustancial ayuda a África».[750] De acuerdo con la lógica de Ashbrook, sustentada por sus referencias a Röpke, a la propia población negra le convenía en términos económicos apoyar el sistema racista que los despojaba de sus derechos.

Como hemos visto con anterioridad, Röpke describió al «negro sudafricano» como «un hombre de una raza completamente distinta» que «proviene de un tipo y un nivel de civilización completamente diferentes». No era frecuente que se publicaran burdas declaraciones de racismo evolutivo como aquellas. En Röpke era más común traducir la cuestión de la raza a la economía. Ese marco se aprecia de manera especial en un artículo suyo publicado en *Modern Age* en 1966, el año de su muerte, en el que se lamentaba por la pérdida de la «*republica Christiana*», a la que ya no se podía considerar, en aquella era secular, como el sustrato de la interacción social, y aseguraba a los lectores que todavía había un «orden internacional» que persistía en «Europa y en los países extranjeros de asentamiento europeo», aunque al margen de eso no hubiera más que «escombros». Para explicar el principio por el cual excluía del orden internacional a los países descolonizados y en vías de desarrollo se valió del

ejemplo del Congo: «Mientras el Congo estuvo vinculado por medio de Bélgica con el orden internacional de Occidente, la garantía del gobierno belga le permitía recaudar —en gran medida, en los libres mercados de capitales por medio de los préstamos acostumbrados con una tasa de interés normal— las enormes sumas que requerían el desarrollo económico y la modernización del país». Luego comparó ese momento anterior de inclusión con mediados de la década de 1960, cuando el Congo, «por un acto de "descolonización" apresurado y aterrorizado, ha cortado lazos con el orden internacional de Occidente». En aquellas circunstancias, «simplemente no había tasa de interés posible para que se pudiera convencer a la gente de los países occidentales de que prestaran su dinero de manera voluntaria a ese país más de lo que se lo prestarían a India, Egipto o Indonesia».[751]

Para Röpke, la cuestión de la proximidad de un país a «Occidente» se reducía a la cifra del interés que tendría que pagar esa nación si se le prestaba dinero. A su juicio, el criterio más pertinente no era ni la cultura, ni la ideología ni la geografía, sino la solvencia. Expresaba aquella idea sin rodeos y afirmaba que la tasa de interés era «la cuantificación del derecho a pertenecer al bloque del "mundo libre"».[752] Como Röpke veía una homología perfecta entre las cualidades del espíritu empresarial, la categoría civilizadora de Occidente y el funcionamiento del libre mercado, las tasas de interés no eran un índice exclusivamente económico, sino también espiritual: un índice del *Geist*. Al ofrecer préstamos con tipos de interés bajos y financiación de Estado a Estado, el Banco Mundial y otras instituciones financieras internacionales estaban manipulando el mecanismo fundamental del orden mundial. Esa definición económica del mundo libre —la traducción de «Occidente» a una categoría financiera— respaldaba el tratamiento público que Röpke dispensaba a Sudáfrica.

La retórica de Röpke alcanzó su punto culminante a raíz de la Declaración Unilateral de Independencia del Gobierno blanco de Rodesia

en noviembre de 1965, junto con las críticas internacionales y la petición de sanciones por parte de los británicos que suscitó la declaración. Röpke escribió a Hunold mientras estaba en Ginebra ejerciendo de anfitrión del ministro de Economía sudafricano y su esposa: «[En] el repugnante caso de Rodesia […], la combinación de ideología, obsesión, hipocresía, estupidez y masoquismo ha alcanzado una nueva cota. Si un país blanco en vías de desarrollo demuestra que resulta innecesaria la ayuda al desarrollo, hay que destruir [el país]».[753] Hunold afirmó que estaba presionando a Erhard para que leyera los textos de Röpke sobre Sudáfrica con la esperanza de que le hiciera cambiar de opinión sobre Rodesia.[754] Hunold reafirmó que Sudáfrica «jugaría un importante papel en la supervivencia del mundo libre y la perpetuación de la cultura occidental tanto ahora como en el futuro».[755] Comparó lo acontecido en Rodesia con «el mismo punto peligroso de hace treinta y cinco años, cuando los nacionalsocialistas lograron su primer gran éxito en las urnas, después del cual los frentes de Alemania se debilitaron de manera sistemática».[756] El bloque blanco, en otras palabras, se estaba tambaleando, lo que marcaba el potencial comienzo de una guerra racial, que en aquella ocasión no sería de alemanes contra judíos, sino de negros contra blancos. Para Hunold, la línea Zambeze constituía la nueva línea Maginot, y los no blancos eran los nuevos nazis.

Otro de los corresponsales de Röpke, el sociólogo Helmut Schoeck, que también había intervenido en la serie de conferencias de Zúrich organizada por Hunold, apreciaba una relación directa entre el resultado de la Segunda Guerra Mundial y la descolonización de la época. Opinaba que la solidaridad de los intelectuales occidentales con las poblaciones no blancas —o la «afrofilia», como la llamaba— en realidad era un «gesto de arrepentimiento tardío y completamente inapropiado por parte de aquellas personas y grupos avergonzados por no haber intervenido en el momento adecuado, con más o menos éxito, ante la persecución de los judíos por parte de Hitler». En una carta a Röpke, Schoeck afirmó que, como aquellos

intelectuales querían reparar un error pasado «gracias a la extraña inversión que se ha producido en el subconsciente de muchos de nuestros colegas, a los africanos (personas de color) se les ha atribuido ahora toda la inteligencia y el potencial cultural que Hitler llegó a exterminar en los judíos». Ese intento de hacer un gesto conciliador, creía Schoeck, terminaría acelerando la extinción literal de la población blanca. «No se puede resucitar a seis millones de judíos —advirtió— poniendo en su lugar a los caníbales y sirviéndoles como festín aproximadamente la misma cantidad de blancos».[757]

El frecuente uso del término «caníbal» en el círculo conservador de conocidos de Röpke para describir a los agentes políticos africanos, junto con su reivindicación de una «línea Zambeze» y el persistente estribillo del «suicidio de Occidente», sugiere que la concepción racializada del mundo resultaba fundamental para la filosofía de Röpke acerca de la sociedad y de la economía durante la posguerra. Las intersecciones de las categorías de geografía cultural y económica se manifiestan en sus escritos sobre Sudáfrica y en la calurosa aprobación que suscitaban por parte de la nueva derecha. Röpke se había desvinculado de la postura de Mises, que en sus textos de la posguerra se oponía al uso de la raza como categoría de análisis, y de la de Hayek, que escribió el discurso «Why I Am not a Conservative» (Por qué no soy conservador) en un explícito intento de distanciarse de Russell Kirk, corresponsal de Röpke.[758] La variedad del neoliberalismo que lideraba Röpke estaba lejos del globalismo universalista que hemos estado explorando, pero, como muestra la sección siguiente, la defensa neoliberal del gobierno blanco de África meridional podía adoptar formas diferentes, como así ocurrió.

Hutt y la solución del voto ponderado

Las francas declaraciones de Röpke sobre el racismo biológico no eran habituales entre los neoliberales.[759] El contrapunto más destacado al

defensor del *apartheid* parece ser William H. Hutt, descrito en 1964 por *The New Individualist Review* como un «constante opositor a las políticas del *apartheid*».[760] El libro más importante de Hutt, *The Economics of the Color Bar* (La economía de la segregación racial), se publicó en 1964; el Instituto de Asuntos Económicos lo reeditó a finales de la década de 1980 y el Instituto Ludwig von Mises lo volvió a publicar en 2007. Hutt fue un contemporáneo exacto de Röpke y Hayek. Nació en 1899, estudió en la LSE con Theodore Gregory y Edwin Cannan, y en 1928 empezó a trabajar como profesor en la Universidad de Ciudad del Cabo (UCT, por sus siglas en inglés), donde también estaba empleado Arnold Plant, excompañero suyo de la LSE y miembro fundador de la SMP que en 1930 volvería a la LSE como profesor.[761] Uno de los estudiantes de Hutt en la UCT fue Basil Yamey, que se convirtió en un destacado crítico neoliberal de la ayuda al desarrollo y que escribió artículos en colaboración con Peter Bauer.[762] Hutt estuvo en la UCT hasta 1966, cuando encadenó una serie de puestos en los Estados Unidos. Donde más tiempo estuvo fue en la Universidad de Dallas, donde trabajó como distinguido profesor visitante desde 1972 hasta su muerte en 1988. La principal contribución de Hutt al pensamiento económico fue su noción de «soberanía del consumidor», así como su trabajo sobre los sindicatos y su «teoría de los recursos inactivos».

Desde la década de 1930, Hutt estuvo conectado con los intelectuales neoliberales por medio de la LSE. Hayek incluyó un texto suyo en la colección *El capitalismo y los historiadores*, de 1954. En 1948, Hutt se convirtió en miembro de la SMP y entre 1949 y 1984 intervino en ocho reuniones anuales, donde aportó su experiencia en temas como «liberalismo y racismo» (1964) y «la imagen del empresario en Sudáfrica» (1970). Según él, no solo asistió a la segunda reunión de la SMP, sino a la «mayor parte de todas las conferencias posteriores».[763] Durante su estancia en Sudáfrica, recibió la visita de Hayek y fue el principal contacto del movimiento neoliberal en África.

En *The Economics of the Color Bar*, su aplicación más exhaustiva del pensamiento neoliberal al caso de Sudáfrica, Hutt empleó con timidez las ideas de Milton Friedman sobre el racismo estadounidense y recogió al mismo tiempo las de Gary Becker.[764] Los académicos de la época recuerdan el libro como una «obra de concienciación» y un «profundo y perturbador análisis que expuso el horror moral del *apartheid* de Sudáfrica».[765] En esencia, argumentaba Hutt, el racismo es una forma de búsqueda de rentas análoga a la defensa que hacen los sindicatos de su propio privilegio frente a la entrada de trabajadores no blancos.[766] «La principal fuente de discriminación racial —sugirió Hutt— radica en la determinación natural de defender el privilegio económico».[767] Según él, el racismo no era parte del mercado, sino que estaba fuera del mercado y se oponía a él. En una reseña, Enoch Powell, miembro de la SMP, describió el libro de Hutt como un testimonio de que «la economía de mercado […] es el más efectivo enemigo de la discriminación entre personas, clases y razas».[768]

La conclusión a la que llegó Hutt fue que «el mercado no tiene prejuicios raciales».[769] Celebró las virtudes de la movilidad laboral y atacó el «coto cerrado» racializado del *apartheid*. En consonancia con su obra anterior, Hutt construyó su modelo en torno a la soberanía tanto del consumidor como del empleado. Sin embargo, aunque condenara el *apartheid*, Hutt lo definió de una manera muy particular. Para él, la igualdad significaba levantar las barreras raciales al empleo en el ámbito laboral, no el cumplimiento de exigencias políticas. Aunque es el foco de casi todos sus otros textos sobre el tema, sus admiradores procuran eludir el hecho de que el complemento político de esa liberación en el ámbito laboral no era la igualdad para los negros, sino su condición de segunda clase en el futuro próximo. Las propuestas de Hutt para el voto ponderado terminaron siendo igual de radicales que la propuesta de Röpke del índice de tipos de interés de la civilización.

El problema de la democracia era el tema principal de los textos de Hutt. Lo que describió como «el argumento más importante de toda mi tesis» en *The Economics of the Color Bar* no era de naturaleza económica, sino política: una advertencia sobre la «tiranía de las mayorías parlamentarias» bajo sistemas de sufragio universal.[770] El hecho de que los negros fueran la población mayoritaria de Sudáfrica hacía que la situación revistiera, en su opinión, un peligro excepcional. La aparente solución del sufragio universal solo «supondría transferir el poder a una nueva mayoría política, *sin limitaciones constitucionales que impidieran que se cometieran abusos en represalia*».[771] Hutt mencionó que simpatizaba con quienes temían «la supremacía negra (una mera inversión de papeles)».[772] Desarrolló esas ideas en un texto por encargo para la *National Review*, que seguramente le pidió el propio Buckley durante el viaje a Sudáfrica que hizo en el invierno de 1962-1963 con financiación estatal.[773] En un borrador del texto inédito, titulado «Apartheid in South Africa and Its Foreign Critics» (El *apartheid* en Sudáfrica y sus detractores extranjeros), Hutt argumentó que la introducción del sistema de «una hombre, un voto» en Sudáfrica conduciría a lo que, según él, estaban fomentando los soviéticos: el «imperialismo negro».[774] Hutt expresó la necesidad de «proteger a las minorías [es decir, a los blancos] del expolio y la venganza», y sugirió que se ajustara el sufragio en función de «algún principio de ponderación».[775] Hutt aportó más detalles sobre su propuesta en una carta que escribió en 1957 al director del *Cape Times*. Propuso un requisito educativo para permitir votar a los votantes europeos y no europeos, pero, he aquí lo importante, «en algún momento en un futuro lejano (sería muy optimista dar por sentado que dentro de cincuenta años), cuando el número total de votantes no europeos igualara al de los europeos, el valor de cada voto no europeo comenzaría a disminuir de manera gradual y con mucha lentitud».[776] Era un modelo de proporcionalidad decreciente que, aunque no preservase el

gobierno de la minoría blanca, sí conferiría un valor mayor al voto de un blanco que al de un no blanco.

La persona que Hutt veía más cercana a su filosofía era Hayek, con quien compartió el borrador del artículo antes de recibirle en Sudáfrica en 1963. Calificaba *Los fundamentos de la libertad*, el libro de Hayek de 1960, como «la mayor exposición» del principio de la necesidad de limitar la democracia.[777] En ese libro, Hayek hacía una breve descripción de los potenciales excesos de la democracia, y para ello recurría tanto a la historia como al presente. Primero evocaba la historia reciente de Europa Central y decía que «haber visto que millones de personas se entregaban con su voto a la total dependencia de un tirano ha hecho que nuestra generación entienda que elegir gobierno no tiene por qué ser garantía de libertad».[778] A continuación lanzaba una sutil pulla contra los gobiernos poscoloniales, diciendo que «aunque el concepto de libertad nacional es análogo al de libertad individual, no es lo mismo; y la lucha por el primero no siempre ha favorecido al segundo». Observó que la descolonización y la autodeterminación democrática podían tener resultados adversos: «A veces ha hecho que la gente prefiera a un déspota de su misma raza antes que el gobierno liberal de una mayoría extranjera».[779]

Durante su estancia en Sudáfrica, Hayek dio una conferencia sobre su libro *Los fundamentos de la libertad*. Hutt escribió sobre la visita bajo el título «The Abuse of Parliamentary Majority in Multi-Racial Society» (El abuso de la mayoría parlamentaria en la sociedad multirracial), ofreciendo la única crónica de las declaraciones de Hayek.[780] Según el relato de Hutt, Hayek «no se hacía ilusiones acerca de la amenaza que podría constituir en el futuro un electorado dominado por los negros, pero no siempre solemos recordar que lo que de verdad tememos es el poder del Estado».[781] Hayek defendió que «son los blancos […] quienes han enseñado a los africanos que la maquinaria del Estado puede usarse para garantizar beneficios particulares; principalmente, en forma de privilegios para los blancos».

«¿Sorprende, entonces, que los líderes africanos tiendan a pensar con demasiada facilidad en cambiar las tornas?», preguntó.[782] El mensaje que Hayek lanzó a Hutt y a otras personas era que un Estado apresado por votantes negros dejaría de ser un problema si se despojase de manera preventiva al propio Estado de su derecho a otorgar exenciones de la disciplina del mercado competitivo. Al igual que su idea de la federación neoliberal de la década de 1930, la propuesta de Hayek consistía en reducir la importancia del gobierno representativo limitando su papel a la ejecución de la competencia y los contratos.

Hutt llevó sus propuestas de voto ponderado a las publicaciones de la nueva derecha de los Estados Unidos. En 1966, en *The New Individualist Review*, defendió que en Sudáfrica «la perspectiva de una mayoría africana, por medio de la extensión final del sufragio según el principio de "un hombre, un voto" infundía en los blancos temores completamente justificables».[783] Sugirió que la única solución era «renunciar al principio del sufragio universal […] y aceptar alguna forma de voto ponderado».[784] Al igual que Röpke, Hutt se enfureció de manera especial y se movilizó en contra de lo que consideraba como trato injusto al país de Rodesia, gobernado por los blancos tras su Declaración Unilateral de Independencia y su salida de la Commonwealth británica en 1965. A partir de 1964, Hutt comenzó a mandar cartas a Ian Smith, primer ministro de Rodesia, con consejos para asegurarse de que «el régimen actual, pese a todos sus defectos confesos, no se vea reemplazado por una época de dominación negra».[785] Sugirió protecciones constitucionales de la propiedad y, de nuevo, «sistemas de voto ponderado».[786] En un artículo sobre «la calumnia de Rodesia», Hutt defendió las restricciones de propiedad diseñadas para proteger el gobierno de la minoría blanca como un baluarte contra «la tiranía del sistema "un hombre, un voto"», y calificó a Rhodesia como «el intento deliberado más prometedor que el mundo haya visto jamás de crear una sociedad multirracial y totalmente democrática».[787] Por

paradójico que pueda parecer, Hutt sostenía que la auténtica democracia podría alcanzarse precisamente mediante el rechazo al sufragio universal.

A lo largo de la década de 1970 y 1980, Hutt no dejó de protestar por la supuesta injusticia de la movilización internacional contra Rodesia y Sudáfrica. Escribió cartas al gobernador Ronald Reagan y al presidente Jimmy Carter alabando a Rodesia como «la única democracia antirracista genuina de África».[788] Después de que Portugal abandonase sus colonias de Angola y Mozambique, los Estados Unidos endurecieron su postura en contra de África meridional, y en 1977 Carter reintrodujo una prohibición a la importación de cromo de Rodesia en medio de nuevos debates sobre los derechos humanos y las exigencias de medidas para el gobierno de la mayoría.[789] Susceptible a la continua desviación de los modelos políticos basados en la raza, Hutt propuso a los líderes políticos sudafricanos una innovación de su modelo de voto ponderado en términos raciales. En vez de eso, sugirió ponderar el voto en función de los ingresos. En una carta que envió en 1978 a Owen Horwood, ministro de Finanzas de Sudáfrica, sugirió que «[si usted] pondera el voto de cada persona según la cantidad de impuestos que debe pagar», Sudáfrica podría «insistir, y con razón, en que los negros, los mestizos, los indios y los blancos tendrían la igualdad más completa mediante la disolución de la segregación racial».[790] Hutt afirmaba que esa medida apaciguaría al número suficiente de críticos estadounidenses, ya que propiciaría la «igualdad absoluta entre todas las razas».[791] El voto según ingresos supondría la no discriminación política total y la confianza en la superior sabiduría del mercado.

Hutt argumentaba que su propuesta lograría materializar una noción que había acuñado en la década de 1930: «soberanía del consumidor». Defendía que si «cada dólar fuera una papeleta electoral», de acuerdo con la frase que le gustaba a Mises, el voto ponderado según ingresos ampliaría la analogía al traducir la riqueza de la gente al poder relativo de cada cual para elegir un gobierno representativo. «El efecto de una reforma tan revolucionaria»,

sostuvo, consistiría en «enfatizar que lo que hacen en realidad los ciudadanos es comprar los servicios del Gobierno y darles la consideración más de funcionarios públicos que de gobernantes».[792] La propuesta de Hutt no era tan novedosa como parecía. Al margen de que, como es evidente, recordaba a la discriminación por razones de propiedad del siglo XIX, cabe señalar que ese modelo de representación ponderada ya se usaba en el Banco Mundial y el FMI, cuyos votos se determinaban en función de la participación de cada país en el comercio mundial. En realidad, la adaptación economicista de Hutt a la democracia reducía las instituciones de Bretton Woods al nivel de una ciudadanía. Hutt se oponía al *apartheid* en el ámbito laboral, pero abogaba en su lugar por una nueva jerarquía económica de privilegios electorales.

Había más gente en el bando neoliberal que compartía la oposición de Hutt al sufragio universal en África meridional.[793] En 1970, Shenfield apeló a «los horribles peligros de la democracia totalitaria» al argumentar que «la limitación del voto en las circunstancias sudafricanas no solo no está mal, sino que resulta verdaderamente deseable en interés de todas las razas». «En Sudáfrica —escribió—, "un hombre, un voto" significaría un desastre para todos».[794] El periodista John A. Davenport —que había trabajado en *Fortune* y en *Barron's*— y Milton Friedman expresaron opiniones similares. Ambos habían asistido a la reunión fundacional de la SMP y participaban activamente en el movimiento intelectual neoliberal.[795] Al igual que Hutt, Davenport intervino en ocho reuniones de la SMP durante las décadas de 1960 y 1970, y Friedman había alcanzado la fama internacional gracias a sus populares libros y al Premio Nobel de Economía que ganó en 1976. Hutt aseguró que ninguno de los dos había tenido relación con África meridional hasta que visitaron la región en los años setenta.[796] En aquella década, ambos se opusieron abiertamente al sufragio universal en la zona, centrándose especialmente en Rodesia.

La defensa que hizo Davenport del gobierno blanco en el sur de África superó incluso a la de Röpke. Ya en 1972, el Servicio de Información de Sudáfrica había elogiado a Davenport por su apoyo público al régimen; entre otras cosas, por la carta publicada en *The New York Times* en la que defendía al Gobierno sudafricano de Namibia y pedía que el país no fuera «engullido por la ONU» y «sometido a las indignidades de la llamada democracia de "un hombre, un voto"».[797] Después de que en 1977 la administración de Carter se opusiera definitivamente al régimen de Smith en Rodesia, Davenport colaboró con el Servicio de Información del país para recoger firmas de empresarios estadounidenses en apoyo al Gobierno de Smith.[798] Davenport viajó a Rodesia en dos ocasiones, y, como copresidente de la American-Rhodesian Association (Asociación Estadounidense-Rodesiana, ARA, por sus siglas en inglés), recibió a Smith cuando este visitó los Estados Unidos en octubre de 1978 por invitación del senador segregacionista Jesse Helms y de un grupo de otros senadores conservadores, entre los que se encontraba Bob Dole, que más tarde sería candidato a la presidencia.[799] En su declaración de objetivos fundamentales, la ARA calificó las sanciones de «una ayuda y un estímulo para la barbarie» y rindió homenaje a la «galantería y valor supremos de Rodesia (Zimbabue) como bastión exterior del mundo libre en África».[800] En la década de 1980, durante el surgimiento del movimiento de desinversión de los campus universitarios, Davenport siguió condenando la «inmoral guerra de agresión contra Sudáfrica» impulsada por la «obsesión con el gobierno de la mayoría» y una devoción por «las locuras de la doctrinaria democracia».[801] En 1985 se quejó de las sanciones directamente ante la Casa Blanca y recibió el apoyo por escrito de Pat Buchanan, el asistente del presidente.[802] Davenport no simpatizaba con la oposición al gobierno de la mayoría de África meridional de una manera pasiva, sino que fue uno de sus principales activistas a finales de la década de 1970 y durante la de 1980. Al igual que Hutt, se posicionaba en dos

sentidos: en contra de las sanciones y en contra del sufragio universal. En aquellas dos cuestiones se le unía Friedman —el intelectual neoliberal más preeminente de la posguerra—, y en la oposición a las sanciones, el propio Hayek.

Friedman y el globalismo militante de Hayek en contra de las sanciones

Milton Friedman condenó las sanciones contra Rodesia en dos editoriales para *The Newsweek*, uno de los cuales apareció por primera vez en el londinense *The Sunday Times*.[803] En la columna de 1976, publicada después de viajar a la región, planteó el argumento inicialmente desconcertante de que «hoy "el gobierno de la mayoría" para Rodesia es un eufemismo de un gobierno de minoría negra, lo que seguramente significaría tanto la expulsión o el éxodo de la mayoría de los blancos como una bajada drástica del nivel de vida y oportunidades para los miles de rodesianos negros».[804] Al definir el sufragio universal como el «gobierno de la minoría», Friedman expresó su escepticismo sobre la práctica de la democracia en los Estados Unidos. Como argumentó en 1976 en la Universidad de Ciudad del Cabo, en Sudáfrica, la práctica de «un hombre, un voto» era, de hecho, «un sistema de votación altamente ponderado en el que los grupos de interés desempeñan un papel mucho más importante que el interés general».[805] Friedman, que se basaba de manera implícita en el trabajo de teóricos como Mancur Olson, argumentaba que el «mercado político» favorecía a quienes tenían el incentivo y los recursos para organizarse y jugaba en contra del interés del público y de los menos poderosos.[806] El mercado económico, por el contrario, era «un sistema de representación efectiva y proporcional».[807] Friedman propuso soluciones novedosas para el contexto sudafricano. La gente se quejaba de que los blancos recibían educación gratuita mientras que los estudiantes negros tenían que pagar. Su solución fue hacer que pagase todo el mundo. «No soy

partidario del igualitarismo —recordó al público— en el sentido de igualdad de resultados».[808] La desigualdad era la condición ineludible de un orden de mercado que funcionase.

Aunque Friedman se inspiraba en Röpke al citar a James Burnham y decir que el aislamiento de Rodesia era un signo del «suicidio de Occidente», sus conclusiones no se fundamentaban en la raza ni en el nivel de civilización, sino en una crítica general a la práctica de la democracia electoral.[809] Su oposición a las sanciones también se basaba en un principio abstracto: que los mercados triunfan por medio de «la sutileza con la que ponen en contacto a productores y consumidores, así como por el anonimato del que dotan a los participantes». Puesto que el mercado ideal no discrimina en función de la raza, la religión o la nacionalidad, interferir en los procesos de intercambio para castigar a un poder político u otro mediante una autoridad internacional —como en el caso de Rodesia— supondría debilitar «el sistema de mercados libres que es nuestra mayor fuente de fortaleza».[810] El *dominium* tenía que existir al margen de los caprichos de la diplomacia.

La declaración pública de Hayek sobre Sudáfrica se hacía eco de la de Friedman. En medio de las críticas generalizadas sobre las visitas que ambos hicieron al Chile de Pinochet en los años setenta, en 1977 Hayek se quejó del «asesinato de la reputación de carácter internacional» dirigido no solo a la nación sudamericana, sino también a Sudáfrica, un país que iba a visitar por segunda vez el año siguiente.[811] Aunque condenaba el *apartheid* en términos contundentes, expresó su temor a que las «medidas arbitrarias» de la ONU, que señalaba a ciertas naciones como merecedoras de castigo, se hubieran convertido en una de las mayores amenazas para la economía mundial liberal. «La ONU solo puede proteger su influencia —escribió— cuando se organizan boicots o asuntos similares contra países específicos de acuerdo con normas establecidas y anunciadas, no cuando se deja seducir en casos individuales mediante la captura de votos». Hayek

advirtió sobre las drásticas repercusiones con efectos corrosivos a nivel mundial: «No sé si los representantes de las grandes potencias occidentales que accedieron al embargo de armas contra Sudáfrica se dan cuenta del peligro que están provocando con esta decisión. Han comenzado a destruir el orden económico internacional».[812] El uso de sanciones como arma económica transgredía las fronteras que separaban el mundo de la propiedad y el mundo de los Estados. Las reivindicaciones morales, incluso aquellas legitimadas por medio de organizaciones internacionales, carecían de autoridad para perturbar la constitución económica del mundo.

África meridional es la prueba definitiva de las diferentes perspectivas neoliberales sobre las cuestiones de raza, orden mundial e imperio en la época de la descolonización. No solo no había una postura única en el bando neoliberal, sino que las opiniones de los principales jugadores fueron cambiando con el tiempo. El giro más extremo quizá fuese el de Röpke. A mediados de la década de 1930, cuando estaba exiliado en Estambul por resistirse a un régimen racista a causa de sus fuertes principios, Röpke se había opuesto con dureza al imperialismo. La historia de la expansión europea en el extranjero, afirmó, era «una historia de conquista, barbarie y brutalidad».[813] Röpke abogaba por un antiimperialismo que no fuera anticapitalista, sino liberal: que protegiese activamente la división, como dijo, entre «*imperium* y *dominium*: la esfera económica y la de los Estados».[814] Tres décadas después, cuando la descolonización se había convertido en una realidad mundial, cambió de canción. El colonialismo, pasó a afirmar, había cumplido con la «astucia de la historia» al llevar la civilización occidental al mundo no occidental. Mientras que en 1934 había escrito que el imperialismo europeo se correspondía «con todos los poderes irracionales de la vida interior de las naciones», en 1965 afirmó que era el patrimonio europeo el que estaba amenazado por «las monstruosas fuerzas del caos y la destrucción» que lo atacaban.[815] Lo más importante era su nueva convicción de que la «europeización» había transformado toda la

tierra en una «colonia occidental única».[816] Dada esa realidad, la estabilidad y la relativa prosperidad solo llegarían al sur global cuando este abandonara su rechazo a la occidentalización y la abrazara como un *ethos*, una forma de vida y una actitud. Dejó sin respuesta la pregunta de si aquello resultaba imposible debido a la diferencia genética. Lo que estaba claro era que el relato de la historia que hacía Röpke ya no trataba de equilibrar la autoridad pública y la propiedad privada, sino que había pasado a proponer la victoria final del *Geist* occidental. El imperialismo no era una época que hubiese terminado, sino una tarea que había que completar.

Para Hutt, Friedman y Hayek, el foco no estaba en las civilizaciones, sino en los sistemas políticos que fomentaran la reproducción de un orden de mercado que funcionase. Su principal preocupación era que la errada moralidad de las exigencias de sufragio universal o el uso de armas económicas como embargos y sanciones pudiera alterar tanto la previsibilidad como el anonimato de los que dependía la coordinación de innumerables trabajadores, vendedores y consumidores. En el marco de las reconocidas limitaciones de los códigos de conducta no escritos e incluso inconscientes y arraigados en la tradición, creían de manera elemental que el diseño constitucional de múltiples niveles servía para proteger la propiedad y la competencia en todo el mundo. Como mostrarán los capítulos 6 y 7, la corriente principal de los neoliberales concebía un mundo de normas, no de razas. Y donde comenzó ese mundo fue en Europa.

---

[600] A. A. Shenfield, «Liberalism and Colonialism», procedimientos de la SMP, 1957, papeles de Friedrich A. von Hayek, archivos de la Hoover Institution, Universidad de Stanford (en adelante citados como papeles de Hayek), caja 82.

[601] Fritz Machlup a Gottfried Haberler, 13 de diciembre de 1967, papeles de Fritz Machlup, archivos de la Hoover Institution, Universidad de Stanford (en adelante citados como papeles de Machlup), caja 41.

[602] Elizabeth Borgwardt, *A New Deal for the World: America's Vision for Human Rights*, Cambridge, Massachusetts: Belknap Press of Harvard University Press, 2005; Nils Gilman, *Mandarins of the Future: Modernization Theory in Cold War America*, Baltimore: Johns Hopkins

University Press, 2003. Huelga decir que en la política económica exterior de los Estados Unidos había una brecha considerable entre la retórica y la práctica. Para consultar selecciones de una amplia literatura, ver Nick Cullather, «Miracles of Modernization: The Green Revolution and the Apotheosis of Technology», *Diplomatic History* 28, n.º 2 (abril de 2004): pp. 227-254; Michael E. Latham, *The Right Kind of Revolution: Modernization, Development, and U.S. Foreign Policy from the Cold War to the Present*, Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2010; Greg Grandin, *Empire's Workshop: Latin America, the United States, and the Rise of the New Imperialism*, Nueva York: Metropolitan Books, 2006; Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Makings of Our Times*, Nueva York: Cambridge University Press, 2007.

[603] Para consultar el texto central, ver W. W. Rostow, *The Stages of Economic Growth, a Non-Communist Manifesto*, Cambridge: Cambridge University Press, 1960.

[604] Citado en Michael Latham, introducción a *Staging Growth: Modernization, Development, and the Global Cold War*, ed. David C. Engerman, Amherst: University of Massachusetts Press, 2003, p. 1.

[605] Ver, por ejemplo, P. T. Bauer, «The United Nations Report on the Economic Development of Under-Developed Countries», *Economic Journal* 63, n.º 249 (marzo de 1953): pp. 210-222; Gottfried Haberler, «The Case for Minimum Interventionism», en *Foreign Aid Reexamined: A Critical Appraisal*, ed. James W. Wiggins, pp. 139-150, Washington, D. C.: Public Affairs Press, 1958; Henry Hazlitt, *Illusions of Point Four*, Irvington-on-Hudson, Nueva York: Foundation for Economic Education, 1950; Gaston Leduc, «Le Sous-devéloppment et ses problems», *Revue d'économie politique* 62, n.º 2 (mayo de 1952): pp. 133-189; Wilhelm Röpke, *The Economics of Full Employment: An Analysis of the UN Report on National and International Measures for Full Employment*, Nueva York: American Enterprise Association, 1952; Wilhelm Röpke, «Unentwickelte Länder», *Ordo* 5 (1953): pp. 63-113. Para leer un resumen de los debates de la SMP sobre el desarrollo, ver Dieter Plehwe, «The Origins of the Neoliberal Economic Development Discourse», en *The Road from Mont Pèlerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*, ed. Philip Mirowski y Dieter Plehwe, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2009, pp. 238-279; Jean Solchany, *Wilhelm Röpke, l'autre Hayek: Aux origines du néolibéralisme*, París: Sorbonne, 2015, pp. 371-383.

[606] F. A. Hayek, *Los fundamentos de la libertad*, Madrid: La Unión, 1998, trºaducido por José Vicente Torrente.

[607] John Gerard Ruggie, «International Regimes, Transactions, and Change: Embedded Liberalism in the Postwar Economic Order», *International Organization* 36, n.º 2 (1982): pp. 379-415.

[608] F. A. Hayek, «Substitute for Foreign Aid», *The Freeman*, 6 de abril de 1953, p. 484.

[609] Ludwig Mises, «Economic Nationalism and Peaceful Economic Cooperation (1943)», en *Money, Method, and the Market Process*, ed. Richard Ebeling, Norwell, Massachusetts: Kluwer Academic Publishers, 1990, p. 164.

[610] Röpke, «Unentwickelte Länder», p. 102.

[611] *Ibid.*, p. 103. Ocho años después reiteró aquellas opiniones en una casi reimpresión del mismo artículo. Wilhelm Röpke, «Die unentwickelten Länder als wirtschaftliches, soziales und

gesellschaftliches Problem», en *Entwicklungsländer, Wahn und Wirklichkeit*, ed. Albert Hunold y Wilhelm Röpke, Zúrich: E. Rentsch, 1961, p. 52.

[612] Röpke, «Unentwickelte Länder», p. 105.

[613] *Ibid.*

[614] Wilhelm Röpke, «Die Entwicklungsländer als Partner von Morgen», en *Das Ende der Kolonialzeit und die Welt von morgen*, ed. Ludwig Alsdorf, Stuttgart: Alfred Kröner, 1961, p. 206.

[615] Shula Marks, «Southern Africa», en *The Oxford History of the British Empire*, ed. Judith M. Brown, Oxford: Oxford University Press, 1999, p. 567.

[616] Este capítulo está basado de manera sustancial en Quinn Slobodian, «The World Economy and the Color Line: Wilhelm Röpke, Apartheid, and the White Atlantic», *German Historical Institute Bulletin Supplement*, n.º 10 (2014): pp. 61-87. Para leer un análisis extenso e informativo de Sudáfrica y Röpke, publicado el año siguiente, ver Solchany, *Wilhelm Röpke, l'autre Hayek*, pp. 390-404. Para consultar obras que no mencionan a Sudáfrica, ver Samuel Gregg, *Wilhelm Röpke's Political Economy*, Northampton, Massachusetts: Edward Elgar, 2010; Hans Jörg Hennecke, *Wilhelm Röpke: Ein Leben in der Brändung*, Stuttgart: Schäffer-Poeschel Verlag, 2005; Razeen Sally, *Classical Liberalism and International Economic Order: Studies in Theory and Intellectual History*, Nueva York: Routledge, 1998, cap. 7; Sylvia Hanna Skwiercz, *Der Dritte Weg im Denken von Wilhelm Röpke*, 2 vols., Würzburg: Creator, 1988; Sara Warneke, *Die europäische Wirtschaftsintegration aus der Perspektive Wilhelm Röpkes*, Stuttgart: Lucius und Lucius, 2013; John Zmirak, *Wilhelm Röpke: Swiss Localist, Global Economist*, Wilmington, Delaware: ISI Books, 2001.

[617] Para leer un ilustrativo resumen sobre esta formación transatlántica, ver David Sarias Rodríguez, «'We Are All Europeans': Toward a Cosmopolitan Understanding of the American Traditionalist Right», en *Transatlantic Social Politics: 1800-Present*, ed. Daniel Scroop y Andrew Heath, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2014, pp. 213-234.

[618] Fritz Machlup, «Liberalism and the Choice of Freedoms», en *Roads to Freedom: Essays in Honour of Friedrich A. von Hayek*, ed. Erich W. Streissler, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1969, p. 142.

[619] https://mises.org/library/economics-colour-bar; W. H. Hutt a F. A. Hayek, 21 de junio de 1948, papeles de Hayek, caja 76.

[620] W. H. Hutt, *The Economics of the Color Bar*, Londres: Andre Deutsch, 1964.

[621] F. A. Hayek, «Internationaler Rufmord», Politische Studien, número especial n.º 1 (1978): p. 45.

[622] Para saber más sobre el aumento de las críticas, ver Ryan M. Irwin, *Gordian Knot: Apartheid and the Unmaking of the Liberal World Order*, Nueva York: Oxford University Press, 2012. En 1963 se creó en la ONU un Comité Especial contra el Apartheid. Roland Burke, *Decolonization and the Evolution of International Human Rights*, Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2010, p. 60.

[623] Thomas Borstelmann, *The Cold War and the Color Line: American Race Relations in the Global Arena*, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2001, p. 124.

[624] *Ibid.*, p. 155.

[625] Wilhelm Röpke, «South Africa: An Attempt at a Positive Appraisal», *Schweizer Monatshefte* 44, n.º 2 (mayo de 1964): p. 8. El artículo se publicó originalmente como «Südafrika: Versuch einer Würdigung», *Schweizer Monatshefte* 44, n.º 2 (1964): pp. 97-112. Las citas siguen la reimpresión de la traducción al inglés publicada por el Servicio de Información de Sudáfrica, también en 1964. El año anterior, Röpke había publicado un artículo más corto con opiniones similares. Ver Wilhelm Röpke, «Wege und Irrwege der Apartheid», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 18 de octubre de 1963.

[626] Röpke, «South Africa», p. 3.

[627] *Ibid.*

[628] *Ibid.*, p. 10. El hecho de que Röpke entrecomillase esos términos sugiere que recelaba de su validez como categorías.

[629] Wilhelm Röpke, «Conceptions and Misconceptions of Apartheid», *Africa Institute Bulletin* 4, n.º 1 (1964): p. 25. Esto es una traducción de Röpke, «Wege und Irrwege der Apartheid».

[630] Röpke, «South Africa», p. 13.

[631] Röpke terminó un capítulo de un libro publicado por primera vez en 1942 con una de las pocas referencias a la diferencia racial que hizo: una anécdota empática sobre un hombre afroamericano que viajaba por Alemania. Röpke, Wilhelm, *La crisis social de nuestro tiempo*, Madrid: El Buey Mudo, 2010, traducido por Juan Medem Sanjuán.

[632] Röpke, «South Africa», p. 15.

[633] Hunold a Röpke, 15 de agosto de 1964, archivo de Röpke, Instituto de Investigaciones Económicas, Colonia (citado en adelante como AR), exp. 22, p. 259.

[634] Röpke a Hunold, 28 de agosto de 1965, AR, exp. 23, p. 313.

[635] Afrikaans-Deutsche Kulturgemeinschaft, «Wenn die Nashörner stampfen: Deutscher Jurist über den Alexander-Prozess», ADK-Botschaft, enero de 1964, AR, Panzerschrank, p. 596.

[636] Para saber más sobre su colaboración con el *NZZ*, ver Hennecke, *Wilhelm Röpke*, p. 129.

[637] «Zur Diskussion über den Afrika-Vortragszyklus», *Neue Zürcher Zeitung*, 21 de julio de 1964.

[638] Röpke a Hunold, 16 de enero de 1965, AR, exp. 22, p. 203.

[639] Para leer la carta de defensa de Röpke, ver Röpke a Eberhard Ernst Reinhardt, 18 de agosto de 1964, AR, Panzerschrank, correspondencia 1, p. 615. Ver Wahrhold Drascher, *Die Vorherrschaft der Weissen Rasse: Die Ausbreitung des abendländischen Lebensb- reiches auf die überseeischen Erdteile*, Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1936; Wahrhold Drascher, *Schuld der Weißen? Die Spätzeit des Kolonialismus*, Tübingen: Verlag Fritz Schlichtenmeyer, 1960. Sobre la continuidad y las diferencias en las categorías de Drascher antes y después de 1945, ver Katrina Hagen, «Internationalism in Cold War Germany», tesis doctoral, Universidad de Washington, Seattle, 2008, pp. 65-71.

[640] Drascher a Röpke, 15 de mayo de 1964, AR, Panzerschrank, correspondencia 1, p. 584.

[641] Hunold a Röpke, 3 de octubre de 1965, AR, exp. 23, p. 304.

[642] El principal contexto de la nueva derecha estadounidense fue nacional. Nancy MacLean ha argumentado que la «defensa del gobierno blanco del sur» era una «fuerza unificadora» entre las diversas tensiones del movimiento conservador. MacLean, «Neo-Confederacy versus the New Deal: The Regional Utopia of the Modern American Right», en *The Myth of Southern*

Exceptionalism, ed. Matthew D. Lassiter y Joseph Crespino, Nueva York: Oxford University Press, 2009, pp. 313-315.

[643] La cercanía de Buckley y Röpke contrastaba con su relación con Hayek, que recelaba de la postura de la *National Review*. Angus Burgin, *The Great Persuasion: Reinventing Free Markets since the Depression*, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2012, pp. 138-140.

[644] Buckley a Röpke, 25 de abril de 1956, AR, DVD 11, p. 460.

[645] El biógrafo de Kirk señala que este «solía elogiar» a Röpke, aunque «rechazaba el aislamiento moral inherente a la filosofía social de Mises». W. Wesley McDonald, *Russell Kirk and the Age of Ideology*, Columbia: University of Missouri Press, 2004, p. 168; Kirk a Röpke, 14 de febrero de 1955, AR, DVD 2, p. 150.

[646] Lawrence Fertig a Röpke, 13 de enero de 1965, AR, exp. 22, p. 96.

[647] Brandt a Röpke, 8 de diciembre de 1964, AR, exp. 22, p. 31.

[648] Bill [Buckley] a Röpke, 25 de febrero de [1963], AR, exp. 21, p. 576. Dada la fecha, el artículo era casi con total seguridad el informe de Buckley sobre el viaje que hizo a Sudáfrica con financiación del Gobierno. William F. Buckley, «South African Fortnight», *National Review*, 15 de enero de 1963.

[649] Sally, *Classical Liberalism and International Economic Order*, pp. 74, 158.

[650] *Ibid.*, p. 139.

[651] Wilhelm Röpke, *International Order and Economic Integration*, Dordrecht: D. Reidel, 1959, p. 3.

[652] Ver Matthew Connelly, «Taking Off the Cold War Lens: Visions of North–South Conflict during the Algerian War for Independence», *American Historical Review* 105, n.º 3 (2000): pp. 753-769.

[653] Röpke, *International Order and Economic Integration*, p. 22.

[654] *Ibid.*, p. 45.

[655] Helge Peukert, *Das sozialökonomische Werk Wilhelm Röpkes*, vol. 1, Fráncfort del Meno: Peter Lang, 1992, p. 86.

[656] Bernhard Walpen, *Die offenen Feinde und ihre Gesellschaft: Eine hegemonietheoretische Studie zur Mont Pelerin Society*, Hamburgo: VSA-Verlag, 2004, p. 278.

[657] Para leer las críticas de Röpke al estado de bienestar, ver Keith Tribe, *Strategies of Economic Order: German Economic Discourse, 1750-1950*, Nueva York: Cambridge University Press, 1995, p. 240.

[658] Röpke, *International Order and Economic Integration*, p. 51.

[659] *Ibid.*, p. 49.

[660] *Ibid.*, p. 54.

[661] Llama la atención que en 1944 Röpke intentara fundar una revista titulada *Occident*. Walpen, *Die offenen Feinde*, p. 99.

[662] Ver Duncan Bell, «Project for a New Anglo Century: Race, Space and Global Order», en *Anglo-America and Its Discontents: Civilizational Identities beyond West and East*, ed. Peter J. Katzenstein, pp. 33-55, Nueva York: Routledge, 2012; Clarence K. Streit, *Union Now: A Proposal for a Federal Union of the Democracies of the North Atlantic*, Nueva York: Harper and

Bros., 1939; Valérie Aubourg, Gérard Bossuat y Giles Scott-Smith, eds., *European Community, Atlantic Community?*, París: Éditions Soleb, 2008.

[663] Rachel S. Turner, *Neo-liberal Ideology: History, Concepts and Policies*, Edimburgo: Edinburgh University Press, 2008, pp. 88-89.

[664] Anthony James Nicholls, *Freedom with Responsibility: The Social Market Economy in Germany, 1918-1963*, Nueva York: Oxford University Press, 1994, pp. 341-347.

[665] Milene Wegmann, *Früher Neoliberalismus und Europäische Integration: Interdependenz der nationalen, supranationalen und internationalen Ordnung von Wirtschaft und Gesellschaft (1932–1965)*, Baden-Baden: Nomos, 2002, p. 326.

[666] Wilhelm Röpke, «Südafrika in der Weltwirtschaft und Weltpolitik», en *Afrika und seine Probleme*, ed. Albert Hunold, Zúrich: Eugen Rentsch Verlag, 1965, p. 130.

[667] *Ibid.*, 129. La obra citada era Nathaniel Weyl y Stefan Possony, *The Geography of Intellect*, Chicago: Henry Regnery, 1963, p. 288. Para consultar más citas, ver Robert Vitalis, *White World Order, Black Power Politics*, Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2015, p. 152.

[668] Sally, *Classical Liberalism and International Economic Order*, p. 139.

[669] Wilhelm Röpke, «The Malady of Progressivism», *The Freeman*, 30 de julio de 1951, p. 690.

[670] Josef Mooser, «Liberalismus und Gesellschaft nach 1945: Soziale Marktwirtschaft und Neoliberalismus am Beispiel von Wilhelm Röpke», en *Bürgertum nach 1945*, ed. Manfred Hettling y Bernd Ulrich, Hamburgo: Hamburger Edition, 2005, p. 152.

[671] Para saber más sobre las variedades de planificación, ver Tony Judt, *Postwar: A History of Europe since 1945*, Nueva York: Penguin, 2005, pp. 69-71.

[672] 1950, Reg. Cong. 0503, 3 de mayo de 1950, p. 6222. La cita se repitió en un estudio de 1957 patrocinado por diecisiete congresistas y publicado en la revista nacional de la Cámara de Comercio: «Adverse Effects of Expanding Government», *Nation's Business* 45, n.º 9 (septiembre de 1957): pp. 39-94, en 89.

[673] Citado en Wegmann, *Früher Neoliberalismus*, p. 317.

[674] Röpke, *The Economics of Full Employment*; J. F. J. Toye y Richard Toye, *The UN and Global Political Economy: Trade, Finance, and Development*, Bloomington: Indiana University Press, 2004, p. 93.

[675] Röpke, *The Economics of Full Employment*, pp. 5, 31.

[676] Wilhelm Röpke, «Washington's Economics: A German Scholar Sees Nation Moving into Fiscal Socialism», *The Wall Street Journal*, 1 de abril de 1963.

[677] Röpke, «Die unentwickelten Länder», pp. 15, 59. Myrdal solía ser especial blanco de críticas por parte de los detractores neoliberales de la ayuda al desarrollo, como Peter T. Bauer y Fritz W. Meyer. Ver Plehwe, «Origins of the Neoliberal Economic Development Discourse», 262–264; Fritz W. Meyer, «Entwicklungshilfe und Wirtschaftsordnung», *Ordo*, n.º 12 (1960 / 1961): pp. 279-280. Sobre Myrdal, ver William J. Barber, *Gunnar Myrdal: An Intellectual Biography*, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2008; Andrés Rivarola Puntigliano y Örjan Appelqvist, «Prebisch and Myrdal: Development Economics in the Core and on the Periphery», *Journal of Global History* 6, n.º 1 (2011): pp. 29-52.

[678] Röpke, «Washington's Economics».

[679] Toye y Toye, *The UN and Global Political Economy*, p. 108.

[680] Wilhelm Röpke, «The Free West», en *Freedom and Serfdom: An Anthology of Western Thought*, ed. Albert Hunold, Dordrecht: D. Reidel, 1961, p. 76.

[681] Röpke, «Unentwickelte Länder», p. 89.

[682] Wilhelm Röpke, «Die Nationalökonomie des 'New Frontier'», *Ordo* 9 (1963): p. 106.

[683] *Ibid.*

[684] Plehwe, «Origins of the Neoliberal Economic Development Discourse», p. 249.

[685] Sally, *Classical Liberalism and International Economic Order*, p. 132

[686] Kristin Ross, *Fast Cars, Clean Bodies: Decolonization and the Reordering of French Culture*, Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 1995, p. 10.

[687] Patrick Boarman a Röpke, 12 de abril de 1963, AR, exp. 21, p. 598. Los representantes del Congreso fueron Steven B. Derounian (Nueva York), Bruce Alger (Texas), Thomas B. Curtis (Missouri) y Bob Wilson (California). Registro del Congreso 1963-0401, 1 de abril de 1963, 88-1, A1867, A1879, 5207; Reg. Cong. 1963-0422, 22 de abril de 1963, A2339.

[688] Bruce Alger (Texas), Reg. Cong. 1963-040, A1879.

[689] Thomas B. Curtis (Missouri) en *ibid.*, 5208. Curtis fue uno de los líderes del grupo de «jóvenes rebeldes» de republicanos moderados de finales de la década de 1950 y principios de la de 1960. Su defensa del libre comercio lo distanció de muchos miembros consolidados del Partido Republicano. Geoffrey M. Kabaservice, *Rule and Ruin: The Downfall of Moderation and the Destruction of the Republican Party, from Eisenhower to the Tea Party*, Nueva York: Oxford University Press, 2012, p. 55.

[690] Kim Phillips-Fein, *Invisible Hands: The Making of the Conservative Movement from the New Deal to Reagan*, Nueva York: W. W. Norton, 2009, pp. 56-58.

[691] Rick Perlstein, *Before the Storm: Barry Goldwater and the Unmaking of the American Consensus*, Nueva York: Hill and Wang, 2001, p. 33.

[692] Röpke a Paul Wilhelm Wenger, 5 de agosto de 1964, AR, exp. 89, p. 568.

[693] Phillips-Fein, *Invisible Hands*, pp. 57, 59. Kim Phillips-Fein, «Business Conservatives and the Mont Pèlerin Society», en Mirowski y Plehwe, *The Road from Mont Pèlerin*, p. 292.

[694] Ver George H. Nash, *The Conservative Intellectual Movement in America since 1945*, Wilmington, Delaware: ISI Books, 2006, p. 69; Sarias Rodríguez, «'We Are All Europeans'», p. 213; Christopher S. Allen, «The Underdevelopment of Keynesianism in the Federal Republic of Germany», en *The Political Power of Economic Ideas: Keynesianism across Nations*, ed. Peter A. Hall, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1989; Fabio Masini, «Luigi Einaudi and the Making of the Neoliberal Project», *History of Economic Thought and Policy* 1, n.º 1 (2012): pp. 39-59.

[695] William F. Buckley, «Buckley Supports DeGaulle's Views», *The Boston Globe*, 17 de febrero de 1963.

[696] William Henry Chamberlin, «A Powerful Argument for a Free Economy», *The Wall Street Journal*, 15 de abril de 1963.

[697] Sobre el trato de favor de Röpke a las políticas de liberalización externa de Suiza y Alemania Occidental, ver Sally, *Classical Liberalism and International Economic Order*, p. 140.

[698] William R. Van Gemert, «Letter to the Editor», *The Wall Street Journal*, 22 de abril de 1963.

[699] *Rundt's Weekly Intelligence: A Service to Exporters, Bankers and Overseas Investors*, 30 de abril de 1963, AR, archivador «Vorträge».

[700] Edwin McDowell, «A Mountain Where Thinkers Dwell», *The Wall Street Journal*, 20 de septiembre de 1972.

[701] Wilhelm Röpke, «Amerikanische Intellektuelle von Europa gesehen», *Deutsche Rundschau*, febrero de 1957, p. 137.

[702] *Ibid.*, p. 138.

[703] Nash, *The Conservative Intellectual Movement*, pp. 58-59, 69-70.

[704] Röpke, «Amerikanische Intellektuelle von Europa gesehen», p. 139.

[705] Por citar un ejemplo de muchos, hizo una grabación para un programa que U.S. Steel retransmitía en las emisoras de radio de las universidades de la Ivy League. C. M. Underhill, Memo, U.S. Steel a Röpke, 29 de septiembre de 1961, AR, exp. 88, p. 576.

[706] Röpke a Fred Clark, 22 de septiembre de 1962, AR, exp. 20, p. 50.

[707] T. R. B., «The Fair», *The New Republic*, 25 de septiembre de 1965, p. 4.

[708] El biógrafo de Röpke lo llama «el oráculo de Ginebra». Hennecke, *Wilhelm Röpke*, p. 182.

[709] Ricardo A. Ball, Universidad de Harvard a Röpke, 8 de diciembre de 1961, AR, exp. 20, p. 37.

[710] «Book Shelf: Anatomy of the Welfare State», *Pittsburgh Courier*, 2 de enero de 1965; Chamberlin, «A Powerful Argument».

[711] Internationale Bank für Wiederaufbau und Entwicklung, circular, 20 de abril de 1960, Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania Occidental, B 61-411, vol. 128.

[712] Christopher S. Allen, «'Ordo-Liberalism' Trumps Keynesianism: Economic Policy in the Federal Republic of Germany and the EU», en *Monetary Union in Crisis: The European Union as a Neo-Liberal Construction*, ed. Bernard H. Moss, pp. 199-221, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2005.

[713] Alexander Nützenadel, *Stunde der Ökonomen: Wissenschaft, Politik und Expertenkultur in der Bundesrepublik, 1949-1974*, Gotinga: Vandenhoeck und Rurecht, 2005, p. 12; Michael A. Bernstein, *A Perilous Progress: Economists and Public Purpose in Twentieth-Century America*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2001, caps. 5-6.

[714] Hennecke, *Wilhelm Röpke*, p. 219. Para saber más sobre Röpke en América Latina, ver Solchany, *Wilhelm Röpke*, pp. 383-390.

[715] Röpke a Velasco, 18 de noviembre de 1963, AR, exp. 21, p. 69. Para leer sobre las actividades de Velasco con la SMP, ver Plehwe, «Origins of the Neoliberal Economic Development Discourse», p. 244.

[716] Zuloaga a Röpke, 9 de mayo de 1963, AR, exp. 89, p. 318.

[717] Hunold a Röpke, 2 de abril de 1962, AR, exp. 20, p. 230.

[718] Röpke a Karl Brandt, 26 de abril de 1963, AR, exp. 21, p. 597. Al margen de las fricciones personales, el conflicto surgió porque Hunold y Röpke hacían un diagnóstico más apocalíptico de la geopolítica, preferían hacer una mayor publicidad de la SMP y deseaban ejercer un control más estricto sobre su afiliación. Para más detalles, ver Walpen, *Die offenen Feinde*, pp. 145-151.

[719] Hunold a Röpke, 20 de marzo de 1964, AR, exp. 22, p. 298.

[720] Hunold a Röpke, 1 de enero de 1965, AR, exp. 22, p. 206; Hunold a Röpke, 5 de enero de 1965, AR, exp. 22, p. 205; Jesús Arboleya, *La Contrarrevolución Cubana*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1997.

[721] Hunold a Röpke, 13 de noviembre de 1962, AR, exp. 20, p. 178.

[722] Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile*, Nueva York: Cambridge University Press, 1995, pp. 224-225.

[723] Kirk a Röpke, 19 de marzo de 1963, AR, exp. 21, p. 649.

[724] *Ibid.*; Hunold a Röpke, 1 de enero de 1965, AR, exp. 22, p. 206.

[725] Röpke a Kirk, 14 de febrero de 1963, AR, exp. 21, p. 269.

[726] «Sinistrizado» (en inglés, *sinistrized*) es un neologismo con el que Röpke se refería al giro a la izquierda. Röpke a Hunold, 18 de agosto de 1962, AR, exp. 20, p. 220.

[727] Röpke a Karl Brandt, 26 de abril de 1963, AR, exp. 21, p. 597; Röpke a Hunold, 30 de abril de 1959, AR, exp. 18, p. 230; Röpke a Schoeck, 17 de noviembre de 1958, AR, exp. 18, p. 623.

[728] Röpke a Karl Mönch, 18 de octubre de 1961, AR, exp. 20, p. 397.

[729] Röpke a Willi Bretscher, 3 de noviembre de 1962, AR, exp. 89, p. 148.

[730] Hunold a Röpke, 20 de marzo de 1964, RA, exp. 22, p. 298. Para leer sobre el papel que jugó Goodrich en la financiación de las reuniones de la SMP, ver Phillips-Fein, *Invisible Hands*, pp. 48-51.

[731] Hennecke, *Wilhelm Röpke*, p. 224.

[732] Kirk a Röpke, 19 de marzo de 1963, AR, exp. 21, p. 649.

[733] Para leer su carta de dimisión, ver Brandt a miembros de la SMP, 8 de enero de 1962, papeles de Machlup, caja 279.

[734] Brandt a Röpke, 8 de diciembre de 1964, AR, exp. 22, p. 30.

[735] Walpen, *Die offenen Feinde*, p. 108.

[736] Burgin, *The Great Persuasion*, p. 146.

[737] Hunold a Röpke, 1 de enero de 1965, AR, exp. 22, p. 206.

[738] *Ibid.*, p. 145.

[739] Röpke empleó la expresión en una carta enviada a Alexander Rüstow. Citado en Philip Plickert, *Wandlungen des Neoliberalismus: Eine Studie zu Entwicklung und Ausstrahlung der "Mont Pelerin Society"*, Stuttgart: Lucius und Lucius, 2008, p. 189.

[740] Para saber más sobre la movilización espiritual, ver Phillips-Fein, *Invisible Hands*, pp. 71-74.

[741] Hunold a Röpke, 20 de marzo de 1964, AR, exp. 22, p. 298.

[742] Wilhelm Röpke, *Against the Tide*, Chicago: H. Regnery Co., 1969.

[743] Nicholls sugiere que Röpke dio un giro a la derecha en la década de 1950, conclusión que respalda este capítulo. Nicholls, *Freedom with Responsibility*, p. 324.

[744] William F. Buckley, «Why the South Must Prevail», *National Review*, 24 de agosto de 1957, p. 149. No era frecuente leer declaraciones tan contundentes como aquella. En general, el lenguaje de los derechos y el federalismo de los Estados servía como un código identificable para la oposición a la materialización de la igualdad política en publicaciones conservadoras como la *National Review* y *Modern Age*. Joseph E. Lowndes, *From the New Deal to the New Right: Race

and the Southern Origins of Modern Conservatism, New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2008, p. 50.

[745] Buckley, «Why the South Must Prevail», p. 149; la cursiva es mía. Para conocer una excepción, ver Rodríguez, «'We Are All Europeans'», pp. 220-221.

[746] Allan J. Lichtman, *White Protestant Nation: The Rise of the American Conservative Movement*, Nueva York: Atlantic Monthly Press, 2008, p. 227.

[747] Röpke a Hunold, 27 de junio de 1963, AR, exp. 21, p. 354. Se refería en particular a David Abner Morse, jefe de la delegación de los Estados Unidos en la Conferencia Internacional del Trabajo. Para saber más sobre Morse y la «crisis de Sudáfrica» de 1963, a la que seguramente aludiese Röpke, ver Daniel Maul, *Human Rights, Development, and Decolonization: The International Labour Organization, 1940–70*, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2012, pp. 236-245.

[748] Sara Diamond, *Roads to Dominion: Right-Wing Movements and Political Power in the United States*, Nueva York: Guilford Press, 1995, pp. 118, 346.

[749] Reg. Cong. 1967-0322, 22 de marzo de 1967, 7710.

[750] Reg. Cong. 1967-0322, 22 de marzo de 1967, 7711.

[751] Wilhelm Röpke, «The Place of the Nation», *Modern Age* 10, n.º 2 (primavera de 1966): p. 121. Para conocer una versión anterior de este argumento, ver Röpke, «Unentwickelte Länder», p. 103.

[752] Röpke, «Die unentwickelten Länder», p. 50.

[753] Röpke a Hunold, 15 de noviembre de 1965, AR, exp. 23, p. 300.

[754] Hunold a Röpke, 4 de enero de 1966, AR, exp. 23, p. 104.

[755] Hunold a Röpke. 3 de octubre de 1965, AR, exp. 23, p. 304.

[756] Hunold a Röpke, 17 de noviembre de 1965, AR, exp. 23, p. 20.

[757] Schoeck a Röpke, 16 de diciembre de 1964, AR, exp. 23, p. 551.

[758] Ver Ludwig Mises, *Human Action: A Treatise on Economics* (1949), Auburn, Alabama: Ludwig Von Mises Institute, 1998, p. 37; Nash, *The Conservative Intellectual Movement*, p. 148. Se debe señalar que las reservas que Mises y Hayek expresaron sobre la inmigración no tenían que ver con el racismo biológico, sino con la fricción social producida por el resentimiento racista. En 1944, Mises escribió que «pocos hombres blancos hay que no se estremezcan al imaginarse a millones de personas negras o amarillas viviendo en su propio país». Ludwig Mises, *Gobierno omnipotente: en nombre del estado*, Madrid: La Unión, 2002, traducido por Pedro Elgoibar. Hayek expresó su aprobación de la restrictiva política de inmigración de Margaret Thatcher en una serie de artículos y cartas publicados en *The Times* (Londres). Ver F. A. Hayek, «The Politics of Race and Immigration», *The Times*, 11 de febrero de 1978; Hayek, «Origins of Racialism», *The Times*, 1 de marzo de 1978; Hayek, «Integrating Immigrants», *The Times*, 9 de marzo de 1978.

[759] Sin embargo, algunos neoliberales prominentes sugirieron que había relación entre el clima, las características culturales y el subdesarrollo económico. Bauer aludió a una «conexión entre el clima y el atraso material». Peter T. Bauer, «Development Economics: The Spurious Consensus and Its Background», en Streissler, *Roads to Freedom*, p. 30. En 1960, Louis Rougier explicó

«las diferencias de desarrollo en función de las diferencias de mentalidad», citando el «fatalismo árabe» y la «mentalidad prelógica mágica» de los pueblos indígenas de África Central y Australasia. Citado en Solchany, *Wilhelm Röpke, l'autre Hayek*, p. 381, y ver también lo que dice Frederick C. Benham sobre el clima y la ética cultural del trabajo, citado en la p. 380.

[760] «New Books and Articles», *New Individualist Review* 3, n.º 3 (1964): p. 47.

[761] Para conocer más detalles, ver «Autobiography Copy 2», 10 de agosto de 1984, papeles de William H. Hutt, archivos de la Hoover Institution, Universidad de Stanford (en adelante citados como papeles de Hutt), caja 11.

[762] Ver, por ejemplo, P. T. Bauer y B. S. Yamey, «Against the New Economic Order», *Commentary*, 1 de abril de 1977.

[763] «Autobiography Copy 2».

[764] Friedman dio permiso a Hutt para que incluyera en la introducción de su libro una cita de una página de *Capitalism and Freedom*. Friedman a Hutt, 16 de julio de 1963, papeles de Hutt, caja 40.

[765] Peter Lewin, «William Hutt and the Economics of Apartheid», *Constitutional Political Economy* 11 (2000): p. 255.

[766] *Ibid.*, p. 257. Para saber más sobre las similitudes no reconocidas entre el argumento de Hutt y los debates paralelos de elección pública, ver Ben Jackson, «Hayek, Hutt and the Trade Unions», en *Hayek: A Collaborative Biography; Part V: Hayek's Great Society of Free Men*, ed. Robert Leeson, Houndmills, Reino Unido: Palgrave Macmillan, 2015, p. 169.

[767] Hutt, *The Economics of the Color Bar*, p. 27.

[768] J. Enoch Powell, «How Money Works for Integration», *The Sunday Times,* Londres, 14 de junio de 1964.

[769] Hutt, *The Economics of the Color Bar*, p. 173.

[770] *Ibid.*, p. 115.

[771] *Ibid.*, p. 178; en cursiva en el original.

[772] *Ibid.*, p. 180.

[773] Buckley, «South African Fortnight».

[774] «Apartheid in South Africa and Its Foreign Critics» sin fecha [1963], papeles de Hutt, caja 31.

[775] *Ibid.*

[776] Hutt al director, *Cape Times*, 18 de enero de 1957, papeles de Hutt, caja 14.

[777] «Apartheid in South Africa and Its Foreign Critics».

[778] Hayek, *Los fundamentos de la libertad*.

[779] *Ibid.*, p. 64.

[780] Enviado por Hutt como adjunto a Victor Norton, director, *Cape Times*, 2 de octubre de 1961, papeles de Hutt, caja 14.

[781] W. H. Hutt, «The Abuse of Parliamentary Majority in Multi-Racial Society», papeles de Hutt, caja 14.

[782] *Ibid.*

[783] W. H. Hutt, «'Fragile' Constitutions», *New Individualist Review* 4, n.º 3 (primavera de 1966): p. 48.

[784] *Ibid.*

[785] Hutt a Smith, 28 de octubre de 1964, papeles de Hutt, caja 14.

[786] Hutt a Smith, 12 de octubre de 1965, papeles de Hutt, caja 14.

[787] W. H. Hutt, «The Rhodesian Calumny», *New Individualist Review* 5, n.º 1 (invierno de 1968): pp. 3, 12.

[788] Hutt a Reagan, 9 de marzo de 1977, papeles de Hutt, caja 14; Hutt a Carter, 1 de marzo de 1977, papeles de Hutt, caja 14.

[789] Sean Wilentz, *The Age of Reagan: A History, 1974–2008*, Nueva York: Harper-Collins, 2008, p. 103.

[790] Hutt a Owen Horwood, 20 de septiembre de 1978, papeles de Hutt, caja 14.

[791] Hutt a R. F. Botha, 9 de marzo de 1983, papeles de Hutt, caja 14.

[792] Hutt a Owen Horwood, 20 de septiembre de 1978.

[793] Merece la pena señalar que Fritz Machlup resistió las presiones como presidente de la Asociación Económica Internacional para adoptar en 1971 una postura oficial sobre el *apartheid* con el argumento de que «debemos evitar las controversias ideológicas o políticas». Machlup a Luc Fauvel, 22 de diciembre de 1971, papeles de Machlup, caja 291.

[794] Arthur Shenfield, «The Ideological War against Western Society», *Modern Age* 14, n.º 2 (primavera de 1970): p. 168.

[795] Dieter Plehwe, introducción a Mirowski y Plehwe, *The Road from Mont Pèlerin*, p. 21.

[796] Hutt a Susan M. Haufe, Departamento de Estado, 23 de noviembre de 1977, papeles de Hutt, caja 14.

[797] Les de Villiers, Servicio de Información de Sudáfrica, a John Davenport, 2 de agosto de 1972, papeles de John A. Davenport, archivos de la Hoover Institution, Universidad de Stanford (citados en adelante como papeles de Davenport), caja 3; John A. Davenport, «Namibia— Victim or Beneficiary of South African Rule?», *The New York Times*, 19 de julio de 1972.

[798] K. H. Towsey, Oficina de Información de Rodesia, Washington, D. C., a Davenport, 7 de abril de 1978, papeles de Davenport, caja 4; Towsey a Davenport, 18 de mayo de 1978, papeles de Davenport, caja 4.

[799] Borstelmann, *The Cold War*, p. 256; Brenda Gayle Plummer, «Race and the Cold War», en *The Oxford Handbook of the Cold War*, ed. Richard H. Immerman y Petra Goedde, Oxford: Oxford University Press, 2013, p. 517; invitación de la American-Rhodesian Association, 13 de octubre de 1978, papeles de Davenport, caja 28.

[800] American-Rhodesian Association, declaración de propósitos, papeles de Davenport, caja 28.º

[801] John A. Davenport, «The Anti-apartheid Threat», *The Freeman*, agosto de 1985, p. 454.

[802] Patrick J. Buchanan, Casa Blanca, a Davenport. 28 de agosto de 1985, papeles de Davenport, caja 28.

[803] Milton Friedman, «Rhodesia», *Newsweek*, 3 de mayo de 1976, p. 77. El artículo se publicó palabra por palabra el día anterior en *The Sunday Times*. Ver reimpresión, Milton Friedman, «Suicide of the West», en *Friedman in South Africa*, ed. Meyer Feldberg, Kate Jowell y Stephen Mulholland, Ciudad del Cabo: Graduate School of Business, 1976, pp. 58-60. Para el segundo artículo, ver Milton Friedman, «Economic Sanctions», *Newsweek*, 21 de enero de 1980.

[804] Friedman, «Rhodesia», p. 77.

[805] Friedman, «The Fragility of Freedom», p. 7.

[806] Para consultar una articulación fundacional de este argumento, ver Mancur Olson, *La lógica de la acción colectiva: bienes públicos y la teoría de grupos*, Ciudad de México: Editorial LIMUSA, 1992, traducido por Ricardo Calvet Pérez.

[807] Friedman, «The Fragility of Freedom», p. 9.

[808] Friedman, «The Milton Friedman View», en *Friedman in South Africa*, ed. Meyer Feldberg, Kate Jowell y Stephen Mulholland, Ciudad del Cabo: Graduate School of Business, 1976, p. 49.

[809] Friedman, «Rhodesia», p. 77.

[810] Friedman, «Economic Sanctions».

[811] Hayek, «Internationaler Rufmord», p. 44. Hayek primero había propuesto el artículo al *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, pero se negaron a publicarlo. Bruce Caldwell y Leonidas Montes, «Friedrich Hayek and His Visits to Chile», *Review of Austrian Economics* 28, n.º 3 (2015): p. 282. Además de Caldwell y Montes, ver, sobre Chile y los neoliberales, Andrew Farrant, Edward McPhail y Sebastian Berger, «Preventing the 'Abuses' of Democracy: Hayek, the 'Military Usurper' and Transitional Dictatorship in Chile?», *American Journal of Economics and Sociology* 71, n.º 3 (julio de 2012): pp. 513-538; Karin Fischer, «The Influence of Neoliberals in Chile before, during, and after Pinochet», en Mirowski y Plehwe, *The Road from Mont Pèlerin*, pp. 305-346. Para leer sobre la influencia de James Buchanan en la constitución chilena, ver Nancy MacLean, *Democracy in Chains: The Deep His- tory of the Radical Right's Stealth Plan for America*, Nueva York: Viking, 2017, cap. 10.

[812] Hayek, «Internationaler Rufmord», p. 45. En una entrevista concedida unos años más tarde retomó las críticas y se quejó del uso de la cuestión de los derechos humanos para intervenir en las políticas de otros países. «Los sudafricanos tienen que gestionar sus problemas —escribió— y la idea de que se pueda ejercer presión externa para cambiar a gente que, al fin y al cabo, ha construido cierta clase de civilización me parece una creencia de lo más dudosa en términos morales». «Nobel-Prize Winning Economist», entrevista de historia oral con F. A. Hayek, Oral History Program, UCLA, 1983, 439, https://archive.org/details/nobelprizewinnin00haye. Caldwell y Montes no se equivocan al afirmar que el énfasis que hace Hayek en ese artículo en «la importancia de seguir reglas generales» concuerda con el resto de su obra. Caldwell y Montes, «Friedrich Hayek and His Visits to Chile», p. 283.

[813] Wilhelm Röpke, «Kapitalismus und Imperialismus», *Zeitschrift für schweizerische Statistik und Volkswirtschaft*, n.º 3 (1934): p. 370.

[814] *Ibid.*, pp. 384-386.

[815] Röpke, «Südafrika in der Weltwirtschaft und Weltpolitik», p. 158.

[816] *Ibid.*, p. 156.

06

Un mundo de constituciones

«La importancia histórica del tratado de la
Comunidad Económica Europea radica en que relaciona
la internacionalidad del derecho y las instituciones políticas con la internacionalidad de las relaciones económicas.
En este sentido, el tratado de la CEE encarna una constitución económica».

ERNST-JOACHIM MESTMÄCKER, 1973

Europa es uno de los misterios del siglo neoliberal. Algunos académicos afirman que la Comunidad Económica Europea (CEE) fue un proyecto neoliberal desde el principio: que cuando Alemania Occidental, Francia, Italia y los países del Benelux ratificaron el Tratado de Roma en marzo de 1957, en realidad estaban firmando los proyectos federalistas ideados por Hayek en la década de 1930.[817] Otros replican que el propio Hayek se opuso a la federación europea tras 1945.[818] Si la CEE fue un «triunfo» neoliberal, ¿cómo entendemos el comentario de un observador que en 1962 afirmó que «los economistas de la llamada convicción neoliberal llevan mucho tiempo criticando los intentos de establecer una Comunidad Económica Europea»?[819] ¿Se produjo la integración europea gracias a la concepción neoliberal del continente o a pesar de ella?

Para resolver la paradoja hace falta tanto acercar el foco como alejarlo. Al observar de cerca el momento de la creación institucional de Europa, nos encontramos con que el Tratado de Roma dividió al grupo neoliberal en dos facciones. Por un lado estaba la generación más mayor de neoliberales de la

Escuela de Ginebra, a la que se ha calificado de universalista.[820] Por otro, un grupo de neoliberales más jóvenes a los que podemos llamar constitucionalistas. Al alejar la lente, vemos la importancia que tienen en la historia los imperios y el mundo. Los universalistas que se oponían a la CEE, como Wilhelm Röpke, Gottfried Haberler y Michael Heilperin, se mostraban fieles al anterior compromiso por una mayor escala de integración global que defendía la Sociedad de Naciones y más tarde el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT). Lo que resultaba particularmente irritante era el hecho de que en realidad el Tratado de Roma no creó «Europa», sino una versión de «Euráfrica». Como el acceso preferente al mercado europeo se extendía a los imperios francés, holandés y belga, al ser «Estados asociados», el 90 % del área territorial del Mercado Común se encontraba fuera de las fronteras de Europa.[821] Para los universalistas, Euráfrica parecía otro medio para desintegrar la economía mundial en nombre de la integración. La CEE era un coágulo del tamaño de Europa occidental —además de grandes partes de África— en la red de libre circulación de mercancías, y mantenía vivo el imperialismo y el proteccionismo en la supuesta era de la economía mundial liberal.

Los universalistas hicieron esfuerzos reales por apuntalar el GATT frente a la CEE. En 1958, Haberler corredactó un informe para el GATT que criticaba el naciente proteccionismo agrícola de la CEE y los subsidios agrícolas de los Estados Unidos. El llamado Informe Haberler se convirtió en un hito en la historia del GATT y más tarde de la Organización Mundial del Comercio (OMC), y le reportó socios inesperados en el sur global. Sin embargo, a pesar del celo de los universalistas, su globalismo adolecía de un defecto funesto: carecía de mecanismo alguno de aplicación. El objetivo de disminuir el nacionalismo económico era evidente, pero el salto al gobierno supranacional no tanto. Al depositar sus esperanzas en el GATT, los neoliberales mundiales de la primera generación depositaron su fe en una organización exánime.

Si bien había una facción de globalistas neoliberales que rechazaba el valor de la integración europea, existía otra que la veía como un puente que salvaba la brecha entre el diseño institucional y la implementación. En la década de 1960, los neoliberales más importantes —entre ellos, Hans von der Groeben, Ernst-Joachim Mestmäcker y Erich Hoppmann— concibieron el Tratado de Roma como una «constitución económica» y como la base para futuros modelos de gobernanza de múltiples niveles.[822] El derecho era fundamental para los neoliberales proeuropeos, muchos de los cuales eran abogados de formación en lugar de economistas. Aunque el debate de Hayek sobre la federación casi había desaparecido en sus textos de la posguerra, los constitucionalistas adaptaron sus textos de la década de 1960 sobre diseño constitucional para reimaginar el orden supranacional. Resulta irónico que el proyecto característico del neoliberalismo de la Escuela de Ginebra durante la posguerra germinara en el proyecto de integración europea al que se oponían los neoliberales más mayores. Al cambiar la constitución económica de la escala nacional a la de la federación supranacional y, más tarde, a la mundial, los constitucionalistas neoliberales sentaron las bases del derecho económico internacional que surgiría en la década de 1970 y contribuyeron a teorizar sobre una Europa integrada como modelo para la gobernanza económica mundial.

Los universalistas: los neoliberales en contra de Europa

Inmediatamente después de 1945, los neoliberales retomaron sus debates prebélicos sobre la federación internacional. En la primera reunión de la Sociedad Mont Pèlerin (SMP), en 1947, se dedicó un día entero al «problema y las posibilidades de la federación europea». Robbins marcó la pauta con su preocupación por que las «asociaciones económicas europeas puedan tener un efecto perturbador en la unidad del mundo occidental».[823] Como se recordará, casi todas las ideas federales de la década de 1930 se

fundamentaban en el ancla de la relación angloamericana como punto axial del mundo de Occidente. Los intelectuales neoliberales expresaron su temor a que la organización europea pudiera poner en peligro los lazos de la Comunidad Atlántica.[824] El problema fundamental era que las naciones no querían renunciar a la soberanía. En 1949, Haberler argumentó que «no habrá una unión europea ni ahora ni en nuestro tiempo» porque era «prácticamente imposible que países como el Reino Unido, Francia, Italia y Bélgica acordaran una política económica común».[825] Habló, en términos hipotéticos, de la posibilidad de unificación económica en una situación de «relativamente poca interferencia estatal en asuntos económicos, como ocurría antes de 1914», pero no veía medios prácticos para que se materializase. El sistema de las Naciones Unidas tenía una enérgica vocación *inter*nacional, más que supranacional, y se fundamentaba en el principio, celosamente custodiado, de la soberanía nacional.

Frente al sueño continental de integración europea, los universalistas se mantenían fieles a la visión global de la Sociedad de Naciones, que había concebido una política de puertas abiertas para el mundo. Aunque al final de la guerra la opinión general en la Sociedad había virado hacia políticas de pleno empleo y expansión keynesiana, en la mente de los neoliberales de la Escuela de Ginebra la Sociedad conservaba la promesa de un internacionalismo liberal saludable.[826] Catastróficamente, sin embargo, la condición previa para que la Sociedad prosperase fue siempre la buena voluntad y la cooperación voluntaria de los Estados implicados. Al carecer de medios para castigar las infracciones de los Estados miembros y para obligar a unirse a los no miembros, en la década de 1930 el experimento liberal había fracasado y, tras 1945, parecía condenado de nuevo. Muchos neoliberales que habían crecido en las décadas de 1920 y 1930 compartían el sentimiento de desilusión de Haberler para con la solución a gran escala que requeriría la rendición voluntaria de la soberanía por parte de países que no deseaban desprenderse de ella. Sobre todo teniendo en cuenta el

«paradójico fenómeno» según el cual el supuesto modelo de la libre empresa —los Estados Unidos— estaba pidiendo que los países desarrollaran planes multianuales para dispersar de manera consistente los fondos del Plan Marshall, Haberler no veía ningún camino que pudiera alejar a los Estados europeos de la planificación durante la posguerra.[827] Aunque los comienzos de la liberalización del mercado en Alemania Occidental, fundada en 1949, eran una plantilla encomiable, no había ningún acuerdo institucional que obligara a los demás países a seguir el ejemplo de Alemania. Como hemos visto en el capítulo 4, la mejor opción para una solución neoliberal se parecía al derecho mercantil transnacional del código de inversión y el tratado bilateral de inversión. La concentración en el derecho internacional privado protegería lo que he llamado los derechos *xénoi* de los inversores sin necesidad de acuerdos interestatales multilaterales de derecho internacional público.

El euroescéptico que habló con mayor franqueza en la década de 1950 fue el omnipresente Wilhelm Röpke, que contaba tanto con la simpatía de Ludwig Erhard, ministro de Economía de Alemania Occidental (y miembro de la SMP), como con un fácil acceso a la prensa por su faceta de intelectual público.[828] Röpke temía que la CEE fuera una extensión de la «solución en bloque» de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero creada en 1952, que protegía los productos del continente tras un muro arancelario compartido, al abrigo de la competencia extranjera y gestionados de manera colectiva por una burocracia supranacional. Opinaba que la versión «en bloque» de Europa no podía exigir que se la calificara como «integración». Reproducía exactamente los mismos síntomas de proteccionismo y control estatal que habían caracterizado la década de 1930. Lo que para Europa parecía integración perpetuaría la desintegración a escala mundial. Aquella disposición «transformaría la autarquía nacional en autarquía continental y reproduciría los viejos problemas a una escala geográfica mayor».[829]

Michael Heilperin expresó una opinión similar al evocar la conocida pesadilla del «aislamiento».[830] La Europa en bloque era una forma de perseguir el objetivo —fundamentalmente, ilegítimo— en materia de políticas encaminadas a protegerse de las presiones de la competencia mundial. Además, incurría en el fatídico error descrito por Hayek en la década de 1930: ponía en la diana a las autoridades económicas, a las que se percibía como fuente de injusticias. Erhard argumentó que era muy preferible «un sistema de orden que ejerciera lo que se podría describir como coerción anónima sobre el comportamiento de los Estados nación».[831] Al igual que con el modelo de federación neoliberal propuesto por Hayek y Robbins, en opinión de Erhard la esfera de intervención del Gobierno debía estar autolimitada debido a las políticas bloqueadas de libre comercio y migración libre. La propuesta de la CEE de que una Comisión ejerciera el liderazgo se plantearía como un blanco tanto de las reclamaciones como de los ruegos especiales de las partes afectadas.

Los universalistas no definían la integración como una visión de futuro, sino como el regreso a un orden anterior. Röpke escribió: «[Es] una verdad fundamental, además de sencilla e incontrovertible, que la tarea que tenemos por delante es, de hecho, una reintegración, es decir, la recreación de una condición más feliz de las relaciones económicas europeas que ya existía en el pasado y que las tormentas de la crisis mundial llevan destruyendo de manera progresiva desde 1931».[832] Era necesario reconstituir la economía mundial, que hasta 1914 había sido unitaria. Solo se podía hablar de integración para referirse a una forma de regresar a esa edad de oro perdida. La creencia universalista concordaba con la etimología de la propia palabra. El significado de la palabra latina *integratio* no es la creación de una entidad nueva, sino la restauración de algo perdido.[833] En 1949 Heilperin ofreció un argumento similar al de Röpke. Se oponía al hecho de que la «integración» fuera una «doctrina estadounidense» importada a Europa con el Plan Marshall. De hecho, funcionaba mucho

mejor en Europa que en los Estados Unidos, con su «tradicional apego a los aranceles».[834] Cuando los responsables políticos estadounidenses instan a la «Europa occidental a integrarse», están «devolviendo a los europeos algo que no es un mero concepto teórico, sino algo que debería traerles a la memoria el recuerdo de un pasado muy próspero».[835]

La mayoría de los primeros neoliberales habían nacido a principios del siglo XX, así que durante el periodo anterior a la Gran Guerra estaban en los últimos coletazos de la infancia y entrando en la adolescencia. A menudo expresaban en términos elegíacos su vínculo afectivo con aquella época. Röpke comenzó uno de sus libros identificándose como perteneciente a «la generación que en su juventud vio el resplandor del atardecer de ese largo y glorioso día soleado del mundo occidental, que duró desde el Congreso de Viena hasta agosto de 1914, y del que no pueden albergar una concepción adecuada quienes no han vivido más que en la actual noche ártica de la historia».[836] La integración económica mundial era un objetivo ideológico y, al mismo tiempo, un paraíso infantil.

Los neoliberales habían sido fundamentales para introducir el concepto de *integratio* en el discurso económico durante el periodo de entreguerras. Fritz Machlup ha demostrado que Röpke fue uno de los primeros economistas que en la década de 1930 escribió de manera sistemática sobre integración. Después de que Eli Heckscher y Bertil Ohlin, economistas suecos de la Escuela de Estocolmo, introdujeran la palabra «desintegración» en los debates económicos de la década de 1920 y principios de la de 1930, en su libro de 1942 Röpke empezó a trabajar en lo que se había perdido y era necesario restaurar.[837] Utilizó el término «desintegración» por primera vez en 1931 para describir el efecto de la «disolución de la estructura estable y orgánica de las relaciones económicas internacionales de la Gran Depresión, que se había desarrollado a lo largo de un siglo bajo el nombre de economía mundial».[838] Tanto él como Mises

emplearon el término en una publicación de 1938 del Instituto Universitario de Estudios Internacionales de Ginebra sobre «la crisis mundial».[839]

En los capítulos anteriores se ha explorado el discurso de integración de la Escuela de Ginebra, que percibía la economía mundial como una totalidad interdependiente supeditada a una serie de disposiciones institucionales que protegían la división del mundo doble de *imperium* y *dominium* del capitalismo y que facilitaban tanto la competencia como la división internacional del trabajo. Esa visión era muy diferente del sueño de un mercado autónomo o independiente que se les ha atribuido falsamente a los neoliberales. Por el contrario, asumía un espacio de comercio y pagos aprisionado por normas universales y sustentado por la cooperación interestatal. La elegancia arquitectónica y la consistencia interna de la concepción global neoliberal hacían que fuese difícil pensar en soluciones parciales u hogares de transición en el camino hacia la reintegración a nivel mundial. Sin embargo, como reconoció Heilperin, para la década de 1950 las «soluciones universalistas» parecían haber fracasado.[840] Heilperin renunció a impulsar el código de inversión internacional que había creado y aceptó la viabilidad de los tratados bilaterales de inversión, que se habían vuelto más efectivos. El escándalo de la Organización Internacional del Comercio, que tanto él como otros neoliberales consideraban que estaba contaminada por los politizados ruegos especiales de los países en vías de desarrollo, no dejaba más que lo que Röpke llamó el «modesto pero utilísimo» GATT, una organización relativamente débil plagada de excepciones (entre ellas, la agricultura) y cláusulas de exención.[841]

Los neoliberales euroescépticos apoyaron al GATT, a pesar de su aparente debilidad, al considerar que era la mejor arma para atacar a la nueva CEE. En esencia, el GATT era el heredero institucional del modelo liberal de economía mundial liderado en Ginebra, que se fundamentaba en el principio decimonónico según el cual la «nación más favorecida» extendía a todos los firmantes del tratado la distensión recíproca de las

barreras comerciales. El principal artífice del GATT, James Meade, había participado de manera activa en la Sociedad y a finales de la década de 1930 se había encargado de la elaboración de su *World Economic Survey* (Encuesta económica mundial).[842] Röpke abogaba por el GATT frente a las instituciones europeas que en 1958 estaban dominadas por Francia, y decía que el «método del mercado común del carbón y del acero para integrar Europa […] precisa un orden político supranacional». «¿Por qué no dejarlo en manos del GATT? —preguntó—. O, si el GATT carece de la eficacia suficiente, ¿por qué no reforzarlo?».[843] Erhard hablaba en nombre de «la economía» como tal al fomentar la superioridad del GATT y decir que «los errores y los pecados contra la economía no se solucionan por proclamarlos europeos».[844]

Para Röpke, la única forma de integración que podía ser digna de ese nombre se inspiraba en lo que llamó la «solución núcleo». La Europa nuclear no protegería sus productos del mundo exterior, sino que crearía una zona de libre comercio y, más adelante, una «comunidad de pagos» o unión monetaria común que se iría expandiendo con el tiempo, absorbiendo a otros países en un territorio cada vez mayor de especialización y competencia de libre mercado. Esa forma de integración «puede empezar en Europa», pero «prepara una transición hacia una integración económica mundial universal».[845] Frente a la CEE, Röpke y Erhard abogaban por un Área Europea de Libre Comercio (AELC) que comprendería el Reino Unido, Suiza, Austria, Portugal y los países escandinavos.[846] El fracaso del modelo de la AELC para vencer al concepto de la CEE suponía, escribió Röpke en la *National Review*, que «la liberación económica […] se tenía que procurar cavando un foso contra el exterior».[847]

Hans von der Groeben solo exageró un poco cuando escribió, en retrospectiva, que «los "universalistas" veían cada estructura regional como una desviación del camino de la justicia».[848] Afirmó que describían la lucha por la integración europea en términos maniqueos y que tachaban de

malvados a quienes abogaban por la CEE. Röpke, con la retórica incendiaria que lo caracterizaba, instó a que «la economía de mercado» no fuera «sacrificada en el altar de "Europa"» y advirtió de que «lo que se suponía que era mortero podía terminar siendo dinamita».[849] Heilperin evocó las batallas fundacionales modernas de la economía política del siglo XIX. «Enterrada durante numerosas décadas en cajones intelectuales y políticos —escribió—, la controversia entre el libre comercio y la protección vuelve a ser, por increíble que resulte, un tema de primera plana».[850] Dada esa alternativa, los universalistas se pusieron, como es natural, del lado del libre comercio, que, según afirmó Heilperin en los términos del dogma liberal clásico, «se ajusta a la naturaleza de las cosas y a la distribución mundial de los recursos y de los hombres».[851] Alemania Occidental, bajo el ministro de Economía Erhard, representaba el polo del libre comercio, mientras que su principal antagonista era Francia. En un artículo publicado en *Fortune*, Heilperin, valiéndose de un término cargado de implicaciones políticas, denunció la elección francesa de la «segregación», que perjudicaba al «conjunto de consumidores franceses, que son los grandes perdedores de la economía de Francia, fundamentalmente rica y de una cobardía vergonzosa».[852]

El primero del núcleo duro de los neoliberales que se desvió de la oposición a la integración económica europea no fue Röpke —que seguía oponiéndose con firmeza—, sino Alfred Müller-Armack, un empleado del ministerio de Erhard. Müller-Armack, que había nacido en 1901, fue contemporáneo de la primera generación de neoliberales. Fue miembro del partido nazi desde 1933, y desde 1940 era catedrático de Economía en la Universidad de Münster, donde dirigía investigaciones sobre construcción, asentamiento y producción textil.[853] Algunos de los estudios que desarrolló durante la guerra abordaban la versión del Tercer Reich de la integración europea en la búsqueda de soluciones económicas para el imperio nazi en Europa del Este.[854] Müller-Armack conoció a Erhard a

principios de la década de 1940, ya que el futuro ministro de Economía y canciller también estaba investigando la industria textil bajo el gobierno de Hitler.[855] Ambos mantuvieron el trato después de la guerra. Junto con la Escuela de Friburgo de Walter Eucken y Franz Böhm, ayudaron a definir la postura neoliberal alemana fundamental. En 1950, Müller-Armack entró como profesor en la Universidad de Colonia, y en 1952 asumió el cargo de líder del departamento de políticas del Ministerio de Economía de Erhard.

A diferencia de Röpke y Haberler, cuyo purismo quedaba parapetado por sus puestos académicos, el papel activo de Müller-Armack en la política y la administración le hizo cobrar una conciencia mayor de la necesidad de encontrar soluciones viables y puntos en común con oponentes ideológicos.[856] Uno de esos logros fue el perdurable éxito de acuñar el término «economía social de mercado», que combinaba los principios del libre mercado con la atención al bienestar y las preocupaciones de los trabajadores de una manera que con el tiempo molestaría a otros neoliberales. Sin embargo, Müller-Armack había elegido el término precisamente por su función «conciliadora» y mediadora.[857] Al escribir en 1957 sobre las perspectivas de integración europea, Müller-Armack adoptó una posición pragmática similar. Aunque adoraba la era anterior a 1914, que veía como un «modelo» de integración económica mundial, señaló que las condiciones habían cambiado y que las instituciones debían adaptarse a ellas. El GATT era una opción, pero su «lentitud organizativa» demostraba que «los acuerdos que eran complicados y exigentes desde el punto de vista organizativo no tienen éxito más que en círculos limitados».[858] Aunque estuviera orientada a las «organizaciones mundiales», argumentó, la integración se produciría únicamente «por iniciativa de un pequeño círculo europeo».[859]

En 1957, Müller-Armack podía hablar ya por experiencia propia. En mayo de 1955 había ayudado a conciliar puntos de vista opuestos dentro del gabinete alemán al convocar a los directores a una reunión en su casa de

veraneo.[860] En esa reunión, Erhard había dado su aprobación al proyecto de integración europea encabezado por el canciller Konrad Adenauer y su Ministerio de Asuntos Exteriores. Müller-Armack y Erhard también lograron apartarse del modelo de la Comunidad del Carbón y del Acero y acercarse a uno que pudiera proteger la «competencia sin distorsiones» y priorizar las «cuatro libertades» de mercancías, capitales, servicios y trabajadores.[861] El concepto de mercado común competitivo se había elaborado con antelación en el Ministerio de Economía, y su responsable, en parte, era el abogado von der Groeben, que desde 1952 había dirigido el Departamento del Plan Schuman del Ministerio de Economía.[862] Tras la reunión de delegados de los seis firmantes celebrada en Messina en junio de 1955, el ministro belga de Asuntos Exteriores, Paul-Henri Spaak, encargó a von der Groeben y a Pierre Uri que redactaran un tratado —el llamado Informe Spaak—, que se convirtió en la base de la negociación iniciada en la primavera de 1956.[863] En las negociaciones, Von der Groeben fue nombrado presidente del comité sobre el Mercado Común, y a Müller-Armack lo hicieron miembro.[864]

Después de un año de negociaciones en París y Bruselas, el tratado se firmó en Roma en marzo de 1957. Los niños se apostaron en los arcenes de las carreteras con banderines de los seis países firmantes. Los carteles de los quioscos que había en las calles romanas mostraban a seis campesinas bailando en círculos y vestidas con blusas decoradas con los colores nacionales, presagiando la centralidad de la agricultura europea de los años venideros.[865] El tratado en sí era el producto de meses de negociación y de acuerdos. Desde cierta perspectiva, parecía una victoria neoliberal. En el texto quedaban consagradas las cuatro libertades junto con un acuerdo de competencia sin distorsiones.[866] Desde otra perspectiva, el éxito era más dudoso. No existían mecanismos para hacer cumplir las leyes de la competencia que regularan los monopolios y los consorcios, y las propias disposiciones llevaban el sello de concesiones significativas a los

negociadores franceses.[867] Cuando se abordaron los problemas no resueltos de la agricultura por medio de la Política Agrícola Común (PAC) aprobada en 1962, esta incluía medidas para nada neoliberales como «precios establecidos desde la política, así como impuestos variables a la importación y ayudas a la exportación para los productos principales».[868] Röpke, que nunca suavizaba los golpes, se refirió a la PAC como «el sistema más grotesco de fijación de precios, ayudas y acuerdos de compra artificiales que jamás se haya creado en una economía industrial moderna».[869] El efecto que tuvo la PAC fue «exacerbar los problemas identificados por Haberler» en 1958.[870] El Tratado de Roma, y la CEE surgida de aquel, era un artefacto híbrido de acuerdos y estaba lejos de ser el evidente «triunfo neoliberal […] sobre los restos del intervencionismo francés» que declaran algunos académicos.[871]

Una de las mayores divergencias con los principios neoliberales fue la cuestión de los imperios. La cuarta parte del Tratado de Roma hablaba sobre los eufemísticamente titulados «países y territorios no europeos que mantienen relaciones especiales con Bélgica, Francia, Italia y los Países Bajos» (artículo 131). Von der Groeben y Uri no habían recogido la cuestión de las colonias en el Informe Spaak, pero los franceses exigieron que se incluyera para firmar el Tratado.[872] Como resultado, el Mercado Común, como afirma un estudio reciente, constituía «una esfera territorial que se extendía desde el Báltico hasta el Congo».[873] De manera específica, el tratado garantizaba el acceso al mercado sin aranceles para los productos de las dieciocho colonias africanas de los imperios francés, belga, holandés e italiano por un periodo inicial de cinco años, y también otorgaba el derecho a la protección de la industria naciente (artículo 133). Que el Mercado Común tuviera un arancel externo común para los productores externos suponía que los productos tropicales de las colonias disfrutarían de una ventaja significativa con respecto de los competidores ajenos a los imperios europeos, especialmente los productores de América Latina, que

siempre habían disfrutado de un comercio sólido con Europa occidental y, sobre todo, Alemania occidental.

Para Müller-Armack, los imperios no eran una nota a pie de página: dedicó un capítulo entero de sus memorias al asunto de los territorios asociados. Contó que los negociadores franceses y belgas habían planteado la asociación como una condición «sorpresa» para ratificar el tratado el último día de las negociaciones, lo que provocó que se estuviera negociando sobre aranceles para productos individuales hasta altas horas de la madrugada. Müller-Armack se concentró en la cuestión de las bananas en la «turbulenta sesión nocturna […], oponiendo resistencia hasta el final» a la propuesta de que a las bananas de fuera del Mercado Común se les impusiera un arancel del 20 %, lo que suponía un mecanismo de protección por parte de los italianos de su cultivo de banana somalí colonial. Según los informes, Adenauer se puso de parte de Müller-Armack y retrasó la conclusión de las negociaciones para protestar por el tema.[874] Incluso después de que las negociaciones hubieran terminado en sentido estricto, Müller-Armack tuvo la oportunidad de redactar con Robert Marjolin un último protocolo que se incluyó como anexo en la versión final. El llamado Protocolo de la Banana, completado entre las negociaciones finales en París y la firma del tratado en Roma, abrió una grieta en el muro arancelario del Mercado Común al garantizar el acceso renovable de Alemania Occidental a bananas libres de impuestos provenientes de los productores africanos protegidos de los imperios europeos y los territorios franceses de ultramar en el Caribe.[875]

Las bananas se convirtieron para Müller-Armack en una batalla ideológica. «Quizá desde fuera todo esto parezca gracioso —escribió—, pero queríamos enfatizar que creíamos en una política económica que no discriminase seriamente a los demás países en vías de desarrollo que exportaran bananas».[876] Los temores neoliberales sobre el pensamiento en bloque parecían materializarse más en las colonias. En 1958, Röpke

observó que era absurdo que, «para mayor gloria del Mercado Común», se encarecieran con aranceles protectores el café y las bananas procedentes de Brasil, Guatemala y Costa Rica. «No se puede culpar a esos países, que tanta discriminación sufren —escribió— de tratar de protegerse apelando al GATT».[877] El propio Müller-Armack argumentó que los países excluidos tenían todo el derecho de apelar al GATT en contra de las condiciones del Tratado de Roma.[878] Los universalistas se aferraban a la agricultura y a Euráfrica para arremeter ante el GATT contra la integración europea. La cuestión de las bananas, el café y el cacao no era para nada trivial, sino que inició décadas de lucha para los neoliberales de la Escuela de Ginebra en contra de lo que veían como la persistencia de los imperios en el sistema comercial mundial liberal. Las famosas «guerras bananeras» de principios del siglo XXI comenzaron con una pelea acerca del Tratado de Roma.[879] El problema era el mismo: ¿se habían visto desplazados los imperios por la economía mundial liberal? ¿O la historia colonial debía seguir influyendo en las relaciones económicas mundiales?

Gatt contra Euráfrica: el informe Haberler de 1958

A menudo se pasa por alto el contexto extraeuropeo para la creación de Europa.[880] Según la propia explicación de von der Groeben, la implicación de Francia en un conflicto anticolonial en Argelia predispuso al país a aceptar más la presión de Alemania Occidental para apartarse de enfoques de «planificación» más centrados en el Estado.[881] Adenauer también se ganó el favor de los franceses con su firme apoyo a la intervención militar de las antiguas potencias imperiales de Francia y el Reino Unido durante la crisis de Suez de 1956.[882] Pese a que Müller-Armack contemplaba la intervención de Suez como una «locura política», reconoció que la reconciliación francoalemana, en un momento compartido de defensa europea en contra del poder geopolítico de los Estados Unidos, ayudó a

hacer avanzar las negociaciones durante una fase crítica.[883] Cierto observador francés bromeó más tarde diciendo que habría que levantar una estatua al líder egipcio Gamal Abdel Nasser en calidad de «federador de Europa», por haber nacionalizado el canal y propiciado las condiciones para que estrecharan lazos las potencias de mayor tamaño de Europa occidental.[884]

Para Röpke, la crisis de Suez supuso la oportunidad de reflexionar sobre la diferencia entre el mundo antiguo y el nuevo. Señaló que en el siglo XIX el Canal de Suez no había sido «un problema no resuelto de la economía mundial». Su estabilidad estaba asegurada por un tratado de derecho internacional suscrito por las «convicciones y principios del mundo civilizado […] protegidos por la supremacía del Reino Unido». Tras el debilitamiento de la indiscutible posición «fiduciaria» de las potencias imperiales, las organizaciones internacionales eran meras sustitutas imperfectas. «La constitución de una Autoridad Internacional del Canal de Suez correspondería a los nuevos principios del orden internacional —escribió Röpke con ironía—, pero ¿cómo se supone que va a ocurrir eso? ¿Quién se opondrá a la fuerza volcánica del nacionalismo, que acaba de entrar en erupción?».[885] Los Estados Unidos no eran socios fiables. Röpke criticaba al país por haber «caído en los brazos de un déspota oriental de lo más irresponsable» durante la crisis de Suez.[886] Aunque, como se ha señalado en la conclusión del capítulo 5, en la década de 1930 Röpke había combinado su liberalismo con el antiimperialismo, delataba nostalgia por los imperios en una época de multilateralismo y autoridad difusa.[887]

El tono quejumbroso de Röpke trasluce la impotencia que sentían los universalistas a finales de la década de 1950. Estaban sitiados por lo que consideraban una integración europea proteccionista a un lado del Atlántico y, al otro, por un guardián del orden económico mundial que no inspiraba mucha confianza y por una ONU que no dejaba de acoger a países del sur que rompían las normas del siglo XIX con sus exigencias de soberanía sobre los recursos nacionales y la redistribución mundial. Como se ha visto en el

capítulo 4, los neoliberales interpretaron la crisis de Suez y otras nacionalizaciones como señales de una pérdida de la tan importante división entre el *imperium* del gobierno y el *dominium* de la propiedad privada. Los neoliberales no tenían claro qué sustitutos institucionales de los imperios merecían su lealtad. En el caso de Europa, quien adoptó la postura más coordinada fue Gottfried Haberler, mediante la organización del GATT.

Como ya se ha sugerido en el caso de Müller-Armack, los neoliberales criticaron de manera particular la asociación de los Estados africanos con la CEE, que colectivizó las características y obligaciones del colonialismo francés al extender el acceso preferente a las importaciones agrícolas y cofinanciar un Fondo Europeo de Desarrollo. Para Erhard, el compromiso con Euráfrica se limitaba a «europeizar los costes de los imperios» y a amenazar con recrear bloques proteccionistas que tenían escasa utilidad para Alemania Occidental, que no compraba más que una fracción de sus importaciones a la África occidental y central colonial.[888] Después de verse obligados a aceptar la reconstrucción de los muros arancelarios agrícolas en torno a las fronteras de los seis países firmantes del Tratado, los neoliberales tuvieron que aceptar la extensión de aquellos muros hacia el sur, hasta el otro lado del Mediterráneo y el interior de África.

Aunque se conoce poco hoy en día, el concepto de Euráfrica gozó de amplia difusión en los años anteriores a la década de 1960, cuando la descolonización formal se fue extendiendo por África. El término estaba revestido de un significado diferente en cada país. En Francia, las concepciones de *Eurafrique* tenían que ver con preservar el imperio y profundizar en él, pero quizá también con transformarlo. El diputado senegalés Léopold Senghor apoyaba a *Eurafrique*, junto con otros delegados de diputados del bloque Indépendents d’Outre Mer de la Asamblea Nacional.[889] Les parecía una forma de conservar un medio para expresar exigencias a Francia como derechos «de manera vertical», al

tiempo que creaban conexiones con otros africanos «de manera horizontal».[890] Senghor también creía que podía ser una vía para hacer llegar la socialdemocracia a África con un nuevo espíritu de «reciprocidad cultural».[891] Durante las negociaciones de la CEE, Félix Houphouët-Boigny, el líder de Costa de Marfil, viajó a Bruselas para pedir a los delegados nacionales que aprobaran la asociación de las colonias africanas. Según recuerda Müller-Armack, el poder de su persuasiva defensa contribuyó en gran medida a garantizar la aprobación de la ayuda financiera a las colonias francesas como parte del Tratado de Roma.[892]

Por el contrario, la perspectiva sobre *Eurafrique* de Guy Mollet, primer ministro francés, era paternalista. En 1957 afirmó que «se apelará a Europa entera para contribuir al desarrollo de África».[893] La formulación de Mollet recordaba a la de Richard Coudenhove-Kalergi, fundador del Movimiento Paneuropeo, que había acuñado el término *Eurafrique* en 1929 y planteaba que el proyecto común de crear tierras de cultivo y curar enfermedades en África uniría a las potencias europeas.[894] Esa perspectiva de *Eurafrique* recogía con mayor claridad el espíritu de la Conferencia de Berlín de 1884-1885, cuando las colonias europeas expresaron su unidad en el proyecto común de suprimir la esclavitud y llevar a África el libre comercio, en lo que Carl Schmitt llama la «última apropiación de tierras comunes de suelo no europeo por parte de las potencias europeas».[895]

Entendido en aquellos términos, y pese a combinarlos en una única palabra, en realidad Euráfrica exageraba la brecha que había entre los dos continentes. El proceso de materialización del proyecto reflejaba la constante asimetría del equilibrio de poder. Aunque Senghor exigiera que «no se puede crear *Eurafrique* sin el consentimiento de los africanos», la presencia de Houphoët-Boigny era la excepción que confirma la regla. Las negociaciones del Tratado de Roma y el debate al respecto que tuvo lugar en 1957 en la Asamblea Nacional francesa se desarrollaron, por lo demás, sin la presencia o participación de delegados africanos.[896]

Para los alemanes, *Eurafrika* estaba ligada al pensamiento geopolítico de la época nazi y sus ideas de espacio económico territorial de suma cero.[897] En la República Federal, *Eurafrika* se veía como un medio para que los franceses sostuvieran su imperio colonial. Como afirmó en 1960 Ferdinand Fried, columnista conservador y exportavoz nazi, «[l]a visión de *Eurafrika* emerge en el horizonte, y los franceses han mantenido su antiguo legado colonial vivo, con elegancia, en una nueva era».[898] En la imaginación popular, Alemania recibió presiones sobre *Eurafrika* como parte del paquete europeo, una concesión que aceptaron en aras de la integración y bajo la presión de los Estados Unidos. Junto con los holandeses, que eran de la misma opinión, los líderes liberales alemanes —sobre todo, Erhard— siguieron esperando que Euráfrica supusiera una transición hacia una economía mundial abierta. Con ese fin, presionaron para que se establecieran cláusulas que limitaran la duración de las ayudas y se fijaran fechas para la transición de las exportaciones africanas a los precios de mercado, aunque esas fechas se fueron aplazando cada vez más con el paso de los años.

Por su parte, la administración de Eisenhower aceptó Euráfrica porque era un medio conveniente para seguir prometiendo la descolonización sin tomar medidas concretas para materializarla.[899] A pesar del liberalismo que profesaban, para los Estados Unidos la máxima prioridad era un acuerdo entre Francia y Alemania occidental, con independencia de la forma que adoptara, e incluso se mostraron dispuestos a tolerar el proteccionismo agrícola si era necesario. En Europa, la protección de la agricultura siguió siendo hasta la década de 1990 «la desviación más importante de las políticas económicas y comerciales [europeas] orientadas en gran medida al mercado», que obligaba a los «agricultores a vivir de subsidios estatales», como afirma cierta monografía. [900] Por irónico que resulte, la primera victoria política significativa del orden estadounidense de la posguerra, que supuestamente era anticolonial y defendía el libre

comercio, fue un espacio económico protegido que tenía la forma exacta de los imperios europeos.

El ejemplo de la agricultura muestra que el derecho de quien ostenta la hegemonía es el de romper las normas. Mientras los Estados Unidos subvencionaban la agricultura al tiempo que predicaban el libre comercio, la PAC creó una Europa proteccionista aunque estuviera empezando a presionar a los Estados miembros de la CEE para que iniciaran la transición de sus exportaciones a los precios del mercado mundial.[901] Djeme Momar Gueye, embajador senegalés en Bruselas, señaló la hipocresía de la CEE, que presionaba a los «Estados miembros para que liberalicen su producción en nombre del liberalismo económico mientras ellos protegen su producción agrícola a plena luz del día».[902] El debate sobre el libre comercio sirvió para consolidar la unión aduanera entre los seis países firmantes, pero, en el caso de la agricultura, los principios liberales se detenían en las fronteras de la CEE, es decir, en el extremo sur de Madagascar.

El conflicto entre Europa, Euráfrica y la economía mundial tenía que ver con la universalidad de las leyes de organización económica. En 1961, Walter Hallstein, el presidente de la Comisión Europea, defendió *Eurafrika* refiriéndose tanto a la importancia de la historia como a la diferencia fundamental de África. Primero afirmó que no tendría sentido ignorar los lazos que subsistían del periodo colonial «por el bien de una política cosmopolita, indiscriminada, humanitaria y desenfocada». No solo existían obligaciones, sino que las leyes occidentales no tenían ninguna relevancia. Utilizando una metáfora tomada de la física, dijo que «en nuestra relación con los países en vías de desarrollo nos estamos adentrando, por así decirlo, en un espacio nuevo que tiene sus propias dimensiones y en el que ya no resulta del todo aplicable nuestra geometría euclidiana».[903] La refutación de los neoliberales euroescépticos consistía en afirmar que sí aplicaban las mismas leyes y que la era moderna requería igualdad en forma de Estado

nación autodeterminado en términos económicos. El Ministerio de Economía de Alemania Occidental, liderado por Erhard, escribió en 1961 que los nuevos Estados de África debían «alcanzar también una auténtica independencia económica».[904] En contraste con la particularidad de la CEE, los neoliberales defendían la comunidad universal del GATT.

A finales de la década de 1950, los neoliberales hallaron en el sur global unos insólitos socios en su crítica a la integración europea. Desde el principio, los que más abiertamente criticaron a la CEE fueron agentes de Asia, Latinoamérica y los Estados no miembros de África. El foro del que se valieron para expresar sus críticas fue el GATT: en la organización con sede en Ginebra, los llamados Estados «extranjeros» de los países en vías de desarrollo elaboraron una lista de 132 preguntas de sondeo sobre la naturaleza de la nueva política económica que se distribuyó entre los países de la CEE.[905] En el extremo de la horquilla, en la primera Afro-Asian Solidarity Conference (Conferencia de Solidaridad Afroasiática), celebrada a finales de 1957 en El Cairo, se dijo que el Mercado Común Europeo convertía a las colonias en «propiedades de seis países europeos» y «estrangulaba las aspiraciones del pueblo a la independencia de la dominación colonial».[906] Euráfrica fue blanco de críticas más moderadas por parte de los economistas latinoamericanos de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina (CEPAL) y del gobierno de la India. Se quejaban de que incluso aunque el acuerdo regional de la CEE coincidiese con la letra de la normativa del GATT, el proteccionismo del Tratado de Roma contradecía su espíritu liberal.[907] Como los Estados Unidos no estaban dispuestos a provocar a la alianza francoalemana, que se volvió aún más endeble con la firme oposición de Charles De Gaulle a que el Reino Unido ingresara en la CEE, y tampoco querían poner el foco sobre sus extensas prácticas de ayudas agrícolas, los países en vías de desarrollo agraviados encontraron aliados tácticos en los neoliberales austriacos y alemanes.

Las protestas sobre Euráfrica de los países en vías de desarrollo que se produjeron en 1957 cristalizaron una preocupación mayor sobre la caída mundial de los precios de los productos básicos tras el final de la Guerra de Corea. Una sesión de revisión celebrada en 1954 llevó al secretario ejecutivo del GATT, en noviembre de 1957, a convocar un comité dirigido por Haberler para que investigara.[908] El Informe Haberler se suele identificar como un punto de inflexión importante en la historia tanto del GATT como ahora de la OMC.[909] Según le dijo a Haberler el secretario a su cargo en enero de 1958, el informe debía abordar tres cuestiones relacionadas con los países en vías de desarrollo: la primera, la susceptibilidad de los países menos desarrollados a las fluctuaciones en el mercado mundial de los precios de los productos básicos; la segunda, la disparidad en el crecimiento del comercio internacional de los países más y menos desarrollados, y la tercera, «quizás el problema mayor de todos», la persistencia del proteccionismo agrícola en los países desarrollados.[910] Aunque el estudio pretendía abordar las preocupaciones de los países en vías de desarrollo, solo estarían abiertas a las críticas las políticas de los países industrializados.

La elección de Haberler para que liderase el equipo no fue ninguna sorpresa. Llevaba en la Universidad de Harvard desde la década de 1930 y era un destacado experto en comercio internacional y presidente de la Oficina Nacional de Investigación Económica (NBER). El equipo, compuesto por cuatro personas, se terminó ampliando. Entre los nuevos miembros se encontraban otros dos expertos y activos economistas de la Sociedad: Meade, uno de los artífices del GATT, que también había desempeñado un papel fundamental en la formulación de las políticas británicas de pleno empleo de la posguerra, y Jan Tinbergen, el economista holandés que, estando en la Sociedad, había creado el primer modelo estadístico macroeconómico de una economía nacional. Se les unió Roberto Campos, economista brasileño que había sido uno de los delegados de su

país en Bretton Woods y que era también el jefe del Banco de Desarrollo de Brasil, cuyas políticas favorables a los Estados Unidos le habían valido el apodo de «Bob Fields».[911] Hans Staehle, otro execonomista de la Sociedad, había ayudado a formar el grupo. Staehle estaba especializado en econometría, había sido director de investigación económica en la Sociedad, redactado informes para la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en Ginebra en la década de 1930 y también asesorado a Tinbergen en la elaboración del primer volumen de la Sociedad sobre comercio internacional.[912] Mientras estaba trabajando para el GATT en la década de 1950, Staehle mantuvo correspondencia con Haberler sobre la formación del equipo. Ambos estaban de acuerdo en la composición que debía tener el comité. Haberler expresó su alivio, por ejemplo, por que se hubiera elegido a Campos en lugar de a Raúl Prebisch, de la CEPAL, porque este último defendía la liberalización del comercio agrícola, pero era asimismo un firme defensor de la protección industrial.[913] Haberler llegó incluso a sugerir a Peter T. Bauer, también miembro de la SMP, que era el crítico más acérrimo tanto de la industrialización del tercer mundo como de la ayuda exterior.[914] Como probablemente se dio cuenta de que aquello era ir demasiado lejos, propuso a Meade como candidato intermedio.[915]

Haberler no pretendía que se utilizara su informe para dar apoyo a proyectos que persiguieran alcanzar la igualdad económica. Afirmó de manera explícita no estar contento con la referencia al «aumento de la brecha salarial» que recogía el resumen del informe y criticó aún más el concepto de una tasa de desarrollo «deseable».[916] Escribió que «lo más seguro es que no se pueda expresar con tanta franqueza», pero «los países subdesarrollados tienen la costumbre de culpar por sus propias políticas al comercio exterior y a los países en vías de desarrollo».[917] También agregó que «algunos otros miembros del comité no estarán de acuerdo», pensando probablemente en Tinbergen y Meade, que sostenían opiniones cercanas a los principios keynesianos a los que se oponía Haberler, que seguía siendo

un firme defensor de la estabilidad por encima del crecimiento y del pleno empleo. En sus escritos de la década de 1930 a la de 1980, Haberler insistió en que la economía mundial abierta era importante para disciplinar el gasto social potencialmente inflacionario y los proyectos precipitados de industrialización, y nunca se olvidó de los problemas potenciales de los países en vías de desarrollo.[918] En la década de 1990, Paul Samuelson recordó que en los años cincuenta y sesenta Haberler había sido una «voz minoritaria» en la defensa de las «disciplinas del mercado» frente a la sustitución de importaciones y el desarrollo impulsado por el Estado.[919]

El Informe Haberler, publicado en octubre de 1958, podría haberse escrito en Ginebra veinticinco años antes. Lejos de defender que la liberalización entorpecía el desarrollo, concluía que esta no había tenido el alcance suficiente. Los blancos específicos de la crítica eran los países industrializados. Señalaba a la CEE, que había entrado en vigor formalmente el 1 de enero de 1958, apenas unos meses antes, por extender el proteccionismo agrícola a los territorios asociados, lo que «daría lugar a la discriminación de otros países extranjeros en África y en otros lugares».[920] Además de criticar la recién fundada CEE, el informe arremetía contra las ayudas agrícolas, que estaban especialmente extendidas en los Estados Unidos. Aquello provocó que la Reserva Federal y el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos rebatieran el informe con mordacidad.[921] Europa, por encima de todo, se planteaba como una causa instrumental. «Si la CEE se convirtiera en un instrumento para desviar el comercio y ejercer un mayor proteccionismo sobre la agricultura u otros productos externos —advirtieron los autores del informe—, podría ser la señal de un aumento de acuerdos discriminatorios indeseables de carácter protector que desviaran el comercio».[922] Los países en vías de desarrollo ya sostenían «la opinión de que las normas y convenciones que se aplican actualmente a la política comercial y al comercio internacional muestran una falta de

equilibrio desfavorable para sus intereses».[923] Institucionalizar Euráfrica transmitiría el mensaje de que las normas existían para infringirlas.

Wyndham White, secretario ejecutivo del GATT, le dijo a Haberler que el informe había cosechado un «éxito bárbaro» y «había tenido consecuencias decisivas en los debates aquí en el GATT».[924] «Pocas veces antes había recibido un informe económico una acogida tan calurosa y una aclamación tan grande», escribió la oficina europea del GATT.[925] Al hablar de la «cobertura en la prensa británica, que había sido muy considerable», Staehle la calificó como un «éxito rotundo».[926] El informe había tenido un éxito especialmente reseñable en el grupo que Haberler confiaba en disciplinar: los países en vías de desarrollo. En mayo de 1959, quince países africanos, asiáticos, caribeños y latinoamericanos —entre los que se encontraban líderes del Movimiento de Países No Alineados (Birmania, Ghana, Malaya, India e Indonesia)— publicaron una nota sobre la «expansión del comercio internacional».

Según su interpretación, el Informe Haberler había concluido que el «comercio de exportación de los países menos desarrollados tendía a expandirse con menor rapidez que el comercio de los países altamente industrializados», lo que significaba que «muy pronto debían tomarse medidas especiales para ayudar al comercio de los países menos desarrollados tanto en el ámbito de los productos primarios como en el de los productos manufacturados».[927] Ghana e Indonesia, junto con Brasil y el Reino Unido, utilizaron el Informe Haberler frente al modelo eurafricano de preferencia. En la década de 1990, la OMC se fue metiendo precisamente en este tema, cuando los Estados Unidos presentaron demandas contra la Convención de Lomé, descendiente del concepto económico original de Euráfrica.[928] En la imaginación popular, el caso se entiende como un ejemplo de intereses corporativos estadounidenses particulares oculto en el lenguaje universalista del libre mercado.[929] En la década de 2000 plantearía un gran desafío para el modelo neoliberalista de

la Escuela de Ginebra. Por lo tanto, resulta aún más sorprendente ver que los primeros países poscoloniales, como Ghana, Indonesia e India, utilizaban precisamente el lenguaje del libre comercio valiéndose del Informe Haberler, que citaban para señalar que los acuerdos comerciales preferentes de la CEE «desviarían el comercio en lugar de contribuir a crearlo».[930]

Contrariamente al cliché que se oía con frecuencia de que las exigencias del tercer mundo eran iguales a las proteccionistas exigencias de aranceles, en realidad esos países en vías de desarrollo estaban utilizando el Informe Haberler para *oponerse* al proteccionismo y reivindicar un comercio *más libre*. Su lista de «graves obstáculos» recogía todas las pesadillas del libre comerciante: «cuotas protectoras, ayudas y sistemas de apoyo directo a los precios», así como restricciones cuantitativas. En otras palabras, lo que hacían no era exigir el derecho a no participar en la libre economía mundial por medio de barreras que protegieran la «industria naciente», sino pedir al GATT —y, por extensión, el mundo industrializado— que cumpliera con sus propios principios de libre comercio. Giuliano Garavini recuerda que en la década de 1960 los franceses se quejaban de que «la doctrina liberal había seducido» a los delegados de los países subdesarrollados.[931] La exigencia de desarrollo y las críticas tanto a Europa como a Euráfrica se estaban formulando mediante el lenguaje de la economía mundial abierta.[932]

Los académicos a menudo afirman de una forma demasiado general que los países del sur global eran partidarios de la ideología de la teoría de la dependencia, que supuestamente privilegia la protección de la industria naciente por encima de todo lo demás con el fin de diversificar la economía.[933] De acuerdo con ese discurso, las excepciones eran aquellos países que tenían vínculos especialmente estrechos con los Estados Unidos —Japón, Taiwán y Corea del Sur—, cuyos modelos de industrialización orientados a la exportación se solía considerar que prefiguraban la dirección que seguiría el desarrollo cuando el tercer mundo abandonase aquellos delirios

motivados por la teoría de la dependencia.[934] Al analizar las reacciones al Informe Haberler, se aprecia que la verdad no es ni tan blanca ni tan negra. De hecho, los países en vías de desarrollo defendían al mismo tiempo la protección y la liberalización. Su política era la de «ambas cosas» en lugar de la de «una u otra». No se trataba de elegir entre un imaginario proteccionista o uno de libre comercio, en el que los países en vías de desarrollo se erigiesen en atávicos defensores del mundo fallido de la década de 1930, sino de que los países más débiles emplearan todas las herramientas que estuvieran a su alcance en materia de políticas, incluso el GATT.[935] En el caso del Informe Haberler, los países en vías de desarrollo utilizaron las herramientas del amo en contra de este al sugerir que Europa y los Estados Unidos acatasen los principios liberales sobre los que tanto habían predicado. El Informe Haberler muestra que el auge y la difusión de las ideas neoliberales se produjo a medida que los países del sur global las iban adoptando como una estrategia de desarrollo.[936]

Los constitucionalistas: el Tratado de Roma como el nacimiento de la gobernanza de múltiples niveles

El Tratado de Roma provocó una división crucial en el bando de los intelectuales neoliberales. A un lado se encontraban quienes estaban a favor de lo que Röpke llamó «soluciones universalistas».[937] Los mismos austriacos y alemanes que habían propuesto soluciones federales y supranacionales durante las décadas de 1930 y 1940 se opusieron a la integración europea, temiendo que obstruyera el enfoque más integrador del GATT y liderase el contagio del dirigismo francés en Europa occidental. El propio Informe Haberler evidenciaba que los neoliberales euroescépticos no solo anhelaban el regreso de un «liberalismo desde abajo», perdido desde 1914, sino que también respaldaban la búsqueda de una solución neoliberal que garantizara la economía mundial abierta.[938] En un informe sobre el Mercado Común Europeo presentado ante el Congreso de los Estados

Unidos meses antes de la entrada en vigor del Tratado de Roma, Haberler enfatizó la necesidad de fortalecer el GATT para que ejerciese de «perro guardián» frente a Europa. «Donde mejor se puede defender a los Estados Unidos y los intereses de otros extranjeros (por ejemplo, los de los otros Estados de América y Japón) es ante el GATT», escribió.[939] En una maniobra fundamental, Haberler habló en nombre no solo de los Estados Unidos, sino también de los «extranjeros». En un artículo escrito ese mismo año en un *Festschrift* para Erhard, Haberler habló de manera similar sobre los extranjeros, entre los que se encontraban los «países latinoamericanos, mucho más pobres que Europa», que se verán perjudicados por la discriminación comercial europea «y no tenían ningún motivo para aceptar ese perjuicio con serenidad».[940] Quizás Europa se beneficie, argumentó Haberler, «pero el conjunto de la economía mundial pierde».[941] «Es fácil responder a la pregunta sobre una alternativa a la política de integración discriminatoria: la alternativa es la liberalización general del comercio [como defiende el GATT]».[942]

Pese a las escrupulosas intenciones de Haberler, su informe desencadenó una nueva era en el GATT. Como seguimiento al Informe Haberler, las partes contratantes en su decimotercera sesión en noviembre de 1958 decidieron crear tres comités que examinaran distintos tipos de acciones para promover la expansión del comercio internacional.[943] El grupo de trabajo llamado «Comité III» inició un «cambio permanente» en la relación del GATT con los países en vías de desarrollo en favor de las exigencias de acceso al mercado por parte de estos últimos.[944] Durante las dos décadas siguientes, los países en vías de desarrollo pudieron valerse del GATT con el objetivo de meter presión para obtener exenciones de las «disciplinas» de no discriminación y conseguir permiso para apartarse de las restricciones del tratado.[945] Cierto académico señala que Haberler se opuso abiertamente a la interpretación de los hallazgos del informe como prueba de la teoría de la disminución de los términos de intercambio, y adujo que

«un mayor comercio» resolvería el problema a largo plazo.[946] En 1964 declaró con confianza que «los países menos desarrollados se han beneficiado sobremanera de la expansión del comercio mundial y la prosperidad de "los centros industriales" se ha extendido a "la periferia menos desarrollada"». La culpa de que no crecieran con mayor rapidez era de su propio proteccionismo.[947] En una notable ironía, el intento de la Escuela de Ginebra de bloquear la política comercial liberal por medio del Informe Haberler terminó favoreciendo las condiciones para justamente lo contrario: munición para la oposición del sur global a una aplicación de las normas comerciales que fuese igual para todos.

El capítulo 7 mostrará que para los neoliberales de la Escuela de Ginebra la reforma del GATT en contra de esas desviaciones se convirtió en un proyecto fundamental. Sin embargo, es importante señalar que mientras un grupo de neoliberales arremetía contra la CEE, otro grupo estaba contribuyendo a crearla. De hecho, en el proyecto de constitucionalización de la CEE, los neoliberales desarrollaron una solución institucional que trascendería el GATT al proporcionar un mecanismo de supervisión y, lo que es más importante, aplicación en el marco del Estado nación. Las figuras fundamentales de esa historia fueron dos miembros de lo que se llama la «segunda generación» de ordoliberales: Hans von der Groeben y Ernst-Joachim Mestmäcker. Resulta significativo que estos constitucionalistas hubieran estudiado Derecho en lugar de Economía. Defendían que la integración económica podía funcionar sin integración política siempre y cuando un tratado bien diseñado creara mecanismos legales para actuar en contra de las concentraciones de poder económico público y privado. Mientras que Franz Böhm y Walter Eucken no habían hablado de la constitución económica más que a nivel nacional, los constitucionalistas sugirieron que esta se podía ampliar a acuerdos internacionales.

El trabajo de los constitucionalistas era una aplicación consciente de los textos de Hayek, pero no de los de la década de 1930, sino de las décadas posteriores. A principios de los años sesenta, Hayek comenzó a sugerir que se usara la redacción de constituciones para proteger las libertades económicas de los intentos de las legislaturas de promulgar políticas proteccionistas o redistributivas. Había inaugurado ese esfuerzo en *Los fundamentos de la libertad*, que escribió mientras estaba en la Universidad de Chicago, pero ese libro reflejaba todavía una actitud extremadamente pesimista con respecto de las posibilidades de la organización supranacional: «Todavía parecen estar completamente ausentes los fundamentos morales para la creación de un Estado de derecho a escala internacional, y seguramente deberíamos renunciar a las ventajas que conlleva en el marco de la nación si hoy confiáramos a las agencias supranacionales cualquiera de los nuevos poderes del Gobierno».[948]

Al mudarse a Alemania, Hayek suavizó aquella postura. El problema, como había señalado, radicaba en «cómo dividir estos poderes entre los niveles de autoridad».[949] En el discurso inaugural que pronunció en junio de 1962 al asumir su nuevo cargo en la Universidad de Friburgo, el hogar institucional original de Eucken y Böhm, Hayek recordó haber aprendido Derecho a la vez que Economía durante sus estudios en Viena. «A veces uno tiene la tentación de preguntar —afirmó— si no sería una equivocación separar los estudios jurídicos de los económicos».[950] La importancia del derecho se volvió evidente en el transcurso de su intervención. Declaró que en adelante centraría su atención en los «problemas de las políticas económicas».[951] Sin embargo, debido a los límites del conocimiento humano, tema del que se llevaba ocupando desde finales de la década de 1930, la política no podía basarse en las sumas y las predicciones «erróneas» de la macroeconomía: «Para intervenir con éxito en cualquier aspecto, tendríamos que conocer todos los detalles de la economía entera, no solo de nuestro país, sino de todo el mundo».[952] El mundo de las cifras,

tildado como el dominio de los ingenuos y de los hipócritas, había quedado desacreditado de manera permanente. Dada la distribución del conocimiento entre innumerables agentes, Hayek afirmó que «la tarea principal de la política económica parecería ser, pues, la creación de un marco dentro del cual el individuo no solo tenga libertad para decidir por sí mismo lo que quiere hacer, sino que esa decisión, basada en su conocimiento particular, contribuya tanto como sea posible al resultado total».[953] Al final, «prácticamente lo único que podemos aportar son los principios».[954]

Evocando el término introducido por Eucken, Hayek afirmó que tanto los principios como las medidas tendrían que ser *systemgerecht* o estar «en conformidad con todo el sistema».[955] Para Hayek, la libertad individual no era, de hecho, el valor más importante, a pesar de que suponía una necesidad funcional para la reproducción y la productividad general del propio sistema. La política económica tenía más que ver con el establecimiento de normas que enmarcaran la actividad económica que con la búsqueda de una visión global de la propia economía, que era imposible. Determinar la naturaleza de ese marco conducía de manera inevitable a ámbitos del comportamiento humano y de la habilidad política que escapaban al conocimiento normal de la disciplina, por lo que, como afirmó, «quien solamente sea economista no puede ser buen economista».[956] El cuidado del sistema transformaba la tarea de la economía en la del diseño institucional.

En el pensamiento de Hayek fue fundamental la distinción, que compartía con Carl Schmitt, entre el derecho (*Recht*) y la ley (*Gesetz*). Al igual que Schmitt, Hayek creía que la creación de derecho por parte de los Gobiernos estatales elegidos democráticamente estaba provocando que el *Rechtsstaat* degenerase en un *Gesetzesstaat* o estado legislativo.[957] Escribió que «quien veía con mucha claridad la debilidad del Gobierno de una democracia omnipotente fue Carl Schmitt, extraordinario estudiante

alemán de política que en la década de 1920 seguramente entendía mejor que la mayoría de la gente la naturaleza de la forma de gobierno que se estaba desarrollando».[958] Citó el ensayo de Schmitt de 1932 para señalar que «un Estado pluralista de partidos se volverá "total" no mediante la fuerza y la violencia, sino a causa de la debilidad: interviene en todos los sectores de la vida, porque siente que tiene que atender las exigencias de todos los agentes interesados».[959] En otras palabras, Hayek opinaba que la democracia «ilimitada» (o la que Mises llamó «omnipotente») conducía al totalitarismo mediante una lógica de captura. Su trabajo en el diseño constitucional a partir de 1960 consistió en intentos de dar con una solución institucional para la tendencia de la democracia a desviarse del orden económico y acercarse a la captación particularista de rentas y, según lo expresó Alexander Rüstow, a la transformación de la política estatal y los presupuestos nacionales en la «presa» de los grupos de interés.[960]

La primera vez que expuso los parámetros de ese concepto institucional fue en un discurso que dio en la Cámara de Comercio de Dortmund y que se publicó en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Hayek propuso una legislatura bicameral dividida en legisladores electos, a los que llamó *telotetas*, que se encargarían de los asuntos cotidianos del Estado, y otro grupo de legisladores llamados *nomotetas*, de entre cuarenta y cincuenta y cinco años, elegidos por sus iguales por periodos de quince años.[961] Los *nomotetas*, a quienes la duración de sus mandatos aislaba, en teoría, de las presiones de los grupos de interés, se ocuparían de la creación e interpretación del derecho. Hayek defendió que ese cambio institucional podía emplearse para favorecer «la paulatina creación de un orden supranacional, en el que todos los Gobiernos nacionales podrían perseguir objetivos prácticos sin dejar de someterse a normas comunes que, al mismo tiempo, protegerían a los ciudadanos de la arbitrariedad de sus gobernantes».[962] Con ese modelo de lo que más tarde llamó «democracia

limitada», Hayek volvió a abrir la puerta a las posibilidades supranacionales de la década de 1930 mediante el diseño institucional.

La llegada de Hayek a Friburgo apartó al ordoliberalismo del interés por la competencia perfecta, tema sobre el que Hayek se mostraba abiertamente escéptico a principios de la década de 1960.[963] Redirigieron el rumbo hacia la idea de «la competencia como un proceso de descubrimiento».[964] Cuando asumió su cargo en la Comisión Europea de Competencia, von der Groeben empezó a teorizar sobre su trabajo en términos similares. Von der Groeben, nacido en 1907, era casi una década más joven que Haberler, Hayek, Röpke y Robbins, los neoliberales originales de la Escuela de Ginebra. En 1965 escribió que, por un lado, «debe lograrse la coordinación de los programas económicos de quienes constituyen el mercado mediante el juego de fuerzas en una economía de mercado», pero que aquello tenía que darse dentro de un marco institucional.[965] El aspecto más importante era «la política de competencia, [que] no significa no intervenir, sino instaurar un orden basado en el derecho».[966] Según sus propias palabras, en el Tratado de Roma «las normas de la competencia, en particular, concordaban con las ideas neoliberales».[967]

Se requiere cierto grado de análisis para ver cómo se consagraban en el tratado los principios neoliberales, y los académicos han enfatizado que sus disposiciones en materia de competencia no eran en absoluto un calco de la doctrina neoliberal.[968] Desde el momento de su firma fue evidente que el Tratado de Roma no era más que una estructura de derecho a la que había que dar forma mediante la dirección política.[969] Los artículos originales del tratado relacionados con la competencia (artículos 85 y 86) eran bastante generales y no otorgaban un papel claro al Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas. De hecho, en materia de competencia el tratado era solo provisional y aplazaba la aclaración tres años (artículo 87). Sin embargo, von der Groeben supervisó lo que se convertiría en el reglamento que implementaba el tratado, que se aprobó en 1962. El reglamento se

inspiró de manera explícita en los de Alemania Occidental, que entraron en vigor a finales de la década de 1950.[970] El reglamento 17 se redactó con mucha más contundencia, especialmente en lo que respecta a la «jurisdicción plena» que otorgaba al tribunal en materia de multas y sanciones. El reglamento actualizado confería a la Comisión nuevas competencias de supervisión de los consorcios a nivel comunitario y requería que se informase a la Comisión directamente, aunque no le otorgaba la capacidad administrativa de hacer seguimiento.[971] Sin embargo, en deferencia a la presión francesa, seguiría habiendo exenciones fundamentales para la agricultura, la defensa, el transporte y la energía nuclear.[972] En una adición fundamental, el reglamento 17 otorgaba el derecho a plantear solicitudes no solo a los Estados miembros, sino también a «las personas físicas o jurídicas que invoquen un interés legítimo» (artículo 3).

Desde el principio, a los neoliberales alemanes les pareció fundamental la política en materia de competencia, aunque los franceses la entendieran como principios flexibles.[973] Como afirmó Mestmäcker, el objetivo de von der Groeben y su equipo era claro: «se trataba de dar vida a la constitución económica del Tratado de la CEE».[974] Mestmäcker fue la figura fundamental que teorizó sobre la repercusión del Tratado de Roma como modelo de gobernanza en términos hayekianos. Nacido en 1926, era de una generación más joven que el grupo original de la Escuela de Ginebra. Formaba parte de la llamada generación Flakhelfer, y la experiencia definitoria de su juventud no fue la Primera Guerra Mundial, sino la Segunda, y la Gran Depresión no sería para él más que un borroso recuerdo infantil. Mestmäcker estudió con Böhm en la Universidad de Friburgo y a lo largo de su carrera rindió homenaje al trabajo de su mentor. Cierto académico lo llama el «principal representante de la segunda generación de ordoliberales».[975] Desarrolló su carrera profesional en la Universidad de Saarland, aunque fue asesor especial de la Comisión Europea de 1960 a

1970. Mestmäcker veía el objetivo de la «competencia sin distorsiones» del derecho de la Comunidad Europea como «el efecto más importante en términos políticos de la apreciación de la adaptabilidad jurídica del sistema económico, que en Alemania reconocieron por primera vez Walter Eucken y Franz Böhm». Se las arregló para combinar la atención al derecho de los ordoliberales con la idea de Hayek de «competencia como método de descubrimiento».[976] Mestmäcker afirmó tomar de Böhm la idea de que todo orden económico es el resultado de una decisión política.[977] Fue la figura más importante a la hora de combinar a Hayek con Böhm y de ampliar la constitución económica al nivel del supraestado.[978]

Al contemplar las perspectivas de la federación en la Europa de la posguerra, Haberler y otros neoliberales de la Escuela de Ginebra habían evocado con melancolía el fantasma de la Sociedad de Naciones, aduciendo que la negativa a renunciar a la soberanía condenaba cualquier intento genuino de integración económica. En un artículo de 1965, Mestmäcker también se remontó a la Sociedad, pero para aducir que Europa había dado con la solución institucional para trascenderla. Recordó la Conferencia Económica Mundial de 1927, en la que Clive Morrison-Bell había expuesto su mapa de muros arancelarios. En aquella reunión, la Sociedad había propuesto la idea de la regulación internacional de los controles sobre la base de la renuncia a la soberanía nacional individual, pero la propuesta fue «rechazada por ser tan extrema que "ninguna persona razonable" ni dentro ni fuera de la conferencia la apoyaría». Si uno piensa en el derecho de la Comunidad Europea, escribió Mestmäcker, «sería difícil encontrar un caso comparable de profecía involuntaria» de semejante precisión.[979]

En otras palabras, la CEE no solo había materializado la promesa perdida de la Sociedad de Naciones, sino que la había superado. Mestmäcker hizo referencia a los textos federales de Lionel Robbins del periodo de entreguerras y citó su libro de 1937 sobre el orden internacional para señalar que las uniones aduaneras contribuyen a disminuir la «autonomía»

de cada uno de los miembros.[980] Mestmäcker tenía razón al argumentar que la naturaleza distintiva del modelo de la CEE era su implicación en la creación de una comunidad política «por medio del derecho».[981] Es difícil rastrear la presencia del pensamiento de Hayek *per se* en las negociaciones del Tratado de Roma, pero en el trabajo de Mestmäcker se aprecia con claridad. En 1973, Mestmäcker citó la «conclusión de Hayek de que un sistema libre solo es posible mediante la renuncia a la política discrecional y mediante la vinculación de cualquier acción del Estado a principios legales generales garantizados a nivel constitucional».[982] Como desarrolló más tarde, entendía el trabajo de Hayek como una ampliación de «la teoría de Eucken de la interdependencia de los órdenes legales y económicos».[983] Veía la integración europea a través de la lente del «constitucionalismo económico» y opinaba que el Tratado de Roma era un punto de partida para crear aquel orden.[984] Para Mestmäcker lo más importante era que el objetivo del tratado consistía en «excluir el control del comercio interestatal como instrumento de política económica nacional».[985]

El Tratado de Roma había arrebatado la soberanía nacional. El poder se otorgaba en dos direcciones: hacia arriba y hacia abajo. En la dirección ascendente, se confería a la Comisión el poder de elaborar la política arancelaria. Lo que era aún más importante, a la Dirección General de Competencia se le otorgaba la capacidad de supervisar y, en su caso, adoptar medidas antimonopolio. En la dirección descendente, la CEE consagraba nuevos derechos privados. Los «sujetos legales» de la CEE eran «no solo los Estados miembros, sino también las personas».[986] En la jerga jurídica, eso significaba que el Tratado de Roma era «autoejecutable» y «efectivo de inmediato». Como afirmó Mestmäcker, «si surge un conflicto, debe ceder el derecho nacional».[987] Como veremos en el capítulo 7, aquello se convirtió en el núcleo de lo que más tarde los neoliberales de la Escuela de Ginebra denominarían «gobernanza de múltiples niveles».[988]

La renuencia de Erhard, como buen estadista que era, a ceder la soberanía nacional a una entidad supranacional había sido fundamental para su oposición a la integración europea.[989] En contraste, eso fue precisamente lo que hacía que a Mestmäcker le pareciera valiosa la CEE. El aspecto crítico del derecho comunitario europeo era que reemplazaba al derecho nacional, haciendo que «los ciudadanos de los Estados miembros se vieran sujetos al derecho de la comunidad».[990] El desarrollo de Mestmäcker sobre la teoría se basaba en dos principios: el poder del tribunal para anular el derecho nacional y la capacidad de la gente para presentar solicitudes directamente ante el tribunal. Como escribió en 1965, la Comunidad Europea era una «nueva entidad jurídica en el derecho internacional cuyos sujetos legales no son solo los Estados miembros, sino también las personas».[991]

Mestmäcker escribió que el derecho de la Comunidad Europea ofrecía «por primera vez» un medio para defenderse del «poder económico y la impotencia del Gobierno» y «expandir territorialmente la esfera de efectividad del poder público».[992] Lo que facilitaba aquello era la separación del derecho público y el privado, proporcionando a los agentes del mercado un foro más allá de su propio Estado para presentar sus solicitudes, ahora directamente a nivel comunitario. Mestmäcker llamó la atención sobre aquellos casos «en los que se impide u obstaculiza el acceso al mercado, [lo que] hace que la protección de la libertad individual sea una tarea de las normas de la competencia».[993]

La bifurcación de poderes, de manera ascendente hacia la comunidad y de manera descendente hacia las personas, era esencial para la lectura constitucionalista de Europa. Para los constitucionalistas neoliberales, Europa era un «orden legal supranacional» que garantizaba los derechos privados aplicables por el Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas.[994] En la síntesis que hizo Mestmäcker de Hayek, Böhm y Robbins, no se hacía énfasis en los derechos de supervisión de la Comisión,

sino en la relación jurídica que colocaba al ciudadano dentro de las idénticas soberanías anidadas de Europa y de la nación. La relación jurídica vertical creada desde las personas hasta el Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas abría una vía para eludir los ejercicios desviados de soberanía nacional y garantizar el derecho humano al comercio.

Mestmäcker, Böhm y Schmitt: la constitución económica y la decisión

En 1964 se produjo un punto de inflexión importante para el debate neoliberal sobre Europa: las normas de competencia del Tratado de Roma obtuvieron su primera victoria significativa cuando el Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas ratificó la prohibición de un acuerdo entre el productor alemán Grundig y el minorista holandés Consten.[995] Von der Groeben calificó el caso Grundig Consten de «sensación».[996] Fue después de aquello cuando Mestmäcker comenzó a considerar que el Tratado de la CEE tenía cualidades constitucionales por las cuales la legislación en materia de competencia podría proteger la «libertad individual» incluso frente al propio Gobierno nacional.[997] Más tarde declaró que el tratado «encarna una constitución económica».[998] El concepto de constitución económica, empleado por primera vez por Eucken y Böhm en la década de 1930, tenía dos significados: describía una realidad sociológica dada y, al mismo tiempo, regulaba un orden jurídico deseado.[999] Los ordoliberales no entendían «constitución económica» principalmente en el sentido literal ni daban por hecho que tuviera que estar recogida en un documento jurídico fundacional.[1000] Eso explica por qué Böhm no prestó una atención especial a los debates de la década de 1940 sobre la Ley Fundamental para la República Federal de Alemania. En la mente de los neoliberales, la Ley Fundamental no era una «constitución económica» porque no encarnaba una decisión que estableciera un orden económico específico, sino que era el resultado del acuerdo entre posturas más liberales y posturas

socialdemócratas.[1001] Lo que hacía falta para una constitución económica genuina era la unidad de visión del orden económico, como se definió primero frente a los acuerdos de la República de Weimar.[1002]

Böhm tomó la descripción de la constitución económica como una «decisión fundamental» directamente de Carl Schmitt, que en 1928 describió la constitución como una «decisión integral sobre la naturaleza y la forma de la unidad política».[1003] En 1937 Böhm la describió como «un orden normativo de la economía nacional» que debía surgir mediante el ejercicio de una «voluntad política consciente y reflexiva, una decisión acreditada de liderazgo».[1004] Utilizó metáforas marciales que vale la pena citar en detalle, declarando que «ya no hay espacio para un crecimiento silencioso, para una formación ordenada de las cosas al margen del regazo de la propia economía, es decir, de abajo arriba. Las Babeles sociales de tamaña altitud, construidas a un ritmo tan acelerado, producen una profana confusión de idiomas a menos que la idea de orden, que por sí solo puede representar el elemento de unidad, ilumine la totalidad hasta sus últimos detalles, a menos que la idea de orden se fundamente en la frase: ¡todo a mi alcance!».[1005]

Las metáforas de Böhm chocan con las de Hayek, que se oponía de manera específica a la idea de que el orden social siguiera el mismo modelo de organización que el campo de batalla, en el ejército o dentro de una sola empresa.[1006] Como se describirá con detalle en el capítulo 7, las ideas de Hayek de órdenes espontáneos o «construidos» creen en la noción de formas de interacción humana que eran el «resultado de la acción humana, pero no del diseño humano».[1007] Sin embargo, a pesar de inspirarse en las propuestas de Hayek de la década de 1960 sobre el diseño constitucional, a los neoliberales les frustraba que no hablase del momento real de implementación. Pese a todos sus ejercicios de diseño constitucional, Hayek no explicó con detalle cómo podrían llevarse a la práctica sin la falacia de lo que llamaba «constructivismo».

Mestmäcker describió el Tratado de Roma como una materialización de las propuestas del argumento de Hayek sobre la necesidad de atar al Estado por medio de «principios legales garantizados en términos constitucionales».[1008] Sin embargo, opinaba que una de las debilidades del derecho era su incapacidad para reconocer la política de su propia disciplina.[1009] Mestmäcker recurrió a Schmitt para que lo ayudara a contrarrestar aquello. Al analizar la evolución del pensamiento liberal, Schmitt había sostenido que el siglo XIX fue la época de la creación de un espacio autónomo de política y economía. Mestmäcker adujo que Schmitt se equivocaba al entender la doctrina al pie de la letra. Para los liberales, la aparente despolitización era en sí misma el proyecto político. Sin embargo, eso no debía llevar a la conclusión de que los liberales creían que ese era un proceso terminado. La continua despolitización de lo económico era una lucha jurídica constante, que requería una continua innovación en la creación de instituciones que pudieran proteger el espacio de la competencia.

Schmitt sostenía que la desautorización de la política en el liberalismo no hacía que esta desapareciera: lo único que hacía era ocultar una distinción fundamental entre amigos y enemigos que era aún más elemental. De acuerdo con la pretensión liberal de hablar por el conjunto de la humanidad en general, todos los enemigos del liberalismo se convertían no solo en oponentes, sino en enemigos de la propia humanidad. Mestmäcker aceptaba aquella descripción y afirmó que precisamente por eso el liberalismo no debía negar su naturaleza política. Frente a la reticencia de Hayek acerca del momento de la transición, Mestmäcker abogaba por la apertura sobre la necesidad de rudimentos «decisionistas» de principios de libre mercado en actos de voluntad política. Pasar por alto la importancia de la decisión, escribió, era no entender «el significado político del sistema de competencia sin distorsiones».[1010]

Mestmäcker adoptó de Schmitt la necesidad de seguir siendo conscientes de la naturaleza explícitamente política del proyecto neoliberal de despolitizar la economía. Su postura contaba con el apoyo de Erich Hoppmann, otro neoliberal de segunda generación. Hoppmann, nacido en 1923, fue el contemporáneo de Mestmäcker que sucedió a Hayek en su cátedra de Friburgo tras la jubilación de este último. Descartó como ficticia la afirmación de que la economía no era más que una máquina que requería del mantenimiento de cuidadores apolíticos. Dado que cada forma de organización económica presupone alguna decisión previa sobre resultados, lo único que hacía la «aparente despolitización de la política económica» era ocultar los juicios de valor rechazados.[1011] Hoppmann citó el argumento de Hayek de que pensar en la economía como en una entidad apolítica similar a una máquina era, en sí misma, una presuposición sobre el funcionamiento de la sociedad de mercado. Culpó a Eucken de caer en la trampa de ver la «autonomía» de la economía como un resultado obtenido a través de delirios sobre la posibilidad de una «competencia perfecta».[1012] Al igual que Mestmäcker y von der Groeben, Hoppmann tomó de Hayek la idea de que la competencia era un «proceso de información, descubrimiento y aprendizaje» cuyo resultado no se podía determinar de antemano.[1013]

Mantener la competencia suponía resistirse a la falacia de que la neutralidad política de los procesos económicos y las visiones mecanicistas de la economía se podían ajustar y afinar para obtener resultados distintos. La competencia no era un objeto, una estructura o un final. No se podía ver. «La incertidumbre —afirmó Hoppmann— es el prerrequisito de la libertad».[1014] «Debido a la “apertura del proceso histórico”», lo único que era posible para facilitar la reorganización continua de la vida humana efectuada por la competencia era formular normas mínimamente restrictivas consagradas en leyes vinculantes.[1015] Citando a Hayek, Hoppmann dijo que teníamos que elegir entre un orden «teleocrático» o regido por los objetivos, que obstaculizase el carácter prometeico de la competencia, o un

orden social «nomocrático» o «regido por el derecho», que aprisionaba la competencia con todas sus consecuencias.[1016]

Los constitucionalistas tomaron de Hayek la importancia del diseño institucional y la idea de la competencia como un proceso de descubrimiento. Lo que no pudieron encontrar en su teoría fue la mención al punto de inflexión: el momento crucial en el que se implementara la nueva constitución. Lo que esos mismos pensadores adoptaron de Böhm y Schmitt fue una idea clara de cómo se producía: mediante el momento de la decisión. Mestmäcker resolvió el problema de Hayek al concebir el Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas como «el guardián del Tratado de la CEE»[1017] y el propio Tratado, como el llamamiento de Hayek a atar al Estado por medio de «principios jurídicos garantizados en términos constitucionales».[1018] Los constitucionalistas describían Europa como una materialización de la visión de Hayek de una sociedad nomocrática que protegía la división entre el derecho privado, al margen de la interferencia de los Gobiernos democráticos, y el derecho público de los Estados.[1019]

Por lo tanto, la CEE no suponía una materialización del doble gobierno soñado por Hayek desde la década de 1930 más que en el desarrollo que hicieron de ella los constitucionalistas neoliberales de la década de 1960. Mestmäcker, en particular, tendió un puente crucial entre las ideas de la primera generación de neoliberales de la Escuela de Ginebra y las minuciosas teorías de la gobernanza de múltiples niveles, un vínculo que los estudiosos suelen afirmar más que demostrar. Lo fundamental es que Mestmäcker fue más allá. En relación con el Tratado de Roma como constitución autoejecutable y con el Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas como tutor, Mestmäcker lideró un modelo de gobierno supranacional en cuyo núcleo no solo había principios liberales, sino un mecanismo de aplicación capaz de eludir la contaminación de peticiones democráticas. Para 1972, Mestmäcker sugirió un cambio de

escala: el Tratado de Roma «sentaba las bases para restringir de manera progresiva el poder económico» como «un modelo para el desarrollo del derecho económico internacional *no solo en Europa*».[1020] Aunque muy lejos de la CEE que existía en la década de 1960, la concepción neoliberal de Europa parecía una innovación fundamental de la solución neoliberal.

* * *

Para los neoliberales, la integración europea tenía dos caras. Si se miraba hacia dentro, la CEE era un ejemplo de cómo integrar un mercado con una estructura jurídica capaz de aplicar la competencia de un país a otro. Si se miraba hacia fuera, la CEE era una fortaleza que absorbía a las colonias como territorios asociados en un nuevo bloque comercial mediante la excavación de «un foso contra el exterior», lo que trastocaba viejas relaciones con otras naciones productoras primarias, especialmente en América Latina.[1021] Las posturas opuestas de las dos facciones neoliberales reflejaban la cara desde la que observaban el continente.

Los constitucionalistas miraban hacia dentro y veían las bondades de Europa, porque había logrado unos medios de aplicación y supervisión nuevos con los que los federalistas neoliberales de la década de 1930 no habían soñado siquiera. Hicieron concesiones para crear la CEE, pero también diseñaron nuevas formas de gobernanza de múltiples niveles. La «transformación hayekiana del ordoliberalismo» encarnada por Mestmäcker y Hoppmann señalaba una nueva variación de la solución neoliberal.[1022] Si los Estados nación aceptaran leyes que garantizaran su propia libertad de política discrecional, el derecho humano al comercio podría ser aplicable por un orden supranacional. La idea de la constitución económica de múltiples niveles sería fundamental para el neoliberalismo de la Escuela de Ginebra de principios del siglo XXI.

Por el contrario, los universalistas observaban Europa desde sus fronteras exteriores y veían un mercado mundial segmentado. Euráfrica ponía en

riesgo el avance de la posguerra hacia un comercio más libre y traía a la mente los acuerdos comerciales preferentes de la década de 1930. La primera generación de neoliberales de la Escuela de Ginebra vivía atenazada por el terror de haber experimentado como adultos el derrumbe del comercio mundial durante el periodo de entreguerras. En 1956 Haberler advirtió: «No debemos olvidar que la Gran Depresión tras la Primera Guerra Mundial no comenzó hasta once años después del final de las hostilidades».[1023]

Los universalistas tenían la ventaja de la pureza, pero carecían del mecanismo de aplicación. Haberler pretendía que su informe del GATT de 1958 fuera un arma contra el creciente proteccionismo de Europa y una sonora llamada de atención al orden liberal. Surtió el efecto contrario. Cuando el sur global utilizó el Informe Haberler para exigir un mayor acceso al mercado, el norte global se negó a implementar el libre comercio y recortó los subsidios. Lo que hicieron, en la década de 1960, fue adoptar la solución no liberal más sencilla y empezar a conceder un trato preferente a los países en vías de desarrollo. De ese modo, podrían continuar subvencionando su propia producción y, al mismo tiempo, conceder a los productos de los países en vías de desarrollo un mejor acceso al mercado. Las cláusulas de asociación colonial del Tratado de Roma «habían abierto una brecha en el muro» de las normas liberales de la posguerra, como afirmó cierto académico, y la ola de preferencias subsiguiente se desvió del credo de no discriminación del GATT.[1024] El resultado fue lo que Gunnar Myrdal llamó (en términos favorables) un «doble rasero de moralidad en el comercio internacional»: una expectativa de reciprocidad entre los países industrializados y un «trato especial y diferenciado» entre el norte y el sur. Después de la ola de descolonización, los países africanos renovaron su asociación con la CEE en la Convención de Yaundé de 1963, firmada simbólicamente en Camerún para reflejar el nuevo equilibrio de poder, y lo hicieron de nuevo en 1969 con Yaundé II.[1025] El acuerdo sobre un sistema

de preferencias generalizadas para los países en vías de desarrollo firmado en 1968 fue otro punto de inflexión, ya que los Estados Unidos siguieron el modelo de no reciprocidad liderado por la CEE.[1026] Para los neoliberales, lo que se convirtió en la plantilla para la década de 1960 no fue el mundo sin espacio del imaginario de la Sociedad de Naciones de Haberler, sino el modelo de influencia histórica de Euráfrica.

Al mirar a la década de 1960, los neoliberales creían que la excepción de Euráfrica tendría consecuencias irreparables. En el discurso presidencial que pronunció en 1964 ante la American Economic Association (Asociación Económica Estadounidense), Haberler describió a la CEE como un «peligro inminente para la integración mundial».[1027] Gerard Curzon, el hombre que asumió la cátedra de Röpke en Ginebra, calificó la decisión estadounidense de permitir el acceso de las colonias al Mercado Común como «un caso de pecado original que les va a costar caro a los Estados Unidos en el futuro». Fiel a la advertencia de Haberler de 1958, el mensaje de Euráfrica había sido que «si su autor principal podía ignorar al GATT por razón de Estado, no era difícil predecir que pronto habría otros que hicieran lo mismo».[1028] En 1964, Haberler señaló que América Latina estaba siguiendo el ejemplo europeo y utilizaba la integración regional como un «dispositivo proteccionista».[1029] En 1970, Curzon, junto con Victoria Curzon-Price, su pareja (y futura presidenta de la SMP), abogó por una política de «neoliberalismo» para hacer frente a la epidemia de «neoproteccionismo».[1030] «El viento sopla con fuerza desde el distrito proteccionista y los legisladores están cediendo —escribieron los Curzon—. Lo que hace falta para revertir esta situación es una resistencia política decidida o un viento fuerte que sople en la dirección opuesta».[1031]

En una notable simetría con los críticos de la extrema izquierda, algunos neoliberales afirmaron que los continuos vínculos entre Europa y África tras la descolonización suponían una perpetuación de los imperios. Harry Johnson tachó de «neoneocolonialismo» las preferencias comerciales

europeas en curso.[1032] Otro comentarista neoliberal se refirió a «las preferencias como imperialismo».[1033] Las preferencias eran el resultado de la exitosa movilización de organismos como la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo para obtener algunas concesiones comerciales de los países «liberales», abiertamente hipócritas, del norte global. Los neoliberales dieron un audaz giro y condenaron ese éxito aduciendo que significaba que la descolonización no había terminado. Sin normas comerciales uniformes en todo el mundo, los imperios pervivían.

A finales de la década de 1960, los neoliberales opinaban que la CEE «infringía las normas del GATT de una manera cada vez más explícita a medida que avanzaba».[1034] ¿Cómo reaccionaron? El capítulo 7 muestra que se inspiraron en las estrategias europeas para dar con la solución: extender la constitución económica más allá de la propia Europa. A medida que en la década de 1970 se iban incrementando desde el sur global los desafíos a las normas uniformes del capitalismo liberal, Europa y sus leyes se convirtieron en un contramodelo para las reivindicaciones de un Nuevo Orden Económico Internacional. La postura universalista y la constitucionalista hallaron una síntesis en los planes de las décadas de 1970 y 1980 para reformar el GATT. La idea de la constitución económica estaba lista para hacerse global.

---

[817] John Gillingham, *European Integration, 1950-2003: Superstate or New Market Economy?*, Nueva York: Cambridge University Press, 2003, p. 6; Werner Bonefeld, «European Economic Constitution and the Transformation of Democracy: On Class and the State of Law», *European Journal of International Relations* 21, n.º 4

[818] Milene Wegmann, *Früher Neoliberalismus und Europäische Integration: Interdependenz der nationalen, supranationalen und internationalen Ordnung von Wirtschaft und Gesellschaft (1932-1965)*, Baden-Baden: Nomos, 2002, p. 368.

[819] Jacques Stohler, «Neoliberalismus und europäische Integration», *Europa-Archiv* 17, n.º 1 (1962): p. 99.

[820] Hans Von der Groeben, *The European Community: The Formative Years*, Luxemburgo: Office for Official Publications of the European Communities, 1987, p. 48.

[821] Peo Hansen y Stefan Jonsson, «Bringing Africa as a ‘Dowry to Europe’», *Interventions: International Journal of Postcolonial Studies* 13, n.º 3 (2011): p. 1038.

[822] Katja Seidel, «DG IV and the Origins of a Supranational Competition Policy: Establishing an Economic Constitution for Europe», en *The History of the European Union: Origins of a Trans- and Supranational Polity, 1950-72*, ed. Wolfram Kaiser, Brigitte Leucht y Morten Rasmussen, Nueva York: Routledge, 2009, p. 132. Christian Joerges, «Three Transformations of Europe and the Search for a Way out of Its Crisis», en *The European Crisis and the Transformation of Transnational Governance: Authoritarian Managerialism versus Democratic Governance*, ed. Christian Joerges y Carola Glinski, Portland, Oregón: Hart, 2014, p. 27.

[823] Citado en Susan Howson, *Lionel Robbins*, Nueva York: Cambridge University Press, 2011, p. 665.

[824] Wegmann, *Früher Neoliberalismus*, p. 326.

[825] Gottfried Haberler, «Economic Aspects of a European Union», *World Politics* 1, n.º 4 (1949): pp. 434-435.

[826] Patricia Clavin, *Securing the World Economy: The Reinvention of the League of Nations, 1920–1946*, Nueva York: Oxford University Press, 2013.

[827] Haberler, «Economic Aspects of a European Union», p. 436.

[828] Stohler, «Neoliberalismus und europäische Integration», p. 99.

[829] Röpke, «Gemeinsamer Markt und Freihandelszone: 28 Thesen als Richtpunkte», *Ordo* 10 (1958): p. 35.

[830] Michael A. Heilperin, «Future of E.R.P.», The New York Times, 6 de noviembre de 1949.

[831] Citado en Sara Warneke, *Die europäische Wirtschaftsintegration aus der Perspektive Wilhelm Röpkes*, Stuttgart: Lucius und Lucius, 2013, p. 170.

[832] Röpke, «Gemeinsamer Markt und Freihandelszone», p. 33.

[833] Ludolf Herbst, «Integrationstheorie und europäische Einigung», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 34, n.º 2 (1986): p. 164.

[834] Heilperin, «Future of E.R.P.».

[835] *Ibid.*

[836] Wilhelm Röpke, *International Order and Economic Integration*, Dordrecht: D. Reidel, 1959, p. 3.

[837] Fritz Machlup, *A History of Thought on Economic Integration*, Londres: Macmillan, 1977. Ver Wilhelm Röpke, *International Economic Disintegration*, Londres: William Hodge and Company, 1942.

[838] Wilhelm Röpke, «Integration und Desintegration der internationalen Wirtschaft», en *Wirtschaftsfragen der freien Welt*, ed. Erwin von Beckerath, Fráncfort: F. Knapp, 1957, p. 494. Ver Wilhelm Röpke, *Weltwirtschaft und Außenhandelspolitik*, Berlín: Industrieverlag Spaeth und Linde, 1931.

[839] Wilhelm Röpke, «International Economics in a Changing World», en *The World Crisis*, ed. Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales de Ginebra, Londres: Longmans, Green and Co., 1938, p. 278; Ludwig Mises, «The Disintegration of the International Division of

Labour», también en *The World Crisis*. Ver también Moritz J. Bonn, *The Crumbling of Empire: The Disintegration of World Economy*, Londres: Allen and Unwin, 1938.

[840] Michael A. Heilperin, *The Trade of Nations*, segunda ed., Nueva York: Knopf, 1952, p. 293.

[841] Röpke, «Gemeinsamer Markt und Freihandelszone», p. 38.

[842] Thomas W. Zeiler, *Free Trade, Free World: The Advent of GATT*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999, p. 28; Endres y Fleming, *International Organizations*, p. 126.

[843] Röpke, «European Free Trade: The Great Divide», *The Banker*, septiembre de 1958, p. 4.

[844] Citado en Anthony James Nicholls, *Freedom with Responsibility: The Social Market Economy in Germany, 1918-1963*, Nueva York: Oxford University Press, 1994, p. 345. Ver también Alfred C. Mierzejewski, *Ludwig Erhard: A Biography*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004, pp. 147-150.

[845] Röpke, «Gemeinsamer Markt und Freihandelszone», p. 39

[846] Nicholls, *Freedom with Responsibility*, p. 346.

[847] Wilhelm Röpke, «Report on an Uneasy Common Market», *National Review*, 10 de marzo de 1964, p. 195.

[848] Von der Groeben, *The European Community*, p. 48.

[849] Röpke, «Gemeinsamer Markt und Freihandelszone», p. 32.

[850] Michael A. Heilperin, «Freer Trade and Social Welfare», *International Labour Review* 75, n.º 3 (1957): p. 173.

[851] *Ibid.*, p. 178.

[852] Michael Heilperin, «Europe Edges toward a Common Market», *Fortune*, septiembre de 1956.

[853] Ralf Ptak, *Vom Ordoliberalismus zur sozialen Marktwirtschaft: Stationen des Neoliberalismus in Deutschland*, Opladen: Leske und Budrich, 2004, p. 85.

[854] *Ibid.*, p. 86.

[855] Nils Goldschmidt, «Alfred Müller-Armack and Ludwig Erhard: Social Market Liberalism», *Freiburg Discussion Papers on Constitutional Economics* 4 (2012): p. 16.

[856] Warneke, *Die europäische Wirtschaftsintegration*, p. 186.

[857] Ptak, *Vom Ordoliberalismus zur sozialen Marktwirtschaft*, p. 214.

[858] Alfred Müller-Armack, «Fragen der europäischen Integration», en *Wirtschaftsfragen der freien Welt*, ed. Erwin von Beckerath, Frankfurt am Main: F. Knapp, 1957, p. 532.

[859] *Ibid.*, p. 533.

[860] Alfred Müller-Armack, *Auf dem Weg nach Europa*, Stuttgart: C. E. Poeschel, 1971, p. 99.

[861] Ulrich Enders, «Integration oder Kooperation?», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 45, n.º 1 (1997): p. 150.

[862] Ralf Kowitz, *Alfred Müller-Armack: Wirtschaftspolitik als Berufung*, Colonia: Deutscher Instituts-Verlag, 1998, p. 268; Hans Von der Groeben, «Die Anfänge der Europäische Wirtschaftsgemeinschaft», en *40 Jahre Römische Verträge: Der deutsche Beitrag*, ed. Ruldolf Hrbek y Volker Schwarz, Baden-Baden: Nomos, 1998, p. 165.

[863] Kowitz, *Alfred Müller-Armack*, pp. 276-281.

[864] *Ibid.*, p. 282.

[865] Detalles de Müller-Armack, *Auf dem Weg nach Europa*, p. 125.

[866] David J. Gerber, «Constitutionalizing the Economy: German Neoliberalism, Competition Law and the 'New' Europe», *American Journal of Comparative Law* 42, n.º 1 (invierno de 1994): p. 73.

[867] Hubert Buch-Hansen y Angela Wigger, *The Politics of European Competition Regulation: A Critical Political Economy Perspective*, Nueva York: Routledge, 2011, pp. 53-54; Matthieu Montalban, Sigfrido Ramirez-Perez y Andy Smith, «EU Competition Policy Revisited: Economic Doctrines within European Political Work», *Cahiers du GREThA*, n.º 33 (2011): p. 21.

[868] Herbert Giersch, Karl-Heinz Paqué y Holger Schmieding, *The Fading Miracle: Four Decades of Market Economy in Germany*, Nueva York: Cambridge University Press, 1994, p. 174.

[869] Citado en Rachel S. Turner, *Neo-liberal Ideology: History, Concepts and Policies*, Edimburgo: Edinburgh University Press, 2008, p. 88.

[870] Kym Anderson, «Setting the Trade Policy Agenda: What Roles for Economists?», *Journal of World Trade* 39, n.º 2 (2005): p. 345.

[871] Moss, *Monetary Union in Crisis*, p. 10.

[872] Müller-Armack, prólogo a Reinhold Biskup, Ronald Clapham y Joachim Starbatty, «Das Bananen-Protokoll im EWG-Vertrag», *Institut für Wirtschaftspolitik an der Universität zu Köln Untersuchungen*, n.º 18 (1966): p. 13.

[873] Peo Hansen y Stefan Jonsson, *Eurafrica: The Untold History of European Integration and Colonialism*, Londres: Bloomsbury, 2014, p. 244.

[874] Stefan Tangermann, «European Interests in the Banana Market», en *Banana Wars: The Anatomy of a Trade Dispute*, ed. T. E. Josling y T. G. Taylor, Cambridge, Massachusetts: CABI, 2003, p. 20.

[875] Par más detalles, ver *ibid.*, p. 21.

[876] Müller-Armack, *Auf dem Weg nach Europa*, p. 190.

[877] Röpke, «Gemeinsamer Markt und Freihandelszone», p. 53.

[878] Prólogo a Biskup, Clapham y Starbatty, «Das Bananen-Protokoll im EWG-Vertrag», p. 39.

[879] James Wiley, *The Banana: Empires, Trade Wars, and Globalization*, Lincoln: University of Nebraska Press, 2008, p. 125.

[880] Para conocer excepciones, junto con otras obras citadas aquí, ver Muriam Haleh Davis, «Restaging Mise en Valeur: 'Postwar Imperialism' and the Plan de Constantine», *Review of Middle East Studies* 44, n.º 2 (2010): pp. 176-186; Giuliano Garavini, *After Empires: European Integration, Decolonization, and the Challenge from the Global South, 1957-1986*, Nueva York: Oxford University Press, 2012.

[881] Von der Groeben, *The European Community*, p. 33.

[882] Von der Groeben, «Die Anfänge der Europäische Wirtschaftsgemeinschaft», p. 168.

[883] Müller-Armack, *Auf dem Weg nach Europa*, p. 130.

[884] Hansen y Jonsson, *Eurafrica*, p. 238

[885] Röpke, «Integration und Desintegration», p. 499.

[886] Wilhelm Röpke, «Nation und Weltwirtschaft», *Ordo* 17 (1966): p. 41.

[887] Wilhelm Röpke, «Kapitalismus und Imperialismus», *Zeitschrift für schweizerische Statistik und Volkswirtschaft*, n.º 3 (1934): p. 386.

[888] Thomas Moser, *Europäische Integration, Dekolonisation, Eurafrika: Eine historische Analyse über die Entstehungsbedingungen der Eurafrikanischen Gemeinschaft von der Weltwirtschaftskrise bis zum Jaunde-Vertrag, 1929-1963*, Baden-Baden: Nomos, 2000, p. 353.

[889] Gary Wilder, «Eurafrique as the Future Past of 'Black France': Sarkozy's Temporal Confusion and Senghor's Postwar Vision», en *Black France / France Noire: The History and Politics of Blackness*, ed. Trica Danielle Keaton, T. Denean Sharpley-Whiting y Tyler Edward Stovall, Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, 2012, p. 70. Ver también Frederick Cooper, *Citizenship between Empire and Nation: Remaking France and French Africa, 1945–1960*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2014, pp. 202-210; Kaye Whiteman, «The Rise and Fall of Eurafrique: From the Berlin Conference of 1884-1885 to the Tripoli EU-Africa Summit of 2010», en *The EU and Africa: From Eurafrique to Afro-Europa*, ed. Adekeye Adebajo y Kaye Whiteman, Nueva York: Columbia University Press, 2012, p. 30.

[890] Frederick Cooper, «Writing the History of Development», *Journal of Modern European History* 8, n.º 1 (2010): p. 14.

[891] Wilder, «Eurafrique as the Future Past», p. 75.

[892] Müller-Armack, *Auf dem Weg nach Europa*, p. 119.

[893] Citado en Martin Evans, «Colonial Fantasies Shattered», en *The Oxford Handbook of Postwar European History*, ed. Dan Stone, Oxford: Oxford University Press, 2012, p. 493.

[894] Moser, *Europäische Integration, Dekolonisation, Eurafrika*, p. 101.

[895] Carl Schmitt, *The Nomos of the Earth in the International Law of the Jus Publicum Europaeum*, Nueva York: Telos Press, 2003, p. 214.

[896] Véronique Dimier, «Bringing the Neo-Patrimonial State Back to Europe: French Decolonization and the Making of the European Development Aid Policy», *Archiv für Sozialgeschichte*, n.º 48 (2008): p. 441.

[897] Moser, *Europäische Integration, Dekolonisation, Eurafrika*, p. 107.

[898] Citado en Thomas Oppermann, «Eurafrika—Idee und Wirklichkeit», *Europa-Archiv*, 5 de diciembre de 1960, p. 700.

[899] Moser, *Europäische Integration, Dekolonisation, Eurafrika*, pp. 410-411.

[900] Gerhard Pohl y Piritta Sorsa, *European Integration and Trade with the Developing World*, Washington, D. C.: World Bank, 1992, p. 18; Ann-Christina L. Knudsen, *Farmers on Welfare: The Making of Europe's Common Agricultural Policy*, Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2009.

[901] Martin Rempe, «Airy Promises: Senegal and the EEC's Common Agricultural Policy in the 1960s», en *Fertile Ground for Europe? The History of European Integration and the Common Agricultural Policy since 1945*, ed. Kiran Klaus Patel, Baden-Baden: Nomos, 2009, p. 228.

[902] Citado en *ibid.*, p. 231.

[903] «Vortrag des Präsidenten der EWG-Kommision Walter Hallstein, vor dem Hamburger Überseeklub am 8.Mai 1961 in Deutsche Gesellschaft für Auswärtige Politik», en *Dokumente zur auswärtigen Politik*, ed. Deutsche Gesellschaft für Auswärtigen Politik, Bonn: Auswärtiges Amt, 1961, D341.

[904] Citado en Moser, *Europäische Integration, Dekolonisation, Eurafrika*, p. 483.

[905] Hannedore Kahmann, «Der Gemeinsame Markt im Kreuzfeuer der GATT-Kritik», *Europa-Archiv*, del 5 al 20 de marzo de 1958, 10583.

[906] *Afro-Asian Peoples' Solidarity Conference*, Moscú: Foreign Languages Press, 1958, p. 246.

[907] Moser, *Europäische Integration, Dekolonisation, Eurafrika*, p. 394.

[908] Robert E. Hudec, *Developing Countries in the GATT / WTO Legal System*, ed. rev., Londres: Rowman and Littlefield, 2007, p. 43.

[909] Las propias historias del GATT describen que el Informe Haberler aporta «pautas iniciales para el trabajo del GATT». «A 40 Year Chronology of Events and Achievements», 30 de octubre de 1987, biblioteca digital del GATT, Universidad de Stanford, GATT 40 / 2.

[910] E. Wyndham White a Haberler, 10 de enero de 1958, papeles de Gottfried Haberler, archivos de la Universidad de Harvard (citados en adelante como papeles de Haberler), caja 1, carpeta «GATT Panel».

[911] En un caso bien conocido, en la década de 1960 Meade había promovido la protección de la industria naciente de Mauricio. Ver Dani Rodrik, *La paradoja de la globalización. Democracia y el futuro de la economía mundial*, Barcelona: Antoni Bosch, 2012, traducido por Dolores Crispín, cap. 8. Para saber más sobre el trabajo de Tinbergen en la Sociedad de Naciones, ver Mary S. Morgan, *The History of Econometric Ideas*, Nueva York: Cambridge University Press, 1990, pp. 101-133. Para una lectura constructivista de Tinbergen como figura clave en «el nacimiento de la idea de la economía», ver Timothy Mitchell, «Fixing the Economy», *Cultural Studies* 12, n.º 1 (1998): pp. 86-88. Dieter Plehwe llama a Campos «uno de los intelectuales neoliberals más importantes de Brasil». Dieter Plehwe, «The Origins of the Neoliberal Economic Development Discourse», en *The Road from Mont Pèlerin: The Making of the Neo-liberal Thought Collective*, ed. Philip Mirowski y Dieter Plehwe, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2009, p. 274.

[912] Robert Leonard, «The Collapse of Interwar Vienna: Oskar Morgenstern's Community, 1925–50», *History of Political Economy* 43, n.º 1 (2011), p. 116; Olav Bjerkholt, «Tracing Haavelmo's Steps from Confluence Analysis to the Probability Approach», Departamento de Economía, Universidad de Oslo, 2001, 16, https://www.duo.uio.no/bitstream/handle/10852/17314/4845.pdf?sequence=1. Según Hagemann, Staehle (nacido en 1903) trabajó en la OIT de 1930 a 1939, en el FMI de 1946 a 1947, como director de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para Europa en Ginebra de 1947 a 1953 y en el GATT de 1953 a 1961. Harald Hagemann, Claus-Dieter Krohn y Hans Ulrich Esslinger, *Die Emigration deutschsprachiger Wirtschaftswissenschaftler nach 1933: Biographische Gesamtübersicht*, Stuttgart: Universität Hohenheim, 1992, p. 272.

[913] Haberler a Staehle, 28 de enero de 1958, papeles de Haberler, carpeta «GATT Panel».

[914] Sobre Bauer, ver Plehwe, «Origins of the Neoliberal Economic Development Discourse», pp. 262-263.

[915] Haberler a Staehle, 28 de enero de 1958, papeles de Haberler, carpeta «GATT Panel».

[916] Haberler a Staehle, 20 de octubre de 1958, y Staehle a Haberler, 1 de mayo de 1958, ambas en los papeles de Haberler, carpeta «GATT Panel».

[917] Haberler a Staehle, 11 de abril de 1958, papeles de Haberler, carpeta «GATT Panel».

[918] Para leer sus críticas a las políticas inflacionarias de los países en vías de desarrollo, ver Gottfried Haberler, «Inflation», en *The Conservative Papers*, ed. Melvyn Laird, Chicago: Quadrangle Books, 1964; Haberler, «The Case for Minimum Interventionism», en *Foreign Aid Reexamined: A Critical Appraisal*, ed. James W. Wiggins, Washington, D. C.: Public Affairs Press, 1958.

[919] Paul Samuelson, «Gottfried Haberler (1900-95)», *Journal of International Trade and Economic Development* 4, n.º 3 (1995): p. 414.

[920] GATT, *Trends in International Trade: Report by a Panel of Experts*, Ginebra: GATT, 1958, p. 119.

[921] A. B. Hersey, Asesor Asociado, División de Finanzas Internacionales, Junta de Gobernadores de la Reserva Federal, 6 de abril de 1959, papeles de Haberler, carpeta «GATT Panel»; J. H. Richter, «Trends in International Trade», manuscrito mecanografiado, papeles de Haberler, carpeta «GATT Panel».

[922] GATT, *Trends in International Trade*, p. 122.

[923] *Ibid.*, p. 123.

[924] Eric Wyndham White a Haberler, 2 de diciembre de 1958, papeles de Haberler, carpeta «GATT Panel».

[925] Servicio de Información, Oficina Europea de las Naciones Unidas, GATT, decimotercera sesión de las Partes Contratantes, 18 de octubre de 1958, papeles de Haberler, carpeta «GATT Panel».

[926] Staehle a Haberler, 16 de octubre de 1958, papeles de Haberler, carpeta «GATT Panel».

[927] Los países eran Brasil, Birmania, Camboya, Ceilán, Chile, Cuba, Malaya, Rodesia y Nyasalandia, Ghana, Grecia, India, Indonesia, Pakistán, Perú y Uruguay. Expansión del comercio internacional, nota presentada por los países menos desarrollados, 20 de mayo de 1959, biblioteca digital de GATT, Universidad de Stanford, W.14 / 15.

[928] Ver Richard Gibb, «Post-Lomé: The European Union and the South», *Third World Quarterly* 21, n.º 3 (junio de 2000): pp. 457-481. Los antiguos territorios británicos de ultramar no se beneficiaron de los acuerdos comerciales preferentes de la CEE hasta 1975 y hasta la creación del Grupo ACP (Estados de África, del Caribe y del Pacífico). R. J. Barry Jones, *Routledge Encyclopedia of International Political Economy*, vol. 1, Nueva York: Routledge, 2001, p. 12. Aquello produjo de 1957 a 1975 una situación en la que las antiguas colonias británicas, como la India y Pakistán, hicieron causa común con el Reino Unido y Australia frente al bloque comercial creado entre los países de la CEE (Francia, sobre todo) y sus antiguas colonias.

[929] Ver, por ejemplo, su representación en el documental *Life and Debt* (dir. Stephanie Black, 2001).

[930] «Consulta a los Estados miembro de la CEE sobre el cacao», Tratado de Roma, 10 de julio de 1959, Anexo II, Tratado de Roma, cacao, presentado por Ghana, Brasil, Indonesia y las delegaciones del Reino Unido, biblioteca digital del GATT, Universidad de Stanford, L / 994.

[931] Garavini, *After Empires*, p. 68.

[932] Para conocer un argumento similar sobre la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo de la década de 1960, ver Johanna Bockman, «Socialist Globalization against Capitalist Neocolonialism: The Economic Ideas behind the New International Economic Order», *Humanity* 6, n.º 1 (primavera 2015): p. 110.

[933] Ver Ankie Hoogvelt, *Globalization and the Postcolonial World: The New Political Economy of Development*, Houndmills, Reino Unido: Palgrave, 2001, p. 42.

[934] *Ibid.*, pp. 241-243; Jeffry A. Frieden, *Global Capitalism: Its Fall and Rise in the Twentieth Century*, Nueva York: W. W. Norton, 2006, pp. 319-320. Para saber más sobre los intentos de los economistas neoliberales de presentar la industrialización orientada a la exportación como un modelo de desarrollo económico de política de no intervención en acción, ver Mark T. Berger, *The Battle for Asia: From Decolonization to Globalization*, Nueva York: Routledge, 2004, pp. 4-5.

[935] Para conocer un argumento similar, ver Rorden Wilkinson, «Developing Country Participation in the GATT: A Reassessment», *World Trade Review* 7, n.º 3 (2008): pp. 473-510.

[936] Para leer una versión contundente de este argumento, ver Raewyn Connell y Nour Dados, «Where in the World Does Neoliberalism Come From?», *Theory and Society* 43, n.º 2 (2014): 133.

[937] Röpke, «Gemeinsamer Markt und Freihandelszone», p. 37.

[938] Para saber más sobre el «liberalismo desde abajo», ver Razeen Sally, *Classical Liberalism and International Economic Order: Studies in Theory and Intellectual History*, Nueva York: Routledge, 1998, p. 139.

[939] Haberler, «Implications of the European Common market and Free Trade Area Project for United States Foreign Economic Policy», en *Foreign Trade Policy: Compendium of Papers on United States Foreign Trade Policy Collected by the Staff for the Subcommittee on Foreign Trade Policy of the Committee on Ways and Means*, Washington, D. C.: U.S. GPO, 1957, p. 478.

[940] Gottfried Haberler, «Die wirtschaftliche Integration Europas», en *Wirtschaftsfragen der freien Welt*, ed. Erwin von Beckerath. Frankfurt am Main: F. Knapp, 1957, p. 526.

[941] *Ibid.*, p. 527.

[942] *Ibid.*, p. 529.

[943] GATT, «The Launching and Organization of Trade Negotiations in the GATT», 26 de septiembre de 1984, p. 4. Biblioteca digital del GATT, Universidad de Stanford, SPEC(85) 46.

[944] Hudec, *Developing Countries in the GATT / WTO Legal System*, p. 43.

[945] *Ibid.*, p. 35.

[946] Jennifer Bair, «Taking Aim at the New International Economic Order», en Mirowski y Plehwe, *The Road from Mont Pèlerin*, p. 359.

[947] Gottfried Haberler, «Integration and Growth of the World Economy in Historical Perspective», *American Economic Review* 54, n.º 2 (1964): pp. 14, 17.

[948] F. A. Hayek, *Los fundamentos de la libertad*, Madrid: La Unión, 1998, traducido por José Vicente Torrente.

[949] *Ibid.*

[950] F. A. Hayek, «The Economy, Science, and Politics (1962)», en *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, ed. F. A. Hayek, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1967, p. 251.

[951] *Ibid.*, p. 253.

[952] *Ibid.*, pp. 262-263.

[953] *Ibid.*, p. 263.

[954] *Ibid.*, 264.

[955] *Ibid.*, p. 263.

[956] *Ibid.*, p. 267.

[957] F. A. Hayek, «Recht, Gesetz und Wirtschaftsfreiheit (1963)», en *Freiburger Studien*, ed. F. A. Hayek, Tübingen: J. C. B. Mohr, 1969, p. 47.

[958] F. A. Hayek, *El orden político de una sociedad libre*, vol. 3 de *Derecho, legislación y libertad*, Madrid: La Unión, 1979, traducido por Luis Reig Albiol.

[959] *Ibid.*, p. 195.

[960] Giersch, Paqué y Schmieding, *The Fading Miracle*, p. 27.

[961] Hayek, «Recht, Gesetz und Wirtschaftsfreiheit», p. 55.

[962] *Ibid.*

[963] F. A. Hayek, «A New Look at Economic Theory: Four Lectures Given at the University of Virginia, 1961», en *The Market and Other Orders*, *ed. Bruce Caldwell*, Chicago: University of Chicago Press, 2014, p. 425.

[964] F. A. Hayek, «Der Wettbewerb als Entdeckungsverfahren», Kieler Vorträge, n.º 56 (1968).

[965] Hans Von der Groeben, «Competition Policy in the Common Market and in the Atlantic Partnership», *Antitrust Bulletin* 10, nos. 1-2 (1965): p. 129.

[966] *Ibid.*, p. 152.

[967] Von der Groeben, *The European Community*, p. 48.

[968] Hay mucha controversia sobre la naturaleza neoliberal de la política de competencia entre los especialistas en derecho de la Unión Europea. Ver, por ejemplo, Pinar Akman, «Searching for the Long-Lost Soul of Article 82EC», *Oxford Journal of Legal Studies* 29, n.º 2 (2009); Montalban, Ramirez-Perez y Smith, «EU Competition Policy Revisited», p. 21.

[969] Wolfram Kaiser, «Quo vadis, Europa? Die deutsche Wirtschaft und der Gemeinsame Markt 1958-1963», en *40 Jahre Römische Verträge: Der deutsche Beitrag*, ed. Ruldolf Hrbek y Volker Schwarz, Baden-Baden: Nomos, 1998, p. 195.

[970] Buch-Hansen y Wigger, *European Competition Regulation*, pp. 54-55.

[971] Antoine Vauchez, *Brokering Europe: Euro-Lawyers and the Making of a Transnational Polity*, Nueva York: Cambridge University Press, 2015, p. 60.

[972] Buch-Hansen y Wigger, *European Competition Regulation*, pp. 54-55.

[973] Vauchez, *Brokering Europe*, p. 60.

[974] Ernst Joachim Mestmäcker, «Auf dem Wege zu einer Ordnungspolitik für Europa», en *Eine Ordnungspolitik für Europa: Festschrift für Hans von der Groeben zu seinem 80. Geburtstag*, ed. Ernst Joachim Mestmäcker, Hans Möller y Hans-Peter Schwarz, Baden-Baden: Nomos, 1987, p. 11.

[975] Peter Behrens, «The Ordoliberal Concept of 'Abuse' of a Dominant Position and Its Impact on Article 102 TFEU», Discussion Paper, Europa-Kolleg Hamburg, Institute for European Integration, No. 7 / 15, 2015, http://hdl.handle.net/10419/120873.

[976] Ernst-Joachim Mestmäcker, «Power, Law and Economic Constitution», *German Economic Review* 11, n.º 3 (1973): p. 182.

[977] Ernst-Joachim Mestmäcker, «Offene Märkte im System unverfälschten Wettbewerbs in der Europäischen Wirtschaftsgmeinschaft», en *Wirtschaftsordnung und Rechtsordnung*, ed. Helmut Coing, Heinrich Kronstein y Ernst-Joachim Mestmäcker, Karlsruhe: C. F. Müller, 1965, p. 390.

[978] Christian Joerges, «The Science of Private Law and the Nation-State», in *The Europeanisation of Law: The Legal Effects of European Integration*, ed. Francis G. Snyder, Portland, Oregón: Hart, 2000, p. 69.

[979] Mestmäcker, «Offene Märkte», p. 348

[980] *Ibid.*, p. 353.

[981] *Ibid.*, p. 390.

[982] Mestmäcker, «Power, Law and Economic Constitution», p. 187.

[983] Ernst Joachim Mestmäcker, *A Legal Theory without Law: Posner v. Hayek on Economic Analysis of Law*, Tübingen: Mohr Siebeck, 2007, p. 40.

[984] Fritz W. Scharpf, «Economic Integration, Democracy and the Welfare State», *Journal of European Public Policy* 4, n.º 1 (marzo de 1997): p. 28.

[985] Ernst-Joachim Mestmäcker, «Competition Law in the European Economic Community», en *World Unfair Competition Law: An Encyclopedia*, ed. H. L. Pinner, Leyden: A. W. Sijthoff, 1965, p. 39.

[986] *Ibid.*, p. 73.

[987] *Ibid.*, p. 70.

[988] Ver Adam Harmes, «Neoliberalism and Multilevel Governance», *Review of International Political Economy* 13, n.º 5 (2006): pp. 725-749; E. U. Petersmann, «Multilevel Trade Governance in the WTO Requires Multilevel Constitutionalism», en *Constitutionalism, Multilevel Trade Governance and International Economic Law*, ed. Christian Joerges y Ernst-Ulrich Petersmann, Portland, Oregón: Hart, 2011. Para leer un artículo innovador que define el término de manera diferente, ver Gary Marks, «Structural Policy and Multilevel Governance in the EC», en *The State of the European Community*, ed. Alan Cafruny y Glenda Rosenthal, Boulder, Colorado: Lynne Rienner, 1993, p. 407. Para saber leer los diversos usos del concepto, ver Simona Piattoni, *The Theory of Multi-level Governance: Conceptual, Empirical, and Normative Challenges*, Oxford: Oxford University Press, 2010.

[989] Kowitz, *Alfred Müller-Armack*, p. 271.

[990] Mestmäcker, «Power, Law and Economic Constitution», p. 190.

[991] Mestmäcker, «Competition Law», p. 73.

[992] Mestmäcker, «Power, Law and Economic Constitution», p. 190

[993] Mestmäcker, «Offene Märkte», p. 391.

[994] Joerges, «Science of Private Law and the Nation-State», p. 79.

[995] Michelle Cini y Lee McGowan, *Competition Policy in the European Union*, Nueva York: St. Martin’s Press, 1998, p. 22.

[996] Von der Groeben, *The European Community*, p. 195.

[997] Mestmäcker, «Offene Märkte», p. 391. Aunque Vauchez tiene razón al afirmar que Carl Ophüls fue el primero en usar el término en referencia a la integración europea, Ophüls sostenía que todavía no existía esa «constitución económica europea». Vauchez, *Brokering Europe*, p. 59. Ver

C. F. Ophüls, «Grundzüge europäischer Wirtschaftsverfassung», *Zeitschrift für das gesamte Handelsrecht und Wirtschaftsrecht* 124 (1962): p. 137.

[998] Mestmäcker, «Power, Law and Economic Constitution», p. 190.

[999] Reinhard Behlke, *Der Neoliberalismus und die Gestaltung der Wirtschaftsverfassung in der Bundesrepublik Deutschland*, Berlín: Duncker und Humblot, 1961, p. 96.

[1000] Tamara Zieschang, *Das Staatsbild Franz Böhms*, Stuttgart: Lucius und Lucius, 2003, p. 177.

[1001] Behlke, *Der Neoliberalismus und die Gestaltung*, pp. 134-135.

[1002] Zieschang, *Das Staatsbild Franz Böhms*, p. 179.

[1003] Ver, por ejemplo, Ernst Rudolf Huber, *Wirtschaftsverwaltungsrecht*, segunda ed., dos vols., Tübingen: Mohr, 1953, p. 24; Gerber, «Constitutionalizing the Economy», p. 44.

[1004] Franz Böhm, *Die Ordnung der Wirtschaft als geschichtliche Aufgabe und rechtschöpferische Leistung*, Stuttgart: W. Kohlhammer, 1937, pp. 54, 56.

[1005] *Ibid.*, p. 56.

[1006] John Gray, *Hayek on Liberty*, Nueva York: Routledge, 1984, p. 34.

[1007] Hayek, «The Results of Human Action but not of Human Design» en *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, ed. F A. Hayek, pp. 96-105, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1967.

[1008] Mestmäcker, «Power, Law and Economic Constitution», p. 183.

[1009] Ernst-Joachim Mestmäcker, D*ie Vermittlung von europäischem und nationalem Recht im System unverfälschten Wettbewerbs*, Bad Homburg: Verlag Gehlen, 1969, p. 170.

[1010] *Ibid.*, p. 173.

[1011] Erich Hoppmann, «Zum Schutzobjekte des GWB», en *Wettbewerb als Aufgabe: Nach zehn Jahren Gesetz gegen Wettbewerbsbeschrankungen*, ed. Ernst-Joachim Mestmäcker, Bad Homburg: Gehlen, 1968, p. 78.

[1012] *Ibid.*, p. 97.

[1013] *Ibid.*, p. 90.

[1014] Erich Hoppmann, «Wettbewerb als Norm der Wettbewerbspolitik», *Ordo* 18 (1967): p. 84.

[1015] *Ibid.*

[1016] *Ibid.*, p. 92.

[1017] Mestmäcker, *Die Vermittlung von europäischem und nationalem Recht*, p. 173.

[1018] Mestmäcker, «Power, Law and Economic Constitution», p. 183.

[1019] *Ibid.*, p. 192.

[1020] Ernst-Joachim Mestmäcker, «Concentration and Competition in the EEC», *Journal of World Trade Law* 6 (1972): pp. 615-647, en la 621; la cursive es mía.

[1021] Röpke, «Uneasy Common Market», p. 195.

[1022] Christian Joerges, «The European Economic Constitution and Its Transformation through the Financial Crisis», *ZenTra Working Papers in Transnational Studies*, n.º 47 (2015): p. 10.

[1023] Gottfried Haberler, «Economic Consequences of a Divided World», *Review of Politics* 18, n.º 1 (1956): p. 10.

[1024] Hudec, *Developing Countries in the GATT / WTO Legal System*, p. 49.

[1025] Garavini, *After Empires*, p. 49.

[1026] *Ibid.*, p. 77. Ibid., 77. Sobre el Informe Haberler como punto de inflexión, ver también Andrew Lang, *World Trade Law after Neoliberalism: Reimagining the Global Economic Order*, Oxford: Oxford University Press, 2011, p. 45.

[1027] Haberler, «Integration and Growth of the World Economy», p. 20.

[1028] Gerard Curzon, «Crisis in the International Trading System», en *In Search of a New World Economic Order*, ed. Hugh Corbet y Robert Victor Jackson, Nueva York: Wiley, 1974, p. 37.

[1029] Haberler, «Integration and Growth of the World Economy», p. 21.

[1030] Gerard Curzon y Virginia Curzon Price, *Hidden Barriers to International Trade*, Londres: Trade Policy Research Centre, 1970, s. pag.

[1031] *Ibid.*

[1032] Harry G. Johnson, «World Inflation, the Developing Countries and an 'Integrated Programme for Commodities'», *Banca Nazionale del Lavoro Review*, diciembre de 1976, p. 335.

[1033] Martin Wolf, «An Unholy Alliance: The European Community and Developing Countries in the International Trading System», en *European Trade Policies and the Developing World*, ed. L. B. M. Mennes y Jacob Kol, Londres: Croom Helm, 1988, p. 45.

[1034] Gerard Curzon y Victoria Curzon Price, *Global Assault on Non-tariff Trade Barriers*, Londres: Trade Policy Research Centre, 1972, p. 3.

07

Un mundo de señales

«El orden no es un objeto». FRIEDRICH A. HAYEK, 1968
«El orden es adaptación». JAN TUMLIR, 1980

En 1970, la época de los imperios casi había terminado. Al margen de las colonias portuguesas en África y el persistente gobierno de las minorías blancas en gran parte del sur de África, el mundo de antiguos imperios en expansión había quedado segmentado en un mundo de Estados nación. La ola de descolonización transformó la afiliación de las organizaciones internacionales. El número de países de las Naciones Unidas había aumentado de los cincuenta y uno originales a ciento veintisiete, y los países africanos, asiáticos y latinoamericanos constituían una clara mayoría. En el transcurso de la década de 1960, los países en vías de desarrollo, organizados como el grupo de los 77 (G-77), pasaron de ser menos de la mitad de los miembros contratantes del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) a ser más de dos tercios.[1035]

Ni un asiento en la ONU ni una voz en el GATT suponían poder automático, pero la independencia nacional posibilitaba nuevas estrategias políticas. Envalentonados por el «poder de los productos básicos» que exhibieron los países árabes productores de petróleo en el embargo petrolero de 1973-1974, los países del sur global se unieron en lo que en 1976 el economista Mahbub ul Haq llamó un «sindicato de los países pobres».[1036] Blandiendo la soberanía estatal «como un escudo y una espada», utilizaron el foro de la Asamblea General de la ONU para aprobar

en 1974 resoluciones sobre un «Nuevo Orden Económico Internacional» (NOEI) y una «Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados», y exigieron justicia redistributiva, indemnizaciones coloniales, soberanía permanente sobre los recursos naturales, estabilización de los precios de los productos básicos, un incremento de las ayudas y una mayor regulación de las corporaciones transnacionales.[1037]

Los pensadores neoliberales creían que las preferencias comerciales «eurafricanas» de la Comunidad Económica Europea (CEE) para con los países poscoloniales demostraban que el colonialismo no había terminado de manera limpia. Los delegados del G-77 también argumentaban que los imperios no habían desaparecido con la soberanía formal. «Ahora se considera a las inversiones privadas, que en modelos pasados seguían a la bandera, como precursoras de ella, y el neocolonialismo taimado ha reemplazado al colonialismo descarado», observó en 1977 Jagdish Bhagwati.[1038] En un precoz e influyente tratado, Kwame Nkrumah, presidente de Ghana, escribió que la abdicación de la administración aniquilaba la necesidad siquiera de un ejercicio vacío de responsabilidad. El neocolonialismo era «la peor forma de imperialismo —escribió—: Para quienes lo practican, supone poder sin responsabilidad, y para quienes lo padecen, explotación sin compensación».[1039] El gobierno del *dominium* podía ser aún más espantoso que el del *imperium*.

El NOEI buscaba aliviar la sensación de impotencia aprovechándose de los votos de la ONU. La Declaración de 1974 sostenía que «los vestigios de dominación extranjera y colonial, ocupación extranjera, discriminación racial, *apartheid* y neocolonialismo» continuaban reproduciendo la desigualdad tras la independencia. Dada la patente negativa del norte global de cumplir con sus propios principios liberales mediante la práctica real del libre comercio en sectores clave, como la agricultura, hacía falta desviarse más de los principios liberales para justificar la desigualdad consecuencia de la trayectoria dependiente. Como lo expresó un delegado indio del

GATT, «la igualdad de trato no es equitativa más que entre iguales».[1040] Dado que esa igualdad no existía de manera real, los países del sur global tenían que garantizar el derecho a adaptar las normas o garantizar excepciones a ellas.

Inevitablemente, las exigencias del NOEI planteaban desafíos para el derecho internacional. Los principios existentes, como afirmó en 1973 cierto experto, restringían «la posibilidad de las medidas de descolonización económica interna que hacían falta para dotar de complemento económico a la independencia legal».[1041] En 1972, el jurista senegalés Kéba M'baye propugnó un «derecho al desarrollo», que fue adoptado en 1977 por la Comisión de Derechos Humanos y, en 1986, por la Asamblea General de la ONU.[1042] A mediados de la década de 1970, la Comisión de Derecho Internacional de las Naciones Unidas se puso a trabajar en artículos para dotar de peso jurídico a las exigencias del NOEI.[1043] El NOEI buscaba nuevos estándares jurídicos que permitieran desviaciones del libre comercio y facilitaran la nacionalización de propiedades extranjeras. Esas eran precisamente las infracciones del *dominium* que más temían los neoliberales.

La retórica del sur global se reflejaba en la práctica. Las adquisiciones de empresas estadounidenses en el extranjero alcanzaron su punto álgido con la declaración del NOEI. Entre 1967 y 1971 se expropiaron setenta y nueve empresas estadounidenses; entre 1972 y 1973, cincuenta y siete.[1044] En casi todos los casos los inversores recibieron una compensación igual a la incautación, pero la incertidumbre producida por la aparente desestabilización de las normas de propiedad privada era una preocupación generalizada en los círculos empresariales y gubernamentales del norte.[1045] Los detractores del NOEI querían ajustar las normas del sistema de comercio mundial en respuesta a la interrupción de la previsibilidad para los inversores extranjeros que ocasionaban tales movimientos. A fin de cuentas,

¿de qué servían las normas si el norte, en el poder, alardeaba de ellas y el sur las incumplía para compensar su relativa debilidad?

Como hemos visto, desde la década de 1930 los neoliberales de la Escuela de Ginebra opinaban que los imperios podían terminar siempre y cuando los derechos de propiedad privada —o lo que yo, adaptando el término de Hayek, llamo derechos *xénoi*— estuvieran protegidos en el mundo entero y la libre circulación de capitales y mercancías disciplinara el comportamiento de los Estados poscoloniales. Al extender la reivindicación de soberanía y autonomía del ámbito de las políticas al de la propiedad, el NOEI se oponía de manera frontal al modelo normativo neoliberal del doble gobierno. Al igual que ocurrió con la creación de las Naciones Unidas en el periodo inmediatamente posterior a la guerra, la ampliación del principio de la democracia al nivel internacional tras el final de la descolonización suponía una amenaza para el doble mundo del capitalismo global concebido por los neoliberales.

Los académicos han descrito que los neoliberales «la tomaron» contra el NOEI en la década de 1970 y defendieron lo que llamaron el «orden económico internacional liberal» frente a su contendiente ideológico.[1046] En conferencias, artículos y editoriales, los pensadores neoliberales presentaron lo que uno llamó «la causa contra el nuevo orden económico internacional».[1047] Gottfried Haberler, que había dejado su puesto en Harvard para convertirse en el primer académico residente del American Enterprise Institute, convocó una de esas conferencias en 1977. Declaró que el NOEI suponía una amenaza mayor que el comunismo o el resurgimiento del proteccionismo occidental.[1048] Quienes más lejos fueron en sus polémicas fueron el húngaro Peter T. Bauer, conservador economista de desarrollo y miembro de la Sociedad Mont Pèlerin (SMP), y Basil Yamey, alumno de W. H. Hutt, que alegaron que el NOEI no traería aparejada «la reducción de las miserias de la pobreza, sino la propagación del gobierno totalitario».[1049] Un economista estadounidense comentó que la

vehemencia de Bauer le hacía «imaginar que los sarracenos estaban en el Paso de Roncesvalles, la Horda de Oro en el Vístula y Solimán el Magnífico a las afueras de Viena, tal era la magnitud del peligro que el NOEI representaba para la civilización occidental».[1050]

El NOEI despertó en los neoliberales una ira desproporcionada contra el porcentaje del comercio mundial que representaban los países del G-77 o los medios a su disposición para implementar las resoluciones de la ONU, que eran esencialmente simbólicas. Al margen del producto básico del petróleo, de suma importancia, no tardaron en fracasar los intentos de construir consorcios mundiales de productos básicos, y en las capitales occidentales hicieron oídos sordos a las exigencias de compensaciones coloniales.[1051] Comprender la irritación significa reconocer que el NOEI no actuaba en solitario. Encontraron aliados entre influyentes economistas del norte y socialdemócratas movilizados por el NOEI. En la década de 1970, en solidaridad con el G-77, un cuadro fundamental de lo que un crítico contemporáneo llamó «reformistas globales» amplió a escala mundial sus ideas de planificación keynesiana.[1052]

La protésica extensión del razonamiento humano facilitada por las computadoras resultó esencial para aquella empresa. El primer intento asistido por computadora de ver el futuro de la economía mundial fue *The Limits to Growth* (Los límites del crecimiento), del Club de Roma, en 1972, que predijo graves consecuencias si no se reducía el consumo global y recibió muchas críticas por parte de muchos líderes del G-77 por, al parecer, extinguir las posibilidades de desarrollo y no discriminar entre las responsabilidades de las distintas regiones del mundo. El segundo informe del Club de Roma, publicado en 1974 como *Mankind at the Turning Point* (La humanidad en el punto de inflexión), era más compatible con las exigencias del G-77 y predecía una brecha creciente entre los países desarrollados y los países en vías de desarrollo sin un aumento de las ayudas.[1053] Se presentó en la ONU de forma explícita como un «marco de

referencia para la construcción de un Nuevo Orden Económico Internacional».[1054] Entre los reformistas globales se encontraba Jan Tinbergen, que había discutido con Haberler en la Sociedad de Naciones y ayudado a incorporar el lenguaje keynesiano al informe del GATT de 1958. En 1974, Tinbergen comenzó a investigar para el Club de Roma en apoyo a las exigencias del NOEI para la «remodelación del orden internacional».[1055]

En 1973, Wassily Leontief, economista ruso emigrado que había estudiado en el Instituto Kiel para la Economía Mundial, ganó el Premio Nobel de Economía por un modelo computarizado de la economía mundial. Al año siguiente, Leontief convocó una Junta Nacional de Planificación Económica y declaró que la economía de los Estados Unidos era «una máquina gigantesca e intrincada» en la que se podía intervenir con éxito.[1056] En 1976, dotó al plan de carácter global con la publicación del llamado Informe Leontief para la ONU en apoyo al NOEI.[1057] Los reformistas globales se solidarizaron con el G-77 y argumentaron que la economía mundial se podía «remodelar» de manera activa para arrojar resultados más equitativos mediante la combinación de computadoras, los datos correctos y una política ilustrada.[1058]

Oponerse a los proyectos mundiales tanto del NOEI como de los reformistas globales supuso una lucha formativa para los neoliberales de la década de 1970. Debido a lo que entendían como un mal uso de la soberanía estatal por parte del G-77, que trastocaba el orden económico mundial, los neoliberales buscaron formas de eludir la autoridad de los Gobiernos nacionales. A principios de la década de 1980, aquello se manifestó en una atención renovada a los modos de protección de la inversión y el arbitraje por terceros, junto con el replanteamiento de los criterios de las ayudas del Banco Mundial y del FMI que se conocería como el Consenso de Washington.[1059] Igual de importante fue el aumento del monetarismo, que culminó en el llamado *shock* Volcker de 1979, que incrementó de forma drástica los tipos de interés de los Estados Unidos —y,

con ello, los pagos del servicio de la deuda para los países del sur global—, lo que inició la crisis de la deuda del tercer mundo y asestó el «golpe mortal al movimiento NOEI».[1060]

Los académicos han rastreado el ascenso del Consenso de Washington y los cambios en las ideologías de la gobernanza monetaria de los Estados Unidos. Sin embargo, han pasado por alto la silenciosa contrarrevolución que el desafío del NOEI instigó en la propia Ginebra.[1061] En la década de 1970 y principios de 1980, un trío de expertos del GATT integrado por Jan Tumlir, Frieder Roessler y Ernst-Ulrich Petersmann aplicaron de manera explícita las ideas de Hayek para repensar el orden económico internacional y se convirtieron en los abanderados del neoliberalismo de la Escuela de Ginebra. Fue fundamental la idea del «orden estratificado», un isomorfismo que Hayek percibía desde el nivel de la cognición humana individual hasta en la sociedad en su conjunto. Los hayekianos del GATT ampliaron las ideas de Hayek sobre el orden para proponer una teoría de regulación y un constitucionalismo de múltiples niveles que adquirió influencia en la disciplina del derecho económico internacional, se fusionó en la década de 1970 y se expandió rápidamente en los años noventa. Sus ideas alimentaron una importante corriente intelectual que en 1995 hizo que el GATT se metamorfoseara en la Organización Mundial del Comercio (OMC).

La década de 1970 fue el marco de una dura confrontación de los imaginarios de la economía mundial. Mientras que el G-77 y los reformistas globales concebían una economía mundial de Estados nación en relaciones de desigualdad, dependencia y un intercambio cada vez más deteriorado producidas por el historial de colonialismo, los reformadores del GATT se inspiraban en Hayek para proponer una concepción de la economía mundial como un «sistema autoequilibrado homeostático»: un mecanismo de procesamiento de información con estratos de leyes evolucionadas que ayudaran a guiar a las señales de precios para dirigir el comportamiento de la gente.[1062] La cuestión del orden estaba en juego. Frente a la visión del

NOEI de un Estado final de justicia redistributiva, los neoliberales de la Escuela de Ginebra definían el orden como una relación en constante cambio, con una exposición a estímulos que requieren respuesta y adaptación en un futuro necesariamente incognoscible. Más que una simple acción de retaguardia para defender el *statu quo*, los neoliberales proponían un marco y una escala de valores para sostener la contradictoria afirmación de que «el orden es adaptación».[1063]

Según la versión de la interdependencia de la Escuela de Ginebra, quienes se saltaban las normas en los márgenes, como el NOEI, podían poner en riesgo el sistema en su conjunto y, por lo tanto, había que controlarlos. La solución de los neoliberales consistía en la legalización de las relaciones económicas internacionales en condiciones de igualdad formal para los Estados en el marco de un GATT reformado. La calibración de las normas a múltiples niveles sustituiría las exigencias del NOEI de igualdad sustantiva y trato preferente para los países más pobres. Basándose en la epistemología de Hayek, introdujeron lo que yo llamo «legalismo cibernético», que consideraba a todos los seres humanos como unidades dentro de un sistema autorregulado, para el que los legisladores tenían la responsabilidad primordial de transformar las normas del sistema en legislación vinculante. Radical por derecho propio, el sueño de los neoliberales de un nuevo orden económico internacional era una economía mundial de señales, un inmenso espacio de información transmitida mediante precios y leyes.

***Homo regularis* y la pretensión de conocimiento**

Comprender la particularidad del neoliberalismo de la Escuela de Ginebra requiere analizar las teorías de su figura más influyente, F. A. Hayek, que a menudo se entienden mal. Sus teorías de la década de 1970 fueron fundamentales al vincular el campo del derecho y la imposibilidad de conocer la economía. Los académicos llevan mucho tiempo sosteniendo

que la cibernética, la teoría de sistemas y la psicología eran los socios silenciosos (y a veces no tan silenciosos) de la epistemología de Hayek.[1064] Al igual que una rama del movimiento neoliberal se extendió hacia la Cámara de Comercio Internacional tras la primera reunión de la SMP en abril de 1947, otra se desplegó hacia la reunión de teóricos del sistema en el Foro Europeo de Alpbach, al que asistió Hayek en agosto de 1947 y donde entró en contacto con los principales expertos de la nueva ciencia.[1065] En la década de 1960, Hayek se volvió a cruzar con los teóricos del sistema en una conferencia durante el «Symposium on the Principles of Self-Organization» (Simposio sobre los principios de la autoorganización) y en otra reunión del Foro de Alpbach en 1968.[1066]

El trabajo de Hayek se acercó más a la teoría de sistemas en la década de 1970, cuando la combinó con su teoría de la jurisprudencia en su trilogía *Derecho, legislación y libertad*, publicada en tres volúmenes. Explicó su particular opinión en 1974, cuando aceptó el Premio Nobel de Economía un año después de que lo ganara Leontief por su modelo computarizado de la economía mundial, y seis meses después de la declaración del NOEI en la Asamblea General de la ONU. El discurso de Hayek fue la nota discordante en una década en la que la confianza en un futuro conocido estaba en su punto álgido. Hayek rechazó como una «pretensión de conocimiento» la aplicación de los métodos de las ciencias físicas a problemas de «sistemas complejos» como la sociedad y la economía. Citó *Los límites del crecimiento*, que utilizaba la simulación por computadora para advertir sobre la disminución de los recursos de la tierra, como ejemplo de un argumento ilegítimo bajo una pátina científica. Por el contrario, hizo hincapié en los límites del conocimiento. Valiéndose de las metáforas que llevaba usando desde la década de 1930, habló del mercado como de un «sistema de comunicación» cuyo mensaje final no podía predecirse. La propia competencia era un proceso de descubrimiento de conocimiento humano y de recursos terrenales infrautilizados. No se podía esperar usar

datos reales sobre el futuro para la planificación, solo «predicciones de patrones». Reconoció que aquello podía parecer un «desaprovechamiento» de la ciencia en la época de los grandes diseños, pero adujo que hacía falta una «lección de humildad» para defenderse del «dañino intento del hombre por controlar la sociedad».[1067]

Al igual que en el discurso inaugural que pronunció en 1962 en Friburgo, Hayek sostuvo que la economía mundial, o «catalaxia», era sublime. Funcionaba al margen de la razón, pero lo que él llamó el abuso de la razón podía abocarla a la ruina. Exigir una idea preconcebida de igualdad económica por perseguir el «espejismo de la justicia social» suponía anular la capacidad creativa de la competencia, encriptar las señales de precios del mercado y, en última instancia, erigirse en «destructor de una civilización que ningún cerebro ha diseñado, sino que se ha desarrollado gracias a los esfuerzos libres de millones de personas».[1068] La inviolabilidad de la economía mundial debía defenderse —por encima de las estadísticas, las matemáticas o incluso la percepción sensorial— frente «a la ilusión sinóptica» de exigencias como el NOEI.[1069]

El lenguaje de Hayek era lo opuesto al discurso de los reformistas globales. Sin embargo, aunque menospreciara la falacia de los modelos asistidos por computadora, se inspiró en la misma fuente de la teoría de sistemas. Desde el lenguaje de las «predicciones de patrones» hasta la cita a Warren Weaver, en su discurso de aceptación del Nobel Hayek no dio razones en contra sino a favor del pensamiento de sistemas. Lo dijo de manera explícita cuando en 1979 escribió en la introducción al tercer volumen de su trilogía *Derecho, legislación y libertad* que «era en gran medida el crecimiento de la cibernética y los temas relacionados con la información y la teoría de sistemas» lo que le había llevado a modificar sus categorías.[1070] Explicó que había adoptado la idea del «orden autogenerado» y la «estructura autogenerada» junto con el orden espontáneo; en lugar del orden en sí, solía usar «sistema», y sustituyó

«conocimiento» por «información». De hecho, aunque Hayek menospreciaba la aplicación de las computadoras a la política económica, concebía la economía mundial, tal y como han observado los académicos, como un enorme procesador de información que escapaba a la capacidad de la mente humana para inventar o entender.[1071]

La cibernética tiene su origen en la investigación militar de los sistemas autorregulados durante la Segunda Guerra Mundial, específicamente en el diseño de armas antiaéreas con los llamados servomecanismos, que podían seguir a un objetivo sin dirección humana. Con quien más se la asocia es con Norbert Wiener, que acuñó el término en 1947 y cuyo libro, que fue muy leído, contribuyó a popularizarla.[1072] Sin embargo, a pesar de la conexión de la cibernética con lo que Wiener llamó «comunicación y control» y de la posibilidad de supervisión total dentro de un sistema cerrado, el enfoque de Hayek consistía en ver la cibernética como una ciencia humilde, que evitaba la omnisciencia para identificar normas de acción y reacción a nivel micro, que solo se podían extrapolar al nivel macro. Hayek rechazó incluso el término «control» y propuso sustituirlo por una metáfora que recuperó en su discurso de aceptación del Nobel: «cultivo —en el sentido de que los agricultores o jardineros cultivan sus plantas—, en el que solo conocen y pueden controlar algunas de las circunstancias decisivas, y en el que los sabios legisladores o estadistas probablemente tratarán de cultivar en lugar de controlar las fuerzas del proceso social».[1073] La metáfora que equipara la política económica a la jardinería era uno de los muchos vínculos que había entre su pensamiento y el de Walter Eucken y Franz Böhm, colega de Friburgo de Hayek.[1074] De hecho, como he sostenido, la versión de pensar en sistemas de Hayek a menudo surgía como una variación de la tradición ordoliberal de «pensar en órdenes» liderada por Eucken.

Hayek elaboró su propia versión de la teoría de sistemas observando el papel que jugaban los humanos en una gama de sistemas complejos que,

según una frase que tomó de Adam Ferguson, pensador de la Ilustración escocesa, «son el resultado de la acción humana, pero no del diseño humano».[1075] Las personas buscaban a tientas el conocimiento sin llegar siquiera a aproximarse a la comprensión total. A lo máximo a lo que podían aspirar era a un conjunto de normas que no limitaran o transgredieran en exceso el orden general: «predicciones de patrones», como las llamó en su discurso de aceptación del Nobel. Léon Walras afirmaba que los precios se descubren palpando en la oscuridad, y Hayek opinaba que los humanos llegaban a las normas de un modo similar, en un proceso evolutivo de ensayo y error en el que sobrevivían las normas más efectivas mientras que otras pasaban a mejor vida. En la década de 1940 lo expresó en términos poéticos mediante una analogía entre el orden y «la manera en que se forman los caminos en una región accidentada y salvaje». «Al principio, todo el mundo buscará por su cuenta el que a su juicio es el mejor camino —escribió—, pero los caminos que se hayan transitado antes resultarán más fáciles de recorrer y, por lo tanto, habrá una probabilidad mayor de que se vuelvan a emplear; y así, gradualmente, surgen senderos cada vez más definidos que se empiezan a usar en detrimento de otros caminos posibles. Los desplazamientos humanos de un lado a otro de la región se ajustan a un patrón definido que, aunque sea fruto de las decisiones deliberadas de mucha gente, aún no ha sido diseñado de manera consciente por nadie».[1076] Una influencia importante en el pensamiento de sistemas evolutivos de Hayek fue Ludwig von Bertalanffy, un conocido contemporáneo que nació en Viena en 1901 y que desarrolló su propia rama de la teoría de sistemas, bautizada en 1937.[1077] Bertalanffy se esmeró en distinguir su «teoría general de sistemas» de la cibernética de Wiener, enfatizando los orígenes que compartía con Hayek en los estudios del Círculo de Viena de los años veinte.[1078] En la década de 1950, Bertalanffy fundó junto con el economista Kenneth Boulding una Sociedad de Teoría de Sistemas Generales y mantuvo correspondencia con Hayek acerca de *El orden*

sensorial, la monografía de este último sobre psicología.[1079] A diferencia de otros teóricos de sistemas, Bertalanffy no creía que la computadora fuese la herramienta privilegiada de conocimiento, y citó a Hayek al señalar que a menudo la «explicación por principio» era la única posible en sistemas complejos.[1080]

La esencia de la teoría de Bertalanffy radicaba en la propuesta de que existe un isomorfismo en los objetos de estudio de las diversas disciplinas, como la biología, la economía y la psicología. En un nivel básico, los principios y normas comunes vinculaban a todos los sistemas del mundo visible e invisible.[1081] Los sistemas eran un todo compuesto por partes en «interacción».[1082] Hayek adoptó la soltura con la que Bertalanffy alternaba entre escalas y fenómenos en sus analogías. Para él, la premisa del isomorfismo significaba que lo fundamental para un conocimiento más amplio era la metáfora, más que las matemáticas. Las percepciones cualitativas sobre la mente, el mercado y el cosmos se entremezclaban libremente como diversas instancias de lo que llamó órdenes emergentes o espontáneos, o sistemas complejos.

Uno puede aproximarse a la idea de sistema de Hayek imaginando una visita a la playa. Al vadear en las aguas poco profundas, ves acercarse un banco de pececillos que se desplaza en una esfera irregular y cambiante. El banco no está formado por hileras perfectamente alineadas, pero tiene coherencia como forma básica. A medida que te acercas, la esfera se disipa y se vuelve a formar antes de moverse en otra dirección. Para Hayek, el orden debía ser tan imprevisto y espontáneo como el movimiento de un banco de peces en el agua. Como afirmó en 1979, frente a los intentos contemporáneos de planificación global, «para explicar los aspectos económicos de los grandes sistemas sociales tenemos que tener en cuenta el curso de un riachuelo que fluye y se adapta constantemente como un todo a los cambios circunstanciales».[1083] Los intentos de coordinar tales movimientos por medios racionales fracasarán, y pueden disminuir la

fluidez y la capacidad de improvisación que garantizan el funcionamiento del orden. Erich Hoppmann, el sucesor de Hayek en Friburgo, desarrolló la metáfora y escribió sobre el vuelo en formación de V de los gansos. Aunque no se puede predecir el comportamiento de ningún ganso por separado, sí que se puede apreciar una norma sobre su orden general. Por lo tanto, «es posible predecir patrones».[1084] Ni siquiera los gansos conocen las normas: acatan la formación mediante el comportamiento aprendido y heredado.

Los orígenes de la idea de Hayek de «ignorancia constitucional» se remontan a la década de 1930, pero cuando de verdad desarrolló la teoría fue tras la Segunda Guerra Mundial. Unos meses después del final de las hostilidades, en una charla que dio en Dublín, Hayek afirmó que el comienzo del liberalismo consistía en entender los límites del conocimiento individual: «La actitud fundamental del auténtico individualismo es de humildad hacia los procesos por los cuales la humanidad ha alcanzado logros que no han sido diseñados ni entendidos por nadie y que trascienden, de hecho, la mente de las personas».[1085] Amplió esa noción en uno de sus artículos más conocidos, publicado el mismo año, y argumentó que no poseemos más que una pequeña cantidad de información mediada por el precio, lo que llamó conocimiento «abreviado […], una especie de símbolo».[1086] Al intercambiar mercancías y recursos en el libre mercado, hacemos uso de esa pequeña cantidad de información. La suma total de todas las decisiones individuales tomadas en todas partes —fundadas por la pequeña parcela de conocimiento del mundo que tiene cada cual— da como resultado una coordinación de recursos que resultaría imposible si lo acometiera una única persona. «El todo actúa como un solo mercado», escribió Hayek.[1087]

Como lo describió en la década de 1960, el problema del conocimiento tenía que ver con el retroceso infinito tanto en la escala micro como en la macro. Tanto los órdenes más pequeños como los más grandes que cupiera

imaginar se regían por principios similares. Como afirma cierto estudio, para Hayek «tanto la mente como el mercado son sistemas complejos».[1088] Otro señala que Hayek desdibujaba «el nivel en el que operaba su análisis, ya fuese el cerebro, las personas o los grupos».[1089] Una de las primeras experiencias adultas de Hayek fue pasar un invierno en un laboratorio de Zúrich cuando tenía veinte años durante el año siguiente a la Primera Guerra Mundial, ayudando a un anatomista a localizar las fibras nerviosas en el cerebro humano.[1090] Hayek se inspiró en aquella experiencia para elaborar ambas metáforas y para comprender la cognición. Con el fin de ilustrar la dificultad de comprender de verdad el sistema en acción, citó a los neurobiólogos que descubrieron que «durante unos minutos de intensa actividad cortical, el número de conexiones interneuronales que se establece realmente (contando también las que se activan más de una vez en diferentes patrones de asociación) podría ser tan elevado como la cifra total de átomos del sistema solar».[1091] Para Hayek, por lo tanto, la unidad de estudio menor no es la persona, sino la neurona, y la mayor unidad de estudio no es ni la nación ni tampoco el mundo, sino el cosmos. «Dentro del universo no hay sistemas cerrados en sentido estricto».[1092]

Como parte de su intento de demostrar la insuficiencia de las estadísticas y la opacidad de la motivación humana, en 1964 Hayek evocó la sorprendente imagen de rebaños de computadoras vagando por el paisaje. ¿Qué pasaría, preguntó, si «las computadoras fueran objetos naturales que encontrásemos en la cantidad suficiente […] y cuyo comportamiento quisiéramos predecir»? No solo necesitaríamos conocer su comportamiento, sino también la «teoría que determina su estructura» en su propia programación. Puesto que los humanos son «estructuras mucho más complejas» que las computadoras, no podemos tomar a la persona alegremente como unidad de estudio.[1093] La mente humana es tan compleja que se funde en un infinito incalculable, al igual que el universo.

Nunca alcanzaremos a observarnos a nosotros mismos de manera satisfactoria ni al nivel de la neurona ni al nivel de la galaxia.

Una de las propuestas fundamentales de Hayek, que resulta clave para comprender las transformaciones del neoliberalismo de la Escuela de Ginebra a partir de la década de 1970, es que el mercado se basa en respuestas *precognitivas* a las señales de precios. En una representativa declaración de 1963, afirmó lo siguiente: «El hombre no conoce la mayoría de las normas que rigen su comportamiento, e incluso lo que llamamos su inteligencia es, en gran medida, un sistema de normas que operan sobre él sin que las conozca».[1094] Esa deferencia hacia lo precognitivo o lo prerracional es lo que lo separaba de los modelos de elección racional y de expectativas racionales de los economistas de la Escuela de Chicago, que profesaban una fe mucho mayor en la posibilidad de los modelos matemáticos formales y las predicciones. Como explicó en su discurso de aceptación del Nobel, Hayek opinaba que aquellos intentos no solo eran presuntuosos, sino también engañosos. Lo mejor a lo que se podía aspirar era a la predicción de patrones, que ya era consustancial a la forma en que nos conducimos en el mundo. En 1964, Hayek escribió sobre «la capacidad intuitiva de nuestros sentidos para reconocer patrones»: «vemos y escuchamos patrones, así como acontecimientos individuales, sin tener que recurrir a operaciones intelectuales».[1095] Apelando, como Hoppmann, a la etología o estudio del comportamiento animal, señaló que «los experimentos con peces y aves […] demuestran que estos responden de la misma manera a una amplia variedad de formas que no tienen en común más que algunas características de lo más abstractas».[1096] Aquello lo llevó a creer que las reacciones básicas no implican simplicidad, sino una abstracción involuntaria, una habilidad innata de los animales —incluido el humano— para reconocer la complejidad sin caer en la cuenta de estar haciéndolo. «Sería mucho más apropiado calificar tales procesos como

“superconscientes” en vez de “subconscientes” —defendió—, porque rigen los procesos conscientes sin aparecer en ellos».[1097]

En una importantísima declaración informal que hizo durante la conferencia sobre cibernética de Alpbach celebrada en 1968, Hayek afirmó que «el orden no es un objeto», sino un «orden de acontecimientos».[1098] Su visión de la economía mundial es como el banco de peces: un compuesto de neuronas, una galaxia, un todo en constante adaptación que la mente humana nunca puede —ni debe— intentar reproducir. La única forma de descifrar los principios abstractos dentro del sistema era «mediante lo que los físicos llamarían una cosmología, es decir, una teoría de su evolución».[1099] «El problema de cómo se forman las galaxias o los sistemas solares —escribió— se parece mucho más al que tienen que afrontar las ciencias sociales que al de la mecánica».[1100] En relación al futuro, la capacidad de adaptación tiene que prepararse siempre para lo inesperado. En una evocadora analogía de su libro sobre psicología, publicado en 1952, Hayek propuso la metáfora de la hoja, que «para evitar que el ventarrón la haga trizas adopta la postura de menor resistencia».[1101] «Lo que llamamos conocimiento —escribió más tarde— no es, en última instancia, más que la capacidad [del hombre] de reaccionar a su entorno con un patrón de acciones que lo ayude a persistir».[1102] El sistema sobrevive, y conduce al orden, mediante los esfuerzos reflexivos de la gente de reproducirse y de reproducir la totalidad.

Al analizar la teoría de Hayek, uno se da cuenta de que el libre albedrío del agente del mercado es sorprendentemente limitado. Una metáfora a la que recurrió más de una vez es la de las limaduras de hierro «imantadas mediante un imán colocado bajo la hoja de papel sobre la que las hemos vertido». Las limaduras «actuarán y reaccionarán frente a todas las demás de tal manera que se colocarán formando una figura característica, cuya silueta general podemos predecir, aunque no podamos anticipar sus detalles».[1103] La conclusión que extraía de la analogía era que «no hace

falta que los elementos de tales órdenes espontáneos tengan “conocimiento” de las normas que rigen sus acciones».[1104] Otra eficaz metáfora que le gustaba era la de intentar recrear un cristal en el laboratorio. No se puede producir directamente el cristal «disponiendo todos los átomos de manera que formen la estructura cristalina o el sistema basado en anillos de benceno que integra un compuesto orgánico», escribió, pero «podemos generar las condiciones propicias para que se coloquen de esa manera».[1105]

Hayek defendía que los humanos no son tan diferentes como podría parecer de los componentes del cristal o de las limaduras de hierro. «En todo nuestro pensamiento, nos guiamos (o incluso nos regimos) por normas de las que no somos conscientes».[1106] Reconoció que el término «conocimiento» en sí mismo era engañoso. «Lo que llamamos conocimiento —señaló— es sobre todo un sistema de normas de acción asistidas y modificadas por normas que indican equivalencias, diferencias o varias combinaciones de estímulos».[1107] No acatamos las normas porque se fundamenten en un bien moral superior ni porque hayamos llegado a una conclusión mediante un proceso deductivo, sino porque observamos de manera inconsciente que han «garantizado la supervivencia de un amplio número de grupos o de las personas que las practican».[1108] «El hombre actuaba antes de pensar —escribió Hayek— y no entendía antes de actuar».

Quizá sea más preciso entender a Hayek como un defensor de la idea del *Homo regularis*, más que de la del *Homo economicus*: el primer mandamiento de los humanos no es maximizar las ganancias, sino reaccionar a los estímulos de acuerdo con las normas aprovechando al máximo las probabilidades de supervivencia. Los humanos, para Hayek, son «animales que acatan normas».[1109] Las normas, como los precios, son señales que se dirigen al individuo, a menudo a un nivel «superconsciente». La «conjetura neurosensorial» de Hayek ha sido explorada a fondo tanto por académicos que defienden su pensamiento como por académicos que lo critican.[1110] Lo que Philip Mirowski llama la «agnotología» de Hayek se

aprecia en la presunción de «ignorancia radical» de los agentes económicos en los textos de quienes pretenden explicar por qué el modelo de Hayek es incompatible con la «búsqueda racional», implícita en las variantes contemporáneas de la economía neoclásica.[1111]

Como dejan claro las metáforas anteriores, la idea de agencia es difusa en la obra de Hayek. Un académico habla de su «justificación instrumental de la libertad, [según la cual] esta es esencial para utilizar el conocimiento disperso, fragmentado y habitual o tácito».[1112] La libertad, según esa lectura, existe para descubrir normas nuevas y mejores. La desaparición del sujeto concuerda con la teoría de sistemas en general, en la que es el propio sistema el que se convierte en protagonista. Como explica cierto académico, «el foco de la causalidad» en la estructura de Hayek no es la persona, sino que «parece ser toda la red o sistema».[1113] Otro académico va un paso más allá y afirma que «un único sujeto está al nivel de todo el sistema de la humanidad y la historia».[1114] Para Hayek, la persona autónoma es un efecto ilusorio que depende de su relación con el todo y que, a su vez, depende de ese efecto ilusorio.

A estas alturas ya debería estar claro que de la metáfora más famosa de Hayek —«el camino de servidumbre»— lo que sorprende es lo poco hayekiana que es. La metáfora del camino es ajena al propio acervo de Hayek, en el que las vías más comunes son neuronales. Sus metáforas y ejemplos —de cristales, nubes, limaduras de hierro, tuberías y centralitas— ilustran redes radiales y ramificadas de interdependencia compleja caracterizadas por resultados inciertos y un conocimiento y una agencia limitados, en vez de rutas de intencionalidad de una sola vía. Para Hayek, la idea de un colectivo antropomorfizado que recorre con decisión un solo camino es, en sí misma, una monstruosidad cognitiva: la inversión de su idea normativa del orden. La centralización en «lo que llamamos un país o un Estado —escribió— es, en esencia, el efecto de la necesidad de hacer que esta organización tenga fuerza para la guerra».[1115] El problema, en

otras palabras, no es solo el destino —la servidumbre—, sino la forma de la propia metáfora: la nación como agente autónomo y unidad básica de la vida social.

Hayek suscribía la creencia de que el conocimiento de los economistas, los expertos y los legisladores era limitado. Según esa lectura, la principal amenaza para el orden no son los impulsos animales de nivel inferior, sino los impulsos racionales de nivel superior. El peligro no es tanto la ley de la selva, sino la de los ingenieros. La razón, si se usa mal, es enemiga del orden. Por lo tanto, se podría pensar que la propia cibernética —que viene de la palabra griega que significa «timonear»— sería la esencia del odiado «constructivismo» de Hayek, salvo que reconozcamos lo que yo vengo sosteniendo.[1116] Los neoliberales de la Escuela de Ginebra sí creían que hubiera una forma limitada de agencia dentro de la economía mundial. Veían a la gente «timoneada» por las exigencias de la división internacional del trabajo. Cuando esta funcionaba de manera adecuada, el mercado mundial era el timonel de los agentes humanos.

Franz Böhm, destacado ordoliberal, se inspiró en las metáforas cibernéticas de Hayek para contribuir a esclarecer esa idea. En su texto más importante de la posguerra, escribió que «el sistema de precios de mercado […] es el más mecánico o exacto de todos los sistemas de señalización creados por la sociedad».[1117] Citando a Hayek en lo relativo al orden, escribió: «El principio de evaluación está —si se me permite emplear una expresión del campo de la automatización y la cibernética— integrado en el mecanismo de dirección que se ajusta al programa. La condición previa para el desarrollo racional y ordenado es que todos los miembros de la sociedad estén subordinados de igual manera al mismo mecanismo de dirección».[1118] Tanto dentro de la «esfera biológica como de la social», escribió Hayek en un artículo fundamental, se forman «órdenes espontáneos» como «totalidades ordenadas porque cada elemento responde a su entorno particular de acuerdo con normas determinadas».[1119]

Para Hayek, Böhm y todos los neoliberales que vinieron después, la información más relevante para la reproducción del sistema en su conjunto son los precios. Como afirmó Hayek en una entrevista, uno de los errores del marxismo fue entender los precios como un reflejo de la mano de obra invertida en un objeto. En realidad, la principal importancia de los precios radica en algo que, usando un término de la cibernética, llamó su «efecto de retroalimentación negativa». «La función de los precios —afirmó— es decirle a la gente lo que debería hacer».[1120] Podríamos entender el núcleo de la filosofía de Hayek de la manera siguiente: «La aparente paradoja es que en el mercado las expectativas se cumplen en términos generales con eficacia precisamente mediante el incumplimiento sistemático de algunas expectativas. Así es como opera el principio de "retroalimentación negativa"».[1121] Hayek revela mucho en ese pasaje. Al final lo que se privilegia no es a la gente, sino el todo. La injusticia es un requisito práctico del sistema. «Los golpes inmerecidos de mala suerte», escribió, son «una parte inseparable del mecanismo de dirección del mercado: es la forma en la que opera el principio cibernético de la retroalimentación negativa para mantener el orden del mercado».[1122]

La propia arbitrariedad de los «inmerecidos golpes de mala suerte» aumentaba la presión sobre la gente para que se mostrase lo más receptiva posible a las señales de precios. La crucial importancia que tenía la figura del empresario para los neoliberales se entiende mejor por medio de este foco en el peligro. En un breve texto sobre los empresarios que escribió en 1947, Röpke los describió como «el nódulo del tremendamente complejo proceso de la economía de mercado: reciben los impulsos que les envían los consumidores y los traducen al tipo y volumen de producción correspondientes». En una metáfora extraordinaria que vale la pena citar en detalle, Röpke escribe que los empresarios controlan «un aparellaje eléctrico en el que entran mil corrientes que se deben volver a enviar en otra dirección y con otra forma. El destino económico particular de cada

empresario depende del correcto funcionamiento de este aparellaje eléctrico […], por lo que es precisamente en esta dependencia […] en la que radica la mejor garantía de que manejará el aparellaje con tanto escrúpulo, celo e inteligencia como el ingeniero de una locomotora eléctrica compleja en quien depositamos la misma fe y la misma confianza porque sabemos que el destino del tren es, al mismo tiempo, también el suyo».[1123] Los empresarios, que viven peligrosamente, ponen en riesgo la vida de los demás y, en el proceso, arriesgan la suya. Están, escribió Röpke, «subordinados a la soberanía del mercado».[1124]

Aunque Hayek menospreciaba a los ingenieros al estilo de los científicos que creen que la amplitud de la visión general que tienen de todo un sistema los capacita para construirlo ellos mismos, elogiaba a los ingenieros ferroviarios por razones similares a las de Röpke. En 1945 escribió que «el sistema de precios [es] una clase de maquinaria para consignar cambios o un sistema de telecomunicaciones que permite que los productores individuales no vean más que el movimiento de unos pocos indicadores —como podría mirar un ingeniero las manecillas de unos pocos diales— para ajustar sus actividades».[1125] En una metáfora casi idéntica de 1941, los ingenieros eran, en cambio, «los empresarios [que] pueden leer, por así decirlo, mediante algunos indicadores y en cifras simples, los resultados relevantes de todo lo que sucede en cualquier parte del sistema».[1126] Los ingenieros y los empresarios se convirtieron en los interruptores ideales de los circuitos del sistema de precios mediante la reducción de su agencia a la respuesta a los estímulos, en la precaria posición de quien conduce una locomotora que avanza a toda velocidad, una convulsa central eléctrica o una empresa capitalista.

Gracias a la exégesis anterior, extensa pero necesaria, debería quedar claro por qué el NOEI no podía constituir un orden en el sentido hayekiano. El orden no se perpetúa prescribiendo objetivos y estados finales deseados, sino que su perpetuación requiere que la gente —y los Estados— se rinda a

la sabiduría del sistema. Para Hayek, la forma más elevada de racionalidad es el sometimiento al conocimiento superior de las instituciones, que son a su vez la acumulación de estrategias exitosas determinadas mediante procesos de selección natural de largo recorrido. Había que preservar la ignorancia necesaria.

Sin embargo, ¿en qué situación deja esto al activista intelectual neoliberal que está deseoso de intervenir? En 1977, James M. Buchanan, miembro de la SMP, se quejó de que «insinuar, como parece hacer Hayek, que ni existen ni deberían existir pautas para evaluar a las instituciones existentes me parece un acto de desesperación en el entorno moderno».[1127] John Gray sostenía que Hayek nos pide que «nos encomendemos a todos los caprichos de la arbitraria caminata de la humanidad en el espacio histórico».[1128] ¿De verdad propone la versión de Hayek de la teoría de sistemas una especie de quietismo frente al mercado? ¿Cómo deben corregirse las evidentes desviaciones en un sistema de normas «superconscientes» y conocimiento limitado? Esas preguntas alcanzaron un punto crítico a finales de la década de 1970, cuando los neoliberales presenciaron lo que dos de ellos llamaron «el debilitamiento del orden comercial mundial», debido al NOEI y al viraje de los países industrializados hacia el «nuevo proteccionismo» de las restricciones voluntarias de las exportaciones, los acuerdos de comercialización ordenada y un sinfín de medidas que interpretaron como barreras comerciales.[1129] Curiosamente, una oportunidad fundamental para reconsiderar las posibilidades de la intervención posimperial —en teoría, frente al intervencionismo— llegó de uno de los últimos coletazos del Imperio británico: Hong Kong, colonia de la Corona.

La delgada línea del diseño intencional

La reunión general de la SMP que se celebró en Hong Kong en septiembre de 1978 fue la primera organizada fuera de Europa y Norteamérica. También fue especial porque brindó la oportunidad de celebrar de manera

anticipada el octogésimo cumpleaños del primer presidente de la sociedad, el mismísimo Hayek.[1130] Hong Kong era un ejemplo notable de la solución neoliberal en una forma básica: un modelo de economía de mercado no mayoritaria que limitaba la soberanía popular al tiempo que maximizaba la soberanía del capital con una elogiada política de libre comercio, una sólida ley de secreto bancario y un impuesto de sociedades bajo. En muchos sentidos, Hong Kong era la versión opuesta de las exigencias del NOEI y el sur global en la década de 1970. Uno de los oradores de una reunión de la SMP de 1974 observó que Hong Kong, al encontrarse en una «situación económica y política expuesta y dependiente», se veía obligado a mantener «un entorno propicio para las inversiones rentables».[1131] Mientras que el economista argentino Raúl Prebisch y la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe (CEPAL) hablaban de la «dependencia» como de un estado negativo del que había que huir, los neoliberales lo prescribían abiertamente para someter a los Estados a lo que Hayek, en la versión impresa del discurso que pronunció en Hong Kong, llamó «la disciplina de la libertad».[1132] Ni la ausencia de un gobierno representativo ni el estatus colonial de Hong Kong (ni, para el caso, la propiedad pública de todas las tierras) disuadieron a un periodista que cubría la reunión de describir Hong Kong como «la comunidad civilizada más libertaria del mundo».[1133] Lo admirable, de hecho, era su solución al perturbador problema de la democracia.

Mientras la SMP se reunía en Hong Kong, el Partido Comunista Chino estaba planeando su propia solución institucional para la República Popular de China. Por aquel entonces, la China continental en su conjunto no exportaba más que la pequeña colonia de Hong Kong. Las reformas de Deng Xiaoping iniciaron un proceso hacia el formato de capitalismo no mayoritario de China y fueron introduciendo poco a poco libertades comerciales sin ampliar la representación política. Se permitía el

mecanismo de precios sin que existiera el mecanismo de soberanía popular, es decir, las elecciones multipartidistas. En 1979, China abrió las primeras zonas de procesamiento de exportaciones del país en el delta del río de las Perlas, una región de excepción que estaba al margen de la estructura tributaria nacional y que en la década de 1990 se convertiría en una forma característica de desarrollo de estilo neoliberal.[1134]

Sin embargo, en 1970 ese futuro todavía quedaba lejos, y, en la década del NOEI, a los liberales la situación les parecía crítica. El discurso pronunciado en Hong Kong por George Stigler, presidente de la SMP, llevaba el título siguiente: «Why Have the Socialists Been Winning?» (¿Por qué han estado ganando los socialistas?). Para él, el problema principal era el mismo enigma de la democracia que los neoliberales alemanes llevaban diagnosticando desde la década de 1930 y los teóricos estadounidenses de la elección pública desde la década de 1960: el «proceso político tiene un profundo sesgo colectivista».[1135] Dada la posibilidad de que la postura neoliberal se hubiera convertido en una «visión minoritaria», Stigler preguntó: «Si lo que perseguimos es lo que muchos no desean, ¿no tendremos más éxito si tenemos eso en cuenta y buscamos instituciones políticas y medidas que nos permitan luchar por nuestros objetivos?».[1136] Vio un detalle positivo en la Proposición 13, una ley aprobada en California ese año que limitaba los impuestos a la propiedad y requería una mayoría de dos tercios para aprobar cualquier medida sobre los ingresos del Estado.[1137]

El discurso de Stigler se publicó en *Ordo*, la revista neoliberal más importante, y supuso un punto de inflexión en la aceleración de la búsqueda neoliberal de formas institucionales que explicaran las realidades democráticas pero que, aun así, fijasen resultados favorables para el mercado. En el mismo número, Buchanan presentó un plan de medidas similar a la Proposición 13 en un artículo titulado «Constitutional Constraints on Governmental Taxing Power» (Restricciones constitucionales sobre el poder fiscal gubernamental).[1138] La ventaja de la

reforma tributaria en un país federal como los Estados Unidos residía en la aplicación del mismo principio que hacía que Hong Kong prosperase como lugar de negocios: el Estado genera un clima de inversión más atractivo que anima a la gente a «votar con los pies o con sus recursos móviles».[1139] En la reunión de Hong Kong, W. H. Hutt conoció a varios sudafricanos a los que había invitado Hayek. Después de la reunión, inspirado tal vez por el llamamiento de Stigler a perfeccionar la solución neoliberal, escribió una carta de siete páginas a espacio sencillo al ministro de Finanzas sudafricano describiendo su plan para ponderar el voto de acuerdo con el tipo impositivo de cada persona.[1140]

A primera vista, el discurso de Hayek tenía poco que ofrecer al llamamiento de Stigler sobre el diseño institucional. A diferencia de la Proposición 13, no exigía mayores restricciones legislativas ni prohibía la redistribución por parte de los Estados. A diferencia de la propuesta de Hutt de voto ponderado, no ofrecía una hoja de ruta para vincular la riqueza con el poder democrático. Sin embargo, si se analiza con mayor detenimiento, lo que cierto asistente a la reunión de Hong Kong llamó la «crítica de la sociobiología» de Hayek contenía pistas sobre la aplicación de su trabajo a los proyectos de gobernanza económica mundial.[1141] El artículo de Hayek se titulaba «Las tres fuentes de los valores humanos» y se publicó como el epílogo de *El orden político de un pueblo libre*, el último libro de su trilogía *Derecho, legislación y libertad*, de 1970. Empezaba apelando directamente a las teorías contemporáneas de sistemas complejos y acusaba a sociobiólogos como E. O. Wilson de no ver más que dos fuentes de valores humanos: los genes y la razón humana. Hayek defendió que en el reservorio no genético y no racional de la cultura había un tercer factor: «una tradición de normas de conducta aprendidas que nunca se han inventado y cuyas funciones, por lo general, los individuos no entienden cuando actúan».[1142]

Los académicos aciertan al enfatizar la centralidad de las normas evolutivas, la espontaneidad y el «orden espontáneo» del pensamiento de

Hayek.[1143] Sin embargo, suelen pasar por alto el hecho de que Hayek no reemplazó un par (genes/razón) con otro (genes/tradición). Insistió en que había «tres capas de normas». En la primera capa estaban las normas instintivas inconscientes y relativamente constantes de la fisiología; en la segunda, las normas inconscientes y adquiridas de la tradición, y en la tercera, «además de todo esto», estaba «la delgada capa de normas que se adoptan o modifican de manera intencional para servir a propósitos conocidos».[1144] Las dos primeras capas de normas eran desconocidas, se parecían más a la «regularidad», como afirmó, y las cumplimos de manera inconsciente, lo mismo que una limadura de hierro sigue a un imán. Sin embargo, la «delgada capa» de normas superior consistía en «los productos del diseño intencional: esas eran las normas que hemos creado aplicando la razón y que "tenemos que hacer que se acaten"».[1145]

La estratificación tripartita de las normas de conducta de Hayek explicaba tanto la cognición individual como el sistema social en su conjunto. Como muchos de sus modelos, aquel se podía cambiar de escala con facilidad. En 1960, él mismo había establecido la analogía entre la mente y la sociedad: «Al igual que las fuerzas que rigen la mente, las fuerzas que instauran el orden social son una cuestión de múltiples niveles»; las «normas articuladas» solo podían funcionar porque operaban sobre la base de «creencias comunes» no expresadas.[1146] El sucesor de Hayek en la cátedra de Friburgo señaló que este mantenía las «normas de conducta individual en el sentido de la ley» como «la capa superior de una estratificación de normas que también comprende impulsos instintivos y tradición».[1147] Plantear estas normas conocidas, diseñadas de manera intencional y articuladas como una «delgada capa» o «solo la capa superior» puede dar la impresión de que aquellas sean prescindibles o insignificantes. Sin embargo, aunque la intervención principal de Hayek consistió en enfatizar las normas tácitas, también es cierto que, sin la «delgada capa» de normas articuladas en la parte superior de la jerarquía el

sistema entero de Hayek se desmoronaría y los humanos serían iguales a las termitas. Da igual lo «delgada» que sea: la capa de normas conscientes es necesaria para reproducir el orden social como tal. Por delgada que sea, lo que podríamos llamar la delgada línea del diseño intencional de Hayek es el eje de todo el sistema. Si la eliminamos, el orden se disuelve.

No cabe duda de que la mayoría de las referencias de Hayek al diseño son negativas; sobre todo, en su reiterada insistencia en que los órdenes son «producto de la acción humana, pero no del diseño humano». Sin embargo, es fundamental tener en cuenta que lo que él ataca son los intentos de elaborar un diseño completo. En las primeras páginas de su trilogía de la década de 1970, describe sin tapujos su propio proyecto como de «diseño constitucional».[1148] Aunque la capa superior de normas pueda ser delgada, Hayek la veía como el único lugar donde de verdad pueden intervenir los humanos: «Nuestro interés principal serán aquellas normas que, *puesto que podemos alterarlas de manera intencional*, se convierten en el instrumento principal con el que podemos influir en el orden resultante, a saber, las normas del derecho».[1149]

En este punto es útil recuperar la distinción entre planificación y diseño que ofreció el filósofo Garrett Hardin en un artículo de 1969 y que Hayek citó en el suyo de Hong Kong. Hardin definió la planificación como «la elaboración de planes sumamente detallados y rígidos». El diseño era «una especificación mucho más flexible y menos detallada de un sistema cibernético que incluye retroalimentaciones negativas, controles de autocorrección». Agregó que «la economía de mercado clásica es un diseño de ese tipo».[1150] Con independencia de si Hayek se inspiró o no directamente en Hardin en esa cuestión, la distinción ayuda a entender mejor los textos del primero. No es difícil argumentar que en lo que participó Hayek, en la década de 1970 en particular, fue en un proyecto de diseño de sistemas. El modelo de Hayek consiste en una economía de principios o «normas de conducta justa», como las llamó, derivadas de la

fisiología, la acumulación de la tradición humana y —el lugar donde actúan — la delgada línea del diseño intencional.

Por lo tanto, resulta engañoso afirmar que los textos de Hayek de la década de 1970 nos condenan a, como afirmó Gray, «un paseo azaroso». Hayek explica con todo lujo de detalles que «la colaboración recaerá siempre tanto en el orden espontáneo como en la organización intencional», calificando su proyecto como de diseño.[1151] Para muchos académicos, el foco de Hayek en los aspectos evolutivos, espontáneos e inconscientes del orden puede apartar la atención de la cuestión de que el derecho duro aprisiona el cosmos. Si se entiende de manera correcta, lo que Hayek quiere decir no es que no podamos diseñar en absoluto el sistema social, sino que no podemos diseñarlo por completo y que debemos diseñar una parte.

Al final del mismo volumen, Hayek pone un ejemplo explícito de cómo podría transponerse esa forma de pensar a escala global. Aunque se alude a menudo a sus textos de las décadas de 1930 y 1940 sobre la federación, los académicos apenas han concedido importancia a que retomara el tema en los años setenta. En 1979, en una sección que pedía «el destronamiento de la política», Hayek escribió: «En este siglo, nuestros intentos por crear un gobierno internacional capaz de garantizar la paz han abordado la tarea, en general, desde el ángulo equivocado: crear un gran número de autoridades especializadas que se ocupen de regulaciones particulares, en lugar de un *verdadero derecho internacional* que limite el poder de los Gobiernos nacionales de perjudicarse unos a otros. Si los valores comunes más elevados son negativos, no solo las normas comunes más elevadas deberían básicamente *limitarse a las prohibiciones*, sino también la máxima autoridad».[1152] En este punto, Hayek dio una indicación de cómo podían ampliarse a escala global sus teorías sobre el orden internacional, que llevaban más o menos latentes desde el final de la guerra. Un grupo de neoliberales hizo justo eso al revivir en Ginebra el pensamiento de Hayek. Tomaron represalias contra el G-77 empleando sus propias armas: su

solución frente al NOEI consistió en luchar contra el derecho mediante el derecho. La reforma del GATT se convertiría, en parte, en un laboratorio para el diseño hayekiano de sistemas a escala mundial.

El NOEI como error del sistema

En 1977, un año antes de la reunión de la SMP en Hong Kong, el GATT se trasladó a un edificio al que se rebautizó como Centro William Rappard, en recuerdo del empresario del movimiento intelectual neoliberal del Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales de las décadas de 1930 y 1940, cuya adinerada familia había donado el terreno en un principio. Una de las primeras actividades de los nuevos ocupantes fue quitar y cubrir los murales y azulejos que habían decorado el edificio cuando albergaba la sede de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). Enrollado y escondido en la caseta de un jardinero había un mural de Dean Cornwell, donado en 1956 por la American Federation of Labor (Federación Estadounidense del Trabajo), en el que aparecían secretarias ante paredes de catálogos de fichas, *brass bands* y maestras de escuela primaria flanqueando la imagen central de un trabajador que iba con el torso desnudo y ataviado con un delantal de herrero y grilletes rotos colgándole de las muñecas.[1153] Ocultos bajo los paneles de pared de lino había murales de Gustave-Louis Jaulme, encargados por la OIT en 1939, en los que salían figuras que se paseaban vestidas con prendas sueltas y llevando hojas de palma, que recogían fruta y se relajaban bajo el emparrado.[1154] También se borró una obra de azulejos de Delft, donados en 1926 por los sindicatos holandeses, en la que aparecía, traducido a cuatro idiomas, el fragmento del Tratado de Versalles sobre la dignidad del trabajo, que rodeaba a un estilizado trabajador vestido de rojo que se afanaba erigiendo los pilares del orden mundial tras la guerra. Dando muestras de la racialización de la visión alternativa del orden económico mundial que se había reemplazado, Pascal Lamy, director general de la OMC, bromeó más tarde sobre la eliminación de aquellas obras de arte: «Es

un poco como tomarles el relevo a unos inmigrantes en una vivienda de protección social».[1155] Para Olivier Long, director general del GATT en 1977, el arte era incompatible con el espíritu de su organización comercial.[1156] Como veremos, en lugar de una economía mundial de trabajadores, cuerpos, esfuerzo y ocio, la economía mundial del GATT era de señales de precios, normas y, como declaró Long en 1978, la «reafirmación del Estado de derecho en el comercio internacional».[1157]

Cuando se produjo el traslado, el GATT estaba en mitad de lo que un informe llamó «la guerra secreta de Ginebra», mientras las llamadas negociaciones de la Ronda de Tokio (1973-1979) trataban de replantear la institución de comercio mundial tras la caída de los imperios y la disolución de partes fundamentales del orden económico de la posguerra. Los Acuerdos de Bretton Woods habían terminado en 1971 en su forma original, cuando los Estados Unidos dejaron, de manera unilateral, de intercambiar dólares por oro. Para 1973, respondiendo en parte a la diligente persuasión de Haberler y otros neoliberales, los Estados Unidos permitieron que el dólar «flotase», dejando que su valor lo dictara la demanda del mercado (junto con intervenciones estatales dirigidas).[1158] A su vez, flotaron también muchas de las monedas del mundo, lo que dio comienzo a una era de una variedad de estrategias monetarias que abarcan desde tipos de cambio flexibles hasta «flotación administrada». Al mismo tiempo, el final de la autorización del FMI para los controles sobre la circulación de capitales trajo de nuevo los flujos de «dinero caliente» de la década de 1930, cuyo volumen se vio amplificado por la mayor conectividad mundial de las telecomunicaciones.[1159] Los nuevos flujos de inversión estaban al alcance de todos los países del mundo, pero la fuga de capitales también podía resultar punitiva si los inversores extranjeros desaprobaban políticas costosas, como la construcción de estados de bienestar domésticos por medio de una imposición superior.[1160] Los neoliberales como Haberler opinaban que la restricción era saludable, porque obligaba a los países

desarrollados a ver «el mantenimiento de la estabilidad cambiaria como algo que debe tener prioridad sobre todas las demás consideraciones».[1161] La precariedad de un territorio como Hong Kong podía y debía ser paradigmática para el mundo neoliberal tras los Acuerdos de Bretton Woods.

A primera vista, el GATT era un espacio insólito para una contrarrevolución legal neoliberal. Aunque todos sus directores eran abogados de formación, el método preferido en Ginebra era la diplomacia económica y la negociación *ad hoc*. El GATT ni siquiera tuvo oficina de asuntos jurídicos hasta 1983, cuando el Banco Mundial ya contaba con cien abogados en plantilla.[1162] La situación empezó a cambiar bajo la dirección del abogado Olivier Long, que había estudiado en Ginebra. En 1978, Long evocó el término «Estado de derecho» por primera vez en un discurso que dio en el Trade Policy Research Center (TPRC), un laboratorio de ideas con sede en Londres fundado en 1968 por el economista australiano Hugh Corbet.[1163] Long apoyaba la propuesta que el año anterior, en otro discurso en el TPRC, había planteado el abogado estadounidense John H. Jackson sobre la necesidad de desarrollar alguna manera de frenar la tendencia de los Gobiernos a «ignorar o esquivar las normas del GATT».[1164]

En la década de 1970, Jackson —que en 1969 había escrito lo que se suele llamar la «Biblia del GATT»— colaboró con la Sociedad Estadounidense de Derecho Internacional para reforzar lo que denominó la «endeble base constitucional» del GATT y salvar «las instituciones del sistema de comercio liberal, que se estaban desmoronando».[1165] También se le atribuyó haber inventado el derecho mercantil contemporáneo, así como ser la figura más importante del derecho económico internacional.[1166] Jackson consideraba que había dos fuentes principales de erosión del orden basado en normas. Por un lado, los países industrializados del norte estaban implementando una serie de medidas «neoproteccionistas» para defenderse de la competencia de economías emergentes como Japón; por

otro lado, el amplio grupo de países que se había descolonizado hacía poco disfrutaba «en la actualidad de un estatus mayoritario en muchas organizaciones, en las que las votaciones funcionan según el sistema de un país, un voto», y lo utilizaban para obtener exenciones del régimen basado en normas. Lo que podía parecer una saludable ampliación del principio democrático al nivel de la gobernanza internacional suponía, a juicio de Jackson, un obstáculo para el orden. «Prácticamente no hay ninguna posibilidad de que se desarrolle una autoridad legislativa importante en ningún organismo internacional actual que base sus procedimientos en el sistema de un país, un voto», afirmó.[1167]

Puede parecer fuera de lugar que Jackson arremetiese contra los países en vías de desarrollo, que eran agentes relativamente menores en términos de volumen comercial. Sin embargo, resulta de lo más representativo del naciente campo del derecho económico internacional y de la reforma del GATT de la década de 1970. El imaginario económico mundial de los países en vías de desarrollo —representados por la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (CNUCYD) y el G-77— era el «Otro» frente al cual se definía la reforma del GATT. La razón no era (o, en algunos casos, no era solamente) un vulgar neocolonialismo o supremacismo cultural, sino una reacción violenta a las concesiones que se había procurado el sur global en la década de 1960. Mediante la producción persuasiva de conocimiento, la diplomacia efectiva y la movilización colectiva, las naciones del sur global habían alcanzado primero la llamada Parte IV (1966) y más tarde el Sistema Generalizado de Preferencias (1971), que los liberó, de hecho, de las disciplinas del GATT. Ese era el núcleo de lo que se conocía como «trato especial y diferenciado» en el régimen comercial mundial para los países en vías de desarrollo.

Las victorias se recibían con poco entusiasmo. La exclusión de la agricultura del GATT supuso que las exportaciones primarias de muchos países del sur global siguieran teniendo que competir contra los subsidios y

el proteccionismo estadounidense y europeo. Sin embargo, los defensores de la reforma del GATT veían las concesiones a las demandas de desarrollo mixto como el indefendible núcleo de descomposición de la economía mundial basada en normas. Después de que la resolución de la crisis petrolera condujera a un vasto y nuevo mar de petrodólares que había que reciclar para los prestamistas del sur global a través de Wall Street y la City de Londres, la uniformidad de las condiciones a nivel mundial se volvió aún más acuciante. El TPRC y su revista interna, *The World Economy*, se convirtieron en los años setenta y principios de los ochenta en una cámara de compensación para las críticas al NOEI y las peticiones de reforma del GATT.[1168] Uno de los críticos más virulentos de aquel entonces fue Martin Wolf, del *Financial Times*, que era uno de los comentaristas económicos más influyentes de la época. Tras comenzar su carrera en 1971 en el Banco Mundial (donde redactó junto con Deepak Lal, el futuro presidente de la SMP, el primer informe sobre el desarrollo mundial), Wolf fue nombrado jefe de estudios del TPRC en 1981, y ejerció el cargo durante seis años antes de empezar a trabajar en el *Financial Times*.[1169] En el TPRC, Wolf criticó lo que llamó «el deseo de los países en vías de desarrollo de crear un mundo en el que un grupo de países cargue con la mayoría de las obligaciones y otro disfrute de la mayor parte de los derechos».[1170] Según sostenían Wolf y otros, los países en vías de desarrollo estaban debilitando el Estado de derecho al desvincularse de las disciplinas del GATT. Como afirma un informe de la TPRC de 1984 que Wolf ayudó a escribir, «los países en vías de desarrollo se han enzarzado en un ataque continuo a los principios liberales del sistema de comercio internacional».[1171] Frente al trato especial y diferenciado, el objetivo de los opositores del NOEI era promover la idea de una normativa para todos en la economía mundial.

Los tres reformadores más importantes del GATT en Ginebra eran partidarios del pensamiento hayekiano. El primero era Jan Tumlir, el jefe de la división de investigación entre 1967 y 1985, recordado por algunos como

el «filósofo residente» del GATT.[1172] Tumlir nació en Checoslovaquia en 1926 y estudió Derecho en Praga antes de emigrar en 1949. Después de pasar dos años en Alemania Occidental, se trasladó a los Estados Unidos, donde en 1964 se doctoró en Economía por la Universidad de Yale. Ese año asumió el puesto de investigador del GATT, y también dio clases en el Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales desde 1968 hasta que a los cincuenta y nueve años murió prematuramente de un ataque al corazón.[1173] La biblioteca del Instituto Universitario estaba en el Centro William Rappard, y la biblioteca de Tumlir, compuesta por varios cientos de volúmenes, sigue estando en el edificio que ahora alberga la sede de la OMC, y se la conoce como la «colección del legado de Jan Tumlir».[1174]

En la década de 1970, se unieron a Tumlir en el GATT dos abogados con quienes ayudaría a formular su teoría del orden internacional hayekiano. Frieder Roessler, nacido en 1939, se había licenciado en la Universidad de Friburgo, donde había estudiado con Hayek. Llegó al GATT en 1973, cuando tenía poco más de treinta años.[1175] Ernst-Ulrich Petersmann, nacido en 1945, también había estudiado con Hayek en Friburgo. Antes de unirse al GATT en 1981, había trabajado como asistente en el Instituto Max Planck de Derecho Público Internacional y Derecho Comparado de Heidelberg y había estado tres años trabajando en la oficina jurídica del Departamento de Comercio Exterior del Ministerio de Economía de Alemania. En su tesis, destacó a Tumlir y Hayek por haber ejercido una influencia fundamental en su pensamiento.[1176] A finales de la década de 1990, Petersmann se convirtió en uno de los practicantes y defensores con mayor visibilidad mundial del ámbito del derecho económico internacional.

Roessler y Petersmann, junto con Ake Linden, fueron los primeros miembros de la Oficina de Asuntos Jurídicos del GATT, creada en 1983. En 1989 Roessler se convirtió en el primer director de la División de Asuntos Jurídicos del GATT y «redactó el grueso de una serie de decisiones históricas sobre la transición del GATT a la OMC».[1177] Cierto académico

describe a Tumlir y a Petersmann (junto con John H. Jackson) como «los principales artífices intelectuales del GATT».[1178] Los abogados del GATT fueron dignos herederos de la Escuela de Neoliberalismo de Ginebra. Todos ellos daban clase o investigaban en el Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales. En su grupo también estaban Gerard Curzon, director del *Journal of World Trade Law* —que en 1966 asumió la cátedra de Röpke en el Instituto Universitario, tras la muerte de este último—, y su pareja, Victoria Curzon-Price, que daba clase en la Universidad de Ginebra y más tarde se convirtió en la primera —y, hasta la fecha, única— presidenta de la SMP. En la campaña para la reforma del GATT la facción de Ginebra trabajó codo con codo con la TPRC, que en 1977 lanzó su revista, *The World Economy*, con un editorial de Tumlir titulado «Can the International Economic Order Be Saved?» (¿Se puede salvar el orden económico internacional?).[1179] En 1975, Tumlir contactó con Hayek por primera vez personalmente para enviarle el borrador del texto. Explicó que *The World Economy* pretendía «dirigirse a los legisladores y al público político más que a los economistas», y que el «principal impulso intelectual» de su editorial nacía de la obra de Hayek.[1180]

En las décadas de 1970 y 1980, los neoliberales de la Escuela de Ginebra quisieron salvar el orden económico internacional mediante la creación de un sistema basado en normas para la economía mundial. Confiaban en contrarrestar la atmósfera de pragmatismo y compromiso que reinaba en el GATT y restaurar la coherencia de un orden liberal que se venía erosionando de manera constante desde la concesión de preferencias a los Estados primero coloniales y más tarde poscoloniales con el Tratado de Roma.[1181] Las desviaciones «eurafricanas» de los principios liberales se habían perpetuado durante la década de 1960, con la concesión de preferencias a los productos de los países en vías de desarrollo. Tras la adhesión del Reino Unido a la CEE en 1973, la Convención de Lomé de 1975 extendió su afiliación a cuarenta y seis Estados de África, el Caribe y

el Pacífico, reemplazando tanto las Convenciones de Yaundé anteriores como su homólogo británico, el Acuerdo de Arusha.

Roessler, un abogado que había estudiado en Friburgo, llegó en 1973 y le dijeron que la gente del GATT «no cree en el derecho. Cree en el pragmatismo».[1182] En 1978 Roessler explicó que su objetivo sería aplicar «a las relaciones económicas mundiales argumentos formulados por Hayek en un contexto más amplio».[1183] La cuestión era cómo calibrar el sistema de normas para permitir el correcto funcionamiento de las señales de precios cuando el orden económico mundial se estaba viendo alterado por «problemas de equidad distributiva».[1184] Como hemos visto, Hayek propuso tanto normas «espontáneas», lo que Roessler llamó «normas *de facto*», como leyes de diseño intencional, o lo que Roessler llamó «normas *de iure*». Aunque admitía la superioridad general de las normas espontáneas, Roessler se hizo eco del argumento de Hayek para el restablecimiento intencional de principios cuando el orden estuviera en peligro. Defendió la necesidad de una «transferencia de la toma de decisiones a los órganos judiciales o cuasijudiciales capaces de adoptar una visión a largo plazo», sugiriendo que el GATT era uno de esos organismos, que podía «administrar o interpretar las normas de acuerdo con principios generales».[1185] El propio GATT podía constituir lo que he llamado la delgada línea del diseño intencional.

Roessler creía que el sur global era el principal obstáculo de una organización más racional del sistema de comercio mundial. Las coaliciones de miembros contratantes del GATT con porciones minúsculas del comercio mundial estaban utilizando sus votos para bloquear o retrasar los cambios de la Carta; los países en vías de desarrollo, a su juicio, tenían «la llave de la legalidad».[1186] Además, los países del sur global estaban usando el lenguaje jurídico de manera proactiva en pos de sus reivindicaciones. Las preferencias que fijaron con el GATT eran un ejemplo de «principios convertidos en normas». La Declaración del NOEI fue aún

más estridente. Aunque las declaraciones de la ONU no eran vinculantes en términos técnicos, tendían a endurecerse con el tiempo: «Una vez que el principio se negocia y se recoge por escrito, sirve como referencia en los debates».[1187] La adopción de normas *de iure* por parte del sur global provocó que los países industrializados recurrieran cada vez más a las normas *de facto*, evitando por completo el foro de organizaciones internacionales. Aquellos enfrentamientos, causados por el activismo legal de los países poscoloniales y en vías de desarrollo, significaban que, como lo expresó Roessler mediante una cita de John H. Jackson, «si se lo mordisquea por los márgenes durante mucho tiempo, se puede hacer que desaparezca todo el tejido de una estructura jurídica».[1188]

El trabajo de Petersmann en la década de 1970 estuvo aún más definido que el de Roessler por la respuesta a la aparente usurpación del derecho internacional por parte de las naciones del sur global. En esa década, Petersmann escribió más de una docena de artículos sobre los aspectos jurídicos del NOEI. Escribió sobre la «nueva mayoría estatal» creada por la «aparición de más de ochenta nuevos Estados subdesarrollados en el curso de la descolonización, [y sobre] el dominio en la Asamblea General de la ONU de los más de cien países en vías de desarrollo».[1189] «El derecho económico internacional neoliberal», aseguró, se estaba viendo reemplazado por principios de redistribución y solidaridad, y el estado del bienestar y los «derechos humanos económicos y sociales» se estaban ampliando a escala mundial. «Los países en vías de desarrollo organizados como sindicatos —escribió— estaban exigiendo una revisión revolucionaria total del derecho económico internacional tradicional».[1190] El NOEI era un intento de «reemplazar los mecanismos descentralizados de la economía de mercado por las burocracias de planificación de la ONU (gestionadas por burócratas de los países menos desarrollados)», que había sido «rechazado con razón» por los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico.[1191] En resumen, la CNUCYD estaba

convirtiendo la «idea nacional del estado de bienestar en un mundo de bienestar “internacionalizado”».[1192]

De acuerdo con la lectura de Petersmann, «los países menos desarrollados y los países con comercio de Estado impiden un concepto sistemático y uniforme de la economía mundial y un sistema de derecho económico internacional reconocido universalmente».[1193] Las reivindicaciones del NOEI eran «una cornucopia de exigencias económicas y políticas individuales para las relaciones norte-sur que carecían de un concepto general de orden político».[1194] El medio para arremeter contra los principios liberales era el mismo que se temía desde 1945: el modelo de la ONU de un país, un voto. Petersmann se refirió a una «absorción electoral de otras instituciones de la ONU» que estaba forzando la aprobación de la ley del desarrollo.[1195] Al igual que Roessler, Petersmann reconocía que las resoluciones de la CNUCYD no eran vinculantes, pero también señaló que con el tiempo podían adquirir fuerza de ley: «Las resoluciones mayoritarias de los ahora más de cien países en vías de desarrollo podrían influir seriamente en el desarrollo del derecho internacional».[1196] La transformación del escenario mundial, que había pasado de ser un «pequeño club de países occidentales» en 1945 a contar con «un número mucho mayor de naciones que representan a civilizaciones diferentes», había ejercido presión sobre el carácter del propio derecho internacional.[1197] En particular, las demandas de «compensaciones por la culpabilidad colonial equivalían a una obligación fiscal internacional para los países industrializados».[1198]

La pregunta era «hasta qué punto se puede rehacer el derecho internacional consuetudinario universal […] a través de mayorías cambiantes, incluso en contra de la voluntad de cada uno de los Estados».[1199] Petersmann señaló que ya se había utilizado la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados como argumento legal en la nacionalización libia de las concesiones petroleras estadounidenses.[1200] Al

igual que para los neoliberales en la década de 1950, la nacionalización de las propiedades extranjeras era una preocupación primordial. Como actos de lo que Petersmann llamó «descolonización económica interna», la incautación de propiedades extranjeras confundía la soberanía política con la económica.[1201] También era un ejemplo de ello la descolonización, en la que el «derecho a la autodeterminación» se había convertido en una realidad «contra la resistencia de los poderes coloniales».[1202] Si el derecho a escapar de los imperios podía convertirse en un derecho, ¿por qué no se podía renunciar a todo el aparato de normas existentes? «[¿Están] los más de ochenta países en vías de desarrollo, que desde 1945 se han declarado independientes, sujetos al derecho económico internacional general preexistente, incluso en contra de su voluntad?».[1203] En la década de 1970, la respuesta parecía ser un no rotundo. El mundo se estaba rehaciendo, junto con el derecho consuetudinario internacional.

A los abogados del GATT les pareció necesario intentar frenar esos avances. Petersmann utilizó una cita de Hayek como epígrafe de un artículo: «La esencia del pensamiento jurídico […] es que el abogado se esfuerce por dotar de coherencia a todo el sistema».[1204] Petersmann afirmó que su metodología consistía en «pensar en órdenes», y que derivaba de lo que la escuela neoliberal de Eucken, Böhm, Röpke y Hayek llamó *Ordo*».[1205] Citó obras sobre cibernética para señalar que el «análisis de sistemas» revelaba que las excepciones a los «mecanismos de normas a menudo solo se entienden en el marco de la estructura total del sistema» y «pueden tener efectos secundarios no deseados en otras partes».[1206] Desviaciones aparentemente intrascendentes, en otras palabras, ponían en riesgo las «capacidades de reacción en el sistema», lo que tenía consecuencias en la propia economía mundial.

Según la visión de Petersmann, influida por la cibernética, había que vigilar el complejo sistema en los márgenes, donde podían originarse los errores. Las infracciones de las normas del GATT por parte de los países en

vías de desarrollo constituían precisamente tales desviaciones. Escribió sobre el peligro del «pluralismo» en el «derecho económico mundial», que recogía un conjunto de normas para el norte y otro conjunto para el sur.[1207] En un artículo de 1977 escrito en colaboración con Tumlir, la División de Investigación del GATT hizo una observación similar y señaló que «una vez que se percibe que cualquier infracción exitosa de las normas sienta un precedente, tanto en el país como en el extranjero […], una acumulación de tales precedentes puede debilitar todo el orden de la actividad, intrincadamente especializada pero coordinada».[1208] Para esos pensadores, la mayor amenaza para la integridad del sistema comercial mundial en la década de 1970 era el activismo de sus agentes económicos menos poderosos, la mayoría de los cuales acababan de nacer como países tras una historia de imperialismo. Al proponer nuevas reglas de juego en lugar de adherirse a los preceptos liberales de una época anterior, los agentes del sur global amenazaban con paralizar todo el sistema.

El más importante del trío de expertos hayekianos del GATT era Tumlir, el mayor de ellos. Compartía la obsesión de los estudiantes de Hayek de concebir el NOEI como un error del sistema global y lo describía como un «desarrollo degenerativo» del orden económico mundial.[1209] No tardó en darse cuenta de por qué las circunstancias cambiantes de la década de 1970 hacían que los países en vías de desarrollo hubieran adquirido importancia, al margen de su creciente mayoría en las organizaciones internacionales. En una charla pronunciada en 1974 en el TPRC, que se publicó como editorial en un periódico, Tumlir explicó el dilema que planteaba la resolución de la crisis del petróleo (con la cuadruplicación de los ingresos): ¿dónde iba a ir toda esa liquidez adicional? Llegó a la conclusión de que el único resultado no inflacionario consistiría en invertir petrodólares en el sur global, que estaba sediento de capital, para estimular proyectos de industrialización. En la viñeta de Michael Heath, que acompañaba el editorial, aparecía la grotesca caricatura de un hombre árabe que lanzaba a un mendigo con

turbante y nariz aguileña —que representaba el sur global— una moneda que llevaba grabada el signo de la industria. Tumlir argumentó que los países industrializados se beneficiarían de surtir de «equipamiento, maquinaria, ingeniería y conocimientos de gestión a esta nueva y cuantiosa inversión» y, por lo tanto, «tendrían la oportunidad de ganar petrodólares sin cortarse el pescuezo los unos a los otros».[1210]

En la esquemática (y racista) viñeta no figuraban las estaciones de paso más importantes de la ruta que iba de Oriente Medio al sur global —Wall Street y la City de Londres—, donde el sector de servicios financieros desempeñaría un papel fundamental a la hora de dirigir la inversión hacia el sur. En opinión de Tumlir estaba claro que, si el sur global recibía una nueva y generosa reserva de capital de inversión, les correspondería a ellos aún más adherirse a las normas que garantizarían la previsibilidad a los inversores. El editorial de Tumlir apareció a principios de febrero de 1974. La declaración del NOEI se aprobó en la Asamblea General de la ONU menos de tres meses después, lo que sugiere que el G-77 no tenía intención de cooperar con las viejas normas, sino que quería redactar las suyas.

Cuando intervino con motivo del octogésimo cumpleaños de Hayek, Tumlir arremetió contra la destructiva arrogancia del sur global. El NOEI, afirmó, expresaba «la confianza en el poder de autorreforma y autorregulación intencional de las sociedades modernas». Aquello no era positivo, sino negativo: «Los países no solo afirman estar decidiendo su propio futuro en el marco de un orden global; ahora que hay que trascender el propio orden, el mundo se [está] movilizando para decidir su futuro en el orden del universo».[1211] Tumlir creía que la coalición G-77 de países pobres estaba cometiendo el mismo error que Walter Lippman había detectado en la década de 1930 y que Hayek llevaba diagnosticando desde entonces. Estaban sucumbiendo a la atracción de la «omnipotencia y omnisciencia», la creencia equivocada de que se puede cambiar el mundo de verdad. Lo que más le molestaba a Tumlir era la apropiación del término

«orden». Como señaló, la palabra tiene dos significados: «Existe el orden de los resultados observados (las calles son seguras y los precios, estables)», pero «en un sentido más analítico, se utiliza el concepto para señalar al conjunto de normas e instituciones que producen la regularidad y el orden observados».[1212] El objetivo del orden no consiste en dar a la gente lo que quiera, sino en evitar que tomen lo que quieran y, de esa manera, destruyan el sistema en su conjunto. Su apodíctica frase podía funcionar como el eslogan de toda la Escuela de Neoliberalismo de Ginebra: «Las normas internacionales protegen al mercado mundial de los Gobiernos».[1213] La economía mundial debía defenderse de los propios Gobiernos, que a su vez debían protegerse de su irresponsable población, a la que no movía más que el interés.

Tumlir sostuvo que, si obedecían aquellas normas, los Estados estarían también defendiendo su soberanía de las codiciosas fuerzas internas. En 1981 hizo la afirmación siguiente: «El orden económico internacional [podría actuar] como un medio adicional para afianzar la protección de la soberanía nacional frente a la erosión interna».[1214] Ese año citó también a Mestmäcker: «El problema radica en cómo estructurar, u ordenar, la economía para que no se convierta ni en siervo ni en amo del Estado».[1215] Mediante la adopción de normas vinculantes, los Estados se salvarían sin dejar de defender la economía mundial. Se asumía como algo natural el hecho de que tal soberanía no significara una autonomía ilimitada, sino un sometimiento a las fuerzas del mercado mundial. En un replanteamiento fundamental de la categoría principal del NOEI, Tumlir sostenía que el orden no era estabilidad ni equidad: «el orden es adaptación».[1216] Al igual que en la metáfora de Hayek de la hoja que se adapta a los cambios del viento, prosperar —y sobrevivir— requería estar abierto a cambios constantes. Un texto del que fue coautor como jefe del equipo de investigación del GATT lo expresaba de la manera siguiente: «La adaptación al cambio es una condición necesaria del crecimiento

económico; de hecho, el proceso de crecimiento es poco más que una secuencia de adaptaciones».[1217] En resumen, el «orden» del NOEI no era más que «una negativa a adaptarse».[1218] En conjunto, los reformadores del GATT consideraban que las demandas del G-77 de redistribución y trato especial y diferenciado producían aberraciones en el sistema uniforme de normas, lo que podía conducir al catastrófico colapso del mecanismo de la economía mundial. Orden significaba adaptación continua en el marco de un sistema, y el papel de los legisladores e instituciones consistía en transformar las normas del sistema en legislación vinculante. Lo que se necesitaba no era solamente un guardián de la constitución económica, sino del sistema homeostático.

La calibración del orden estratificado

A principios de la década de 1980, Tumlir reflexionó sobre el problema del orden económico mundial en el siglo XX. Haciéndose eco de Röpke y de Hayek, escribió que con anterioridad a 1914 «el orden funcionaba sin que se entendiera del todo». Aunque esa espontaneidad informal era el mejor orden posible, no podía reproducirse con facilidad. Aquello quedó claro cuando «los mismos hombres que administraban el orden económico internacional antes de 1914 se vieron incapaces de volver a instaurarlo tras 1918».[1219] Tumlir observó que Robbins y Hayek habían planteado sus planes federales en la década de 1930 como una primera solución. Junto con otros liberales de entreguerras, entre los que se encontraban los ordoliberales Böhm y Eucken, se dieron cuenta de que «el nacionalismo tenía una tendencia inherente a subvertir la política económica de los Estados democráticos en un juego de suma cero».[1220] Tumlir adoptó su idea de que las masas apresan al Estado bajo las condiciones de la democracia. Pasado ese punto, el Estado «deja de ser un gobierno y se convierte en el escenario de combates de gladiadores de intereses organizados».[1221] «Mientras que los fracasos del mercado se perciben de

manera ocasional —señaló Tumlir, usando una frase que empleaban los teóricos contemporáneos de la elección pública—, el *fracaso del gobierno* es generalizado y cuantioso».[1222]

La conclusión de Tumlir, que compartía con Petersmann y Roessler, se hacía eco de la de Stigler en Hong Kong. Al preguntar por qué estaban ganando los socialistas, admitió que quizá sencillamente la propia lógica de la democracia podía conducir al socialismo. «Aunque el funcionamiento del orden económico depende de la consistencia interna de sus normas generales, el proceso político democrático se ocupa en gran medida de garantizar excepciones para grupos particulares».[1223] Así, eludir el socialismo o evitar que el Estado se convirtiera, en su fragmentación, en la «presa» de grupos de interés individuales, así como defender la seguridad y la movilidad del capital, requerían de una solución institucional. Tumlir recordó que la solución de Robbins y Hayek a ese presunto fracaso del Gobierno —con lo que se refería al fracaso del Estado en la protección de la economía mundial— pasaba por una «autoridad internacional […] dotada de poder efectivo para crear normas, juzgar en función de ellas y hacer cumplir las decisiones».[1224] Sin embargo, su error era la falta de medios adecuados para hacer cumplir esas normas en los países de la federación que oficialmente seguían siendo soberanos.

Los federalistas neoliberales de la década de 1930 se habían mostrado optimistas acerca de la buena fe de los países ilustrados que se daban cuenta de que les convenía ceñirse a las normas mundiales. A Tumlir, el acuerdo posterior a 1945 le pareció acorde a esa situación. Los países aceptaban las normas, obedecían las pautas de los Acuerdos de Bretton Woods y se ceñían en gran medida a las normas del GATT. En cierto sentido, lo veía como una justificación de la esperanza de Hayek y Robbins en un federalismo ilustrado. Esa «reintegración temporal de la economía mundial era, por lo tanto, el resultado de la nueva disciplina que regía la conducta de las políticas económicas nacionales. Los Gobiernos aceptaban esta disciplina

como normas internacionales acordadas».[1225] El punto de inflexión crítico después del cual ese modelo dejó de ser viable fue el fin de los imperios europeos de ultramar. Los problemas habían surgido, señaló, «cuando la descolonización aumentó sobremanera el número de países independientes, que llegaron a reclamar todo tipo de exenciones de las disciplinas» del orden internacional de la posguerra.[1226] Al otorgar esas excepciones, los países industriales aceptaron de manera implícita la visión de que «la disciplina […] era un lujo que solo podían permitirse los ricos; que, de hecho, suponía un obstáculo para el crecimiento económico».[1227] El trato preferente de los antiguos países coloniales, la Parte IV del GATT y la no reciprocidad eran aspectos de la concesión del norte de que el auténtico camino hacia la modernización pasaba por la protección de la industria naciente, las transferencias benevolentes y el derecho a incumplir las normas.

En la conferencia sobre el NOEI que dio Haberler en 1977 en el American Enterprise Institute, Tumlir advirtió sobre los «aterradores» paralelismos con la década de 1930.[1228] Tanto en el periodo de entreguerras como en la década de 1970, el paso en falso consistió en lo que Tumlir, citando a Karl Popper, llamó «“la falacia de la soberanía”, el concepto de soberanía como poder ilimitado, omnipotente en la práctica».[1229] Una vez más se aprecia que la intervención neoliberal consistió en un llamamiento a pensar de manera holística —en términos de órdenes mundiales— y a cobrar conciencia de las condiciones de interdependencia compleja. Lejos de valerse de la retórica de la libertad personal, las advertencias de Tumlir recurrían a la retórica de la Escuela de Ginebra, inspirada en Hayek, de los límites a la libertad inherentes al funcionamiento de la totalidad, o lo que llamó los «costes de la interdependencia», según los cuales «hay que sacrificar ciertos objetivos nacionales legítimos […] en aras de la disciplina del orden internacional».[1230]

Utilizando las ideas de la teoría de sistemas, los reformadores del GATT creían que el desvío de las normas era contagioso y se perpetuaba por imitación. Como afirmó Tumlir: «Cuando las normas que constituyen el orden internacional se contemplan como un obstáculo para el crecimiento, el orden se vuelve difícil de defender. Y termina cuando el país líder comienza a reclamar excepciones a las normas que ha inducido a otros a aceptar».[1231] A pesar de que el volumen del comercio mundial era cada vez mayor —lo que se podría entender en términos generales como una señal de integración—, las desviaciones de la norma jurídica habían abocado al orden mundial a «un estado avanzado de desintegración».[1232]

Tumlir llegó a la solución mediante un cambio de escala. Adoptó el llamamiento que había hecho Böhm en la década de 1930 para que se hiciera una «elección» decisiva de una «constitución económica», pero dio el paso, que el abogado alemán no había dado, de transponer aquel método a la escala internacional.[1233] En un ensayo rebosante de admiración, Tumlir señaló la escasez de las referencias del jurista alemán a «la matriz internacional» e insistió en que «una constitución económica no está completa sin una teoría de la política económica exterior y su consiguiente control jurídico».[1234] Propuso llevar la idea de Böhm en dos direcciones de aplicación práctica. La primera era desarrollar «una teoría (y una articulación vinculante) de derechos privados con respecto de las transacciones extranjeras». Esto recuerda a los debates anteriores de este discurso acerca de la creación del derecho internacional privado como un dominio global defendible con independencia de la jurisdicción nacional. En ese ámbito se pueden situar el derecho internacional de inversiones y la idea de una nueva *lex mercatoria*. La segunda dirección consistía en desarrollar «una teoría de anclaje adecuado en el derecho interno de los acuerdos internacionales y las normas en materia de políticas establecidas por la diplomacia económica».[1235] En ese punto Tumlir introdujo la que sería su contribución duradera al diseño institucional del neoliberalismo de

la Escuela de Ginebra: utilizar tribunales y constituciones nacionales como medio para asegurar los derechos del capital en los sistemas jurídicos nacionales.[1236]

Como todos los neoliberales, Tumlir reconocía que para que el mercado ejerciera su saludable disciplina hacía falta un marco extraeconómico. «El sistema internacional de comercio y pagos como tal no puede ejercer disciplina sobre los Gobiernos soberanos, en el sentido de obligarlos a acatar con sus acciones las normas del sistema».[1237] Conviene recordar en este punto la burla de Röpke hacia el «juridicismo» que implicaba que los países obedecieran los códigos implantados a nivel internacional y litigados en La Haya, la ONU u otros lugares. La solución de Tumlir era distinta y más radical: el derecho no se elaboraría entre países, sino dentro de ellos; no en la frontera, sino «más allá de la frontera», como se conocería. El sistema no dependía en última instancia de un esfuerzo internacional, sino de un «esfuerzo *nacional* activo para ajustarse a él y mantenerlo».[1238] Dado que «la crisis actual [no] era económica […], sino política», el poder judicial era un medio para eludir la interferencia de las entidades elegidas de manera democrática. «Los tribunales son la agencia que puede aplicar a las decisiones legislativas las normas acordadas a nivel internacional», escribió.[1239] Serían los tribunales nacionales y no los internacionales los que hiciesen cumplir el derecho económico mundial. Los tribunales ofrecían la plataforma y la solución necesarias a la «infracción constitucional» que ellos mismos habían permitido que se produjera.[1240]

Al buscar una manera para teorizar sobre un orden restaurado, Tumlir indagó en un lugar que a nivel superficial parece curioso: la idea de Hayek de normas de conducta estratificadas. Hayek había descrito un sistema escalonado, con normas construidas como una delgada línea de diseño intencional, que descansaba sobre las normas espontáneas de la tradición y los impulsos fisiológicos del instinto. Tumlir describió la necesidad de diseñar normas en una serie de escalas «entre sistemas nacionales,

regionales e internacionales» como una «aplicación deliberada de la visión de Hayek sobre la estratificación del orden».[1241] El ensayo que citó era uno de los más desconocidos de Hayek; un ensayo que trataba cuestiones cibernéticas con la mayor franqueza, era característico en su isomorfismo y empezaba con la afirmación siguiente: «No importa […] si los miembros que componen los grupos son animales u hombres». Y en una nota al pie añadía: «ni si son organismos vivos o tal vez algún tipo de estructura mecánica reduplicante».[1242]

Según su propio testimonio, a Tumlir también lo influyó el texto que se ha analizado en páginas anteriores: un fragmento del final de la trilogía *Derecho, legislación y libertad* que Hayek había leído en Hong Kong en forma de discurso. En junio de 1979, antes de escribir sus textos sintéticos más importantes sobre el orden internacional, Tumlir escribió a Hayek para hablarle sobre el «magnífico final de su tercer volumen», que le había hecho cambiar de «opinión sobre varias cuestiones». «Resulta difícil imaginar —escribió— que haya alguien en este siglo o en los próximos cincuenta años que pueda aportar una base más profunda para una teoría de la justicia y el orden liberal».[1243] Tumlir dio muestras de aceptar los matices cibernéticos de Hayek cuando afirmó que «una economía, la política nacional bajo una constitución y el orden económico internacional pueden considerarse sistemas homeostáticos autoequilibrados».[1244] Para Tumlir, que Hayek se fijara en los problemas de la verticalidad y las formas federales por encima de los países complementaba el foco ordoliberal sobre la horizontalidad en el seno de la nación.[1245]

Tumlir no era el único que estaba reutilizando las teorías de Hayek. También Petersmann citó los estudios de este último sobre la estratificación de las normas de conducta para defender que «los principios y las normas están diseñados para influir en el comportamiento individual y para promover el "orden espontáneo" o los "órdenes dirigidos" de creación intencional, con el objetivo de permitir que los agentes económicos se

formen expectativas razonablemente correctas con respecto del comportamiento futuro de la gente (incluidos los funcionarios del gobierno) en la esfera económica».[1246] Su definición de la economía global se nutría considerablemente de metáforas cibernéticas. «Una división internacional del trabajo de gran alcance entre miles de millones de personas solo es posible si se confía, en gran medida, en las informaciones [*sic*] transmitidas por los precios de mercado espontáneos (como mecanismo de retroalimentación cibernética) y en los esfuerzos libres de millones de personas guiadas por normas generales en el marco del derecho nacional e internacional privado y público».[1247] Planteó que la idea de Hayek de una jerarquía vertical de capas jurídicas reflejaba tanto las formas históricas reales del orden económico —sobre todo, tras la Segunda Guerra Mundial — como un orden normativo y con aspiraciones.[1248] Resulta sorprendente que a principios de la década de 1980, antes de que los académicos hubieran identificado siquiera el papel de la cibernética en el pensamiento de Hayek, este y los expertos jurídicos del GATT escribieran sobre los sistemas jerárquicos de comunicación y conducta desde la misma perspectiva. En la obra de los expertos neoliberales de Ginebra, la metáfora multinivel empleada por Hayek para la cognición se amplió para reconsiderar el orden económico mundial.

Pero ¿cómo se podía conseguir que aquellos conceptos hayekianos tan abstractos resultaran operativos? ¿Cómo se podía garantizar el mecanismo de retroalimentación entre los sistemas nacionales e internacionales? La plantilla que adoptaron los reformadores del GATT fue el modelo europeo de gobernanza de múltiples niveles y la «constitución económica» descrita en el capítulo 6, según lo expresó Mestmäcker.[1249] Tumlir comparó la «debilidad» del GATT al proporcionar una «interpretación autoritaria de sus normas» con la solución «radical» de la CEE de crear un «derecho europeo uniforme». Lo fundamental era que «el derecho europeo común prevalece sobre la ley nacional de los Estados miembros».[1250] En términos

conceptuales, escribió, «esta es la forma más enérgica posible de implementar un orden supranacional. Sus normas son derecho genuino, están totalmente integradas en la legislación propia de los Estados miembros, las interpreta una única autoridad y crean reclamaciones de índole privada aplicables ante todos los Estados miembros para que cumplan con los compromisos asumidos».[1251] Lo que tenía de particular el derecho europeo era, en la jerga jurídica, que tenía un «efecto directo» en los Estados nación, lo que significaba que tanto los ciudadanos como las «personas jurídicas» (una categoría, y esto es crucial, que abarcaba a las empresas) podían apelar en los tribunales nacionales al derecho europeo; el hecho de que «el derecho común europeo prevalece sobre el derecho nacional de los Estados miembros» y de que los tribunales nacionales hicieran valer el derecho comunitario europeo hacía que aquella fuese la aproximación «más radical» al problema del orden interestatal.[1252] Para Tumlir, la capacidad inherente de la Comunidad Europea en su forma ideal para garantizar la fluidez de la transmisión de las señales de precios entre los niveles individual, nacional y supranacional la convertía en «un ejemplo casi perfecto del orden intermedio en el sentido hayekiano».[1253]

Para Tumlir, Petersmann y otros miembros del influyente grupo de redactores de la OMC, el objetivo era ampliar la «idea europea» del constitucionalismo neoliberal de la escala del continente a la de la economía mundial, convirtiendo a la OMC en una «constitución comercial» en la que el Órgano de Solución de Diferencias y el Órgano de Apelación actuaran como equivalentes del Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas.[1254] De acuerdo con el desarrollo del neoliberalismo de la Escuela de Ginebra, su idea se unía al pensamiento de Böhm y Hayek, y acercaba el decisionismo neoliberal y una visión de ejecutor jurídico fuerte a la construcción cibernética hayekiana del orden estratificado de múltiples niveles. Inspirados por su preocupación por la «degeneración» del orden comercial mundial provocada por el NOEI y sus efectos potencialmente

contagiosos, los reformadores del GATT trataron de hacer realidad el espíritu de la visión de Hayek calibrando un orden estratificado de normas de conducta justa en el que los precios, las leyes y los derechos actuasen como «señales e incentivos para la adaptación».[1255]

Aunque en 1985 Tumlir murió de manera repentina de un ataque al corazón y no vivió lo suficiente como para ver el fruto de algunas de sus ideas, Petersmann, su socio intelectual, fue una de las principales figuras que fomentó la idea de «constitucionalizar» la economía mundial en la disciplina del derecho económico internacional que había ayudado a crear, impulsando precisamente los problemas que Tumlir había identificado a finales de la década de 1980.[1256] La OMC que surgió a mediados de los años noventa no era exactamente como la imaginaban los reformadores. No obstante, al permitir algunos derechos que surtían efecto directo (en el caso de la propiedad intelectual) y pasar de hacer cumplir las cuestiones «en la frontera» del GATT a las cuestiones de «más allá de la frontera», entre las que se encontraban los servicios, los derechos de propiedad intelectual y los estándares laborales, ambientales y sanitarios, cumplía con algunas de las aspiraciones normativas del orden vertical estratificado.[1257] La historia que se cuenta en estas páginas no puede sustituir a la reconstrucción de la lucha de negociación y regateo que condujo a la creación de la OMC en 1995. El camino lleno de curvas que condujo hasta la OMC fue el de la diplomacia, la economía política y la política de poder, cuya pieza clave fueron, por encima de todo, los Estados Unidos.[1258] Sin embargo, en la descripción de la OMC como una herramienta de la política de poder estadounidense o un espacio para la negociación despojada de poder de los países en vías de desarrollo, se suele perder el espíritu de las ideas que motivaban la propia empresa. Lo que recuperamos en los escritos de los hayekianos del GATT es una genealogía de pensamiento que ligaba el imaginario económico mundial neoliberal de la década de 1920 con la década de 1990. Con respecto de mi relato, esta genealogía aporta el último

episodio de la búsqueda neoliberal del siglo XX de una solución institucional en un mundo que veían, como siempre, amenazado por los espasmos de la democracia y la creencia destructiva de que las normas mundiales se podían rehacer para plegarse a la justicia social.

* * *

Si la idea de «un mundo» había gozado de su minuto de gloria tras el final de la Segunda Guerra Mundial, disfrutó de una década de popularidad en los años setenta del siglo XX. Se produjo un auge de las visiones y modelos de la economía mundial en los círculos de expertos y en la cultura pública. La fotografía de la «canica azul» de la Tierra vista entera desde el espacio exterior, que apareció por primera vez en 1968, fue el símbolo del primer Día de la Tierra en 1970 y se terminó convirtiendo en una de las imágenes más reproducidas de todos los tiempos.[1259] En un discurso pronunciado en Ginebra en 1965, Adlai Stevenson, embajador de los Estados Unidos en las Naciones Unidas, acuñó una metáfora cuyo eco se escucharía durante la década siguiente. Imaginó a los habitantes de la Tierra como «pasajeros a bordo de una navecita espacial, dependientes de sus vulnerables reservas de aire y tierra; todos comprometidos con su seguridad y su paz para nuestra propia protección; preservados de la aniquilación únicamente por el mimo, el trabajo y, añadiré, el amor que dispensamos a nuestra frágil nave».[1260] La Tierra estaba descentrada a causa de la «horrible majestad del espacio exterior» y llamaba la atención sobre la precariedad de la existencia humana y la necesidad de cooperación mundial para garantizar la supervivencia de las especies.[1261]

En la década de 1970, las dimensiones y capacidades exactas de la «frágil nave» se tradujeron, mediante la aplicación de nuevas tecnologías, en cifras y pronósticos. Como afirmó en 1976 un funcionario de la ONU, «los modelos globales no necesitan más justificación que ser un producto natural e inevitable de la era de la computadora».[1262] En la década de 1970, los

econometristas respaldaron las peticiones del NOEI elevadas por los países del G-77. Los esfuerzos de los reformistas globales por otorgar autoridad científica a los proyectos de redistribución internacional culminaron en el informe «norte-sur» de 1980 de la comisión dirigida por Willy Brandt, el excanciller de Alemania Occidental, subtitulado «A Program for Survival» (Un programa de supervivencia).[1263] Mediante el conocimiento, los planes y las computadoras, argumentaron, se podía conseguir que en la nave espacial Tierra hubiera una mayor justicia social.

Algunos historiadores han empezado a hacerse eco del aumento de la conciencia planetaria y del esfuerzo de los economistas de izquierdas por colaborar con los líderes del sur global. Menos conocida resulta la historia que se cuenta en estas páginas sobre la oposición neoliberal a los esfuerzos del NEOI y el reformismo mundial asistido por computadora. Este capítulo ha presentado un hecho revelador: en el preciso momento en que una facción de la comunidad mundial de expertos argumentó que la economía mundial se podía ver, surgió un contramovimiento de neoliberales que insistía en que era invisible y que escapaba a la representación. El discurso de aceptación del Nobel de Hayek sobre la «pretensión de conocimiento» y su insistencia en la imposibilidad de conocer la economía mundial apuntalaron los esfuerzos de los reformadores del GATT para introducir el «Estado de derecho» a escala mundial. Lo hicieron apoyándose en una concepción de la economía mundial sin cifras. La economía mundial de la nave espacial Tierra —un dominio de volúmenes, cantidades y disparidades — desapareció para dar paso a una economía mundial hayekiana de señales.

Los neoliberales aceptaban la nación siempre y cuando hubiera un marco institucional más amplio que tuviera lo que Hayek llamó «potestad para decir que no». Cuando los países decían que no a tales acuerdos supranacionales, se convertían en «nacionalistas económicos» y se pasaban de la raya. Para los neoliberales, el NOEI internacionalista era un ataque al propio internacionalismo. Desde el punto de vista de la Escuela de Ginebra,

la nación debía reconocer la condición previa de su ubicación en el marco de las instituciones mundiales y los acuerdos legales, que consistía en gran medida en un sistema de restricciones. El NOEI parecía una nueva vuelta de tuerca para romper los lazos del neocolonialismo y llevar a cabo lo que Petersmann describió como «descolonización económica».[1264] Era un monstruo nacido de las pesadillas neoliberales: un jacobinismo, un sindicalismo y un igualitarismo globalizados que se burlaban de las instituciones de propiedad privada. El *pacta sunt servanda*, el nivel mínimo de trato, y los mandamientos del derecho económico transnacional eran normas que carecían de peso y que fueron desechadas en las declaraciones de 1974.

En un nivel más profundo, el NOEI representaba la amenaza de lo que Hayek llamaba «constructivismo». El NOEI no se tomaba en serio la importancia de la acción instintiva y la percepción cibernética de que el orden requería un marco neutral y uniforme de normas para que prevaleciera el equilibrio. Como se ha mencionado con anterioridad, Hayek opinaba que el peligro real no radicaba en la ley de la selva, sino en la de los ingenieros. En ese sentido, el NOEI no suponía un espasmo de tribalismo, sino un importante aumento periódico del sentimiento racionalista: no una «mau-mauización» de Occidente, como lo expresó Irving Kristol, sino una «sansimonización».[1265] Era la arrogancia y la sobreestimación del poder de la capacidad humana para rediseñar el derecho internacional por decreto. Había que defender el marco para la acción reflexiva de las campañas de acción racional.

Un académico sostiene que «en Ginebra, en la década de 1970, se oían entre bambalinas los débiles sonidos de un Nuevo Orden Económico Internacional».[1266] Para los neoliberales de la Escuela de Ginebra, los sonidos no eran para nada débiles. De hecho, ellos definieron su contraprograma en contraste con las estridentes reivindicaciones del sur global. El peligro de la movilización del sur global tras el fin de los

imperios radicaba en que la voluntad de la mayoría podía convertirse en una nueva norma, incluso en contra de los deseos de las potencias afianzadas. El NOEI planteaba la posibilidad de una continuación, y quizás una finalización, del proceso que había iniciado la disolución de los imperios europeos de ultramar: se temía la escandalosa perspectiva de una descolonización del derecho internacional. La falta de «orden» del NOEI era un problema que debía corregirse mediante la revocación de la intrusión de la ONU en la práctica jurídica internacional y el establecimiento de arbitraje y adjudicación vinculantes, incluidos los mecanismos de solución de diferencias que Roessler y Petersmann ayudarían a diseñar para la OMC. Frente al intento del G-77 de usar el derecho para sus propios fines, la Escuela de Ginebra luchó por recuperar el derecho como responsable del cumplimiento de la propiedad privada y la competencia. El programa neoliberal de la década de 1970 no hablaba de crecimiento, equilibrio óptimo, igualdad, justicia social o prosperidad, sino de la reproducción de un sistema complejo interdependiente: la defensa de la totalidad de la economía mundial frente al ataque de los nacionalistas, que amenazaba con generar una catástrofe de la magnitud de la década de 1930.

A finales de la década de 1970, la opinión general de los liberales de la Escuela de Ginebra del GATT, la principal institución internacional dedicada a la gestión del comercio, era que las «deformaciones» del sistema de precios no eran problemas económicos, sino políticos. A partir de 1977, se creía que la mejor manera de resolverlos era mediante procesos de constitucionalización modelados según la estructura de varios niveles de la Comunidad Europea. Mientras que Hayek «usa con frecuencia máquinas para ilustrar su teoría de la mente», como observa un académico, los neoliberales de la Escuela de Ginebra emplearon la teoría de la mente de Hayek para ilustrar el orden económico mundial.[1267] La incapacidad o falta de voluntad de Hayek para lidiar con las matemáticas y las estadísticas lo mantuvieron apartado de la senda principal que tomaron los economistas

que se inspiraron en la cibernética y el análisis de sistemas.[1268] En el neoliberalismo de la Escuela de Ginebra, la influencia de Hayek no se encuentra en el campo de la economía, sino en el del derecho. Al calibrar las instituciones humanas para que ofrecieran una resistencia mínima al movimiento de la señal de precios, la economía mundial podía convertirse —por utilizar los términos neoliberales— en un modelo de orden estratificado, con sistemas globales y subsistemas nacionales y regionales que funcionasen a la par para facilitar la transmisión de información y garantizar la previsibilidad en las transacciones comerciales. Una publicación del GATT, coescrita por Tumlir, mostró su buena fe cibernética en 1978 al exigir el «marco de leyes y de medidas que convierta el mercado en un dispositivo de señalización efectivo y que permita que la economía se guíe por esas señales».[1269] En lugar de la autonomía nacional bajo un NOEI y sus exigencias de redistribución, la Escuela de Ginebra ofrecía una visión isonómica: un derecho para la economía mundial que no distinguiera entre poblaciones o países más pobres y más ricos en términos históricos.

Los debates de Ginebra de las décadas de 1970 y 1980 revivieron los de Hayek y Robbins de los años treinta. En ambos momentos, la concepción neoliberal de la federación sostenía que la independencia nacional era aceptable siempre y cuando se sostuviera la totalidad. El «internacionalismo» tenía que prevalecer sobre los tratados comerciales, la inviolabilidad de los contratos y la propiedad. Si las naciones libres se ceñían a los vínculos del orden económico mundial, la descolonización no planteaba problemas. De hecho, incluso podría resultar útil la proliferación de territorios formalmente soberanos al multiplicar las jurisdicciones para la inversión y la innovación, lo que conduce a la presión sobre los Estados para que creen climas atractivos para el capital. Como afirmó Tumlir en el discurso que dio durante el cumpleaños de Hayek: «Los economistas ven el mundo, formado por muchos países soberanos, como un mercado competitivo para las ideas políticas».[1270] «Las empresas, y también las

naciones soberanas, continúan aprendiendo de los errores de las demás —señaló—. Esto, sugiere Hayek, ha sido la principal fuente de progreso de la humanidad, que en origen estaba estructurada en grupos ininteligibles entre sí por el idioma y el ritual».[1271] Lo que los críticos actuales han denominado el «Estado de competencia» se concibió en el mundo neoliberal como un nódulo de aprendizaje imitativo en una red hayekiana.[1272]

Los neoliberales veían con buenos ojos el cambio constante, que entendían como la condición necesaria de un mundo regido por la sabiduría superior, aunque opaca, del mercado. El orden no era un estado invariable, sino una adaptación, un proceso de aprendizaje a menudo doloroso. Era una doctrina de adaptación estructural, pero, de manera más específica, de adaptación *perpetua*. Era necesario ajustar las normas comerciales del sistema de múltiples niveles para que las señales pudieran circular con facilidad, creándose así las condiciones para que los agentes económicos individuales se contorsionaran eternamente y con flexibilidad ante los mensajes del mercado.

[1035] Robert E. Hudec, *Developing Countries in the GATT / WTO Legal System*, ed. rev., Londres: Rowman and Littlefield, 2007, p. 31.

[1036] Mahbub ul Haq, *The Poverty Curtain: Choices for the Third World*, Nueva York: Columbia University Press, 1976, p. 169.

[1037] Balakrishnan Rajagopal, *International Law from Below: Development, Social Movements and Third World Resistance*, Nueva York: Cambridge University Press, 2003, pp. 79, 82. Para leer sobre la historia de los primeros años de la ONU de la reivindicación de soberanía permanente sobre los recursos naturales, ver Nico Schrijver, *Sovereignty over Natural Resources: Balancing Rights and Duties*, Nueva York: Cambridge University Press, 1997, caps. 1-3. En los últimos años se ha renovado el interés académico por el NOEI. Para leer un resumen de su historia, ver *Humanity: An International Journal of Human Rights, Humanitarianism, and Development* 6, n.º 1 (primavera de 2015). Ver también Umut Özsu, «Neoliberalism and the New International Economic Order: A History of ‘Contemporary Legal Thought’», en *In Search of Contemporary Legal Thought*, ed. Christopher L. Tomlins y Justin Desautels-Stein, Cambridge: Cambridge University Press, 2017, pp. 330-347.

[1038] Jagdish N. Bhagwati, ed., *The New International Economic Order: The North–South Debate*, Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 1977, p. 3.

[1039] Kwame Nkrumah, *Neo-colonialism: The Last Stage of Imperialism*, Nueva York: International Publishers, 1965, xi.

[1040] N. Raghavan Pillai citado en Amrita Narlikar, *International Trade and Developing Countries: Bargaining Coalitions in the GATT and WTO*, Londres: Routledge, 2003 p. 55.

[1041] E. U. Petersmann, «Die Nationalisierung der chilenischen Kupferindustrie», *Wirtschaftsrecht* 3 (1973): p. 278.

[1042] Andrew Lang, *World Trade Law after Neoliberalism: Reimagining the Global Economic Order*, Oxford: Oxford University Press, 2011, p. 49; Daniel J. Whelan, «'Under the Aegis of Man': The Right to Development and the Origins of the New International Economic Order», *Humanity: An International Journal of Human Rights, Humanitarianism, and Development* 6, n.º 1 (primavera 2015): p. 224; Samuel Moyn, *The Last Utopia: Human Rights in History*, Cambridge, Massachusetts: Belknap Press of Harvard University Press, 2010.

[1043] Frieder Roessler, «The International Law Commission and the New International Economic Order (1979)», en *The Legal Structure, Functions and Limits of the World Trade Order*, ed. Frieder Roessler, Londres: Cameron May, 2000. El artículo se publicó originalmente bajo el seudónimo «Damian Hubbard» en *German Yearbook of International Law* 22 (1979): pp. 80-99.

[1044] Charles Lipson, *Standing Guard: Protecting Foreign Capital in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Berkeley: University of California Press, 1985, p. 98.

[1045] Noel Maurer, *The Empire Trap: The Rise and Fall of U.S. Intervention to Protect American Property Overseas, 1893–2013*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2013, p. 350.

[1046] Jennifer Bair, «Taking Aim at the New International Economic Order», en *The Road from Mont Pèlerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*, ed. Philip Mirowski y Dieter Plehwe, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2009; Özsu, «Neoliberalism and the New International Economic Order».

[1047] Herbert G. Grubel, «The Case against the New International Economic Order», *Weltwirtschaftliches Archiv* 113, n.º 2 (1977): pp. 284-307.

[1048] Gottfried Haberler, «The Liberal International Economic Order in Historical Perspective», en *Challenges to a Liberal International Economic Order*, ed. Ryan C. Amacher, Gottfried Haberler y Thomas D. Willett, Washington, D. C.: American Enterprise Institute for Public Policy Research, 1979, p. 44.

[1049] P. T. Bauer y B. S. Yamey, «Against the New Economic Order», *Commentary*, 1 de abril de 1977, p. 31.

[1050] Hollis B. Chenery citado en Amacher, Haberler y Willett, *Challenges to a Liberal International Economic Order*, p. 76.

[1051] Bhagwati, *The New International Economic Order*, p. 7. Para leer sobre la respuesta al NOEI, ver Daniel J. Sargent, «North / South: The United States Responds to the New International Economic Order», *Humanity: An International Journal of Human Rights, Humanitarianism, and Development* 6, n.º 1 (primavera 2015): pp. 201-216.

[1052] Craig N. Murphy, *Global Institutions, Marginalization, and Development*, Londres: Routledge, 2005, p. 34. La etiqueta «reformista global» procede de P. D. Henderson, «Survival, Development and the Report of the Brandt Commission», *The World Economy* 3, n.º 1 (1980): p. 107.

[1053] Mihajlo D. Mesarović y Eduard Pestel, *La humanidad en la encrucijada: segundo informe al Club de Roma*, México: Fondo de Cultura Económica, 1975, traducido por Miguel A. Cárdenas.

[1054] Sam Cole, *Global Models and the International Economic Order*, Oxford: Pergamon Press, 1977, prólogo sin paginar.

[1055] Kees van der Pijl, «The Sovereignty of Capital Impaired: Social Forces and Codes of Conduct for Multinational Corporations», en *Restructuring Hegemony in the Global Political Economy: The Rise of Transnational Neo-Liberalism in the 1980s*, ed. Henk Overbeek, Londres: Routledge, 1993, p. 36. Ver Jan Tinbergen et al., *Reshaping the International Order: A Report to the Club of Rome*, Londres: Hutchinson, 1977.

[1056] Wassily Leontief, «For a National Economic Planning Board», *The New York Times*, 14 de marzo de 1974.

[1057] Wassily Leontief, *El futuro de la economía mundial: un estudio de la Naciones Unidas*, México: Siglo XXI, 1977, traducido por Rosa Cusminsky de Cendrero.

[1058] Tinbergen *et al.*, *Reshaping the International Order*.

[1059] Ver Sarah Babb, *Behind the Development Banks: Washington Politics, World Poverty, and the Wealth of Nations*, Chicago: University of Chicago Press, 2009.

[1060] Hank Overbeek y Kees van der Pijl, «Restructuring Capital and Restructuring Hegemony: Neo-Liberalism and the Unmaking of the Post-war Order», en *Overbeek, Restructuring hegemony*, p. 19. Ver también Bair, «Taking Aim», pp. 360-361; Martijn Konings, «Governing the System: Risk, Finance, and Neoliberal Reason», *European Journal of International Relations* 22, n.º 2 (2016): pp. 268-288; Greta R. Krippner, *Capitalizing on Crisis: The Political Origins of the Rise of Finance*, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2012.

[1061] El relato autorizado de Robert Hudec, aunque es excelente y culto, fue un encargo del Centro de Investigación de Política Comercial neoliberal y, por lo tanto, no era una observación externa, sino, más bien, un agente de la propia contrarrevolución. El libro estaba dedicado a la memoria de Jan Tumlir. Robert E. Hudec, *Developing Countries in the GATT Legal System*, Londres: Rowman and Littlefield, 1987.

[1062] Jan Tumlir, «Need for an Open Multilateral Trading System», *The World Economy* 6, n.º 4 (1983): p. 407.

[1063] Tumlir, «National Sovereignty, Power and Interest», *Ordo* 31 (1980): p. 24.

[1064] Ver, por ejemplo, William N. Butos y Thomas J. McQuade, «The Sensory Order, Neuroeconomics, and Austrian Economics», en *The Oxford Handbook of Austrian Economics*, ed. Peter J. Boettke y Christopher J. Coyne, Nueva York: Oxford University Press, 2015, p. 616; Bruce Caldwell, «F. A. Hayek and the Economic Calculus», *History of Political Economy* 48, n.º 1 (2016): p. 176; Paul Lewis, «The Emergence of 'Emergence' in the Work of F. A. Hayek: A Historical Analysis», *History of Political Economy* 48, n.º 1 (2016): p. 113; Gabriel Oliva, «The Road to Servomechanisms: The Influence of Cybernetics on Hayek from the Sensory Order to

the Social Order», *CHOPE Working Paper no. 2015-11*, Durham, Carolina del Norte: Center for the History of Political Economy, 2015; David G Tuerck, «Economics as Mechanism: The Mind as Machine in Hayek's Sensory Order», *Constitutional Political Economy* 6, n.º 3 (1995): p. 281. Para leer uno de los primeros análisis de la influencia de la psicología en el pensamiento de Hayek, ver John Gray, *Hayek on Liberty*, Nueva York: Routledge, 1984.

[1065] P. A. Lewis, «Systems, Structural Properties, and Levels of Organisation: The Influence of Ludwig von Bertalanffy on the Work of F. A. Hayek», *Research in the History of Economic Thought and Methodology* (de próxima publicación): p. 11, http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.2609349.

[1066] *Ibid.*, p. 18.

[1067] F. A. Hayek, «The Pretence of Knowledge (1974)», en *New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas*, ed. F. A. Hayek, Chicago: University of Chicago Press, 1978.

[1068] *Ibid.* F. A. Hayek, *El espejismo de la justicia social*, vol. 2 de *Derecho, legislación y libertad*, Madrid: La Unión, 1979, traducido por Luis Reig Albiol.

[1069] F. A. Hayek, *Normas y orden*, vol. 1 de *Derecho, legislación y libertad*, Madrid: La Unión, 1979, traducido por Luis Reig Albiol.

[1070] Citado en F. A. Hayek, *Derecho, legislación y libertad*, Madrid: La Unión, 1979, traducido por Luis Reig Albiol, xviii-xix.

[1071] Philip Mirowski, *Never Let a Serious Crisis Go to Waste: How Neoliberalism Survived the Financial Meltdown*, Nueva York: Verso, 2013, p. 54.

[1072] Peter Galison, «The Ontology of the Enemy: Norbert Wiener and the Cybernetic Vision», *Critical Inquiry* 21, n.º 1 (otoño de 1994): p. 232. Ver Norbert Wiener, *Cybernetics: Or Control and Communication in the Animal and the Machine*, Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 1948.

[1073] F. A. Hayek, «Degrees of Explanation (1955)», en *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, ed. F. A. Hayek, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1967, p. 19.

[1074] Viktor Vanberg, *The Constitution of Markets: Essays in Political Economy*, Nueva York: Routledge, 2001, p. 46.

[1075] F. A. Hayek, «The Results of Human Action but not of Human Design», en Hayek, *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, pp. 96-105.

[1076] F. A. Hayek, «Scientism and the Study of Society (1942–44)», en *Studies on the Abuse and Decline of Reason: Text and Documents*, ed. F. A. Hayek, Chicago: University of Chicago Press, 2010, p. 104.

[1077] Lewis, «Systems, Structural Properties, and Levels of Organisation», p. 6.

[1078] Ludwig von Bertalanffy, *Teoría general de los sistemas: fundamentos, desarrollo, aplicaciones*, México: Fondo de Cultura Económica, 1976, traducido por Juan Almela.

[1079] *Ibid.*

[1080] *Ibid.*

[1081] Ludwig von Bertalanffy, «An Outline of General System Theory», *British Journal for the Philosophy of Science* 1, n.º 2 (1950): pp. 137-139.

[1082] Von Bertalanffy, *Teoría general de los sistemas*.

[1083] F. A. Hayek, *El orden político de un pueblo libre*, vol. 3 de *Derecho, legislación y libertad*, Madrid: La Unión, 1979, traducido por Luis Reig Albiol.

[1084] Erich Hoppmann, «Die Interdependenz der Ordnungen», *Ordo* 49 (1998): p. 6

[1085] F. A. Hayek, «Individualism: True and False (1945)», en *Individualism and Economic Order*, ed. F. A. Hayek, Chicago: University of Chicago Press, 1948, p. 32.

[1086] F. A. Hayek, «The Use of Knowledge In Society (1945)», en Hayek, *Individualism and Economic Order*, p. 86.

[1087] *Ibid.*

[1088] Paul Lewis y Peter Lewin, «Orders, Orders, Everywhere . . . On Hayek's The Market and Other Orders», *Cosmos and Taxis* 2 (2015): p. 15.

[1089] Philip Mirowski, «On the Origins (at Chicago) of Some Species of Neoliberal Evolutionary Economics», en *Building Chicago Economics: New Perspectives on the History of America's Most Powerful Economics Program*, ed. Robert Van Horn, Philip Mirowski y Thomas A. Stapleford, Nueva York: Cambridge University Press, 2011, p. 262.

[1090] Lewis, «The Emergence of 'Emergence'», p. 120.

[1091] F. A. Hayek, «The Theory of Complex Phenomena (1964)», en *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, ed. F. A. Hayek, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1967, p. 25.

[1092] *Ibid.*, p. 27.

[1093] *Ibid.*, p. 30.

[1094] F. A. Hayek, «Kinds of Order in Society», *New Individualist Review* 3, n.º 2 (1964): p. 461.

[1095] F. A. Hayek, «The Theory of Complex Phenomena», p. 23.

[1096] F. A. Hayek, «The Primacy of the Abstract», en *Beyond Reductionism: The Alpbach Symposium 1968*, ed. Arthur Koestler y J. R. Smythies, Nueva York: Macmillan, 1968, p. 311.

[1097] *Ibid.*, p. 319.

[1098] Comentario a J. R. Smythies, «Aspects of Consciousness», en *Beyond Reductionism: The Alpbach Symposium 1968*, ed. Arthur Koestler y J. R. Smythies, Nueva York: Macmillan, 1968, p. 254.

[1099] Hayek, «Notes on the Evolution of Systems of Rules of Conduct», en *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, ed. F. A. Hayek, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1967, p. 76.

[1100] *Ibid.*

[1101] F. A. Hayek, *El orden sensorial: los fundamentos de la psicología teórica*, Madrid: La Unión, 2004, traducido por Juan Marcos de la Fuente.

[1102] Hayek, *Normas y orden*.

[1103] Hayek, «Kinds of Order in Society», p. 460.
[1104] Hayek, *Normas y orden*.
[1105] *Ibid.*
[1106] Citado en Steve Fleetwood, *Hayek's Political Economy: The Socio-Economics of Order*, Nueva York: Routledge, 1995, p. 113.
[1107] Hayek, «The Primacy of the Abstract», p. 316.
[1108] Hayek, *Normas y orden*.
[1109] *Ibid.*
[1110] Manfred E. Streit, «Institutionen als Kognitionsproblem-Bemerkungen zu einer neurosensorischen Vermutung», *Ordo* 51 (2000). Ver también Roger Koppl, «Confessions of a Neuro-Hayekian», *Advances in Austrian Economics* 13 (2010): pp. 391-397; J. Barkley Rosser Jr., «How Complex Are the Austrians?», *Advances in Austrian Economics* 14 (2010): pp. 165-179; Filomena de Sousa, «Hayek and Individualism: Some Question Marks», *History of Economic Ideas* 13, n.º 2 (2005): pp. 111-127.
[1111] Gray, *Hayek on Liberty*, p. 40; Mark Pennington, «Hayek on Socialism», en *Elgar Companion to Hayekian Economics*, ed. Roger W. Garrison y Norman Barry, Cheltenham, Reino Unido: Edward Elgar, 2014, p. 251.
[1112] Raymond Plant, *The Neo-Liberal State*, Oxford: Oxford University Press, 2010, p. 72.
[1113] Fleetwood, *Hayek's Political Economy*, p. 112.
[1114] Jean-Pierre Dupuy, «The Autonomy of Social Reality: On the Contribution of Systems Theory to the Theory of Society», en *Evolution, Order and Complexity*, ed. Elias L. Khalil y Kenneth E. Boulding, Nueva York: Routledge, 1996, p. 79.
[1115] Hayek, *El orden político de un pueblo libre*.
[1116] Philip Mirowski, *Machine Dreams: Economics Becomes a Cyborg Science*, Nueva York: Cambridge University Press, 2002, p. 18.
[1117] Franz Böhm, «Rule of Law in a Market Economy», en *Germany's Social Market Economy: Origins and Evolution*, ed. Alan T. Peacock y Hans Willgerodt, Nueva York: St. Martin's Press, 1989, p. 53.
[1118] Franz Böhm, «Privatrechtsgesellschaft und Marktwirtschaft», *Ordo* 17 (1966): p. 74.
[1119] Hayek, «Kinds of Order in Society», p. 460.
[1120] «Nobel-Prize Winning Economist», entrevista de historia oral con F. A. Hayek, Oral History Program, UCLA, 1983, 315, https://archive.org/details/nobelprizewinnin
00haye.
[1121] Hayek, *Normas y orden*.
[1122] Hayek, *El espejismo de la reforma social*.
[1123] Wilhelm Röpke, «Die Stellung des Unternehmers auf dem Markte», *Schweizer Monatshefte*, febrero de 1947: p. 664.
[1124] *Ibid.*
[1125] Hayek, «The Use of Knowledge in Society», p. 86.
[1126] F. A. Hayek, «Planning, Science and Freedom», *Nature*, 15 de noviembre de 1941, p. 581.

[1127] James M. Buchanan, *Freedom in Constitutional Contract: Perspectives of a Political Economist*, College Station: Texas A&M University Press, 1977, p. 34.

[1128] Gray, *Hayek on Liberty*, p. 68.

[1129] Gerard Curzon y Victoria Curzon Price, «The Undermining of the World Trade Order», *Ordo* 30 (1979): pp. 383-407.

[1130] Aunque hizo ochenta años el 8 de mayo de 1979, esa fue la última reunión general de la SMP antes de su cumpleaños, así que Hayek recibió un regalo por la ocasión. Tibor Machan, «Meeting of the (Free) Minds», *Reason*, diciembre de 1978, p. 47.

[1131] Alvin Rabushka, «How Goes the Underdeveloped World?», reunion de la SMP, Bruselas, 1974, papeles de William H. Hutt, archivos de la Hoover Institution, Universidad de Stanford (citado en adelante como papeles de Hutt), caja 5.

[1132] Hayek, *El orden político de un pueblo libre*.

[1133] Machan, «Meeting of the (Free) Minds».

[1134] Barry Naughton, *The Chinese Economy: Transitions and Growth*, Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 2007, p. 382. Para leer sobre zonas francas industriales (EPZ, por sus siglas en inglés), ver Patrick Neveling, «The Global Spread of Export Processing Zones and the 1970s as a Decade of Consolidation», en *Changes in Social Regulation: State, Economy, and Social Protagonists since the 1970s*, ed. Knud Andersen y Stefan Müller, Oxford: Berghahn Books, 2017, pp. 23-40.

[1135] George J. Stigler, «Why Have the Socialists Been Winning?», *Ordo* 30 (1979): p. 63. Ver Buchanan, James M. y Gordon Tullock, *El cálculo del consenso: fundamentos lógicos de la democracia constitucional*, Madrid: Espasa-Calpe, 1980, traducido por Javier Salinas Sánchez.

[1136] Stigler, «Why Have the Socialists Been Winning?».

[1137] Wendy Brown, «Neoliberalized Knowledge», *History of the Present* 1, n.º 1 (verano de 2011): p. 119.

[1138] James M. Buchanan, «Constitutional Constraints on Governmental Taxing Power», *Ordo* 30 (1979): p. 358.

[1139] *Ibid.*

[1140] Hutt a Owen Horwood, Ministro de Finanzas, Sudáfrica, 20 de septiembre de 1978, papeles de Hutt, caja 14.

[1141] Ernest Van den Haag, «Mont Pelerin Strikes Again», *National Review*, 16 de febrero de 1979.

[1142] Hayek, *El orden político de un pueblo libre*.

[1143] Ver, por ejemplo, Gerald F. Gaus, «Hayek on the Evolution of Society and Mind», en *The Cambridge Companion to Hayek*, ed. Edward Feser, Cambridge: Cambridge University Press, 2007; Mirowski, «On the Origins (at Chicago)», pp. 258-265.

[1144] Hayek, *El orden político de un pueblo libre*.

[1145] Hayek, *Normas y orden*.

[1146] F. A. Hayek, *Los fundamentos de la libertad*, Madrid: La Unión, 1998, traducido por José Vicente Torrente.

[1147] Manfred E. Streit, «Economic Order, Private Law and Public Policy: The Freiburg School of Law and Economics in Perspective», *Journal of Institutional and Theoretical Economics (JITE) /*

Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft 148, nº. 4 (1992): p. 680.

[1148] Hayek, *Normas y orden*.

[1149] *Ibid.*; la cursiva es mía.

[1150] Garrett Hardin, «The Cybernetics of Competition: A Biologist's View of Society», en *The Subversive Science: Essays toward an Ecology of Man*, ed. Paul Shepard y Daniel McKinley, Boston: Houghton Mifflin, 1969, p. 295.

[1151] Hayek, *Normas y orden*.

[1152] Hayek, *El orden político de un pueblo libre*; la cursiva es mía.

[1153] Organización Mundial del Comercio, *El edificio de la OMC: Arte y arquitectura en el Centro William Rappard*, Ginebra: Organización Mundial del Comercio, 2015, p. 34.

[1154] *Ibid.*, p. 32.

[1155] «Socialist Realism Comes to Light at WTO after 30 Year Cover-Up», *Economic Times*, 28 de marzo de 2008.

[1156] Craig VanGrasstek, *The History and Future of the World Trade Organization*, Ginebra: World Trade Organization, 2013, p. 539.

[1157] Olivier Long, «International Trade under Threat: A Constructive Response», *The World Economy* 1, n.º 3 (1978): p. 257.

[1158] Para leer más sobre las campañas de Haberler, Fritz Machlup, Milton Friedman y otros economistas a favor de los tipos de cambio flotantes, ver Carol Connell, *Reforming the World Monetary System: Fritz Machlup and the Bellagio Group*, Londres: Pickering and Chatto, 2013; Robert Leeson, *The Eclipse of Keynesianism: The Political Economy of the Chicago Counter-Revolution*, Nueva York: Palgrave, 2000; Matthias Schmelzer, *Freiheit für Wechselkurse und Kapital: Die Ursprünge neoliberaler Währungspolitik und die Mont Pèlerin Society*, Marburg: Metropolis, 2010.

[1159] Eric Helleiner, *States and the Reemergence of Global Finance: From Bretton Woods to the 1990s*, Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 1994, p. 103.

[1160] Barry Eichengreen, *La globalización del capital. Historia del sistema monetario internacional*, Barcelona: Antoni Bosch Editor, 2000, traducido por Esther Rabasco Espáriz.

[1161] Citado en Jeffrey M. Chwieroth, *Capital Ideas: The IMF and the Rise of Financial Liberalization*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2010, p. 70. Haberler ya había formulado ese argumento en 1960 en un folleto escrito para el American Enterprise Institute y republicado como «Inflation» (Inflación) en *The Conservative Papers*, ed. Melvyn Laird, Chicago: Quadrangle Books, 1964, pp. 175-199.

[1162] E. U. Petersmann, «The Establishment of a GATT Office of Legal Affairs and the Limits of 'Public Reason' in the GATT / WTO Dispute Settlement System», en *A History of Law and Lawyers in the GATT / WTO: The Development of the Rule of Law in the Multilateral Trading System*, ed. Gabrielle Marceau, Nueva York: Cambridge University Press, 2015.

[1163] Long, «International Trade under Threat», p. 257.

[1164] *Ibid.*, p. 256.

[1165] John H. Jackson, «Crumbling Institutions of the Liberal Trade System», *Journal of World Trade Law* 12, n.º 2 (1978): p. 95. Ver John H. Jackson, *World Trade and the Law of GATT*,

Indianápolis: Bobbs-Merrill, 1969.

[1166] David Kennedy, «The International Style in Postwar Law and Policy: John Jackson and the Field of International Economic Law», *American University International Law Review* 10, n.º 2 (1995): p. 672.

[1167] Jackson, «Crumbling Institutions of the Liberal Trade System», p. 102.

[1168] Ver, por ejemplo, W. M. Corden, *The NIEO Proposals: A Cool Look*, Londres: Trade Policy Research Centre, 1979; Staffan Burenstam-Linder, «How to Avoid a New International Economic Disorder», *The World Economy* 3, n.º 3 (noviembre de 1980): pp. 275-285.

[1169] «CBE for FT's Economics Commentator», *Financial Times*, 13 de diciembre de 2000.

[1170] Martin Wolf, «Two-Edged Sword: Demands of Developing Countries and the Trading System», en *Power, Passions, and Purpose: Prospects for North–South Negotiation*, ed. Jagdish Bhagwati y John Gerard Ruggie, Nueva York: Columbia University Press, 1984, p. 202.

[1171] Brian Scott, *Has the Cavalry Arrived? A Report on Trade Liberalisation and Economic Recovery*, Londres: Trade Policy Research Centre, 1984, p. 78.

[1172] Stuart Harbinson, «Lessons from the Launching of the Doha Round Negotiations», mesa redonda de Políticas Comerciales del Cordell Hull Institute, 18 de abril de 2002, p. 7. Ver también la serie de conferencias organizadas en honor de Tumlir por el Centro Europeo de Economía Política Internacional de Bruselas.

[1173] «Jan Tumlir, GATT's Chief Economist, Retires», 28 de febrero de 1985, biblioteca digital del GATT, Universidad de Stanford, GATT / 1370.

[1174] Peter Sutherland, «A Future for the World Trade Organisation?», *Jan Tumlir Policy Essays*, n.º 1 (2010): p. 4.

[1175] Gabrielle Marceau, «From the GATT to the WTO: The Expanding Duties of the Legal Affairs Division in Non-panel Matters», en Marceau, *A History of Law and Lawyers*, p. 252.

[1176] E. U. Petersmann, *Constitutional Functions and Constitutional Problems of International Economic Law*, Friburgo: University Press Fribourg, 1991, xxxi.

[1177] Marceau, «From the GATT to the WTO», p. 252.

[1178] Dongsheng Zang, «Divided by Common Language: 'Capture' Theories in GATT / WTO and the Communicative Impasse», *Hastings International and Comparative Law Review* 32, n.º 2 (2009): p. 426.

[1179] Jan Tumlir, «Can the International Economic Order Be Saved?», *The World Economy* 1, n.º 1 (octubre 1977): pp. 3-20.

[1180] Tumlir a Hayek, 17 de septiembre de 1975, papeles de F. A. Hayek, archivo de papeles de economistas, biblioteca de la Universidad Duke (citado en adelante como papeles de Hayek, Duke), caja 53, carpeta 28.

[1181] Ese proceso se describe con detalle en el estudio encargado por la TPRC y concebido originalmente por Martin Wolf. Hudec, *Developing Countries in the GATT Legal System*.

[1182] Frieder Roessler, «The Role of Law in International Trade Relations and the Establishment of the Legal Affairs Division of the GATT», en Marceau, *A History of Law and Lawyers*, pp. 161-162.

[1183] Frieder Roessler, «Law, De Facto Agreements and Declarations of Principle in International Economic Relations», *German Yearbook of International Law* 21 (1978): p. 38.

[1184] *Ibid.*, p. 39.

[1185] *Ibid.*, p. 40.

[1186] *Ibid.*, p. 51.

[1187] *Ibid.*, p. 59.

[1188] *Ibid.*, p. 56.

[1189] E. U. Petersmann, «Die Dritte Welt und das Wirtschaftsvölkerrecht», *Zeitschrift für ausländisches öffentliches Recht und Völkerrecht* 36, n.º 16 (1976): p. 494.

[1190] *Ibid.*, p. 496.

[1191] E. U. Petersmann, «The New International Economic Order: Principles of Politics and International Law», en *The International Law and Policy of Human Welfare*, ed. Ronald St. John Macdonald y Douglas M. Johnston, Alphen aan den Rijn: Sijthoff & Noordhoff, 1978, p. 466.

[1192] E. U. Petersmann, «Das neue Recht des Nord-Süd-Handels», *Zeitschrift für ausländisches öffentliches Recht und Völkerrecht* 32 (1972): p. 343.

[1193] Petersmann, «The New International Economic Order», p. 449.

[1194] E. U. Petersmann, «Internationales Recht und Neue Internationale Wirtschaftsordnung», *Archiv des Völkerrechts* 18, n.º 1 (1978): p. 32.

[1195] Petersmann, «Die Dritte Welt und das Wirtschaftsvölkerrecht», p. 498.

[1196] E. U. Petersmann, «Völkerrecht und Entwicklung», *Verfassung und Recht in Übersee* 5, n.º 2 (1972): p. 167.

[1197] Petersmann, «The New International Economic Order», p. 450.

[1198] Petersmann, «Völkerrecht und Entwicklung», p. 169.

[1199] Petersmann, «Internationales Recht und Neue Internationale Wirtschaftsordnung», p. 376.

[1200] *Ibid.*, p. 36.

[1201] Petersmann, «Die Nationalisierung der chilenischen Kupferindustrie», p. 278.

[1202] Petersmann, «Internationales Recht und Neue Internationale Wirtschaftsordnung», p. 376.

[1203] *Ibid.*

[1204] E. U. Petersmann, «The Changing Structure of International Economic Law by Themaat, P. VerLoren van», *Verfassung und Recht in Übersee / Law and Politics in Africa, Asia and Latin America* 17, n.º 4 (1984): p. 503.

[1205] Petersmann, «Internationales Recht und Neue Internationale Wirtschaftsordnung», p. 21.

[1206] *Ibid.*, p. 20. Utilizó más términos cibernéticos en otros momentos; por ejemplo, «circuitos de retroalimentación de circuito cerrado», «causalidad circular», «desbordamiento» y «mecanismos de desbordamiento». Petersmann, «Die Dritte Welt und das Wirtschaftsvölkerrecht», p. 513.

[1207] Petersmann, «Völkerrecht und Entwicklung», p. 161.

[1208] Richard Blackhurst, Nicolas Marian y Jan Tumlir, *Trade Liberalization, Protectionism, and Interdependence*, Ginebra: GATT, 1977, p. 5.

[1209] Tumlir, «National Sovereignty, Power and Interest», p. 21.

[1210] Jan Tumlir, «How the West Can Pay the New Arab Oil Bill», *The Sunday Times*, Londres, 3 de febrero de 1974.

[1211] Tumlir, «National Sovereignty, Power and Interest», p. 2.

[1212] *Ibid.*

[1213] Jan Tumlir, «International Economic Order and Democratic Constitutionalism», *Ordo* 34 (1983): p. 72.

[1214] Jan Tumlir, «Notes on the Theory and Present State of International Economic Order», artículo presentado en la International Conference on the Free Trade Movement in Latin America (Conferencia Internacional sobre el Movimiento de Libre Comercio en América Latina), del 21 al 24 de junio [1981], Haus Rissen, Hamburgo, papeles de Hayek, Duke, caja 53, carpeta 28.

[1215] *Ibid.*

[1216] Tumlir, «National Sovereignty, Power and Interest», p. 24.

[1217] Richard Blackhurst, Nicolas Marian y Jan Tumlir, *Adjustment, Trade and Growth in Developed and Developing Countries*, Ginebra: GATT, 1978, p. 1.

[1218] Blackhurst, Marian y Tumlir, *Trade Liberalization, Protectionism, and Interdependence*, p. 49.

[1219] Tumlir, «International Economic Order and Democratic Constitutionalism», p. 72.

[1220] *Ibid.*, p. 80.

[1221] Tumlir, «Need for an Open Multilateral Trading System», p. 403.

[1222] *Ibid.*; en cursiva en el original. El ámbito de la elección pública y la llamada economía constitucional (un término acuñado en 1982 por Richard MacKenzie) es el socio silencioso de gran parte del debate de este capítulo, pero no se incluye por razones de espacio. Una exploración de la idea de James M. Buchanan, expresidente de la SMP, sobre la constitución fiscal y el federalismo serviría como un complemento importante al argumento aquí expuesto. Para una visión general, ver James M. Buchanan, «The Domain of Constitutional Economics», *Constitutional Political Economy* 1, n.º 1 (1990): pp. 1-18. Sobre saber más sobre constitucionalismo fiscal, ver James M. Buchanan, *The Limits of Liberty: Between Anarchy and Leviathan* (1975), Indianápolis: Liberty Fund, 2000, pp. 23-24; Geoffrey Brennan y James M. Buchanan, *The Power to Tax: Analytical Foundations of a Fiscal Constitution* (1980), Indianápolis: Liberty Fund, 2000. Para saber más sobre la teoría del federalismo de Buchanan, ver James M. Buchanan, «Federalism as an Ideal Political Order and an Objective for Constitutional Reform», *Publius* 25, n.º 2 (1995): pp. 19-27; Lars P. Feld, «James Buchanan's Theory of Federalism: From Fiscal Equity to the Ideal Political Order», *Constitutional Political Economy* 25 (2014): pp. 231-252; Adam Harmes, «The Political Economy of Open Federalism», *Canadian Journal of Political Science* 40, n.º 2 (2007): pp 418-428; Richard E. Wagner, *James M. Buchanan and Liberal Political Economy: A Rational Reconstructio*n, Lanham, Maryland: Lexington, 2017, pp. 85-108. Para saber más sobre la historia institucional de la elección pública y del derecho y la economía, ver Steven M. Teles, *The Rise of the Conservative Legal Movement: The Battle for Control of the Law*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2008.

[1223] Jan Tumlir, «Strong and Weak Elements in the Concept of European Integration», en *Reflections on a Troubled World Economy: Essays in Honour of Herbert Giersch*, ed. Fritz Machlup, Gerhard Fels y Hubertus Müller-Groeling, Londres: Trade Policy Research Centre, 1983, p. 31.

[1224] Tumlir, «International Economic Order and Democratic Constitutionalism», p. 73.

[1225] Jan Tumlir, «International Economic Order—Can the Trend Be Reversed?», *The World Economy* 5, n.º 1 (marzo de 1982): p. 34.

[1226] Tumlir, «International Economic Order and Democratic Constitutionalism», p. 75.

[1227] *Ibid.*

[1228] Jan Tumlir, «The New Protectionism, Cartels, and the International Order», en Amacher, Haberler y Willett, *Challenges to a Liberal International Economic Order*, p. 246.

[1229] *Ibid.*, p. 256.

[1230] *Ibid.*, p. 257.

[1231] Jan Tumlir, «The Contribution of Economics to International Disorder», *The World Economy* 3, n.º 4 (enero de 1981): p. 399.

[1232] Tumlir, «International Economic Order and Democratic Constitutionalism», p. 74.

[1233] Para esta reflexión de Böhm, Tumlir hace hincapié de manera engañosa en el contexto posterior a la Segunda Guerra Mundial cuando en realidad el énfasis se debería hacer en la década de 1930.

[1234] Jan Tumlir, «Franz Böhm and the Development of Economic-Constitutional Analysis», en *German Neo-Liberals and the Social Market Economy*, ed. Alan T. Peacock, Hans Willgerodt y Daniel Johnson, Nueva York: St. Martin's Press, 1989, p. 140.

[1235] *Ibid.*

[1236] Heinz Hauser et al., «Der Beitrag von Jan Tumlir zur Entwicklung einer ökonomischen Verfassungstheorie internationaler Handelsregeln», *Ordo* 39 (1988): p. 219.

[1237] Tumlir, «Need for an Open Multilateral Trading System», p. 396.

[1238] *Ibid.*

[1239] *Ibid.*, p. 407.

[1240] Jan Tumlir, «Clash of Security and Progress: The Constitutional Resolution», *Ordo* 36 (1985): p. 10.

[1241] Tumlir, «International Economic Order and Democratic Constitutionalism», p. 80.

[1242] Hayek, «Notes on the Evolution of Systems», p. 66.

[1243] Tumlir a Hayek, 6 de junio de 1979, papeles de Hayek, Duke, caja 53, carpeta 28.

[1244] Tumlir, «Need for an Open Multilateral Trading System», p. 407. También citó *El orden sensorial*, el libro de Hayek de 1952, en relación con «el sistema de autodirección». Ver Tumlir, «National Sovereignty, Power and Interest», p. 4.

[1245] Tumlir, «Strong and Weak Elements», p. 55.

[1246] Petersmann, *Constitutional Functions and Constitutional Problems*, p. 16.

[1247] *Ibid.*, p. 19.

[1248] *Ibid.*, p. 403.

[1249] Tumlir expresó su esperanza de que Mestmäcker presentase la idea de la constitución económica en una conferencia en Perú organizada por Hernando de Soto, en la que el primero consiguió que Hayek accediera a hablar. Tumlir a Hayek, 10 de abril de 1979, papeles de Hayek, Duke, caja 53, carpeta 28. En 1967 de Soto estudió un máster en Derecho Internacional y Economía en el Instituto Universitario de Ginebra y desde entonces estuvo trabajando en el GATT. La conferencia de noviembre de 1979 supuso el lanzamiento de su Instituto Libertad y Democracia, que a principios de la década de 2000 lideraría un programa multimillonario del

Banco Mundial para formalizar los derechos de propiedad en Perú. Mario Vargas Llosa, «In Defense of the Black Market», *The New York Times*, 22 de febrero de 1987; Peter H. Schuck y Robert E. Litan, «Regulatory Reform in the Third World: The Case of Peru», *Yale Journal on Regulation* 4, n.º 1 (1986): p. 58; Timothy Mitchell, «How Neoliberalism Makes Its World: The Urban Property Rights Project in Peru», en Mirowski y Plehwe, *The Road from Mont Pèlerin*, pp. 389-390. Para conocer las obras más influyentes de de Soto, ver Hernando de Soto, *El otro sendero: la revolución informal*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1987; de Soto, *El misterio del capital*, México: Editorial Diana, 2001.

[1250] Tumlir, «International Economic Order and Democratic Constitutionalism», p. 81.

[1251] *Ibid.*

[1252] *Ibid.*

[1253] Tumlir, «Strong and Weak Elements», p. 33.

[1254] Ver, entre otros muchos artículos sobre este tema, E. U. Petersmann, «How to Promote the International Rule of Law? Contributions by the World Trade Organization Appellate Review System», *Journal of International Economic Law* 1, n.º 1 (1998): pp. 25-48.

[1255] Tumlir, «Strong and Weak Elements», p. 31.

[1256] Joel P. Trachtman, «The International Economic Law Revolution», *University of Pennsylvania Journal of International Economic Law* 17, n.º 1 (1996): pp. 48-49.

[1257] Kristen Hopewell, *Breaking the WTO: How Emerging Powers Disrupted the Neoliberal Project*, Stanford, California: Stanford University Press, 2016, p. 55.

[1258] Ver, por ejemplo, Nitsan Chorev, *Remaking U.S. Trade Policy: From Protectionism to Globalization*, Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2007; Bernard M. Hoekman y M. M. Kostecki, *The Political Economy of the World Trading System: The WTO and Beyond*, tercera ed., Nueva York: Oxford University Press, 2009; VanGrasstek, *The History and Future of the World Trade Organization*.

[1259] Benjamin Lazier, «Earthrise; or, The Globalization of the World Picture», *American Historical Review* 116, n.º 3 (2011): p. 606.

[1260] Discurso de Adlai Stevenson II ante el Consejo Económico y Social de la Organización de las Naciones Unidas, Ginebra, Suiza, 9 de julio de 1965, http://www.adlaitoday.org/articles/connect2_geneva_07-09-65.pdf.

[1261] Ver Jo-Anne Pemberton, *Global Metaphors: Modernity and the Quest for One World*, Londres: Pluto Press, 2001, pp. 147-148.

[1262] Philippe de Seynes, prólogo sin paginar en Cole, *Global Models*.

[1263] Willy Brandt, *North–South: A Program for Survival*, Londres: Pan Books, 1980.

[1264] E. U. Petersmann, *Wirtschaftsintegrationsrecht und Investitionsgesetzgebung der Entwicklungsländer*, Baden-Baden: Nomos, 1974, p. 141.

[1265] Citado en Antony Anghie, «Legal Aspects of the New International Economic Order», *Humanity: An International Journal of Human Rights, Humanitarianism, and Development* 6, nº. 1 (primavera de 2015): p. 145.

[1266] Sylvia Ostry, «The Uruguay Round North-South Grand Bargain: Implications for Future Negotiations», en *The Political Economy of International Trade Law*, ed. Daniel M. Kennedy y

James D. Southwick, Nueva York: Cambridge University Press, 2002, p. 285.

[1267] Tuerck, «Economics as Mechanism», p. 281.

[1268] Mirowski, *Machine Dreams*, p. 240.

[1269] Blackhurst, Marian y Tumlir, *Adjustment, Trade and Growth in Developed and Developing Countries*, p. 74.

[1270] Tumlir, «National Sovereignty, Power and Interest», p. 7.

[1271] *Ibid.*, p. 8.

[1272] Ver, por ejemplo, Philip G. Cerny, «Paradoxes of the Competition State: The Dynamics of Political Globalization», *Government and Opposition* 32, n.º 2 (1997): pp. 251-274.

Conclusión

Un mundo de gente sin pueblo

«Si preguntamos qué es lo que más deben los hombres a las prácticas morales de los llamados capitalistas, la respuesta es sus propias vidas».

FRIEDRICH A. HAYEK, 1989

Dos años después de la caída del muro de Berlín y un mes antes de la disolución oficial de la Unión Soviética, George H. W. Bush otorgó una Medalla Presidencial de la Libertad a William F. Buckley, corresponsal de Wilhelm Röpke y defensor de la segregación racial en el sur de los Estados Unidos. Según afirmó Bush, Buckley había «elevado el nivel del debate político en este país». A continuación, sin asomo de ironía, concedió una medalla a un líder de los derechos civiles. La última medalla del día se la otorgó a F. A. Hayek, que tenía noventa y dos años. «Condecoramos» a Hayek, dijo Bush, «por toda una vida mirando más allá del horizonte. En una época en la que muchos opinaban que el socialismo era un mandato histórico, Hayek anticipó el triunfo de la libertad. La gente libre de Europa Central y Oriental venera al profesor von Hayek como un verdadero visionario, a quien se reconoce en todo el mundo como un revolucionario del pensamiento intelectual y político. Qué glorioso debe de ser para él ver legitimadas sus ideas ante los ojos del mundo».[1273] En otra ironía en un día repleto de ellas, se honraba por su visión casi mística al hombre para el que su descubrimiento más importante consistía en la naturaleza incognoscible fundamental del mundo, el futuro y la mente humana.

El triunfalismo implícito acerca de la Guerra Fría que había en el discurso de Bush también resultaba irónico, teniendo en cuenta lo poco que le importaba a Hayek aquel conflicto: apenas se menciona en su extensa obra. En 1979, haciendo una reveladora excepción, hizo referencia a la ayuda exterior estadounidense, que estaba «subvencionando a gran escala los experimentos socialistas de países subdesarrollados» debido a una «estúpida competencia con Rusia».[1274] Hay una cita aún más elocuente en su libro *Los fundamentos de la libertad*, donde escribió: «Aunque a nivel superficial pueda parecer que hoy en día hay dos tipos de civilización que compiten por la lealtad de la gente del mundo, lo cierto es que lo que prometen a las masas, las ventajas que les ofrecen, es en esencia igual».[1275] Ambas partes ansiaban la prosperidad y querían la ayuda del Estado para redistribuirla. «Con el conocimiento de que las posibilidades se extienden más rápido que los beneficios materiales —escribió Hayek—, una gran parte de la gente del mundo se encuentra hoy más insatisfecha que nunca y está decidida a tomar lo que contempla como sus derechos. A medida que crezca su fuerza, podrán alcanzar dicha redistribución mediante la extorsión».[1276] Por supuesto, el medio que la gente del mundo usaría para alcanzar la redistribución «mediante la extorsión» sería la democracia, y la manera en que crecería su fuerza sería mediante la descolonización. En el siglo neoliberal, la Guerra Fría fue secundaria con respecto del acontecimiento principal que supuso el surgimiento del derecho al voto de las masas y el fin de los imperios.

Hayek dedicó *Los fundamentos de la libertad* a «la civilización desconocida que está creciendo en los Estados Unidos». ¿Cuáles eran los parámetros de la civilización desconocida que contemplaban los neoliberales descritos en estas páginas? Esta era por fuerza global, diseñada con instituciones que contuvieran las posibles perturbaciones de las masas a las que la democracia había otorgado poder. Era un mundo sin imperios, pero con normas establecidas por organismos supranacionales que operaban

fuera del alcance de cualquier electorado. Era un mundo donde la economía mundial se encontraba a salvo de las demandas de igualdad redistributiva y justicia social. Mi relato ha trazado una línea que va desde el final del Imperio de los Habsburgo hasta la fundación de la Organización Mundial del Comercio. En *Ordo*, la importante revista neoliberal, justo antes de la caída del muro de Berlín, Hans Willgerodt, sobrino de Röpke, publicó un excelente resumen del siglo del ordoglobalismo. Después de citar textos de Hayek y Robbins de la década de 1930, afirmó que «como testigos de la declaración internacional de bancarrota por parte del comunismo», era hora de que los Estados nación se dieran cuenta de que «habían abusado de su soberanía».[1277] Escribió que el siglo XIX había logrado la «integración económica mundial» por medio de una «despolitización fundamental del dominio económico».[1278] Citó una frase de Röpke de 1952 y se hizo eco de su opinión de que si «las Naciones Unidas otorgan a los países en vías de desarrollo el derecho a expropiar propiedades extranjeras significa que, cuando hacen uso de tal “derecho”, no solo se separan del mercado económico mundial […], sino que [se salen] de la comunidad jurídica internacional de las naciones civilizadas».[1279]

Para el camino hacia la integración económica mundial, Willgerodt miró hacia delante y hacia atrás: «Las instituciones como el GATT [Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio] pueden allanar el camino hacia la liberación del mercado mundial con respecto de la regulación nacional y las barreras comerciales».[1280] Sin embargo, Willgerodt también evocó la vieja plantilla de Hayek y Mises, el imperio centroeuropeo: «El Estado de derecho internacional con aplicación restringida de la soberanía es sin duda una idea difícil y desconocida para los defensores de los Estados nacionales centralistas. En primer lugar, el Estado debe renunciar a la autoridad sobre sus ciudadanos. También debe compartir su soberanía hacia abajo con las estructuras federales y vincularse hacia arriba en el marco de una comunidad legal internacional. Sin duda, el orden internacional se está

moviendo en esa dirección. Es en este contexto en el que se debe retomar el juicio distorsionado sobre el orden del longevo Imperio romano».[1281] No era habitual aquella nostalgia literal por los imperios. Sin embargo, otra excepción notable fue Deepak Lal, el presidente de la Sociedad Mont Pèlerin (SMP), que en 2004, inspirado por la invasión estadounidense de Afganistán e Irak en nombre de la democracia liberal, escribió un himno a los imperios alabando su capacidad para establecer el orden, instaurar el Estado de derecho y «sofocar los conflictos étnicos».[1282] Comenzó ensalzando al Imperio de los Habsburgo, y condenó «el gran deterioro de oportunidades que ha sufrido el ciudadano medio de los Estados sucesores».[1283]

Sin embargo, la mayoría de los neoliberales reconocían que la época de las naciones era irreversible. Soñaban con una descolonización que careciera del deseo destructivo de autonomía económica exhibido por los mismos Estados sucesores de la Europa Central del Este citados por Lal. Este libro ha recogido historias de la solución neoliberal que abarcan desde la década de 1920 hasta la década de 1990, y que fueron intentos institucionales de defender la economía mundial frente a la democracia y el nacionalismo. Para Hayek, Robbins y Mises, eso implicaba proyectos de federaciones internacionales de doble gobierno, la concesión de independencia política y, al mismo tiempo, la preservación del reinado de la competencia. Para Heilperin, radicaba en el fallido código universal de inversión, con su intento de colocar el derecho por encima del Estado. Para Röpke y Hutt, formas de *apartheid* y voto ponderado. Para Mestmäcker, el Tratado de Roma y la ley de competencia subsiguiente. Para Tumlir y Petersmann, el GATT reformado, con una jurisdicción que se extendía hasta los Estados nacionales.

He sostenido que acercarse al derecho fue la reorientación más importante del neoliberalismo de habla alemana tras la Segunda Guerra Mundial. Lo que he denominado ordoglobalismo ayudó a que la Comunidad Económica Europea (CEE), y más tarde la Organización

Mundial del Comercio (OMC), se entendieran como aparatos de poder jurídico para aprisionar a los mercados al margen de la responsabilidad democrática, aunque esta buscara crear legitimidad ofreciendo derechos privados directos a ciudadanos por encima de la nación. Es digno de mención que, cuando la atención ordoliberal pasa a la escala global o internacional, desaparezca la inclusión de aspectos del Estado distributivo de los que tanto alardeaban.[1284] Aquellas instituciones, como la Organización Internacional del Trabajo (OIT), que defendían los derechos de los trabajadores y la justicia social volvieron a convertirse en el enemigo.[1285] Mientras imaginaba un impuesto progresivo sobre la renta y la difusión de la propiedad privada dentro de la nación, Röpke proponía un orden internacional de restricciones.[1286] Entre otras cosas, eso muestra nuevamente que lo «social» en la economía social de mercado se podía entender más como una concesión, necesaria en términos tácticos, a la fuerza de los sindicatos y al sentimiento socialista de la Alemania occidental de la posguerra que como indicación de un aspecto central de su filosofía.[1287] Más allá de la nación —donde las palancas de la democracia y los sindicatos son más débiles—, el lenguaje de lo social desaparecía y lo único que quedaba eran las normas.

Los académicos han dado varios nombres a la solución neoliberal. Uno lo llama la «protección constitucional del capitalismo».[1288] Otro lo denomina la «constitución económica de Hayek», dirigida a la «inmunización de la expansión de los mercados capitalistas contra la política democrática intervencionista igualitaria».[1289] En una influyente invención, Stephen Gill lo llama el «nuevo constitucionalismo», que trabaja por «permitir que las fuerzas económicas dominantes estén cada vez más aisladas del gobierno democrático y la rendición de cuentas popular».[1290] Como han resumido los académicos, esta constitucionalización «establece una red institucional mundial que ofrece al capital transnacional múltiples opciones de salida».[1291]

Otros han consignado la historia de la solución neoliberal de maneras diferentes. Cierto académico escribe sobre los modelos de gobierno «no mayoritarios» de las autoridades portuarias y la idea de la independencia del banco central.[1292] Hay quienes han percibido esa tensión en el Banco Central Europeo y la estructura de gobierno de la Unión Europea.[1293] Otros académicos han descrito la creación de un «mundo *offshore*» de paraísos fiscales, a través del cual compiten las naciones para ofrecer el impuesto de sociedades más bajo, el mayor grado de discreción posible y los mejores incentivos para que las personas y las empresas huyan de las garras de sus Estados redistributivos.[1294] Los debates de la década de 1990 y posteriores han estado dominados por la «competencia geográfica» y la idea de «competencia en materia de políticas».[1295] En el seno de la idea neoliberal del orden internacional se encuentra la noción del llamado federalismo competitivo, con la posibilidad de que el capital siga las oportunidades de un país a otro allá donde surjan. En un análisis del federalismo neoliberal, un académico señala que en 2000 el American Enterprise Institute lanzó un Proyecto de Federalismo, siguiendo las propuestas de Buchanan de la década de 1990 para preservar «una opción de salida efectiva en las relaciones de mercado».[1296] Un académico residente en el AEI explicó la visión del proyecto: «Un mundo sin fronteras es un mundo sin salidas. Necesitamos que haya salidas».[1297] Esos imaginarios están lejos del mundo sin fronteras o de la sociedad de Estado cero en la que en teoría creían los neoliberales.[1298] Resulta mucho más difícil descartar como una ilusión fantasiosa lo que se ha descrito en estas páginas. La concepción del ordoglobalismo de un mundo doble es más realista y, al menos en teoría, más viable: dividido y aprisionado entre el *imperium* y el *dominium*.

Mi relato ha señalado una paradoja que caracteriza el pensamiento de Hayek y lo que he llamado el neoliberalismo de la Escuela de Ginebra. Por un lado, había que defender la economía mundial de los excesos de la

democracia. Por otro lado, la economía mundial en sí misma era invisible y escapaba a la razón y a la representación. Hayek fue explícito al escribir que «la única palabra apropiada» para el mercado mundial, o lo que él llama «el orden extendido», es «trascendente». En «su significado literal», el mercado mundial «escapa con creces a nuestra comprensión, deseos y propósitos, a nuestras percepciones sensoriales y a aquello que incorpora y genera un conocimiento que no podría poseer ni inventar ningún cerebro ni ninguna organización».[1299] Esa concepción sagrada de la economía mundial no se limita a Hayek. La palabra *Ordo*, que es el título de la revista sobre neoliberalismo más importante y de la cual toman su nombre los ordoliberales, proviene de la teología medieval.[1300] Hayek afirmó que el concepto de orden partía de los diálogos de San Agustín.[1301] En esos textos, Agustín señala que la extraordinaria complejidad del universo resulta literalmente incomprensible para la gente. No solo describe la inevitable sensación de impotencia que embarga a los humanos frente a ese orden más amplio, sino también las distorsiones derivadas de nuestra perspectiva individual y subjetiva. «La situación —escribió— es similar a la de alguien que, limitado a examinar una sola sección de un suelo de mosaico, lo observó desde demasiado cerca y luego culpó al artesano por no saber de orden ni de composición». El aparente desorden de la parte es en realidad un artefacto de la perspectiva limitada del espectador, «incapaz de ver el mundo en un mosaico más grande» que «se unifica para formar un hermoso retrato». La persona que lucha por adoptar una perspectiva más sinóptica siempre corre el riesgo de confundir el desorden con su opuesto y viceversa. San Agustín escribió que «incapaces de captar la armonía y la interacción del universo en su conjunto, y lastimadas por lo que escapa a su conocimiento, tales personas concluyen de manera precipitada que las cosas son inherentemente feas y desordenadas».[1302]

Agustín propone un modo de observación contradictorio. El espectador debe evitar dejarse engañar por una parte que represente el todo de forma

inadecuada. Aquí hay un llamamiento al potencial de la observación inversa: lo que parece orden puede ser, de hecho, desorden; y lo que parece desorden puede ser, de hecho, orden. A menudo el neoliberalismo criticaba al socialismo por ser incapaz de ver el orden más grande. Como afirmó Franz Böhm en un artículo sobre «la idea de Ordo», los pensadores socialistas «se negaban a atisbar cualquier tipo de orden en la economía competitiva, no veían más que anarquía y caos, y consideraban que en ella no existía más ley que la de la selva».[1303] Mi relato ha demostrado que el neoliberalismo de la Escuela de Ginebra no es tanto una teoría del mercado o de la economía como del derecho y el Estado. Se puede entender el ordoglobalismo como una teología negativa, que sostiene que la economía mundial es sublime e inefable.

En lugar del economismo del que se los acusa a veces —en el sentido de ver la economía como una máquina, autónoma y capaz de producir ciertos resultados deseados—, para los neoliberales de la Escuela de Ginebra la economía era cósmica, estaba aprisionada por instituciones jurídicas y políticas y siempre en un proceso de devenir. Hayek se burlaba del uso que se hacía en macroeconomía de las matemáticas para «impresionar a los políticos […], que es lo más cercano a la práctica de la magia que se da entre los economistas profesionales».[1304] Afirmó que siempre creyó que tendría que haber escrito una crítica de los *Ensayos sobre economía positiva* de Milton Friedman, «que resultan igual de peligrosos que el de Keynes».[1305] A diferencia de la Escuela de Chicago, la Escuela de Ginebra se oponía a la matematización y, por lo tanto, excluía la posibilidad de predicciones y modelos extensos de la economía. Rechazaban tanto las expectativas racionales como la competencia perfecta, y tachaban de quijotesca y arrogante la pretensión de determinar la «eficiencia» o los resultados «óptimos». En los últimos años, Petersmann incluso culpó de la crisis financiera de 2008 a la «hipótesis del mercado eficiente» de la Escuela de Chicago, según la cual «los precios del mercado reflejan toda la

información relevante».[1306] Lo que yo llamo la Escuela de Ginebra —representada por la propia defensa de Petersmann de la OMC como una «constitución económica mundial»— combinaba el acento austriaco en los límites del conocimiento y la escala mundial con el énfasis ordoliberal alemán en las instituciones y el momento de la decisión política.[1307]

Renegar de la existencia o visibilidad de las «economías» en sí mismas hace de manera deliberada que los proyectos de justicia social, igualdad o redistribución resulten impensables, pero no hace que desaparezca el poder. A veces se afirma que para los neoliberales el truco de magia más importante consiste en ocultar el Estado, pero incluso una lectura superficial de los principales teóricos demuestra que todos tienen una visión positiva de este. Lo que ocultan los neoliberales de la Escuela de Ginebra no es el Estado, sino las asimetrías de poder. De hecho, la evocación de la complejidad y la incognoscibilidad es una útil práctica de gobierno. Después de la crisis financiera mundial, Wolfgang Schäuble, el ministro de Finanzas alemán, afirmó: «De Friedrich August von Hayek hemos aprendido […] que la sociedad y la economía no son máquinas. Quien crea que es posible adquirir un conocimiento integral que le permita controlar los acontecimientos carece de conocimiento: solo finge poseerlo».[1308] Contrariamente a la noción de nuestra sociedad del conocimiento actual, han señalado los académicos, las declaraciones de ignorancia e incognoscibilidad son utilísimas para exonerar a los supuestos responsables del riesgo sistémico mundial, por ejemplo, en el mundo de las finanzas.[1309]

Desconocer la totalidad pero conocer las normas que hacen falta para preservarla es la esencia de la variedad del neoliberalismo de la Escuela de Ginebra que se describe en este libro. Como demostró el ejemplo de la conducta posterior de Schäuble en la crisis de la eurozona, admitir la incognoscibilidad de la economía no supone querer adoptar una mentalidad abierta y pragmática ni llegar a nuevas estrategias de gestión por medio de la negociación y los acuerdos entre grupos diversos. Por el contrario,

supuso una tendencia aún más rígida a elegir por defecto el principio y la norma. Aceptar la economía como un límite interno para el Gobierno significa una adhesión inflexible a las leyes que se consideran necesarias para aprisionar a la incognoscible economía.

Al analizar el siglo pasado, uno se da cuenta de que cuando más directamente se movilizaban los neoliberales fue cuando se producía algún intento de supervisión integral de la economía. Los dos más destacados se produjeron en las décadas de 1930 y 1970, ambos al final de los imperios. En los años treinta, los neoliberales se movilizaron contra la planificación a nivel nacional y la creencia de que la economía se podía ver y dirigir sin un marco mundial armonizado. En los años setenta criticaron a los reformistas que, con ayuda de las computadoras, querían ver la economía mundial en su conjunto. Los académicos han señalado la ironía de que las ramas influyentes de las ciencias sociales concluyeran que no existía el individuo, precisamente cuando la mayoría de las personas no blancas del mundo exigían igualdad jurídica por medio de la descolonización.[1310] En este punto hemos apreciado algo similar: cuando se reivindicaba la autonomía, la reacción de los neoliberales consistía en reivindicar el individualismo, pero, más aún, la interdependencia sistémica que negaba la posibilidad de acción nacional o regional con una lógica incompatible con los preceptos de la libre circulación de capitales y mercancías.

En la concepción neoliberal del orden mundial, la economía mundial ejerce disciplina sobre las naciones individuales por medio de la amenaza perpetua de crisis, la fuga de inversiones que castiga la expansión de la política social y los ataques especulativos a las monedas en reacción al aumento del gasto público. La competencia por los ciudadanos entre los Estados sigue siendo una visión duradera. Lo que ha demostrado mi relato es que el proyecto confeso de liberar el mercado incluía también el diseño institucional. Como afirmó Petersmann, «las normas no se aplican solas».[1311] La negación hayekiana del diseño no transforma sus propuestas en

otra cosa que en eso, precisamente. Incluso entendida como un procesador de información y un sistema autoorganizado, la economía mundial precisa intervención para calibrar las normas. La demanda de Röpke de 1942 es imperecedera: «Si queremos un mercado libre, el marco de condiciones, normas e instituciones debe ser más fuerte y más inflexible. Política de no intervención, sí, pero dentro de un marco establecido por una policía del mercado permanente y perspicaz en el sentido más amplio de la palabra». [1312] La fuerza moral de una importante escuela del movimiento neoliberal provenía del compromiso de proteger la compleja y hasta incognoscible interdependencia del sistema de comercio mundial por medio de la identificación —e incluso la creación— de una policía del mercado hecha a la medida de las dimensiones del mundo.

La esencia del neoliberalismo de la Escuela de Ginebra puede resumirse en una serie de puntos que no se deben entender como mandamientos, sino como propuestas. Aunque se podría hilar fino y resaltar variaciones, los puntos siguientes reflejan un consenso básico compartido por los intelectuales que protagonizan este libro:

01. No hay mercado perfecto porque ningún conocimiento es perfecto. La condición sublime de la economía significa que solo hay una «delgada capa» de normas que puede ser objeto del diseño humano.
02. El globalismo prevalece sobre el nacionalismo. Solo el capitalismo es internacionalista; el socialismo siempre es nacionalista.
03. El orden económico mundial depende de la protección del *dominium* (el derecho de la propiedad) frente a la extralimitación del *imperium* (el derecho de los Estados).
04. La soberanía del consumidor prevalece sobre la soberanía nacional. La distinción público/privado es más importante que la distinción extranjero/nacional.
05. El derecho mundial prevalece sobre un Estado mundial. Las instituciones internacionales deberían actuar como mecanismos para

proteger y fomentar la competencia, sin ofrecer espacios donde la gente pueda formular reivindicaciones.

06. La democracia es una amenaza potencial para el funcionamiento del orden del mercado. Por lo tanto, hace falta establecer salvaguardias frente a su potencial nocivo.

07. El peligro de la democracia es que legitima las exigencias de redistribución. Todos los problemas económicos mundiales surgen de las luchas de distribución nacional.

08. Las leyes surgen de manera espontánea, no se construyen. Las sentencias de jueces y académicos son preferibles a la legislación creada por los parlamentos.

09. La isonomía (misma ley) triunfa sobre la autonomía (ley propia). Los humanos obedecen las normas por naturaleza. Por lo tanto, las normas como regularidades se deben proteger mediante reglas como regulación.

10. El derecho debe garantizar la previsibilidad como guía para la futura acción humana. De manera específica, debe proteger el papel de los precios en la transmisión del conocimiento sobre el futuro.

11. Las normas establecen las condiciones de los mecanismos de retroalimentación global de la acción humana y el marco del orden espontáneo del mercado.

12. Los humanos responden al conocimiento, gran parte del cual es inconsciente. La prohibición, la norma que dice que no, es fundamental para ese conocimiento. Por lo tanto, el papel de las instituciones internacionales es sobre todo negativo.

13. La integración, entregada a la eliminación de barreras entre territorios, también es sobre todo negativa. Sin embargo, el proyecto de integración negativa es en sí mismo una labor activa y continua. Se requiere que las instituciones hagan que ese proceso se mantenga en funcionamiento sin contratiempos.

14. El comercio transfronterizo debe estar consagrado en un ordenamiento jurídico y se requiere para la coalescencia del orden general.
15. La integración no es la creación de algo nuevo, sino la restauración de algo perdido.

Este libro relata la historia del surgimiento del neoliberalismo a lo largo de la falla geológica del norte y el sur global mediante la genealogía de la Escuela de Ginebra, cuya solución al fin de los imperios consistió en promulgar un derecho para la economía mundial. Cuando reflexionó sobre la fundación de la SMP en 1984, siendo ya anciano, Hayek no empleó el pretencioso lenguaje sobre adivinación que usaría Bush al otorgarle la Medalla de la Libertad. Explicó que en 1947 su objetivo había sido «formar una asociación internacional» para debatir sobre «los problemas de las restricciones constitucionales al Gobierno».[1313] Según la metáfora a la que recurría con frecuencia, el objetivo era amarrar al Ulises del Estado poscolonial democrático al mástil de la economía mundial mediante estructuras de gobierno y de derecho.

Seattle y la solución desde abajo

Resulta sumamente irónico que el ordoglobalismo entrara en crisis de manera casi simultánea con su victoria más significativa. Para la Escuela de Ginebra, la transformación del GATT en la OMC fue el momento culminante del siglo XX, a pesar de que la creación de la institución no fue el resultado de su visión intelectual superior ni de sus poderes de persuasión política, sino de los salvajes intereses económicos de los Estados Unidos, la potencia líder mundial. La competencia de las economías emergentes en el sector manufacturero, en el que los Estados Unidos eran tradicionalmente fuertes, y el temor de que se pirateara e imitara la superioridad estadounidense en entretenimiento, productos farmacéuticos y *software*,

llevó a los Estados Unidos a engatusar, presionar e intimidar a los países del mundo para que aceptaran un acuerdo que claramente favorecía a la potencia hegemónica.[1314] Sin embargo, cualesquiera que fueran las condiciones para la materialización de la OMC, los neoliberales de la Escuela de Ginebra tenían derecho a celebrar el haber puesto su sello en los detalles estructurales. En las maneras descritas en estas páginas, el sistema de comercio mundial bajo la OMC trasladó a la escala global las normas e instituciones que regían Europa.

Seis meses antes de que ciento veintitrés países firmaran el acuerdo para crear la OMC, su futuro director, Peter Sutherland, dio crédito a esa reivindicación al pronunciar la Tercera Conferencia Conmemorativa de Hayek en el Institute of Economic Affairs (Instituto de Asuntos Económicos) de Londres. Los redactores de la OMC, afirmó, «se inspiraban en dos de las ideas fundamentales de Hayek: el papel del sistema de precios en la transmisión de información y la importancia del Estado de derecho».[1315] Sutherland era el portavoz perfecto del mensaje hayekiano. De origen irlandés y abogado de formación, asumió el cargo de comisionado europeo de competencia de 1984 a 1988 porque creía que la legislación en materia de competencia era la herramienta más poderosa que había para la integración federal europea. Jacques Delors le puso el apodo de «Sheriff» por su activismo, porque Sutherland hacía un agresivo uso de la legislación en materia de competencia para liberalizar el comercio dentro de la Comunidad Europea y llevar a los países concretos ante el Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas.[1316] Cierto académico se refiere a él como la «encarnación de las ideas neoliberales en la Comisión Europea», ya que utilizaba el Tribunal de Justicia para poner fin a la financiación estatal de las industrias nacionales y aumentar la competencia.[1317]

La visión normativa de Hayek del Estado de derecho incluía las características de un medio de aplicación, control jurídico e isonomía. Sutherland podía señalar al Órgano de Apelación como un mecanismo de

aplicación; los derechos comerciales individuales estaban protegidos para la propiedad intelectual según los términos del Acuerdo sobre la OMC y la isonomía producida por el sometimiento de todos los países, incluidos los del sur global, a las disciplinas comerciales. La evocación de Sutherland del sistema de precios estaba relacionada con la creencia de Hayek de que la economía mundial era un depósito gigante de conocimiento al que se podía acceder mediante la información de las señales de precios. El argumento de Hayek para el libre comercio y la libre circulación de capitales tenía que ver con aprovechar el conocimiento de los habitantes del mundo. Como afirmó Hayek al final de su trilogía de 1979: «Si vamos a utilizar el conocimiento fáctico distintivo de la gente que puebla los diferentes lugares de este mundo, debemos permitir que las señales impersonales del mercado les indiquen la mejor manera de usarlas en su propio interés y también en el interés general».[1318] La filosofía en la que se basaba la OMC reflejaba una creencia hayekiana en la organización como guardiana del orden legal cibernético, que garantizaba que se transmitieran sin trabas las señales de precios a través de las distintas capas de los espacios de regulación anidados.

Desde esa perspectiva, la OMC parecía un triunfo, porque facilitaba el Estado de derecho y calibraba el sistema de circuitos del mecanismo de precios para facilitar que la información se recibiera de manera cada vez más precisa. Sin embargo, pese a alabar la información de precios, Hayek reconocía que el conocimiento era peligroso: podía poner en riesgo el sistema. Como afirmó en *Los fundamentos de la libertad*, lo que requería un contramovimiento para fijar las políticas de competencia y adaptación perpetua era la difusión mundial del «conocimiento de las posibilidades». Hayek había dejado claro desde la década de 1930 que el capitalismo mundial tenía dos requisitos: la invisibilidad y el anonimato de la economía mundial. La OMC transgredía aquellas normas. De hecho, tan solo cuatro

años después de ponerse en marcha, la difusión del conocimiento *acerca de* la organización condujo a un cierre diseñado desde abajo.[1319]

En 1999, la reunión de la OMC en Seattle se canceló debido a las multitudinarias protestas que se produjeron. En una serie de conferencias dedicadas a Jan Tumlir, Sutherland calificó la contracumbre de Seattle como un «punto de inflexión para la institución», que provocó «un déficit fundamental del apoyo político efectivo del sistema de la OMC». «La contracumbre de Seattle creó una generación y una legión de enemigos de la OMC —afirmó—, y esta gente tiene voto».[1320] En la misma serie de conferencias, Martin Wolf hizo la apreciación siguiente: «A medida que transformaban el tamaño, el alcance económico, el impacto y la potencia jurídica del sistema comercial, los responsables también fueron aumentando su visibilidad política. Lo que antes era el jueguecito de un limitado grupo de legisladores y tecnócratas sumamente expertos se ha convertido en el foco de una fuerte presión por parte de una amplia gama de organizaciones no gubernamentales». El viejo enemigo del «mayoritarismo» regresó cuando la gente afirmó «que el actual acuerdo intergubernamental era “antidemocrático”».[1321]

Los académicos se dieron cuenta más tarde, algunos con tristeza, de que la gobernanza económica global quizá funcionase mejor cuando se hacía *ad hoc* y en secreto, mediante la negociación, con muchas opciones de salida, en vez de mediante la legalización.[1322] Hacer que las normas fuesen coherentes a escala global era una tarea tan ingente que era imposible evitar que la gente se percatara. Cuando se dieron cuenta, preguntaron por qué se tomaban tantas decisiones en su nombre sin apenas contribución por su parte. El propio intento de despolitizar las relaciones económicas internacionales terminó requiriendo un proyecto muy visible que no pudo evitar convertirse en objeto de controversia política. Ese era uno de los problemas fundamentales de la solución neoliberal y Mestmäcker fue uno de los pocos que lo vio con claridad. Al apelar a Schmitt, percibió la

naturaleza necesariamente política de la despolitización y no se dejó engañar por la idea falsificable en términos empíricos de que con solo relegar ciertos asuntos al «Estado de derecho» quedarían protegidos de alguna manera y de forma permanente de la posibilidad de la contestación popular. Negar la posibilidad de la política en el seno de la OMC en aras de una noción de los guardianes de la constitución de la economía mundial en realidad no proscribía la política: simplemente, no ofrecía marco de referencia alguno cuando se produjeran acciones como las protestas de Seattle. Al parecer, la gente hará uso de su voz incluso —o sobre todo— si no se le da una placa de identificación o un micrófono.[1323]

Algunos académicos sostienen que el desafío más duradero para la OMC y otros intentos por aprisionar los mercados globales ha sido la ausencia de *demos* en la economía mundial.[1324] Sin embargo, buscar *demos* en la economía mundial es plantear la pregunta equivocada. También es cometer un error de categoría. Como ha demostrado mi relato, los liberales y los neoliberales posteriores pensaban que el espacio de la economía mundial durante el siglo XX estaba separado del gobierno representativo. Las numerosas variaciones de la solución neoliberal se diseñaron con el afán no de «anular al *demos*» realmente, sino de secuestrarlo y amarrarlo, encerrándolo en áreas prescritas.[1325] El hecho de que la economía mundial no tuviera *demos* era precisamente la cuestión. Era un mundo de gente, pero sin pueblo.

Ansioso por replantear la institución tras la contracumbre de Seattle, Mike Moore, el director general, declaró: «Tenemos que echar a andar otra vez, joder. ¡Tenemos que renovar la marca!».[1326] La siguiente ronda comercial, que aún no ha concluido, recibió el apodo de «Ronda de Doha para el desarrollo», lo que más tarde los participantes admitieron que fue una maniobra descarada de relaciones públicas. A la nueva marca se la rebautizó cuando Pascal Lamy usó el término «Consenso de Ginebra» por primera vez en 2005, durante su triunfal campaña para convertirse en

director general de la OMC.[1327] Trabajaba desde su experiencia como comisario de comercio de la Unión Europea y, fiel al espíritu del ordoglobalismo, sostuvo que «la construcción de Europa es, de hecho, el experimento más ambicioso de gobernanza supranacional que se haya emprendido jamás» y que, como «laboratorio», «la experiencia europea ofrece posibilidades interesantes para el nivel global».[1328] Lamy afirmó que el Consenso de Ginebra —frente al Consenso de Washington, al que en teoría reemplazaba— se dedicaría a «humanizar la globalización y a instaurar una mayor justicia y equidad».[1329] Al igual que el FMI, que comenzaba a fijarse de manera superficial en la reducción de la pobreza sin dejar de centrarse en las viejas cuestiones fundamentales de recortar los presupuestos públicos, la OMC quiso añadir una retórica nueva sin modificar la estructura básica de la organización.[1330]

La contracumbre de Seattle supuso una crisis existencial para el ordoglobalismo. Hizo que la sublime economía mundial bajara de la nube. La perspectiva de un rechazo popular al aprisionamiento de los mercados siempre ha representado un problema para el pensamiento neoliberal. Muchos críticos han señalado que el viraje hacia una solución autoritaria siempre parece estar cerca, como demuestran las visitas de Hayek y Friedman al Chile de Augusto Pinochet. Al referirse a este último, Hayek afirmó que «prefería un dictador liberal antes que un Gobierno democrático sin liberalismo», y que «es posible que un dictador gobierne de manera liberal», aunque matizaba que aquello no debía ser más que una «disposición temporal de transición».[1331] Las declaraciones de Hayek recordaban tanto al debate de Röpke sobre la «democracia dictatorial» de 1940, como al argumento de Mises de 1927 de que el «fascismo italiano y movimientos similares que aspiran a instaurar dictaduras están cargados de las mejores intenciones y su intervención ha salvado, por el momento, a la civilización europea. El valor que de ese modo ha demostrado tener el fascismo pervivirá para siempre en la historia».[1332] Siguiendo la lógica del

mal menor, la supresión de fuerzas disruptivas de izquierdas hacía que cada cierto tiempo algunos neoliberales se plantearan apoyar a los dictadores. En 1922, Mises escribió: «Nuestra civilización entera se basa en que los hombres siempre se las han ingeniado para repeler el ataque de los redistribuidores».[1333]

Los principales pensadores de la Escuela de Ginebra tras el ataque a la OMC no incorporaron a su teoría ni la opción de Pinochet ni el recurso a un «dictador liberal», sino que recurrieron al lenguaje de los oponentes más efectivos de Pinochet: el de los derechos humanos. La reacción de los neoliberales de la Escuela de Ginebra consistió en la cooptación y la redefinición. Con ecos de las reivindicaciones de Philip Cortney durante la posguerra sobre el derecho humano a la fuga de capitales, para reforzar su proyecto redoblaron la apuesta por el mismo lenguaje de los derechos humanos que había despreciado Hayek. Este libro ha demostrado que la Cámara de Comercio Internacional (CCI) y los neoliberales propusieron la reestructuración de los derechos comerciales, los derechos del mercado y los derechos del capital como derechos individuales, frente a la idea de las Naciones Unidas de los derechos sociales y económicos alrededor de 1945, incorporados como libertades del mercado y ciudadanos del mercado del proyecto de integración europea de las décadas de 1950 y 1960, y que se amplió a la OMC en el curso de la reforma del GATT en los años setenta y ochenta. Después de la contracumbre de Seattle, Ernst-Ulrich Petersmann se convirtió en el portavoz más visible y más franco de una nueva renovación del liberalismo en cuyo núcleo estaban los derechos humanos. Mediante una avalancha de publicaciones, Petersmann propagó la idea de un orden económico mundial normativo construido a partir de instituciones estratificadas que protegieran el derecho individual al comercio y a la circulación de capitales. El proyecto de federalismo neoliberal, lanzado a la esfera pública, se reinventó como un proyecto de protección de los derechos humanos universales.

Resulta reveladora la ironía de que Petersmann criticase el lenguaje de los derechos en manos del sur global en el G-77 y abogara por los derechos solo cuando estos se redefinieron como libre circulación de capitales y mercancías, sobre todo en el contexto de la integración europea. Después de la contracumbre de Seattle se aprecia en su tono un cambio igualmente instrumental. En el último artículo que publicó antes de las protestas —basado, en parte, en su labor de consultoría para el Gobierno de Hong Kong —, el término fundamental de Petersmann era «competencia». Citó a Hayek en tres ocasiones para denunciar la ausencia de leyes de competencia en los países menos desarrollados y para reivindicar la «“defensa de la competencia” dentro de la OMC […] y fomentar una “cultura de la competencia y el emprendimiento” en el seno de la organización».[1334] Su primer artículo después de la contracumbre de Seattle estaba formulado en términos muy distintos. Se titulaba «Time for Mainstreaming Human Rights into WTO Law» (Ha llegado la hora de incorporar los derechos humanos a la legislación de la OMC).[1335] Siendo profesor del Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales de Ginebra, escribió que el «fracaso de la conferencia ministerial de la OMC en Seattle y la “Seattle Tea Party”, en la que se produjeron manifestaciones violentas en contra del comercio mundial basado en las normas de la OMC, se han descrito como sendos “toques de atención” para que los diplomáticos comerciales expliquen de manera más convincente a los ciudadanos del país la legitimidad y las “funciones de derechos humanos” de las normas de la OMC».[1336] Aquella declaración se presentó en la Journal of International Economic Law, una publicación lanzada en 1998 tras la aparente victoria de la OMC. En el primer número de la revista, Petersmann había elogiado las «funciones constitucionales» de la OMC en el fomento del «Estado de derecho internacional», incluidos los «derechos de propiedad intelectual privados […] como derechos individuales básicos».[1337] Que tan solo dos años más tarde describiera la contracumbre de Seattle como un «toque de atención»

da una idea de la seriedad del desafío a la imaginación de la Escuela de Ginebra.

Tras la contracumbre de Seattle empezó a aparecer en los textos de Petersmann un término que antes apenas salía: «legitimidad». Petersmann respondió directamente a la protesta diciendo que «en las manifestaciones callejeras que ahora son habituales en las conferencias ministeriales del FMI, el Banco Mundial y la OMC, los ciudadanos están recordando a los Gobiernos la necesidad de adaptar el derecho internacional tradicional centrado en el Estado y las organizaciones internacionales a los derechos humanos y al naciente "derecho a la democracia"».[1338] En realidad se mostraba de acuerdo con los manifestantes, pero terminó interpretando su lenguaje de los derechos humanos de una manera muy particular. Sostenía que era un auténtico escándalo que los pactos de derechos humanos de la ONU «no ofrecieran una protección efectiva de las libertades económicas, los derechos de propiedad y el Estado de derecho».[1339] Aunque intentase que la OMC se basara en el lenguaje de los derechos humanos, pretendía introducir el lenguaje económico en la conversación dominante sobre la cuestión. «El desprecio tradicional a los derechos humanos en la legislación de la OMC se está quedando tan obsoleto como la constante indiferencia en los instrumentos internacionales de derechos humanos hacia la libertad económica y la libertad comercial como condiciones previas para el bienestar individual».[1340]

El acuerdo que en 1997 Petersmann había calificado como un triunfo del diseño constitucional de Hayek quedó desprestigiado en 2001 cuando «muchos parlamentos nacionales de los países miembro de la OMC ratificaron las 25.000 páginas de los Acuerdos de la Ronda Uruguay en cuestión de unas horas sin una revisión parlamentaria adecuada y sin debate transparente».[1341] Aunque, como afirmó Petersmann, «desde una perspectiva constitucional la transición del GATT de 1947 a la OMC es un ejemplo de "constitucionalización" exitosa del derecho mercantil

internacional», en la práctica se estaba convirtiendo en un fracaso.[1342] El problema principal que detectaron los expertos de la OMC, como hicieron otros académicos del ámbito jurídico, fue «la ausencia de un propósito legítimo y legitimador».[1343] El cambio radical era fascinante: la propia ausencia de presiones democráticas se contemplaba ahora como el talón de Aquiles de la institución. Al parecer, la legitimidad democrática no se podía conseguir a golpe de diseño.

La solución del propio Petersmann para el problema de la legitimidad fue aumentar el énfasis en los derechos humanos. Los reivindicó como una nueva frontera para el activismo: «Después de la “revolución democrática fundamental de 1989” —escribió—, la globalización económica y jurídica (incluida la ley de integración mundial de la OMC) plantea la posibilidad de otra “revolución de los derechos humanos” a favor de mercados abiertos no discriminatorios, competencia global y una protección más efectiva de los derechos humanos».[1344] Haciendo una idiosincrática interpretación, Petersmann entendió la serie de revueltas de la Primavera Árabe como parte de una revolucionaria reivindicación de derechos comerciales y mercantiles.[1345] A diferencia de la forma anterior del neoliberalismo de la Escuela de Ginebra, que solía ver a la gente como agentes políticos perturbadores, la versión constitucionalista de múltiples niveles planteaba la posibilidad de que la gente asumiera un papel político positivo de abajo hacia arriba. Quienes quieren seguir la trayectoria de las mutaciones del proyecto mundial neoliberal suelen pasar por alto esa perspectiva al denunciar a la OMC como una burocracia indiferente y distante. Mientras que Hayek había exigido el «destronamiento de la política», la Escuela de Ginebra del año 2000 hablaba de una reconfiguración de la política y veía a la ciudadanía del mercado y sus reivindicaciones como la manera de entretejer el sistema global desde el nivel de la persona hasta la escala mundial. Después de la contracumbre de Seattle, Petersmann escribió lo siguiente: «La participación ciudadana en los organismos consultivos de la OMC y

otros mecanismos internacionales de gobernanza multinivel podría fortalecer la legitimidad y el apoyo político al sistema comercial mundial».[1346]

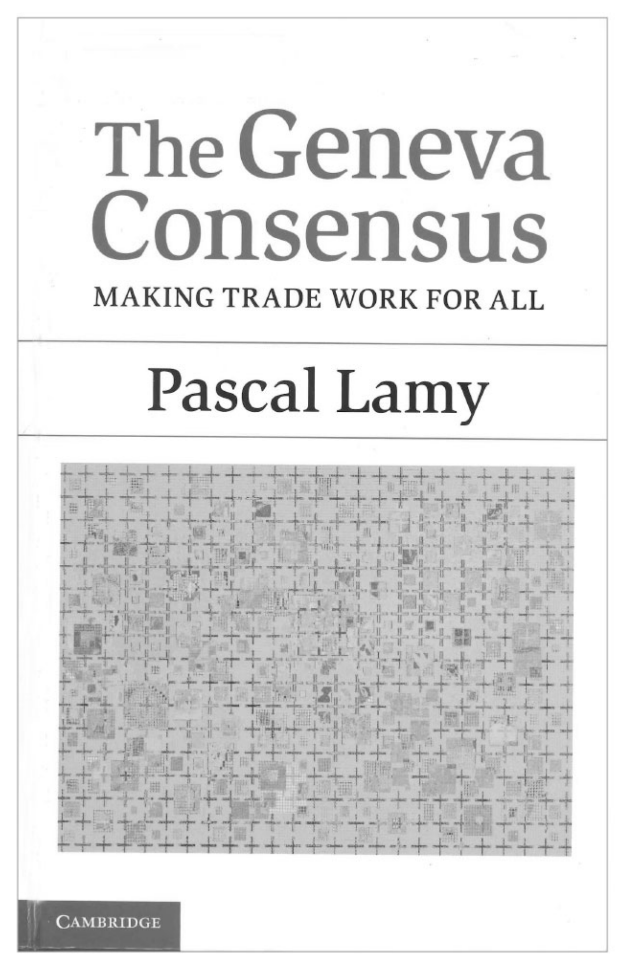
Cierto académico señala que «a diferencia de la mayoría de la gente, un mercado puede funcionar bastante bien sin que nadie profese amor por él».[1347] Pero también podía darse la situación contraria. Mucha gente vive sin amor, y la experiencia ha demostrado que es necesario prestar cierta atención a la legitimidad de un orden dado para que no se vea abocado al caos y al levantamiento. Aunque nadie profese amor por él, el mercado debe gozar de aceptación. Ciertos académicos, que entienden la constitución neoliberal «únicamente como un medio para imponer límites a las autoridades estatales», suelen subestimar la importancia del «foco en la ciudadanía».[1348] Existe el lado positivo de la ecuación: es el derecho al comercio. Un crítico describió ese enfoque como un intento de Petersmann de «secuestrar o, más bien, hayekizar, el derecho internacional en materia de derechos humanos».[1349] Petersmann planteaba la posibilidad de una solución desde abajo.

Pero ¿qué forma adopta en la práctica la solución desde abajo? La idea de la Escuela de Ginebra de que la gente refuerza la legitimidad de las estructuras de gobierno elevando recursos por encima de la nación o apelando al derecho mundial dentro de su país ha sido una vía que, salvo excepciones, no han seguido más que las empresas. La incapacidad de pagar a un equipo de abogados mercantiles —cuyas cifras han crecido de manera exponencial desde la década de 1990— termina suponiendo un obstáculo para acceder a esta forma de ciudadanía de mercado. Lejos de ser nomotetas independientes que están al margen de la posibilidad de verse atenazados por los grupos de interés, los negociadores de acuerdos comerciales como la OMC mantienen relaciones estrechas y formales con grupos de interés empresariales. El «proceso de asesoramiento del sector privado» de los Estados Unidos, por ejemplo, comprendía más de treinta comités en los que estaban implicadas casi mil personas procedentes del

sector privado, que se reunían con regularidad para informar al representante comercial estadounidense de lo que necesitaban del entramado jurídico del comercio mundial.[1350] La versión existente de la legitimación «de abajo hacia arriba» descrita por Petermann no incluía más que a una fracción selecta de los ciudadanos de mercado de la economía mundial.

Como parte de su renovación de marca tras la contracumbre de Seattle, la OMC restauró los antiguos cuadros que se habían cubierto y retirado cuando el GATT se trasladó a las oficinas de la Organización Internacional del Trabajo en el Centro William Rappard, a finales de la década de 1970. Volvieron a ver la luz los murales que representaban a heroicos trabajadores en actos de trabajo y ocio.[1351] En 2012, el propio Petersmann miró el edificio y preguntó por qué en los dieciséis años que llevaba trabajando en la OMC nadie había comentado nada sobre las dos estatuas que había en la entrada: esculturas alegóricas de la «paz» y la «justicia».[1352] Nadie mencionó el hecho, que seguramente Petersmann conocería, de que las estatuas eran reliquias de la época de la OIT. No era ningún misterio que los empleados o los negociadores no hubieran hecho ningún comentario sobre las estatuas. El mandato de la OMC no era lograr ni la paz ni la justicia, sino fijar las normas comerciales liberales para calibrar los sistemas de gobierno de múltiples niveles y permitir la adaptación perpetua en respuesta a las señales de precios. Para Hayek, el mentor de Petersmann, la única forma de justicia permitida era la justicia procesal que trataba por igual a todos los participantes, con independencia de la historia. Cuando se combinaba con la equidad como justicia social, al igual que en el mandato de la OIT —o en el Consenso de Ginebra de Lamy—, la justicia era peor que un sinsentido. La justicia social era una exigencia teleocrática que allanaba el camino hacia el totalitarismo y un espasmo atávico que mandaba a la humanidad del orden extendido y la Gran Sociedad de vuelta a la «sociedad tribal».[1353]

La lectura selectiva de la historia que hacía Petersmann resurgió en la glosa de la cubierta de un libro que publicó en 2012, y en la que aparecía *El vendedor de alcatraces* (1941), un cuadro del pintor mexicano Diego Rivera que representa a una mujer encorvada bajo el peso de una montaña de hermosas flores blancas. En el texto, Petersmann describía el cuadro como un símbolo de «la libertad de vender en el mercado».[1354] El hecho de que Rivera, afiliado al partido comunista, fuera conocido por sus murales obreros no fue obstáculo para que Petersmann tergiversara su obra con el fin de reforzar su compromiso con los derechos del mercado como el más fundamental de los derechos humanos.[1355] Lamy hizo una elección más acertada para su libro sobre el Consenso de Ginebra: uno de los cuadros más recientes que decoraban las paredes de la OMC, *Danaé World Suite, 2001*, de Jean-Claude Prêtre. El cuadro muestra una proyección de Mercator del mundo bajo una cuadrícula de cruces y manchitas de pintura de colores. Debajo se aprecian tenuemente los contornos de los continentes. La imagen sugiere algo más parecido a aquello sobre lo que se construyó la institución. Pese a que tardó en adoptar el lenguaje de los derechos humanos, ofrece una concepción de la economía mundial en los límites de la representación, en un estado perpetuo de mutación y transformación, aprisionada por una cuadrícula de normas.



El mundo en los límites de la representación. Pascal Lamy, *The Geneva Consensus: Making Trade Work for All*, Cambridge: Cambridge University Press, 2013. Reproducido con permiso de la editorial.

Si Petersmann se hubiera fijado en la rotonda que había más allá de las verjas de metal de tres metros y de los guardas armados, al cruzar la calle donde se alza el Centro William Rappard, habría visto algo que resultaría más difícil convertir de trabajo en comercio que la pintura de Rivera. El monumento, erigido en 1937 —el año en que Hayek publicó su ensayo «Economía y conocimiento»; Robbins, su manifiesto de planificación, y Lippmann, *The Good Society*—, conmemoraba a Albert Thomas, fundador de la OIT. La base muestra imágenes de trabajo: mineros extrayendo carbón, pescadores en la mar, agricultores labrando y acarreando la cosecha. Las cuatro figuras de la parte superior son un hombre asiático con casquete

que sostiene un colador de arroz, un indígena encapuchado que lleva pieles, un hombre con delantal de obrero que tiene en las manos unas tenazas y un hombre negro africano con una azada. En el zócalo hay grabadas unas palabras a las que es difícil dar la vuelta: «El trabajo existe por encima de todas las luchas por la competencia. No es una mercancía». Ahí se suelen congregar pequeñas protestas. En 2005, se reunieron allí manifestantes procedentes de los cinco continentes y una mujer brasileña dio un discurso sobre la «lucha contra el capitalismo». Una de las pancartas proponía el mundo en contra del cual se habían organizado los neoliberales: «Construir un mundo de solidaridad».[1356]

La década de 1990 fue el punto álgido del globalismo neoliberal como proyecto de construcción institucional. En el interminable debate de aquella década sobre la globalización, a la «economía mundial» se le otorgó un poder que excedía al de cualquier país. Los políticos se acostumbraron a recurrir a la economía mundial para justificar los recortes en beneficios sociales y la reestructuración. Resultaba conveniente contar con un agente extranacional que impusiera disciplina y al que pudiesen señalar con aire de disculpa y un encogimiento de hombros mientras recortaban otra condición del acuerdo de la posguerra. Culpar a la economía mundial era una estrategia sostenible, porque imponer la disciplina no era más que una de sus dos caras políticas. En su encarnación inversa, se evocaba a la economía mundial como una cornucopia de bienes de consumo asequibles regados por un flujo de crédito barato. Los peligros de esa estrategia no fueron evidentes hasta principios de la década de 2000, y especialmente después de 2008. Cuando la economía mundial dejó de dar, se quedó únicamente con la máscara del chivo expiatorio. Los votantes reaccionaron de manera previsible: votando en contra.

Se podría sostener que los neoliberales de la Escuela de Ginebra terminaron siendo deterministas institucionales a pesar de sí mismos. Aunque a menudo reclamaban un compromiso con el «liberalismo desde

abajo» y la necesidad de lo que Röpke llamó el humus de los valores culturales, es posible que la contribución intelectual más duradera al siglo XX de estos supuestos pensadores «antiplanificación» hayan sido sus proyectos y sus planes. Quizá los neoliberales de la Escuela de Ginebra se afanaron tanto en la construcción de cristalinas fortalezas para la economía mundial que no hicieron caso a Mises, que aconsejaba reforzar una mentalidad generalizada que diese prioridad a los mercados mundiales por encima de los nacionales como un bien absoluto en lugar de como un bien pragmático que había que defender o rechazar según cambiara la suerte. No planificaron la recesión ni consiguieron encontrar la manera de apaciguar a las poblaciones atravesadas por enormes brechas de desigualdad. Por suerte para ellos, el bienestar del capitalismo no depende ni ha dependido nunca de sus intervenciones. Pero si los neoliberales de la Escuela de Ginebra entendieran que el compromiso popular con el globalismo de libre comercio no es únicamente una característica entre muchas, sino la más importante de todas, tendrían motivos de preocupación a principios del siglo XXI. Estas páginas han relatado la historia del largo camino que ha conducido a la crisis actual.

Diagnosticar una crisis del neoliberalismo no implica sugerir que la desigualdad económica haya dejado de avanzar, ni que se hayan dejado de aplicar soluciones de mercado a problemas sociales o de calcular todo el valor humano en términos monetarios, ni que hayamos presenciado el retorno a un patrón de redistribución o un giro hacia la ideología keynesiana del estado de bienestar. La absorción del Estado de la deuda privada y las políticas de expansión cuantitativa no han revertido las antiguas realidades del «keynesianismo privado» que acrecientan la brecha entre los hiperricos y los demás.

Sin embargo, las crisis de legitimidad que han asolado a la OMC desde su creación sugieren que quizás el ordoglobalismo, como variante distintiva del neoliberalismo, se haya extralimitado. Si el objetivo era ajustar las

normas para evitar reivindicaciones perjudiciales de justicia social o redistribución, la victoria no está cerca. En un eco tardío del activismo que siguió al Informe Haberler de 1958, los países emergentes han provocado un estancamiento mundial al exigir que los Estados Unidos y Europa cumplan con su propia retórica de libre comercio, utilizando así a la OMC de formas que los Estados Unidos no habían previsto.[1357] Otros países han empezado a rechazar los tratados bilaterales de inversión diseñados para fijar los derechos *xénoi* de los inversores extranjeros.[1358] Un libro reciente habla sobre «el derecho mercantil mundial tras el neoliberalismo».[1359] Las reivindicaciones de igualdad —que a veces se expresan de manera incluyente y otras, excluyente— siguen enturbiando el panorama político frente a todos los intentos de introducir una igualdad formal que reniegue de la desigualdad real determinada por la historia.



El trabajo no es una mercancía. Monumento en memoria del fundador de la Organización Internacional del Trabajo en una rotonda que está enfrente de la Organización Mundial del Comercio, Ginebra, Suiza. Fotografía del autor / Quinn Slobodian.

Los neoliberales critican a los socialistas por soñar con una economía mundial sin perdedores, pero ellos soñaban con una economía mundial en la que nadie infringiera las normas y, lo que es más importante, en la que no hubiera alianzas idealistas —o, en su opinión, atávicas— de gente que las incumpliera y quisiera modificar el sistema de incentivos, obligaciones y recompensas. A mediados de la década de 2010, el referéndum popular a favor del Brexit y la disminución de la popularidad de la legislación mercantil vinculante sugieren que, incluso aunque los neoliberales pretendieran «anular el *demos*», este, para bien o para mal, no está anulado todavía.[1360]

[1273] George H. W. Bush, «Remarks on Presenting the Presidential Medal of Freedom Awards», 18 de noviembre de 1991, https://bush41library.tamu.edu/archives/public-papers/3642.

[1274] F. A. Hayek, *El orden político de un pueblo libre*, vol. 3 de *Derecho, legislación y libertad*, Madrid: La Unión, 1979, traducido por Luis Reig Albiol.

[1275] F. A. Hayek, *Los fundamentos de la libertad*, Madrid: La Unión, 1998, traducido por José Vicente Torrente.

[1276] *Ibid.*

[1277] Hans Willgerodt, «Staatliche Souveränität und die Ordnung der Weltwirtschaft», *Ordo* 40 (1989): pp. 404, 407.

[1278] *Ibid.*, p. 421.

[1279] *Ibid.*, p. 4º13.

[1280] *Ibid.*, p. 423.

[1281] *Ibid.*

[1282] «Lejos de ser objetable —escribió—, el imperialismo es justamente lo que se necesita para restaurar el orden en Oriente Medio». Deepak Lal, *In Praise of Empires: Globalization and Order*, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2004, pp. 2-18, 33.

[1283] *Ibid.*, p. 3.

[1284] Para leer sobre la «síntesis de la justicia distributiva y conmutativa» en el ordoliberalismo, ver Manuel Wörsdörfer, «Von Hayek and Ordoliberalism on Justice», *Journal of the History of Economic Thought* 35, n.º 3 (2013): pp. 301-308.

[1285] Ver, por ejemplo, Wilhelm Röpke, *La crisis social de nuestro tiempo*, Madrid: El Buey Mudo, 2010, traducido por Juan Medem Sanjuán. Este libro se publicó originalmente en 1942 en alemán.

[1286] Ver Röpke, *La crisis social de nuestro tiempo*; Röpke, *International Economic Disintegration*, Londres: William Hodge and Co., 1942.

[1287] Ver Ralf Ptak, *Vom Ordoliberalismus zur sozialen Marktwirtschaft: Stationen des Neoliberalismus in Deutschland*, Opladen: Leske und Budrich, 2004, p. 214. A Hayek le disgustaba notablemente la expresión de Müller-Armack e hizo referencia a la expresión «economía social de mercado» al decir que «social» era «una de las palabras más confusas y perjudiciales de nuestro tiempo». F. A. Hayek, «Kinds of Rationalism», en *Studies in Philosophy and Economics*, ed. F. A. Hayek, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1967, p. 83.

[1288] Danny Nicol, *The Constitutional Protection of Capitalism*, Londres: Bloomsbury, 2010.

[1289] Wolfgang Streeck, «Small-State Nostalgia? The Currency Union, Germany, and Europe: A Reply to Jürgen Habermas», *Constellations* 21, n.º 2 (2014): p. 216.

[1290] Stephen Gill, «New Constitutionalism, Democratisation and Global Political Economy», *Pacifica Review: Peace, Security and Global Change* 10, n.º 1 (1998): p. 23

[1291] Neil Brenner, Jamie Peck y Nik Theodore, «New Constitutionalism and Variegated Neo-Liberalization», en *New Constitutionalism and World Order*, ed. Stephen Gill y A. Claire Cutler, Nueva York: Cambridge University Press, 2014, p. 129.

[1292] Alasdair Roberts, *The Logic of Discipline: Global Capitalism and the Architecture of Government*, Nueva York: Oxford University Press, 2011.

[1293] Fritz W. Scharpf, «The Asymmetry of European Integration, or Why the EU Cannot Be a 'Social Market Economy'», *Socio-Economic Review* 8 (2010): pp. 211-250.

[1294] Ronen Palan, *The Offshore World: Sovereign Markets, Virtual Places, and Nomad Millionaires*, Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2003.

[1295] Herbert Giersch, «The Age of Schumpeter», *American Economic Review* 74, n.º 2 (1984): p. 106. Ver Philip G. Cerny, «Paradoxes of the Competition State: The Dynamics of Political Globalization», *Government and Opposition* 32, n.º 2 (1997): pp. 251-274; Dieter Plehwe y Quinn Slobodian, «Landscapes of Unrest: Herbert Giersch and the Origins of Neoliberal Economic Geography», *Modern Intellectual History* (2017), https://doi:10.1017/S1479244317000324.

[1296] Adam Harmes, «New Constitutionalism and Multilevel Governance», en Gill y Cutler, *New Constitutionalism*, pp. 150-151

[1297] Michael S. Greve, «The AEI Federalism Project», *Federalist Outlook*, n.º 1 (julio/agosto 2000): p. 2.

[1298] Para saber más sobre la declaración de la «sociedad de estado cero», ver Jamie Peck, «Explaining (with) Neoliberalism», *Territory, Politics, Governance* 1, n.º 2 (2013): p. 147.

[1299] F. A. Hayek, *La fatal arrogancia: los errores del socialismo*, Madrid: La Unión, 1990, traducido por Luis Reig Albiol.

[1300] Ver Mitchell Dean, *The Signature of Power: Sovereignty, Governmentality and Biopolitics*, Los Ángeles: Sage, 2013, pp. 179-183.

[1301] F. A. Hayek, *Normas y orden*, vol. 1 de *Derecho, legislación y libertad*, Madrid: La Unión, 1979, traducido por Luis Reig Albiol.

[1302] San Agustín, *Del Orden*, Madrid: BAC, 1979, Tomo I, libro I, § 1, capítulo I.

[1303] Franz Böhm, «Die Idee des Ordos im Denken Walter Euckens: Dem Freunde und Mitherausgeber zum Gedächtnis», *Ordo* 3 (1950): xvii.

[1304] Hayek, *La fatal arrogancia*.

[1305] Stephen Kresge y Leif Wenar, eds., *Hayek on Hayek: An Autobiographical Dialogue*, Londres: Routledge, 1994, p. 128.

[1306] E. U. Petersmann, *International Economic Law in the 21st Century: Constitutional Pluralism and Multilevel Governance of Interdependent Public Goods*, Portland, Oregón: Hart, 2012, p. 174.

[1307] E. U. Petersmann, «Theories of Justice, Human Rights, and the Constitution of International Markets», *Loyola of Los Angeles Law Review* 37 (2003–2004): p. 425.

[1308] Wolfgang Schäuble, «Germany and the Global Financial Crisis: Lessons We Need to Learn», discurso pronunciado en la London School of Economics, 18 de febrero de 2009, http://www.lse.ac.uk/website-archive/publicEvents/pdf/20090218_Schaeuble.pdf.

[1309] William Davies y Linsey McGoey, «Rationalities of Ignorance: On Financial Crisis and the Ambivalence of Neo-Liberal Epistemology», *Economy and Society* 41, n.º 1 (2012): p. 65. Konings escribe sobre «cómo consigue el neoliberalismo que la incertidumbre sea productiva». Martijn Konings, «Governing the System: Risk, Finance, and Neoliberal Reason», *European Journal of International Relations* 22, n.º 2 (2016): p. 282.

[1310] Kristin Ross, *Fast Cars, Clean Bodies: Decolonization and the Reordering of French Culture*, Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 1995, p. 160.

[1311] E. U. Petersmann, *The GATT / WTO Dispute Settlement System*, Londres: Kluwer Law, 1997, xiii.

[1312] Röpke, *La crisis social de nuestro tiempo*.

[1313] F. A. Hayek, «Reflections on Constitutional Economics», en *Constitutional Economics: Containing the Economic Powers of Government*, ed. Richard B. McKenzie, Lexington, Massachusetts: Lexington Books, 1984, p. 237.

[1314] Ver la explicación en Nitsan Chorev, *Remaking U.S. Trade Policy: From Protectionism to Globalization*, Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2007.

[1315] Peter Sutherland, «A New Framework for International Economic Relations», tercera Conferencia Anual en Memoria de Hayek, Institute of Economic Affairs, Londres, 16 de junio de 1994, biblioteca digital del GATT, Universidad de Stanford, GATT / 1640.

[1316] John Gillingham, *European Integration, 1950-2003: Superstate or New Market Economy?*, Nueva York: Cambridge University Press, 2003, p. 251.

[1317] Angela Wigger, «Competition for Competitiveness: The Politics of the Transformation of the EU Competition Regime» (tesis doctoral, Universidad de Ámsterdam, 2008, p. 200.

[1318] Hayek, *El orden político de un pueblo libre*.

[1319] Ver Markus Krajewski, «Democratic Legitimacy and Constitutional Perspectives of WTO Law», *Journal of World Trade Law* 35, n.º 1 (2001): p. 167.

[1320] Peter Sutherland, «A Future for the World Trade Organisation?», *Jan Tumlir Policy Essays*, n.º 1 (2010): p. 6.

[1321] Martin Wolf, «Does the Trading System Have a Future?», *Jan Tumlir Policy Essays*, n.º 1 (2010): p. 7.

[1322] Joost Pauwelyn, «The Transformation of World Trade», *Michigan Law Review* 104, n.º 1 (octubre 2005): p. 17.

[1323] *Ibid.*, p. 59.

[1324] *Ibid.*, p. 42.

[1325] Wendy Brown, *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*, Barcelona: Malpaso, 2016, traducido por Víctor Altamirano.

[1326] Citado en Kristen Hopewell, *Breaking the WTO: How Emerging Powers Disrupted the Neoliberal Project*, Stanford, California: Stanford University Press, 2016, p. 74.

[1327] Pascal Lamy, *The Geneva Consensus: Making Trade Work for All*, Cambridge: Cambridge University Press, 2013, vii.

[1328] *Ibid.*, p. 9; Pascal Lamy, «Towards Global Governance», *Master of Public Affairs in- augural lecture at the Institut d'Etudes Politiques*, París, 21 de octubre de 2005, https://www.wto.org/english/news_e/sppl_e/sppl12_e.htm.

[1329] Declaración de Pascal Lamy, 26 de enero de 2005, Consejo General de la OMC, https://www.wto.org/spanish/thewto_s/dg_s/stat_lamy_s.htm.

[1330] Para saber más sobre el FMI, ver Alexander E. Kentikelenis, Thomas H. Stubbs y Lawrence P. King, «IMF Conditionality and Development Policy Space, 1985-2014», *Review of International Political Economy* 23, n.º 4 (2016): pp. 543-582.

[1331] Citado en Bruce Caldwell y Leonidas Montes, «Friedrich Hayek and His Visits to Chile», *Review of Austrian Economics* 28, n.º 3 (2015): p. 298. Conviene señalar que, en general, los autores afirman que los críticos han exagerado la relación de Hayek con Pinochet. Para más referencias a los neoliberales y Chile, ver el capítulo 5.

[1332] Röpke a Marcel van Zeeland, 20 de octubre de 1940, archivo de Wilhelm Röpke, Instituto de Investigación Económica, Colonia, exp. 7, p. 729; Ludwig Mises, *Liberalismo*, quinta ed., Madrid: La Unión, 2008, traducido por Joaquín Reig Albiol y Juan Marcos de la Fuente.

[1333] Ludwig Mises, *Socialismo: un análisis económico y sociológico*, Madrid: La Unión, 2003, traducido por Luis Montes de Oca.

[1334] E. U. Petersmann, «Legal, Economic and Political Objectives of National and International Competition Policies: Constitutional Functions of WTO 'Linking Principles' for Trade and Competition», *New England Law Review* 34, n.º 1 (otoño de 1999): pp. 153, 62.

[1335] E. U. Petersmann, «From Negative to Positive Integration in the WTO: Time for Mainstreaming Human Rights into WTO Law», *Common Market Law Review*, n.º 37 (2000): pp. 1363-1382.

[1336] E. U. Petersmann, «The WTO Constitution and Human Rights», *Journal of International Economic Law* 3, n.º 1 (2000): p. 24.

[1337] E. U. Petersmann, «How to Promote the International Rule of Law? Contributions by the World Trade Organization Appellate Review System», *Journal of International Economic Law* 1, n.º 1 (1998): pp. 31-32.

[1338] E. U. Petersmann, «Human Rights and International Economic Law in the 21st Century: The Need to Clarify Their Interrelationships», *Journal of International Economic Law* 4, n.º 1 (2001): p. 5.

[1339] *Ibid.*

[1340] Petersmann, «From Negative to Positive Integration», p. 1377.

[1341] Petersmann, «Human Rights and International Economic Law», p. 27.

[1342] *Ibid.*, p. 24.

[1343] Andrew Lang, *World Trade Law after Neoliberalism: Reimagining the Global Economic Order*, Oxford: Oxford University Press, 2011, p. 347.

[1344] Petersmann, «Human Rights and International Economic Law», p. 30.

[1345] Petersmann, *International Economic Law*, pp. 2-3.

[1346] Petersmann, «The WTO Constitution and Human Rights», p. 25.

[1347] Streeck, «Small-State Nostalgia?», 216.

[1348] Tore Fougner, «The State, International Competitiveness and Neoliberal Globalisation: Is There a Future Beyond 'The Competition State'?», *Review of International Studies* 32, n.º 1 (2006): p. 178.

[1349] Philip Alston, «Resisting the Merger and Acquisition of Human Rights by Trade Law: A Reply to Petersmann», *European Journal of International Law* 13, n.º 4 (2002): p. 816.

[1350] J. Michael Finger y Julio J. Nogués, «The Unbalanced Uruguay Round Outcome: The New Areas in Future WTO Negotiations», *World Economy* 25, n.º 3 (marzo de 2002): p. 335

[1351] Organización Mundial del Comercio, *El edificio de la OMC: Arte y arquitectura en el Centro William Rappard*, Ginebra: Organización Mundial del Comercio, 2015, p. 9.

[1352] Petersmann, *International Economic Law in the 21st Century*, p. 9.

[1353] F. A. Hayek, «Adam Smith's Message in Today's Language», en N*ew Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas*, ed. F. A. Hayek, Chicago: University of Chicago Press, 1978, p. 269. Había otras figuras de la tradición ordoliberal que no compartían la rígida postura de Hayek. Para saber más sobre sus diversas definiciones de justicia, ver Wörsdörfer, «Von Hayek and Ordoliberalism».

[1354] Petersmann, *International Economic Law in the 21st Century*, p. 2.

[1355] Para leer uno de los primeros desarrollos del uso de la gobernanza de múltiples niveles para garantizar los «derechos de propiedad» y los «derechos privados en una competencia de comercio exterior no discriminatoria y sin distorsiones», ver E. U. Petersmann, «Trade Policy as a Constitutional Problem: On the 'Domestic Policy Functions' of International Trade Rules», *Aussenwirtschaft* 41, n.º 2-3 (1986): p. 431. Para leer comentarios críticos, ver Robert Howse, «Human Rights in the WTO: Whose Rights, What Humanity? Comment on Petersmann», *European Journal of International Law* 13, n.º 3 (2002): p. 654.

[1356] Siv O'Neall, «Stop WTO International Demonstration in Geneva on 15 October 2005», www.axisoflogic.com/artman/publish/Article_20145.shtml.

[1357] Hopewell, *Breaking the WTO*.

[1358] M. Sornarajah, *Resistance and Change in the International Law on Foreign Investment*, Nueva York: Cambridge University Press, 2015.

[1359] Lang, *World Trade Law after Neoliberalism*.

[1360] Brown, *El pueblo sin atributos*.

AGRADECI MIENTOS

Este libro, que llevaba tiempo fraguándose, es producto de las protestas que tuvieron lugar en Seattle en 1999 en contra de la Organización Mundial del Comercio. Yo formaba parte de una generación que alcanzó la mayoría de edad tras el final de la Guerra Fría. Nos hicimos adolescentes en medio de conversaciones sobre la globalización y el fin de la historia. En las iteraciones más hiperactivas de ese debate, se nos hizo pensar que las naciones estaban acabadas y que el único vínculo indiscutible que unía a la humanidad era la economía global. Seattle fue donde comenzamos a dar sentido de manera colectiva a lo que estaba sucediendo y a reanudar la trama. Yo no bajé desde Portland, pero muchos de mis amigos y de mis conocidos sí que lo hicieron: pintaron de rojo puños gigantes de cartón piedra para atárselos a las mochilas y volvieron hablando de esposas de plástico y gas pimienta, noches en el calabozo y encontronazos con la policía. Convirtieron aquellas experiencias en historias bélicas y tesis doctorales. Este libro es una disculpa por no haber estado allí y un intento por redescubrir, mediante las palabras, el concepto contra el que peleaban los que fueron.

Estoy enormemente agradecido a los muchos compañeros de charlas, amigos y colaboradores que me han acompañado en esta investigación hasta el día de hoy y que ahora quedarán fijados en forma de libro. Aunque me disculpo si me olvido de alguien, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a las personas siguientes: Hadji Bakara, Bruce Caldwell, Frederick Cooper, Andrew Daily, Rüdiger Graf, Eric Helleiner, Ryan Jeffery, David Kool, Leigh Claire La Berge, Boaz Levin, Molly Lynch, Owen Lyons, Ian Malcolm, James Mark, Jamie Martin, Malgorzata

Mazurek, Philip Mirowski, Craig Murphy, Molly Nolan, Subodh Patil, Dieter Plehwe, Ryan Quintana, Glenda Sluga y Heidi Tworek. También mando todo mi cariño a mi familia; especialmente, a mi nana, Stella Deloris Edgar, que falleció cuando yo estaba escribiendo este libro y a quien le habría hecho gracia ver su nombre impreso. Mi último agradecimiento está dirigido a Michelle y a Yann, las personas más importantes de mi vida. Yann ha dado sus primeros pasos esta mañana: ojalá sean los primeros de muchos.

BIBLIO
GRAFÍA

Agustín, *Del Orden*, Madrid: BAC, 1979, Tomo I, libro I, § 1, capítulo I.

Arboleya, Jesús, *La Contrarrevolución Cubana*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1997.

Berman, Marshall *Todo lo sólido se desvanece en el aire: La experiencia de la modernidad*, traducido por Andrea Morales Vidal (Madrid: Siglo XXI de España editores S. A.).

Bertalanffy, Ludwig von, *Teoría general de los sistemas: fundamentos, desarrollo, aplicaciones*, México: Fondo de Cultura Económica, 1976, traducido por Juan Almela.

Brown, Wendy, *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*, Barcelona: Malpaso, 2016, traducido por Víctor Altamirano.

Buchanan, James M. y Gordon Tullock, *El cálculo del consenso: fundamentos lógicos de la democracia constitucional*, Madrid: Espasa-Calpe, 1980, traducido por Javier Salinas Sánchez.

Dardot, Pierre, y Christian Laval, *La nueva razón del mundo: ensayo sobre la sociedad neoliberal*, traducido por Alfonso Díez (Barcelona: Gedisa, 2013).

Eichengreen, Barry, *La globalización del capital. Historia del sistema monetario internacional*, Barcelona: Antoni Bosch Editor, 2000, traducido por Esther Rabasco Espáriz.

Friedman, Milton, *Ensayos sobre economía positiva*, Madrid: Gredos, 1967, traducido por Raimundo Ortega Fernández.

Friedman, Thomas L., *La Tierra es plana: una breve historia del siglo* XXI, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006, traducido por Inés Beláustegui.

Hardt, Michael y Antonio Negri, *Imperio*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2002, traducido por Alcira Nélida Bixio.

Harvey, David, *París, capital de la modernidad*, Madrid: Akal, 2008, traducido por José María Amoroto Salido.

Hayek, F. A. «The Economy, Science and Politics (1962)», in New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas, ed. F. A. Hayek (Chicago: University of Chicago Press, 1978), 263.

Hayek, F. A., *Derecho, legislación y libertad*, Madrid: La Unión, 1979, traducido por Luis Reig Albiol.

Hayek, F. A., *El orden sensorial: los fundamentos de la psicología teórica*, Madrid: La Unión editorial, 2004, traducido por Juan Marcos de la Fuente

Hayek, F. A., *La fatal arrogancia: los errores del socialismo*, Madrid: La Unión, 1990, traducido por Luis Reig Albiol.

Hayek, F. A., *Los fundamentos de la libertad*, Madrid: La Unión, 1998, traducido por José Vicente Torrente.

Hayek, Friedrich A. von, *Camino de servidumbre*, Madrid: Editoriales de Derecho Reunidas, S.A., 1950, traducido por José Vergara Doncel.

James, Harold, *El fin de la globalización: lecciones de la gran depresión*, traducido por Eduardo Stupia, Barcelona: Turner, 2003.

Leontief, Wassily, *El futuro de la economía mundial: un estudio de la Naciones Unidas*, México: Siglo XXI, 1977, traducido por Rosa Cusminsky de Cendrero.

Mesarović, Mihajlo D. y Eduard Pestel, *La humanidad en la encrucijada: segundo informe al Club de Roma*, México: Fondo de Cultura Económica, 1975, traducido por Miguel A. Cárdenas.

Mises, Ludwig, *Gobierno omnipotente: en nombre del estado*, Madrid: La Unión, 2002, traducido por Pedro Elgoibar.

Mises, Ludwig, *Autobiografía de un liberal: la gran Viena contra el estatismo*, traducido por Juan Marcos de la Fuente (Madrid: La Unión, 2001).

Mises, Ludwig, *Liberalismo*, quinta ed., Madrid: La Unión, 2008, traducido por Joaquín Reig Albiol y Juan Marcos de la Fuente.

Mises, Ludwig, *Nación, estado y economía. Contribuciones a la política y a la historia de nuestro tiempo*, traducido por Juan Marcos de la Fuente (1919) (Madrid: Unión, 2010).

Mises, Ludwig, *Socialismo: un análisis económico y sociológico*, Madrid: La Unión, 2003, traducido por Luis Montes de Oca.

Mishra, Pankaj, *De las ruinas de los imperios: La rebelión contra Occidente y la metamorfosis de Asia*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2014, traducido por Alejandro Pradera Sánchez.

Olson, Mancur, *La lógica de la acción colectiva: bienes públicos y la teoría de grupos*, Ciudad de México: Editorial LIMUSA, 1992, traducido por Ricardo Calvet Pérez.

Polanyi, Karl, *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*, traducido por Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría Rico (Barcelona: Virus Editorial, 2016).

Schmitt, Carl, *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del «Ius publicum europae»*, traducido por Dora Schilling Thou (Granada: Editorial Comares, 2002).

Schorske, Carl E., *La Viena de fin de siglo: política y cultura*, traducido por Iris Menéndez (Buenos Aires: Editorial Siglo XXI, 2011).

Soto, Hernando de, *El misterio del capital*, México: Editorial Diana, 2001.

Soto, Hernando de, *El otro sendero: la revolución informal*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1987.

Stiglitz, Joseph E., *El malestar en la globalización*, traducido por Carlos Rodríguez Braun (Barcelona: Punto de Lectura, 2003).

Streeck, Wolfgang *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid: Traficantes de Sueños, 2017, traducido por Juanmari Madariaga y Ethel Odriozola.

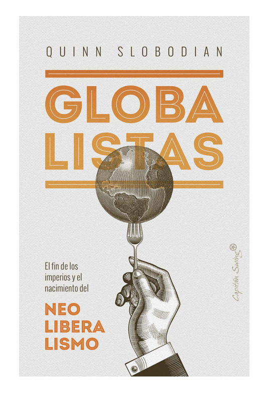
Streeck, Wolfgang, *Comprando tiempo: La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Madrid: Katz Editores / Katz Barpal S. L., 2016, traducido por Gabriel Barpal y revisado por Alejandro Katz.

Rodrik, Dani, *La paradoja de la globalización. Democracia y el futuro de la economía mundial*, Barcelona: Antoni Bosch, 2012, traducido por Dolores Crispín.

Röpke, Wilhelm, *La crisis social de nuestro tiempo*, Madrid: El Buey Mudo, 2010, traducido por Juan Medem Sanjuán.

Índice

Globalistas



En esta primera historia del globalismo neoliberal, Slobodian sigue a un grupo de pensadores desde las cenizas del Imperio de los Habsburgo hasta la creación de la Organización Mundial del Comercio, para demostrar que el neoliberalismo no surgió para reducir el gobierno y abolir las regulaciones, sino para volver a implementarlas a nivel mundial. Todo comienza en Austria en la década de 1920: los imperios se disolvían y el nacionalismo, el socialismo y la autodeterminación democrática amenazaban la estabilidad del sistema capitalista global. En respuesta, los intelectuales austriacos buscaban una nueva forma de organizar el mundo. Ellos y sus sucesores en la academia y el Gobierno, desde economistas famosos como Friedrich Hayek y Ludwig von Mises hasta figuras menos conocidas como Wilhelm Röpke y Michael Heilperin, utilizaron Estados e instituciones globales para aislar a los mercados de la soberanía estatal, los cambios políticos y las turbulentas demandas democráticas de igualdad y justicia social. Lejos de descartar el Estado regulador, los neoliberales querían aprovecharlo para su gran proyecto de proteger el capitalismo a escala global. Un proyecto que cambió el mundo, pero que también fue socavado una y otra vez por la desigualdad, el cambio implacable y la injusticia social que lo acompañaron.

Quinn Slobodian. Canadá, 1978. Historiador canadiense especializado en la Alemania moderna e historia internacional, Slobodian es profesor asociado en el Wellesley College desde 2015. Estudió Historia en Lewis & Clark College y se doctoró en la Universidad de Nueva York en 2008. Es un historiador centrado en las políticas Norte-Sur, los movimientos sociales y la historia intelectual del neoliberalismo. Además de su libro *Globalistas*. *El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo* (2018), es también autor de *Foreign Front: Third World Politics in Sixties West Germany* (2012), editor de *Comrades of Color: East Germany in the Color World War* (2015) y coeditor (con Dieter Plehwe y Philip Mirowski) de *Nine Lives of Neoliberalism*. Slobodian ha publicado más de veinte artículos y capítulos en prestigiosas revistas de historia como *Journal of Global History*, *American Historical Review* y *Journal of Contemporary History*. También ha escrito para el *New York Times*, *New Statesman*, *The Baffler* y *Dissent*. Sus investigaciones han recibido el apoyo de becas del National Endowment for the Humanities, el American Council of Learned Societies, la Fundación Volkswagen y la Fundación Andrew Mellon. Actualmente está trabajando en un libro sobre el capitalismo de extrema derecha. Como en su investigación, la enseñanza de Slobodian a sus estudiantes se caracteriza por situar historias de la Europa moderna en la historia del mundo en general.

Título original: *Globalists: The End of Empire and the Birth of Neoliberalism* (2020)

Edición en ebook: febrero de 2021

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-12259-48-3

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz
Composición digital: leerendigital.com


PROSPER-OLIVIER LISSAGARAY
HISTORIA DE LA COMUNA DE PARÍS DE 1871
PRÓLOGO DE
ÉRIC HAZAN
PRÓLOGO DE
Capitán Swing

La historia de la comuna de París de 1871

Lissagaray, Prosper- Olivier
9788412324242
656 Páginas

En marzo de 1871, la clase trabajadora de París, indignada por su falta de poder político y cansada de ser explotada, tomó el control de la capital. Este libro es la excepcional historia de la Comuna, las heroicas batallas libradas en su defensa y la sangrienta masacre que acabó con el levantamiento. Un apasionante experimento revolucionario que en pocos meses logró sustituir al ejército por una milicia ciudadana, acabar con la injerencia eclesiástica en los asuntos estatales, introducir el derecho universal a la educación y reconocer a los funcionarios públicos el mismo salario que percibían los trabajadores. Hasta que las fuerzas represoras desataron una ofensiva sin precedentes sobre la capital francesa. Un baño de sangre que costó la vida a decenas de miles de rebeldes, fusilados por soldados enemigos. Lissagaray, un joven periodista que no solo vivió los hechos, sino que luchó por la Comuna en las barricadas, narra la gloria de la resistencia en París, los grandes logros alcanzados por la revolución y el valor de las mujeres y hombres que dieron su vida por la causa de la libertad.

Cómpralo y empieza a leer


ROBERT O. PAXTON
ANATOMÍA DEL
fascismo
Capitán Swing


Arlie R. Hochschild
& Anne Machung
La DOOBLE
JORNADA
Familias trabajadoras y
la revolución en el hogar
Capitán Swing

La doble jornada

Russell Hochschild, Arlie

9788412324228

344 Páginas

Hochschild y sus investigadores asociados entrevistaron a cincuenta parejas y observaron una docena de hogares a lo largo de las décadas de 1970 y 1980, para explorar la brecha de ocio entre hombres y mujeres. La investigación demostró que las mujeres aún se hacen cargo de la mayoría de las responsabilidades del hogar y del cuidado de los niños a pesar de su ingreso en la fuerza laboral.

Esta "doble jornada" afectaba a las parejas, provocando sentimientos de culpa, tensión marital, falta de interés sexual y sueño.

Por otro lado, Hochschild difundió las historias de algunos hombres que compartieron por igual la carga del trabajo doméstico y el cuidado de los niños con sus esposas, demostrando que si bien es poco común, es una realidad para algunas parejas.

La investigación presentaba además una clara división entre las preferencias ideológicas de los géneros y las clases sociales. Sumando el tiempo en el trabajo remunerado, el cuidado de los niños y las tareas del hogar, descubrió que las madres trabajadoras dedican un mes de trabajo al año más que sus cónyuges.


Matthew Walker
BEST SELLER INTERNA-CIONAL
POR QUÉ DORMI-MOS
La nueva ciencia del sueño
Capitán Swing

Por qué dormimos

Walker, Matthew

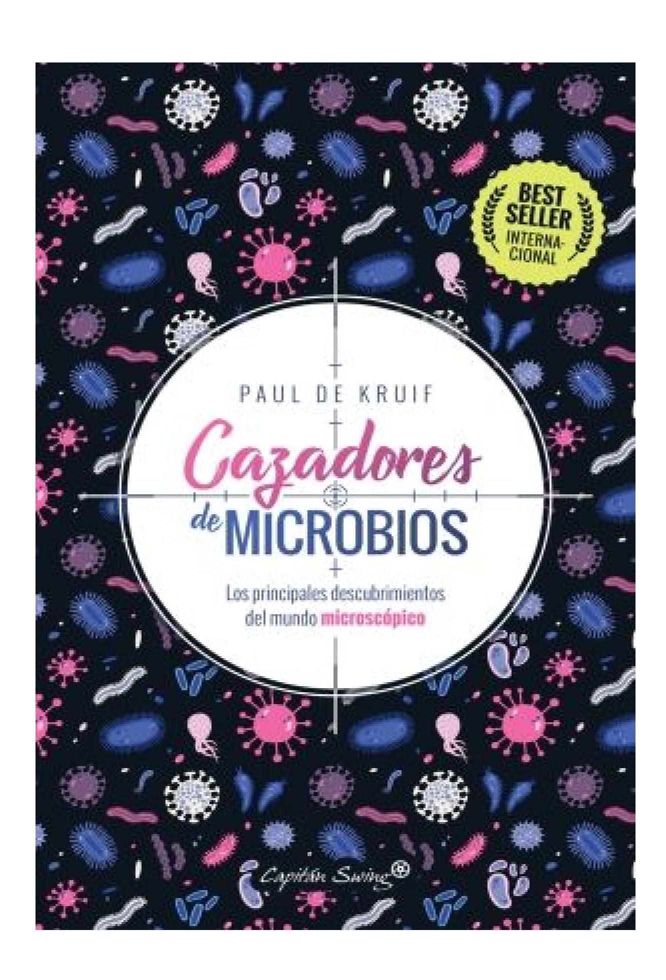
9788412099362
416 Páginas

Dormir es uno de los aspectos más importantes pero menos comprendidos de nuestra vida.

Hasta hace muy poco, la ciencia no tenía respuesta a la pregunta de por qué dormimos, a qué servía o por qué sufrimos consecuencias tan devastadoras para la salud cuando está ausente. En comparación con los otros impulsos básicos de la vida (comer, beber y reproducir), el propósito del sueño sigue siendo más difícil de descifrar.

Matthew Walker ofrece una exploración revolucionaria del sueño, examinando cómo afecta cada aspecto de nuestro bienestar físico y mental.

Cómpralo y empieza a leer


BEST SELLER
INTERNA-
CIONAL
PAUL DE KRUIF
Cazadores
de MICROBIOS
Los principales descubrimientos
del mundo microscópico
Capitán Swing

Cazadores de microbios

De Kruif, Paul

9788412324129

392 Páginas

Una historia más pertinente que nunca sobre los microbios, las bacterias y cómo la enfermedad afecta nuestra vida cotidiana y a la prosperidad de nuestras sociedades. Los superhéroes en este esquema son los científicos, bacteriólogos, médicos y técnicos médicos, que descubrieron los microbios e inventaron las vacunas para contrarrestarlos. De Kruif revela los descubrimientos ahora aparentemente simples pero realmente fundamentales de la ciencia.

Un libro fascinante que describe la vida y obra de un grupo de hombres de siglos pasados que sentaron las bases para conocer y comprender el mundo de los seres vivos más pequeños de la Tierra y nuestra relación con ellos. La obra se inicia con la vida de Anton van Leeuwenhoek, quien reportó el primer avistamiento bajo el microscopio de seres desconocidos, abriendo a los seres humanos las puertas del mundo microbiano.

También trata de Louis Pasteur, quien demostró la dramática cercanía de los contactos entre esos seres y nosotros: a través de sus estudios sobre el papel de los microorganismos en la elaboración de cerveza y vino, dejó clara la existencia de ese mundo hasta entonces desconocido, que si bien no nos vigila en el sentido estricto del término, sí desempeña un papel fundamental en nuestras vidas.

Cómpralo y empieza a leer